

» Grande mengua me sería
 » Si todos se hobiesen de andare.
 » No veo caballero en Francia
 » Que mejor pueda enviare,
 » Sino á vos, el conde Dirlos,
 » Esforzado en pelear.
 El Conde que esto oyó,
 Tomó tristeza y pesare,
 No por temor de los moros
 Ni miedo de pelear,
 Mas tiene mujer hermosa,
 Mochacha de poca edade.
 Tres años anduvo en armas
 Para con ella casare,
 Y el año no era cumplido,
 Della mandando apartare.
 De que esto él pensaba
 Tomó dello gran pesare;
 Triste estaba y pensativo,
 No cesa de sospirare:
 Despide los falconeros,
 Monteros manda pagare,
 Despide todos aquellos
 Con quien solía deleitarse;
 No burla con la Condesa
 Como solía burlare;
 Mas muy triste y pensativo
 Siempre le veían andare.
 La Condesa qu' esto vido,
 Llorando empezó de hablare:
 — Triste estades vos, el Conde!
 — Triste, lleno de pesare
 De esta tau triste partida
 Para mí de tanto male!
 Partirvos queréis, el Conde,
 A los reinos de Aliarde,
 Dejáisme en tierras ajenas
 Sola y sin quien me acompañe.
 ¿ Cuántos años, el buen Conde,
 Hacedis cuenta de tardare?
 Yo volverme he á las tierras,
 A las tierras de mi padre;
 Vestirme he de un paño negro,
 Ese será mi llevare;
 Maldiré mi hermosura,
 Maldiré mi mocedad,
 Maldiré aquel triste día
 Que con vos quise casare.
 Mas si vos queredes, Conde,
 Yo con vos querría andare:
 Mas quiero perder la vida,
 Que sin vos della gozare.—
 El Conde desdeque esto oyera
 Empezóla de mirare;
 Con una voz amorosa
 Presto tal respuesta hace:
 — No lloredes vos, Condesa,
 De mi partida no hayais pesare;
 No quedais en tierra ajena,
 Sino en vuestra á vuestro mandare,
 Que ántes que de aquí me parta
 Todo vos lo quiero dare.
 Podeis vender cualquier villa,
 Y empeñar cualquier ciudad,
 Como principal heredera
 Que nada os pueden quitare.
 Quedareis encomendada
 Á mi tío Don Beltrane
 Y á mi primo Gayferos,
 Señor de Paris la grande:
 Quedareis encomendada
 Á Oliveros y á Roldane,
 Al Emperador, y á los doce
 Que á una mesa comen pane;
 Porque los reinos son léjos
 Del rey moro Aliarde;
 Que son cerca de la Casa Santa,
 Allende del nuestro mare.
 Siete años la Condesa,

Todos siete me esperade;
 Si á los ocho no viniere
 A los nueve vos casade;
 Sereis de veinte y siete años
 Que es la mejor edade:
 El que con vos casare, señora,
 Mis tierras tome en ajuar:
 Gozará mujer hermosa,
 Rica y de gran linaje.
 Bien es verdad, la Condesa,
 Que conmigo os querría llevare;
 Mas yo voy para batallas,
 Y no cierto para holgare.
 Caballero que va en armas
 De mujer no debe curare,
 Porque con el bien que os quiere
 La honra habria de olvidare.
 Mas aparejad, Condesa,
 Mandad vos aparejare,
 Ireis conmigo á las cortes,
 A Paris esa ciudad.
 Toquen, toquen mis trompetas,
 Manden luego cabalgare.—
 Ya se partía el buen Conde;
 La Condesa otro que tale:
 La vuelta van de Paris
 Aprieta no de vagare.
 Cuando son á una jornada
 De Paris esa ciudad,
 El Emperador que lo supo
 A recibir se los sale.
 Con él sale Oliveros,
 Con él sale Don Roldane,
 Con él Don Dardarin D'Ardeña,
 Y Urgel de la fuerza grande;
 Con él salia Guarinos,
 Almirante de la mare;
 Con él sale el esforzado
 Renaldos de Montalvane.
 Con él van todos los doce
 Que á una mesa comen pane,
 Sino el infante Gayferos
 Y el buen conde Don Beltrane,
 Que salieron tres jornadas
 Mas que todos adelante.
 No quiso el Emperador
 Que hubiesen de aposentare,
 Sino en sus reales palacios
 Posada les mandó dare.
 Luego empiezan su partida
 Aprieta y no de vagare.
 Dale diez mil caballeros
 De Francia mas principales,
 Y con otra mucha gente
 Gran ejército reale.
 El sueldo les paga junto
 Por siete años y mase.
 Ya, tomadas buenas armas,
 Caballos otro que tale,
 Enderezan su partida,
 Empiezan de cabalgare;
 Cuando el bueno conde Dirlos
 Ruega mucho al emperante
 Que él y todos los doce
 Se quisiesen ayuntare.
 Cuando todos fueron juntos
 En la gran sala reale,
 Entra el Conde y la Condesa,
 Mano por mano se vane:
 Cuando son en medio dellos
 El Conde empezó de hablare
 — A vos lo digo, mi tío,
 El buen viejo Don Beltrane,
 Y á vos, infante Gayferos,
 Y á mi buen primo carnale,
 Y esto delante de todos
 Lo quiero mucho rogare,
 Y al muy alto Emperador,
 Que sepa es mi voluntad,

Como villas y castillos,
 Y ciudades y lugares
 Los dejo á la Condesa,
 Que nadie las pueda quitar.
 Como principal heredera
 En ellas pueda mandare,
 Y vender cualquiera villa,
 Y empeñar cualquier ciudad:
 De aquello que ella hiciere
 Todos se hayan de agrada.
 Si por tiempo yo no viniere
 Vosotros la queráis casare:
 El marido quella tome
 Mis tierras haya en ajuare.
 Y á vos la encomiendo, tío,
 En lugar de marido y padre:
 Y á vos, mi primo Gayferos,
 Por mi la queráis hourare.
 Y encomiéndola á Oliveros,
 Y encomiéndola á Roldane,
 Y encomiéndola á los doce,
 Y á Don Carlos el emperante.—
 A todos les place mucho
 De aquello quel Conde hace.
 Ya se parte el buen Conde
 De Paris, esa ciudad:
 La Condesa que ir lo vido
 Jamas lo quiso dejare
 Hasta orillas de la mar
 Do se habia de embarcare.
 Con ella va Don Gayferos,
 Con ella va Don Beltrane,
 Con ella va el esforzado
 Renaldos de Montalvane,
 Sin otros muchos caballeros
 De Francia mas principales.
 A tan triste despedida
 El uno del otro hacen,
 Que si el Conde iba triste,
 La Condesa mucho mase.
 Palabras se están diciendo
 Que era dolor d'escuchare:
 El conorte que se daban
 Era continuo llorare.
 Con gran dolor manda el Conde
 Hacer vela y navegare.
 Como sin la Condesa se vido
 Navegando por la mare,
 Movido de muy gran saña,
 Movido de gran pesare,
 Diciendo que por ningun tiempo
 De ella lo harán apartare.
 Sacramento tiene hecho
 Sobre un libro misale
 De jamás volver en Francia,
 Ni en ella comer pane,
 Ni que nunca enviará carta,
 Porque dél no sepan parte.
 Siempre triste y pensativo,
 Puesto en pensamiento grande,
 Navegando en sus jornadas
 Por la tempestuosa mare,
 Llegado es á los reinos
 Del rey moro Aliarde.
 Ese gran Soldan de Persia,
 Con poderio muy grande
 Ya les estaba aguardando
 A las orillas del mare.
 Cuando vino cerca tierra
 Las naves mandó llegare;
 Con un esfuerzo esforzado
 Los empieza de esforzare.
 — ¡Oh esforzados caballeros!
 ¡Oh mi compañía leale,
 Acuérdeseos que dejamos
 Nuestra tierra naturale!
 D'ellos dejamos mujeres,
 D'ellos hijos, d'ellos padres,
 Solo para ganar honra,

Y no para ser cobardes.
 Pues esforzaos, caballeros,
 Esforzad en peleare:
 Yo llevaré la delantera,
 Y no me queráis dejare.—
 La morisma era tanta,
 Tierra no dejan tomare.
 El Conde que era esforzado
 Y discreto en peleare,
 Manda toda artilleria
 En las sus barcas posare.
 Con el ingenio que traia
 Empiézales de tirare:
 Los tiros eran tan fuertes,
 Que por fuerza hacen lugare.
 Vereis sacar los caballos,
 Muy apriesa cabalgare:
 Tan fuerte dan en los moros,
 Que tierra les hacen dejare.
 En tres años que el buen Conde
 Entendió en peleare,
 Ganados tiene los reinos
 Del rey moro Aliarde.
 Con todos sus caballeros
 Parte por iguales partes;
 Tan grande parte da al chico,
 Tanto le da como al grande:
 Solo él se retraia
 Sin querer algo tomare.
 Armado de armas blancas,
 Y cuentas para rezare,
 ¡Tan triste vida hacia,
 Que no se puede contare!
 El Soldan le hace tributo,
 Y reyes de allende el mare:
 De los tributos que le daban
 A todos hacia parte.
 Hace á todos mandamiento,
 Y á los mejores jurare,
 Que ninguno sea osado
 Hombre á Francia enviare,
 Y que al que cartas enviase
 Luego le hará matare.
 Quince años el Conde estuyo
 Siempre d' allende del mare,
 Y no escribió á la Condesa,
 Ni á su tío Don Beltrane,
 Ni escribió á los doce,
 Ni ménos al emperante.
 Unos creian que era muerto,
 Otros anegado en mare.
 Las barbas y los cabellos
 Nunca los quiso afeitare;
 Tiénelos fasta la tinta,
 Fasta la cinta, y aun mase:
 La cara mucho quemada
 Del mucho sol y del aire,
 Con el gesto demudado
 Muy feroz y espantable.
 Los quince años cumplidos,
 Deciseis querian entrare,
 Acostárase en su cama
 Con deseo de holgare.
 Pensando estaba, pensando
 La triste vida que hace,
 Pensando en aquel tiempo
 Que solia festejare,
 Cuando justas y torneos
 Por la Condesa solia armare.
 Dormióse con pensamiento,
 Y empezara de holgare,
 Cuando hace un triste sueño
 Para él de gran pesare.
 Via estar la Condesa
 En los brazos de un infante.
 Salto diera de la cama
 Con un pensamiento grande,
 Gritando con altas voces,
 No cesando de hablare:

—¡Toquen, toquen mis trompetas,
 Mi gente manden llegare!—
 Pensando que había moros
 Todos llegados se hane.
 Desde que todos son llegados,
 Llorando empezó á hablare :
 —¡Oh esforzados caballeros!
 ¡Oh mi compañía leale!
 Yo conozco aquel ejemplo
 Que dicen, y es grau verdade,
 Que todo hombre nacido
 Que es de hueso y de carne,
 El mayor deseo que tenia
 Era en sus tierras holgare.
 Ya cumplidos son quince años,
 Y en deciseis quiere entrare,
 Que somos en estos reinos
 Y estamos en soledade.
 Quien tenia mujer hermosa
 Vieja la debe de hallare;
 El que dejó hijos pequeños
 Hallarlos ha hombres grandes;
 Ni el padre conocerá al hijo,
 Ni el hijo ménos al padre.
 Hora es ya, mis caballeros,
 De ir á Francia á holgare,
 Pues llevamos harta honra
 Y dineros mucho mase.
 Lleguen, lleguen naves luego,
 Mándolas aparejare,
 Capitanes ordenemos
 Para las tierras guardare.—
 Ya todo es aparejado,
 Ya empiezan á navegare.
 Cuando todos son llegados
 A las orillas del mare,
 Llorando el Conde de sus ojos
 Les empieza de hablare :
 —¡Oh esforzados caballeros!
 ¡Oh mi compañía leale!
 Una cosa rogar vos quiero,
 No me la queráis negare;
 Quien secreto me tuviere
 Yo le he de galardonare,
 Que todos hagais juramento
 Sobre un libro misale,
 Que en parte ninguna que sea
 No me hayais de nombrare,
 Porque con el gesto que traigo
 Ningunos me conocerane;
 Mas viéndome con tanta gente
 Y un ejército reale,
 Si vos demandan quién soy
 No les digais la verdade :
 Decid que soy mensajero
 Que vengo de allende el mare,
 Que voy con una embajada
 A Don Carlos el emperante,
 Porque es hecho un mal suyo,
 Y quiero ver si es verdade.—
 Con l'alegría que llevan
 De á Francia se tornare,
 Todos hacen sacramento
 De tenerle puridade.
 Embarcanse muy alegres,
 Empiezan de navegare;
 El tiempo tienen muy fresco
 Que placer es de mirare.
 Allegados son en Francia,
 En sus tierras naturales.
 Cuando el Conde se vió en tierra,
 Empieza de camiare :
 No va vuelta de las cortes
 De Carlos el emperante,
 Mas va vuelta de sus tierras
 Las que solia mandare.
 Ya llegado que es á ellas,
 Por ellas empieza á andare.
 Andando por su camino

Una villa fué á hallare;
 Llegado se habia cerca
 Por con alguno hablare.
 Alzó los ojos en alto
 A la puerta del lugare,
 Llorando de los sus ojos
 Comenzara de hablare :
 —¡Oh esforzados caballeros!
 De mi duelo habed pesare,
 Armas que mi padre puso
 Mudadas las veo estare!
 O es casada la Condesa,
 O mis tierras van á male.—
 Allegóse á las puertas
 Con gran enojo y pesare;
 Miró por entre las puertas,
 Gentes d'armas vido estare.
 Llamando está uno dellos
 Mas viejo en antigüedad;
 De la mano él lo toma
 Y empíezale de hablare :
 — Por Dios te ruego, el portero,
 Me digas una verdade,
 ¿De quién son aquestas tierras?
 ¿Quién las solia mandare?
 — Pláceme, dijo el portero,
 De deciros la verdade;
 Ellas eran del conde Dirlos,
 Señor de aqueste lugare,
 Agora son de Celinos,
 De Celinos el infante.—
 El Conde desde esto oyera
 Vuelto se le ha la sangre;
 Con una voz demudada
 Otra vez le fué á hablare :
 — Por Dios te ruego, hermano,
 No te quieras enojare.
 Qué esto que agora me dices
 Tiempo habrá que te lo pague.
 ¿Dime si las heredó Celinos,
 O si las fué á mercare?
 ¿O si en el juego de dados
 Él las fuera á ganare?
 ¿O si las tiene por fuerza
 Que no las quiere tornare?—
 El portero questo oyera
 Presto le fué á hablare :
 — No las heredó, señor,
 Que no le vienen de linaje,
 Que hermanos tiene el Conde,
 Aunque se querian male,
 Y sobrinos tiene muchos
 Que las podian heredare;
 Ni ménos las ha mercado,
 Que no las basta á pagare,
 Que Irlos es grande ciudad,
 Y ha muchas villas y lugares.
 Cartas hizo contrahechas,
 De que al Conde muerto le hane,
 Por casar con la Condesa,
 Que era rica y de linaje;
 Y aun ella no se casara,
 Cierto á su voluntad.
 Si no por fuerza de Oliveros,
 Y á porfia de Roldane,
 Y á ruego de Carlo Magno,
 De Francia rey emperante,
 Por casar bien á Celinos,
 Y ponerle en buen lugare.
 Mas el casamiento han hecho
 Con una condicion tale,
 Que no allegase á la Condesa,
 Ni á ella haya de llegare;
 Mas por el se desposara
 Ese paladin Roldane.
 Ricas fiestas se bicieron
 En Irlos esa ciudad;
 Gastos, galas y torneos
 Muchos, de los doce Pares.—

El Conde desde que esto oyera
 Vuelto se le ha la sangre.
 Por mucho que disimula
 No cesa de sospirare,
 Diciéndole esto: — Hermano,
 No te enojés de contare,
 ¿Quién fué en estas bodas?
 ¿Y quién no quiso estare?
 — Señor, en ellas fué Oliveros
 Y el Emperador y Roldane:
 Fué Belardos y Montesinos,
 Y el gran conde Don Grimalde,
 Y otros muchos caballeros
 De los de los doce Pares.
 Pesóle mucho á Gayferos,
 Pesó mucho á Don Beltrane,
 Y mas pesó á Don Galban
 Y al fuerte Meriane.
 Ya que eran desposados,
 Misa les querían dare;
 Allegó un falconero
 A Carlos el emperante,
 Que venía d'aquellas tierras
 De allá de allende el mare,
 Y dijo que el Conde era vivo,
 Y que traía señale.
 Plugo mucho á la Condesa,
 Pesóle mucho al Infante,
 Porque en las grandes fiestas
 Hubo grande desbarate.
 Allá traen grandes pleitos
 En cortes del emperante,
 Por lo cual es vuelta Francia
 Y todos los doce Pares.
 Ella dice, que un año de tiempo
 Pidió antes de desposare,
 Por enviar mensajeros
 Muchos allende la mare,
 Y que si el Conde era muerto,
 El casamiento fuese adelante;
 Si era vivo, bien se sabia
 Que ella no podía casare.
 Por ella responde Gayferos,
 Gayferos y Don Beltrane;
 Por Celinos era Oliveros,
 Oliveros y Roldane.
 Creemos que es dada sentencia,
 O se quería ahora dare,
 Porque ayer hubimos cartas
 De Carlos el emperante,
 Que quitemos estas armas,
 Pongamos las naturales,
 Y que guardemos las tierras
 Por el conde Don Beltrane;
 Que ninguno de Celinos
 En ellas no pueda entrare.—
 El Conde desde que esto oyera,
 Movido de gran pesare,
 Vuelve riendas al caballo,
 En el lugar no quiso entrare;
 Mas allá en un verde prado
 Su gente mandó llegare.
 Con una voz muy humilde
 Les empieza de hablare:
 —;Oh esforzados caballeros!
 ¡Oh mi compañía leale!
 El consejo que os pidiere
 Bueno me lo queráis dare.
 ¿Si me aconsejáis que vaya
 A las cortes del emperante?
 ¿O que mate á Celinos,
 A Celinos el infante?
 ¿Volverémos en allende
 Do podrémos bien estare?—
 Caballeros que esto oyeron
 Presto tal respuesta hacen:
 —;Callede, Conde, callede!
 ;Conde, no digáis vos tale!
 No mireis á vuestra gana,

Mas mirad á Don Beltrane,
 Y esos buenos caballeros
 Que tanta honran vos hacen.
 Si vos matais á Celinos
 Dirán que fuisteis cobarde.
 Idos, idos á las cortes
 De Carlos el emperante,
 Conocereis quien bien os quiere
 Y quien os queria male.
 Por bueno que es Celinos,
 Vos sois de tan buen linaje,
 Y tenéis dos tantas tierras
 Y dineros que gastare.
 Nosotros vos prometemos
 Con sacramento leale,
 Somos diez mil caballeros
 Y franceses naturales,
 De por vos perder la vida
 Y quanto tenemos gastare,
 Quitando al Emperador,
 Contra cualquier otro grande.—
 El Conde desde que esto oyera
 Respuesta ninguna hace:
 Da de espuelas al caballo,
 Va por el camino adelante:
 La vuelta va de Paris
 Como aquel que bien la sabe.
 Cuando fué á una jornada
 De las cortes del emperante,
 Otra vez llega á los suyos
 Y les empieza de hablare:
 —Esforzados caballeros,
 Una cosa os quiero rogare:
 Siempre tomé vuestro consejo,
 El mio queráis tomare,
 Porque si entro en Paris
 Con ejército reale
 Saldrá por mí el Emperador
 Con todos los principales.
 Si no me conoce de vista,
 Conocerme ha en el hablare
 Y así no sabré de cierto
 Todo mi bien y mi male.
 Al que no tiene dineros
 Yo le daré que gastare:
 Los unos vuelvan á caza,
 Los otros pasen delante,
 Los otros en derredor
 Pasad en villas y lugares:
 Yo solo con cient caballeros
 Entraré en la ciudade
 De noche y escurecido
 Que nadie sepa mi parte.
 Vosotros en ocho dias
 Podéis poco á poco entrare:
 Hallaréme en los palacios
 De mi tio Don Beltrane,
 Aparejándoos posada
 Y dineros que gastare.—
 Todos fuéron muy contentos,
 Pues al Conde así le place.
 La noche era escurecida
 Cerca diez horas ó mase,
 Cuando entró el conde Dirlos
 En Paris esa ciudade.
 Derecho va á los palacios
 De su tio Don Beltrane;
 Pero cuando atravesaban
 Por medio de la ciudade
 Vido asomar muchas hachas,
 Gente d'armas mucho mase:
 Por do él pasar habia,
 Por allí van á pasare.
 El Conde cuando los vido
 Los suyos manda apartare;
 Desde todos son pasados
 El postrero fué á llamare.
 —Por Dios te ruego, escuder
 Me digas una verdade:

¿Quién son esa gente d'armas
Que agora van por ciudade?—
El escudero questo oyera
Tal respuesta le fué á dare :
— Señor, la condesa Dirlos
Viene del palacio reale,
Sobre un pleito que traia
Con Oliveros y Roldane.
Los que la llevan en medio
Son Roldan y Don Beltrane:
Aquellos que van postreros,
Donde tantas lumbres vane,
Son el infante Gayferos
Y el fuerte Meriane.—
El Conde de qu'esto oyera
De la ciudad él se sale.
Debajo de una espesura
Para cabe los adarves,
Diciendo está á los suyos :
—No es hora de entrare,
Que de que sean apeados
Tornarán á cabalgare.
Yo quiero entrar en hora
Que de mí no sepan parte.—
Allí están razonando
D'armas y de hechos grandes
Hasta que era media noche,
Los gallos querian cantare.
Vuelven rienda á los caballos,
Y entran en la ciudade.
Vuelta van de los palacios
Del buen conde Don Beltrane :
Antes de llegar á ellos
De dos calles aun mase,
Tantas cadenas hay puestas
Qu'ellos no pueden pasare.
Lanzas les ponen al pecho
No cesando de hablare :
—¡Vuelta, vuelta, caballeros,
Que por aquí no hay pasare!
Que aquí están los palacios
Del buen conde Don Beltrane,
Enemigo de Oliveros,
Y enemigo de Roldane,
Enemigo de Belardos,
Y de Celinos el infante.—
El Conde desde esto oyera
Presto tal respuesta hace :
—Ruégote yo, caballero,
Que me quieras escuchare :
Anda, ve, y dile luego
A tu señor Don Beltrane,
Que aquí está un mensajero
Que viene de allende el mare:
Cartas traigo del conde Dirlos,
Su buen sobrino carnale.—
El caballero con placer
Empieza de agujiare :
Presto las nuevas le daba
Al buen conde Don Beltrane,
El cual ya se acostaba
En su cámara reale.
Desdeque tal nueva oyera
Tornóse á vestir y calzare :
Caballeros al derredor
Trescientos trae por guardarle;
Hachas muchas encendidas
Al patin hizo bajare ;
Mandó que al mensajero
Solo le dejen entrare.
Cuando fué en el patin
Con la mucha claridade
Mirándole está, mirando,
Viéndole como salvaje.
Como el que está espantado
A él no se osa llegare :
Bajito el Conde le habla
Dándole muchas señales,
Conocióle Don Beltran

Entonces en el hablare,
Y con los brazos abiertos
Corre para le abrazare ;
Diciéndole está : — ¡ Sobrino! —
Sin cesar de sospirare ;
El Conde le está rogando
Que nadie de él sepa parte.
Envían presto á las plazas,
Carnecerías otro que tale,
Para mercarles de cena
La cual mándales aparejare.
Manda que á sus caballeros
Todos los dejen entrare ;
Que les tomen los caballos
Y los hagan bien pensare.
Abren muy grandes estudios,
Mándanlos aposentare.
Allí entra el Conde y los suyos,
Ningun otro dejan entrare,
Porque no conozcan el Conde
Ni de él supiesen parte.
Ver heis todos los del palacio
Unos con otros hablare,
Si es este el conde Dirlos,
O quien otro puede estare,
Segun el recibimiento
Que le ha hecho Don Beltrane.
Oídolo ha la Condesa
A las voces que dan grandes :
Mandó llamar sus doncellas
Y encomienza de hablare :
— ¡ Qu'es aquesto, mis doncellas,
No me lo querrais negare,
Q'esta noche tanta gente
Por el palacio siento andare ?
Decidme, ¿ dó es el señor
El mi tío Don Beltrane ?
¿ Si quizá dentro en mis tierras
Roldan ha hecho algun male ? —
Las doncellas que lo oyeran
Atal respuesta le hacen :
—Lo que vos sentis, señora,
No son nuevas de pesare,
Es venido un caballero
Así propio como salvaje.
Muchos caballeros con él,
¡ Gran acatamiento le hacen !
¡ Muy rica cena le guisa
El buen conde Don Beltrane !
Unos dicen qu'es mensajero
Qué viene de allende el mare ;
Otros qu'es el conde Dirlos,
Nuestro señor naturale.
Allá se ha encerrado,
Que nadie no puede entrare ;
Segun ven el aparejo
Creer todos qu'es verdade.—
La Condesa qu'esto oyera
De la cama fué á saltare :
Apríesa demanda el vestido,
Apríesa demanda el calzare.
Muchas damas y doncellas
Empiezan de agujiare.
A las puertas de los estudios
Grandes golpes manda dare,
Llamando á Don Beltrane,
Que dentro la manda entrare.
No quería el conde Dirlos
Que la dejasen entrare:
Don Beltran salió á la puerta,
No cesando de hablare :
— ¡ Qu'es esto, señora prima ?
No tengais príesa tan grande,
Que aun no sé bien las nuevas
Q'el mensajero me trae,
Porque es de tierras ajenas
Y no le entiendo el lenguaje.—
Mas la Condesa por esto
No quiere sino entrare ;

Que mensajero de su marido
Ella lo quiere honrare.
De la mano la entraba
Ese conde Don Beltrane :
Desque ella estuvo dentro
Al mensajero empieza á mirare ;
Mas él mirarla no osaba,
No cesando sospirare,
Y meneando la cabeza
Los cabellos ponía á la face.
Desque la Condesa viera
Todos callar y no hablare,
Con viva voz muy humilde
Empieza de razonare :
— ¡ Por Dios vos ruego, mi tío,
Por Dios vos quiero rogare,
Pues que este mensajero
Viene de tan luengas partes,
Que si no terná dineros,
Ni tuviere que gastare,
Decid si nada le falta
No cese de demandare !
Pagarle hemos su gente,
Darle hemos que gastare :
Pues viene por mi señor,
Yo no le puedo faltare
A él y á todos los suyos,
Aunque fuesen muchos mase.—
Estas palabras hablando
No cesaba de llorare.
Mancilla hubo su marido
Con amor que tiene grande :
Pensando de consolarla
Acordó de la abrazare,
Y con los brazos abiertos
Iba para la tomare.
La Condesa espantada
Púsose tras Don Beltrane :
El Conde á grandes sospiros
Comenzó de hablare :
— ¡ No huyades, la Condesa,
Ni os queráis espantare,
Que yo soy el conde Dirlos
Vuestro marido carnale !
Estos son aquellos brazos
En que solíades holgare.—
Con las manos se aparta
Los cabellos de la face :
Conociólo la Condesa
Entónces en el hablare :
En sus brazos ella se echa
No cesando de llorare.
— ¡ Q' es aquesto, mi señor ?
¿ Quién os hizo ser salvaje ?
¡ No, no es este aquel gesto
Que vos teníades antes !
Quiten os aquestas armas,
Ótras luego os quieran dare ;
Traigan de aquellos vestidos
Que solíades llevare.—
Ya les paraban las mesas,
Ya les daban á cenare,
Cuando empezó la Condesa
A decir esto y hablare :
— ¡ Cierito parece, señor,
Que lo hacemos muy male,
Qu' el Conde está ya en sus tierras
Y ya está en la su heredade,
Que no avisemos á aquellos
Que su honra quieren mirare !
No lo digo auu por Gaiferos,
Ni por su hermano Meriane,
Sino por el esforzado
Renaldo de Montalvane.
¡ Bien sabedes, señor tío,
Cuánto se quiso mostrare,
Siendo siempre con nosotros
Contra el paladin Roldane !—
Llaman luego dos caballeros

De aquellos mas principales,
El uno envían á Gaiferos,
Otro á Renaldos de Montalvane.
Apríase viene Gayferos,
Apríase y no de vagare :
Desque vido la Condesa
En brazos de aquel salvaje,
A ellos él se allega,
Y empezóles de hablare.
Desque el Conde lo vido,
Levantóse á abrazarle ;
Desque se han conocido
Grande acatamiento se hacen.
Ya puestas eran las mesas,
Ya les daban á cenare ;
La Condesa lo servía
Y estaba siempre delante.
En esto llegó Renaldos,
Renaldos de Montalvane,
Y desque el Conde le vido
Hubo un placer muy grande.
Con una voz amorosa
Le empezó de hablare :
— ¡ Oh esforzado conde Dirlos,
Vuestra venida me place,
Porque agora vuestros pleitos
Mejor se podrán librare !
Mas si yo fuera creído,
Fueran fechos ántes de vos llegare,
O no me halláredes vivo,
O al paladin Don Roldane.—
El Conde desque esto oyera
Grandes mercedes le hace
Diciendo :— Juramento he hecho
Sobre un libro misale
De jamas quitar las armas,
Ni con la Condesa holgare,
Hasta que haya cumplido
Toda la su voluntad.—
El concierto que ellos tienen
Por mejor y naturale,
Era que en el otro día
Se presente al emperante
El Conde, vaya á palacio
Por la mano le besare.
Toda la noche pasaron
Descansando, en hablare,
Y cuando vino el otro día,
A la hora de yantare,
Cabalgara el conde Dirlos :
¡ Muy lucidas armas trae !
Y encima un collar de oro
Y una ropa rozagante,
Solo con cient caballeros,
Que no quiere llevar mase :
A la izquierda va Gayferos,
A la drecha Don Beltrane,
Y viénense á los palacios
De Cárlos el emperante.
Cuantos grandes allí hallan
Acatamiento le hacen
Por honra de Don Gayferos,
Que era suya la ciudade.
Cuando son á la gran sala,
Hallan allí al emperante
Asentado á la su mesa,
Que le daban á yantare.
Con él está Oliveros,
Con él está Don Roldane,
Con él está Valdovinos
Y Celinos el infante.
Con él los grandes están
De Francia la naturale,
En entrando por la sala
Grande reverencia hacen,
Y al Emperador saludan
Los tres juntos á la pare.
Desque Don Roldan los vido
Presto se fué á levantare :

Apriesa demanda Celinos
 No cesando de hablare.
 —Cabalgad presto, Celinos,
 No esteis mas en la ciudade,
 Que quiero perder la vida,
 Si bien mirais las señales,
 Si aquel no es el conde Dirlos
 Que viene como salvaje :
 Yo quedaré por vos, primo,
 A lo que querrair demandare.
 Ya cabalgaba Celinos,
 Y sale de la ciudade :
 Con él va gran gente d'armas
 Por haberlo de guardare.
 El Conde y Don Gayferos
 Lléganse al Emperante,
 La mano besar le quieren
 Y él no se la quiere dare ;
 Mas está maravillado,
 Diciendo :—¿quién podrá estare?—
 El Conde que así lo vido
 Empezó de hablare :
 —No se maraville vuestra Alteza,
 Que no es de maravillare,
 Que quien dijo que era muerto,
 Mentira dijo y no verdade.
 Soy, señor, el conde Dirlos,
 Vuestro servidor leale ;
 Mas los malos caballeros
 Siempre presumen el male.—
 Conocidole han todos
 Entónces en el hablare.
 Levantóse el Emperador
 Y empezó de abrazarle,
 Y mandó salir á todos
 Y las puertas bien cerrare.
 Solo queda Oliveros
 Y el paladin Don Roldane,
 El conde Dirlos y Gayferos,
 Y el buen viejo Don Beltrane.
 Asentóse el Emperador,
 Y á todos manda posare :
 Entónces con voz humilde
 Le empezó así de hablare :
 —Esforzado conde Dirlos,
 Vuestra venida me place,
 Aunque de vuestro enojo
 No es de tener pesare,
 Porque no hay cargo ninguno,
 Ni vergüenza otro que tale,
 Que si casó la Condesa,
 No cierto á su voluntad,
 Sino á porfia mia
 Y á ruego de Don Roldane,
 Y con tantas condiciones
 Que sería largo de contare ;
 Por do siempre ha mostrado
 Teneros amor muy grande.
 Si ha errado Celinos,
 Hizolo con mocedad,
 En escribir que érades muerto,
 Pues que no era verdade ;
 Mas por eso nunca quise
 A ella dejar tocare,
 Ni aun á los desposorios
 A él no dejé estare ;
 Mas por él fué presentado
 Ese paladin Roldane.
 Mas la culpa, Conde, es vuestra
 Y á vos os la debeis dare ;
 Para ser vos tan discreto,
 Y de esforzado linaje,
 Dejastes mujer hermosa,
 Moza y de poca edad :
 Y de vista no la visitaste,
 De cartas la debíades visitare.
 Si supiera que á la partida
 Llevábades tan gran pesare,
 No os enviara yo, el Conde,
 Que otros pudiera enviare :

Mas por ser buen caballero
 Solo á vos quise enviare.—
 El Conde de qu'esto oyera
 Atal respuesta le hace :
 —¿Calle, calle vuestra Alteza !
 ; Buen señor, no diga tale !
 Que no cabe quejar de Celinos
 Por ser de tan poca edad,
 Que con tales caballeros
 Yo no me costumbro honrare.
 Por él está aquí Oliveros,
 Por él está Don Roldane,
 Que son buenos caballeros
 Y los tengo yo por tales.
 ; Consentir ellos tal carta !
 ; Consentir tan gran maldade !
 ; O me tenían en poco,
 O me tienen por cobarde,
 Que sabiendo que era vivo
 No se lo osaría demandare !
 Por eso suplico á vuestra Alteza
 Campo me quiera otorgare ;
 Pues por él, pleito tomaban,
 Pueden el campo aceptare,
 Si quieren uno por uno,
 O años juntos á la pare ;
 No perjudicando á los míos,
 Aunque hay hartos de linaje,
 Que á esto y mucho mas qu'esto
 Recaudo bastan á dare.
 Porque conozcan que sin parientes,
 Amigos no me han de faltare
 Tomaré al esforzado
 Renaldos de Montalvane.—
 Don Roldan que esto oyera
 Con gran enojo y pesare,
 No por lo que el Conde dijo,
 Que con razon lo veía estare,
 Mas en nombrarle Reynaldos,
 Vuelto se le ha la sangre,
 Porque los que mal le quieren,
 Cuando le quieren facer pesare
 Luego le dan por los ojos
 Renaldos de Montalvane.
 Movido de muy gran saña
 Luego habló así Don Roldane :
 —Soy contento, el conde Dirlos,
 Y tomad este mi guante,
 Y agradeced que sois venido
 Tan presto sin mas tardare,
 Que á pesar de quien pesara
 Yo los hiciera casare,
 Sacando á Don Gayferos,
 Sobrino del Emperante.
 —Callede, dijo Gayferos,
 Roldan, no digais vos tale ;
 Por ser soberbio y descortes
 Mal vos quieren los doce Pares,
 Que otros tan buenos como vos
 Defienden la otra parte,
 Y yo faltar no les puedo,
 Ni dejar pasar lo tale.
 Aunque mi primo es Celinos,
 Hijo de hermana de madre,
 Bien sabeis que el conde Dirlos
 Es hijo de hermano de padre,
 Y por ser de padre hermano
 No le tengo de faltare,
 Ni porque no pase la vuestra,
 Que á todos ventaja quereis llevare.—
 Toma el guante el conde Dirlos
 Y de la sala se sale,
 Tras él guia Don Gayferos,
 Y tras él va Don Beltrane.
 Triste está el Emperador,
 Haciendo llantos muy grandes,
 Viendo á Francia revuelta
 Y á todos los doce Pares.
 Desdeque Renaldos lo supo
 Hubo dello placer grande :

Decía al Conde palabras,
Mostrándole voluntad.
—Esforzado conde Dirlos,
Lo que habeis hecho me place,
Y muy mucho mas del campo
Contra Oliveros y Roldane.
Una cosa rogar quiero,
No me la queráis negare;
Pues no es principal Oliveros,
Ni ménos es Don Roldane,
Sin perjudicar vuestra honra
Con cualquier podeis pelear:
Tomad vos á Oliveros,
Y dejadme a Don Roldane.
—Pláceme, dijo el Conde,
Renaldos, pues á vos place.—
Desque supieron las nuevas
Los grandes y principales
Qu'es venido el conde Dirlos,
Y que está ya en la ciudad,
Veréis parientes y amigos
Qué grandes fiestas le hacen.
Los que á Roldan mal quieren
Al conde Dirlos hacen parte,
Por lo cual toda la Francia
En armas veréis estare:
Mas si los doce quisieran
Bien los podian paciguare;
Mas ninguno por paz se pone,
Todos hacen parcialidade,
Sino el arzobispo Turpin,
Que es de Francia cardenale,
Sobrino del Emperador,
En esfuerzo principale,
Que solo aquel se ponía
Si los podía apaciguare;
Mas ellos escuchar no quieren,
Tanto se han mala voluntad.
Veréis ir dueñas, doncellas
A unos y á otros rogare:
Ni por ruegos ni por cosas
No los pueden paciguare.
Muestra mas saña que todos
El esforzado Meriane,
Hermano del conde Dirlos
Y hermano de Durandarte,
Aunque por diferencias
No se solian hablare,
De que sabe lo que ha dicho
En el palacio reale,
Que si el Conde mas tardara
El casamiento hiciera pasare
A pesar de todos ellos,
Y a pesar de Don Beltrane.
Por esto cartas envía
Con palabras de pesare,
Que aquello que él ha dicho
No lo basta hacer verdade,
Que aunque el Conde no viniera
Había quien lo demandare.
El Emperador que lo supo
Muy grandes llantos hace:
Por perdida dan á Francia
Y á toda la cristiandade:
Dicen que alguna de las partes
Con moros se irá á ayuntare.
Triste iba y pensativo,
No cesando el sospirare;
Mas los buenos consejeros
Aprovechan á la necesidad.
Consejan al Emperador
Para remedio tomare,
Mande tocar las trompetas
Y á todos mande juntare,
Y al que luego no viniere
Por traidor lo mande dare;
Que le quitará las tierras
Y mandará desterrare;
Mas todos son muy leales,
Todos juntado se hane.

El Emperador en medio dellos
Llorando empezó de hablare:
—; Esforzados caballeros!
; Oh primos míos carnales!
Entre vosotros no hay diferencia
Si no la queréis buscare:
Todos sois muy esforzados,
Todos primos, de linaje,
Acuérdeseos de morire
Y que á Dios haceis pesare,
No solo en perder á vosotros,
Mas toda la cristiandade.
Rogar os quiero una cosa,
Y no os queráis enojare;
Que sin mis leyes, de Francia
Campo no se puede dare.
De tal campo no soy contento,
Ni á mi cierto me place,
Porque yo no veo causa
Porque lo haya de dare,
Ni hay vergüenza, ni injuria
Que á ninguno se pueda dare,
Ni al Conde han enojado
Oliveros ni Roldane,
Ni el Conde á ellos ménos
Porque se hayan de matare,
De ayudar á sus amigos
Ya es la usanza tale.
Si Celinos ha errado
Con amor y mocedad,
No ha tocado á la Condesa,
Ni ha hecho tanto male
Que dello merezca muerte,
Ni se la deben de dare.
Ya sabemos que el conde Dirlos
Es esforzado y de linaje,
Y de los grandes señores
Que en Francia comen pane,
Que quien enojare á él
El le basta á enojare,
Aunque fuese el mejor caballero
Que en el mundo se hallare.
Mas porque sea escarmiento
A otros hombres de linaje,
Que ninguno sea osado,
Ni pueda hacer otro tale
Si estimara su honra
En esto no osara entrare,
Que mengüemos á Celinos
Por villano, y no de linaje:
Que en el numero de los doce
No se haya de contare,
Ni cuando el Conde fuere en cortes
Celinos no pueda estare,
Ni do fuere la Condesa
El no pueda habitare.
Y esta honra, el conde Dirlos,
Para siempre os la darane.—
Don Roldan cuando esto oyera
Presto tal respuesta hace:
— Mas quiero perder la vida
Que tal haya de pasare.—
El conde Dirlos que lo oyera
Presto se fué á levantare,
Y con una voz muy alta
Empezara de hablare:
—Pues requiéros, Don Roldan,
Por mí y el de Montalvane,
Que de hoy en los tres dias
En campo hayais de estare;
Si no, á vos y á Oliveros
Daros hemos por cobardes.
—Pláceme, dijo Roldan,
Y aun si quisieredes ántes.—
Veréis llantos en palacio,
Que al cielo quieren llegare,
Dueñas y grandes señoras
Casadas y por casare,
A piés de maridos é hijos
Las vereis arrodillare.

Gayferos fué el primero
 Que ha mancilla de su madre,
 Asimismo Don Beltran
 De su hermana carnale,
 Don Roldan de la su esposa
 Que tan tristes llantos hace.
 Tiranse entónces todos,
 Y vanse a aposentare.
 Los valedores hablaudo
 A voz alta y sin parare :
 — Mejor es, buenos caballeros,
 A todos apaciguare ;
 Pues no hay cargo ninguno,
 Todo se haya de dejare. —
 Entónces dijo Roldan
 Qu'es contento y que le place,
 Con aquesta condicion,
 Y esto se quiere otorgare :
 Que Celinos es mochocho
 De quinze años y no mase,
 Y no es para las armas,
 Ni aun para pelear :
 Que hasta veinte y cinco años,
 Y hasta en aquella edade,
 Que en número de los doce
 No se haya de contare,
 Ni en la mesa redonda
 Ménos pueda comer pane :
 Do fuere el Conde y Condesa
 Celinos no pueda estare :
 Cuando fuere de veinte años
 O puesto en mejor edade,
 Si estimare la su honra
 Que lo pueda demandare,
 Y que entónces por las armas
 Todos defiendan su parte,
 Porque no diga Celinos
 Que era de menor edade. —
 Todos fuéron muy contentos,
 Y á ambas partes les place.
 Entónces el Emperador
 Todos los hace abrazare,
 Todos quedan muy contentos,
 Todos quedan muy iguales.
 Otro dia el Emperador
 Muy real sala les hace :
 A damas y caballeros
 Convidalos á yantare.
 El Conde se áfeita las barbas,
 Los cabellos otro tale,
 La Condesa en las fiestas
 Sale muy rica y triunfante.
 Los mestralsas que servian
 De parte del Emperante,
 Es uno el Don Roldan,
 Y el otro el de Montalvane,
 Por dar mas avinenteza
 Que hubiesen de hablare.
 Cuando ya hubieron yantado,
 Antes de bailar ni danzare,
 Se levantó el conde Dirlos
 Delante todos los grandes,
 Y al Emperador entregó
 De las villas y lugares
 Las llaves, y lo ganado
 Del rey moro Aliarde ;
 Por lo cual el Emperador
 Dello le da muy gran parte,
 Y él á sus caballeros
 Grandes mercedes les hace.
 Los doce tenían en mucho
 La gran victoria que trae.
 De allí quedó con gran honra
 Y mayor prosperidade.

(Caucionero de Romances. — II. Romance del conde Dirlos. Pliego suelto. — II. Silva de varios Romances. — II. Floresta de varios Romances.)

4 Forma este romance una novela caballeresca completa, y

un episodio de las fábulas de Carlo Magno. Su construccion indica una de aquellas composiciones primitivas que solo llegaron á imprimirse despues de alteradas no solo por la tradicion oral, sino tambien por los poetas que intentarían corregirlo. La narracion está hecha con sencillez y brio, aunque á veces con bastante monotonía y pesadez. Sin embargo el diálogo se sostiene é interesa. Los anacronismos en esta clase de composiciones, y de tales tiempos, son tan comunes que no merece la pena de señalarse el del uso de artillería que se supone en este romance en tiempo de Carlo Magno; pero esto prueba que no pudo hacerse la composicion ó su reforma ántes de ser ya muy comun y conocida la dicha arma.

² Con el *Arderin de Ardeña*, dice en el original.

³ Sin duda tuvo Cervántes presente este verso cuando hace en la parte 1.^a, cap. xxvi del *Quijote* que su héroe forme un rosario con las agallas de un alcornaque, para pasar rezando en Sierra-Morena el tiempo de su penitencia, dando así una muestra de las costumbres caballerescas de la edad media, donde se formaba un amalgama inexplicable de las pasiones mundanas, y la mas constante devocion.

ROMANCES SOBRE EL MARQUES DE MANTUA, VALDOVINOS Y CARLOTO.

555.

VALDOVINOS Y EL MARQUES DE MANTUA. — I.

(Anónimo¹.)

De Mantua salió el marques²
 Danes Urgel el leale :
 Allá va á buscar la caza
 A las orillas del mare.
 Con él van sus cazadores
 Con aves para volare ;
 Con él van los sus monteros
 Con perros para cazare ;
 Con él van sus caballeros
 Para haberlo de guardare.
 Por la ribera del Po
 La caza buscando vane.
 El tiempo era caluroso,
 Vispera era de Sant Juane.
 Métense en una arboleda
 Para refresco tomare ;
 Al derredor de una fuente
 A todos mandó asentare.
 Viandas aparejadas
 Traen, y procuran yantare.
 Desque hubieron yantado
 Comenzaron de hablare
 Solamente de la caza
 Cómo se ha de ordenare.
 Al pié estaban de una breña
 Que junto á la fuente estae.
 Oyeron un gran ruido
 Entre las ramas sonare :
 Todos estuvieron quedos
 Por ver qué cosa serae ;
 Por las mas espesas matas
 Ven un ciervo asomare ;
 De sed venia fatigado,
 Al agua se iba á lanzare ;
 Los monteros á gran priesa
 Los perros van á soltare :
 Sueltan lebreles, sabuesos
 Para le haber de tomare.
 El ciervo que los sintió
 Al monte se vuelve á entrare :
 Caballeros y monteros
 Comienzan de cabalgare ;
 Siguiéndole iban el rastro
 Con gana de le alcanzare :
 Cada uno va corriendo
 Sin uno á otro esperare.
 El que traia buen caballo
 Corria mas por le atajare :
 Apártanse unos de otros
 Sin al Marques aguardare.

El ciervo era muy lijero,
 Mucho se fué adelantare;
 Al ladrido de los perros
 Los mas siguiendo le vane.
 El monte era muy espeso,
 Todos perdido se hane.
 El sol se queria poner,
 La noche queria cerrare,
 Cuando el buen marques de Mantua
 Solo se fuera á hallare
 En un bosque tan espeso
 Que no podia caminar.
 Andando á un cabo y á otro,
 Mucho alejado se hae;
 Tantas vueltas iba dando
 Que no sabe donde estae.
 La noche era muy oscura,
 Comenzó recio á tronare;
 El cielo estaba nublado,
 No cesa de relampagueare.
 El Marques que así se vido
 Su bocina fué á tomare,
 A sus monteros llamando:
 Tres veces la fué á tocaren.
 Los monteros eran léjos,
 Por demas era el sonare,
 El caballo iba cansado
 De por las breñas saltare;
 A cada paso caia,
 No se podia menear.
 El Marques muy enojado
 La rienda le fué á soltare;
 Por do el caballo queria
 Lo dejaba caminar.
 El caballo era de casta,
 Esfuerzo fuera á tomare.
 Diez millas ha caminado
 Sin un momento parare;
 No va camino derecho,
 Mas por do podia andare.
 Caminando todavia,
 Un camino va á topare;
 Siguiendo por el camino
 Va á dar en un pinare:
 Por él anduvo una pieza
 Sin poder dél se apartare.
 Pensó reposar allí
 O adelante pasare;
 Mas por buscar á los suyos
 Adelante quiere andare.
 Del pinar salió muy presto,
 Por un valle fuera á entrare,
 Cuando oyó dar un gran grito
 Temeroso y de pesare.
 Sin saber que de hombre fuese,
 O de qué pudiese estare:
 Solo gran dolor mostraba,
 Otro no pudo notare,
 De que se turbó el Marqués,
 Todo espeluzado se hae;
 Mas aunque viejo de dias
 Empiézase de esforzare.
 Por su camino delante
 Empieza de caminar:
 A pié va que no á caballo;
 El caballo va á dejare,
 Porque estaba muy cansado,
 Y no podia bien andare;
 En un prado que allí estaba
 Allí le fuera á dejare.
 Cuando llegó á un río,
 En medio de un arenale
 Vido un caballero muerto,
 Comenzóle de mirare.
 Armado estaba de guerra
 A guisa de peleare;
 Los brazos tenia cortados,
 Las piernas otro que tale,
 Y mas adelante un poco

Una voz sintió hablare:
 —; Oh Santa Maria Señora,
 No me quieras olvidare!
 ; A ti encomiendo mi alma,
 Plégate de la guardare!
 En este trago de muerte
 Esfuerzo me quieras dare;
 Pues á los tristes consuelas
 Quieras á mi consolare,
 Y al tu precioso Hijo
 Por mi te plega rogare
 Que perdone mis pecados,
 Mi alma quiera salvar.—
 Cuando aquesto oyó el Marques
 Luego se fuera apartare;
 Revolióse el manto al brazo,
 La espada fuera á sacare:
 Apartado del camino
 Por el monte fuera á entrare;
 Hácia do sintió la voz
 Empieza de caminar.
 Las ramas iba cortando³
 Para la vuelta acertare;
 A todas partes miraba
 Por ver qué cosa serae;
 El camino por do iba
 Cubierto de sangre estae.
 Vinole grande congoja,
 Todo se fué á demudare,
 Que el espíritu le daba
 Sobresalto de pesare.
 De donde la voz oyera
 Muy cerca fuera á llegare:
 Al pié de unos altos robles
 Vido un caballero estare,
 Armado de todas armas
 Sin estoque ni puñale.
 Tendido estaba en el suelo,
 No cesa de se quejare;
 Las lástimas que decia
 Al Marques hacen llorare:
 Por entender lo que dice
 Acordó de se acercare.
 Atento estaba escuchando
 Sin bullir ni menearse:
 Lo que decia el caballero
 Razón es de lo contare.
 —; ¿Dónde estás, señora mia⁴,
 Que no te pena mi male?
 De mis pequeñas heridas
 Compasion solias tomare,
 ; Agora de las de muerte
 No tienes ningun pesare!
 No te doy culpa, señora,
 Que descanso en el hablare:
 Mi dolor, que es muy sobrado
 Me hace desatinare.
 Tú no sabes de mi mal
 Ni de mi angustia mortale;
 Yo te pedi la licencia
 Para mi muerte buscar.
 Pues yo la hallé, señora,
 A nadie debo culpare,
 Cuanto mas á ti, mi bien,
 Que no me la quieras dare;
 Mas cuando mas no podiste
 Bien senti tu gran pesare
 En la fe de tu querer,
 Segun te vi demostrare.
 ; Esposa mia y señora!
 No cures de me esperare;
 Hasta el dia del juicio
 No nos podemos juntare.
 Si viviendo me quisiste,
 Al morir lo has de mostrare,
 No en hacer grandes extremos,
 Mas por el alma rogare.
 ; Oh mi primo Montesinos!
 ; Infante Don Meriane!

¡Deshecha es la compañía,
 En que solíamos andare!
 ¡Ya no esperéis mas de verme,
 No os cumples ya mas buscare,
 Que en balde trabajaréis
 Pues no me podéis hallare!
 ¡Oh esforzado Don Renaldos!
 ¡Oh buen paladín Roldano!
 ¡Oh valiente Don Urgel!
 ¡Oh Don Ricardo Normante!
 ¡Oh marques Don Oliveros!
 ¡Oh Durandarte el galano!
 ¡Oh archiduque Don Estolfo!
 ¡Oh gran duque de Milane!
 ¿Dónde sois todos vosotros?
 ¿No venís á me ayudare?
 ¡Oh emperador Cárlo Magno,
 Mi buen señor naturale,
 Si supieses tú mi muerte
 Cómo la harías vengare!
 Aunque me mató tu hijo
 Justicia quieras guardare,
 Pues me mató á traición
 Viniéndole acompañare.
 ¡Oh príncipe Don Carloto!
 ¿Qué ira tan desigual
 Te movió sobre tal caso
 A quererme así matare
 Rogándome que viniese
 Contigo por te guardare?
 ¡Oh desventurado yo,
 Cómo venía sin cuidare
 Que tan alto caballero
 Pudiese hacer tal maldade!
 Pensando venir á caza
 Mi muerte vine á cazare.
 No me pesa del morir
 Pues es cosa naturale,
 ¡Mas por morir como muero
 Sin merecer ningún male,
 Y en tal parte donde nunca
 La mi muerte se sabrae!
 ¡Oh alto Dios poderoso,
 Justiciero y de verdade,
 Sobre mi muerte inocente
 Justicia quieras mostrare!
 ¡Esta ánima pecadora
 Quieras haber piedade!
 ¡Oh triste reina mi madre,
 Dios te quiera consolare,
 Que ya es quebrado el espejo
 En que te solías mirare!
 Siempre de mí recelabas
 Recebir algún pesare,
 ¡Agora de aquí adelante
 No te cumples recelare!
 En las justas y torneos
 Consejos me solías dare,
 ¡Agora triste en la muerte
 Aun no me puedes hablare!
 ¡Oh noble marques de Mantua⁸,
 Mi señor tío carnale!
 ¿Dónde estás que no ois
 Mi doloroso quejare?
 ¡Qué nueva tan dolorosa
 Os será y de gran pesare
 Cuando de mí no supierdes
 Ni me pudierdes hallare!
 Hecistesme heredero
 Por vuestro Estado heredare,
 ¡Mas vos lo habréis de ser mio
 Aunque sois de mas edade!
 ¡Oh mundo desventurado;
 Nadie debe en tí fiare:
 Al que mas subido tienes
 Mayor caída haces dare!—
 Estas palabras diciendo
 No cesa de sospirare
 Sospiros muy dolorosos
 Para el corazón quebrare.

Turbado estaba el Marques,
 No pudo mas escuchare:
 El corazón se le aprieta,
 La sangre vuelto se le hae.
 A los piés del caballero
 Junto se fué á llegare;
 Con la voz muy alterada
 Empezóle de hablare:
 —¿Qué mal teneis, caballero?
 ¿Queredes me lo contare?
 ¿Teneis heridas de muerte,
 O teneis otro algún male?
 Cuando lo oyó el caballero
 La cabeza probó alzare:
 Pensó que era su escudero,
 Tal respuesta le fué á dare:
 —¿Qué dices, amigo mio?
 ¿Traes con quien me confesare?
 Que ya se me sale el alma;
 La vida quiero acabare:
 Del cuerpo no tengo pena,
 Que el alma querría salvar.—
 Luego le entendió el Marques.
 Por otro le fué á tomare:
 Respondióle muy turbado
 Que apenas pudo hablare:
 —Yo no soy vuestro criado,
 Nunca comí vuestro pane,
 Antes soy un caballero
 Que por aquí acerté á pasare:
 Vuestras voces dolorosas
 Aquí me han hecho llegare
 A saber qué mal teneis,
 O de qué es vuestro penare.
 Pues que caballero sois
 Querades vos esforzare,
 Que para esto es este mundo
 Para bien y mal pasare.
 Decíme, señor, quién sois
 Y de qué es vuestro male,
 Que si remediarse puede
 Yo os prometo de ayudare:
 No dudeis, buen caballero,
 De decirme la verdade.—
 Tornara en sí Valdovinos,
 Respuesta le fué á dare:
 — Muchas mercedes, señor,
 Por la buena voluntad;
 Mi mal es crudo y de muerte,
 No se puede remediare.
 Veinte y dos heridas tengo
 Que cada una es mortale;
 El mayor dolor que siento,
 Es morir en tal lugare,
 Do no se sabrá mi muerte
 Para poderse vengare,
 Porque me han muerto á traición
 Sin merecer ningún male.
 A lo que habeis preguntado
 Por mí fe os digo verdade,
 Que á mí dicen Valdovinos,
 Que el Franco solían llamare:
 Hijo soy del Rey de Dacia,
 Hijo soy suyo carnale,
 Uno de los doce pares
 Que á la mesa comen pane.
 La reina Doña Ermelina
 Es mi madre naturale,
 El noble marques de Mantua
 Era mi tío carnale,
 Hermano era de mi padre
 Sin en nada discrepare:
 La linda infanta Sevilla
 Es mi esposa sin dudare:
 Hamé herido Carloto
 Su hijo del Emperante,
 Porque él requirió de amores
 A mi esposa con maldade:
 Porque no le dió su amor
 El en mí se fué á vengare

Pensando que por mi muerte
 Con ella habia de casare.
 Hame muerto á traicion
 Viniendo yo á le guardare,
 Porquel me rogó en Paris
 Le viniese acompañare
 A dar fin á una aventura
 En que se queria probare.
 Quien quier que seais, caballero
 La nueva os plega llevare
 De mi desastrada muerte
 A Paris, esa ciudade,
 Y si hácia Paris no fuerdes
 A Mantua la iréis á dare,
 Qu'el trabajo que ende habreis
 Muy bien os lo pagarane,
 Y si no quisierdes paga
 Bien se os agradecerae. —
 Cuando aquesto oyó el Marques
 La habla perdido hae,
 En el suelo dió consigo,
 La espada fué arrojare,
 Las barbas de la su cara
 Empezólas de arrancare,
 Los sus cabellos muy canos
 Comiénzalos de mesare.
 A cabo de una gran pieza
 En pié se fué á levantare;
 Allegóse al caballero
 Por las armas le quitare.
 Desde que le quitó el almete
 Comenzóle de mirare :
 Estaba en sangre bañado,
 Con la color muy mortale :
 Estaba desfigurado,
 No lo podia figurare,
 No lo podia conocer
 En el gesto ni el hablare ;
 Dudando estaba dudando
 Si era mentira ó verdade.
 Con un paño que traia
 La cara le fué á limpiare ;
 Desde que lo hubo limpiado
 Luego conocido lo hae.
 En la boca lo besaba
 No cesando de llorare,
 Las palabras que decia
 Dolor es de las contare.
 — ; Oh sobrino Valdivinos,
 Mi buen sobrino carnale !
 ¿ Quién os trató de esta suerte ?
 ¿ Quién os trujo á tal lugare ?
 ¿ Quién es el que á vos mató ?
 Que á mí vivo fué á dejare ?
 ; Mas valiera la mi muerte
 Que la vuestra en tal edade !
 ¿ No me conocéis, sobrino ?
 ; Por Dios queraisme hablare !
 Yo soy el triste marques
 Que tío soliaades llamare,
 Yo soy el marques de Mantua
 Que debo de reventare
 Llorando la vuestra muerte
 Por con vida no quedare.
 ; Oh desventurado viejo !
 ¿ Quién me podrá conortare ?
 Qu'en pérdida tan crecida,
 Mas dolor es consolare.
 Yo la muerte de mis hijos
 Con vos podria olvidare.
 Agora, mi buen señor,
 De nuevo habré de llorare.
 A vos tenia por sobrino
 Para mi Estado heredare,
 Agora por mi ventura
 Yo vos habré de enterrare.
 Sobrino, de aqui adelante
 Yo no quiero vivir mase :
 Ven, muerte, cuando quisierés,
 No te quieras retardare ;

; Mas al que ménos te teme
 Le huyes por mas penare !
 ¿ Quién le llevará las nuevas
 Amargas de gran pesare
 A la triste madre vuestra ?
 ¿ Quién la podrá consolare ?
 Siempre lo oi decir,
 Agora veo ser verdade,
 Que quien larga vida vive
 Mucho mal ha de pasare :
 Por un placer muy pequeño
 Pesares ha de gustare. —
 Destas palabras y otras
 No cesaba de hablare
 Llorando de los sus ojos
 Sin poderse conortare.
 Esforzóse Valdivinos
 Con el angustia mortale ;
 Cuando conoció á su tío
 Alivio fuera á tomare :
 Tomóle entrambas las manos,
 Muy recio le fué apretare :
 Disimulando su pena
 Comenzó al Marques á hablare :
 — No lloredes, señor tío,
 Por Dios no querais llorare,
 Que me dais doblada pena
 Y al alma hacedes penare ;
 Mas lo que yo os encomiendo
 Es por mi querais rogare,
 Y no me desampareis
 En este esquivo lugare ;
 Hasta que yo haya espirado,
 No me querades dejare.
 Encomiéndooos á mi madre
 Vos la querais consolare,
 Que bien creo que mi muerte
 Su vida habrá de acabare ;
 Encomiéndooos á mi esposa,
 Por ella querais mirare ;
 El mayor dolor que siento
 Es no le poder hablare. —
 Ellos estando en aquesto
 Su escudero fué á llegare :
 Un ermitaño traia
 Que en el bosque fué á hallare,
 Hombre de muy santa vida
 Del orden sacerdotal.
 Cuando llegó el ermitaño
 El alba queria quebrare.
 Esforzando á Valdivinos
 Comenzóle amonestare
 Que olvidando aqueste mundo
 De Dios se quiera acordare.
 Aparte se fué el Marques
 Por dalles mejor lugare ;
 El escudero á otra parte
 Tambien se fuera apartare :
 El Marques de quebrantado
 Gran sueño le fué á tomare.
 Confesóse Valdivinos
 A toda su voluntad.
 Estando en su confesion,
 Ya que queria acabare,
 Las angustias de la muerte
 Comenzan de le aquejare :
 Con el dolor que sentia
 Una gran voz fuera á dare :
 Llama á su tío el Marques,
 Comenzó así de hablare :
 — Adios, adios, mi buen tío,
 Adios os querais quedare,
 Que yo me voy de este mundo
 Para la mi cuenta dare :
 Lo que os ruego y encomiendo
 No lo querais olvidare :
 Dadme vuestra bendicion,
 La mano para besare. —
 Luego perdiera el sentido,
 Luego perdiera el hablare

Los dientes se le cerraron,
 Los ojos vuelto se le hane.
 Recordó luego el Marques,
 A él se fuera á llegare,
 Muchas veces lo bendice
 No cesando de llorare.
 Absolvióle el ermitaño;
 Por él comienza á rezare.
 Y á cabo de poco rato
 Valdovinos fué á espirare.
 El Marques de verlo así
 Amortescido se hae,
 Consuélato el ermitaño,
 Muchos ejemplos le dae:
 El Marques como discreto
 Acuerdo fuera á tomare,
 Pues remediar no se puede,
 A haberse de conortare.
 Lo que hacia el escudero
 Lástima era de mirare;
 Rascuñaba la su cara,
 Sus ropas rasgado hae,
 Sus barbas y sus cabellos
 Por tierra los va á lanzare.
 A cabo de una gran pieza,
 Que ambos cansados estane,
 El Marques al ermitaño
 Comienza de preguntare:
 — Pidoos por Dios, padre honrado,
 Respuesta me querais dare:
 ¿Dónde estamos, ó en qué reino
 En qué señorío ó lugare?
 ¿Cómo se llama está tierra?
 ¿Cuya es, y á qué mandare?
 El ermitaño responde:
 — Placeme de voluntade:
 Debeis de saber, señor,
 Que esta tierra sin poblare
 Otro tiempo fué poblada,
 Despoblóse por gran male,
 Por batallas muy crueldes
 Que hubo en la cristiandade:
 Á esta llaman la Floresta
 Sin ventura y de pesare,
 Porque nunca caballero
 En ella acaeció entrare
 Que saliese sin gran daño
 Ó desastre desiguale.
 Esta tierra es del marques
 De Mantua, la gran ciudade:
 Hasta Mantua son cien millas
 Sin poblado ni lugare,
 Sino sola una ermita
 Que á seis millas de aquí estae,
 Donde yo hago mi vida
 Por del mundo me apartare.
 El mas cercano poblado
 A veinte millas estae;
 Es una villa cercada
 Del ducado de Milane.
 Ved lo que quereis, señor,
 En que yo os pueda ayudare,
 Que por servicio de Dios
 Lo haré de voluntade,
 Y por vuestro acatamiento,
 Y por hacer caridade.—
 El Marques que aquesto oyera
 Comenzóle de rogare
 Que no recibiese pena
 De con el cuerpo quedare,
 Miétras él y el escudero
 El caballo van buscare
 Que allí cerca habia dejado
 En un prado á descansare.
 Plúgole al ermitaño
 Allí haberlos de esperare:
 El Marques y el escudero
 El caballo van buscare:
 Por el camino do iban

Comenzóle á preguntare:
 — Digasme, buen escudero,
 Si Dios te quiera guardare,
 ¿Qué venia tu señor
 Por esta tierra buscare,
 Y por qué causa lo han muerto,
 Y quién le fuera á matare? —
 Respondióle el escudero,
 Tal respuesta le fué á dare:
 — Por la fe que debo á Dios
 Yo no lo puedo pensare,
 Porque no lo sé, señor;
 Lo que vi os quiero contare.
 Estando dentro en París
 En cortes del Emperante,
 El principe Don Carloto
 A mi señor envió á llamare.
 Estuvieron en secreto
 Todo el dia en su hablare;
 Cuando la noche cerró
 Ambos se fuéron armare.
 Cabalgaron á caballo,
 Salieron de la ciudade
 Armados de todas armas
 A guisa de peleare.
 Yo salí con Valdovino
 Y con Don Carloto un paje:
 Ayer hubo quince dias
 Salimos de la ciudade.
 Luego cuando aquí llegamos
 A este bosque de pesare,
 Mi señor y Don Carloto
 Mandaron nos esperare.
 Solos se entraron los dos
 Por aquel espeso valle;
 El paje estaba cansado,
 Gran sueño le fué á tomare;
 Yo pensando en Valdovinos
 No podia reposare.
 Apartéme del camino,
 En un árbol fui á pujare,
 A todas partes miraba
 Cuando los veria tornare.
 A cabo de un grande rato
 Caballo oi relinchare,
 Vi venir tres caballeros,
 Mi señor no vi tornare.
 Venian bañados en sangre,
 Luego vi mala señale;
 El uno era Don Carloto,
 Los dos no pude notare.
 Con grande miedo que tenia
 No los osé preguntare
 Do quedaba Valdovinos,
 Do le fueran á dejare:
 Mas abajéme del árbol,
 Entré por aquel pinare;
 Desque los vi trasponer
 Yo comencé de buscare
 A mi señor Valdovinos,
 Mas no lo podia hallare:
 El rastro de los caballos
 No dejaba de mirare.
 A la entrada de un llano,
 Al pasar de un arenale,
 Vi huella de otro caballo,
 Lo cual me pareció male;
 Vi mucha sangre por tierra,
 De que me fui á espantare;
 En la orilla del rio
 El caballo fui á hallare,
 Mas adelante no mucho
 A Valdovinos vi estare.
 Boca abajo estaba en tierra,
 Ya casi queria espirare,
 Todo cubierto de sangre
 Que apénas podia hablare.
 Levantáralo de tierra,
 Comencéle de limpiare;

Por señas me demandó
 Confesor fuese á buscare.
 Esto es, noble señor,
 Lo que sé deste gran male. —
 En estas cosas hablando
 El caballo van topare,
 Cabalgó en él el Marques,
 Y á las aucaes le fué á tomare:
 A do quedó el ermitaño
 Presto tornado se hane.
 Desque hablaron un rato
 Acuerdo van á tomare
 Que se fuesen á la ermita,
 Y el cuerpo allá lo llevaré.
 Pónenlo encima el caballo,
 Nadie quiso cabalgare.
 El ermitaño los guía,
 Comienzan de caminar;
 Llevan via de la ermita
 Aprisa y no de vagare.
 Desque allá hubieron llegado
 Van el cuerpo desarmare.
 Quince lanzadas tenia,
 Cada una era mortale,
 Que de la menor de todas
 Ninguno podria escapare.
 Cuando así lo vió el Marques
 Traspasóse de pesare,
 Y á cabo de una gran pieza
 Un gran suspiro fué á dare.
 Entró dentro en la capilla,
 De rodillas se fué á hincare,
 Puso la mano en un ara
 Que estaba sobre el altare,
 Y en los piés de un crucifijo
 Jurando, empezó de hablare:
 — Juro por Dios poderoso,⁴
 Por Santa Maria su Madre,
 Y al santo Sacramento
 Que aquí suelen celebrare,
 De nunca peinar mis canas,
 Ni las mis barbas cortare;
 De no vestir otras ropas,
 Ni renovar mi calzare;
 De no entrar en poblado,
 Ni las armas me quitare,
 Sino fuere una hora
 Para mi cuerpo limpiare;
 De no comer en manteles,
 Ni á mesa me asentare,
 Hasta matar á Carloto
 Por justicia ó pelearé,
 O morir en la demanda
 Manteniendo la verdade:
 Y si justicia me niega
 Sobre esta tan gran maldade
 De con mi Estado y persona
 Contra Francia guerreare,
 Y manteniendo la guerra
 Morir ó vencer sin pare.
 Y por este juramento
 Prometo de no enterrare
 El cuerpo de Valdovinos
 Hasta su muerte vengare. —
 De que aquesto hubo jurado
 Mostró no sentir pesare;
 Rogando está al ermitaño
 Que le quisiese ayudare
 Para llevar aquel cuerpo
 Al mas cercano lugare.
 El ermitaño piadoso
 Su bestia le fué á dejare;
 Amortajaron el cuerpo
 En ella lo van á posare:
 Con armas de Valdovinos
 El Marques se fué á armare;
 Cabalgara en su caballo,
 Comienza de caminar.
 Camino van de la villa

Que arriba oistes nombrare.
 Con él iba el ermitaño
 Por el camino mostrare.
 Antes que á la villa lleguen
 Una abadia van hallare
 De la órden de San Bernardo
 Que en una moutaña estae,
 A la bajada de un puerto
 Y á la entrada de un lugare.
 Allá se fué el Marques
 Y allí acordó quedare
 Por estar mas encubierto,
 Y el cuerpo en guarda dejare,
 Hasta habelle un atabud
 Y habelle de embalsamare.
 Al ermitaño rogaba
 Dineros quiera tomare;
 Desque dineros no quiso
 Sus ricas joyas le dae:
 No quiso ninguna cosa,
 Su bestia fué á demandare:
 Despidióse del Marques,
 A Dios le fué á encomendare.
 Despues de ser despedido
 Para su ermita se vae;
 Por el camino do vuelve
 A muchos topado hae
 Que al Marques iban buscando,
 Llorando por le hallare.
 Muchos por él preguntaban,
 Las señales ciertas dane,
 Por las señas que le dieron
 El conocido le hae,
 Y á todos les respondia:
 — Yo os digo cierto verdade,
 Que un hombre de tales señas,
 Que yo sé quién es ni cuálé,
 Dos dias ha que le acompaño
 Sin saber adónde vae:
 Dejélo en un abadia
 Que dicen de Flores Valle,
 Con un caballero muerto
 Que acaso fuera á hallare:
 Si allá quereis ir, señores,
 Hallaréislo de verdade.

(*Cancionero de Romances. — It. Silva de varios Romances. — It. Floresta de varios Romances.*)

⁴ Aunque Pellicer dice en las notas del *Quijote* que este romance impreso en Alcalá, en 1598, es de Jerónimo Treviño, yo creo que este fué, cuando mas, un editor que corrigió y modificó el antiguo. El romance forma un bellissimo cuadro de costumbres caballerescas y de sentimientos interesantes, que por su naturalidad y sencillez suspenden el ánimo, y le elevan á la verdad de las situaciones que halla el poeta. Nada parece estudiado ni iluminado con los colores de la imaginacion artificiosa; pero allí está retratado el corazón, que para sentir se abandona á la naturaleza. Este y los dos que le siguen son una trilogía de romances sobre la muerte de Valdovinos y su venganza.

² Lope de Vega hizo una comedia con título de *El Marques de Mantua*, la cual se halla en la parte ó tomo xii de sus obras dramáticas, cuyo asunto es el mismo de estos romances de Valdovinos.

³ Acaso de aquí tomó Cervantes la idea de lo que hizo Sancho cuando se apartó de Don Quijote en Sierra-Morena, para poder á su vuelta hallar el camino de encontrarle. (*Quijote*, parte 1.^a, cap. xxv.)

⁴ Este pasaje pone Cervantes en boca de Don Quijote (parte 1.^a, cap. v), pero sin duda segun una lección mas moderna, como puede inferirse de su lenguaje, y dice:

¿Dónde estás, señora mía,
 Que no te duele mi mal?
 O no lo sabes, señora,
 O eres falsa y desleal.

⁵ Este verso y el que sigue, tambien los pone Cervantes con lección mas moderna, en el cap. v, parte 1.^a del *Quijote*.

⁶ Este es el juramento que recuerda Cervantes en el capítulo x, parte 1.^a del *Quijote*.

356.

VALDOVINOS. — II.

(Anónimo¹.)

De Mantua salen apriesa
Sin tardanza ni vagare
Ese noble conde Dirlos,
Visorey de allende mare,
Con el duque Don Sauson,
De Picardia naturale :
Camino van de Paris,
Aunque ninguno lo sabe,
Qu'el marques Danes Urgel
Los envia con mensaje
A ese alto Emperador
Que estaba en Paris la grande.
Llegados son á Paris
Sin mucho tiempo tardare.
Caballeros son de estima,
De grande estado y linaje,
De los doce que á la mesa
Redonda comian pane.
Los grandes que lo supieron
Salen por los compañare.
Cuando entraron en Paris
Vanse al palacio reale ;
Preguntan por el Emperador
Para habelle de hablare :
De que lo supo Don Carlos
Luego los mandó entrare ;
Desque son delante dél
Las rodillas van bincare ;
Demandáronle las manos,
Mas no se las quiso dare ;
Mandóles alzar de tierra,
Comenzólos preguntare :
— ¿ De dónde venides, Duque ?
¿ De qué parte ó qué lugare ?
¿ Dónde habeis estado, Conde ?
¿ Venis de allende la mare ?—
Respondieron ambos juntos,
Presto tal respuesta dane :
— En Francia habemos estado,
En Mantua, esa ciudad,
Con el marques Danes Urgel
Por le haber de acompañare ;
La embajada que traemos,
Señor, queraisla escuchare :
Mandad salir todos fuera,
No quede sino Roldane,
Que despues siendo contento,
Bien se podrá publicare. —
Todos se salieron luego
De la cámara reale,
Todos cuatro quedan solos,
Las puertas mandan cerrare.
De rodillas por el suelo
El Conde comenzó á hablare :
— ¡ Oh muy alto Emperador,
Sacra real majestade !
Tu vasallo soy, señor,
Y de Francia naturale ;
Pues vengo por mensajero
Licencia me manda dare
Para decir mi embajada,
Si no recibes pesare. —
Respondió el Emperador
Sin el semblante mudare :
— Decid, Conde, qué queréis,
Pues no os cumple recelare ;
Bien sabeis qu'el mensajero
Licencia tiene de hablare :
Al amigo y enemigo
Siempre se debe escuchare,
Por amistad al amigo,
Y al otro por se avisare. —
Levantóse luego el Conde,
Una carta fué á mostrare,

La cual era de creencia,
Dióla en manos de Roldane :
Comenzó de hacer su habla
Con discreto razonare.
— Creyendo hacer mas servicio
A tu sacra majestade,
Acepté, señor, el cargo
De este mensaje explicare,
Porque sin pasion ninguna
La verdad podré contare,
Segun que vengo informado,
Sin añadir ni quitare.
La embajada que yo traigo
Es justicia demandare
Del infante Don Carloto,
Tu propio hijo carnale.
Dicen que él mató sin culpa
A Valdovinos el infante,
Hijo del buen rey de Dacia,
Tu vasallo naturale ;
Y matóle con aleve,
Con engaño y falsedade,
Rogándolo que se fuese
Con él á le acompañare.
Por casarse con su esposa
Dicen que le fué á matare :
De este delito se quejan
Muchos hombres de linaje,
Que son parientes del muerto,
Y se sienten de tal male.
El marques Danes Urgel
Se muestra mas principale,
Por ser tio de Valdovinos,
Hermano del Rey su padre.
Demas de ser su pariente,
Tiene muy mayor pesare
Porque lo halló herido,
Casi á punto de espirare,
En un bosque muy esquivo,
Apartado de lugare.
El mismo le contó el caso,
A él se fué encomendare,
En sus brazos espiró,
Razon es no le olvidare :
Y ese maestre de Rodas
Urgel de la fuerza grande,
Que es primo del Marques,
Tio tambien del Infante :
Y ese duque de Baviera
Don Naimo el singulare,
Abuelo de Valdovinos,
Padre carnal de su madre :
Y ese rey de Sansueña,
Tu vasallo naturale,
Padre de la infanta Sevilla
Que cristiana se fué á tornare
Por amor de Valdovinos
Para con él se casare ;
Y otros muchos caballeros
Tambien se van á quejare,
Los unos por parentesco,
Los otros por amistad ;
Sobre todos esa reina
Doña Ermelina, su madre.
Tus naturales y extraños
Tambien te envian á suplicare
Que si tu hijo los mata
¿ Quién los ha de defensare ?
Si no mantienes justicia
Dejarán su naturale,
Y se partirán de Francia
A otros reinos á morare.
El caso es abominable,
Y terrible de contare ;
Y si tal cosa es, señor,
Bien lo debes castigare.
Acuérdate de Trajano
En la justicia guardare,
Que no dejó sin castigo

Su único hijo carnale ;
 Aunque perdonó la parte ,
 El no quiso perdonare .
 Si niegas , señor , justicia ,
 Mucho te podrán culpare ,
 Que tal caso como este
 No es para dejar pasare .
 ¡ Mira bien , señor , en ello !
 Respuesta nos manda dare . —
 Turbóse el Emperador ,
 Que apenas pudo hablare :
 La mano tenia en la barba ,
 Muy pensativo ademase .
 A cabo de una gran pieza
 Tal respuesta le fué á dare :
 — ¡ Si lo que habeis dicho , Conde ,
 Se puede hacer verdade ,
 Mas quisiera que mi hijo
 Fuera el muerto sin dudare !
 El morir es una cosa
 Que á todos es naturale ,
 La memoria queda viva
 Del que muere sin fealdade ;
 Del que vive deshonrado
 Se debe tener pesare ,
 Porque asi viviendo muere
 Olvidado de bondade .
 Decilde , Conde , al Marques
 Y á cuantos con él estane ,
 Que el pesar que desto tengo
 No lo puedo demostrare :
 Mas yo daré tal ejemplo
 En esta muerte vengare ,
 Que la pena del delito
 Sobrepuje á la maldade ,
 Porque todos se escarmienten
 Cuantos lo oyeren nombrare .
 Vengan á pedir justicia ,
 Que yo la haré guardare
 Como es costumbre de Francia
 Usada de antigua edade :
 Si buena verdad trujeren
 En mi corte se verae ;
 Do mi persona estuviere
 La justicia será iguale ,
 Asi al pobre como al rico ,
 Asi al chico como al grande ,
 Y tambien al extranjero ,
 Como al propio naturale .
 Mas quiero dejar memoria
 De grande riguridade ,
 Que dejar sin dar castigo ,
 Al que comete maldade .
 Aunque sea mi propio hijo
 Que me tenia de heredare . —
 Cuando esto oyó el Conde
 Las manos le fué á besare ;
 Alabando su respuesta ,
 El Duque comenzó hablare :
 Siempre , señor , confiamos
 De tu inclita bondade
 Que por mantener justicia
 Tal respuesta habias de dare ;
 Mas porque el caso requiere
 En si mesmo gravidade ,
 Y por ser cosa de hijo
 Tú no lo debes juzgare .
 El marques Danes Urgel
 Te envia á supplicare ,
 Que porque él tiene jurado
 De en poblado nunca entrare
 Hasta que alcance derecho
 De Carloto el infante ,
 Y él mismo tiene de ser
 El que lo ha de acusare ,
 Que no quieras ser presente
 Para haber de sentenciare ;
 Mas que nombres caballeros
 Que puedan determinar ,

Segun costumbre de Francia
 Entre hombrones de linaje ,
 Y que los que señaláredes
 Para este caso mirare ,
 Sean caballeros de estado
 De tu consejo imperiale ,
 Y que hagan juramento
 De administrar la verdade ,
 Y tu majestad provea
 De señalar un lugare
 En el campo , sin poblado ,
 A do se haya de juzgare
 Para oir ambas las partes
 Hasta ejecucion finale .
 Porque el Marques trae gente
 Para se haber de guardare
 De quien algo le quisiere
 Y le hubiere de enojare ,
 Y sus parientes y amigos
 Vienen por le acompañare ,
 Y entre ellos viene Renaldos ,
 El señor de Montalvane ,
 El cual está puesto en bandos
 Con tu sobrino Roldane .
 Porque no sabe el Marques
 Si recibirás pesare ,
 No quiere venir con gentes
 Sin saber tu voluntade ,
 Pues viene á pedir justicia
 Y no para guerrearre ;
 Pide , señor , le asegure
 Y á cuantos con él vernane ,
 Mientras que el pleito durare
 Seguro les mandes dare
 Para venida y estada ,
 Y despues para tornare ,
 No porque él tema á ninguno ,
 Ni haya de quién se recelare
 Mas por cumplir lo que debe
 A tu sacra majestade .
 D'esta manera , señor ,
 El vendrá sin detardare ,
 Que ya es partido de Mantua ,
 No cesa de caminarre .
 Don Renaldos le apesenta
 Sin hacer daño ni male ,
 En tierras de señorios
 Todos recaudo le dane ,
 Pagando de sus dineros
 Lo acostumbrado pagare .
 Para pasar por tus tierras
 Licencia les manda dare ,
 Y todos los bastimentos
 Que hubieren necesidad :
 Pagando lo que valiere
 No se les deben negare . —
 Al Emperador le plugo ,
 Todo lo fué asi otorgare :
 — El Marques venga seguro
 Y cuantos con él vernanen
 Venga siquiera de guerra ,
 O como le placeare ,
 Yo lo tomo so mi amparo ,
 So mi corona reale .
 Porque mas seguro venga
 Este mi anillo tomade ;
 Todo lo que yo os prometo
 Siempre hallaréis verdade :
 La licencia que pedis
 Soy contento de os la dare ;
 Ordenado á vuestra guisa ,
 Que así lo quiero firmare . —
 Sacó un anillo de oro
 Conrel sello imperiale ;
 El Duque lo tomó luego ,
 Las manos le fué á besare .
 Del Emperador se despiden ,
 A sus posadas se vane .
 Don Roldan quedó enojado ,

Mas no lo quiso mostrare,
 Luego se supo en la corte
 Todo lo que fué á pasare,
 La embajada que traian,
 Lo que venian á demandare.
 Mucho pesó á Don Carloto,
 Quiérello disimulare;
 Fuese al Emperador
 A haberse de disculpare;
 Mas nunca lo quiso oír
 Sino en consejo reale.
 La audiencia que le dió
 Fué mandarlo aprisionare
 Hasta ser determinada
 Por su corte la verdade.
 Preso ya y puesto á recaudo,
 En guarda lo fuera dare
 A Don Renaldos de Belanda,
 Que Ayuelos suelen llamare,
 Gran Condestable de Francia,
 Y en cortes gran Senescale.
 Mucho pesaba á los grandes
 Que le tenian amistade,
 Sobre todos le pesaba
 A ese paladin Roldane.
 Todos buscaban maneras
 Para le haber de soltare,
 Mas nunca el Emperador
 A alguno quiso escuchare:
 Cuanto mas por él le ruegan,
 Tanto mas lo hace guardare.
 Cada dia entra en consejo,
 Las leyes hacia mirare,
 Quien tal crimen cometia
 Qué pena le habia de dare.
 Estando en esto las cosas
 El Marques fuera á llegare
 A tres millas de Paris
 A vista de la ciudade:
 No quiso pasar delante,
 Mandó asentar su reale.
 Aposentóle Renaldos
 Ribera de un rio caudale,
 Do mejor le pareció
 Y mas seguro lugare,
 Y él adelante pasó
 Una milla ó poco mase.
 Armaron luego su tienda,
 Su bandera mandó alzare:
 La gente de la ciudad
 Todos iban á mirare
 El gran campo del Marques,
 Su concierto singulare,
 La diversidad de gentes,
 La órden qu'el Marques trae.
 Muchos grandes y señores
 Al Marques iban á hablare
 Por probar algun concierto
 Y saber su voluntad.
 El estabase en su tienda,
 En aquel estado grande,
 Armado de todas armas,
 Y descubierta la face,
 El atahud alli delante
 Por mas delor demostrare,
 La madre de Valdovinos
 Y su esposa alli á la pare
 De aquella forma y manera
 Que arriba oistes nombrare.
 Los que venian á la tienda
 Para el Marques visitare,
 De que le veian armado
 Y de aquella forma estare,
 Habian dél compasion,
 Llegaban por le hablare.
 Recebialos muy bien,
 Cabe él los hacia sentare;
 El caso como pasara
 A todos iba á contare.

Cuando algo le rogaban
 Mostraba mucho pesare;
 Rogaba con cortesia
 Le quisiesen perdonare
 Per no poder complacerlos
 Como era su voluntad,
 Porqué él se habia quitado
 Sobre esto la libertade.
 El juramento que hizo
 A todos hacia mostrare,
 Porque no tuviesen causa
 Sobre ello de importunare.
 Los grandes que alli venian
 No le querian fatigare,
 Ni querian sobre tal caso
 El su dolor renovare.
 Volvianse para Paris
 Pensativos ademase,
 Diciendo tener razon
 El Marques de se vengare
 De un tan grave delito,
 Y havello bien castigare.
 Quando el Emperador supo
 Que el Marques fuera á llegare,
 Mandó llamar al consejo
 En su palacio imperiale.
 Mandó quando fuéron juntos
 Los embajadores llamare:
 La embajada que trajeron
 Tornasen á recontare.
 Levantóse el conde Dirlos
 Comenzóla de explicare:
 De que la hubo acabado
 Tornóse luego á sentare.
 Todos se maravillaban
 De oír tan gran maldade;
 Por amor del Emperador
 Todos recibian pesare;
 Mirábanse unos á otros,
 A todos parecia male.
 Antes que hablase ninguno
 El Emperador fué hablare:
 — Lo que aqui pide el Marques
 Por primero y principal,
 Es que yo le nombre jueces
 Para esto determinare:
 Por ser caso de Carloto
 Presente no quiero estare;
 Para mejor señalarlos
 Yo les daré potestade
 Que administren la justicia
 En su conciencia y verdade.—
 A todos está mirando,
 Y empiézales de hablare:
 — Los jueces que yo le nombro
 Para justicia guardare
 El uno es Dardin Dardeña,
 Que Delfin suelen llamare,
 De tres estados de Francia,
 El primero en consejare:
 El otro el conde de Flándes,
 Don Alberto el singulare,
 Uno de los tres estados,
 Y primero en el mandare:
 Otro el duque de Borgoña,
 Primero estado en juzgare,
 Ríguroso y justiciero,
 En mis reinos principale:
 El otro el duque Don Carlos,
 Mi sargento generale:
 Otro el duque de Borbon,
 Mi cuñado Don Grimalte:
 El otro el conde de Foy,
 Y el buen viejo Don Beltrane:
 Otro sea Don Reynero
 Llamado duque de Aste,
 Y el conde Don Galalon,
 De Alemaña principale:
 Otro el duque Vibiano

De Agramonte naturale,
Asistente de mi corte
Para los pleitos juzgare:
Otro el duque de Saboya,
Que venturas fué á buscarse,
Y en las mas partes del mundo
Trances ha visto pasare:
Otro el duque de Ferrara,
Esa nombrada ciudade,
Don Arnao el gran Bastardo,
Así se hace intitular:
Otro sea Don Guarinos,
Almirante de la mare,
De todas flotas y armadas
Sobre todos generale.
Y nombro por presidente
Para en mi lugar estare
Don Renaldos de Belanda,
De Francia gran condestable.
Para ello le doy mi cetro,
Poder soluto en mandare.
Todos estos juntos puedan
Absolver y sentenciare
Esto que pide el marques
Como se debe juzgare,
Si por prueba de testigos
O trance de pelear.
Yo les doy mi comision
Con poder y facultade,
Que la sentencia que dieren
La puedan ejecutar.
Segun costumbre de Francia,
Por su propia autoridade,
Dando la pena y castigo
A quien la hubieren de dare,
Así por via de justicia,
Como por en campo entrare,
Al cual puedan ser presentes,
Y en mi nombre asegurare
Al marqués Danes Urgel
Y á cuantos con él estane,
Mas que á mi persona propia
Nadie pueda demandare.—
Así como aqui lo dijo
A todos lo va á mandare,
So pena de ser traider
Quien lo osare quebrantare.

(*Cancionero de Romances.* — It. *Silva de varios Romances.* — It. *Floresta de varios Romances.*)

¹ En la enumeracion de títulos y principados que aquí atribuye el poeta á los jueces nombrados por el Emperador, se cometen multitud de anacronismos.

337.

VALDOVINOS. — III.

SENTENCIA DADA CONTRA DON CARLOTO.

(Anónimo ¹.)

En el nombre de Jesus
Que todo el mundo ha formado,
Y de la Virgen su Madre,
Que de niño lo ha criado:
Nosotros Dardin Dardeña,
Delfin en Francia llamado;
Don Alberto y Don Reynero,
De tres estados nombrado:
El conde de Flandes viejo,
Consejero delegado,
Con el duque de Borgoña,
El primero en el juzgado,
Con el buen duque Don Carlos,
El regente, el sargentado;
Con el duque de Borbon
Don Grimalte, fiel cuñado.
Del muy alto Emperador,
Con la su hermana casado;

El buen viejo Don Beltrane
Con el conde de Foyxano,
Y el conde Don Galalon,
Con el duque de Vibiano;
Con el duque de Saboya,
Que venturas ha buscado;
Con el duque de Ferrara
Don Arnao, el gran Bastardo;
El almirante Guarinos,
En los mares estimado;
Don Renaldos de Belanda,
Condestable diputado
En el lugar y mandar
Del sumo emperador Carlo:
Todos juntos en consejo
Y acuerdo deliberado,
Vista la requisicion
Qu'el buen Marques nos ha dado;
Vista tambien la demanda
Qu'el mesmo ha procesado;
Vistas todas las respuestas
Que Don Carloto ha enviado,
El proceso todo entero
Con gran fe desaminado,
Lo que venia de justicia
Y de derecho mirado,
Ni al uno por el otro
El derecho no quitado;
Teniendo á Dios en la pienza
Y en los ojos presentado:
Visto que claro parece
Por lo que se ha alegado,
Que segun la ley divina
Quien mata ha de ser matado,
Con cuchillo ó sin cuchillo
A tal acto ejercitado;
Y visto que traicion
Don Carloto ha intentado
En matar á Valdovinos
En un bosque despoblado,
Segun que claro se muestra
Por la confesion que ha dado
Don Carloto á la demanda
Qu'el Marques ha presentado;
Visto que punto por punto
El delito ha confesado
Por la pena del tormento,
Aunque lo habia negado;
Y visto que nada obsta
Qu'el le haya sojuzgado
Á la real audiencia,
Pues que le han perdonado:
Lo que viene de justicia,
Nada otro no mirado,
Por esta nuestra sentencia,
Cada cual bien informado
Del hecho de la verdad,
Segun que se ha confesado,
Condenamos á Carloto:
Primero, á ser arrastrado
Por el campo y por la arena
Por un rocin mal domado:
Despues de lo cual queremos
Que sea descabezado
En un alto cadahalso,
Do pueda ser bien mirado
De fuera de la ciudad
Por donde será llevado;
Despues de lo cual cumplido,
Y aquesto ser acabado,
Le corten manos y piés,
Porque quede mas pagado,
Y despues de aquesto hecho
Que sea descuartizado:
Lo cual cumplido, queremos
Sea un edificio obrado
De piedra muy bien labrada
Y de canto bien picado,
Que sea en lo venidero

Memoria de lo pasado
 Del caso de Valdovinos
 Y de cómo fué vengado. —
 Don Carloto temeroso,
 Aunque era muy esforzado,
 Tremecióse cuando oyó
 Lo que se ha publicado,
 Esforzóse cuanto pudo,
 Una pluma ha demandado;
 Diéronle tinta y papel,
 Una carta ha ordenado;
 Con un paje que allí estaba
 A Don Roldan la ha enviado.
 Nadie sabe lo que envía,
 Para vello se ha apartado
 Don Roldan, leyó la carta,
 Todo se ha alterado:
 El de cierto bien quisiera
 Dar remedio en lo rogado.
 Doloroso y pensativo
 Un poco tiempo ha quedado,
 Duda si debe hacer
 Lo que le fué suplicado,
 O si deba dar desvío
 A lo que le es recitado.
 Hallóse puesto en gran duda,
 En gran estrecho y cuidado;
 El amor dice que haga,
 El temor teme el mandado
 D'ese sumo Emperador
 Que al Marques ha asegurado:
 Mas al fin quiere la sangre
 Perder por la sangre estado.
 Delibera hacer respuesta,
 Que no esté atemorizada,
 Que con parientes y amigos
 El saldrá al campo armado
 Con el deseo de perder
 La vida, ó ser remediado.
 Sin que gran rato pasase
 Fué Don Carloto informado
 De lo que ordena Roldan,
 De lo que fué algo gozado.
 Quiérello disimular;
 Mas no pudo ser celado.
 Allégase el Condestable,
 Y el papel le ha tomado:
 Leído que fué el papel,
 Por Paris se ha divulgado
 Que Don Roldan hace gente
 Y que ejército ha juntado.
 El Emperador lo sabe,
 Al Marques ha avisado,
 Manda poner á Carloto
 Apercebido recaudo.
 Pregonan por la ciudad
 De que nadie sea osado,
 So pena perder la vida,
 De al otro día ir armado.
 A Roldan envió á decir
 Que solo no sea osado
 De mas estar en Paris
 Hasta un año pasado,
 So pena de ser traidor
 Y por traidor publicado.
 El Marques qu'el caso siente
 A Reinaldos ha enviado
 Que á otro día amaneciendo
 Sea sin falta llegado
 A las puertas de Paris
 Con tres mil hombres d'estado;
 De á caballo lleve mil,
 Y que no sea mudado
 Hasta tanto que Carloto
 En medio será tomado,
 Y en el cadalso sea puesto
 Para que fué sentenciado,
 Y que á cualquiera que venga
 Delienda lo encomendado.

Otro día de mañana
 Todo así fué acabado.
 Ya sacaban á Carloto
 Con fierros muy bien ferrado
 Los pregoneros delante
 Su gran maldad publicando.
 Cuando fuéron á la puerta
 Don Reinaldos lo ha tomado,
 Y en medio toda su gente
 Lo ha bien aposentado.
 Cuando están en el lugar
 Do ha sido sentenciado,
 Delante toda Paris
 Fué todo ejecutado,
 Segun que por la sentencia
 Fué proveído y mandado.
 Así murió Don Carloto,
 Quedando alevosado,
 Y Valdovinos viviendo,
 Aunque murió, muy honrado.

(*Cancionero de Romances. — It. Silva de varios Romances. — It. Floresta de varios Romances.*)

⁴ Ignórase la causa por qué los poetas y los noveladores maltratan tanto á un Carlos ó Carloto, hijo de Carlo Magno. El que tuvo con este nombre le conservó á su lado dándole parte en el gobierno, mientras nombró rey de Aquitania á Ludovico Pío, y de Italia á Pipino, también sus hijos. El último y el primero fallecieron ántes que su padre, y de ninguno de ellos habla mal la historia. Si en vez de llamar los noveladores, Carlos, al personaje odioso que han imaginado, le llamasen Pipino, ya sería fácil explicar su fección, pues Carlo Magno tuvo un hijo de la hija de Desiderio, su primera esposa, á la cual repudio, llamado Pipino el jorobado, por ser, aunque de hermoso rostro, contrachecho y mal conformado de cuerpo. Por ello ó por odio á su madre, este desdichado Príncipe no obtuvo el amor paternal, y viéndose despreciado, los grandes descontentos le metieron en una conspiración, que ya que no le costó la vida, le obligó á profesar en un monasterio.

538.

VALDOVINOS. — IV.

(Anónimo ¹.)

Tan clara hacia la luna
 Como el sol á mediodía,
 Cuando sale Valdovinos
 De los caños de Sevilla.
 Por encuentro se la hubo
 Una morica garrida,
 Y siete años la toviere
 Valdovinos por amiga.
 Cumpliendo los siete años
 Valdovinos que sospira:
 —¿Sospiraste, Valdovinos,
 Amigo á quien mas quería?
 O vos habeis miedo á moros,
 O adamades otra amiga.
 —Que no tengo miedo á moros,
 Ni ménos tengo otra amiga,
 Que vos mora, y yo cristiano
 Hacemos la mala vida,
 Y cómo la carne en viérnes,
 Que mi ley lo defendía.—
 —Por tu amor, mi Valdovinos,
 Cristiana me tornaría,
 Si me quieres por mujer,
 Si no sea por amiga.—

(*Glosa de los Romances que dicen: «Cata Francia, Montesinos.» Pliego suelto.*)

⁴ Este romance se ha entresacado de una glosa, porque no ha llegado á nuestras manos el texto. A la verdad que solo por el nombre de Valdovinos, y no por conexión que tenga con el Ciclo caballeresco Carlovingio, se ha colocado aquí. La escena en que pasa, su asunto y su carácter son puramente españoles, y á no ser por el nombre del héroe, debiera haberse puesto entre los *Caballerescos sueltos ó varios*.

559.

VALDOVINOS. — V.

(Anónimo ¹.)

Nuño Vero, Nuño Vero,
 Buen caballero probado,
 Hinquedes la lanza en tierra
 Y arrendedes el caballo;
 Preguntaros he por nuevas
 De Valdovinos el franco.
 — Aquesas nuevas, señora,
 Yo bien las diré de grado.
 Esta noche á media noche
 Entramos en cabalgada,
 Y los muchos á los pocos
 Lleváronnos de arrancada;
 Hirieron á Valdovinos
 De una mala lanzada;
 La lanza tenia dentro,
 De fuera le tiembla el asta :
 Su tío el Emperador
 A penitencia le daba,
 O esta noche morirá,
 O de buena madrugada.
 Si te pluguiese, Sevilla,
 Fueses tú mi enamorada .
 Amédeme, mi señora,
 Que en ello perdereis nada.
 — Nuño Vero, Nuño Vero,
 Mal caballero probado,
 Yo te pregunto por nuevas,
 Tú respóndeme al contrario,
 Que aquesta noche pasada
 Conmigo durmiera el Franco :
 El me diera una sortija,
 Yo le di un pendon labrado.

(Cancionero de Romances.)

¹ En este como en algunos otros romances se observa la interrupcion del asonante y su vuelta á él, lo cual es un indicio de su mayor antigüedad comparada con la de aquellos que siguen constantemente la regla de la asonancia, como hechos por personas mas ejercitadas en la versificación. Los juglares y los poetas cultos han glosado con frecuencia este romance ó sus fragmentos; y la situacion que supone, se halla repetida en algunos otros tambien viejos.

560.

VALDOVINOS. — VI.

(Anónimo ¹.)

Sobre el cuerpo desangrado
 De su esposo Valdovinos,
 A quien mató alevemente
 De un rey justo un traidor hijo,
 La bella infanta Sevilla
 Con lágrimas y suspiros
 Baña el rostro, azota al aire,
 Llorá al muerto, y mueve al vivo.
 Ya le besa, ya le abraza,
 Y entre el uno y otro oficio,
 Pidiendo venganza al Rey,
 Dijo al Rey, y al cielo dijo :
 « ¡ Castigo, castigo,
 Dé la muerte á Carloto su amor mismo ! »
 Y pues es razon que paguen
 Los cómplices del delito,
 Si dicen que yo lo fui,
 Estrénese en mí el cuchillo.
 Quiero ser actor y reo,
 Orden nueva de juicio,
 Pida el alma como esposa
 Al cuerpo como enemigo :
 No piense Carloto, no,
 Que por ser mujer me libro,
 Que trocaré por su muerte
 La muerte del Paladino.

« ¡ Castigo, castigo,
 Dé la muerte á Carloto su amor mismo ! »

(MADRIGAL, segunda parte del Romancero general.)

¹ Cualquiera puede conocer que este romance es de fines del siglo xvi, y la diferencia que existe entre él y los viejos que le preceden.

561.

VALDOVINOS. — VII.

(Anónimo ¹.)

Grande estruendo de campanas
 Por todo Paris habia,
 Su doloroso sonido
 Las piedras entristecia
 Por muerte de un caballero,
 Valdovinos se decia ;
 Uno era de los doce,
 Y de reyes descendia.
 Ya lo llevan á enterrar
 Con gran pompa en demasia.
 Grandes mortajas y lutos,
 Mucha gente le seguia.
 El gran número de hachas
 Vence la lumbré del dia ;
 Cien pajes cabe la tumba
 Que le llevan compañía ;
 Muchos duques, muchos condes
 Muy grande caballeria.
 Cantándole va responsos
 Infinita clerecia :
 El gran cardenal de Ostia
 Por presbitero venia ;
 El Arzobispo de Milan
 De diácono servia ;
 Por subdiácono de ellos
 El Obispo de Aux venia.
 Allá en San Juan de Letran
 El aparato se hacia
 De una rica sepultura
 Que á las del mundo excedia.
 Todo era de piedra jaspe
 Y hermosa mazoneria,
 Y unas columnas de mármol
 En donde se sostenia.
 Hechas pues ya las obsequias
 Como á él pertenecia,
 Ciñente estoque dorado
 De muy gran precio y valia ;
 Métenle yelmo muy rico
 De infinita pedereria ;
 En hábito militar,
 Y armado por esta via
 Lo meten en el sepulcro,
 Como usarse solia ;
 Quedando el cuerpo con fama,
 Con gloria el alma subia.

(Floresta de varios Romances.)

¹ Valdovinos es el nombre caballeresco de Valduino. En un manuscrito del siglo xiii, se dice que Valdovinos murió en batalla contra los sajones, y su muerte se pinta en todo igual á la de Roldan su hermano, en Roncesvalles.

ROMANCES DEL CONDE CLAROS DE MONTALVAN.

562.

EL CONDE CLAROS. — I.

(Anónimo ¹.)

Media noche era por hilo ²,
 Los gallos querian cantar,
 Conde Claros por amores
 No podia reposar :
 Dando muy grandes suspiros
 Que el amor le hacia dar,

Porque amor de Claraniña
 No le deja sosegar.
 Cuando vino la mañana
 Que quería alborear,
 Salto diera de la cama
 Que parece un gavilán.
 Voces da por el palacio,
 Y empezara de llamar :
 —Levantáos, mi camarero,
 Dadme vestir y calzar. —
 Presto estaba el camarero
 Para habérselo de dar :
 Díerale calzas de grana,
 Borceguis de cordobán ;
 Díerale jubon de seda
 Aferrado en zarzabán ;
 Díerale un manto rico
 Que no se puede apreciar ;
 Trescientas piedras preciosas
 Al rededor del collar ;
 Tráele un rico caballo
 Que en la corte no hay su par,
 Que la silla con el freno
 Bien valia una ciudad,
 Con trescientos cascabeles
 Al rededor del petral ;
 Los ciento eran de oro,
 Y los ciento de metal,
 Y los ciento son de plata
 Por los sonos concordar.
 Ibase para el palacio,
 Para el palacio real,
 Y á la infanta Claraniña
 Ahí la fuera á bablar :
 Trescientas damas con ella
 Que la van á acompañar.
 Tan linda va Claraniña,
 Que á todos hace penar.
 Conde Claros que la vido
 Luego va á descabalar ;
 De rodillas en el suelo
 Le comenzó de hablar :
 —Mantenga Dios á tu Alteza.
 —Conde Claros, bien vengais. —
 Las palabras que prosigue
 Eran para enamorar.
 —Conde Claros, conde Claros,
 El señor de Montalvan,
 ; Cómo habeis hermoso cuerpo
 Para con moros lidiar ! —
 Respondiera el conde Claros,
 Tal respuesta le fué á dar :
 —Mejor le tengo, señora,
 Para con damas holgar.
 Si yo os tuviera esta noche,
 Mi señora, á mi mandar,
 Querria la otra mañana
 Con cent moros pelear,
 Y si á todos no venciese
 Que me mandasen matar.
 —Calledes, Conde, calledes,
 Y no os querais alabar :
 El que quiere servir damas
 Así lo suele hablar,
 Y al entrar en las batallas
 Bien se saben excusar.
 —Si no lo creéis, señora,
 Por las obras se verá :
 Siete años son pasados
 Que os empecé de amar,
 Que de noche yo no duermo,
 Ni de dia puedo holgar.
 —Siempre os preciastes, Conde,
 De las damas os burlar :
 Mas déjame ir á los baños,
 A los baños á bañar ;
 Cuando yo sea bañada
 Estoy á vuestro mandar. —
 Respondiérale el buen Conde,

Tal respuesta le fué á dar :
 — Bien sabedes vos, señora,
 Que soy cazador real ;
 Caza que tengo en la mano
 Nunca la puedo dejar. —
 Tomarala por la mano,
 Y para un vergel se van.
 A la sombra de un ciprés
 Y debajo de un rosál,
 De la cintura arriba
 Tan dulces besos se dan,
 De la cintura abajo
 Como hombre y mujer se han.
 Mas fortuna que es adversa
 A placeres, y á pesar
 Trujo allí un cazador,
 Que no debía pasar,
 Detras de una podenca,
 Que rabia debía matar.
 Vido estar al conde Claros
 Con la Infanta á lindo holgar.
 El Conde cuando lo vido
 Empezó de llamar.
 —Ven acá tú, el cazador,
 Si Dios te guarde de mal :
 De todo lo que has visto
 Que nos guardes poridad.
 Daréte mil marcos de oro,
 Y si mas quisieres, mas ;
 Casarte he con una doncella
 Que era mi prima carnal ;
 Darte he en arras y en dote
 La villa de Montalvan :
 De otra parte la Infanta
 Mucho mas te puede dar. —
 El cazador sin ventura
 No les quiso escuchar :
 Vase para los palacios
 Adonde el buen Rey está.
 — Manténgate Dios, el Rey,
 Y á tu corona real :
 Una nueva yo te traigo
 Dolorosa y de pesar.
 No te cumple traer corona,
 Ni en caballo cabalgar ;
 La corona de la cabeza
 Bien te la puedes quitar,
 Si tal deshonra como esta
 La hubieses de comportar ;
 Que he hallado la Infanta
 Con Claros de Montalvan,
 Besándola y abrazándola
 En vuestro huerto real.
 Desde la cintura abajo
 Como hombre y mujer se han. —
 El Rey con muy grande enojo
 Mandó al cazador matar,
 Porque habia sido osado
 De tales nuevas llevar.
 Mandó llamar alguaciles
 Apriosa, no de vagar ;
 Mandó armar quinientos hombres
 Que lo hayan de acompañar
 Para que prendan al Conde
 Y le hayan de tomar,
 Y mandó cerrar las puertas,
 Las puertas de la ciudad.
 A las puertas de palacio
 Allá le fuéron á hallar.
 Preso llevan al buen Conde
 Con mucha reguridad
 Unos grillos á los piés,
 Que bien pesan un quintal ;
 Las esposas á las manos,
 Que era dolor de mirar ;
 Una cadena á su cuello,
 Que de hierro era el collar ;
 Cabálgaenle en una mula
 Por mas deshonra le dar :

Metiéronle en una torre
 De muy gran escuridad :
 Las llaves de la prision
 El Rey las quiso llevar,
 Porque sin licencia suya
 Nadie le pudiese hablar.
 Por él rogaban los grandes ³
 Cuantos en la corte están,
 Por él rogaba Oliveros,
 Por él rogaba Roldan,
 Y ruegan los doce Pares
 De Francia la natural;
 Y las monjas de Sant Ana
 Con las de la Trinidad ⁴
 Llevaban un crucifijo
 Para al Rey poder rogar.
 Con ellas va el Arzobispo
 Y un Perlado y Cardenal;
 Mas el Rey con grande enojo
 A nadie quiso escuchar,
 Antes de muy enojado
 Sus Grandes mandó llamar.
 Cuando ya los tuvo juntos
 Empezóles de hablar :
 —Amigos y hijos mios,
 A los que os hice llamar,
 Ya sabeis que el conde Claros,
 El señor de Montalvan,
 De niño yo le he criado
 Hasta ponello en edad,
 Y le he guardado su tierra,
 Que su padre le fué á dar,
 El que morir no debiera,
 Reinaldos de Montalvan,
 Y por hacello mas grande,
 De lo mio le quise dar.
 Hícele gobernador
 De mi reino natural;
 El por darme galardón
 Mirad en que fué á tocar,
 Que quiso forzar la Infanta,
 Hija mia natural.
 Hombre que lo tal comete
 ¿Qué sentencia le han de dar? —
 Todos dicen á una voz
 Que lo hayan de degollar,
 Y así la sentencia dada
 El buen Rey la fué á firmar.
 L'Arzobispo qu'esto viera
 Al buen Rey fué á hablar,
 Pidiéndole por merced
 Licencia le quiera dar
 Para ir á ver al Conde
 Y su muerte le anunciar.
 —Pláceme, dijo el buen Rey,
 Pláceme de voluntad;
 Mas con esta condicion :
 Que solo habeis de andar
 Con aqueste pajecico
 De quien puedo bien fiar. —
 Ya se parte el Arzobispo
 Y á las cárceles se va;
 Cuando las guardas le vieron
 Luego le dejan entrar;
 Con él iba el pajecico
 Que le va á acompañar.
 Cuando vido estar al Conde
 En su prision y pesar,
 Las palabras que le dice
 Dolor eran de escuchar.
 —Pésame de vos, el Conde ⁵,
 Cuanto me puede pesar,
 Que los yerros por amores
 Dignos son de perdonar.
 La desastrada caída
 De vuestra suerte y ventura,
 Y la nueva á mi venida,
 Sabed que hace mi vida
 Mas triste que la tristura,

De forma que no sé donde
 Pueda yo placer cobrar;
 Y como á vos no se esconde,
 «De vos me pesa, buen Conde,
 »Porque así os quieren matar.»
 Los como vos esforzados,
 Para las adversidades
 Han de estar aparejados,
 Tanto á sufrir los cuidados,
 Como las prosperidades;
 Pues el primero no fuistes
 Vencido por bien amar,
 No temais angustias tristes :
 «Que los yerros que hecistes
 »Dignos son de perdonar»
 Por vos he rogado al Rey,
 Nunca me quiso escuchar,
 Antes ha dado sentencia
 Que os hayan degollar;
 Yo os lo dije bien, sobrino,
 Que os dejádes de amar,
 Que el que á las mujeres ama
 Atal galardón le dan,
 Que haya de morir por ellas
 Y en las cárceles penar. —
 Respondió presto el buen Conde
 Con esfuerzo singular.
 —Calledes por Dios, mi tío,
 No me queráis enojar,
 Quien no ama las mujeres
 No se puede hombre llamar;
 Mas la vida que yo tengo
 Por ellas quiero gastar. —
 Respondióle el pajecico,
 Tal respuesta le fué á dar.
 —Conde, bienaventurado
 Siempre os deben de llamar,
 Porque muerte tan honrada
 Por vos había de pasar;
 Mas envidia he de vos, Conde ⁶,
 Que mancilla ni pesar :
 Mas quisiera ser vos, Conde,
 Que el Rey que os manda matar,
 Porque muerte tan honrada
 Por mi hubiese de pasar.
 Llama yerro la fortuna
 Quien no la sabe gozar,
 Que la priesa del cadahalso
 Vos, Conde, la debeis dar;
 Sino es dada la sentencia
 Vos la debeis de firmar. —
 El Conde cuando esto oyera
 Tal respuesta le fué á dar :
 —Por Dios te el ruego, paje,
 En amor de caridad,
 Que vais á la princesa
 De mi parte á le rogar,
 Que suplico á la su Alteza
 Que ella me salga á mirar,
 Que en la hora de mi muerte
 Yo la pueda contemplar,
 Que si mis ojos la ven
 Mi alma no ha de penar. —
 Ya se parte el pajecico,
 Ya se parte, ya se va.
 Llorando de los sus ojos
 Que queria reventar.
 Topara con la princesa,
 Bien oiréis lo que dirá :
 —Agora es tiempo, señora,
 Que hayáis de remediar,
 Que á vuestro querido el Conde
 Lo llevan á degollar. —
 La Infanta que esto oyera
 En tierra muerta se cae ;
 Damas, dueñas y doncellas,
 No la pueden retornar,
 Hasta que llegó su aya
 La que la fué á criar.

— ¿Qué es aquesto, la Infanta?
 Aquesto, ¿qué puede estar?
 — ¡Ay de mi triste, mezquina,
 Que no sé qué puede estar!
 ¡Que si al Conde me matan
 Yo habré de desesperar!
 — Saliédesed vos, mi hija,
 Saliédesedlo á quitar. —
 Ya se parte la Infanta,
 Ya se parte, ya se va:
 Fuese para el mercado
 Donde lo han de sacar:
 Vido estar el cadabalso
 En que lo han de degollar,
 Damas, dueñas y doncellas
 Que lo salen á mirar.
 Vió venir la gente d'armas
 Que lo traen á matar,
 Losregoneros delante
 Por su yerro publicor:
 Con el poder de la gente
 Ella no podía pasar.
 — Apartáos, gente d'armas,
 Todos me haced lugar,
 ¡Si no!... ¡por vida del Rey,
 A todos mande matar! —
 La gente que la conoce
 Luego le hace lugar,
 Hasta que llegó al Conde
 Y le empezara de hablar:
 — Esforzá, esforzá, el buen Conde,
 Y no queráis desmayar,
 Que aunque yo pierda la vida,
 La vuestra se ha de salvar. —
 El alguacil que esto oyera
 Comenzó de caminar;
 Vase para los palacios
 Adonde el buen Rey está.
 — Cabalque la vuestra Alteza,
 Aprieta, no de vagar,
 Que salida es la Infanta
 Para el Conde nos quitar:
 Los unos manda que maten,
 Y los otros ahorcar:
 Si vuestra Alteza no accore,
 Yo no puedo remediar. —
 El buen Rey de que esto oyera
 Comenzó de caminar,
 Y fué para el mercado
 Adonde el Conde fué á hablar.
 — ¿Qué es aquesto, la Infanta?
 Aquesto ¿qué puede estar?
 ¡La sentencia que yo he dado
 Vos la quereis revocar?
 Yo juro por mi corona,
 Por mi corona real,
 Que si heredero tuviese
 Que me hubiese de her dar,
 Que á vos y al conde Claros
 Vivos os haría quemar.
 — Que vos me mateis, mi padre,
 Muy bien me podeis matar,
 Mas suplico á vuestra Alteza,
 Que se quiera él acordar
 De los servicios pasados
 De Reinaldos de Montalvan,
 Que murió en las batallas¹,
 Por tu corona ensalzar:
 Por los servicios del padre
 Lo debes galardonar:
 Por malquerer de traidores
 Vos no le debeis matar,
 Que su muerte será causa
 Que me hayais de difamar.
 Mas suplico á vuestra Alteza
 Que se quiera aconsejar,
 Que los reyes con furor
 No deben de sentenciar,
 Porque el Conde es de linaje

Del reino mas principal,
 Porque él era de los doce
 Que á tu mesa comen pan.
 Sus amigos y parientes
 Todos te querrían mal:
 Revolveros han en guerra,
 Los reinos se perderán. —
 El buen Rey cuando esto oyera
 Comenzara á demandar.
 — Consejo os pido, los míos,
 Que me queráis aconsejar. —
 Luego todos se apartaron
 Por su consejo tomar:
 El consejo que le dieron,
 Que lo haya de perdonar
 Por quitar males y bregas,
 Y la princesa afamar.
 Todos firman el perdon,
 El buen Rey lo fué á firmar;
 Tambien le aconsejaron,
 Fuéronle consejo á dar,
 Pues la Infanta queria al Conde,
 Con él la haya de casar.
 Ya destierran al buen Conde,
 Ya le mandan desferrar:
 Descaburga de la mula,
 El Arzobispo á desposar.
 El tomólos de las manos,
 Así los hubo de juntar.
 Los enojos y pesares
 Placeres se han de tornar.

(*Cancionero de Romances.* — It. *Romance del conde Claros*, Pliego suelto. — It. *Silva de varios Romances.* — It. *Floresta de varios Romances.*)

¹ Este romance se imprimió en un pliego suelto, en 4.^o, letra gótica, á dos columnas, año de 1538, con título de *Romance del conde Durlos y de las venturas que tuvo. Nuevamente añadidas ciertas cosas que fasta aquí no fueron puestas.* Las variantes que resultan entre este y el del *Cancionero de romances* que nos sirve de texto, son muchas; pero ninguna que altere el sentido, consistiendo todas en que la medida de los versos está mas exacta en el del *Cancionero*.

Todo indica en la composicion ser de aquellas de los juglares, que ménos alteradas llegaron á imprimirse, y que sin duda ya era conocida y popular en el siglo xv.

² Así empieza el cap. ix, parte II del *Quijote*. Para empezarlo sin duda tuvo presente Cervantes el primer verso de este romance.

³ En el romance histórico que empieza, *Triste estaba el padre Santo*, se ha imitado esta reiterada y estrecha súplica.

⁴ Anacronismo escandaloso es poner las monjas de Santa Ana y de la Trinidad en tiempo de Carlo-Magno.

⁵ Frecuentemente se observa que los editores de los romances antiguos, impresos u orales, alteraban los textos, ya enmendándolos ó ya intercalando en ellos otras composiciones mas modernas. Así ha sucedido á este, pues en vez del texto genuino, el editor ha intercalado una cancion con dos coplas que la glosan, desde el verso que dice *Pesame de vos el Conde*, hasta el de *Por vos he rogado al Rey*. Desde este hasta el que dice *Por ellas quiero gastar*, es tambien una emienda del fragmento del romance primitivo; casualmente nos es posible restaurarle, porque dicho fragmento existe en el *Cancionero general*, impreso en Valencia en 1511, y los demas publicados despues. Dice así:

Pesame de vos, el Conde,
 Porque así os quieren matar,
 Porque el yerro que feiste
 Non fué mucho de culpar;
 Que los yerros por amores
 Dignos son de perdonar.
 Supliqué por vos al Rey,
 Que os mandase delibrar,
 Mas el Rey con grande enojo
 Non me quisiera escuchar;
 Que la sentencia ya dada
 No se podia revocar.
 Pues dormistes con la Infanta
 Habiéndola de guardar.
 Mas os valiera, sobrino,
 De las damas non curar,
 Que quien mas face por ellas
 Tal espera de alcanzar,
 Que de muerto ó de perdido

Ninguno puede escapar;
Que firmeza de mujeres
Non puede mucho durar.
— Que tales palabras, tío,
Non las puedo comportar,
Quiero mas morir por ellas
Que vivir sin las mirar.

Así pues, suprimiendo lo alterado que se indica, y sustituyendo a ello este fragmento, se habrá restaurado toda esta parte del romance, ó á lo ménos uniformado la composicion.

¶ Desde este verso hasta el que dice *Vos la debeis de firmar*, sirvió de tema al de Lope de Sosa, inserto en el *Cancionero general*, impreso en folio, en Valencia, el año 1511. El de Sosa dice así :

Mas envidia he de vos, Conde,
Que mancilla ni pesar,
Porque muerte tan honrada
Por vida se ha de tomar.
Llama yerro á la fortuna
Quien no la sabe juzgar :
Sin ventura en tales yerros
Acierta quien puede errar.
Mas querria ser vos muerto,
Que el Rey que os manda matar,
Porque él muere en quedar vivo,
No queriéndos perdonar.
No le démos esta gloria,
Pues no la supo ganar,
Pues le era mayor victoria
Que mandaros degollar.
La prisa del cadahalso,
Conde, vos la debeis dar,
Porque tan alta sentencia
No se haya de revocar :
Que en la vida está la muerte,
Y en la muerte el descansar,
Y en la causa está el consuelo
Con que os habeis de alegrar.

7 Segun las crónicas caballerescas, Reinaldos de Montalvan es uno de los pocos paladines que no murieron en la batalla de Roncesvalles, ni en ninguna otra. Al contrario, se dice que haciendo penitencia de sus pecados, pobre y oscuro ayudaba como albañil á edificar una iglesia, donde quedó muerto entre los escombros de un hundimiento.

365.

EL CONDE CLAROS. — II.
(De Antonio Pansac¹.)

Durmiendo está el conde Claros
La siesta por descansar,
Porque la noche pasada
No la pudo reposar,
Dando vueltas en la cama
Del secreto desear,
Sospiros no le dejaban,
Congoja no le da lugar,
Por amores de la Infanta
Su señora natural.
Da voces al camarero
Que se quiera levantar :
Vistese un jubon chapado
Que no se puede estimar,
Y de oro de martillo
Un mote muy de notar
En el brazo, que decia :
« ¡ Gran dolor es esperar ! »
Unas calzas bigarradas
Con perlas ricas sin par,
El mote d'ellas decia :
« No tiene precio mi mal. »
Unos zapatos franceses
De un carmesí singular,
Con unas letras de oro
Que relumbran cual cristal.
El mote d'ellas decia :
« Estas arden sin quemar. »
Una gorra rozagante,
Encima un rico collar,
Con un mote que decia :
« ¡ Es mi dolor sin igual ! »
Una gorra en la cabeza
Que bien vale una ciudad,

Con tres Iës coronadas,
Dice el mote á mi pensar :
« ¡ Es tan alto mi deseo
» Que no hay mas que desear ! »
Y doce mozos d'espuelas
Para le acompañar,
Vestidos de los colores
De aquella dama real.
Los jubones de morado,
Sayos de desesperar,
Todas las mangas derechas
Las hizo el Conde brostrar
Con unas matas de ruda,
Que queria ya granar ;
El mote d'ellas decia :
« ¡ Mas amarga el esperar ! »
Cabalga en una bacanea,
La cual hizo ataviar
De una guarnicion muy rica,
Y las riendas, y el pretal
Lleno de unas campanillas
De oro, y no de metal,
Y unas lágrimas sembradas,
Y el mote para notar :
« Sin doleros vos, señora,
» Nada se puede acabar. »
Vase para los palacios
Adonde la Infanta está.
La Infanta estaba alli sola
En su cámara real,
Deseando ver al Conde
Para poderle avisar.
Con un brial de oro tirado,
Que no lo podia llevar,
Bordado de claraboyas
Y de delfines del mar,
Y un mote de letras de oro
Que decia en el brial :
« Anuncian claras señales
» Mi gloria poco durar. »
Un carbunco en la cabeza
De precio sin tener par,
Con un mote que decia.
« ¿ Qu'es el precio en tal lugar ? »
Y un mote de diamantes
Que decia en un collar :
« Ante vos, piedras preciosas »
» Son arenas de la mar. »
Llamara el Conde á la puerta ;
Abrióle sin tardar :
Dió consigo de rodillas
Por las manos le besar.
Dijole : — Levantaos, Conde,
Que n'os las tengo de dar ;
Pues amor os dió ventura
Sabedla vos bien gozar.
Yo he sabido de la Reina,
Qu'el Rey os manda matar,
Pues tovistes osadia
Para amar en tal lugar. —
Respondió el Conde : — Señora,
¿ Quién á mi osará llegar,
Siendo yo favorecido
De vuestra Alteza real ? —
¡ Mirad qué desdicha del Conde,
No tener quien le avisar !
Qu'entrara el Rey tan á paso,
Que le pudo saltear.
Dijo el Rey con grande enojo :
— Conde, Conde, este lugar
Llámase *nolli me tangere*,
El cual muerte suele dar :
Mas por vuestro atrevimiento
Y os haré tal pena dar
Cual se da á aquellos que ofenden
A nuestra corona real. —
Respondió el Conde : — Señor,
Vine por vos suplicar,
Me diédes mis condados

Que me querian casar.
 — Esas excusas, el Conde,
 No son para os desculpar,
 Que si algo tenia vuestro
 N'os lo habia de tomar. —
 Volvióse para su hija,
 Dijo: — Hija, ¿este pesar
 Me teniades guardado
 Para me desconsolar? —
 Mandara secretamente
 Al Conde en yerros echar.
 Mandó llamar su consejo
 En su cámara real:
 Como con Rey y con Reina
 Hácentle mal sentenciar:
 Dieron por sentencia al Conde
 Que le hayan de degollar.
 En el patin del palacio
 Un cadahalso mando armar,
 Todo cubierto de negro
 Y de hachas de funeral.
 Otro día de mañana
 Sácanlo á degollar
 Al Conde entre dos obispos
 Y su tío el Cardenal.
 Tras él iban sus parientes
 Llenos de luto y pesar:
 Delante iban los galanes
 Bando voces á la par.
 — Mas envidia he de vos, Conde,
 Que mancilla ni pesar
 Porque tal muerte como esta
 Por vida se ha de contar. —
 Tras ellos iban las damas
 Diciendo: — ¡Llorad, llorad,
 Que su muerte es la disculpa
 Con que os hemos de pagar! —
 En llegando al cadahalso
 Adonde el buen Rey está,
 Las trompetas y bastardas
 Comenzaron á sonar
 Un triste son dolorido
 Que á todos hace llorar.
 Luego los reyes de armas
 Comienzan á pregonar:
 — Caballeros, caballeros,
 Que de amor quereis tratar,
 De las hijas de los reyes
 Os debeis mucho apartar,
 Y la muerte del conde Claros
 Os debe de escarmentar. —
 Así hablara el buen Conde:
 — Tambien heis de publicar
 Que lo mucho con lo poco
 Mal se puede galardonar. —
 Tómanlo los dos verdugos,
 Y hiciéronlo arrodillar:
 Con cuchillo de crueza
 Lo fueron á degollar.
 Mandó el Rey muy crudamente
 El su corazón sacar,
 Y entre dos platos de oro
 A la Infanta presentar.
 Llevara el paje los platos
 No cesando de llorar:
 Tomáraselos la Infanta,
 Hizolos descobijar.
 Desque vido el corazón
 Empezóse de alterar.
 Dijole: — Mi corazón,
 ¿Quién os pudo así parar?
 Si supiera vuestra muerte
 Triste, y'os fuera á ayudar. —
 Allí viniere la Reina
 Por podella consolar.
 — Callede, hija, callede,
 No querades mas llorar,
 Que aunque al buen Conde perdistes,
 Mejor os quiero casar.

Hombres hay en las mis cortes
 Que con vos pueden casar. —
 Dijole: — Madre y señora,
 No me querais consolar,
 Qu'el marido que tenia
 Vos lo habeis hecho matar. —
 Tantas daba de las voces,
 Maravilla es de mirar.
 Trastornósele el sentido
 Y el corazón de pesar.
 — Qu'es de tí, el mi conde Claros?
 ¿Adónde te irá á buscar?
 ¿Qué son de tus atavíos?
 Qué se hizo tu triunfar?
 Qué fué de las invenciones?
 Qué fué del dulce trovar?
 Qué fueron de los torneos
 Y justas que ibas á armar? —
 Tantas lágrimas vertia,
 Que hobo de reventar.
 El Rey á los dos amantes
 Juntos los mandó enterrar
 En muy rica sepultura
 Que hizo de oro esmaltar,
 Con un mote que decia:
 «Ventura no dió lugar.»

(Romance del conde Claros, nuevamente trovado,
 Pliego suelto.)

¹ El mismo asunto, pero con diverso desenlace, que el anterior. Antonio Pansac, poeta desconocido, se da por autor del romance, pero quizá es solo refundidor de otro mas antiguo. Aquí se halla imitada y puesta en escena la catástrofe de la historia de Gabriela de Bergy.

364.

EL CONDE CLAROS. — III.

(Anónimo ¹.)

A caza va el Emperador
 A San Juan de la Montaña;
 Con él iba el conde Claros
 Por le tener compañía.
 Contándole iba contaado
 El menester que tenia.
 — No me lo digais, el Conde,
 Hasta despues la venida.
 — Mis armas tengo empenñadas
 Por mil marcos de oro y mas,
 Y otros tantos debo en Francia
 Sobre mi buena verdad.
 — Llámeme mi camarero
 De mi cámara real;
 Dad mil marcos de oro al Conde
 Para sus armas quitar;
 Dad mil marcos de oro al Conde
 Para mantener verdad;
 Dadle otros tantos al Conde
 Para vestir y calzar;
 Dadle otros tantos al Conde
 Para las tablas jugar;
 Dadle otros tantos al Conde
 Para torneos armar;
 Dadle otros tantos al Conde
 Para con damas holgar.
 — Muchas mercedes, señor,
 Por esto y mucho mas.
 A la Infanta Claraniña
 Vos por mujer me la dad.
 — Tarde acordastes, el Conde,
 Mandada la tengo ya.
 — Vos me la daréis, señor,
 Acabo que no querais,
 Porque preñada la tengo
 De los seis meses ó mas. —
 El Emperador que esto oyera
 Tomó de ello gran pesar:
 Vuelve riendas al caballo,
 Y tornóse á la ciudad:

Mandó llamar las parteras
 Para la Infanta mirar.
 Allí habló la partera,
 Bien oireis lo que dirá:
 —Preñada está la Infanta
 De los seis meses ó mas.—
 Mandóla prender su padre
 Y meter en escuridad,
 El agua hasta la cintura
 Porque pudiese la carne,
 Y perezca la criatura,
 Y no viva de tal padre.
 Los caballeros de su casa
 Se la iban á mirar.
 —Pésanos de vos, señora,
 Cuanto nos puede pesar,
 Que de hoy en quince días
 El Emperador os manda quemar.
 —No me pesa de mi muerte
 Porque es cosa natural,
 Pésame de la criatura,
 Porque es hijo de buen padre;
 Mas si hay aquí alguno
 Que haya comido mi pan,
 Que me llevase una carta
 A Don Claros de Montalvan.—
 Allí habló un paje suyo,
 Tal respuesta le fué á dar:
 —Escribidla vos, señora,
 Que yo se la ire á llevar.—
 Ya las cartas son escritas,
 El paje las va á llevar;
 Jornada de quince días
 En ocho la fuera á andar.
 Llegado había á los palacios
 Adonde el buen Conde está.
 —Bien vengais, el pajecico,
 De Francia la natural,
 ¿Pues qué nuevas me traéis
 De la Infanta? ¿cómo está?
 —Leed las cartas, señor,
 Que en ellas os lo dirá.—
 De que las hubo leído
 Tal respuesta le fué á dar:
 —Uno me da que la quemen,
 Otro me da que la maten.—
 Ya se partía el buen Conde,
 Ya se parte, ya se va,
 Jornada de quince días
 En ocho la fuera á andar.
 Fuérase á un monasterio
 Donde los frailes están;
 Quitóse paños de seda,
 Vistió hábitos de fraile:
 Fuérase á los palacios
 De Carlos el Emperante.
 —Mercedes, señor, mercedes,
 Queráismelas otorgar,
 Que á mi señora la Infanta
 Vos me dejéis confesar.—
 Ya lo llevaban al fraile
 A la Infanta á confesar.
 El cuando se vió con ella
 De amores le fué á hablar.
 —Tate, tate, dijo, fraile,
 Que á mi tú no has de llegar,
 Que nunca llegó á mi hombre
 Que fuese vivo en carne,
 Sino solo aquel Don Claros,
 Don Claros de Montalvan,
 Que por mis grandes pecados
 Por él me quieren quemar.
 No doy nada por mi muerte
 Pues que es cosa natural,
 Pésame de la criatura
 Porque es hijo de buen padre.—
 Ya se iba el confesor
 Al Emperador á hablar:
 —Mercedes, señor, mercedes,

Queráismelas otorgar,
 Que mi señora la Infanta
 Sin ningún pecado está.—
 Allí habló un caballero
 Que con ella queria casar:
 —Mentides, fraile, mentides.
 Que no decís la verdad.—
 Desafianse los dos,
 Al campo van á lidiar;
 Al apretar de las cinchas
 Conociólo el Emperante:
 Dijo que el fraile es Don Claros,
 Don Claros de Montalvan,
 Mató el fraile al caballero,
 La Infanta librado ha,
 En ancas de su caballo
 Consigo la fué á llevar.

(Cancionero de Romances.)

⁴ Todos los caracteres de este romance, indican ser tambien de los mas antiguos y menos alterados en la imprenta, pues conserva las formas y cambio de consonantes con que hoy en día canta el pueblo los que son puramente tradicionales, y que no se han impreso. Depping indica que estos romances aluden á los amores de Eginhardo con la hija de Carlo-Magno, sobre los cuales hay una novela caballeresca, donde dice, que sorprendidos los dos amantes por el día, y habiendo caido una gran nevada, la hija de Carlo-Magno, para evitar que sobre la nieve se imprimiesen las huellas sospechosas de un hombre, tomó en brazos á Eginhardo y lo sacó del jardín. Pero el Emperador, que habiendo madrugado los vió desde una ventana, irritado primero, los quiso castigar; mas luego ya tranquilo los unió. Eginhardo fué despues el que compuso una crónica del Emperador su suegro.

368.

ROMANCE DEL CONDE ALARCOS.

(De Pedro de Riancho ⁴.)

Retraida está la Infanta,
 Bien así como solía,
 Viviendo muy descontenta
 De la vida que tenía,
 Viendo que ya se pasaba
 Toda la flor de su vida,
 Y que el Rey no la casaba,
 Ni tal cuidado tenía.
 Entre sí estaba pensando
 A quien se descubriría,
 Y acordó llamar al Rey
 Como otras veces solía,
 Por decirle su secreto
 Y la intencion que tenía.
 Vino el Rey siendo llamado,
 Que no tardó su venida:
 Vidola estar apartada,
 Sola está sin compañía;
 Su lindo gesto mostraba
 Ser mas triste que solía.
 Conociere luego el Rey
 El enojo que tenía.
 —¿Qué es aquesto, la Infanta?
 ¿Qué es aquesto, hija mia?
 Contadme vuestros enojos,
 No toméis malenconia,
 Que sabiendo la verdad
 Todo se remediaría.
 —Menester será, buen Rey,
 Remediar la vida mia,
 Que á vos quedé encomendada
 De la madre que tenía.
 Dédesme, buen Rey, marido,
 Que mi edad ya lo pedía:
 Con vergüenza os lo demando,
 No con gana que tenía,
 Que aquestos cuidados tales
 A vos, Rey, pertenecian.—
 Escuchada su demanda,
 El buen Rey la respondía:
 —Esa culpa, la Infanta,

Vuestra era, que no mia,
 Que ya fuéades casada
 Con el principe de Hungria.
 No quisistes escuchar
 La embajada que venia,
 Pues acá en las vuestras cortes,
 Hija, mal recaudo habia,
 Porque en todos los mis reinos
 Vuestro par igual no habia,
 Sino era el conde Alarcos,
 Que hijos y mujer tenia.
 — Convidadlo vos, el Rey,
 Al conde Alarcos un dia,
 Y despues que hayais comido
 Decilde de parte mia,
 Decilde que se acuerde
 De la fe que dél tenia,
 La cual él me prometiera,
 Que yo no se la pedia,
 De ser siempre mi marido,
 Y yo que su mujer seria.
 Yo fui d'ello muy contenta
 Y que no me arrepentia.
 Si la Condesa es burlada,
 Que mirara lo que hacia,
 Que por él no me casé
 Con el Principe de Hungria:
 Si casó con la Condesa,
 Déel es culpa, que no mia. —
 Perdiera el Rey en la oír
 El sentido que tenia,
 Mas despues en sí tornado
 Con enojo respondia:
 — ¡No son estos los consejos,
 Que vuestra madre os decia!
 ¡Muy mal mirastes, Infanta,
 Do estaba la honra mia!
 Si verdad es todo eso
 Vuestra honra ya es perdida:
 No podeis vos ser casada
 Mientras la Condesa viva.
 Si se hace el casamiento
 Por razon ó por justicia,
 En el decir de las gentes
 Por mala seréis tenida.
 Dadme vos, hija, consejo,
 Que el mio no bastaria,
 Que ya es muerta vuestra madre
 A quien consejo pedia.
 — Yo vos lo daré, buen Rey,
 D'este poco que tenia:
 Mate el Conde á la Condesa,
 Que nadie no lo sabria,
 Y eche fama que ella es muerta
 De un cierto mal que tenia,
 Y tratarse ha el casamiento
 Como cosa no sabida.
 D'esta manera, buen Rey,
 Mi honra se guardaria. —
 De allí se salia el Rey,
 No con placer que tenia;
 Lleno va de pensamientos
 Con la nueva que sabia;
 Vido estar al conde Alarcos
 Entre muchos, que decia:
 — ¡Qué aprovecha, caballeros,
 Amar y servir amiga,
 Que son servicios perdidos
 Donde firmeza no habia?
 No pueden por mí decir
 Aquesto que yo decia,
 Que en el tiempo que servi
 Una que tanto queria,
 Si muy bien la quise entónces,
 Agora mas la queria;
 Mas por mí pueden decir
 Quien bien ama tarde olvida. —
 Estas palabras diciendo
 Vido al buen Rey que venia,

Y hablando con el Rey
 De entre todos se salia.
 Dijole el buen Rey al Conde
 Hablando con cortesia:
 — Convidaros quiero, Conde,
 Por mañana en aquel dia,
 Que querais comer conmigo
 Por tenerme compañía.
 — Que se haga de buen grado
 Lo que su Alteza decia:
 Beso sus manos reales
 Por la buena cortesia:
 Detenerme he aquí mañana,
 Aunque estaba de partida,
 Que la Condesa me espera
 Segun carta que me envia. —
 Otro dia de mañana
 El Rey de misa salia;
 Luego se asentó á comer,
 No por gana que tenia,
 Sino por hablar al Conde
 Lo que hablarle queria.
 Allí fuéron bien servidos
 Como á Rey pertenecia.
 Despues que hubieron comido,
 Toda la gente salida,
 Quedóse el Rey con el Conde
 En la tabla do comia.
 Empezó el Rey de hablar
 La embajada que traia:
 — Unas nuevas traigo, Conde,
 Que d'ellas no me placia,
 Por las cuales yo me quejo
 De vuestra descortesia.
 Prometistes á la Infanta
 Lo que ella no os pedia,
 De siempre ser su marido,
 Y á ella que le placia.
 Si á otras cosas pasaste
 No entro en esa porfia.
 Otra cosa os digo, Conde,
 De que mas os pesaria:
 Que mateis á la Condesa
 Que así cumple á la honra mia:
 Echeis fama de que es muerta
 De cierto mal que tenia,
 Y tratarse ha el casamiento
 Como cosa no sabida,
 Porque no sea deshonrada
 Hija que tanto queria. —
 Oidas estas razones
 El buen Conde respondia:
 — No puedo negar, el Rey,
 Lo que la Infanta decia,
 Sino que otorgo, es verdad
 Todo cuanto me pedia.
 Por miedo de vos, el Rey,
 No casé con quien debia,
 Ni pensé que vuestra Alteza
 En ello consentiria.
 De casar con la Infanta
 Yo, señor, bien casaria;
 Mas matar á la Condesa,
 Señor Rey, no lo haria,
 Porque no debe morir
 La que mal no merecia.
 — De morir tiene, buen Conde,
 Por salvar la honra mia,
 Pues no mirastes primero
 Lo que mirar se debia.
 Si no muere la Condesa
 A vos costará la vida,
 Que por la honra de los reyes
 Muchos sin culpa morian,
 Que muera pues la Condesa
 No es mucha maravilla.
 — Yo la mataré, buen Rey,
 Mas no sea la culpa mia:
 Vos os avendreis con Dios



En el fin de vuestra vida,
 Y prometo á vuestra Alteza,
 A fe de caballería,
 Que me escriba por traidor
 Si lo dicho no cumplía
 De matar á la Condesa,
 Aunque mal no merecía.
 Buen Rey, si me dais licencia
 Luego yo me partiría.
 — Vades con Dios, el buen Conde,
 Ordenad vuestra partida. —
 Llorando se parte el Conde,
 Llorando sin alegría;
 Llorando por la Condesa.
 Que mas que á sí la quería.
 Lloraba tambien el Conde
 Por tres hijos que tenía,
 El uno era de teta,
 Que la Condesa lo cria,
 Que no quería mamar
 De tres amas que tenía
 Sino era de su madre
 Porque bien la conocía;
 Los otros eran pequeños,
 Poco sentido tenían.
 Antes que el Conde llegase
 Estas razones decía:
 — ¿Quién podrá mirar, Condesa
 Vuestra cara de alegría,
 Que saldreis á recibirme
 A la fin de vuestra vida?
 Yo soy el triste culpado,
 Esta culpa toda es mía. —
 En diciendo estas palabras
 Ya la Condesa salía,
 Que un paje le habia dicho
 Como el Conde ya venía.
 Vido la Condesa al Conde
 La tristeza que tenía,
 Vióle los ojos llorosos
 Que hinchados los tenía
 De llorar por el camino
 Mirando el bien que perdía.
 Dijo la Condesa al Conde:
 — ¿Bien vengais, bien de mi vida!
 ¿Qué habeis, el conde Alarcos?
 ¿Por qué llorais, vida mía,
 Que venis tan demudado
 Que cierto no os conocía?
 No parece vuestra cara
 Ni el gesto que ser solía;
 Dadme parte del enojo
 Como dais de Palegría.
 ¡Decídmelo luego, Conde,
 No mateis la vida mía!
 — Yo vos lo diré, Condesa,
 Cuando la hora sería.
 — Si no me lo decís, Conde,
 Cierito yo reventaría.
 — No me fatiguis, señora,
 Que no es la hora venida.
 Cenemos luego, Condesa,
 D'aqueso que en casa había.
 — Aparejado está, Conde,
 Como otras veces solía. —
 Sentóse el Conde á la mesa,
 No cenaba ni podía,
 Con sus hijos al costado,
 Que muy mucho los quería.
 Echóse sobre los hombros;
 Hizo como que dormía;
 De lágrimas de sus ojos
 Toda la mesa corría.
 Mirábalo la Condesa
 Que la causa no sabía;
 No le preguntaba nada,
 Que no osaba ni podía.
 Levantóse luego el Conde,
 Dijo que dormir quería;

Dijo tambien la Condesa
 Que ella tambien dormiría;
 Mas entre ellos no habia sueño,
 Si la verdad se decía.
 Vanse el Conde y la Condesa
 A dormir donde solian;
 Dejan los niños de fuera,
 Que el Conde no los quería:
 Lleváronse el mas chiquito,
 El que la Condesa cria.
 El Conde cierra la puerta,
 Lo que hacer no solía.
 Empezó de hablar el Conde
 Con dolor y con mancilla:
 — ¡Oh desdichada Condesa,
 Grande fué la tu desdicha!
 — No soy desdichada, Conde,
 Por dichosa me tenía
 Solo en ser vuestra mujer:
 Esta fué gran dicha mía.
 — ¡Si bien lo mirais, Condesa,
 Esa fué vuestra desdicha!
 Sabed que, en tiempo pasado
 Yo amé á quien bien servía,
 La cual era la Infanta.
 Por desdicha vuestra y mía
 Prometi casar con ella;
 Y á ella que le placía,
 Demándame por marido
 Por la fe que me tenía.
 Puédelo muy bien hacer
 Por razon y por justicia:
 Dijomelo el Rey su padre
 Porque d'ella lo sabía.
 Otra cosa manda el Rey
 Que toca en el alma mía:
 Manda que murais, Condesa,
 A la fin de vuestra vida,
 Que no puede tener honra
 Siendo vos, Condesa, viva. —
 De qu'esto oyó la Condesa
 Cayó en tierra mortecida:
 Mas despues en sí tornada
 Estas palabras decía:
 — ¡Pagos son de mis servicios,
 Conde, con que yo os servía!
 Si no me matais, el Conde,
 Yo bien os aconsejaría:
 Enviédesme á mis tierras
 Que mi padre me ternía;
 Yo criaré vuestros hijos
 Mejor que la que vernía,
 Y os mantendrè castidad
 Como siempre os mantenía.
 — De morir habeis, Condesa,
 En antes que venga el día.
 — ¡Bien parece, conde Alarcos,
 Yo ser sola en esta vida;
 Porque tengo el padre viejo,
 Mi madre ya es fallecida,
 Y mataron á mi hermano
 El buen conde Don Garcia,
 Que el Rey lo mandó matar
 Por miedo que dél tenia!
 No me pesa de mi muerte,
 Que yo de morir tenia,
 Mas pésame de mis hijos,
 Que pierden mi compañía:
 Hacémeos venir, Conde,
 Y verán mi despedida.
 — No los veréis mas, Condesa,
 En dias de vuestra vida:
 Abrazad ese chiquito,
 Que aqueste es el que os perdía.
 Pésame de vos, Condesa,
 Cuanto pesar me podía.
 No os puedo valer, señora,
 Que mas me va que la vida;
 Encomendaos á Dios,

Qu'esto de hacerse tenia.
 — Dejeisme decir, buen Conde,
 Una oracion que sabia.
 — Decila presto, Condesa,
 Antes que amauezca el dia.
 — Presto la habré dicho, Conde,
 No estaré un Ave Maria. —
 Hincó rodillas en la tierra
 Y esta oracion decia :
 « En las tus manos, Señor,
 » Encomiendo el alma mia :
 » No me juzgues mis pecados
 » Segun que yo merecia
 » Mas segun tu gran piedad
 » Y la tu gracia infinita. »
 — Acabada es ya, buen Conde,
 La oracion que yo sabia;
 Encomiéndooos esos hijos
 Que entre vos y mí habia,
 Y rogad á Dios por mí
 Mientras tuviéredes vida,
 Que á ello sois obligado
 Pues que sin culpa moria.
 Dédesme acá ese chiquito,
 Mámara por despedida.
 — No le desperteis, Condesa,
 Dejadlo estar, que dormia,
 Sino que os pido perdon
 Porque ya se viene el dia.
 — A vos yo perdono, Conde,
 Por amor que vós tenia;
 Mas yo no perdono al Rey,
 Ni á la Infanta la su hija,
 Sino que queden citados
 Delante la alta justicia,
 Que allá vayan á juicio
 Dentro de los treinta dias. —
 Estas palabras diciendo
 El Conde se apercibia :
 Echóle por la garganta
 Una toca que tenia,
 Apretó con las dos manos
 Con la fuerza que podia :
 No le aloja la garganta
 Mientras que vida tenia.
 Cuando ya la yido el Conde
 Traspasada y fallecida,
 Desnudóle los vestidos
 Y las ropas que tenia :
 Echóla encima la cama,
 Cubrióla como solia ;
 Desnudóse á su contado,
 Obra de un Ave Maria :
 Levantóse dando voces
 A la gente que tenia.
 — ¡ Socorred, mis caballeros,
 Que la Condesa se fina ! —
 Hallan la Condesa muerta
 Los que á socorrer venian.
 Así murió la Condesa,
 Sin razon y sin justicia ;
 Mas también todos murieron
 Dentro de los treinta dias.
 Los doce dias pasados
 La Infanta ya se moria ;
 El Rey á los veinte y cinco,
 El Conde al treinteno dia,
 Allá fueron á dar cuenta
 A la justicia divina.
 Acá nos dé Dios su gracia,
 Y allá la gloria cumplida.

(Cancionero de Romances. — II. Romance del conde Alarcos, Pliego suelto.)

† Este romance, mas bien de amor que caballeresco, se coloca como tal entre los del Ciclo Carolingio, por ser una historia hecha á semejanza de los del conde Claros, y por contener vestigios de las costumbres feudales, y del poder que á veces el señor ejercia sobre sus feudatarios beneficiados. Aquí el conde Alarcos es un ejemplo de ello, y de que tal vez

en algunos próceres, especialmente en España, se sacrificaba mucho á la fidelidad de los monarcas. La supersticion de los emplazamientos ante el juicio de Dios, que era comun en los siglos medios, y en particular en la época de nuestro Fernando IV, dicho el Emplazado, ó su recuerdo, debió influir mucho en el poeta para la catastrofe de su romance; el cual es uno de los que ofrecen situaciones mas tiernas y patéticas, por mas que inverosímiles parezcan los medios de alcanzarlas. La misma ruda é inartificiosa sencillez con que están expresadas, contribuye á que resuenen mas y mas en lo íntimo del corazon. LOPE DE VEGA formó con esta fábula su interesante comedia de *La fuerza lastimosa*; y GUILLEN DE CASTRO, y MIRADENESCUA, cada uno por su parte, escribieron un drama intitulado *El conde Alarcos*.

366.

ROLDAN DESTERRADO. — I.

(Anónimo †.)

Dia era de Sant Jorge,
 Dia de gran festividad;
 Aquel dia por mas honor
 Los doce se ván á armar
 Para ir con el Emperador
 Y haberlo de acompañar.
 Todos vinieron de grado
 Con un placer singular,
 Sino el bueno de Reinaldos,
 Que se estaba en Montalvan,
 Y no se halló al presente
 En la tal festividad.
 Allí todos los caballeros
 Por traidor le van reptar.
 Esto causó Galalon,
 Porque le queria mal;
 Revolióle con el Emperador,
 Con los doce otro que tal.
 Mucho le pesó á Roldan
 De vello así maltratar,
 Fuese para el Emperador
 De priesa y no de vagar,
 Y con voz muy enojada
 Al Emperador fué á hablar;
 — ¡ Mucho me pesa, señor,
 D'ello tengo gran pesar,
 Que á Reinaldos en ausencia
 Tan mal le quieran tratar;
 Y si tal cosa pasase
 La vida me ha de costar! —
 El Emperador con enojo
 Que habia de lo escuchar,
 Alzó la mano con saña,
 Un bofetón le fué é dar,
 Que otra vez no fuese osado
 Al Emperador así hablar.
 Mucho se enojó de aquesto
 El bueno de Don Roldan;
 Allí hizo juramento
 Encima de un altar,
 En los dias que viviese
 En Francia jamas entrar,
 Hasta que de todos los doce
 El se hubiese de vengar.
 Ya se parté Don Roldan,
 Ya se parte, ya se va
 Solo con un pajecico
 Que le solia acompañar.
 Por sus jornadas contadas
 A España fuera llegar.
 Andando por su camino
 A su ventura buscar,
 Encontró un moro valiente,
 Cerca estaba de la mar.
 Guarda era de una puente
 Que á nadie deja pasar,
 Sino que por fuerza ó grado
 Con él haya de pelear,
 Porque su señor el Rey
 Así se lo fué á mandar:

Que hombre que viniese armado
 No lo dejase pasar :
 O que dejase las armas ,
 O en el reino no ha de entrar .
 Don Roldan con gran enojo
 Que habia de lo escuchar ,
 Hablóle muy mesurado ,
 Tal respuesta le fué á dar :
 —Que antes las defenderia
 Que no habellas de dejar ,
 Porque nadie fuese osado
 De las sus armas quitar ,
 Que no le costase la vida
 Al ménos, ménos costar. —
 Allí le hablara el moro ,
 Bien oireis lo que dirá :
 —Pues lo quereis , caballero ,
 Luego se haya de librar ,
 Que ó vos dejareis las armas ,
 O yo quedaré con mal. —
 Luego abajaron las lanzas ,
 Fuéronse ambos á encontrar .
 A los primeros encuentros
 Las lanzas quebrado han :
 Echan mano á las espadas .
 De priesa y no de vagar :
 ¡ Tan fuertes golpes se daban
 Que era cosa de mirar !
 Alzo el moro su espada ,
 A Don Roldan fué acertar
 Encima de la cabeza ,
 Que lo hizo arrodillar :
 Don Roldan que aquesto vido
 Tal golpe le fuera á dar ,
 Que de la grande herida
 Luego se fué á desmayar .
 —Di, moro, ¿qué has sentido?
 ¿Ya no curas de hablar? —
 —He sentido un acerito ² ;
 Por medio me fué á pasar. —
 Don Roldan le dijo luego ,
 Bien oireis lo que dirá :
 —Que maldito fuese el hombre
 Que no sentia su mal .
 Cálzate ya esa espuela
 Que se te quiere quitar. —
 Abajóse á mirar la espuela ,
 No se pudo levantar :
 Murió luego prestamente
 Sin mas un punto pasar .
 Quitóle luego las armas
 El bueno de Don Roldan ,
 Tambien le quitó el vestido ,
 Los suyos le fué á dejar ,
 Un sayo de cuatro cuartos ³
 Con que solia caminar ,
 Y con un su pajecico
 A Francia lo fué enviar .
 Armado y con sus vestidos
 Parecia Don Roldan :
 Dijole que lo llevase
 Adonde Doña Alda está ,
 Y dijese que era su esposo ,
 Que le hiciese enterrar .
 De que el paje fué llegado
 A Paris esa ciudad ,
 Mostráraselo á Doña Alda
 Con grande angustia y pesar .
 Desde que vido el cuerpo muerto
 Pensó que era Don Roldan ;
 Los llantos que ella hacia
 Dolor eran de mirar .
 Por él lloraban los doce ,
 El Emperador otro que tal ,
 Llórale toda la corte ,
 El comun en general .
 Arzobispos y perlados ,
 Cuantos en la corte están ,
 Con mucho pesar y tristeza

Lo llevaron á enterrar .
 Don Roldan muy bien armado
 Con armas que fué á tomar ,
 Fuérase para las tiendas
 Do el Rey moro suele estar .
 Era el Rey moro mancebo
 Ganoso de pelear :
 De los doce Pares de Francia
 El se queria vengar .
 Recibióle con mucha honra ,
 Allí amor le fué á mostrar ,
 Pensando que era el moro valiente
 Que los reinos solia guardar .
 Dijole cómo en la puente
 Habia muerto á Don Roldan .
 El Rey luego en aquel dia
 A Francia le fué á enviar :
 Dióle luego mucha gente ,
 Hizole su capitán
 Para ir á buscar los doce
 Y con ellos pelear .
 Ya se parte Don Roldan
 A Paris á la cercar :
 Los moros que van con él
 Pensaban en su pensar
 Que era el moro valiente
 Que los reinos solia guardar .
 Envian luego mensajeros
 A Paris, esa ciudad ,
 Que ya despues allegados ,
 Asentado su real ,
 Que presto y sin dilacion
 Se les diese la ciudad ,
 O los doce salgan luego
 Si por armas se ha de librar .
 Respondió el Emperador ,
 Bien oireis lo que dirá :
 —Que le placia de buen grado
 Los doce allá enviar. —
 Para un dia señalado
 Concertaron el pelear :
 Aquel dia salieron los doce
 Al campo para lidiar .
 Los caballos llevan holgados ,
 No se hartan de relinchar ;
 Con una furia muy grande
 En los moros se van lanzar .
 Hácese una batalla
 Muy cruel en la verdad ;
 Mas los moros siendo muchos ,
 Todos los fuéron á cativar ,
 Y tambien á Galalon ,
 Así mesmo otro que tal .
 ¡ Gran deshonra es de los doce
 En dejarse así tomar !
 Viendo esto el Emperador
 Desde su palacio real ,
 Mandó llamar sus caballeros
 Para consejo tomar .
 —Ya sabeis que Don Reinaldos
 Es buen vasallo real ,
 Y es uno de los doce ,
 De lo bueno principal :
 Siempre miró por mi honra ,
 Por mi corona imperial ;
 Pues los doce le han reptado ,
 Yo le quiero perdonar. —
 Todos holgaron muy mucho
 De lo que el Emperador fué á hablar .
 Envian luego á Don Reinaldos
 A do estaba en Montalvan ,
 Que viniese luego á Paris
 Para con el moro pelear ,
 Que era cosa que cumplia
 A su alta Majestad ,
 Y tambien porque en Francia
 No le hay mas singular .
 Ya se parte Don Reinaldos
 Donde los moros están :

Con aquel moro valiente,
 Con él iba á pelear.
 Consigo lleva á Doña Alda
 La esposa de Roldan;
 Mas bien sabia Don Reinaldos,
 Bien sabia la verdad,
 Que aquel moro valiente
 Era su primo Roldan,
 Que un tío que tenia
 Le dijera la verdad;
 Por arte de nigromancia
 Así lo fuera á hallar,
 Que Don Roldan era venido,
 Y cómo estaba en el real,
 Y qu'el cuerpo que trajeron
 Era un moro que fué á matar.
 Andando por sus jornadas
 Fuéron al campo á llegar;
 Armóse luego Reinaldos
 Para con el moro pelear:
 A los primeros encuentros
 Los primos conocido se han:
 Conociéronse entrambos
 En el aire del pelear:
 Cuando iban á encontrarse,
 Las lanzas desviado han;
 Dejado han caer las armas,
 Al suelo las fuéron á echar;
 Vanse con mucho amor
 El uno al otro abrazar;
 Allí hubieron gran placer,
 Olvidado han el pesar.
 Mandó llamar á los moros,
 A todos hizo juntar
 Para dalles la razon
 De lo que queria hablar.
 —Vosotros tenéis los doce,
 Yo los fuera á cativar;
 Yo no siento aquí ninguno
 Con quien haya de pelear,
 Si no es con este hombre solo,
 Pues vergüenza me será.—
 Don Roldan y Don Reinaldos
 Comienzan de pelear;
 ¡Cuántos matan de los moros
 Maravilla es de mirar!
 Despues de muertos los moros,
 Y de todos los matar,
 Fué Roldan á su esposa
 Con ella á placer tomar.
 Cuando lo vido Doña Alda,
 De placer queria llorar,
 Las alegrías que hacen
 No se podrian contar.
 Vanse luego á Paris
 Al Emperador consolar;
 Cuando el Emperador supo
 Que venia Don Roldan,
 Con toda la caballería
 Salió fuera la ciudad.
 —; Bien vengais vos, mi sobrino!
 ¡ Bueno sea vuestro llegar!
 ¡ Gran placer tengo de veros
 Vivo y sano en verdad! —
 Grandes fiestas se hacian
 Que no se pueden contar:
 Allí iban todos los doce
 Que á la mesa comen pan:
 Todos tuvieron placer
 De la venida de Don Roldan.

(Cancionero de Romances.)

⁴ Este romance y el que le sigue son ambos al mismo asunto. El segundo indica haberse hecho despues, é imitando al primero, con mas cuidado y artificio. El que anotamos presenta todos los caracteres de las rísticas improvisaciones que hacian los juglares ó cantores Ittradados, sobre un asunto dado. De aquí su pesadez, sus repeticiones, sus modismos bárbaros y vulgares, su impropiedad, su inverosimilitud de expresion y de lenguaje, y sus muletillas para enlazar las ideas y las

frases. ¡ Quién no ve en esto una improvisacion arrastrada por el canto lento y monótono del que busca entre verso y verso la rima que ha de poner, y que necesita del ripio para colocar la que corresponde? ¡ Qué significa el uso continuo del auxiliar con el infinitivo activo, para expresar el pasado, sino un medio de llenar la medida del verso, y de colocar la consonancia en *ar*, en *er* ó en *ir*? Y sin embargo de tanta licencia, los cantores aun no conseguian completamente su fin, pues con mucha frecuencia faltaban á la medida y á la consonancia, la cual convertian en asonancia, ó la cambiaban si no se les ocurría de pronto, para volverla á reproducir cuando la hallaban otra vez. Las reflexiones hechas con motivo de este romance son aplicables á otros infinitos, que debe considerarse como los mas vulgares de su época.

² He sentido un acerito, dice el moro, como despreciando la herida mortal que recibiera.

⁵ Cuando Roldan era niño, y estaba abandonado de su real familia, y pidiendo limosna, viéndole desnudo sus compañeros, le dieron cuatro pedazos de paño de diversos colores, con los cuales se vistió. Luego, aunque alcanzó una gran fortuna y estado, siempre hizo sus ropajes de los mismos cuatro colores que le recordaban sus primeros años. Este traje fue sin duda el que puso al cadáver del moro para mejor disfrazarle, y para que mejor se creyese lo que intentaba con aquel disfraz.

⁴ Contra los moros, se entiende.

367.

ROLDAN DESTERRADO. — II.

(Anónimo⁴.)

En Francia la noblecida,
 En ese tiempo pasado
 Cuando Carlos emperante
 La tenia á su mandado,
 Cuando Reinaldos campaba,
 Y Roldan el esforzado,
 Cuando casi todo el mundo
 De moros era ocupado,
 En la ciudad de Paris
 Gran fiesta se ha celebrado,
 La cual dicen de San Jorge
 Patron de Aragon llamado.
 Hácela el Emperador
 Porque tan bien le ha ayudado.
 Manda llamar á los grandes
 Cuantos tiene á su mandado,
 Que cada uno viniere
 Segun que fuese su estado.
 Allí vino Oliveros
 Y Roldan el esforzado,
 Que de atavíos y galas
 Era este el señalado:
 Tambien Beltran Salazar
 Con su pompa y con su estado,
 Y vinieron Don Astolfo
 Y Don Salino su hermano;
 Y vinieron tantos grandes
 Qu'es imposible contarlo.
 Cuando todos fuéron juntos,
 La fiesta se ha celebrado:
 Nunca Don Reinaldos vino
 Que en Montalvan no se ha hallado.
 Cuando el falso Ganalon
 D'esto fué certificado,
 Fuése al Emperador
 Con un rostro mesurado.
 Arrodillóse á sus piés,
 Y d'esta suerte le ha hablado:
 — ¡ Oh señor Emperador!
 Dios te prospere tu estado,
 Y te deje ver cumplido
 Lo por tí ya deseado:
 Bien has visto y conocido
 Quien está á tu mandado:
 Todos los qu'en Francia están
 Han venido á tu llamado,
 Si no Don Reinaldos solo
 Que te ha menospreciado,
 Pues el mandamiento tuyo

En muy poco lo ha estimado :
 Por lo que , señor , te ruego
 Que luego le des el pago,
 Y qu'en presencia de todos
 Por traidor él sea dado².—
 Habló allí el Emperador,
 Y tal respuesta le ha dado.
 — Pláceme , Don Ganalón,
 Qu'eso lo haré de buen grado,
 Por hacer á vos placer
 Y porque él sea castigado.—
 Allí en presencia de todos
 Por traidor le había dado.
 Mucho pesara á los grandes
 Qu'en la sala se han hallado.
 Cuando aquesta triste nueva
 Por París se ha divulgado,
 Fuéase luego Oliveros
 Y á Don Roldán ha hablado,
 Contándole la traición
 Que Ganalón había armado.
 Cuando el fuerte Don Roldán
 D'esto fué certificado,
 Descabalgó de una mula
 Y en caballo ha cabalgado;
 Por las calles de París
 Malamente va enojado.
 Fuéase para el Emperador,
 Y d'esta suerte le ha hablado .
 —Mucho me pesa , señor,
 D'esto estoy muy enojado,
 Que á Reinaldos en ausencia
 Tan mal le hayais tratado
 Por consejo de un traidor ;
 ¡ No merecía este pago !
 Debíeráseos acordar³
 De aquese tiempo pasado
 Cuando estábades perdido
 De amores apasionado
 De la infanta Belisarda,
 Mora de muy gran estado,
 Y cuando él os vido herido,
 Y de amor acongojado,
 Puso la vida por vos
 Hasta haberos remediado,
 Y que pasó á los sus reinos
 Y á su padre había matado.
 Mató también tres gigantes
 Que allí lo estaban guardando ;
 Mató muchos caballeros,
 Que en su mano habían entrado,
 Y á pesar de todo el reino
 A la infanta se ha llevado.
 Púsola en vuestro poder
 Por quitaros el cuidado;
 Y allá en Córdoba la llana,
 Recordaos lo que ha pasado,
 Que si no fuera por él
 Quedárades cautivado ;
 Mas con sus ingenios y artes
 El os hizo libertado.
 Mató á Madama Ruanza⁴
 Reina de tan gran estado.
 Muchas cosas os ha hecho ;
 De todas le dais mal pago ;
 Mas el falso Ganalón
 Que tal os ha aconsejado,
 Antes que venga mañana
 Recibirá de mí el pago.—
 El Emperador con enojo
 Un bofetón le había dado
 Diciendo : — ¡ Mal caballero,
 Vos habeis de ser osado
 En la presencia del Rey
 Hablar tan desmesurado !
 ¡ Yo os juro por mi corona
 Que vos seais castigado !—
 El buen conde Don Roldán
 Malamente se ha enojado :

En un altar que allí había
 Un juramento ha jurado
 De jamás entrar en Francia
 Hasta que fuese vengado.
 Estas palabras diciendo
 Echó la escalera abajo :
 Fuérase para su casa,
 ¡ Malamente va enojado !
 Demandó presto sus armas
 Y muy apriesa fué armado :
 Sin poner pié en el estribo
 A caballo ha cabalgado.
 Ya se sale de París ;
 ¡ Malamente va enojado !
 Por sus jornadas contadas
 En España fué llegado.
 Andando por los caminos
 Sus aventuras buscando
 Encontró con un morisco
 Qu'el mar estaba mirando.
 Guarda era de una puente
 Que á nadie deja pasar :
 Si no de grado , por fuerza
 Con él ha de pelear,
 Porque su señor el Rey
 Así lo fuera á mandar,
 Que hombre que viniese armado
 No le dejase pasar,
 O que dejase las armas,
 Si en el reino quería entrar.
 Don Roldán con grande enojo,
 Que había en lo escuchar,
 Hablóle muy denodado.
 Tal respuesta le fué á dar.
 —Que por tal hombre como él
 Las armas no ha de dejar,
 Qu'en el mundo no es nacido
 Quien se las haya de llevar.—
 Respondiérale el moro,
 Tal respuesta le fué á dar.
 —Si así quieres , caballero,
 Luego se haya de librar,
 Que yo te las quitaré
 O yo quedaré con mal.—
 Luego abajaron sus lanzas
 Y se fuéron á encontrar,
 Y á los primeros encuentros
 Las lanzas quebrado han.
 Echan mano á las espadas
 De priesa y no de vagar :
 ¡ Tan fuertes golpes se daban
 Qu'era cosa de mirar !
 Alzó el moro la su espada,
 A Don Roldán fué á acertar
 Encima de su cabeza
 Que lo hizo arrodillar.
 Don Roldán desqu'esto vido
 Un tal golpe le fué á dar
 Con el tajo de su espada,
 Qu'el cuerpo le fué á cortar.
 El moro que así se vido
 Con herida tan mortal,
 Dábale tan grandes golpes,
 Que á Roldán bacía temblar.
 Cuando Roldán esto vido
 Comenzara de hablar :
 — ¡ Oh ! maldito sea en hombre
 Que no sentia su mal !
 ¡ Tiene las tripas colgando
 Y quiere mas pelear !—
 Respondiérale el moro,
 Tal respuesta le fué á dar :
 —Bien veo que mi vivir
 No puede mucho durar,
 Mas tu vida con la mía,
 Juntas deben acabar.—
 Bájase á adobar la espuela,
 Que se la quería quitar :
 Desque fuera abajado

No se pudo levantar.
 Murió luego prestamente
 Sin mas palabras hablar.
 Quitale luego las armas
 El bueno de Don Roldan,
 Y quitole los vestidos
 Los suyos le fué á dejar,
 Y vistióselos al moro,
 De sus armas se fué á armar.
 Con un su pajejico
 En Francia le fué á enviar
 Que le dijese á su esposa
 Qu'era su esposo Roldan,
 Y que muy solemnemente
 Le hiciese enterrar.
 El bueno del pajejico
 Hizo luego su mandar,
 Y llevólo para Francia
 A casa de Don Roldan,
 Y dicele la embajada
 Que Roldan le fué á mandar.
 Con palabras lastimeras
 Le empezaba de hablar.
 —Este es el cuerpo, señora,
 De aquel que no tenia par;
 El que moros y cristianos
 Nunca pudieron sobrar.—
 Desde que la triste Doña Alda
 El cuerpo fuera á mirar,
 Conoció luego el sayo,
 Las armas otro que tal :
 Pensó que era su esposo
 El esforzado Roldan;
 ; Los llantos qu'ella hacia
 Dolor era de escuchar!
 Dentro de muy pocas horas
 Por Paris se fué á sonar;
 Por él lloraban los doce,
 El Emperador otro que tal :
 Lloraba toda la corte,
 Y el comun en general,
 Y en uvas solemnes andas
 Le llevaban á enterrar.
 Arzobispos y prelados
 Cuantos en la corte están,
 Con grande prisa y tristeza
 Lo llevaron á enterrar.
 Don Roldan muy bien armado
 Con las armas que fué á tomar
 Fuérase para la armada
 Do el Rey moro fuera á estar.
 El Rey moro era mancebo
 Ganoso de pelear :
 Con los doce Pares de Francia
 Sus fuerzas queria mostrar.
 Pensó qu'era el moro valiente
 Qu'el reino solia guardar.
 Andando por sus jornadas
 A Paris van á llegar,
 Ponen luego su asiento,
 Asentaron luego su real,
 Enviaron mensajeros,
 Que luego se hayan de dar,
 Y si esto no quisiesen
 Que salgan á pelear,
 Qu'él haria así de todos
 Como lizo de Don Roldan.
 Respondió el Emperador,
 Tal respuesta le fué á dar.
 —Que le placia de buen grado
 De salir á pelear.—
 Otro dia de mañana
 Sálese de la ciudad.
 Con él iba Don Urgel,
 Con él iba Merian,
 Con él salian los doce
 Que á la mesa comen pan.
 Los caballos van holgados,
 Empiezan de relinchar ;

Con una furia muy grande
 En los moros van á dar
 Haciendo tan cruda guerra
 Qu'es maravilla mirar.
 Mas los moros eran tantos
 Que gran gente va á apresar,
 Y muchos de los doce Pares
 A merced fuéron tomar.
 El Emperador qu'esto vido
 Empezara de llorar,
 Mesando de sus cabellos,
 De su barba otro que tal.
 Mandó llamar su consejo,
 Todos los hizo juntar;
 Díjoles d'esta manera,
 Empezóles de hablar.
 —Parientes y amigos míos,
 A lo que os hice llamar
 Es que os demando consejo,
 Que me hayais de aconsejar;
 ¿ Qué baré de tan gran daño?
 ¿ Cómo se ha de reparar?—
 Allí respondieron todos
 Y le fuéron á aconsejar,
 Qu'enviase por Reinaldos
 Y que lo hiciese llamar,
 Y que bastaria él solo
 Para á Paris descercar,
 Y que le haga mercedes
 Y le haya de perdonar.
 El Emperador contento
 Fué de enviarle á llamar;
 Contárale todo el hecho
 Y como fuera á pasar,
 Y qué aquel moro valiente
 Mató á su primo Roldan.
 Ya se sale Don Reinaldos
 Con los moros pelear:
 Consigo lleva á Don Alda
 La esposa de Don Roldan;
 Mas tambien sabia Reinaldos,
 Bien sabia la verdad,
 Que aquel moro tan valiente
 Era su primo Roldan,
 Que un su tío que tenia
 Le dijera la verdad :
 Por arte de nigromancia
 El fuera luego á hallar
 Que Don Roldan era vivo
 Y qu'estaba en el real,
 Y el cuerpo que á Paris trajeron
 Era un moro qu'él fué á matar.
 Cuando fué cerca del campo
 Reinaldos empezó á llamar :
 Que salga el moro esforzado
 Con él solo á pelear.
 A los primeros encuentros
 Los dos conocido se han :
 Conociéronse entrambos
 En el aire del andar.
 Cuando iban á encontrarse
 Las lanzas van á bajar :
 Ibanse con mucho amor
 Los dos primos á abrazar,
 Y desde se vieron juntos
 Los moros manda llamar,
 Y cuando juntos los vido
 Comenzóles de hablar.
 —Valerosos caballeros,
 Vosotros os querais tornar
 Y decidle al rey Marín,
 Que yo era Don Roldan,
 Y que yo maté á l moro
 Que era su capitan.—
 Los moros desde oyeron
 Tan triste nueva les dar,
 Léganse unos con otros
 Y hacen su capitan;
 Dicen que los prisioneros

Consigno se han de llevar :
 Todos se ponen en armas
 Para matar á Roldan.
 Reinaldos que aquesto vido
 Comenzó de pelear,
 Y Roldan por otra parte,
 ¡ Muy crudos golpes les dan !
 Mas los moros eran tantos
 Qu'el sol querian quitar :
 Haciendo muy cruda guerra
 Los presos van á soltar,
 Tomaban de aquellas armas,
 Comienzan de pelear :
 Dentro de muy pocas horas
 Todos los van desbaratar.
 Quedan señores del campo,
 Que no hay con quien pelear.
 Cuando vido Doña Alda
 A su esposo Don Roldan,
 Del gran placer que tenia
 Comenzara de llorar.
 Cuando el Emperador supo
 Toda la certenidad,
 Sale los á recibir
 Con mucha solemnidad.
 Abrazaba á Don Reinaldos,
 Abrazaba á Don Roldan,
 Diciendo : que tales dos
 En el mundo no hay su par,
 Y d'esta manera entraron
 Con gran fiesta en la ciudad.

(Silva de varios romances.)

1 Véase la nota del anterior.

2 Cuando un caballero no asistia al llamamiento de su señor feudal, se le trataba como rebelde y traidor.

3 Sobre los hechos que aquí se citan hay un poema italiano que precedió á *Orlando innamorato* del Boyardo, y se publicó impreso en Venecia el año de 1481, con el título de *Incomenza el primo libro del innamoramento de Carlo-Magno*, etc. En este mal poema, cuyo asunto quizá está tomado de tradiciones ó novelas populares, se ve al anciano Carlo-Magno apasionarse ciegamente de Belisandra, hija de un rey moro de Africa llamado Trafamier, á la cual habia oido alabar como hermosa, á su bufon Lotiero. Aquejado de grave pasion, Carlo-Magno pide á Roldan y á Reinaldos que le procuren satisfacerla, y ellos para conseguirlo, fingiéndose mercaderes, se embarcan para Brimesta, capital de los estados de Trafamier, ó Trasiomar, adonde llegados se dan tal traza que atrayendo á su embarcacion al dicho rey y á su hija, que con tanta benevolencia los habian recibido, Reinaldo le asesina, y volviendo á Francia Belisandra presa, la pone en poder de Carlo-Magno despues de haber recibido de él una gran cantidad de oro en que habian ajustado este servicio. Esta violacion de todo derecho fué causa de la guerra que *Fondano*, tio de Belisandra, hizo contra la Francia y sus paladines. El poema está lleno de batallas, de hazañas y de proezas de Roldan, Reinaldos y Oliveros; de traiciones de Galalon, de enojos y reyertas entre el Emperador y Reinaldos : de cuyas resultas este se rebela contra su soberano, se despide de su servicio, llega á ser emperador de Rusia, vuelve á Francia á libertar á los paladines prisioneros y vencidos por los enemigos, y en fin cansado de reinar sobre ellos, deja á los rusos sus vasallos, y vuelve á sus pobres estados de Montalvan para ser un pobre caballero de Carlo-Magno, como siempre lo habia sido.

4 Ruanza, ó Rovenza, ó Rovanza, era una terrible gigante africana que armada de una maza ó martillo de hierro fué terror y espanto de Carlo-Magno y sus doce pares, que con ejército numeroso estaban delante de Córdoba, que ella defendia. Reinaldos de Montalvan se batió con esta heroína, y solo pudo matarla dándole un golpe á traicion. Esta empresa dió asunto á un poema italiano intitulado *Libro chiamato dama Rovenza del Martello*, que fué impreso la primera vez, antes de mediar el siglo xvi.

368.

REINALDOS Y LA INFANTA CELIDONIA.— III.

(Anónimo 4.)

Quando aquel claro lucero
 Sus rayos quiere enviar
 Esparcidos por la tierra
 Por cada parte y lugar ;

Quando los prados floridos
 Suaves olores dan,
 A mi preciado vergel
 Me fui para dar lugar
 A la triste vida mia
 Y muy gran necesidad.
 Vide las rosas en flor
 Que querian ya granar,
 Hice una guirnalda d'ellas,
 No hallando á quien la dar.
 Por un bosque des poblado
 Comencé de caminar,
 Y diera en una floresta
 Do nadie suele pasar.
 En el dulce mes de mayo
 Yo me fui por descansar
 Por medio de una arboleda
 De cipres y de rosal :
 Vide una huerta muy florida
 De jazmines y arrayan
 Los cantos eran tan dulces
 Que me hicieron parar ;
 Vi avecitas, que por ellas
 No hacen sino volar.
 Papagayo y ruisenor
 Decian en su cantar :
 —¿ Dónde vas, el caballero ?
 Atras te quieras tornar :
 Hombre que por aquí pasa
 No puede vivo escapar.—
 Mirando esas avecitas,
 Su canto y armonizar,
 A sombra de un verde pino
 Me senté por descansar.
 Hiciera mi cabecera
 Encima de un arrayan ;
 Los cuidados dos á dos
 Me cercaron sin parar :
 Con un suspiro muy fuerte
 Comencé de querellar :
 —¡ Oh tú, noble Emperador,
 Mi gran señor natural,
 Mira cuán pobre y cuitado
 Me podrias acatar !
 Sé que de mi mal te place
 Aunque estoy á tu mandar :
 Acordásete debía
 Que te fuiste á enamorar
 De la infanta Belisandra³.
 Hija del rey Trasiomar.
 Por librarte á ti de pena
 Yo me puse á la cobrar
 Con el noble paladin,
 El esforzado Roldan.
 Hizonos por te servir
 Mercaderes por el mar ;
 Yo la saque de su tierra
 Y la puse á tu mandar.
 ¡ Oh todos los doce Pares !
 ¡ Oh Oliveros y Roldan !
 ¡ Oh vos el noble Angeleros
 Y Angelinos el infante !
 Ya no os acordais de mí,
 Ni he con que os pueda honrar.
 ¡ Oh vos, duque Don Estolfo,
 De Inglaterra capitán !
 ¡ Oh mis señores y amigos,
 Cuán ledos os veo estar !—
 Tomóle tal pensamiento
 De se haber de desterrar
 En las tierras de los moros
 Por su ventura probar.
 Estando en este propuesto
 Se tornó á Montalvan :
 Sin despedirse de alguno
 Luego al momento se va.
 Por sus jornadas contadas
 A Paris llegado ha,
 A Roldan fué á rogar luego

Que le quiera acompañar,
 Que se va á unos torneos
 Que hacen allende el mar.
 Don Roldan que es codicioso
 De fama y honra ganar,
 Adereza su partida
 Sin en nada discrepar.
 En forma de peregrinos,
 Por los moros engañar,
 Andando por sus jornadas
 Muy cerca van á llegar.
 Jueves era aquel día,
 La víspera de San Juan,
 Que un torneo es aplazado
 Por ser día principal.
 Esa noche á una floresta
 Se fuéron á descansar;
 Otro día de mañana
 Clarines oyen sonar,
 Que sacan á la princesa
 Por las fiestas mas honrar.
 Lleva encima la cabeza
 Una corona real,
 Sus cabellos esparcidos
 Que acrecientan su beldad.
 Ella estaba tan hermosa
 Que á todos hace turbar,
 Muchas doncellas delante,
 Todas dicen un cantar.
 Comenzó de hablar luego
 El esforzado Roldan :
 — ¡ Oh Dios, y qué linda dama!
 ¡ En el mundo no hay su par,
 Sin ofender á Doña Aida!
 Yo la quisiera gozar. —
 Reinaldos con turbacion
 De lo que dijo Roldan,
 Con el gesto demudado
 Le comenzó de hablar :
 — Primo, excusado es fuera
 De tal suerte blasonar,
 Porque Celidonia es mia,
 Yo la entiendo de ganar.
 Si no me sois enemigo,
 En ello no habeis de hablar. —
 Con gran enojo que tiene
 Se pone encima Bayarte :
 Va derecho para el campo
 Por los torneos ganar;
 Vido muchos caballeros
 Del caballo en tierra dar.
 Mira al mas valiente d'ellos,
 Que era el rey Gargaray,
 Derrocando caballeros
 Cuantos topaba á lanzar.
 Por encima del arzon
 Al moro fué á derribar,
 Al moro y caballo en tierra :
 Y al caballo fué á picar,
 Derrocando á cuantos topa
 Y podia alcanzar.
 ¡ Raras maravillas hace
 Que espanto pone en mirar!
 En esto aquel gran Rey moro
 Tornó presto á lidiar.
 Ya se parte Don Reinaldos
 Otra vez por le encontrar;
 Tan fuerte golpe le diera,
 Que otra vez lo fué á lanzar :
 Con el coraje el rey moro
 No tiene en nada su mal.
 Nadie justa con Reinaldos,
 Nadie le osa esperar :
 De los golpes que reciben
 Van huyendo sin parar.
 Ya Febo se declinaba
 Hacia el Océano mar,
 Cuando el gran rey Agolandro
 Clarines mandó sonar,

Porque paren los torneos
 Y vayan á reposar
 Hasta en el día siguiente
 Que los tiene de acabar.
 Reinaldos iba tan fuerte,
 Que espanto pone mirar;
 Don Roldan que cerca estaba
 Viénele luego á abrazar.
 — ¡ Qué es aquesto, primo mio?
 ¿ Cómo andais sin aguardar?
 ¡ Tanto holgaba de veros,
 Que olvidaba el pelear,
 Viendo vuestra gran destreza
 Contra el gran rey Gargaray!
 — Vos lo decis, señor mio,
 Que me quereis motejar;
 Vámonos, señor, al monte,
 Do solemos albergar,
 No nos conozcan los moros,
 No entremos en la ciudad. —
 El fuerte Rey que los vido
 Comenzólos de llamar :
 — Oh vos, fuertes peregrinos,
 ¿ Dónde vos vais á holgar?
 — Señor, vámonos al monte;
 No teniendo que gastar,
 No nos quieren dar posada
 Por Dios ni por caridad :
 Pasamos al gran Mahoma
 Por su templo visitar.
 — Señores, si vos pluguiese,
 Yo vos quiero aposentar. —
 Don Reinaldos habló luego :
 — Cúmplase vuestro mandar. —
 Hicieronles dar posada
 En acertado lugar,
 Que el moro es acostumbrado
 A romeros albergar.
 Luego les vino mensaje
 Que el Rey los envia á llamar :
 Dijoles que los caballeros
 Son Reinaldos y Roldan,
 Que su amigo Galalon
 Se lo enviaba á avisar.
 Todos se ponen en armas
 Para haberlos de matar;
 El buen Rey que aquesto vido
 Altas voces fué á dar :
 — ¡ Ah caballeros galanes
 De corte tan principal!
 Yo no soy de parecer
 Que así se hayan de tratar
 Los mejores caballeros
 De toda la cristiandad.
 Pues que yo les di seguro,
 Yo no les puedo faltar;
 Mas luego siendo de día
 Os podeis todos armar,
 Y como gentiles hombres
 Con ellos en campo entrar. —
 Ya se partía el buen Rey,
 Y á los romeros se va.
 — ¡ Oh los nobles caballeros,
 Reinaldos y Don Roldan!
 Séades los bien venidos
 Los dos cristianos sin par.
 Sabed que Don Galalon
 Una carta fué á enviar
 En que nos dice por ella
 Que veniades á matar
 Al noble rey Agolandro,
 Y él nos hiciera llamar,
 Do se determinó luego
 De venir á vos matar,
 Si no por respeto mio,
 Que nunca les di lugar;
 Mas sabed que en la mañana
 En batalla habeis de entrar
 Vos, y el noble paladin

Con cuantos allí vendrán :
 Y vos, señor Don Reinaldos,
 No os podeis excusar
 Que conmigo y cuatro reyes
 En campo os habeis de hallar ;
 Por ende esforzaos mucho. —
 Luego los fuera á abrazar.
 Don Reinaldos le responde :
 —; Grande es, señor, tu bondad !
 ; Grandemente nos obligas
 Mas que podriais pensar ! —
 El Rey se despidió d'ellos
 Y á su casa fué á cenar.
 Otro día, el sol salido,
 El Rey los vino á llamar :
 Ya se ponen los arneses,
 Y el Rey los ayuda á armar,
 Y cuando armados los vido
 Comenzóte de hablar :
 —; Oh los nobles caballeros,
 Querádesme perdonar,
 Porque en viéndoos armados
 Enemigo os soy mortal ! —
 Dicho esto fuese luego
 Sin mas palabras hablar :
 Apréstanse los dos primos
 Y á la batalla se van.
 Bayarte que ve la gente
 Espanto pone en mirar ;
 Dando corcovos y empinos
 Comienza de relinchar.
 Tan fuerte va para ellos
 Que la tierra hace temblar.
 Reinaldos mira á los reyes
 Con quien ha de pelear :
 Tambien mira á Celidonia
 Que en el cadahalso está.
 Tanto coraje le crece
 Que comienza de hablar :
 —; Oh vosotros los romanos,
 Todos venid á ayudar
 A aquestos cinco reyes
 Que conmigo han de justar ;
 Porque en el día de hoy
 Yo les quiero demostrar
 Las fuerzas que Dios me dió
 Por su santa fe ensalzar ! —
 Da de espuelas al caballo,
 En el campo fué á entrar.
 Los reyes que entrar lo ven
 Juntos lo van á encontrar
 De tal suerte, que las lanzas
 En piezas hacen volar :
 Mas Reinaldos con esfuerzo
 Encontró al rey Gargaray
 De tal suerte, que la lanza
 Le pasó al espaldar.
 No le duraron los otros,
 Qué á todos los fué á matar,
 Y quebrada la su lanza
 A Fisberta fué á sacar
 Haciendo mil maravillas
 Por en el campo quedar,
 Hasta topar á su primo
 El buen paladin Roldan,
 Que llevaba un gran tropel
 De morisma á mal andar.
 Despues que juntos se vieron
 Muy gran contento se dan ;
 Con esfuerzo denodado
 Renuevan el pelear.
 Tantos matan de los moros,
 Que no hay cuenta ni par :
 El alarido es tan grande
 Que al cielo quiere llegar.
 Alzó los ojos Reinaldos
 A do el cadahalso está ;
 Vido muchos caballeros
 A la Princesa guardar ;

Allegóse para ellos
 Con muy gran ferocidad ;
 El estruendo que traia
 La tierra hace temblar ;
 A la bella Celidonia
 Fué en su cahallo á sentar :
 Arremete con denuedo
 Por la batalla dejar.
 Los moros que aquesto vieron
 No le osaban dañar
 Por no dar á la Princesa
 Ni le hacer algun mal.
 Con sollozos y gemidos,
 Que al cielo quieren llegar ;
 Lloran su gran perdicion,
 La muerte de Gargaray.
 La Princesa ya vencida
 D'este que no tiene par,
 Con una voz delicada
 Comenzóte de hablar :
 —; Oh señor, en qué peligro
 Os poneis en me llevar !
 ; Mas querria yo morir
 Que no vuestro peligrar ! —
 Abrazándola muy fuerte,
 En el rostro la fué á besar ;
 Por su delicados ojos
 Lágrimas vieron saltar,
 Temiendo de lo perder,
 Viéndolo tanto aquejar,
 Que su rostro de Reinaldos.
 En agua hizo bañar.
 Vuélvese á consolarla
 Con amoroso hablar :
 —Esforzad, señora mia,
 No querades desmayar. —
 Ellos estando en aquesto
 Su hermano fuera á llegar ;
 Dádole ha cruel herida,
 Su cuerpo le fué á pasar
 En los brazos de Reinaldos,
 Que su fin fuera á causar :
 Con voz ronca y muy plañida
 Comenzara de hablar :
 —; Oh amor mio y mi bien,
 De mí os querais acordar !
 Pues yo recibo la muerte
 No me querais olvidar,
 Sabiendo vos, amor mio,
 Que os iba yo acompañar,
 Dejando yo al Rey mi padre
 Con tanto enojo y pesar.
 ; Oh qué pena y qué pasion
 Llevo en aqueste pensar ! —
 El rostro se le desmaya,
 La habla fuera á cesar,
 Con un suspiro muy fuerte
 Vieron su fin allegar.
 Don Reinaldos que esto viera
 El color perdido ha,
 Con voz triste y dolorosa
 Comenzóse á lamentar :
 —; Ay desdichado de mí,
 Ya no me quiero nombrar
 El esforzado Reinaldos,
 Ni él me quiero llamar !
 ; Oh muerte ! ; por qué no vienes ?
 No quiero vivo quedar.
 ; Oh Celidonia, amor mio !
 ; Dónde te iré yo á buscar ?
 Yo fui de ti homicida,
 Yo solo te fui á matar.
 ; Oh traidor, mal caballero !
 ; Qué piensas aqui aguardar ? —
 Vuélvese contra los moros
 Para en ellos se vengar,
 Puso en tierra á Celidonia
 Sintiendo mucho su mal ;
 Va buscando al caballero

Que le hizo tal pesar,
 Hiriendo y matando moros
 Cuantos podia topar.
 Hace tal matanza en ellos
 Que es cosa para espantar;
 Hasta topar su enemigo
 No deja de atropellar.
 Vidole andar en batalla,
 Que parece un gavilan :
 Arremetió para él
 Con esfuerzo singular ;
 Trabóle por los cabellos,
 Del caballo lo fué á echar ;
 Atóle fuerte los piés,
 Y al suyo lo fué á pasar.
 Desde que á su guisa lo tuvo
 Tornó presto á cabalgar :
 Va atropellando los moros
 Hasta su primo topar.
 Despues que juntos se vieron
 Comienzan de caminar
 Para la noble de Francia,
 Llevando muy gran pesar.
 La muerte de Celidonia
 No le deja consolar
 Hasta ver á Galalon
 Que tanto mal fué á causar.

(*Floresta de varios romances.*)

¹ ; Cuán bella, sencilla y bucólica es la introduccion de este antiguo romance, donde se percibe mas bien el sentimiento de un poeta inspirado, que el toscó y rústico ingenio de un juglar! Por otra parte en la composicion reina armonia maravillosa, y carece de los defectos de que adolecen otros romances viejos. Mas bien que la mano de los novelistas del Ciclo Carolingio puro, se ve la del Trobera que compuso la tierna historia de Dolino de Maguncia y la inocente y bella Nicoleta, primero y profundo amor de aquel caballero, y cuya muerte fué igual á la de la infanta Celidonia. Ademas este romance respira por todas partes nobles y caballerosos sentimientos, que encantan. La reconciliacion generosa de Roldan y de Reinaldos, la accion noble del rey moro que los avisa de la perfidia de Galalon, y que no consiente combatirlos hasta que los ve armados : todo está lleno del espíritu de caballeria. El estilo de la composicion, si bien no culto ni correcto, es sin embargo fácil y corriente, comparado con el de otros romances viejos. Participa sin embargo mucho de las formas de estos, aunque corregidas y mejor dispuestas. Acaso algun poeta artistico se apoderó de la tradicion de un romance viejo, y le trasformó tal como se ve aqui. Pudiera sospecharse que el del número 569, mas antiguo que el que anotamos, y que parece composicion improvisada, sugiriese al poeta el asunto, que modificado por él, produjo el de este número 568.

² *Acatar*, debe decir *Catax*, pero es frecuente que los compositores de romances, harto malos poetas, usaban de esta clase de licencias para llenar la medida del verso.

³ Véase la nota 3 del anterior romance, num. 567.

⁴ Segun el contexto del romance, este rey tan generoso con los dos caballeros es Gargaray, á quien Reinaldos habia derribado en el torneo.

369.

ROLDAN Y REINALDOS CONQUISTAN LOS REINOS DEL MORO

ALIARDE.—IV.

(*Anónimo* ¹.)

Estábase Don Reinaldos
 En Paris, esa ciudad,
 Con su primo Malgesi
 Que bien sabe adivinar.
 Estábase preguntando,
 El le queria demandar :
 —Primo mio, primo mio,
 Primo mio natural,
 Mucho os ruego de mi parte
 Me lo querais otorgar,
 Pues que de nigromancia
 Es vuestro saber y alcazar,
 Que me digais una cosa
 Que yo os quiero demandar :
 La mas linda mujer del mundo
 ¿Dónde la podria hallar?

—Pláceme, dijo su primo,
 Pláceme de voluntad.—
 Luego mandó á un espíritu
 Que dijese la verdad,
 O se la trajese delante
 Presto sin mas se tardar.
 El, como era premiado ²,
 Dijo luego su mandar,
 Que el rey moro Aliarde
 Tenia hija de poca edad,
 Que en el mundo no habia otra
 Que fuese con ella igual.
 Este tiene el reino lejos,
 Tiénelo allende la mar,
 En tierras muy apartadas
 Que no eran de conquistar.
 Reinaldos de que esto supo
 No quiso mas aguardar ;
 Pidió licencia al Emperador,
 El se la fué luego á dar :
 No se la diera de grado,
 Mas contra su voluntad,
 Que se queria ir á los reinos,
 Que estaban allende el mar,
 Del moro rey Aliarde,
 Para con su hija hablar.
 Despídióse del Emperador,
 De los doce otro que tal.
 Ya se parte Don Reinaldos,
 Ya se parte, ya se va,
 Ibase para los reinos
 Que están allende la mar :
 Con él iba un pajecico
 Que lo solia acompañar.
 Andando por sus jornadas
 Al reino fué á llegar :
 Fuérase para la villa
 Do el Rey moro suele estar :
 Hallólo en sus palacios,
 Que se queria armar,
 Porque así lo acostumbraba
 Por mas se asegurar,
 Y luego que hubo llegado
 El Rey le fué saludar :
 —¿De dónde es vuestra venida ?
 ¿O cómo os sois nombrar ?
 —Señor, soy un caballero,
 De Francia es mi natural ;
 Desterróme el Emperador ;
 En Francia no puedo entrar,
 Por eso vengo á servir
 A tu Alteza real.
 —Pues que venis muy cansado
 De tan largo caminar,
 Reposad en mi palacio,
 Que podreis bien descansar.—
 Don Reinaldos pidió un laud,
 Que lo sabia bien tocar :
 Ya comienza de tañer,
 Muy dulcemente á cantar,
 Que á todo hombre que lo oia
 Parecia celestial.
 Bien lo oia la Infanta,
 Y holgaba de lo escuchar.
 Desde que lo vió tan gracioso
 De gracias muy singular,
 El amor que nunca cesa
 En ella fué aposentar.
 Tales fuéron sus amores
 Que no los podia encelar :
 Amores de Don Reinaldos
 No la dejan reposar.
 Tambien se enamoró él de ella,
 Tanta era su beldad !
 Enviólo á llamar la Infanta
 Que viniese á le hablar ;
 Muy cortés y mesurado
 Las manos le fué á besar ;
 La Infanta era discreta

Y no se las quiso dar ;
 Mas ántes sus corazones
 Eran de conformidad,
 Que de verse el uno al otro
 Comienzan á desmayar :
 Desmayan los corazones
 Pero no la voluntad.
 Despues de ya recordados
 Comenzaron de llorar,
 El uno y otro decían
 Palabras de grande amar.
 —Por tus amores, señora,
 Vine de allende la mar ;
 Por veniros á servir
 Dejara mi natural.
 He dejado yo mis tierras,
 Al Emperador quise dejar,
 He dejado muchos amigos,
 Que me solían honrar,
 He dejado á los doce,
 D'ellos era principal.—
 Allí habla la Infanta,
 Bien oiréis lo que dirá :
 —Pues por mi os desterrastes,
 Y acá os quisistes llegar,
 Tened confianza en mi
 Que lo entiendo bien pagar :
 Por eso, amigo mio,
 Comenzaos de alegrar ;
 Mucho os ruego que esta noche
 No me querades faltar,
 Que vengais solo á mi cámara
 A donde yo suelo estar,
 Porque allí solos entramos
 Placer nos podamos dar.
 — ¡ Nunca quiera Dios, señora,
 Ni la santa Trinidad,
 Que yo tocase en la honra
 A la corona real,
 Pues me tiene vuestro padre
 Por caballero leal ! —
 Respondióle la Infanta
 Enojada en le escuchar.
 — ¿ Lo que habeis vos de rogarme
 Os tengo yo de rogar ?
 Pues yo os juro por mi ley,
 Por la ley de Mahomá,
 Que si no haceis lo que digo
 Que luego os mande matar.—
 Don Reinaldos con esfuerzo
 Tal respuesta le fué á dar :
 —Que le costase la vida,
 Mas no podia aventurar,
 Y que sin falta vernia
 Por hacer su voluntad.—
 Aquella noche siguiente
 Gran placer ambos se dan ;
 Otro dia de mañana
 A su posada se va.
 No pasaron muchos dias,
 Pocos fueron á pasar,
 Que el traidor de Galalon,
 Aquel traidor desleal,
 Envió cartas á Aliarde,
 Cartas para le avisar
 Cómo en su corte tenia
 Don Reinaldos de Montalvan.
 Que á otra cosa no habia ido
 Sino á lo deshonorar :
 Que guardase bien su hija,
 No se la quisiese fiar,
 Que no fué por otra cosa
 Sino por amor tomar.
 El Rey que vido las cartas
 Los suyos mandó llamar,
 Porque tomen á Reinaldos
 Y lo hayan de aprisionar.
 Tomólo gran gente d'armas
 Por mas seguro tomar ;

Echanle en una prision
 De muy grande escuridad.
 Aconsejóse con los suyos,
 Tomó consejó real,
 Qué debían hacer al triste,
 Ó qué castigo le dar.
 Hallaron por sus derechos,
 Por la razon natural,
 Pues habia sido traidor
 A la corona real,
 Que era digno de la muerte
 Y se la hubiesen de dar.
 Todos firman la sentencia,
 El Rey la fué á firmar :
 La sentencia ya era dada
 Para hacello degollar.
 Allí estaba un pajecico,
 Que la Infanta fué á criar :
 Va corriendo á la Infanta
 De priesa y no de vagar.
 Sola estaba la Infanta,
 A nadie queria escuchar ;
 Entra el paje por la puerta,
 Coniézale de hablar :
 —Por amor de vos, señora,
 Hoy se hace gran crueldad,
 Que aquel caballero extraño
 Por vos lo quieren matar.—
 De lo que dijo el pajecico
 Ella tuvo gran pesar :
 Vase para los palacios
 Donde el Rey solia estar :
 Tal entraba por la puerta
 Que á todos queria matar.
 — ¿ Qu'és aquesto, señor padre ?
 Aquesto ¿ qué puede estar ?
 ¿ Sin saber cierto las cosas,
 A cabo quereis llegar ?
 La sentencia que habeis dado
 Vos la querais revocar,
 Que si Don Reinaldos muere
 Primero á mi heis de matar,
 Pues la verdad no sabiendo
 Vos me quereis disfamar.
 Las cartas de Galalon,
 Las que él os quiso enviar,
 Son por volveros con él,
 Son para hacelle matar,
 Por envidia que dél tiene
 Por querer con vos estar.
 Que en Paris ni en toda Francia
 Nadie le puede igualar ;
 Por eso os ruego, señor,
 La vida le querais dar.
 — Pláceme, respondió el Rey,
 Pláceme de voluntad ;
 Mas con una condicion :
 Que en mis reinos no ha de estar.—
 Allí luego la Infanta
 Las manos le fué á besar :
 Mándale quitar los grillos
 Y de la prision sacar.
 Entónces luego el buen Rey
 Le mandara desterrar.
 Ya se parte de la corte
 Con dolor y gran pesar
 Por dejar á su señora,
 Y con ella no quedar.
 Maldecia su ventura,
 No cesaba de llorar ;
 A sus jornadas contadas
 En Francia fué él á llegar :
 Ibase luego derecho
 A la villa de Montalvan.
 El Rey quedaba penoso,
 A su hija queria casar,
 Mas no sabia con quien
 A su honra la pudiese dar.
 Envió cartas por el mundo,

Todo el mundo en general,
 Que quien quisiese su reino,
 Y con su hija casar,
 Que dentro de treinta días
 Viniese á su corte real
 Para hacer un torneo
 Para mas honra ganar,
 Y el que mejor lo hiciese
 Con la Infanta haya casar.
 Don Reinaldos que esto supo
 Mucho se fué á alegrar,
 Porque si él allá se iba
 El campo entiende ganar.
 Luego pidió su caballo,
 Las armas otro que tal,
 Y mucho rogó á su primo,
 A su primo Don Roldan,
 Que se quisiese ir con él
 Por mayor honra llevar.
 Ya se parte Don Reinaldos;
 Con él iba Don Roldan,
 Y por jornadas contadas
 Al reino llegado han.
 Sabido por Galalon
 Que á tierra de moros van,
 Luego envió un mensajero
 Para el Rey moro avisar,
 Que su criado Don Reinaldos,
 Y su primo Don Roldan
 Eran idos á su reino
 Para habello de matar.
 Cuando el Rey supo tal nueva
 D'ello se fué á maravillar:
 Envio á hombres d'armas
 Que los fuesen á buscar.
 Allí habló un caballero,
 Bien oiréis lo que dirá:
 — ¡Vergüenza es de tanta gente
 A dos solos ir á buscar!
 Dédesme licencia á mi,
 Que yo solo quiero andar.—
 Dijo el Rey que le placia
 De muy buena voluntad.
 Ya se partia aquel moro,
 Ya se va por los buscar;
 Vase para una posada
 Adonde él solia posar:
 En entrando por la puerta
 Con ellos fuera á encontrar:
 Conoció á Don Reinaldos
 Que con él solia holgar.
 — Péseme mucho de vosotros,
 En mí tengo gran pesar,
 Que el Rey sabe estáis aquí,
 Haos mandado matar:
 Yo os ruego mucho, señores,
 Que me digáis la verdad,
 Porque el Rey tenia cartas
 Que Galalon le fué á enviar
 Avisándole de cierto
 Que le queriades matar.—
 Respondiera Don Reinaldos:
 — ¡Nunca Dios quiera lo tal!
 El Rey no es mi enemigo,
 Ni yo lo queria mal;
 Mas hemos venido al campo
 Que el Rey mandó pregonar.—
 Mucho se holgó el moro
 De tal razon escuchar,
 Que viésen en hora buena
 Para el campo á pelear.
 Otro dia de mañana
 Comiénzase de aparejar,
 Y sálense luego al campo
 Donde habian de tornear.
 Mataron tantos de moros,
 Que no hay cuento ni par.
 Bien veía la Infanta
 A Reinaldos y á Don Roldan:

Lloraba de los sus ojos
 Que no les podia ayudar.
 Envióse un pajecico,
 Que fuesen á la hablar,
 Que se lleguen al castillo
 Porque lo queria probar.
 Ellos rompiendo la gente
 Al castillo llegado han:
 La Infanta cuando los vido
 De allí se dejó colgar:
 Tomándola Don Reinaldos
 En su caballo á cabalgar.
 Mataron tantos de moros,
 No tienen cuento ni par;
 Por mas moros que vinieron
 No se la pueden quitar:
 A sus jornadas contadas
 A Paris fueron llegar.
 El Emperador cuando lo supo
 A recibirselos sale,
 Con él salen los doce pares
 Y toda la corte real.
 Si hasta allí eran esforzados
 Despues eran mucho mas.

(Cancionero de Romances. — It. Silva de varios Romances.)

¹ Este romance viejo, modificado el asunto, pudo ser su- gerido por el del numero 368 que le precede.

² Premiado, es decir: apremiado.

³ Esto recuerda la escena que se halla en uno de los roman- ces del conde Claros.

370.

DESAFÍO DE OLIVEROS Y MONTESINOS, POR AMORES DE ALIARDA. — V¹.

(Anónimo.)

En las salas de Paris,
 En el palacio sagrado
 Donde está el Emperador
 Con su imperial estado,
 Tambien estaban los doce
 Que á una mesa se han juntado,
 Obispos y arzobispos
 Y un patriarca honrado.
 Despues que hubieron comido
 Y las mesas se han alzado,
 Ya se levanta la gente,
 Todos iban paseando
 Por una sala muy grande,
 Unos con otros hablando.
 Unos hablan de batallas,
 Que las han acostumbrado;
 Otros hablan de amores,
 Los que son enamorados.
 Montesinos y Oliveros
 Mal se quieren en celado;
 Con palabras injuriosas
 Oliveros ha hablado.
 Las palabras fueron tales,
 Que d'esta suerte ha empezado:
 — Montesinos, Montesinos,
 ¿Cuánto ha que os he rogado
 Que de amores de Aliarda
 No tuviédes cuidado,
 Que no sois para servirla,
 Ni para ser su criado?
 ¡Si no por el Emperador,
 Yo os hubiera castigado! —
 Montesinos que esto oyera
 Túvose por injuriado:
 La respuesta que le dió
 Fué como de hombre esforzado.
 — ¡Buen caballero Oliveros,
 Mucho estoy maravillado,
 Siendo hombre de buen linaje
 Siempre entre buenos criado,

Que vos á mí deshonrar
 Bien debía ser excusado;
 Que si tuviera yo espada
 Como vos tenéis al lado,
 Las palabras que dijistes
 Bien os hubieran costado! —
 Oliveros qu'esto oyera
 En la espada puso mano:
 Fuese para Montesinos
 Como hombre muy airado.
 Montesinos no tiene armas,
 Decendióse del palacio.
 Los ojos puestos en el cielo
 Juramentos iba echando
 De nunca vestir loriga,
 Ni cabalgar en caballo,
 Ni comer pan en manteles,
 Ni nunca entrar en poblado
 Y de no rapar sus barbas,
 Ni oír misas en sagrado,
 Ni llamarse Montesinos
 Hijo del conde Grimaltos,
 Hasta que venga la mengua
 Que Oliveros le ha dado.
 En llegando á su posada
 Fué muy prontamente armado:
 Pone el yelmo en su cabeza,
 Vistiese un arnés tranzado;
 Mandó sacar una lanza
 Que él tenía en apartado:
 Esta lanza era muy fuerte,
 Y el hierro bien acerado.
 Ya es armado Montesinos,
 Ya cabalga en su caballo:
 Las cartas que tiene escritas
 A un paje se las ha dado,
 Que las lleve á Oliveros
 Y se las diese en su mano,
 Y le diga que lo aguarda
 Montesinos en el campo,
 Armado de todas armas
 Y el caballo encubertado.
 Ya se parte el mensajero
 Con las cartas que le ha dado;
 En casa del Emperador
 A Oliveros ha hallado,
 Y con grande reverencia
 El paje lo ha llamado.
 Oliveros, que es discreto,
 Y hombre muy bien criado,
 Apartóse con el paje
 En un lugar apartado:
 Preguntó lo que quería,
 O quién le había enviado.
 El paje cuando esto oyó
 Las cartas le hubo mostrado,
 Y Oliveros que las vido
 Dijo que él daría recaudo.
 Ya se parte el pajecico,
 Ya se sale del palacio.
 El plazo que Montesinos
 A Oliveros hubo dado
 Fué cuatro horas de tiempo
 Que le aguardaría en el campo,
 Y si al plazo no viniese
 Que traidor sería llamado.
 El acudió de tal suerte,
 Que seis horas han pasado.
 Tanto aguardó Montesinos,
 Que ya estaba enojado.
 Mientras que en el campo anduvo
 A Oliveros esperando,
 Vió venir un caballero
 Que llamaban Don Reinaldos;
 De linaje era su primo,
 Y en voluntad mas que hermano.
 Las palabras que le dijo,
 D'esta manera ha hablado:
 — Montesinos Montesinos,

¿Qué haceis, mi primo hermano,
 Que segun del modo os veo
 Vos estáis mal enojado?
 Alguno os desafió
 Y vos lo estáis esperando,
 Porque no siento otra cosa
 Que os detuviere aquí armado. —
 Montesinos qu'esto oyera
 Tal respuesta le hubo dado:
 — La causa que así me halleis
 Yo os la contaré de grado:
 Un presente hoy me trujeron,
 Y en él vino este caballo;
 Mas vos sabéis mi costumbre,
 Que si caballo me han dado,
 El primer día que á mí viene
 Ha de ser muy bien probado:
 Yo por ver qué tal es este
 He subido en él armado. —
 Don Reinaldos que esto oyera
 Esta respuesta le ha dado:
 — Montesinos, Montesinos,
 Vuestro hablar es excusado:
 Vos á mí no me negueis
 Por qué estáis desafiado. —
 Montesinos que esto vido
 Que lo sabia Don Reinaldos,
 Luego sin mas dilacion
 La verdad hubo contado.
 — Vos sabéis, mi señor primo
 Que hoy dentro en el palacio
 Yo y vuestro primo Oliveros
 Andábamos paseando:
 De unas razones en otras
 El me ha mal injuriado,
 Diciendo que de Aliarda
 Yo no tuviese cuidado,
 Que no era para servirle
 Ni para ser su criado;
 Que si mirado no hubiese
 Al gran emperador Carlos,
 Por el enojo que le hice
 Ya me hubiera castigado.
 Yo le dije que hablaba
 Mal, y muy desmesurado,
 Y él echó mano á la espada
 Y abrazóse de su manto.
 Yo hallándome sin armas
 Descendime del pasadio;
 Fuime para mi posada
 Muy triste y muy enojado;
 Arméme con estas armas
 Con que vos me hallais armado;
 Cartas envié á Oliveros
 Que le aguardaba en el campo:
 Cuatro horas le di de tiempo
 Que le estaria esperando,
 Y si en esto no viniese
 Que traidor sería llamado.
 Pasadas son las cuatro horas,
 Otras dos habian pasado. —
 Don Reinaldos que esto oyó
 Esta respuesta le ha dado:
 — Si quereis vos, Montesinos,
 Yo iré presto á llamarlo,
 Si no quiere oírlo de lengua,
 Decíselo he por las manos;
 Si él no quisiere venir,
 Para vos y mí, sean cuatro.
 Ellos estando en esto
 Oliveros ha llegado,
 No como hombre de pelea,
 Sino como enamorado,
 Y viene muy gentil hombre.
 Mas tambien muy bien armado.
 En llegando á Montesinos
 D'esta suerte le hubo hablado.
 — Montesinos, Montesinos,
 ¿Qué es esto, traidor malvado?

Que la fe que tú me diste
¡Hásmela muy mal guardado!
Dijistes que estarias solo,
Y hállote acompañado. —
Montesinos que esto oyó
Tal respuesta presto ha dado.
— Oliveros, Oliveros,
De esto no estéis enojado,
Que si compañía tengo
Cierto vos lo habeis causado.
Si viniéades á tiempo
Al plazo que os habia dado,
La compañía que tengo
No la hubierades hallado,
Que por caso, ó por deslicia
El me halló aquí armado;
El me preguntó qué habia,
Yo bien me hube excusado;
Mas por importunacion
Sabed que yo le he contado
Lo que está entre vos y mí,
Y lo que yo hube pasado :
Mas yo haré juramento
Donde vos querais tomallo,
Que por esta compañía
No seréis perjudicado,
Sino que él se ira á Paris
Quedando nos en el campo.
— Pláceme, dijo Oliveros,
D'esto que habeis hablado. —
Reinaldos se entró en Paris
Y ellos quedan en el campo.
Ibanse de par en par,
Y juntos lado con lado,
Hasta llegar á la huerta
Donde el campo se habia dado.
Despues que dentro se vieron
Montesinos ha hablado :
— Ahora es tiempo, Oliveros,
Que se vea el mas esforzado. —
Vanse el uno para el otro,
Recios encuentros se han dado,
Los golpes han sido tales
Que entrambos se han derribado :
Media hora y mas estuvieron
Que ninguno ha hablado.
Ya despues que esto pasó
El uno se ha levantado;
Fuese para Oliveros,
D'esta suerte le ha hablado :
— Buen caballero, no estéis
Por tan poco desmayado,
Echemos mano á las hachas,
Pues las lanzas se han quebrado. —
Montesinos qu'esto oyera
Muy presto fué levantado :
Danse tan terribles golpes
Que presto se han desarmado ;
Las piezas de los arneses
Veréis rodar por el campo.
Oliveros qu'esto vido
D'esta suerte le ha hablado :
— Echá mano por la espada
Pues que ya estáis desarmado. —
Montesinos qu'esto oyera
Presto la espada ha sacado :
Hiérense de tales golpes
Que mal se han aparejado.
Ellos estando en aquesto
Un cazador ha llegado ;
Quiso poner entre ellos,
Hanle mal amenazado,
Que si entre ellos se pone
Que él será muy mal tratado.
El cazador que esto oyera
Para Paris ha marchado,
Y á grandes voces decia
Muy triste y acongojado :
— ¡ Qué es de tí, el Emperador,

Que hoy pierdes todo tu Estado ?
¡ Hoy entre los doce pares
Veo gran ruido armado,
Y el imperio de Paris
Todo escandalizado ! —
Oyólo el Emperador,
Donde estaba en el palacio :
Mandó luego que le llamen
Al que tal iba hablando.
Ya es llegado el cazador
Do está el Emperador Carlos,
Y estas palabras le dice
Con temor demasiado :
— Señor, sepa vuestra Alteza
Que hoy andando cazando
En la huerta de Sant Dionis,
Dentro en ella yo me he hallado
A Montesinos y á Oliveros
Que se habian desafiado :
La sangre que d'ellos corria
Teñia las yerbas del campo,
Que si ellos ya no son muertos,
Estarán muy mal tratados. —
El Emperador que esto oyera
Muy presto hubo cabalgado
Con todos los caballeros
Los que allí hubo hallado.
De Oliveros iba un primo,
Y tambien iba un su hermano,
Y el padre de Montesinos,
Ese conde Don Grimaltos.
Cada uno tiene parientes,
Y van escandalizados.
El Emperador, que esto vido
Pregonar, luego ha mandado
Que de manos ni de lengua
Ninguno sea osado
De decir descortesia,
Ni quision hayan buscado,
Y quien quision revolviere
Fuese luego degollado.
Por miedo de aquel pregon
Todo hombre va limitado.
En allegando á la huerta
El Emperador ha entrado.
Por el rastro de la sangre
Los caballeros ha hallado,
El uno caido á una parte,
Otro caido á otro lado.
Llamó á sus caballeros
Los que le han acompañado :
Cuando la gente los vió
Veréis hacer un gran llanto :
Unos dicen : « ¡ Ay mi primo ! —
Otros dicen : — ¡ Ay mi hermano ! —
El conde Grimaltos dice :
— ¡ Ay mi hijo mal logrado ! —
Cuando el Emperador vido
Su pueblo escandalizado,
Mandó traer unas andas
En que pudiesen llevarlos
A aquellos dos caballeros
Que se habian maltratado.
Que los lleven á Paris
Dentro del real palacio :
Doctores y bachilleres,
Que viniesen á curarlos.
Fué la voluntad divina
Que á poco tiempo pasado
Les hallan tal mejoría
Que se han mucho remediado.
Ya sanos los caballeros,
Y Dios que les ha ayudado,
Mandóles el Emperador,
Que amigos hayan quedado.
Cásaulos con sendas damas
Las mas lindas del palacio,
Y púsoles grandes penas
Que ninguno sea osado

De hablar con Aliarda,
Ni de ser su enamorado,
Y quien esto quebrantase
De la vida sea privado.
Así quedaron amigos
Y el imperio asesegado.
Luego Aliarda casó
Con un caballero honrado;
Quedaron todos contentos
Y aun el romance acabado.

(Cancionero de Romances. — II. Silva de varios Romances. — II. Floresta de varios Romances.)

1 La Aliarda de este romance es diferente de la del de *Caballerosc sueltos*, número 329, que empieza: *Esta noche, caballeros*.

371.

CONQUISTA DEL IMPERIO DE TRAPISONDA
POR REINALDOS. — VI.

(Anónimo 1.)

Ya que estaba Don Reinaldos
Fuertemente aprisionado,
Para haberlo de sacar
A luego ser ahorcado,
Porque el gran Emperador
Así lo había mandado,
Llegó el valiente Roldan
De todas armas armado,
En el fuerte Briador
Su poderoso caballo,
Y la fuerte Durlindana
Muy bien ceñida á su lado,
La lanza como una entena,
El fuerte escudo embrizado,
Vestido de fuertes armas
Y él con ellas encantado.
Por la visera del yelmo
Fuego venía lanzando;
Retemblando va la lanza
Como un junco muy delgado,
Y á toda la hueste junta
Fieramente amenazando:
— ¡Nadie en Don Reinaldos toque
Si quiere ser bien librado!
¡Quien otra cosa hiciere
El será tan bien pagado,
Que todo el resto del mundo
No le escape de mi mano,
Sin quedar pedazos hecho,
O muy bien escarmentado! —
Serenos estaban todos
Hasta ver en qué ha parado;
Nadie no se removía
Contra tan buen abogado.
Allí el fuerte Don Roldan
Junto á Carlos se ha llegado
Diciendo de esta manera,
De encima de su caballo:
— No es cosa de Emperador
Lo que tienes ordenado;
El caballero se viene
De su voluntad y grado.
¿Cómo es aquesto, señor,
Que así ha de ser tratado
La flor de los caballeros
Como claro está probado?
¿Cómo así á tu propia sangre,
Tan cercano emparentado,
Que manso como un cordero
Ante tí se ha presentado,
Sabiedo tu Majestad,
Que nadie hubiera bastado,
Ni el mundo todo junto
A prendello ni matallo,
Y mas agora, señor,
Que estaba tan prosperado,

Y pudiera correr tus tierras
Y mas conquistar tu Estado,
Como otras veces solía
Tenerte en Paris cercado,
Cuando tú, ni por tí nadie
Le osaba salir al campo?
¿Quieres tú quitar la vida
A quien á ti te la ha dado?
No una vez sino ciento
De peligros te ha sacado,
Poniéndose á la muerte
Por acrecentar tu Estado.
¿Y este pago le tenias,
Dí, señor, aparejado?
¡Si á todos pagas así,
Tú serás harto afamado!
¡De excelente pagador
Rica fama habrás ganado! —
Respondió el Emperador
Como mal aconsejado:
— ¡Oh cómo hablas, sobrino,
Con rostro tan enojado!
¿No sabeis que este traidor
Muchas veces ha robado?
Por caminos y carreras
Las gentes ha despojado:
Ya muchos piden justicia
De los que él ha salteado,
Y si lo soltamos agora
Volverá á lo regostado. —
Allí dijo Don Roldan:
— Eso tú lo has causado;
Diérais tú en que viviera
De cuanto te ha acrescentado.
¿Y por qué razon, señor,
Jamás te has acordado?
A otros menores que él,
Y que ménos te han honrado
Muy muchas villas y tierras
De tu mano les has dado,
Y aqueste que es el mejor
Siempre fué de tí olvidado.
¿De qué habia de vivir
Andando continuo armado?
Con sus brazos vigorosos
Muchas veces ha librado
La cristiandad de peligro
Del cruel pueblo pagano.
Bien sabeis que ya los moros
Todos dél están temblando,
Y que por su miedo dél
Contigo se han concertado.
Por estar seguros dél
Las parias te han enviado,
Y agora si ellos tuviesen
El seguro de su mano,
Yo sé bien que no tardasen
En haberse levantado,
Por donde la cristiandad
Harto mal habria ganado.
Digo que no es de perder
En tus reinos tal vasallo;
Tristes serán los cristianos
Por tal brazo que han cobrado:
Si lo perdiesen agora
No volverán á cobrallo,
Porque ya no vuelven todos
Por su vida, honra y estado,
Que hoy todo junto lo pierde,
Si de Dios no es remediado.
¡Oh caballeros de Francia!
Decí, ¿habeis olvidado
De cuántas graves afrentas
Reinaldos os ha sacado?
¿Por qué agora consentis
Ante vos ser tal tratado
Vuestro fuerte capitán,
De todos primo ú hermano?
No consienta nadie, no,

Tan gran tuerto ser pasado,
 Que juro por Sant Dionis,
 Y al Eterno soberano,
 Que en lo tal yo no consienta,
 Ni tal será ejecutado,
 O todo el mundo se guarde
 De mi espada y de mi mano;
 Que si tal se ejecutare
 Será de mi tan vengado,
 Que toda Francia lo llore
 Por no habello remediado.
 Tirense todos afuera,
 No sea nadie tan osado
 De querer luego estrenar
 Lo que yo tengo jurado.
 ¡Sus de presto, Maganaceses!
 ¡Afuera, afuera, priado!
 No me pare mas ninguno,
 Buscad veredas temprano.—
 Vierades á Galalon
 Con su Maganza temblando,
 Y tanto, que él no quisiera
 Ser alli entónçes hallado.
 Y tornando á Carlos luego,
 Prosiguiendo en su hablado,
 Dijo: — ¡Qué quieres, señor,
 Que persigues á Renaldos?
 Di, ¿no sabes tú, señor,
 Y está muy claro probado,
 Que lo mas que él tenia
 Haberlo á moros ganado?
 Debriate ya bastar
 Que á perder lo has echado
 Destruyéndole una villa
 Sola, que Dios le habia dado.
 Si la cabeza do sale
 Todo aquesto en que has andado
 Ella fuese ya cortada
 Quedaria sosegado
 Todo el tu gran imperio
 Que no te cantase gallo. —
 Respondió el Emperador
 Algun tanto ya amansado:
 — ¡Oh mi querido sobrino,
 No te tornes tan airado,
 Ni pases mas adelante
 Lo que llevas comenzado!
 Hágase como quisieres
 Y sea luego soldado;
 Mas con esta condicion:
 Que lo doy por desterrado
 Con gran pleito y homenaje,
 Que ante mí haya jurado,
 Que solo y sin compañía
 A Jerusalem, descalzo
 En hábito de romero
 Sea luego encaminado,
 Y que mas aquí no pare
 Del tercero dia pasado,
 Y jamas no torne en Francia
 Sin mi licencia y mandado;
 Y que su mujer é hijo
 Acá se hayan quedado,
 Y sus hermanos tambien,
 Todos á muy buen recaudo,
 Porque si él algo hiciere
 En ellos seré vengado.—
 Lo cual así se cumplió,
 Segun de suso es contado,
 Que luego al tercero dia
 Reinaldos se ha aparejado
 De esclavina y de bordon,
 Y una maleta á su lado,
 Para echar las limosnas
 Que por Dios le hubiesen dado.
 Vistió una gruesa camisa,
 Como penitente armado,
 Llorando de los sus ojos
 Con corazon traspasado.

Despidiéndose en la corte
 De cuantos lo han amado,
 Y á todos los doce Pares
 Mucho les ha encomendado
 Que por su mujer é hijos
 Por ellos hayan mirado,
 Y tambien por sus hermanos
 Qu'en prision los ha dejado,
 Diciendo que por ventura
 Jamas seria tornado;
 Mas quizá en algun tiempo
 Les seria bien pagado
 A todos los que miraren
 Por las prendas que ha dejado.
 Sus lágrimas eran tantas
 Que á todos han convidado
 A quebrar sus corazones
 De verlo tan lastimado.
 Ya se va nuestro romero
 Del todo desconsolado:
 De toda la cristiandad
 Iba ya desamparado,
 Aunque él por muchas veces
 La habia bien abrigado,
 Defendiéndola de moros
 Con corazon forzado.
 Capitan de los cristianos
 Por el mundo era llamado;
 Tal fuerza contra paganos
 Por jamas se ha hallado.
 Mas al cabo de tres dias
 Que así desnudo y descalzo
 Caminaba con paciencia
 Con su bordon en la mano,
 Y con espesos gemidos
 Y suspiros que iba dando,
 Don Roldan fué en pos de él
 En su ligero caballo,
 Y alcanzólo á una montaña
 Saliendo por un atajo.
 Desde Renaldos lo vido
 A mal lo hubo tomado;
 Mas el leal Don Roldan
 Otro llevaba pensado,
 Pues le dijo luego así
 Al momento y en llegando:
 — ¡Oh flor de caballeria!
 ¿Dónde vas tan desmayado?
 ¿Qué es de tus caballerias?
 ¿Dónde las has ya dejado?
 ¿Qué es de las tus fuertes armas?
 ¿Qué es de tu fuerte caballo?
 Ves aquí tu buena espada,
 Cata aquí do te la traigo;
 Torna, torna, señor primo,
 Que yo haré sea alzado
 El destierro, al cual tú fuiste
 Tan á tuerto sentenciado.
 No me tengan por Roldan
 Si no fuere así acabado,
 Que yo sacaré del mundo
 A quien quisiere estorbalo,
 Porque tan buen caballero
 No sea en Francia faltado;
 Que mas vales tú que todos
 Cuantos allá han quedado.—
 Mas por mas que le rogó
 Nada le fué otorgado,
 Ni jamas volvió con él
 A lo que le era rogado,
 Por no dejar su camino
 A cumplir lo que ha jurado;
 Que entre buenos caballeros,
 Así es acostumbrado,
 De perder ántes la vida
 Que no hacer quebrantado
 El homenaje que hacen
 Donde les es demandado.
 Mas tomó su rica espada

Que Roldan le habia llevado,
 Para llevarla secreta
 Debajo su pobre hato,
 Por si algo le viniese
 Que tenga de que echar mano.
 Asi los dos se despiden
 Harto gimiendo y llorando,
 Que peor les fué el partir,
 Que no morir peleando.
 Mas aquel noble guerrero
 Mucho se va encomendando
 Al muy alto Jesucristo,
 Por el cual él fué guiado
 A las tierras del gran Can,
 Que fué muy maravillado
 Que tan alto caballero
 Ante él fuera llegado
 Tan descalzo y tan desnudo,
 Tan hambriento y fatigado,
 Mas como quiera que fuesen
 En el tiempo ya pasado
 Ambos hermanos en armas,
 Gran fiesta le ha ordenado
 Y despues que le contó
 Todo su hecho pasado,
 El gran Can le respondió:
 — ¡Oh mi buen señor y hermano!
 Pídeme lo que quisieres
 Para volver contra Cárlos.
 Ves aqui do tengo junto
 Nuestro gran poder pagano,
 Que no hay cosa que no hagan
 Por mi servicio y mandado:
 Irán conmigo y contigo
 Para hacerte bien vengado,
 Y segun, señor, tú eres
 En armas tan estimado,
 Con este tan gran poder
 Que de acá hayas llevado,
 Muy de presto podras ser
 En cristianos coronado,
 A pesar de quien pesare
 Sin poder ser estorbado,
 Que mas pertenece a ti
 Que no a aquel falso de Cárlos,
 Pues tan mal ha conocido
 Cuanto le has administrado.
 — No lo mande Dios del cielo,
 Le responde Don Reinaldos,
 Que yo quiebre el homenaje,
 Pues en Francia hube jurado,
 Que yo ni otro por mí
 No vuelva contra cristianos.—
 Vista ya su voluntad
 El gran Can, fué acordado
 Por complacer á Reinaldos
 Y subirlo en alto estado,
 Que seria bueno ir
 Con treinta mil de á caballo
 Sobre aquel Emperador
 De Trapisonda nombrado,
 Que muy mucho mal hacia
 A todos sus comarcanos,
 Usurpándoles las tierras
 Por fuerza, que no de grado.
 Reinaldos que tal oyó
 Presto fué aparejado,
 No de esclavina y bordon,
 Ni ménos maleta al lado,
 Mas de buen caballo y armas,
 En lo que era acostumbrado.
 Tomando los treinta mil
 Tales mañas se ha dado,
 Como aquel que en ellas era
 Maestro bien afamado.
 Halló al Emperador
 Que tenia puesto campo
 Sobre una gran ciudad,
 Cien mil y mas de caballo:

Pegó con ellos de noche
 Al mejor sueño tomando:
 Recordólos de tal suerte
 Que pocos han escapado;
 Porque el triste campo estaba
 Durmiendo, tan descuidado,
 Que cuando el alba rompió
 Los mas se han abajado
 Con su señor al infierno,
 Que los estaba esperando,
 Salvo aquellos que se dieron
 A merced de Don Reinaldos.
 Por ende muy presto fué
 Emperador coronado,
 Sojuzgando muchos reyes
 Y señores de alto grado,
 De lo cual luego escribió
 A su enemigo Carlo-Magno.
 Con riquísimos presentes
 Mensajes le ha despachado
 Pidiéndole de merced,
 Que allá le haya enviado
 Alguna gente cristiana,
 Que allí no hay mas de un cristiano,
 Que es el mesmo Don Reinaldos,
 El valiente y esforzado,
 Y noble en toda virtud,
 Hermoso y muy agraciado.
 Mas tal odio le tenia
 El ya dicho Carlo-Magno,
 Que en lugar de socorrer
 A la hora ha pregonado
 Que no vaya nadie allá,
 So pena de su mandado,
 Ni tampoco le enviasen
 La mujer, hijos y hermanos.
 Mas Roma y Constantinopla
 Le enviaron tal recaudo,
 Que sin ir nadie de Francia
 Cristianos le han sobrado.

(Cancionero de Romances. — It. *Silea de varios Romances.*)

1 Hé aquí un romance en que se contrapone la barbaridad y arrogancia feudal de Roldan á la sumision de Reinaldos, el cual quiere asemejarse al espíritu caballeresco español retratado en el Cid. Reinaldos es verdad que aparece aquí como un bandido, y condenado por tal á muerte. Así eran todos los caballeros de aquella época, que hechos fuertes en sus castillos, salian de ellos para robar á los enemigos y aun á los amigos. Tal han retratado á Reinaldos en una época de su vida los novelistas caballerescos, y así lo representa Cervantes en su *Don Quijote*, para castigar, burlándose, las costumbres de los caballeros feudales.

372.

ROLDAN Y EL TROVADOR. — VII.

(Anónimo 1.)

Salió Roldan á cazar
 Una mañanita oscura:
 De podencos y lebreles
 Lleva cercada la mula.
 Se levantó viento largo
 Con un agua muy menuda,
 Y Roldan con gran cuidado
 Por no mojarse las plumas
 Se arrojó contra una torre
 Y oyó, el de las fuerzas muchas,
 Un prisionero cantar,
 Y Roldan atento escucha.
 «Yo, pobrecito de mí,
 Metido estoy en prisiones,
 Sin saber cuándo es de día,
 Y ménos cuando es de noche,
 Sino por tres pajaricos
 Que me cantan el alboro.
 El uno es una calandria,
 Es el otro un ruiseñore,

La otra una tortolica
 Que anda de torre en torre,
 Anda de oliva en oliva,
 Y de terrone en terrone,
 Cogiendo la semillica
 Que derrama el sembradore.
 Tres dias ha no me canta,
 Tres dias ha que no come;
 Si la mató un balletero
 La mató como traidore,
 Y si Dios que la crió,
 Dios tambien á mi perdone.»
 Acabado este cantar
 Lleno de angustia y dolores
 Otro canta el prisionero
 Que hizo llorar á los bosques.
 «Mes de mayo, mes de mayo,
 Cuando las recias calores,
 Cuando los toros son bravos,
 Los caballos corredores;
 Y las cebadas se siegan,
 Los trigos toman colores;
 Cuando los enamorados
 Regalan á sus amores,
 Unos les regalan rosas,
 Otros lirios, otros flores;
 Los pobres que mas no tienen
 Endonan sus corazones,
 ¡Yo soy mas pobre que todos,
 Mezquino en estas prisiones!»
 Dolido Roldan de oille,
 Furioso las puertas rompe
 De la prision en que estaba
 Preso el infeliz cantore,
 Y tomándole la mano
 Sacádole ha de la torre,
 Diciéndole: — Vete libre
 A gozar de tus amores.—

(Tradicional.)

¹ Este romance, como casi todos los que en Andalucía se conservan por tradicion, es una mezcla de trozos mas antiguos aplicados á diverso asunto. En él se hallan los pensamientos y aun los versos del lindisimo y primitivo romance del prisionero, que empieza: *Por el mes era de mayo.*

573.

EL MORO CALAYNOS.

(Anónimo ¹.)

Ya cabalga Calaynos
 A las sombras de una oliva,
 El pié tiene en el estribo,
 Cabalga de gallardia.
 Mirando estaba á Sansueña,
 El arrabal con la villa,
 Por ver si veria algun moro
 A quien preguntar podria ².
 Venia por los palacios
 La linda infanta Sevilla;
 Vido estar un moro viejo
 Que á ella guardar solia.
 Calaynos que le vido
 Llegado á él se habia;
 Las palabras que le dijo
 Con amor y cortesía:
 — Por Alá te ruego, moro,
 Así te alargue la vida,
 Que me muestres los palacios
 Donde mi vida vivia,
 De quien triste soy cativo,
 Y por quien pena tenia,
 Que cierto por sus amores
 Creo yo perder la vida;
 Mas si por ella la pierdo
 No se llamará perdida,
 Que quien muere por tal dama

Aunque muerto tiene vida.
 Mas porque me entiendas, moro,
 Por quién preguntado habia
 Es la mas hermosa dama
 De toda la Moreria,
 Sepas que á ella la llaman
 La grande infanta Sevilla. —
 Las razones que pasaban
 Sevilla bien las oia:
 Púsose á una ventana,
 Muy hermosa á maravilla,
 Con muy ricos atavios,
 Los mejores que tenia.
 Ella era tan hermosa,
 Otra su par no la habia.
 Calaynos que la vido
 D'esta suerte le decia:
 — Cartas te traigo, señora,
 De un señor á quien servia;
 Creo que es el Rey tu padre
 Porque Almanzor se decia ³:
 Descendé de la ventana
 Sabrás la mensajería. —
 Sevilla cuando lo oyera
 Presto de allí descendia:
 Apeóse Calaynos,
 Gran reverencia le hacia.
 La dama cuando esto vido
 Tal pregunta le hacia:
 — ¿Quién sois vos el caballero,
 Que mi padre acá os envia?
 — Calaynos soy, señora,
 Calaynos de Arabia,
 Señor de los Montes Claros.
 De Constantina la llana,
 Y de las tierras del turco
 Yo gran tributo llevaba,
 Y el Preste Juan de las Indias
 Siempre parias me enviaba,
 Y el Soldan de Babilonia
 A mi mandar siempre estaba;
 Reyes y principes moros
 Siempre señor me llamaban,
 Sino es el rey vuestro padre,
 Que yo á su mandato estaba,
 No porque le he menester,
 Mas por nuevas que me daba
 Que tenia una hija
 A quien Sevilla llamaban,
 Que era mas linda mujer
 Que cuantas moras se hallan.
 Por vos le serví cinco años
 Sin sueldo ni sin soldada;
 El á mí no me la dió,
 Ni yo se la demandaba.
 Por tus amores, Sevilla,
 Pasé yo la mar salada,
 Porque he de perder la vida
 O has de ser mi enamorada. —
 Cuando Sevilla esto oyera
 Esta respuesta le daba:
 — Calaynos, Calaynos,
 De aqueso yo no sé nada,
 Que siete amas me criaron,
 Seis moras y una cristiana.
 Las moras me daban leche,
 La otra me aconsejaba;
 Segun eran los consejos
 Bien mostraba ser cristiana.
 Dírame muy buen consejo,
 Y aun bien se me acordaba:
 Que jamás yo prometiese
 Ser de alguno enamorada,
 Hasta que primero hubiese
 Algun buen dote ó arras. —
 Calaynos qu'esto oyera
 Esta respuesta le daba:
 — Bien podeis pedir, señora,
 Que no se os negará nada:

Si quereis castillos fuertes,
 Ciudades en tierra llana,
 O si quereis plata ú oro
 O moneda amonedada.—
 Sevilla cuando lo oyó,
 Como no los estimaba,
 Respondióle: — Si queria
 Tenella por namorada,
 Que vaya dentro á Paris,
 Que en medio de Francia estaba,
 Y le traiga tres cabezas
 Cuales ella demandaba,
 Y que si aquesto hiciese
 Seria su enamorada.—
 Calaynos cuando oyó
 Lo que ella le demandaba
 Respondióle muy alegre,
 Aunque él se maravillaba
 Dejar villas y castillos
 Y los dones que le daba,
 Por pedirle tres cabezas
 Que no le costarán nada:
 Dijo que las señalase,
 O diga cómo se llaman.
 Luego la infanta Sevilla
 Se las empezó á nombrar;
 La una es de Oliveros,
 La otra de Don Roldan,
 La otra del esforzado
 Reinaldos de Montalvan.
 Ya señalados los hombres
 A quien habia de buscar,
 Despidese Calaynos.
 Con su muy cortes hablar:
 — Déme la mano tu Alteza,
 Que se la quiero besar,
 Y la fe y prometimiento
 De conmigo te casar,
 Cuando traiga las cabezas
 Que quisiste demandar.
 — Pláceme, dijo, de grado
 Y de buena voluntad.—
 Allí se toman las manos,
 La fe se hubieron de dar
 Qu'el uno ni aun el otro
 No se pudiesen casar
 Hasta qu'el buen Calaynos
 De allá hubiese de tornar,
 Y que si otra cosa fuese
 La enviaria á avisar.
 Ya se parte Calaynos,
 Ya se parte, ya se va:
 Hace broslar sus pendones
 Y en todos una señal;
 Cubiertos de ricas lunas,
 Teñidas en sangre van.
 En camino es Calaynos
 A los franceses buscar:
 Andando jornadas ciertas
 A Paris llegado ha.
 En la guardia de Paris,
 Cabe San Juan de Letran,
 Allí levantó su seña
 Y empezara de hablar:
 — Tañan luego esas trompetas
 Como quien va á cabalgar,
 Porque me sientan los doce
 Que dentro en Paris estan.—
 El Emperador aquel dia
 Habia salido á cazar:
 Con él iba Oliveros,
 Con él iba Don Roldan,
 Con él iba el esforzado
 Reinaldos de Montalvan;
 Tambien el Dardin Dardeña,
 Y el buen viejo Don Beltran,
 Y ese Gaston y Don Cárlos,
 Con el romano Finean:
 Tambien iba Valdovinos,

Y Urgel en fuerzas sin par,
 Y tambien iba Guarinos
 Almirante de la mar.
 El Emperador entre ellos
 Empezara de hablar:
 — Escuchad, mis caballeros,
 Que tañen á cabalgar.—
 Ellos estando escuchando
 Vieron un moro pasar;
 Armado va á la morisca,
 Empiézanle de llamar,
 Y ya que es llegado el moro
 Do el Emperador está,
 El Emperador que lo vido
 Empezóle á preguntar:
 — Di, ¿ dónde vas tú, el moro?
 ¿ Cómo en Francia osaste entrar?
 ¿ Grande osadia tuviste
 De hasta Paris te llegar! —
 El moro cuando esto oyó
 Tal respuesta le fué á dar:
 — Vó á buscar al Emperante
 De Francia la natural,
 Que le traigo una embajada
 De un moro muy principal,
 A quien sirvo de trompeta,
 Y tengo por capitán.—
 El Emperador que esto oyó
 Luego le fué á demandar
 Dijese lo que queria,
 Y por qué á él iba á buscar:
 Qu'él es el emperador Cárlos
 De Francia la natural.
 El moro cuando lo supo
 Empezóle de hablar:
 — Señor, sepa tu Alteza,
 Y tu corona imperial,
 Que ese moro Calaynos,
 Mi señor, me envia acá,
 Desafiando á tu Alteza
 Y á todos los doce pares,
 Que salgan lanza por lanza
 Para con él pelear.
 Señor, veis allí su seña,
 Donde los ha de aguardar:
 Perdóneme vuesa Alteza,
 Que respuesta le vo á dar.—
 Cuando fué partido el moro
 El Emperador fué á hablar:
 — ¡ Cuando yo era mancebo,
 Que armas solia llevar,
 Nunca moro fué osado
 De en toda Francia asomar;
 Mas agora que soy viejo
 A Paris los veo llegar!
 No es la mengua de mí solo
 Pues no puedo pelear,
 Mas es mengua de Oliveros,
 Y asimesmo de Roldan;
 Mengua de todos los doce,
 Y de cuantos aquí están.
 Por Dios á Roldan me llamen
 Porque vaya á pelear
 Con el moro de la enguardia
 Y lo haga de allí quitar:
 Que lo traiga muerto ó preso,
 Porque haya de acordar
 De cómo viene á Paris
 Para me desafiar.—
 Don Roldan cuando esto oyera
 Empiézale de hablar
 — Excusado es ya, señor,
 De enviarme á pelear,
 Porque teneis caballeros
 A quien podeis enviar,
 Que cuando son entre damas
 Bien se saben alabar,
 Que aunque vengan dos mil moros
 Uno los esperará,

Y al mirarse en la batalla
 Véolos volver atrás.—
 Todos los doce callaron
 Si no el de menor edad,
 Al que llaman Valdovinos,
 En el esfuerzo muy grande;
 Las palabras que dijera
 Eran de riguridade.
 —Mucho estoy maravillado
 De vos, señor Don Roldan,
 Que amengüéis todos los doce
 Vos que los debéis honrar :
 Si no fuéades mi tío
 Con vos me fuera á matar,
 Porque entre todos los doce
 Ninguno podeis nombrar,
 Que lo que dice la boca
 No lo sepa hacer verdad.—
 Levantóse con enojo
 Ese paladin Roldan ;
 Valdovinos qu'esto viera
 Tambien se fué á levantar,
 Y el Emperador entre ellos
 Por el enojo quitar.
 Ellos en aquesto estando,
 Valdovinos fué á llamar
 A los mozos que traia ;
 Por las armas fué á enviar.
 El Emperador qu'esto vido
 Empezóle de rogar
 Que le hiciese un placer,
 Que no fuese a pelear,
 Porque el moro era esforzado,
 Podriale maltratar,
 Pues aunque ánimo tenia
 La fuerza podria faltar,
 Siendo el moro diestro en armas
 Y vezado á pelear.
 Valdovinos qu'esto oyó
 Empezóse á desviar
 Diciendo al Emperador
 Licencia le fuese á dar,
 Y que si él no se la diese
 Que él se la queria tomar.
 Cuando el Emperador vido
 Que no lo podia excusar,
 Cuando llegaron sus armas
 El mesmo le ayudó á armar :
 Dióle licencia que fuese
 Con el moro á pelear.
 Ya se parte Valdovinos,
 Ya se parte, ya se va,
 Ya es llegado á la guardia
 Do Calaynos está.
 Calaynos que lo vido
 Empezóle así de hablar :
 —Bien vengais el francesco,
 De Francia la natural,
 Si quereis venir conmigo
 Por paje os quiero tomar.—
 Valdovinos qu'esto oyera
 Tal respuesta le fué á dar :
 —Calaynos, Calaynos,
 No debiades así hablar,
 Que ántes que de aquí me vaya
 Yo os lo tengo de mostrar
 Que aquí morireis primero
 Que por paje me tomar.—
 Cuando el moro aquesto oyera
 Empezó así de hablar :
 —Tórñate, el francesco,
 A París, esa ciudad,
 Que si esa porfia tienes
 Caro te habrá de costar,
 Porque quien entra en mis manos
 Nunca puede bien librar.—
 Cuando el mancebo esto oyera
 Tornóle á porfiar
 Que se aparejase presto

Que con él se ha de matar.
 Cuando el moro vió al mancebo
 De tal suerte porfiar,
 Dijole : —Vente, cristiano,
 Presto para me encontrar.
 Que ántes que de aquí te vayas
 Conocerás la verdad,
 Que te fuera muy mejor
 Conmigo no pelear.—
 Vanse el uno para el otro,
 Tan recio que es de espantar.
 A los primeros encuentros
 El mancebo en tierra está.
 El moro cuando esto vido
 Luego se fué á apeaar :
 Sacó un alfanje muy rico
 Para habello de matar ;
 Mas ántes que lo ficiere
 Le empezó de preguntar
 Quién ó cómo se llamaba,
 Y si es de los doce pares.
 El mancebo estando en esto
 Luego dijo la verdad,
 Que le llaman Valdovinos,
 Sobrino de Don Roldan.
 Cuando el moro tal oyó
 Empezóle de hablar :
 —Por ser de tan pocos días,
 Y de esfuerzo singular
 Yo te quiero dar la vida,
 Y no te quiero matar :
 Mas quierote llevar preso
 Porque te venga á buscar
 Tu buen pariente Oliveros,
 Y tu tío Don Roldan,
 Y ese otro muy esforzado
 Reinaldos de Montalvan,
 Que por esos tres ha sido
 Mi venida á pelear.—
 Don Roldan allá do estaba
 No hace sino sospirar,
 Viendo qu'el moro ha vencido
 A Valdovinos infante.
 Sin mas hablar con ninguno
 Don Roldan luego se parte,
 Y vase para la guardia
 Para aquel moro matar.
 El moro cuando lo vido
 Empezóle á preguntar
 Quién es ó cómo se llama,
 Si era de los doce pares.
 Don Roldan cuando esto oyó
 Respondiérale muy mal .
 —Esa razon, perro moro,
 Tú no me la has de tomar,
 Por que á ese á quien tú tienes
 Yo te lo haré soltar :
 Presto aparejate, moro,
 Y empieza de pelear.—
 Vanse el uno para el otro
 Con un esfuerzo muy grande :
 Danse tan recios encuentros
 Que el moro caido hae ;
 Roldan qu'el moro vió en tierra
 Luego se fué á apeaar :
 Tomó al moro por la barba,
 Empezóle de hablar :
 —Dime tú, traidor de moro,
 No me lo quieras negar :
 ¿ Como tú fuiste osado
 De en toda Francia parar,
 Ni al buen viejo Emperador,
 Ni á los doce desafiar ?
 ¿ Cuál diablo te engañó
 Cerca de París llegar ?—
 El moro cuando esto oyera
 Tal respuesta le fué á dar ;
 —Tengo una cativa mora,
 Señora de gran linaje :

Requerila yo de amores,
Y ella me fué á demandar
Que le diese tres cabezas
De Paris, esa ciudad,
Que si estas yo le llevo
Conmigo habia de casar;
La una es la de Oliveros,
La otra de Don Roldan,
La otra del esforzado
Reinaldos de Montalvan.—
Don Roldan cuando esto oyera
Asi empezó de hablar:
—; Mujer que tal te pedia
Cierto te queria mal,
Porque esas no son cabezas
Que tú las puedes cortar!—
Mas porque fuese castigo,
Y otro se haya de guardar
De desafiar los doce,
Ni venir á los buscar,
Echó mano á un estoque
Para el moro matar.
La cabeza de los hombros
Luego se la fué á cortar;
Llevóla al Emperador
Y fuéla á presentar.
Los doce cuando esto vieron
Toman placer singular
En ver asi muerto al moro,
Y por tal mengua le dar.
Tambien trajo á Valdovinos
Qu'él mismo lo fué á soltar.
Asi murió Calaynos
En Francia la natural,
Por manos del esforzado
El buen paladin Roldan.

(*Cancionero de Romances.*—It. *Floresta de varios Romances.*)

¹ Cervántes en su *Quijote* cita este romance. No sabemos por qué pasa como proverbio el refran que dice: *Tan malo como las coplas de Calaynos*. Lo cierto es que aunque le convienen en mucha parte las observaciones que hicimos en la nota del número 367, es sin embargo de los mejores en su clase, y aun de otros que pasan por buenos. Su narracion es interesante y bastante animada; está lleno de sencillez en muchas partes, á veces bien sentido, y ménos lánguido y pesado que otros. Acaso el refran no habla de este romance, sino de algunas coplas antiguas que nos son desconocidas. Por lo demas el asunto de este romance, mudados los nombres de sus interlocutores y alterada la escena y las circunstancias, lo es tambien de un poema italiano impreso á mediados del siglo xvi, con título de *La gran guerra è rotta dello scapigliato*. Este héroe fué un moro enamorado de Roseta, princesa de Rusia, cuya mano ganó siendo vencedor en una justa; pero que exigió de él, que ántes de poseerla le presentase las cabezas de Roldan y de Reinaldos que habian muerto á Gradaso, primo de ella, y á su hermana la gigante Rovenza. El *Scapigliato*, es decir, el *Desgreñado*, en vez de vencer á los dos paladines, queda muerto por Reinaldos, aunque despues de haber vencido grandes batallas contra los pares de Francia.

² En la *Floresta de varios romances* dice así, con mejor leccion:

O á quién preguntar podria
Dónde estaban los palacios
A do Sevilla vivia.

³ En el poema *Dello scapigliato*, tambien se llama Almanzor el padre de la infanta Roseta, que allí hace el mismo papel que aquí Sevilla.

⁴ San Juan de Letran está en Roma, y no en Paris.

ROMANCES QUE TRATAN DE DON GAYFEROS.

374.

GAYFEROS.—I.
(Anónimo ¹.)

Estábase la Condesa,
En el su estrado asentada,
Tisericas de oro en mano:

Su hijo afeitando estaba.
Palabras le está diciendo,
Palabras de gran pesar:
Las palabras tales eran
Que al niño hacen llorar.
—Dios te dé barbas en rostro,²
Y te haga barragane;
Déte Dios ventura en armas,
Como el paladin Roldane,
Porque vengases, mi hijo,
La muerte de vuestro padre:
Matáronlo á traicion
Por casar con vuestra madre.
Ricas bodas me hicieron
En las cuales Dios no ha parte;
Ricos paños me cortaron,
La Reina no los ha tales.—
Magüera pequeño el niño
Bien entendido lo hae.
Alli respondió Don Gayferos,
Bien oiréis lo que dirae:
—Ruégole así á Dios del cielo
Y á Santa Maria su Madre.—
Oido lo habia el Conde
En los palacios do estáe:
—; Calles, calles, la Condesa,
Boca mala sin verdade!
Que yo no matara el Conde,
Ni lo hiciera matare;
Mas tus palabras, Condesa,
El niño las pagarae.—
Mandó llamar escuderos,
Criados son de su padre,
Para que lleven al niño,
Que lo lleven á matare³.
La muerte que él les dijera
Mancilla es de la escuchare:
—Córtenle el pie del estribo,
La mano del gavilane,
Sáquenle ambos los ojos
Por mas seguro andare,
Y el dedo, y el corazon
Traédmelo por señale.—
Ya lo llevan á Gayferos,
Ya lo llevan á matare;
Hablan los escuderos
Con mancilla que dél hane.
—; Oh válasme Dios del cielo
Y Santa Maria su Madre!
Si á este niño matamos
;Que galardón nos darane?
Ellos en aquesto estando,
No sabiendo qué harane,
Vieron venir una perrita
De la Condesa su madre.
Alli habló el uno de ellos,
Bien oiréis lo que dirae:
—Matemos esta perrita
Por nuestra seguridad,
Saquémosle el corazon
Y llevémoslo á Galvane,
Cortemos el dedo al chico
Por llevar mejor señale.—
Ya tomaban á Gayteros,
Para el dedo le cortare;
—Venid acá vos, Gayferos,
Y querédnos escuchare;
Vos idos de aquesta tierra
Y en ella no parezcáis mase.—
Ya le daban entre señas
El camino que harae:
—Iros heis de tierra en tierra
A do vuestro tío estáe.—
Gayferos desconsolado
Por ese mundo se vae:
Los escuderos se volvieron
Para do estaba Galvane.
Danle el dedo, y corazon
Y dicen que muerto lo hane

La Condesa qu'esto oyera
 Empezara á gritos dare :
 Lloraba de los sus ojos
 Que queria reventare.
 Dejemos á la Condesa,
 Que muy grande llanto hace,
 Y digamos de Gayferos
 Del camino por do vae,
 Que de dia ni de noche
 No hace sino caminar,
 Hasta que llegó á la tierra
 Adonde su tío estae.
 Dicele d'esta manera,
 Y empezóle de hablare :
 —Manténgaos Dios, el mi tío.
 —Mi sobrino, bien vengaiséis :
 ¿Que buena venida es esta?
 Vos me la quereis contare.
 —La venida que yo vengo
 Triste es y con pesare,
 Que Galvan con grande enojo
 Mandado me habia matare :
 Mas lo que os ruego, mi tío,
 Y lo que os vengo á rogare,
 Vamos á vengar la muerte
 De vuestro hermano, mi padre.
 Matáronlo á traicion
 Por casar con la mi madre.
 —Sosegáos, el mi sobrino,
 Vos os querais sosegare,
 Que la muerte de mi hermano
 Bien la iremos á vengare.—
 Ellos así se estuvieron
 Dos años y aun mase,
 Hasta que dijo Gayferos
 Y empezara de hablare.

(*Cancionero de Romances.*—It. *Siguense dos romances de Don Gayferos.* etc. Pliego suelto.)

¹ Este romance y el que sigue, con muchas variantes, que son incorrecciones mas bien, se imprimieron en un pliego suelto intitulado : *Siguense dos romances de Don Gayferos en que se contiene cómo mataron á Don Galvan.* 4.º, gót., á dos columnas, sin año ni lugar.

² En el pliego suelto mencionado, dice así :

Dios te deje crecer, hijo,
 Y llegar á barragane,
 Dios te dé barbas en rostro
 Y en el cuerpo fuerza grande.

³ En la vida de Genoveva, condesa de Bravante, hay una escena parecida en todo á la que sigue. No carece este romance de crédito interés, y tanto que hay muchos cuentos é historias vulgares, que adoptan los lances y escenas que en él se hallan.

375.

GAYFEROS. — II.

(*Anónimo* 4.)

—Vámonos, dijo, mi tío,
 A Paris esa ciudad
 En figura de romeros,
 No nos conozca Galvane,
 Que si Galvan nos conoce
 Mandaria nos matare.
 Encima ropas de seda
 Vistamos las de sayale,
 Llevemos nuestras espadas
 Por mas seguros andare ;
 Llevemos sendos bordones
 Por la gente asegurare.—
 Ya se parten los romeros,
 Ya se parten, ya se vane,
 De noche por los caminos,
 De dia por los jarates.
 Andando por sus jornadas
 A Paris llegado hane ;
 Las puertas hallan cerradas,
 No hallan por donde entrare.

Siete vueltas la rodean
 Por ver si podrán entrare,
 Y al cabo de las ocho
 Un postigo van á hallare.
 Ellos que se vieron dentro
 Empiezan á demandare ;
 No preguntan por meson,
 Ni ménos por hospitale,
 Preguntan por los palacios
 Donde la Condesa estae,
 Y á las puertas del palacio
 Allí van á demandare.
 Vieron estar la Condesa,
 Y empezaron de hablare :
 —Dios te save, la Condesa,
 —Los romeros, bien vengades.
 —Mandedes nos dar limosna
 Por honor de caridade.
 —Con Dios vades, los romeros,
 Que no os puedo nada dare,
 Qu'el Conde me habia mandado
 A romeros no albergare.
 —Dadnos limosua, señora,
 Qu'el Conde no lo sabrae ;
 Así la dén á Gayferos
 En la tierra donde estae.—
 Así como oyó Gayferos
 Comenzó de sospirare :
 Mandábales dar del vino,
 Mandábales dar del pane.
 Ellos en aquesto estando
 El Conde llegado hae :
 —¿ Qu'es aquesto, la Condesa?
 Aquesto ¿ qué puede estare ?
 ¿ No os tenia yo mandado
 A romeros no albergare ?—
 Dijo y alzara su mano,
 Puñada le fuera á dare,
 Que sus dientes menudicos
 En tierra los fuera á echare.
 Allí hablaban los romeros,
 Y empezároule de hablare :
 —¿ Por hacer bien la Condesa
 Cierta no merece male !
 —; Callede vos, los romeros,
 No hayades vuestra parte !—
 Alzó Gayferos su espada,
 Un golpe le fué á dare
 Que la cabeza de sus hombros
 A tierra la fuera á echare :
 Allí habló la Condesa
 Llorando con gran pesare :
 —¿ Quién érades, los romeros,
 Que al Conde fuistes matare ?—
 Allí respondió el romero,
 Tal respuesta le fué á dare :
 —Yo soy Gayferos, señora,
 Vuestro hijo naturale.
 —Aquesto no puede ser,
 Ni era cosa de verdade,
 Qu'el dedo, y el corazon
 Yo los tengo por señale.
 —El corazon que vos tenéis
 En persona no fué á estare,
 El dedo bien es aqueste,
 Aquí lo veréis faltare.—
 La Condesa qu'esto oyera
 Comenzó de abrazare :
 La tristeza que tenia
 En placer se fué á tornare.

(*Cancionero de Romances.*—It. *Siguense dos romances de Don Gayferos.* etc. Pliego suelto.)

⁴ No desmerece en nada al anterior. En uno y otro con ligera y sencillez se retratan las costumbres feudales, y las consecuencias de ellas. El fuerte y poderoso señor, ó con astucia ó con las armas, oprimia á los débiles y los hacia victimas de sus pasiones; pero al mismo tiempo, ó Dios que castigaba conservando los medios de la expiación, ó otros caballeros generosos, eran el escudo y los vengadores de la inocencia.

376.

GAYFEROS.—III.

(Anónimo ¹.)

No con los dados se gana,
 Ni con las tablas el crédito,
 Ni arrojando leves cañas
 Reputacion entre buenos :
 No con bizarras libreas,
 Ni con mujeriles juegos,
 Ni con empresas, ni cifras
 Recamadas de oro y negro :
 No con vanas esperanzas,
 Ni con vestidos soberbios,
 Ni con guantes olorosos,
 Medallas ni camafeos :
 Con arnés, espada y lanza
 Como buenos combatiendo,
 Cuando se ofrece ocasion,
 Se ilustran los caballeros.
 Mejor fuera que entre moros
 Esos azares del juego,
 Como son acá en Paris,
 Fueran en Sansueña encuentros ;
 Y esas plumas y medallas,
 Que llevais en el sombrero,
 ¡ Harto mejor parecieran
 En la cimera del yelmo !
 ¡ Y en lugar de aquesa ropa
 De martas y terciopelo,
 Un fino arnés de Milan
 Estuviera mas honesto !
 ¡ Mal parece que en Paris
 Sustenteis vos los torneos,
 Sabiendo que vuestro honor
 Teneis en Sansueña preso !
 Vuestro honor es vuestra esposa :
 Si hay honor en vuestro pecho
 Debe de ser vuestra sangre
 El rescate de su cuerpo.
 Conviértanse ya las tablas,
 Los dados y pasatiempos
 En pensamientos honrados ;
 Dejad bajos pensamientos.
 Dejad cañas, tomad lanzas ;
 Dejad seda, vestí acero ;
 Sean vuestros juegos armas,
 Vuestras galas sean trofeos.
 Gallarda empresa es la honra
 No querais mas alto premio,
 Pues donde aquesta se estima
 No hay empresa de mas precio.
 No por ser hijo de un rey
 Y de un emperador yerno
 Pretendais que sois ilustre,
 Si no lo son vuestros hechos.
 Aquel es honrado y noble
 Que tiene honrados respetos,
 Que en altos pechos se crian
 Los mas honrados intentos.
 Porque yo sea bien nacido,
 No cumplo con lo que debo,
 Si en los negocios de honra
 Doy con obras mal ejemplo.
 ¡ Si como teneis las causas
 Tuviérades los efectos,
 No estuviera vuestra esposa
 En Sansueña ha tanto tiempo
 Que cuando no os obligara
 El conyugal sacramento,
 Obligárais ser mujer,
 Si fuérais buen caballero.
 No lo sois, pues que no haceis
 El debido cumplimiento,
 Siendo vos á quien mas toca
 Como esposo y como deudo ;
 Que cuando esta obligacion
 No se hallara de por medio,

Ella estuviera ya libre,
 O yo por librarla muerto.
 Si no os correis con ser mozo
 De lo que yo con ser viejo,
 Correos de ver vuestra honra
 Andar en corrillos necios.
 Considerad que es mujer
 Cautiva, ausente y con celos ;
 No quiero deciros mas ;
 Miradlo pues sois discreto.—
 Esto dijo Carlo-Magno
 A su sobrino Gayferos,
 Que estaba jugando tablas
 Con el valiente Oliveros.

(Romancero general.)

¹ A diferencia de los anteriores, este romance deja muy bien percibir que es de fines del siglo XVI. A él dió asunto el principio del antiguo, del núm. 377.

377.

GAYFEROS.—IV.

(Anónimo ¹.)

Asentado está Gayferos
 En el palacio reale ;
 Asentado está al tablero
 Para las tablas jugare.
 Los dados tiene en la mano,
 Que los quiere arrojar,
 Cuando entró por la sala
 Don Carlos el emperante.
 De que así jugar lo vido
 Empezóle de mirare ;
 Hablándole está hablando
 Palabras de gran pesare :
 —Si así fuédes, Gayferos,
 Para las armas tomare,
 Como sois para los dados,
 Y para tablas jugare,
 Vuestra esposa tienen moros,
 Iriadesla á buscare :
 Pésame á mi por ello
 Por que es mi hija carnale.
 De muchos fué demandada,
 Y á nadie quiso tomare :
 Pues con vos casó por amores,
 Amores la han de sacare ;
 Si con otro fuera casada
 No estuviera en catividade.—
 Gayferos cuando esto vido,
 Movido de gran pesare
 Levantóse del tablero
 No queriendo mas jugare,
 Y tomáralo en las manos
 Para haberlo de arrojar,
 Si no por quien con él juega,
 Que era hombre de linaje :
 Jugaba con él Guarinos,
 Almirante de la mare.
 Voces da por el palacio,
 Que al cielo quieren llegare ;
 Preguntando va, preguntando
 Por su tio Don Roldane.
 Halláralo en el patin,
 Que queria cabalgare :
 Con él era Oliveros
 Y Durandarte el galane,
 Con el muchos caballeros
 De los de los doce pares :
 Gayferos desde lo vido
 Empezóle de hablare :
 —Por Dios os ruego, mi tio,
 Por Dios os quiero rogare,
 Vuestras armas y caballo
 Vos me lo querais prestare,
 Que mi tio el Emperante
 Tan mal me quiso tratare,

Diciendo que soy para juego
 Y no para armas tomare.
 Bien lo sabeis vos, mi tío,
 Bien sabeis vos la verdade,
 Que pues busqué á mi esposa
 Culpa no me deben dare.
 Tres años anduve triste
 Por los montes y los valles
 Comiendo la carne cruda,
 Bebiendo la roja sangre,
 Trayendo los pies descalzos,
 Las uñas corriendo sangre.
 Nunca yo hallarla pude
 En cuanto pude buscare:
 Ahora sé que está en Sansueña,
 En Sansueña, esa ciudade.
 Sabeis que estoy sin caballo,
 Sin armas otro que tale,
 Que las tiene Montesinos,
 Que es ido á festejare
 Allá á los reinos de Hungria
 Para torneos armare,
 Y yo sin caballo y armas
 Mal la podré libertare;
 Por esto os ruego, mi tío,
 Las vuestras me queráis dare.—
 Don Roldán de qu'esto oyó
 Tal respuesta le fué á dare:
 —Callad, sobrino Gayferos,
 No querades hablar tale;
 Siete años vuestra esposa
 Ha que está en captividade;
 Siempre os he visto con armas
 Y caballo otro que tale,
 Agora que no las teneis
 La quereis ir á buscare.
 Sacramento tengo hecho
 Allá en San Juan de Letrane
 A ninguno prestar armas,
 No me las hagan cobardes:
 Mi caballo está bien vezado,
 No lo querria mal vezare.—
 Gayferos que esto oyó
 La espada fuera á sacare;
 Con una voz muy sañosa
 Empezará de hablare:
 —¡Bien parece, Don Roldan,
 Siempre me quisiste male!
 Si otro me lo dijera
 Mostrara si soy cobarde;
 Mas quien á mí ha injuriado
 No lo vais por mí á vengare;
 Si vos tío no me fuédes
 Con vos querria peleare.—
 Los grandes que allí se hallan
 Entre los dos puestos se hane
 Hablado le ha Don Roldan,
 Empezóle de hablare:
 —¡Bien parece, Don Gayferos,
 Que sois de muy poca edade!
 Bien oistes un ejemplo,
 Que conoceis ser verdade,
 Que aquel que bien os quiere
 Ese os quiere castigare.
 Si fuéades mal caballero
 No os dijera yo esto tale;
 Mas porque sé que sois bueno
 Por eso os quise así hablare,
 Que mis armas y caballo
 Á vos no se han de negare,
 Y si quereis compañía
 Yo os querria acompañare.
 —Mercedes, dijo Gayferos,
 De la buena voluntade;
 Solo me quiero ir, solo,
 Para haberla de sacare:
 Nunca me dirá ninguno
 Que me vido ser cobarde.—
 Luego mandó Don Roldan

Sus armas aparejare;
 Él encubierta el caballo
 Por mejor lo encubertare;
 El mesmo pone las armas
 Y le ayudaba á armare.
 Luego cabalgó Gayferos
 Con enojo y con pesare.
 Pésale á Don Roldan,
 También á los doce pares,
 Y mas al Emperador
 De que solo le vió andare;
 Y desque ya se salía
 Del gran palacio reale,
 Con una voz amorosa
 Llamáralo Don Roldane:
 —Esperá un poco, sobrino;
 Pues solo quereis andare,
 Dejédesme vuestra espada,
 La mia queráis tomare,
 Y aunque vengan dos mil moros
 Nunca les volvais la haze:
 Al caballo dadle rienda
 Y haga á su voluntade,
 Que si él ve la suya
 Bien os sabrá ayudare,
 Y si ve demasia
 D'ella os sabrá sacare.—
 Ya le daba su espada,
 Y toma la de Roldane;
 Da de espuelas al caballo,
 Sálese de la ciudade.
 Don Beltran desque ir lo vido
 Empezóle de hablare:
 —Tornad acá, hijo Gayferos,
 Pues que me teneis por padre,
 Tan solamente que os vea
 La Condesa vuestra madre,
 Tomará con vos consuelo,
 Que tan tristes llantos hace,
 Y daráos caballeros
 Los que hayais necesidad.
 —Consoladla vos, mi tío,
 Vos la quereis consolare,
 Acuérdesse que me perdió
 Chiquito y de poca edade;
 Haga cuenta que de entónces
 No me ha visto jamase,
 Que ya sabeis que en los doce
 Corren malas voluntades,
 Y no dirán vuelvo por ruego,
 Mas que vuelvo por cobarde,
 Que yo no volveré en Francia
 Sin Melisendra tornare.—
 Don Beltran de que lo oyera
 Tan enojado hablare,
 Yelve riendas al caballo
 Y entróse en la ciudade.
 Gayferos en tierra de moros
 Empieza de caminare;
 Jornada de quinze dias
 En ocho la fué á andare.
 Por las sierras de Sansueña
 Gayferos mal airado vae;
 Las voces que iba dando
 Al cielo quieren llegare.
 Maldiciendo iba el vino,
 Maldiciendo iba el pane,
 El pan que comian los moros,
 Mas no de la cristiandade:
 Maldiciendo iba la dueña
 Que tan solo un hijo pare;
 Si enemigos se lo matan
 No tiene quien lo vengare:
 Maldiciendo iba al caballero
 Que cabalga sin un paje;
 Si se le cae la espuela
 No tiene quien se la calce:
 Maldiciendo iba el árbol
 Que solo en el campo nasce,

Que todas las aves del mundo
 En él van á quebrantare,
 Que de rama ni de hoja
 Al triste dejan gozare.
 Dando estas voces y otras
 A Sansueña fué á llegare.
 Viérnes era en aquel día
 Los moros su fiesta hacen :
 El Rey iba á la mezquita
 Para la zala rezare,
 Con todos sus caballeros
 Cuantos él pudo llevare.
 Cuando allegó Gayferos
 A Sansueña, esa ciudade,
 Miraba si vería alguno
 A quien poder demandare :
 Vido un cativo cristiano
 Que andaba por los adarbes ;
 Desque lo vido Gayferos
 Empezó de hablare :
 — Dios le salve, el cristiano,
 Y te torne en libertade,
 Nuevas que pedirte quiero
 No me las quieras negare.
 Tú que andas con los moros
 Dime si oiste hablare
 Si hay aqui alguna cristiana,
 Que sea de alto linaje? —
 El cativo que lo oyera
 Empezara de llorarre :
 — ¡Tantos tengo de mis duelos,
 De otros non puedo curare!
 Que todo el dia caballos
 Del Rey me hacen pensare,
 Y de noche en honda sima
 Me hacen aqui aprisionare.
 Bien sé que hay muchas cativas
 Cristianas de gran linaje,
 Especialmente hay una
 Qu'es de Francia naturale :
 El rey Almanzor la trata
 Como á su-hija carnale :
 Sé que muchos reyes moros
 Con ella quieren casare :
 Por eso idos, caballero,
 Por esa calle adelante,
 Veréislas á las ventanas
 Del gran palacio reale. —
 Derecho se va á la plaza,
 A la plaza la mas grande.
 Allí estaban los palacios
 Donde el Rey solia estare :
 Alzó los ojos en alto
 Por los palacios mirare,
 Vido estar á Melisendra
 En una ventana grande
 Con otras damas cristianas,
 Qu'están en captividade.
 Melisendra que lo vido
 Empezara de llorarre,
 No por que lo conociese
 En el jesto ni en el traje,
 Mas en verlo con armas blancas
 Acordóse de los pares,
 Acordóse de los palacios
 Del Emperador su padre,
 De justas, galas, torneos,
 Que por ella solian armare.
 Con voz triste y muy llorosa
 Le empezara de llamare :
 — Por Dios os ruego, caballero,
 Queráisos á mi llegare ;
 Si sois cristiano ó moro
 No me lo queráis negare,
 Daros he unas encomiendas,
 Bien pagadas os serane :
 Caballeros si á Francia ides
 Por Gayferos preguntade,
 Decidle que la su esposa

Se le envia á encomendare,
 Que ya me parece tiempo
 Que la debia sacare.
 Si no me deja por miedo
 De con los moros peleare,
 Debe tener otros amores,
 De mi no lo dejan acordare :
 ¡ Los ausentes por los presentes
 Lijeros son de olvidare!
 Aun le diréis, caballero,
 Por darle mayor señale,
 Que sus justas y torneos
 Bien las supimos acae.
 Y si estas encomiendas
 No recibe con solace,
 Daréislas á Oliveros,
 Daréislas á Don Roldane,
 Daréislas á mi señor
 El Emperador mi padre :
 Diréis como estó en Sansueña,
 En Sansueña esa ciudade ;
 Que si presto no me sacan
 Mora me quieren tornare :
 Casarme han con el rey moro
 Que está allende la mare :
 De siete reyes de moros
 Reina me hacen coronare ;
 Segun los reyes me acuitan
 Mora me harán tornare ;
 Mas amores de Gayferos
 No los puedo yo olvidare. —
 Gayferos que esto oyera
 Tal respuesta le fué á dare :
 — No lloreis vos, mi señora,
 No queráis asi llorarre,
 Porque esas encomiendas
 Vos mesma las podeis dare,
 Que á mi allá dentro en Francia
 Gayferos suelen nombrare.
 Soy el infante Gayferos
 Señor de Paris la grande,
 Primo hermano de Oliveros,
 Sobrino de Don Roldane,
 Amores de Melisendra
 Son los que acá me traen. —
 Melisendra qu'esto vido
 Conociólo en el hablare,
 Tiróse de la ventana,
 La escalera fué á tomare,
 Salióse para la plaza
 Donde lo vido estare.
 Gayferos quando la vido
 Presto la fué á tomare ;
 Abrazala con sus brazos
 Para haberla de besare.
 Allí estaba un perro moro
 Por los cristianos guardare ;
 Las voces daba tan altas
 Que al cielo quieren llegare.
 Al alarido del moro
 La ciudad mandan cerrare :
 Siete veces la rodean,
 No hallan por do escapare.
 Presto sale el rey Almanzor
 De la mezquita rezare :
 Veréis tocar la trompeta
 Aprieta y no de vagare,
 Veréis armar caballeros
 Y en caballos cabalgare
 Tantos se arman de los moros
 Que gran cosa es de mirare.
 Melisendra que lo vido
 En una prieta tan grande
 Con una voz delicada
 Le empezara de hablare :
 — Esforzado Don Gayfero
 No querades desmayare,
 Por los buenos caballeros
 Son para necesidad :

¡ Si d'esta escapais, Gayferos,
 Harto teneis que contare!
 ¡ Ya quisiera Dios del cielo
 Y Santa Maria su Madre
 Fuese tal vuestro caballo
 Como el de Don Roldane!
 Muchas veces le oi decir
 En el palacio imperiale,
 Que si se hallaba cercado
 De moros en algun lugare,
 Al caballo aprieta la cincha,
 Y aflojábale el pretale,
 Hincábale las espuelas
 Sin ninguna piedade:
 El caballo es esforzado,
 De otra parte va á saltare.—
 Gayferos de qu'esto oyó
 Presto se fuera á apeare;
 Al caballo aprieta la cincha,
 Y aflojábale el pretale;
 Sin poner pié en el estribo
 Encima fué á cabalgare,
 Y Melisendra á las ancas,
 Que presto las fué tomare.
 El cuerpo le da y cintura
 Por que lo pueda abrazare
 Al caballo hincan la espuela
 Sin ninguna piedade.
 Corriendo venian los moros
 Aprieta y no de vagare;
 Las grandes voces que daban
 Al caballo hacen saltare.
 Cuando fuéron cerca los moros
 La rienda le fué á largare;
 El caballo era lijero,
 Púsolo de la otra parte.
 El rey moro qu'esto vido
 Mandó abrir la ciudad;
 Siete batallas de moros
 Todos de zaga le vane.
 Volviéndose iba Gayferos,
 No cesaba de mirare;
 De que vido que los moros
 Le empezaban de cercare,
 Volvióse á Melisendra,
 Empezóle de hablare:
 —No os enojeis, mi señora,
 Seráos fuerza aqui apeare,
 Y en esta grande espesura
 Podeis, señora, aguardare,
 Que los moros son tan cerca,
 De fuerza nos han de alcanzare,
 Vos, señora, no traeis armas
 Para haber de peleare;
 Yo, pues que las traigo buenas,
 Quiérolas ejercitare.—
 Apeóse Melisendra
 No cesando de rezare,
 Las rodillas puso en tierra,
 Las manos fué á levantare,
 Los ojos puestos al cielo
 No cesando de rezare:
 Sin que Gayferos volviese
 El caballo fué á aguijare.
 Cuando huía de los moros
 Parece no puede andare,
 Y cuando iba hácia ellos
 Iba con furor tan grande,
 Que del rigor que llevaba
 La tierra hacia temblare.
 Donde vido la morisma
 Entre ellos fuera á entrare:
 Si bien pelea Gayferos,
 El caballo mucho mase.
 Tantos mata de los moros
 Que no hay cuento ni pare;
 De la sangre que salia
 El campo cubierto se hae.
 El rey Almanzor qu'esto vido

Empezara de hablare;
 —¡ Oh válasme tú, Alá!
 ¡ Esto qué podia estare?
 ¡ Qué tal fuerza de caballero
 En pocos se puede hallare!
 Debe ser el encantado
 Ese paladín Roldane,
 O debe ser el esforzado
 Renaldos de Montalvane,
 Es Urgel de la Marcha
 Esforzado y singulare;
 No hay ninguno de los doce
 Que bastase hacer lo tale.
 Gayferos que esto oyó
 Tal respuesta le fué á dare:
 —Calles, calles, el rey moro;
 Calles, y no digas tale,
 Muchos otros hay en Francia,
 Que tanto como estos valen;
 Yo no soy ninguno d'ellos,
 Mas yo me quiero nombrare:
 Soy el infante Gayferos,
 Señor de Paris la grande,
 Primo hermano de Oliveros,
 Sobrino de Don Roldane.—
 El rey Almanzor que lo oyera
 Con tal esfuerzo hablare,
 Con los mas moros que pudo
 Se entrara en la ciudad.
 Solo quedaba Gayferos,
 No halló con quien peleare;
 Volvió riendas al caballo
 Por Melisendra buscare:
 Melisendra que lo vido
 A recibir se lo sale;
 Vidole las armas blancas,
 Tintas en color de sangre.
 Con voz muy triste y llorosa
 Le empezó de preguntare:
 —Por Dios os ruego, Gayferos,
 Por Dios os quiero rogare,
 Si traeis alguna herida
 Querásmela vos mostrare,
 Que los moros eran tantos
 Quizá os habrán echo male.
 Con las mangas de mi camisa
 Os la quiero yo apretare,
 Y con la mi rica toca
 Yo os las entiendo sanare.
 —Calledeis, dijo Gayferos,
 Infanta, no digais tale,
 Por mas que fueran los moros
 No me podian hacer male,
 Qu'estas armas y caballo
 Son de mitio Don Roldane;
 Caballero que las trujere
 No podia peligrare.
 Cabalgad presto, señora,
 Que no es tiempo de aqui estare;
 Antes que los moros tornen
 Los puertos hemos pasare.—
 Ya cabalga Melisendra
 En un caballo alazane;
 Razonando van de amores,
 De amores, que no de al;
 Ni de los moros han miedo
 Ni d'ellos nada se dane:
 Con el placer de ambos juntos
 No cesan de caminare,
 De noche por los caminos,
 De dia por los jarales,
 Comiendo las yerbas verdes
 Y agua si pueden hallare,
 Hasta que entraron en Francia
 Y en tierra de cristiandade:
 Si hasta allí alegres fuéron,
 Mucho mas de allí adelante.
 A la entrada de un monte,
 Y á la salida de un valle,



Caballero de armas blancas
 De lejos vieron asomarse :
 Gayferos desde lo vido
 La sangre vuelto se le hae,
 Diciendo á su señora :
 —¡ Esto es mas de recelare ,
 Que aquel caballero que asoma
 Gran esfuerzo es el que trae !
 Que sea cristiano ó moro ,
 Fuerza será peleare :
 Apéaos vos , mi señora ,
 Y veni de mí á la pare.—
 De la mano le traia
 No cesando de llorare .
 Lleganse los caballeros ,
 Comienzan aparejare
 Las lanzas y los escudos
 En son de bien peleare .
 Los caballos ya de cerca
 Comienzan de relinchare ;
 Mas conoció Gayferos
 Y empezara de hablare :
 —Perded cuidado , señora ,
 Y tornad á cabalgare ,
 Que el caballo que allí viene
 Mío es en la verdade ;
 Yo le di mucha cebada
 Y mas le entiendo de dare ;
 Las armas segun que veo
 Mias son otro que tale ,
 Y aun aquel es Montesinos
 Que á mí me viene á buscare ,
 Que cuando yo me parti
 No estaba en la ciudad.—
 Plugo mucho á Melisendra
 Que aquello fuese verdade .
 Ya que se van acercando
 Cuasi juntos á la pare ,
 Con voz alta y crecida
 Empiézanse de interrogare .
 Conócense los dos primos
 Entónces en el hablare ;
 Apeáronse á gran priesa ,
 Muy grandes fiestas se hacen .
 De que hubieron hablado
 Tornaron á cabalgare :
 Razonando van de amores ,
 De otro no quieren hablare .
 Andando por sus jornadas
 En tierra de cristiandade ,
 Cuantos caballeros hallan
 Todos los van compañare ,
 Y dueñas á Melisendra ,
 Doncellas otro que tale .
 Al cabo de pocos dias
 A Paris van á llegare :
 Siete leguas de la ciudad
 El Emperador les sale ;
 Con él sale Oliveros ,
 Con él sale Don Roldane ,
 Con él el infante Guarinos ,
 Almirante de la mare ,
 Con él sale Don Bermudez
 Y el buen viejo Don Beltrane ,
 Con él muchos de los doce
 Que á su mesa comen pane ,
 Y con él iba Doña Alda ,
 La esposa de Roldane ;
 Con él iba Julianesa ,
 La hija del rey Juliane ;
 Dueñas , damas y doncellas
 Las mas altas de linaje .
 El Emperador abraza su hija
 No cesando de llorare ;
 Palabras que le decia
 Dolor eran de escuchare .
 Los doce á Don Gayferos
 Gran acatamiento le hacen
 Tiénnen por esforzado

Mucho mas de allí adelante ,
 Pues que sacó á su esposa
 De muy gran captividade :
 Las fiestas que le hacian
 No tienen cuento ni pare .
 (Códice del siglo xvi.—It. Cancionero de Romances.
 —It. Silva de varios Romances.—It. Floresta de
 varios Romances.)

¹ Este romance viejo, aunque se halla en el *Cancionero de Romances*, y con muchas variantes en la *Floresta de varios*, lo he trasladado de un códice del siglo xvi que tengo á la vista, y contiene la historia que Maese Pedro recitaba enseñando el retablo que consigo conducia. (*Quijote*, parte 2.^a, cap. xxvi.) El juego de ajedrez, en las crónicas fabulosas, en los romances y en los poemas, da margen á disputas mortales. Carloto, hijo de Carlo-Magno, mata á un paje á quien ganaba con tramps. Mudarra Gonzalez, tambien jugando al ajedrez, se destempla é irrita.

² Este verso y el que sigue dice Maese Pedro, enseñando su retablo, en la parte 2.^a cap. xxvi, del *Quijote*. Véase la nota puesta en el romance caballeresco, núm. 319, que dice :

Caballero, si á Francia ides,
 Por mi señor preguntad, etc.

378.

GAYFEROS.—V.

(Miguel Sanchez, el Divino ¹.)

Oid, señor Don Gayferos,
 Lo que como amigo os hablo ;
 Que los dones mas de estima
 Suelen ser consejos sanos .
 Dejad un poco las tablas ,
 Escuchadme lo que entrambos ,
 Yo aconsejar , vos hacer ,
 Debemos como hijos-dalgo .
 Melisendra está en Sansueña ² ,
 Vos en Paris descuidado ;
 Vos ausente, ella mujer ,
 ¡ Harto os he dicho, miraldo !
 Asegúraos su nobleza :
 Mas no os asegura tanto ;
 Que vence un presente gusto
 Mil nobles antepasados .
 De Carlos el rey es hija ;
 Mas es mujer, y ha mas años
 La mudanza en las mujeres ,
 Que no la nobleza en Carlos .
 Si enferma en la voluntad
 Morirán respetos altos ;
 Que no basta sangre buena ,
 Si el corazon no está sano .
 Galanes moros la sirven ,
 Y aunque moros, recelaldos ;
 Que sin duda querrá un moro
 La que olvidare un cristiano .
 Diferentes son las leyes ;
 Mas no hay ley en pecho humano
 Cuando llega a ser el alma
 Idólatra de un cuidado .
 Las mujeres son espejo ,
 Que viendo vuestro retrato ,
 Si os descuidais, y otro llega ,
 Hará con él otro tanto .
 Su confuso entendimiento,
 Es codicioso letrado ,
 Que hace leyes siempre al gusto
 Del que llega á consultallo .
 Su memoria es mar revuelto
 Que luego que pasa el barco ,
 Si le buscáis el camino,
 No hallaréis senda ni rastro ;
 Su voluntad mesonera ,
 Que aloja á los mas extraños ,
 Y olvida al que del umbral
 De sacar acaba el paso .
 No quiero deciros mas ,

Con esto de mi amor salgo ;
Mas adviérteos mi lengua
Vuestro amor, y mis agravios.

(Romancero general.)

¹ Autor dramático de los mas famosos de principios del siglo xvii, de quien no nos queda otra comedia que la de *La guarda cuidadosa*.

² Verso que cita Maese Pedro cuando estaba enseñando su retablo. *Quijote*, parte 2.ª, cap. ix.

379.

GAYFEROS. — VI.

(Anónimo.)

El cuerpo preso en Sansueña
Y en París cautiva el alma,
Puesta siempre sobre el muro
Porque está sobre él su casa,
Vuelta en ojos Melisendra,
Y sus ojos vueltos agua,
Mira de Francia el camino
Y de Sansueña la playa,
Y en ella vió un caballero
Que junto á la cerca pasa.
Hácele señas y viene,
Que viene por quien le llama.
— Si sois cristiano, le dice,
O habeis de pasar á Francia,
Preguntad por Don Gayferos,
Y decid : ¿ que á cuando aguarda ?
¿ Que harto mejor le estuviera
Jugando acá por mi lanzas,
Que no allá con pasajeros,
Jugando dados y cañas !
Que si quiere que sea mora,
Que otra cosa no me falta,
Y amandole, no es posible
Vivir un alma cristiana. —
¿ Tanto llora Melisendra
Que las razones no acaba !
Don Gayferos la responde,
Alzándose la celada :
— No es tiempo de desculparme,
Señora, de mi tardanza,
Pues el no tenella agora
Nos es de mucha importancia. —
Dícele que aguarde un poco,
Y en ménos de un poco baja ;
A ella en las ancas sube,
Y él en la silla cabalga,
Y á pesar de la morisma
La puso dentro de Francia.

(Romancero general. — It. *Flor de varios y nuevos Romances*, 2.ª parte.)

380.

GAYFEROS. — VII.

(Anónimo.)

Cautiva, ausente y celosa,
De mil sospechas cercada,
Melisendra está en Sansueña
Contemplando en sus desgracias.
El camino la consuela
Que va de Sansueña á Francia,
Pues por él su libertad
Y á Don Gayferos aguarda ;
Y como el que aguarda tiene
La vida puesta en balanza,
Con lágrimas y suspiros
Dice viendo que se tarda :
« ¡ Cuitado del que aguarda,
» Pues es igual el esperar á brasas ! »
No cansada de quererte,
Mas de esperarte cansada,

Vivo, ¡ ingrato Don Gayferos !
De esperar desesperada.
No me cansa el aguardarte,
Aunque el no verte me causa ;
Que aguardar á quien no viene
Desesperacion se llama.

Si tú libre y en tu tierra
Estás sujeto á mudanzas,
Yo presa, mujer y ausente
Mas cerca estoy á las llamas.
« ¡ Cuitado del que aguarda,
» Pues es igual el esperar á brasas ! »

Agravios me tienes hechos,
Si me olvidaste sin causa,
Pues con ella y con agravios
Quien se venga nunca agravia.
¿ Cuántos hay que por ausencia,
No siendo ausencia forzada,
Por vengar sus corazones
Se olvidaron de su fama !
¿ Pues yo presa y entre moros,
De mi cristiano olvidada,
Aunque olvide á quien me olvida
No merezco ser culpada !
Si en mi nobleza confias,
Has de tener confianza ;
Que agraviará su nobleza
Una mujer agraviada.

« ¡ Cuitado del que aguarda,
» Pues es igual el esperar á brasas ! »
Porque puede en las mujeres

Mas una desconfianza,
Que la nobleza, Gayferos,
Cuando tan poco la guardan.
Pues considera, si sirves
En París damas cristianas,
Que, aunque moros, caballeros
En Sansueña me regalan,
Y que soy mujer, y vivo
Cautiva y desesperada ;
Y aunque soy hija de Carlos,
Soy mujer, y aquesto basta.
« ¡ Cuitado del que aguarda,
» Pues es igual el esperar á brasas ! »

Y básteme haber perdido
De libertad la esperanza,
Para olvidar por un moro,
Quien olvida á una cristiana.
Bien sé yo que es liviandad,
Y de liviandad se pasa,
Pretender contra mi honor
De mis agravios venganza ;
Porque donde se atraviesa
Honor y nobleza tanta,
No habrá sinrazon tan grande
Que contra la razon valga.

« ¡ Cuitado del que aguarda,
» Pues es igual el esperar á brasas ! »

Ni aun tampoco Dios permita
Que aunque mas de ti apartada,
Se me olvide á mi jamás
De lo que debo á mi alma ;
Que aunque mujer, soy ilustre,
Y en las tales jamas falta
El valor en tiempo alguno,
Si honra al valor acompaña :
Y si ha faltado en alguna,
Puede ser porque no alcanza
El ser natural, que es justo,
Si hacen injusta mudanza.

« ¡ Cuitado del que aguarda,
» Pues es igual el esperar á brasas ! »
Mas tambien parece mal
Que esté en Sansueña encerrada,
Y que se esté Don Gayferos
En París jugando cañas,
El libre, y ella cautiva,
El querido, ella olvidada,
Ella llorando su ausencia,

El en juegos y entre damas :
 ¡ Mira, pues que soy tu esposa !
 Cuando no hubiera otra causa,
 Te obligaba el ser mujer,
 Y ser natural de Francia. —
 Proseguir quiso, y no pudo
 Su razon, que por ser tanta,
 El grave dolor la incita
 A llorar así sus ansias :
 « ¡ Cuitado del que aguarda,
 ¿ Pues es igual el esperar á brasas ! »
 (Romancero general.)

381.

GAIFEROS. — VIII.

(Anónimo 1.)

Mil celosas fantasias,
 Que del esperar se engendran,
 A Melisendra combaten
 En la torre de Sansueña.
 Mira el camino de Francia
 Que la enoja y la consueta,
 Porque en él ve sus agravios,
 Y de él su remedio espera.
 Viendo que sus esperanzas,
 Como fingidas, por fuerza
 Se las lleva el presto viento,
 También sus quejas le entrega,
 Diciendo : — Siendo en Gayferos
 No fingida la nobleza,
 ¿ Cómo niega obligaciones,
 Y cómo olvida promesas ?
 ¿ Cómo podré yo creer
 Que me ha querido de veras,
 Quien en ausencia tan larga
 Tiene tan larga paciencia ?
 ¿ Siendo vivo, es imposible,
 Si me quiere, se detenga ;
 Porque no hay inconveniente
 Que voluntad no le venza !
 Si acaso nueva memoria
 Hace que la mía pierda,
 ¿ En balde espero la paga
 De mi fe y de tantas deudas !
 Que un ingrato corazón
 Mucho mas recibe y precia
 Desden del que está presente,
 Que del ausente firmeza.
 ¿ Cuántas y cuántas se han visto
 Hacer de mudables muestra,
 Por muestra de sus razones,
 Mas que por ser lisonjeras !
 Y si agravias se mudan,
 Harto desculpadas quedan ;
 Que el que ofende es quien agravia,
 Y no agravia quien se venga.
 Si se muestra descuidado
 Por averiguar mis veras,
 Hacer pruebas ofendiendo
 Es peligrosa experiencia.
 ¿ Dichoso el que mira el bien,
 Sin estos léjos de ausencia,
 Que hacen menores los gustos
 Y mayores las ofensas !
 A mil imaginaciones
 Hago grande resistencia,
 Con ver que es mejor quejarme
 Que dar ocasion á quejas. —
 Pasara mas adelante,
 Pero con la mucha pena,
 Las lágrimas fueron tantas,
 Que entorpecieron la lengua.

(Romancero general.)

ROMANCES QUE TRATAN DE MONTESINOS, DEL CONDE GRIMALTOS, DE DURANDARTE Y DE BELERMA.

382.

EL NACIMIENTO DE MONTESINOS. — I.

(Anónimo 1.)

Muchas veces oí decir
 Y á los antiguos contar,
 Que ninguno por riqueza
 No se debe de ensalzar,
 Ni por pobreza que tenga
 Se debe menospreciar.
 Miren bien, tomando ejemplo,
 Do buenos suelen mirar,
 Cómo el Conde, á quien Grimaltos
 En Francia suelen llamar,
 Llegó en las cortes del Rey
 Pequeño y de poca edad.
 Fué luego paje del Rey
 Del mas secreto lugar ;
 Porque él era muy discreto,
 Y de él se podia fiar :
 Y despues de algunos tiempos,
 Cuando mas entró en edad,
 Le mandó ser camarero
 Y secretario real :
 Y despues le dió un condado,
 Por mayor honra le dar ;
 Y por darle mayor honra
 Y estado en Francia sin par
 Lo hizo gobernador,
 Que el reino pueda mandar.
 Por su virtud y nobleza,
 Y grande esfuerzo sin par
 Le quiso tomar por hijo,
 Y con su hija le casar.
 Celebráronse las fiestas
 Con placer y sin pesar.
 Ya despues de algunos dias
 De sus honras y holgar,
 El Rey le mandó al Conde
 Que le fuese á gobernar
 Y poner cobro en las tierras
 Que le fuera á encomendar.
 Pláceme, dijera el Conde,
 Pues no se puede excusar.
 Ya se ordena la partida,
 Y el Rey manda aparejar
 Sus caballeros y damas
 Para haber de acompañar.
 Ya se partía el buen Conde
 Con la Condesa á la par,
 Y caballeros y damas
 Que no le quieren dejar.
 Por la gran virtud del Conde
 No se pueden apartar :
 De Paris hasta Leon
 Le fuéron acompañar.
 Vuélvense para Paris
 Despues de placer tomar :
 Las nuevas que dan al Rey
 Es descanso de escuchar,
 De cómo rige á Leon
 Y le tiene á su mandar,
 Y el estado de su Alteza
 Como lo hacia acatar.
 De tales nuevas el Rey
 Gran placer fuera á tomar.
 No prosigo mas del Rey,
 Sino que lo dejo estar.
 Tornemos á Don Grimaltos
 Cómo empieza á gobernar,
 Bien querido de los grandes,
 Sin la justicia negar,

1 Obsérvese que la situación de Gayferos y Melisendra ha servido en muchos romances que de ella tratan, para moralizar sobre los riesgos que corre un esposo descuidado, que ausente de su mujer no la atiende ni la protege como hombre y como caballero.

Trata á todos de tal suerte,
Que á mi guiso da pesar.
Cinco años él estuvo
Sin al buen Rey ir á hablar,
Ni del Conde á él ir quejas,
Ni de sentencia apelar;
Mas fortuna que es mudable,
Y no puede sosegar,
Quiso serle tan contraria
Por su estado le quitar.
Fué el caso que don Tomillas²
Quiso en traicion tocar:
Revolvióle con el Rey
Por mas le escandalizar,
Diciéndole que su yerno
Se le quiere rebelar,
Y que en villas y ciudades
Sus armas hace pintar,
Y por señor absoluto
El se manda intitular,
Y en las villas y lugares
Guarnicion quiere dejar.
Cuando el Rey aquesto oyera
Tuvo d'ello gran pesar,
Pensando en las mercedes
Que al Conde le fuera á dar.
¡Solo por buenos servicios
Le pusiera en tal lugar,
Y despues por galardón
Tal traicion le ordenar!
El ha determinado
De hacerle justiciar.
Dejemos lo de la corte,
Y al Conde quiero tornar,
Que estando con la Condesa
Una noche á bel folgar,
Adurmíose el buen Conde,
Recordara con pesar;
Las palabras que decia
Son de dolor y pesar:
—¿Que te hice, vil fortuna?
¿Por qué te quieres mudar
Y quitarme de mi silla
En que el Rey me fué á sentar?
¿Por falsedad de traidores
Causarme tanto de mal!
Que segun yo creo y pienso
No lo puede otro causar —
A las voces que da el Conde
Su mujer fué á despertar;
Recordó muy espantada
De verle así hablar,
Y hacer lo que no solia,
Y de condicion mudar
—¿Qué habeis, mi señor el Conde?
¿En qué podeis vos pensar?
—No pienso en otro, señora,
Sino en cosa de pesar,
Porque un triste y mal sueño
Alterado me hace estar.
Aunque en sueños no femos,
No sé á qué parte lo echar,
Que parecia muy cierto
Que vi una águila volar.
Siete halcones tras ella
Mal aquejándola van,
Y ella por guardarse d'ellos
Retrójose á mi ciudad;
Encima de una alta torre
Allí se fuera á asentar;
Por el pico echaba fuego,
Por las alas alquitrán;
El fuego que d'ella sale
La ciudad hace quemar:
A mi quemaba las barbas,
Y á vos quemaba el brial.
¡Cierto tal sueño como este
No puede ser sino mal!
Esta es la causa, Condesa,

Que me sentiste quejar.
— Bien lo mereceis. buen Conde,
Si d'ello os viene algun mal,
Que bien ha los cinco años,
Que en corte no os ven estar,
Y sabeis vos bien, el Conde,
Quién allí os quiere mal,
Que es el traidor de Tomillas
Que no suele reposar:—
Yo no lo tengo á mucho
Que ordene alguna maldad.
Mas, señor, si me creceis,
Mañana ántes de yantar
Mandad hacer un pregon
Por toda esa ciudad,
Que vengan los caballeros
Que están á vuestro mandar,
Y por todas vuestras tierras
Tambien los mandeis llamar,
Que para cierta jornada
Todos se hayan de juntar.
Desque todos estén juntos
Decirles heis la verdad,
Que quereis ir á Paris
Para con el Rey hablar,
Y que se apereciban todos
Para en tal caso os honrar.
Segun d'ellos sois querido,
Creo no os podrán faltar:
Iros heis con todos ellos
A Paris, esa ciudad,
Besaréis la mano al Rey
Como la soleis besar,
Y entónces sabréis, señor,
Lo que él os quiere mandar:
Que si enojo de vos tiene
Luego os lo demostrará,
Y viendo vuestra venida
Bien se le podrá quitar.
—Pláceme, dijo, señora,
Vuestro consejo tomar.—
Pártese el conde Grimaltos
A Paris, esa ciudad,
Con todos sus caballeros
Y otros que él pudo juntar.
Desque fué cerca Paris
Bien quince millas ó mas,
Mandó parar á su gente,
Sus tiendas mandó armar,
Hizo aposentar los suyos
Cada cual en su lugar.
Luego el Rey dél hubo cartas,
Respuesta no quiso dar.
Cuando el Conde aquesto vido
En Paris se fué á entrar;
Fuérase para el palacio
Donde el Rey solia estar;
Saludó á todos los grandes,
La mano al Rey fué á besar
El Rey de muy enojado
Nunca se la quiso dar,
Antes mas le amenazaba
Por su muy sobrado osar,
Que habiendo hecho tal traicion
En Paris osase entrar;
Jurando que por su vida
Se debía maravillar
Cómo, visto lo presente,
No lo hacia degollar;
Y si no hubiera mirado
Su hija no deshonrar,
Que ántes que el dia pasara
Lo hiciera justiciar:
Mas por dar á él castigo,
Y á otros escarmentar
Le mandó salir del reino
Y que en él no pueda estar.
Plazo le dan de tres dias
Para del reino vaciar

Y el destierro es de esta suerte:
 Que gente no ha de llevar,
 Caballeros, ni criados
 No le hayan de acompañar,
 Ni lleve caballo ó mula
 En que pueda cabalgar:
 Moneda de plata y oro
 Deje, y aun la de metal.
 Cuando el Conde esto oyera
 ¡Ved cuál podía estar!
 Con voz alta y rigurosa,
 Cercado de gran pesar,
 Como hombre desesperado
 Tal respuesta le fué á dar:
 —Por desterrarme tu Alteza
 Consiento en mi desterrar;
 Mas quien de mí tal ha dicho,
 Miente y no dice verdad,
 Que nunca hice traición,
 Ni pensé en maldad usar;
 Mas si Dios me da la vida
 Yo haré ver la verdad.—
 Ya se sale de Palacio
 Con doloroso pesar:
 Fuese á casa de Oliveros,
 Y allí halló á Don Roldán.
 Contábales las palabras
 Que con el Rey fué á pasar;
 Despidiéndose está d'ellos,
 Pues les dijo la verdad,
 Jurando que nunca en Francia
 Lo verían asomar,
 Si no fuese castigado
 Quien tal cosa fué á ordenar.
 Ya se despedía d'ellos;
 Por París comienza á andar
 Despidiéndose de todos
 Con quién solía conversar.
 Despidióse de Valdovinos
 Y del romano Fincan,
 Y del gastón Angeleros,
 Y del viejó Don Beltran,
 Y del duque Don Estolfo,
 De Malgesí otro que tal;
 Y de aquel solo invencible
 Reinaldos de Montalvan.
 Ya se despide de todos
 Para su viaje tomar.
 La Condesa fué avisada,
 No tardó en París entrar:
 Derecha fué para el Rey,
 Sin con el Conde hablar,
 Diciendo que de su Alteza
 Se quería maravillar,
 Cómo al buen conde Grimaltos
 Lo quisiese así tratar:
 Que sus obras nunca han sido
 De tan mal galardónar,
 Y que suplica á su Alteza
 Que en ello mande mirar,
 Y si el Conde no es culpado
 Que al traidor haga pagar
 Lo que el Conde merecía
 Si aquello fuese verdad,
 Y así será castigado
 Quien lo tal fué á ordenar.
 Cuando el Rey aquesto oyera
 Luego la mandó callar.
 Diciendo que si mas habla
 Como á él la ha de tratar,
 Y que le es muy excusado
 Por el Conde le rogar,
 Pues quien por traidores ruega
 Traidor se pueda llamar.
 La Condesa qu'esto oyera,
 Llorando con gran pesar,
 Descendióse del palacio
 Para el Conde ir á buscar.
 Viéndose ya con el Conde

Se llegó á lo abrazar;
 Lo que el uno y otro dicen
 Lástima era de escuchar:
 —¿Este es el descanso, Conde,
 Que me habiades de dar?
 ¡No pensé que mis placeres
 Tan poco habían de durar!
 Mas en ver que sin razón,
 Por placer nos dan pesar,
 Quiero que cuando vais, Conde
 Cuenta d'ello sepais dar.
 Yo os demando una merced,
 No me la queráis negar,
 Porque cuando nos casamos
 Hartas me habiades de dar.
 Yo nunca las he habido,
 Aun las tengo de cobrar,
 Ahora es tiempo, buen Conde,
 De haberlas de demandar.
 —Excusado es, la Condesa,
 Eso ahora demandar,
 Porque jamás tuve cosa
 Fuera de vuestro mandar,
 Que cuanto vos demandeis
 Por mí fe de lo otorgar.
 —Es, señor, que donde fuéredes
 Con vos me hayais de llevar.
 —Por la fe que yo os he dado
 No se os puede negar;
 Mas de las penas que siento
 Esta es la mas principal,
 Porque perderme yo solo
 Este perder es ganar,
 Y en perderos vos, señora,
 Es perder sin mas cobrar;
 Mas pues así lo queréis,
 No queramos dilatar.
 ¡Mucho me pesa, Condesa,
 Porque no podais andar,
 Que siendo niña y preñada
 Podriades peligrar!
 Mas pues fortuna lo quiere
 Recibido sin pesar,
 Que los corazones fuertes
 Se muestran en tal lugar.—
 Tómanse mano por mano,
 Sálese de la ciudad;
 Con ellos sale Oliveros,
 Y ese paladín Roldán,
 También el Dardín Dardaña,
 Y ese romano Fincan,
 Y ese gastón Angeleros,
 Y el fuerte Meridan:
 Con ellos va Don Reinaldos,
 Y Valdovinos el galán,
 Y ese duque Don Estolfo,
 Y Malgesí otro que tal;
 Las dueñas y las doncellas
 También con ellos se van:
 Cinco millas de París
 Los hubieron de dejar.
 El Conde y Condesa solos
 Tristes se habían de quedar:
 Cuando partirse tenían
 No se podían hablar.
 Lloró el Conde y la Condesa,
 Sin nadie les consolar,
 Porque no hay grande ni chico
 Que estuviese sin llorar.
 ¡Pues las damas y doncellas,
 Que allí hubieron de llegar,
 Hacen llantos tan extraños,
 Que no los oso contar,
 Porque mientras pienso en ellos
 Nunca me puedo alegrar!
 Mas el Conde y la Condesa
 Vanse sin nada hablar:
 Los otros caen en tierra
 Con la sobra del pesar:

Otros crecen mas sus lloros
Viendo cuán tristes se van.
Dejo de los caballeros
Que á Paris quieren tornar;
Vuelvo al Conde y la Condesa,
Que van con gran soledad
Por los yermos y asperezas
Do gente no suele andar.
Llegado el tercero dia,
En un áspero bosque
La Condesa de cansada
Triste no podia andar.
Rasgáronse sus servillas,
No tiene ya que calzar;
De la aspereza del monte
Los piés no podia alzar;
Do quiera que el pié ponía
Bien quedaba la señal.¹
Cuando el Conde a questo vido,
Queriéndola consolar,
Con gesto muy amoroso
La comenzó de hablar:
—No desmayedes, Condesa,
Mi bien, queráis esforzar,
Que aquí está una fresca fuente
Do el agua muy fria está:
Reposarémos, Condesa,
Y podrémos refrescar.—
La Condesa que esto oyera
Algo el paso fué á alargar,
Y en llegando á la fuente
Las rodillas fué á hincar.
Dió gracias á Dios del cielo,
Que la trujo en tal lugar,
Diciendo:—¡Buen agua es esta
Para quien tuviese pan!
Estando en estas razones
El parto le fué á tomar,
Y allí pariera un hijo,
Que es lástima de mirar
La pobreza en que se hallan
S' n poderse remediar.
El Conde cuando vió el hijo
Comenzóse de esforzar;
Con el sayo que traía
Al niño fué á cobijar;
Tambien se quitó la capa
Por á la madre abrigar;
La Condesa tomó el niño
Para darle de mamar.
El Conde estaba pensando
Qué remedio le buscar,
Que pan ni vino no tienen,
Ni cosa con que pasar.
La Condesa con el parto
No se puede levantar;
Tomóla el Conde en los brazos
Sin ella el niño dejar,
Súbelos á una alta sierra
Para mas léjos mirar.
En unas breñas muy hondas
Grande humo vió estar,
Tomó su mujer y hijo,
Para allá les fué á llevar.
Entrando en la espesura
Luego al encuentro le sale
Un virtuoso ermitaño
De reverencia muy grande:
El ermitaño que los vido
Comenzóse de hablar:
—¡Oh válgame Dios del cielo!
¿Quién aquí os fué á aportar?
Porque en tierra tan extraña
Gente no suele habitar,
Sino yo que por penitencia
Hago vida en este valle.—
El Conde le respondió
Con angustia y con pesar:
—Por Dios te ruego, ermitaño,

Que uses de caridad,
Que despues habrémos tiempo
De cómo vengo, á contar;
Mas para esta triste dueña
Dame que la pueda dar,
Que tres dias con sus noches
Ha que no ha comido pan,
Que allá en esa fuente fria
El parto le fué á tomar.—
El ermitaño que esto oyera,
Movido de gran piedad
Llévoles para la ermita
Do él solia habitar.
Dióles del pau que tenia,
Y agua, que vino no hay:
Recobró algo la Condesa
De su flaqueza muy grande.
Allí le rogó el Conde
Quiera el niño bautizar.
—Pláceme, dijo, de grado;
¿Mas cómo le llamarán?
—Como quisieredes, Padre,
El nombre le podréis dar.
—Pues nació en ásperos montes
Montesinos le dirán.—
Pasando y viniendo dias,
Todos vida santa hacen;
Bien pasaran quince años,
Que el Conde de allí no parte.
Mucho trabajó el buen Conde
En haberle de enseñar
A su hijo Montesinos
Todo el arte militar,
La vida de caballero
Cómo la habia de usar,
Cómo ha de jugar las armas,
Y qué honra ha de ganar,
Cómo vengará el enojo
Que al padre fueron á dar.
Muéstrale en leer y escribir
Lo que le puede enseñar,
Muéstrale jugar á tablas,
Y cebar un gaviilan.
A veinte y cuatro de junio,
Dia era de San Juan,
Padre y hijo paseando
De la ermita se van;
Encima de una alta sierra
Se suben á razonar.
Cuando el Conde alto se vido
Vido á Paris la ciudad.
Tomó al hijo por la mano,
Comezóle de hablar,
Con lágrimas y sollozos
No deja de suspirar.

(Silva de varios Romances.— It. Floresta de
varios Romances.)

¹ Las circunstancias y sucesos del nacimiento de Montesinos, son casi idénticos á los del de Roldán.—En este romance empiezan las aventuras de Montesinos, de Durandarte y de Belerma.—El romance parece ser viejo y de aquellos que proceden de tradicion oral, cantada por los juglares al vulgo que los oia.

² Don Tomillas hace en este romance el papel que en otros Calalon.

³ Por tenerlos heridos y ensangrentados.

385.

MONTESINOS SE VENGA DE TOMILLAS. —II.

(Anónimo ¹.)

Cata Francia, Montesinos,
Cata Paris la ciudad,
Cata las aguas de Duero,
Do van á dar en la mar;
Cata palacios del Rey,
Cata los de Don Beltran,

Y aquella que ves mas alta
 Y que está en mejor lugar
 Es la casa de Tomillas,
 Mi enemigo mortal.
 Por su lengua difamada
 Me mandó el Rey desterrar,
 Y he pasado á causa d'esto
 Mucha sed, calor y hambre,
 Trayendo los piés descalzos,
 Las uñas corriendo sangre.
 A la triste madre tuya
 Por testigo puedo dar,
 Que te parjó en una fuente
 Sin tener en qué te echar.
 Yo triste quité mi sayo
 Para haber de cobijarte;
 Ella me dijo llorando
 Por te ver tan mal pasar:
 —Tomes este niño, Conde,
 Y lléveslo á cristianar;
 Llamédesle Montesinos,
 Montesinos le llamad.—
 Montesinos que lo oyera
 Los ojos volvió á su padre;
 Las rodillas por el suelo
 Empezóle de rogar
 Le quisiese dar licencia,
 Que en Paris quiere pasar,
 Y tomar sueldo del Rey.
 Si se lo quisiere dar,
 Por vengarse de Tomillas,
 Su enemigo mortal;
 Que si sueldo del Rey toma
 Todo se puede vengar.
 Ya que despedirse quieren
 A su padre fué á rogar
 Que á la triste de su madre
 El la quiera consolar,
 Y de su parte le diga
 Que á Tomillas va buscar.
 —Pláceme, dijera el Conde,
 Hijo, por te contentare.—
 Ya se parte Montesinos
 Para en Paris entrare,
 Y en entrando por las puertas
 Luego quiso preguntar
 Por los palacios del Rey
 Que se los quieran mostrar.
 Los que se lo oían decir
 Dél se empezaban á burlar;
 Viéndolo tan mal vestido
 Piensan que es loco, ó truhan:
 En fin, muéstranle el palacio,
 Entró en la sala real,
 Halló que comía el Rey,
 Don Tomillas á la par.
 Mucha gente está en la sala,
 Por él no quieren mirar.
 Desde que hubieron ya comido
 Al'jédrez van á jugar
 Solos el Rey y Tomillas
 Sin nadie á ellos hablar,
 Si no fuera Montesinos
 Que llegó á los mirar;
 Mas el falso Don Tomillas,
 En quien nunca hubo verdad,
 Jugara una treta falsa,
 Donde no pudo callar
 El noble de Montesinos,
 Y publica su maldad.
 Don Tomillas qu'esto oyera,
 Con muy gran riguridad
 Levantando la su mano
 Un bofetón le fué á dar.
 Montesinos con el brazo
 El golpe le fué á tomar,
 Y echando mano al tablero
 A Don Tomillas fué á dar
 Un tal golpe en la cabeza,

Que le hubo de matar.
 Murió el perverso dañado,
 Sin valerle su maldad.
 Alborótause los grandes
 Cuantos en la sala están:
 Prendieron á Montesinos
 Y queríanlo matar,
 Sino qu'el Rey mandó á todos
 Que no le hiciesen mal,
 Porque él queria saber
 Quién le dió tan grande osar;
 Que no sin algun misterio
 El no osaria tal obrar.
 Cuando el Rey le interrogara
 Él dijera la verdad.
 —Sepa tu real Alteza
 Soy tu nieto natural:
 Hijo soy de vuestra hija,
 La que hicisteis desterrar
 Con el conde Don Grimaltos,
 Vuestro servidor leal,
 Y por falsa acusacion
 Le quisiste maltratar:
 Mas agora vuestra Alteza
 Puédesle d'ello informar;
 Qu'el falso de Don Tomillas
 Sepan si dijo verdad,
 Y si pena yo merezco,
 Buen Rey, mándamela dar,
 Y tambien si no la tengo
 Mandédesme de soltar,
 Y al buen Conde y la Condesa
 Los mandeis ir á buscar,
 Y los torneis á sus tierras
 Como solian estar.—
 Cuando el Rey aquesto oyera
 No quiso mas escuchar.
 Aunque veía ser su nieto
 Quiso saber la verdad,
 Y supo que Don Tomillas
 Ordenó aquella maldad
 Por envidia que les tuvo
 Al ver su prosperidad.
 Cuando el Rey la verdad supo
 Al buen Conde hizo llamar:
 Gente de á pié y de á caballo
 Iban por le acompañar,
 Y damas por la Condesa
 Como solia llevar.
 Llegado junto á Paris
 Dentro no queria entrar,
 Porque cuando dél salieron
 Los dos fuéron á jurar
 Que las puertas de Paris
 Nunca las vieran pasar.
 Cuando el Rey aquello supo
 Luego mandó derribar
 Un pedazo de la cerca
 Por do pudiesen pasar
 Sin quebrar el juramento
 Qu'ellos fuéron á jurar:
 Llévanslos á los palacios
 Con mucha solemnidad,
 Y hácenlos muy ricas fiestas
 Cuantos en la corte están.
 Caballeros, dueñas, damas
 Les vienen á visitar,
 Y el Rey delante de todos
 Por mayor honra les dar,
 Les dijo que habia sabido
 Como era todo maldad,
 Lo que dijo Don Tomillas
 Cuando lo hizo desterrar:
 Y porque sea mas creído
 Allí les tornó á firmar
 Todo lo que ántes tenían,
 Y el gobierno general,
 Y que despues de sus dias
 El reino haya de heredar

El noble de Montesinos,
Y así lo mandó firmar.

(*Cancionero de Romances.*—It. *Silva de varios Romances.*—It. *Floresta de varios Romances.*)

¹ Se ha tomado del *Cancionero de Romances* hasta el verso que dice *Que á Tomillas va á buscar*; y desde aquí, de la *Silva de varios romances*, donde está completo.

² Para el trovador, que sin duda hizo el romance sobre una tradición importada de Francia, el Duero ó el Sena eran lo mismo; pero el pueblo que le oía, entendería mejor el nombre de un río conocido en su país, que la falta geográfica cometida.

384.

MONTESINOS Y ROSAFLORIDA.—III.

(*Anónimo* ¹.)

En Castilla está un castillo,
Que se llama Rocafriada;
Al castillo llaman Roca,
Y á la fuente llaman Frida.
El pié tenía de oro,
Y almenas de plata fina;
Entre almena y almena
Está una piedra zafira;
Tauto relumbra de noche
Como el sol á mediodía.
Dentro estaba una doncella
Que llaman Rosaflorida:
Siete condes la demandan,
Tres duques de Lombardia;
A todos los desdeñaba,
Tanta es su lozania.
Enamoróse de Montesinos
De oídas, que no de vista.
Una noche estando así,
Gritos da Rosaflorida:
Oyérala un camarero,
Que en su camara dormía.
—¿Qué es aquesto, mi señora?
¿Qué es esto, Rosaflorida?
O tenedes mal de amores;
O estáis loca sandia.
—Ni yo tengo mal de amores,
Ni estoy loca sandia,
Mas llevásemme estas cartas
A Francia la bien guarnida;
Diésselas á Montesinos,
La cosa que mas quería;
Dile que me venga á ver
Para la Pascua Florida;
Daréle yo este mi cuerpo,
El mas lindo de Castilla,
Si no es el de mi hermana,
Que de fuego sea ardida;
Y si de mi mas quisiere
Yo mucho mas le daría:
Darle he siete castillos
Los mejores de Castilla.

(*Cancionero de Romances.*)

¹ Fuera del nombre de Montesinos, es puramente española la invención de este romance, cuyo lenguaje y formas pertenecen al segundo tercio del siglo xv.

385.

DURANDARTE OFENDIDO DE SU DAMA.—IV.

(*Anónimo* ¹.)

Durandarte, Durandarte,
Buen caballero probado,
Yo te ruego que hablemos
En aquel tiempo pasado,
Y dime si se te acuerda
Cuando fuiste enamorado,
Cuando en galas é invenciones

Publicabas tu cuidado,
Cuando venciste á los moros
En campo por mi aplazado:
Agora, desconocido,
Dí, ¿por qué me has olvidado?
—Palabras son lisonjeras,
Señora, de vuestro grado,
Que si yo mudanza hice
Vos lo habeis todo causado,
Pues amásteis á Gayferos,
Cuando yo fui desterrado;
Que si amor quereis conmigo
Tenéislo muy mal pensado;
Que por no sufrir ultraje
Moriré desesperado.

(*Cancionero de Romances.*)

¹ Le glosó Soria en las coplas del *Cancionero general*, edición de 1511, que dicen: *Dolor del tiempo perdido.*

ROMANCES DE LA BATALLA DE RONCESVALLES,
CON LA MUERTE DE DURANDARTE, ROLDAN
Y OTROS DE LOS DOCE PARES; HECHOS DE AL-
GUÑOS DE ELLOS, Y SUCESOS POSTERIORES.

386.

MONTESINOS BUSCA Á DURANDARTE EN LA BATALLA.—I.

(*De Lucas Rodriguez.*)

Por la parte donde vió
Mas sangrienta la batalla
Se metía Montesinos
Lleno de angustia y de saña.
Cuantos con la lanza encuentra
A tierra los derribaba;
La yegua tambien ayuda,
Que á muchos atropellaba.
Lugar le hacen como á toro
Por do quiera que pasaba.
Echó el ojo Montesinos;
Por todo el campo miraba,
Y vió un moro esforzado
Que mucho se aventajaba.
Un alfanje trae el moro
Teñido en sangre de Francia.
Este es aquel Albzenayde
Que entre todos tiene fama,
Caballero en una yegua
Hermosa, rucia y manchada.
Como le vió Montesinos,
Encendido en ira y saña
Dió de espuelas á la yegua,
Y en los pechos le encontrara.
Y fué tan recio el encuentro
Que á tierra lo derribaba.
Del golpe que dió en el suelo
Hizo pedazos la lanza;
No le quedó á Montesinos
Sino un pedazo de asta.
Como se vió de tal suerte
Por todo el campo miraba;
Vió la batalla rompida,
Sus gentes desbaratadas,
Y la flor de lis de oro
Que los moros la arrastraban.
No ve golpe de Oliveros,
Ni oye ya al señor de Braña:
Cubierto de sangre y polvo
Se salió de la batalla
En busca de Durandarte
Que de léjos divisaba,
Que con heridas de muerte
Dé la batalla escapaba.

(*RODRIGUEZ, Romancero historiado.*—It. *Floresta de varios Romances.*)

387.

DURANDARTE MORIBUNDO RECOMIENDA Á MONTESINOS QUE
LLEVE SU CORAZON Á BELERMA. — II.

(Anónimo.)

¡Oh Belerma! oh Belerma!
Por mi mal fuiste engendrada,
Que siete años te servi
Sin de tí alcanzar nada;
Agora que me querías
Muero yo en esta batalla.
No me pesa de mi muerte
Aunque temprano me llama;
Mas pésame que de verte
Y de servirte dejaba.
¡Oh mi primo Montesinos!
Lo que agora yo os rogaba,
Que cuando yo fuere muerto
Y mi ánima arrancada,
Vos lleveis mi corazón
Adonde Belerma estaba,
Y servidla de mi parte,
Como de vos yo esperaba,
Y traedle mi memoria
Dos veces cada semana;
Y diréisle que se acuerde
Cuán cara que me costaba;
Y dadle todas mis tierras
Las que yo señoreaba;
Pues que yo á ella pierdo,
Todo el bien con ella vaya.
¡Montesinos, Montesinos!
¡Mal me aqueja esta lauzada!
El brazo traigo cansado,
Y la mano del espada:
Traigo grandes las heridas,
Mucha sangre derramada,
Los extremos tengo frios,
Y el corazón me desmaya;
Que ojos que nos vieron ir
Nunca nos verán en Francia.
Abracéisme, Montesinos,
Que ya se me sale el alma.
De mis ojos ya no veo,
La lengua tengo turbada;
A vos doy todos mis cargos,
En vos yo los traspasaba.
—El Señor en quien creéis
El oiga vuestra palabra. —
Muerto yace Durandarte
Al pié de una alta montaña:
Lloraba Montesinos,
Que á su muerte se hallara:
Quitándole está el almete,
Desciéndole el espada;
Hácele la sepultura
Con una pequeña daga;
Sacábale el corazón,
Como él se lo jurara,
Para llevarlo á Belerma,
Como allí se lo mandara.
Las palabras que le dice
De allá le salen del alma:
—¡Oh mi primo Durandarte!
¡Primo mío de mi alma!
¡Espada nunca vencida!
¡Esfuerzo do esfuerzo estaba!
¡Quien á vos mató, mi primo,
No sé por qué me dejara!

(Cancionero de Romances.)

388.

AL ASUNTO DEL ANTERIOR. — III.

(De Lucas Rodríguez.)

Por el rastro de la sangre
Que Durandarte dejaba

Caminaba Montesinos
Por una áspera montaña,
A la hora que camina,
Aun no era bien de mañana,
Las campanas de París
Tocan la señal del alba.
Como viene de la guerra
Trae las armas destrozadas,
Solo en la mano derecha
Trae un pedazo de lanza
De hacia la parte del cuento,
Que el hierro allá lo dejaba
En el cuerpo de Albenzaide,
Un moro de muy gran fama.
Trae aquella el frances!
Para hacer andar la yegua,
Que la llevaba cansada:
Mirando iba la yerba
Cómo estaba ensangrentada;
Saltos le da el corazón,
Y sospechas le da el alma
Pensando si sería alguno
De los amigos de Francia.
Confuso en esta sospecha
Hacia un haya caminaba:
Vió un caballero tendido
Que parece que le llama;
Dale voces que se llegue
Que el alma se le arrancaba.
No le conoce el frances,
Por mucho que lo miraba,
Porque le turban la vista
Las cintas de la celada.
Apeóse de la yegua,
Y desarmóle la cara:
Conoció al primo que quiso
Con la vida mas que al alma.
Fuéle á hacer compañía
En las últimas palabras.
El herido habla al sano,
Y el sano al herido abraza,
Y por no hablarle llorando
Detiene un poco la habla.
Viéndole junto de sí
D'esta manera le habla:
—¡Oh mi primo Montesinos!
¡Mal nos fué en esta batalla!
Pues murió en ella Roldán
El marido de Doña Alda,
Cautivaron á Guarinos
Capitan de nuestra escuadra:
Heridas tengo de muerte
Que el corazón me traspasan.
Lo que os encomiendo, primo,
Lo postrero que os rogaba,
Que cuando yo sea muerto,
Y mi cuerpo esté sin alma,
Me saqueis el corazón
Con esta pequeña daga,
Y lo lleveis á Belerma,
La mi linda enamorada;
Y le diréis de mi parte
Que muero en esta batalla;
Que quien muerto se le envía,
Vivo no se lo negara.
Daréisle todas mis tierras
Cuantas yo señoreaba;
Que los bienes del cautivo
El señor los heredaba. —
Estas palabras diciendo
El alma se le arrancaba.

(RODRÍGUEZ, Romancero historiado.)

‡ Después de este verso falta sin duda otro en el original.

389.

MONTESINOS, DESPUES DE SACARLE EL CORAZON, SEPULTA
A DURANDARTE. — IV.

(Anónimo 1.)

Muerto yace Durandarte
Debajo una verde haya;
Con él está Montesinos,
Que en la su muerte se halla.
Haciéndole está la fosa
Con una pequeña daga;
Quitándole está el almete,
Desciéndole la espada;
Por el costado siniestro
El corazon le sacara.
Así hablara con él
Como cuando vivo estaba:
— ¡ Corazon del mas valiente
Que en Francia ceñía espada,
Ahora seréis llevado
Adonde Belerma estaba! —
Envolvióle en un cendal,
Y consigo lo llevaba.
Entierra primero al primo;
Con gran llanto lamentaba
La su tan temprana muerte
Y su suerte desdichada.
Torna á subir en la yegua,
Su cara en agua bañada;
Pónese luego el almete
Y muy recio le enlazaba.
No quiere ser conocido
Hasta hacer su embajada,
Y presentarle á Belerma,
Segun que se le encargara,
El sangriento corazon
Que á Durandarte sacara.
Camina triste y penoso,
Ninguna cosa le agrada;
Por do quiere andar la yegua
Por allí deja que vaya:
Hasta que entró por Paris
No sabe en qué parte estaba.
Derecho va á los palacios
Adonde Belerma estaba.

Floresta de varios Romances.

1 Es casi idéntico al que le sigue, y empieza lo mismo.

390.

AL MISMO ASUNTO.—V.

(Anónimo 1.)

Muerto yace Durandarte
Al pié de una verde haya;
Con él está Montesinos,
Que en la su muerte se halla.
Haciéndole está la huesa
Con la punta de su daga,
El arnés le está quitando,
El pecho le desarmaba;
Por el siniestro costado
El corazon le sacaba.
Envolvióle en un cendal,
De mirarlo no cesaba:
Con palabras dolorosas
La vista solemnizaba.
— ¡ Corazon el mas valiente,
Que en la Francia ceñió espada,
Agora seréis llevado
Adonde Belerma estaba!
Use clemencia en la muerte,
Pues en vida la negaba.
¡ Si vuestra muerte le duele,
Dichosa será la paga! —
Llegó en esto Montesinos

Adonde Belerma estaba;
Dijole, con el semblante
Que dolor le convidaba:
— Sepas, señora, que es muerto
El que mas que á si te amaba.
Cata aqui su corazon,
Que ante tí se presentaba. —
Belerma con estas nuevas
Estas palabras hablaba:
— ¡ Mi buen señor Durandarte,
Dios perdone la tu alma!

(TIMONEDA: *Rosa de amores*. — It. WOLF, *Rosa de romances*)

1 Timoneda, teniendo presente el anterior romance, debió reformarle en este, para darle un aire mas moderno.

391.

AL MISMO ASUNTO.—VI.

(De Lucas Rodriguez.)

Echado está Montesinos
Al pié de una verde haya:
Llorando está Durandarte
Su primo que tanto amaba.
No le duelen las heridas,
Que sacó de la batalla,
Ni le duele ver perdida
La honra toda de Francia;
Ni se acuerda del rey Carlos,
Que huye por la montaña,
Ni tampoco se le acuerda
Del fuerte señor de Brava,
De Oliveros ni de Astolfo,
Ni de los que allí quedaban,
Solo llora por la muerte
Del primo, que muerto estaba
Con la gran pena que siente
De sospirar no cesaba:
Las heridas corren sangre,
Los ojos destilan agua.
Metido está Montesinos
Con una congoja extraña:
Sacó fuerzas de flaqueza
Y echó mano de una daga:
Mide una parte de tierra,
Que con la punta señala
A la medida del cuerpo
Del primo que ya espiraba,
Y habiéndola señalado,
A puros golpes la cava.
Los golpes que da en el suelo
Los da primero en su alma;
Como la tierra está dura
Con lágrimas la ablandaba.
Fuése á su querido primo
Y abrióle un poco la llaga;
Saca el corazon sangriento
Mas el suyo le dejaba.
Dióle al cuerpo sepultura
Y al camino se tornaba,
Por llevar el corazon
Adonde Belerma estaba,
Porque él ántes de su muerte
Así se lo encomendaba,
Y d'esto estaba tan triste,
Que de si no se acordaba.
Si daba un paso la yegua
Con sospiros la alcanzaba,
Al tiempo que amanecía
A la ciudad allegaba.

RODRIGUEZ, *Romancero historiado*.

BELERMA RECIBE NUEVAS DE LA MUERTE
DE DURANDARTE. — VII.

(Anónimo.)

En Francia estaba Belerma
Alegre y regocijada,
Hablando con sus doncellas
Como otras veces usaba.
Dice y afirma jurando,
Entre todas levantada,
Que se juzga ciertamente
La mas bienaventurada
De las damas de su tiempo,
Y cualquier edad pasada,
Pues la sirve Durandarte,
Galán muy digno de fama,
Mas gallardo y gentil hombre,
Que cuantos cimen espada.
Mas temiendo no la arguyan
Que habla de apasionada,
Dice con rostro sereno
Y con la voz fatigada:
— Nadie entienda qu'esto digo
Por estar enamorada,
Que cierto, que no le viendo,
En viéndole lo juzgara.
; Nunca aviso y gentileza
Tuvieron una posada
Comb' aqeste que la tiene
En lo mejor de mi alma!—
Y diciendo estas razones
Cayó en tierra desmayada;
Mas volviendo en sí Belerma
D'esta manera hablaba:
— ; Qué es aqesto, amigas mías?
; Algun mal se me acereaba;
Que nunca mi corazon
Aqestas muestras me daba,
Sin que luego ciertamente
Me acuda alguna desgracia!—
Volvió sus ojos Belerma,
Que mil perlas destilaban;
Vió venir á Montesinos
De la infelice batalla.
Con el rostro mustio y triste
La color desemejada,
Trae escrito en su semblante
La nueva que reportaba.
Llegó donde está Belerma;
De rodillas se postraba;
Quiere hablar y no acierta,
Y cuando acierta no osaba;
Mas al fin con poco aliento
Dice con la voz turbada:
— ; Nuevas te traigo, señora,
Que son de grande desgracia!
— Primero que me las digas;
La dama le replicaba,
; Qué es de tu querido primo?
; ¿Dónde está? ; Cómo quedaba?
— Muerto queda, mi señora,
Debajo una verde haya:
Veis aquí su corazon;
Yo mismo se lo sacara,
Porque al punto de la muerte
La palabra me tomara,
Porque vieses tú, señora,
Cuánto dél eras tú amada,
Y porque aves ningunas,
Indignas de tal vianda,
No comiesen corazon
Donde estabas tú fijada,
Al cual podrás hacer honra
Que él en vida deseaba.

(Floresta de varios Romances.)

BELERMA LLORA LA MUERTE DE DURANDARTE. — VIII.

(De Lucas Rodriguez.)

Sobre el corazon difunto
Belerma estaba llorando
Lágrimas de roja sangre,
Que las de agua hicieron cabo.
El cabello de oro fino
De mesarle enerizado,
Las manos hechas un nudo,
El cuerpo todo templado.
Cuando vió aquel corazon,
Estando en él contemplando,
De nuevas gotas de sangre
Estaba todo bañado.
— ; Corazon de mi señor
Durandarte, muy preciado,
En los amores dichoso
Y en batallas desdichado:
Quien 'os trajo ante mis ojos,
Tanta crueldad usando,
No debía de saberlo.
; Corazon que estás clavado
Con aqeste triste mio,
Yo te pagaré llorando!—
Así se quedó Belerma,
Vencida de un gran desmayo.

(Rodriguez, Romancero historiado.—II. Floresta
de varios Romances.)

BATALLA CONTRA MARSIN.

(Anónimo 1.)

Domingo era de Ramos,
La Pasion quieren decir,
Cuando moros y cristianos
Todos entran en la lid.
Ya desmayan los franceses 2,
Ya comienzan de huir,
; Oh cuán bien los esforzaba
Ese Roldan paladin!
— ; Vuelta, vuelta, los franceses,
; Con corazon, á la lid!
; Mas vale morir por buenos,
; Que deshourados vivir!—
Ya volvian los franceses
Con corazon á la lid;
A los encuentros primeros
Mataron sesenta mil.
Por las sierras de Altamira
Huyendo va el Rey Marsin,
Caballero en una cebrá,
No por mengua de rocin.
La sangre que dél corria
Las yerbas hace teñir;
Las voces que iba dando
Al cielo quieren subir.
— ; Renfego de ti, Mahoma 3,
Y de cuanto hice por tí!
Hicete cuerpo de plata,
Piés y manos de un marfil;
Hicete casa de Meca
Donde adorasen entí,
Y por mas te honrar, Mahoma,
Cabeza de oro te fiz.
Sesenta mil caballeros
A tí te los ofrecí;
Mi mujer la reina mora
Te ofreció otros treinta mil.

(Cancionero de Romances.)

1 Puede ser este romance solo un fragmento, ó quizá uno entero de serie mas completa. Las trovas que de él se hicieron prueban su mucha popularidad. Aunque parece que se falsean

un tanto las tradiciones de la batalla de Roncevalles, pues en el romance aparece fugitivo el rey Marsin, y los franceses vencedores, no es así; porque también se cuenta que rehechos estos, por un momento, llevaban derrotados á los moros, aunque despues tornaron á ser vencidos. Las maldiciones que el rey moro produce contra Mahoma, al verse vencido, y la situacion en que aquí se ve, se hallan varias veces en los poemas y crónicas caballerescas de esta seccion de romances, que en ellas tomaron sus asuntos.

² Desde este verso hizo Diego Zamora la trova que dice: *Ya desmayan mis servicios. (Cancionero de Romances, folio 252.)*

³ En el *Cancionero de Romances*, folio 246, hay una trova de amor hecha por Diego de Sant Pedro, que dice: *Reniego de ti, amor; y esta formada desde el indicado verso: Reniego de ti, Mahoma.*

393.

MUERTE DE DON BELTRAN EN RONCESVALLES. — X.

(Anónimo ¹.)

En los campos de Aiventosa
Mataron á Don Beltran,
Nunca lo echaron ménos
Hasta los puertos pasar.
Siete veces echan suertes
Quién lo volverá á buscar;
Todas siete le cupieron
Al buen viejo de su padre;
Las tres fueron por malicia,
Y las cuatro con maldad.
Vuelve riendas al caballo,
Y vuélveselo á buscar
De noche por el camino,
De día por el jaral.
Por la matanza va el viejo,
Por la matanza adelante;
Los brazos lleva cansados
De los muertos rodear:
No hallaba al que buscaba,
Ni menos la su señal,
Vido todos los franceses
Y no vido á Don Beltran.
Maldiciendo iba el vino ²,
Maldiciendo iba el pan,
El que comian los moros,
Que no el de la cristiandad:
Maldiciendo iba el árbol
Que solo en el campo nasce,
Que todas las aves del cielo
Allí se vienen á asentar,
Que de rama ni de hoja
No lo dejaban gozar:
Maldiciendo iba el caballero,
Que cabalgaba sin paje;
Si se le cae la lanza
No tiene quien se la alce,
Y si se le cae la espuela
No tiene quien se la calce:
Maldiciendo iba la mujer
Que tan solo un hijo pare;
Si enemigos se lo matan
No tiene quien lo vengar.
A la entrada de un puerto,
Saliendo de un arenal,
Vido en esto estar un moro
Que velaba en un adarve:
Hablóle en algarabía,
Como aquel que bien la sabe
— Por Dios te ruego, el moro,
Me digas una verdad:
Caballero de armas blancas
Si lo viste acá pasar,
Y si tú lo tienes preso,
A oro lo pesarán,
Y si tú lo tienes muerto,
Désmelo para enterrar,
Pues que el cuerpo sin el alma
Solo un dinero no vale.

— Ese caballero, amigo,
Dime tú qué señas trae.
— Blancas armas son las tuyas,
Y el caballo es alazan,
En el carrillo derecho
El tenía una señal,
Que siendo niño pequeño
Se la hizo un gavilan.
— Este caballero, amigo,
Muerto está en aquel pradal;
Las piernas tiene en el agua,
Y el cuerpo en el arenal:
Siete lanzadas tenía
Desde el hombro al calcañal,
Y otras tantas su caballo
Desde la cincha al pretal.
No le dés culpa al caballo,
Que no se la puedes dar;
Siete veces lo sacó
Sin herida y sin señal,
Y otras tantas lo volvió
Con gana de pelear.

(Cancionero de Romances.)

⁴ Este romance y los siguientes, que tratan de los sucesos de la batalla de Roncevalles, según la crónica de Turpin, se han separado de los de Bernardo del Carpio, que versan sobre lo mismo. Los de este héroe español se colocan entre los históricos de la época de Alfonso II de Leon, el Casto. — El romance pertenece á los de tradicion oral, y acaso al segundo tercio del siglo xv.

² Desde aquí hasta *No tiene quien lo vengar*, es un trozo copiado del que dice: *Asentado está Gayferos.*

396.

AL MISMO ASUNTO. — XI.

(Anónimo ¹.)

Un gallardo paladin,
Aunque invencible, vencido,
De Francia quinto Delfin ⁴,
Cercano al último fin
Dice hallándose rendido:
— Cuando allá en Francia nos vimos
Haciendo del mundo ultraje,
Muchas promesas hicimos,
Y entre otras cuando partimos
Hicimos pleito homenaje
De abatir el estandarte
De Bernardo el castellano,
Y asolar por toda parte
Cuanto alcanzase la mano,
Sin perdonar ni aun á Marte.
Y porque memoria fuese
Para los que dén ultraje,
Hicimos pleito homenaje
Que el que en la guerra muriese
Dentro en Francia se enterrase.
Pero por traicion guiados,
No fuimos apercebidos,
Antes súbito asaltados
Por leones desatados,
Con quien batalla tuvimos.
Fortuna favorecióles
Hasta el fin y postrer trance,
Y en todo victoria dióles;
Mas como los españoles
Prosiguieron el alcance,
No pudimos resistir
Al impetu de Bernardo,
Porque en matar y herir
Y franceses destruir,
No se nos mostraba tardo.
El con faz serena y leda,
Y nos con pena y afane,
Dijo: «España, cierra, cierra,

Y así con la polvareda
Perdimos á Don Beltrane.

(*Romancero general.*)

¹ Aunque la composición corresponde al *Cancionero*, por ser en coplas y no en romances, se coloca entre ellos porque pertenece su asunto á la batalla de Roncesvalles.

² Anacronismo escandaloso.

397.

AL MISMO ASUNTO. — XII.

(*Anónimo.*)

Cuando de Francia partimos
Hicimos pleito homenaje,
Que el que en la guerra muriese
Dentro en Francia se enterrase.
Y como los españoles
Prosiguieron el alcance,
Con la mucha polvareda
Perdimos á Don Beltrane.
Siete veces echan suertes
Sobre quién irá á buscalte;
Todas siete le cupieron
Al buen viejo de su padre.
Las tres le caben por suerte,
Las cuatro por gran maldade;
Mas aunque no le cupieran
El no se podía quedare.
Vuelve riendas al caballo
Sin que nadie le acompañe,
Y con el dolor que lleva
Les dice razones tales:
— Volved á Francia, franceses,
Los que amais la vida infame,
Que yo por solo mi hijo
Fui con vosotros, ¡cobardes!
No me lleva el juramento,
Ni las suertes que falsastes;
Que el amor y la venganza
Bastaban para llevarme;
Y pues él por el honor
No se acordó de su padre,
Yo quiero acordarme dél
Y volver á Roncesvalles;
Y si con vosotros pueden
Juramentos y homenajes,
No penseis que con mi muerte
Del peligro os escapastes:
Echa desde luego suertes
Sobre quién irá á buscarme;
Que yo no voy por el muerto,
Sino á morir, ó vengalle.

(*Romancero general.*)

398.

ROLDAN ESPIRA VIENDO HERIDO Y FUGITIVO EN RONCESVALLES
Á CARLO-MAGNO. — XIII.

(*Anónimo* ¹.)

Por muchas partes herido
Sale el viejo Carlo-Magno ¹,
Huyendo de los de España
Porque le han desbaratado:
Los once deja perdidos,
Solo Roldan ha escapado,
Que nunca ningún guerrero
Llegó á su esfuerzo sobrado,
Y no podía ser herido
Ni su sangre derramado.
Al pié estaba de una cruz
Por el suelo arrodillado:
Los ojos vueltos al cielo,
D'esta maucra ha hablado:
— Animoso corazón,

¿Cómo te has acobardado
En salir de Roncesvalles
Sin ser muerto ó bien vengado?
¡Ay amigos y señores!
¿Cómo os estaréis quejando
Que os acompañe en la vida,
Y en la muerte os he dejado! —
Estando en esta congoja
Vio venir á Carlo-Magno
Triste, solo y sin corona,
Con el rostro ensangrentado.
Desque así lo hubo visto
Cayó muerto el desdichado.

(*Flor de nuevos y varios Romances*, 5.ª parte.)

¹ Según la *Crónica de Turpin*, Carlo-Magno no se halló en esta batalla. Sin embargo el anacronismo del poeta da lugar á una situación grande, interesante y bella. El invulnerable paladin que no puede morir herido en la batalla, perece de dolor y pena al ver á su rey desarmado y vencido, y muertos á todos sus hermanos de brazos. Vale mas esta catástrofe que la inventada por los españoles, donde se supone á Roldan abogado entre los brazos de Bernardo del Carpio, como lo fue Anteo por Hércules.

399.

MUERTE DE ROLDAN. — XIV.

(*De Lucas Rodriguez* ¹.)

Apartado del camino,
Por un vale muy cerrado,
Vi venir un caballero
En un herido caballo.
De la sangre que le corre
Deja un lastimoso rastro;
Una muerte por cimera,
Y un crucifijo en la mano,
A grandes voces diciendo
Al crucifijo mirando:
— ¡ Ahora es tiempo, Señor,
Que por ti sea remediado
El ejército frances,
Si no es del todo acabado!
¡ Mala la hubistes, franceses,
Con el que dicen del Carpio,
Pues que no hubo paladin
Que le resistiese el campo!
¿ Qué es de tus famosos hechos
De que el mundo está poblado?
¿ Qué es de tu fuerza encantada?
¿ Qué es de tu valor, Oriando?
Los filos de Duriudaña
No mellan al castellano,
Ni este fuerte y duro acero
Pudo resistir su brazo. —
Estando en esta congoja
Alzó los ojos Orlando,
Y por una cuesta arriba
Huyendo vió á Carlo-Magno,
Solo, triste y sin corona,
De sangre todo bañado,
Y al dolor de verlo así
Muerto cayó del caballo.

(*RODRIGUEZ, Romancero historiado*)

¹ Participa del mismo interes del que le precede. Uno y otro pueden considerarse como de la penúltima década del siglo xvi.

400.

DOÑA ALDA LLORA LA MUERTE DE ROLDAN. — XV.

(*Anónimo* ¹.)

En Paris está Doña Alda,
La esposa de Don Roldan,
Trescientas damas con ella
Para la acompañar:
Todas visten un vestido,

Todas calzán un calzar,
 Todas comen á una mesa,
 Todas comían de un pan,
 Si no era sola Doña Alda,
 Que era la mayoral.
 Las ciento hilaban oro,
 Las ciento tején cendal,
 Las ciento instrumentos tañén
 Para Doña Alda holgar.
 Al son de los instrumentos
 Doña Alda adormido se ha:
 Ensoñado había un sueño,
 Un sueño de gran pesar.
 Recordó despavorida
 Y con un pavor muy grande,
 Los gritos daba tan grandes,
 Que se oían en la ciudad.
 Allí hablaron sus doncellas,
 Bien oiréis lo que dirán:
 —¿Qué es aquesto, mi señora?
 ¿Quién es el que os hizo mal?
 —Un sueño soñé, doncellas,
 Que me ha dado gran pesar;
 Que me veía en un monte
 En un desierto lugar:
 Bajo los montes muy altos
 Un azor vide volar,
 Tras dél viene una aguillilla
 Que lo afincaba muy mal.
 El azor con grande cuita
 Metióse so mi brial;
 El aguillilla con grande ira
 De allí lo iba á sacar;
 Con las uñas lo despluma
 Con el pico lo deshace.—
 Allí habló su camarera,
 Bien oiréis lo que dirá:
 —Aquese sueño, señora,
 Bien os lo entiendo soltar:
 El azor es vuestro esposo,
 Que viene de allende el mar;
 El águila sedes vos,
 Con la cual ha de casar,
 Y aquel monte es la iglesia
 Onde os han de velar.
 —Si así es, mi camarera,
 Bien te lo entiendo pagar.—
 Otro día de mañana
 Cartas de fuera le traen;
 Tintas venían de dentro,
 De fuera escritas con sangre,
 Que su Roldán era muerto
 En la caza de Roncesvalles.

(Cancionero de Romances.)

¹ Tiene este romance todas las apariencias de antiguo, y está lleno de sencillez y candor.

401.

AL MISMO ASUNTO.—XVI.

(De Lucas Rodriguez.)

Cuando la triste Doña Alda
 Sujó el caso de sustrado
 Y el dolorido suceso
 Que por su esposo ha pasado,
 Rompiendo las vestiduras
 Y sus cabellos mesando,
 Está la triste Condesa
 Bravamente sollozando,
 Lágrimas vivas ardientes
 Por su pecho derramando,
 Torciendo sus manos blancas,
 Su ludo rostro rasgando,
 Diciendo:—Querido mío,
 ¿Dónde estás, mi esposo amado?
 ¿Cómo vivirá sin ti
 Tu Doña Alda con descanso?

¿Dónde está tu valentía
 Y tu esfuerzo tan sobrado?
 De todos los paladines
 Eras defensa y amparo,
 Y entre toda la morisma
 Grande honra habies ganado;
 Que jamas fuiste vencido
 Ni caiste del caballo,
 Y pareceme que agora
 Todo esto te ha faltado,
 Puesto que así has sido muerto
 A manos de tu contrario,
 Y la culpa d'ello ha sido
 Aquel perverso malvado
 Del Emperador tu tío,
 De quien eras tú vasallo.
 ¿Aqueste es el galardón
 Que te tuvo aparejado
 Despues de muchos servicios
 Y trabajos que has pasado,
 Por sustentar su corona,
 Y prosperar mas su Estado!
 ¿Oh falso, maldito viejo!
 Oh emperador Carló-Magno,
 El alto Dios te destruya,
 Pues tanto mal has causado,
 Por tomar aquel consejo
 Que Galatón te habie dado!
 ¿Murió mi esposo querido,
 Juntamente con mi hermano
 El esforzado Oliveros,
 Valiente, mozo y osado,
 Espejo de caballeros
 Y de virtudes dechado!
 ¿Muriéron todos los doce,
 Adonde murió mi Orlando!
 ¿Murieron como valientes
 En el campo peleando
 Perdiendo todos las vidas,
 Eterna fama ganando!—
 Y diciendo estas razones
 Amortecida ha quedado.

(RODRIGUEZ, Romancero historiado.)

402.

EL ALMIRANTE GUARINOS.—XVII.

(Anónimo ¹.)

¡Mala la visteis, franceses ²,
 La caza de Roncesvalles!
 Don Carlos perdió la honra,
 Murieron los doce Pares,
 Cativaron á Guarinos
 Almirante de las mares:
 Los siete reyes de moros
 Fuéron en su cativare.
 Siete veces echau suertes
 Cual d'ellos lo ha de llevar;
 Todas siete le cupieron
 A Marlotes el infante.
 Mas lo preciara Marlotes
 Que Arabia con su ciudad.
 Dícete d'esta manera,
 Y empezóle de hablare:
 —Por Alá te ruego, Guarinos,
 Moro te quieras tornar:
 De los bienes d'este mundo
 Yo te quiero dar asaz.
 De dos hijas que yo tengo
 Yo te las queria dare,
 La una para el vestir,
 Para vestir y calzare
 La otra para tu mujer,
 Tu mujer la naturale.
 Darte he en arras y dote
 Arabia con su ciudad;
 Si mas quisieres, Guarinos,

Mucho mas te quiero dare.—
 Allí hablara Guarinos,
 Bien oiréis lo que dirá :
 —¡ No lo mande Dios del cielo
 Ni Santa Maria su Madre,
 Que deje la fe de Cristo
 Por la de Mahoma tomar,
 Que esposica tengo en Francia,
 Con ella entiendo casar! —
 Marlotes con gran enojo
 En cárceles lo manda echar ³
 Con esposas á las manos
 Porque pierda el pelear;
 El agua hasta la cinta
 Porque pierda el cabalgar;
 Siete quintales de fierro
 Desde el hombro al calcañar.
 En tres fiestas que hay en el año
 Le mandaba justiciar;
 La una Pascua de Mayo,
 La otra por Navidad,
 La otra Pascua de Flores,
 Esta fiesta general.
 Vanse dias, vienen dias,
 Venido era el de Sant Juan,
 Donde cristianos y moros
 Hacen gran solemnidad.
 Los cristianos echan juncia,
 Y los moros arrayan;
 Los judios echan neas
 Por la fiesta mas honrar.
 Marlotes con alegría
 Un tablado mandó armar,
 Ni mas chico ni mas grande,
 Que al cielo quiere llegar.
 Los moros con alegría
 Empiezan de le tirar:
 Tira el uno, tira el otro,
 No llegan á la metad.
 Marlotes con enconia
 Un pregon mandara dar,
 Que los chicos no mamasen,
 Ni los grandes coman pan,
 Hasta que aquel tablado
 En tierra haya de estar.
 Oyó el estruendo Guarinos
 En las cárceles do está:
 —¡ Oh válasme Dios del cielo
 Y Santa Maria su Madre!
 O casan hija del Rey,
 O la quieren desposar,
 O era venido el dia
 Que me quieren justiciar.—
 Óidolo ha el carcelero
 Que cerca se fué á hallar:
 —No casan hija de Rey,
 Ni la quieren desposar,
 Ni es venida la Pascua
 Que te suelen azotar;
 Mas era venido un dia,
 El cual llaman de Sant Juan,
 Cuando los que están contentos
 Con placer comen su pan.
 Marlotes de gran placer
 Un tablado mandó armar;
 El altura que tenia
 Al cielo quiere llegar.
 Hanle tirado los moros,
 No le pueden derribar;
 Marlotes de enojado
 Un pregon mandara dar,
 Que ninguno no comiese
 Hasta habello derribar.—
 Allí respondió Guarinos,
 Bien oiréis qué fué á hablar
 —Si vos me dais mi caballo,
 En que solia cabalgar,
 Y me diésedes mis armas,
 Las que yo solia armar,

Y me diésedes mi lanza,
 La que solia llevar,
 Aquellos tablados altos
 Yo los entiendo derribar,
 Y si no los derribase
 Que me mandasen matar.—
 El carcelero qu'esto oyera
 Comenzóle de hablar:
 —¡ Siete años habia, siete
 Que estás en este lugar,
 Que no siento hombre del mundo
 Que un año pudiese estar,
 Y aun dices que tienes fuerzas
 Para el tablado derribar!
 Mas espera tú, Guarinos,
 Que yo lo iré á contar
 A Marlotes el infante
 Por ver lo que me dirá.—
 Ya se parte el carcelero
 Ya se parte, ya se va;
 Siendo cerca del tablado
 A Marlotes hablado ha:
 —Una nueva vos traia,
 Queráismela escuchar:
 Sabed que aquel prisionero
 Aquesto dicho me ha:
 Que si le diesen su caballo,
 El que solia cabalgar,
 Y le diesen las sus armas,
 Que él se solia armar,
 Que aquestos tablados altos
 Él los entiendo derribar.—
 Marlotes de qu'esto oyera
 De allí lo mandó sacar;
 Por mirar si en caballo
 El podria cabalgar,
 Mandó buscar su caballo,
 Y mandáraselo dar,
 Que siete años son pasados
 Que andaba llevando cal.
 Armáronlo de sus armas,
 Que bien mohosas están.
 Marlotes desque lo vido
 Con reir y con burlar
 Dice que vaya al tablado
 Y lo quiera derribar.
 Guarinos con grande furia
 Un encuentro le fué á dar,
 Que mas de la mitad dél
 En el suelo lo fué á echar.
 Los moros de qu'esto vieron
 Todos le quieren matar;
 Guarinos como esforzado
 Comenzó de pelear
 Con los moros, que eran tantos,
 Que el sol querian quitar.
 Peleara de tal suerte
 Que él se hubo de soltar,
 Y se fuera á la su tierra
 A Francia la natural:
 Grandes honras le hicieron
 Cuando le vieron llegar.

(Cancionero de Romances.—It. Aquí comienza un romance del conde Guarinos. Pliego suelto.)

¹ Los primeros versos de este romance han quedado como proverbiales, y son tan populares, que Depping los supone traducidos en ruso y cantados por los paisanos de Siberia. Por lo demas, toda la composicion tiene el carácter de primitiva, y de ser de aquellas que conservó la tradicion mas ó ménos alteradas.

² Entre los de Bernardo del Carpio, hay tambien algunos que tratan de esta batalla y de la muerte de Roldan con los doce Pares.

Mala la hubistéis, franceses,
 En esa de Roncesvalles.

Así pone estos dos versos Cervántes en la parte 2.^a, cap. ix del *Quijote*. Sin duda se modernizó la leccion del romance antiguo.

³ Desde aquí es imitacion ó modelo del episodio ó situa-

cion de una novela caballerisca del siglo xiv, en la cual Urgel Danes, fundador de la casa de Maguncia, fué preso y maltratado por Carlo-Magno, quien despues de mucho tiempo, necesitando de él, le libró, y venció por su medio á sus enemigos. El noble y valiente caballo del paladin sufrió tambien la desgracia de su dueño; porque entregado á unos monjes, le de-

dieron á sacar escorbros y estiércol, dándole poco de comer. En fin, ya libre Urgel, y no hallando caballo que pudiese sostener sus gigantescos miembros, se acordaron de que existia el suyo, y le sacaron de su purgatorio, tornando con pasmo de todos, á pesar de su flaqueza y laceria, á servir á su amo.

SECCION DE ROMANCES CABALLERESCOS CUYOS ASUNTOS ESTAN TOMADOS DE NOVELAS Ó DE POEMAS ITALIANOS.

403.

CERVINO MORIBUNDO.

(Anónimo¹.)

Muerte, si te das tal priesa
En llevarme á mi Cervino
Por dar á entender al mundo
Tu supremo poderio,
¡No has buscado buen ejemplo,
Pues queda en su fama vivo,
Donde tu fiera guadaña
Probará en vano sus filos!
Y si pretendes mostrar
Que es amor, cual dicen, niño,
Y que el deshacer sus obras
Pende de solo tu arbitrio,
¡Mira que en las almas mora,
Y estas tú no las has visto!
Si piensas que ha de quedar
La que me queda conmigo,
Seguiréle al alto cielo,
Seguiréle al hondo abismo,
Y hará iguales nuestras vidas
Esta mano y un cuchillo;
Que si propuse morir
Por guardar mi cuerpo limpio,
Cuando le quiso violar
El infame vizcaino,
No con ménos voluntad
Que por la mar le he seguido
Le seguiré por las aguas
Del horrible lago Stigio.—
Cervin recogió el aliento
En los labios casi frios,
Y apenas la voz formando
Estas palabras le dijo:
—¡Oh castisima Isabela
En cuya viudez confio
Hacer mayor resistencia,
Que con mi fama al olvido!
Mas precioso es el dolor
Que cabe dentro del juicio,
Que el que sus limites rompe
Y llega á ser desvario.
Vivid, señora, vivid
Lo que Dios fuere servido,
Y no muera yo dos veces,
Si en vos, como decís, vivo.
Reserváos para suplir
Las faltas que yo he tenido,
Y no dejéis á otras manos
Este religioso oficio.
No pido yo sepultura,
Que escurezca las de Egipto
Para mis huesos, que presto
Serán polvos, y no míos;
Un templo para mi nombre
Dentro en vuestro pecho pido,
Y no se diga: *aquí yace*,
Sino: *aquí vive Cervino*.

(Romancero general.)

¹ Asunto tomado de uno de los mas tiernos episodios del *Orlando furioso* de Ariosto.

404.

OLIMPIA Y VIRENO.—I.

(Anónimo¹.)

De su querido Vireno
Ingratamente olvidada
La bella Olimpia se queja
Con mil suspiros del alma:
Y viendo cómo se parte
Rompiendo las raudas aguas,
A vueltas de los suspiros
Le dijo aquestas palabras:
—¡Aguarda, dulce enemigo!
¡No te apures, aguarda!
¡Oye una mujer, siquiera
Por ser mujer, que esto basta!
¿Qué te he hecho que me a borreces?
Si es porque mi pecho te ama,
No tienes razon en eso,
Que amor con amor se paga,
Pero ya que no me quieres,
Escucha mis tristes ansias;
¡Mas, mal escucharme puede
Una piedra dura, helada!
Oye mis quejas, que al cielo
Y aqueste universal mapa
Pongo por fieles testigos
Para defender mi causa;
Mas ya que te muestras sordo,
Ellos oiran mis desgracias,
Si ya no estan conjurados
Contra mí, á quien mas no falta.
Sol, que desde el cuarto mobile
Muestras alegre tu cara
Alumbrando el orbe todo
Y haciendo crecer sus plantas;
Luna, que á la noche oscura
Con tus rayos vuelves clara;
Estrellas, que todo el cielo
Bordais de flores de plata;
Tierra, de los hombres madre,
De las mujeres madrastra,
Que no es mucho pues las crias
Tan tristes y desgraciadas:
Cielos, estrellas, sol, luna,
Elementos, piedras, plantas,
Rios, vientos, prados, flores,
Con las mas cosas criadas,
«Mirad una desdichada
»Que ama aborrecida ¡ay tal desgracia!
»Veréis, si me mirais, en mí un retrato
»De una mujer que adora un hombre ingrato.»
Mujeres, que ya en el mundo
Lograis vuestras esperanzas
Casadas con gusto vuestro,
Y no como yo casadas;
Viudas, que el marido muerto,
Gozais de libertad tanta,
Aguardando ya otras bodas
Por dejar las tocas largas;
Doncellas, que sois servidas
De mil galaes que os aman,
Pasando la juventud

En fiestas y en esperanzas;
Amadas, si hay en el mundo
Algunas que sean amadas,
Que como las aman hombres
No serán sino engañadas;
Aborrecidas, si algunas
Hay, ¡pero bien habrá hartas,
Que es condicion de los hombres
Poner en su amor mudanza!
Ricas, las que de tesoros
Gozais, y con vuestras galas,
Como los prados con flores,
Alegrais la tierra varia;
Hermosas, á quien el cielo
Ha dotado de mil gracias,
Dándoos cristal en los pechos,
Y en las mejillas el nácar;
Feas, que siendo graciosas
Sois libres de las aljabas
Del niño ciego Cupido,
Aunque no tan desdenadas;
Viudas, casadas, doncellas,
Aborrecidas y amadas,
Ricas, pobres, feas, hermosas,
Nobles, humildes y bajas,
«Mirad una desdichada
»Que ama aborrecida ¡ay tal desgracia!
»Veréis, si me mirais, en mí un retrato
»De una mujer que adora un hombre ingrato.»

(Romancero general.)

⁴ El episodio de *Orlando furioso*, en que bajo los nombres de Olimpia y Vireno imitó Ariosto la fábula griega de Ariadna y Teseo, ha servido de asunto á este romance y al que le sigue.

405.

OLIMPIA Y VIRENO.

(Anónimo ¹.)

Subida en un alta roca
Donde bate el mar insano,
Del engañador Vireno,
Olimpia se queja en vano.
¡Traidor, tirano!
Hierre con golpes crueles
Aquel rostro soberano,
Mordiendo sus manos bellas
Cual de rabia herido alano.
¡Traidor, tirano!
Dale mil voces, diciendo:
—Vuelve, no huyas, villano,
De quien por ganarte á tí
Perdió á su madre y hermano.
¡Traidor, tirano!
Hiciste un hecho en amarme
De caballero lozano,
Y agora, en dejarme sola,
Haces hecho de villano.
¡Traidor, tirano!
¿Por qué no te despedias,
Corazon de tigre hircano,
Ya que no por amador,
Siquiera por cortesano?
¡Traidor, tirano!
En dejarme aquí burlada
Vas muy contento y ufano;
Mas acuérdate que puse
Tu vida y honra en mi mano,
¡Traidor, tirano!
En llevarme, ¿qué perdias?
En dejarme, ¿qué has ganado,
Sino que me coma luego
Algun león mas cercano?
¡Traidor, tirano!
Cogiste de mi jardín
La flor, siendo tú hortelano,

¡Mira con cuántos deleites
Gozaste de este verano!
¡Traidor, tirano!
¡Oh mar, que sufres las velas
Del mas ingrato y tirano!
Haz que los contrarios vientos
Vuelvan la nave á este llano.
¡Traidor, tirano!
Vuelve, Vireno, no tengas
Corazon tan inhumano;
Mas el darme aquí la muerte
Será remedio mas sano:
¡Traidor, tirano!

(Romancero general.—It. *Flor de nuevos y varios Romances*, 2.ª parte.)

⁴ Véase la nota del anterior.

406.

ANGÉLICA Y RUGERO.

(Anónimo ¹.)

En una desierta isla,
Tendida en la fria arena,
A un duro tronco amarrada
Está Angélica la bella.
Unos corsarios la tienen
Para manjar de una fiera,
Que habita en el mar furioso,
Y tiene el sustento en tierra,
Y solo de carne humana
Su liero cuerpo sustenta;
Cuando el valiente Rugero
Por aquella parte allega,
El cual como así la vido
No sabe si duerme ó sueña,
Que está átonito de ver
Tan acabada belleza.
Estándola así mirando
Un ruido grande suena,
Y es que la bestia marina
Viene á comer la doncella.
Rugero trae un escudo
Obrado por tal manera,
Que quitándole un cendal
Su gran luz la vista ciega:
Y porque su claridad
A la doncella no empezca,
Sacó un anillo encantado
De extraña virtud y fuerza,
Que ningun encantamiento
No le daña á quien le lleva.
Púsosele así al momento
En la mano blanca y bella,
Y habiéndola desatado
Del tronco donde está puesta,
Se apercibe á la batalla
Con la temerosa fiera.
Angélica reconoce
Que el anillo que la diera
Era suyo, y le fué hurtado
Por un ladron en su tierra;
Y como la que bien sabe
Su extraña virtud y fuerza,
Mudó al momento el anillo
Del dedo á la boca bella,
Y luego desaparece
Como á la boca le llega,
Y así se va por el campo
Sin que Rugero la vea.
El saliendo con victoria
De aquella lid tan sangrienta,
Se vuelve muy descuidado
A buscar la dama bella
Y como reconoció
El engaño en que cayera,
A lamentar de su suerte

Comienza d'esta manera :
—Ingrata dama, de traicion dechado,
Que pagas con engaño manifiesto
El favor que rendido te he prestado,
Robando el rico anillo; lleva el resto,
Lleva el escudo y el caballo alado,
Llévame á mi tambien; pero tras esto
Muestra la hermosa faz que aqui me escondes,
;Ingrata, que oyes dura, y no respondes!

(Romancero general.)

† Igualmente es asunto tomado del *Orlando furioso*.

407.

SACRIPANTE Y ANGÉLICA.

(De *Lúcas Rodríguez* †.)

Por una triste espesura,
En un monte muy subido,
Vi venir un caballero
De polvo y sangre teñido,
Dando muy crueles voces
Y con llanto dolorido.
Con lágrimas riega el suelo
Por lo que le ha sucedido;
Que le quitaron á Angélica
En un campo muy florido
Dos caballeros cristianos,
Que en rastro dél han venido.
Y viéndose ya privado
Del contento que ha tenido,
Sin su Angélica y su bien
Va loco por el camino.
Desmayado marcha el moro
Con diez lanzadas herido,
Pero no se espanta d'eso,
Ni se daba por vencido;
Que en llegando á una verdura
Del caballo ha descendido
Para atarse las heridas,
Que mucha sangre ha perdido,
Y con el dolor que siente
En el suelo se ha tendido,
Y con voces dolorosas,
Triste, ansioso y afligido,
Maldecia su ventura,
Y el día en que habia nacido,
Pues no se podia vengar
D'este mal que le ha venido.
Estando en esta congoja,
El gesto descolorido,
Dando suspiros al aire,
El alma se le ha salido.

(RODRIGUEZ, *Romancero historiado*.)

† La muerte de Sacripante tambien es asunto del *Orlando furioso*.

408.

ANGÉLICA Y MEDORO.—

(*Anónimo* †.)

Envuelto en su roja sangre
Medoro está desmayado;
Que el enemigo furioso
Por muerto le habia dejado,
Y el ser leal á su Rey
Le ha traído á tal estado.
Los ojos vueltos al cielo,
Y el cuerpo todo temblando,
De color pálido el rostro,
Y el corazon traspasado,
Lleno de heridas mortales
Por un lado y otro lado;
Pero al fin con flaco aliento
Y el espíritu cansado,
Dijo:—Rey y señor mio,

Perdona que no te he dado
La sepultura debida
A cuerpo tan esforzado;
Mas yo muero por cumplir
Con lo que estaba obligado.
De mi muerte no me pesa,
Pues lo permitió mi hado:
Pésame de no acabar
Lo que habia comenzado,
Y de ver que no ha podido
Estando tan obligado,
Cumplirse este deseo,
Pues muriera consolado.
De todo perdona, Rey;
Que pues no quiso mi hado
Que estuviera á tus obsequias,
Bien es muera desgraciado.—
Y estando en esta congoja,
Angélica que ha llegado,
Que por caminos y sendas
Huyendo andaba de Orlando,
Reparó viendo á Medoro,
Y el cuello y rostro mirando,
Sintió un no sé qué en el pecho,
Que el corazon le ha robado,
Y así el corazon mas duro
De los que el cielo ha criado
Está rendido y medroso,
Vencido y enamorado,
Y con esta novedad
Se siente todo abrasado.

(*Romancero general*.)

† Del *Orlando furioso*.

409.

ANGÉLICA Y MEDORO.— II.

(De *Lúcas Rodríguez* †.)

Sobre la desierta arena
Medoro triste yacia,
Su cuerpo en sangre bañado
La cara toda teñida,
Con tristes ansias diciendo:
—¡Grande ha sido mi desdicha!
;Por ser leal á mi Rey
Pierdo cuitado la vida!
No me pesa tanto d'esto,
Que muy bien está perdida,
Como de ver que he quedado
Muerto en esta arena fria.
Aunque me coman las fieras
En esta sola campiña,
No habrá quien de mí se duela,
Ni me tenga compañía.
Sintieronme los cristianos,
Y lo pagó el alma mia.
;Oh si quisiese ya Febo
Alumbrarme estas heridas!—
Y hablando tristemente
Con las ansias que sentia,
Vido á Angélica la bella
Que de su amor se rendia;
Y como vió á su Medoro
Tendido en la verde orilla,
Movida de compasion
Para él derecha se iba,
Y del palafren se apea;
D'esta manera decia:
—No temas, buen caballero,
Pues pareces de alta guisa;
Que á los casos de fortuna
El valor los resista.—
Por el campo anda buscando
Si halla alguna medicina:
Las yerbas que son mejores
Entre las piedras molia.
Ya se las pone al Infante

En las mayores heridas ;
Si el moro tiene dolor
Ella no tiene alegría.
Mirando estaba à Medoro,
Que mas que à si lo queria ;
Súbelo en su palafren
Y Angélica à pié camina :
Sin sentir jamas cansancio
Con su Medoro se iba,
Triunfando con gran contento,
De todo el reino de Hungría.

(RODRIGUEZ, *Romancero historiado.*)

¹ Asunto tomado del *Orlando furioso.*

410.

ANGÉLICA Y MEDORO. — III.

(Anónimo.)

Regalando el tierno vello,
De la boca de Medoro,
La bella Angélica estaba
Sentada al tronco de un olmo.
Los bellos ojos le mira
Con los suyos piadosos,
Y con sus hermosos labios
Mide sus labios hermosos.
« ¡ Ay moro venturoso,
» Que à todo el mundo tienes envidioso ! »
Convalesciente del cuerpo
Estaba el dichoso moro,
Y tan enfermo del alma
Que al cielo pide socorro.
Enternecida à las quejas
Angélica de Medoro,
Le cura con propia mano
Y queda sano del todo
« ¡ Ay moro venturoso,
» Que à todo el mundo tienes envidioso ! »
A las quejas y dulzuras
Que los dos se dicen solos,
Descubriéndolos el eco
Orlando llegó furioso ;
Y viendo à su hiedra asida
Del mas despreciado tronco,
Pone mano à Durindana
Lleno de celos y enojo.
« ¡ Ay moro venturoso,
» Que à todo el mundo tienes envidioso ! »

(*Romancero general.*)

411.

ANGÉLICA Y MEDORO. VI.

(De Don Luis de Góngora ¹.)

En un pastoral albergue,
Que la guerra entre unos robles
Lo dejó por escondido,
O lo perdonó por pobre ;
Do la paz viste pellico
Y conduce entre pastores,
Ovejas del monte al llano
Y cabras del llano al monte ;
Mal herido, y bien curado
Se alberga un dichoso jóven,
Que sin clavarle Amor flechas
Le coronó de favores.
Las venas con poca sangre,
Los ojos con mucha noche
Le balló en el campo aquella
Vida y muerte de los hombres.
Del palafren se derriba,
No porque al moro conoce,
Sino por ver que la yerba,
Tanta sangre paga en flores.

Limpiale el rostro, y la mano
Siente al Amor que se esconde
Tras las rosas, que la muerte
Va violando sus colores.
Escondióse tras las rosas,
Porque labren sus arpones
El diamante de Catay
Con aquella sangre noble.
Ya le regala los ojos,
Ya le entra, sin ver por donde,
Una piedad mal nacida
Entre dulces escorpiones.
Ya es herido el pedernal,
Ya despide al primer golpe
Centellas de una piedad
Hija de padres traidores.
Yerba le aplica à las llagas,
Que si no sanan entónces,
En virtud de tales manos
Lisonjean los dolores.
Amor le ofrece su venda,
Mas ella sus velos rompe
Para ligar sus heridas,
; Los rayos del sol perdonen !
Los últimos fúdos daba,
Cuando el cielo la socorre
De un villano, en una yegua
Que iba penetrando el bosque.
Enfrénale de la bella
Las tristes piadosas voces,
Que los firmes troncos mueven
Y las sordas piedras oyen ;
Y la que mejor se halla
En las selvas, que en la corte,
Simple bondad, al pio ruego
Cortesmente corresponde.
Humilde se apea el villano,
Y sobre la yegua pone
Un cuerpo casi sin alma ;
Pero con dos corazones.
A su cabaña los guía,
Que el sol deja el horizonte,
Y el humo de su cabaña
Les va sirviendo de norte.
Llegaron temprano à ella,
Do una labradora acoge
Un mal vivo con dos almas,
Una ciega con dos soles.
Blando heno en vez de pluma
Para lecho les compone,
Que será tálamo luego
Do el garzon sus dichas logre.
Las manos pues cuyos dedos
D'esta vida fuéron dioses
Restituyen à Medoro
Salud nueva, fuerzas dobles,
Y le entregan, cuando ménos,
Su beldad y un reino en dote,
Segunda envidia de Marte,
Primera dicha de Adonis.
Corona un lascivo enjambre
De cupidillos menores
La choza, bien como abejas
Hueco tronco de alcornoque.
; Qué de fúdos le está dando
A un áspid la vida torpe,
Contando de las palomas
Los arrullos gemidores !
; Qué bien la destierra Amor
Haciendo la cuerda azote,
Porque el caso no se infame
Y el lugar no se inficione.
Todo es gala el Africano,
Su vestido espira olores,
El lunado arco suspende,
Y el corvo alfanje depone :
Tórtolas enamoradas
Son sus roncacos atambores,
Y los volantes de Vénus

Sus bien seguidos pendones.
 Desnuda el pecho anda ella,
 Vuela el cabello sin orden,
 Si lo abrocha es con claveles,
 Con jazmines si lo coge.
 El pié calza en lazos de oro
 Porque la nieve se goce,
 Y no se vaya por piés
 La hermosura del orbe.
 Todo sirve á los amantes;
 Plumas les batan veloces
 Airecillos lisonjeros,
 Si no son murmuradores.
 Los campos les dan alfombras,
 Los árboles pabellones,
 La apacible fuente sueño,
 Música los ruiseñores:
 Los troncos les dan cortezas
 En que se guarden sus nombres,
 Mejor que en tablas de mármol,
 O que en láminas de bronce.
 No hay verde fresno sin letra
 Ni blanco chopo sin mote;
 Si un valle Angélica suena,
 Otro Angélica responde.
 Cuevas do el silencio apénas
 Deja que las sombras moren,
 Profanan con sus abrazos
 A pesar de sus horrores.
 ;Choza pues, tálamo y lecho
 Contestes d'estos amores
 El cielo os guarde si puede
 De las locuras del Conde!

(GÓNGORA, *Obras de.*)

* Fuera de algunas imperfecciones propias de la maña de Góngora, es este en mi opinión el mejor romance de la buena época de nuestra poesía.—También el *Orlando furioso* ha dado asunto á esta composición, donde el imitador compete con el original.

412.

ANGÉLICA Y MEDORO.—V.

(Anónimo 1.)

Las heridas que á Medoro
 Dejaron del todo sano
 A pesar de Sacripante
 De Agrican y de Reinaldos,
 Cura Angélica la bella
 Con sus angélicas manos,
 Buenas para matar vidas,
 Y para sanar llagados.
 Mientras cura el mal ajeno
 Va creciendo el propio daño:
 Consuelo busca al herido
 Faltándole á su cuidado,
 Y olvidada de quien era
 Mas que del Conde encantado,
 Dice al nuevo prisionero
 Teniéndole en su regazo:
 —Diferentes llagas son,
 Medoro, las que hay en mí:
 Unas te llagan á tí,
 Y otras á mi corazón.
 Tu daño descubresé,
 Y así puede remediarse,
 Mas al mio no hay curarse,
 Porque duele y no se ve.—
 Vuelve los ojos el moro,
 Ya de ofendido esforzado,
 Para agradecer la cura
 Y sacarla de cuidado;
 Que aunque el médico fué tal,
 Fué la cura, sobresano,
 Pues tan presto descubrió
 Con esta razon su daño.
 —Heridas del cuerpo fueron

Las que, Angélica, curaste,
 Mas apénas las miraste
 Cuando del alma se hicieron.
 ;Mira qué tal he quedado,
 Pues cuando mi mal senti
 Herido vivo me vi,
 Y agora muerto, curado!

(Romancero general.)

* Asunto tomado del *Orlando furioso*.

415.

ANGÉLICA Y MEDORO.—VI.

(Anónimo 1.)

Con aquellas blancas manos
 Que quitaron tantas vidas,
 Curando Angélica estaba
 De Medoro las heridas.
 Deteniéndole está el alma;
 Que hasta la muerte enemiga
 Respeta las blancas manos,
 Y sus milagros admiran.
 El moro la está mirando
 Con su enternecida vista,
 Y regalando la voz
 Así le dice y suspira:
 « ¡Ay, dulce vida mía,
 Deten el alma que á salir porfia!»
 Si escribi tu amado nombre
 En estas cortezas lisas
 D'estos árboles, testigos
 De tus glorias y las mias,
 Agora que está mi sangre
 Sobre mi pecho vertida,
 Imprime como en diamante
 Letras en el alma escritas.
 Mira bien cómo las tratas,
 Que si por Medoro olvidas
 Tantos Rugeros y Orlandos,
 Muerto yo, tú te confirmas:
 « ¡Ay, vida dulce mía,
 » Deten el alma que á salir porfia!»

(Códice del siglo xvi.)

* Asunto tomado del *Orlando furioso*.

414.

LOCURA DE ROLDAN.—I.

(Anónimo 1.)

Entre los dulces testigos
 De la gloria de Medoro,
 Fuentes, árboles, jazmines,
 De las ninfas bello coro
 Donde el moro bienandante
 Gozó del dulce tesoro
 De aquella bella hermosura
 Enlazada en lazos de oro,
 Está el valeroso Orlando
 Vuelto una fuente de lloro,
 Diciendo entre mil suspiros:
 ; Ay felicísimo moro!
 Dícele: — Fiero enemigo,
 ¿ Qué es del sol por quien yo lloro?
 ; Agora gozas la lumbre
 Por quien en tinieblas moro!
 Pues tienes rendida el alma
 De aquella á quien yo adoro,
 Yo te sacaré la tuya,
 Si de este estado mejoro.
 Bien sé que con tal venganza
 El sér de Orlando desdoro;
 Pero el amor me disculpa,
 Que á nadie guarda el decoro. —
 Luego con rabiosa basca

Bramando cual bravo toro
Se embravece contra sí
Aumentando mas su lloro.

(Flor de varios y nuevos Romances, 3.ª parte.)

¹ Tambien está tomado del *Orlando furioso*.

415.

LOCURA DE ROLDAN.—II.

(Anónimo 1.)

«Aquí gozaba Medoro
»De su bella deseada,
»A pesar del Paladino
»Y de los moros de España :
»Aquí sus hermosos brazos,
»Como hiedra que se enlaza,
»Ciñeron su cuello y pecho
»Haciendo un cuerpo dos almas.»
Estas palabras de fuego,
Escritas con una daga
En el mármol de una puerta,
El conde Orlando miraba.
Y apenas leyó el renglon
De las postreras palabras,
Cuando con voces de loco
Echó mano á Durindana,
Y dando sobre las letras
Una y otra cuchillada,
Con el encantado acero
Piedras y centellas saltan;
Que de palabras de amor,
No solamente en las almas,
Que en las piedras entra el fuego
Y d'ellas sale la llama.
La columna deja entera,
Como lo está su esperanza,
Que confiesa ser mas firme
Que no el valor de sus armas.
Entrando la casa adentro
Vió pintada en una cuadro
La amarilla y fiera muerte,
Que á los piés de un niño estaba.
Conoció que era el Amor
En las flechas y el aljaba,
Y unas letras que salian
De las manos de una dama.
Lo que decian repite
Como quien no entiendo nada;
Que en males que vienen ciertos
Es gloria engañar el alma.
Las letras dicen : «Medoro,
»El grande amor de tu esclava
»Ha de vencer á la muerte,
»Que muerto vive quien ama.»
No tiene el Conde paciencia,
Que alborotando la sala
Despedaza cuanto mira :
; De amor injusta venganza !
Lo que dice y lo que siente
Entiéndalo quien bien ama,
Si sabe el mal que son celos,
Que llaman muerte de rabia.

(Romancero general.)

¹ Del *Orlando furioso*.

416.

LOCURA DE ROLDAN.—III.

(De Lucas Rodriguez 1.)

Suspenseo y embravecido,
Con celoso sobresalto,
El fiero conde de Brava,
Tristemente se ha hallado
En un prado y sitio umbroso,

Al grueso tronco de un arbol,
Porque vido en la corteza
Todo su mal estampado,
De cuya triste escultura
Aquesto entendió el cuitado.
«Medoro, el mas venturoso
»Que entre los hombres se ha hallado,
»De Angélica dulce y bella
»Donde el cielo se ha extremado,
»Reina de la hermosura,
»Princesa del gran Catayo,
»Con mil amorosos nudos
»Alegremente enlazados,
»Sin sobresalto y seguro
»A mi placer he gozado.
»Yo solo he cogido el fruto
»Que á tantos les fué negado,
»Y de mísero escudero,
»Me dió el amor tal estado.
»Prados, plantas, yerbas, flores,
»Gozad de mi alegre hado :
»Y tú, que aquesto leyeres,
»Alégrate en mi cuidado;
»Que aquí lo dejo en memoria
»Para todo enamorado.»
De sudor se cubre el Conde,
Los huesos le están temblando;
Dudoso, confuso y triste
Vuelve la rienda al caballo.
— Otra, dice, será aquesta,
Y no la que voy buscando;
Y si es ella, yo soy, cierto,
Su Medoro afortunado;
Que aqueste nombre me ha puesto
Como á dulce enamorado.—
Y así del bosque se aleja,
Y acércase á lo poblado.
En una casa se alberga
De un guardador de ganado;
Sin cenar se acuesta el Conde,
De grave dolor cercado.
Poco reposo ha tenido
Porque el huésped le ha informado,
Que Angélica y su Medoro
En la cama do está echado
Gozaron de sus amores,
Habiéndose allí casado.
Un brazaletes le muestra,
Que por paga le han dejado.
Conoce Orlando las señas,
Y como hombre endemoniado,
Salta huyendo del lecho;
En un momento fué armado.
Maldiciendo sale al huésped,
Y maldiciendo su hado,
A la espesura se torna :
Derecho se viene al árbol,
Y con un ansia rabiosa
A Durindana ha sacado,
Y adonde está la escritura
Encamina el fuerte brazo.
Hiende, corta, raja y parte :
En mil piezas lo ha tornado :
Los ojos pone en el cielo,
Y en Angélica el cuidado.
— ¡Ay ingrata! el Conde dice,
¡Ay amor mal empleado!
¿Estas eran las promesas?
¿Este el amor dulce y blando?
¡Acordáste, cruel,
Cuántas cosas me has mandado,
Y á cuántos graves peligros
Por tí me he determinado!
; Cuántos extraños hechos
Por tí ejecutó mi brazo!
¿Por qué, traidora, has querido
Que muera desesperado?—
Y tan grave dolor siente
En estas cosas pensando,

Que sin sentimiento alguno
Se arroja en el verde prado.
Torna en sí despavorido,
De seso y razon privado:
De su caballo se ajena
¡Ved quién deja tal caballo!
Aquí va dejando el yelmo,
Allí el arnés va dejando,
También deja á Durindana,
La que quiere Mandricardo,
Que la escogiera Cervino
Para que le cueste caro.
No pára el cuitado en esto,
Que al punto se ha despojado
De vestido y de razon,
Que es gran compasion mirallo:
Y tan furioso se muestra,
Que ¡ay de aquel que le ha encontrado!
A cuantos topa da muerte,
Todo lo va destrozando.
Niños, mancebos y viejos,
A nadie no ha perdonado.
No pára en la casa el dueño,
Ni pastor en su ganado:
Si no se topa con gente
Las bestias hace pedazos:
Cuando no pára en la tierra,
Por la mar entra nadando.
Al sol, al aire y al frio
Curtido y disfigurado,
Sin comer, pobre y desnudo,
Anda el triste conde Orlando,
Hasta que su primo Astolfo
El seso le haya tornado.
¡Mirad los hechos de amor!
¡Libreos Dios de tal cuidado!

(RODRIGUEZ, *Romancero historiado*.)

4 Del *Orlando furioso*.

417.

DORALICE ABANDONA Á RODAMONTE CON QUIEN ERA DESPO-
SADA, Y ESCOGE Á MANDRICARDO.

(*Anónimo* 1.)

Con soberbia y gran orgullo,
Que todo el mundo espantaba,
Saliérase Rodamante,
Ese bravo Rey de Zarza:
Rey de Zarza y de Argel era,
Que por tal se intitulaba,
En busca de Mandricardo,
Aquese rey de Tartaria,
Que se lleva á Doralice,
Hija del rey de Granada.
Quitóla á cien caballeros
Que la tenían en guarda.
A pié va, que no a caballo,
Bien armado, y sin espada;
Solo va con un baston
Que de un árbol desgajara.
¡Tan feroz y tan sañudo,
Tan sin tiento caminaba,
Que no hay oso ni leon
Que mirar le ose en la cara!
Por una muy alta sierra
Al bajar de una montaña
Vido estar á Mandricardo
En regazo de su dama,
Que le enjugaba el sudor
Y la cara le limpiaba.
Doralice que le vido,
Allí habló con voz turbada:
— ¡Triste de mí, Mandricardo!
¡Amarga de mí, cuitada!
Veo venir á Rodamonte
A quien yo le di palabra

Para casarme con él,
Y por vos la quebrantara.
Defendedme, mi señor,
Solo que con él no vaya.
— Mandricardo que esto oyera,
El yelmo luego abajara:
Vase para Rodamonte
Que en el campo le aguardaba.
Ya traban los dos guerreros
Entre ellos cruda batalla.
Por allí pasara un moro
Que Ferragut se llamaba.
— ¡Qu'es aquesto, caballeros?
¿Para qué es riña tan brava?—
Respondiera Doralice,
D'esta suerte proposara:
— De aquesta batalla, el moro,
Yo soy la principal causa,
Porque escogi á Mandricardo,
Y á Rodamonte dejara.—
Ferragut aquesto oyendo
Concertarlos procuraba.
Sosegados que los tuvo
D'esta suerte les hablaba.
— Paréceme, caballeros,
Que entendida vuestra saña
No querais con tanto esfuerzo
Morir por cosa tan baja;
Y señale Doralice
De los dos cuál mas amaba.—
Rodamonte y Mandricardo
Se contentan, pues pensaba
Cada cual ser escogido
De la que presente estaba.
Rodamonte en este caso
De la dama confiaba,
Por los pasados servicios
Que por ella hizo en Granada,
Y á mas que de ser su esposa
Le habia dado palabra.
Mandricardo, muy mejor
En ella se aseguraba,
Porque por él era dueña 2,
Y su hermosura gozara.
Doralice sin vergüenza
De esta suerte sentenciara:
— Yo desecho á Rodamonte,
Y á Mandricardo me daba,
Porque obras son amores,
De palabras no curaba.—
En oirlo Rodamonte
De Mahoma blasfemaba,
Porque de cuantas ha amado
A él ninguna le amara,
Y empezó de discantar
Lo que en Doralice hallaba 3.
— ¡Oh ingenio femenino!
¡Fuerza sin fuerza ganada!
¡Sin fe, sin ley, variable,
Mas hueca que no la caña!
¡Importuna, soberbiosa,
Pestilencia no curada,
Desleal, ingrata, cruel,
Falsedad jamas pensada,
Discipula del demonio,
Amicicia solapada,
En fin, maldad de maldades,
Vista y lengua emponzoñada!

(TIMONEDA, *Rosa gentil*. — It. VOLF, *Rosa de Romances*.)

1 El asunto está tomado del canto 27 del *Orlando furioso* de Ariosto. Se omite el romance de Lucas Rodriguez, que empieza: *Con soberbia muy crecida*, inserto en su *Romancero historiado*, porque este aquí puesto es una reproduccion hasta de los mismos versos de aquel; pero está mas largo y extenso.

2 Es decir: porque por él habia dejado de ser doncella.

3 Este lance, acaecido á Rodamonte con Doralice, dió margen á que el Ariosto le hiciese contar el sabroso cuento que despues La-Fontaine, excediendo al original, compuso: donde

Astolfo y su favorito Jocundo experimentan lo poco que hay que fiar de la fidelidad de las mujeres.—Tambien este mismo hecho origina la prueba de la copa encantada con que Rodamonte brindó á Reinaldos, para que se cerciorase de la virtud de su esposa Claricia, á lo cual se negó Reinaldos cueradamente.

418.

RODAMONTE CELOSO Y DESPECHADO.

(De *Lúcas Rodríguez* †.)

De sus dioses blasfemando
El moro Zarza salía
Mal contento y enojado
De aquella sentencia esquivá,
Que Doralice le ha dado
Delante el Rey aquel día.
Va como toro furioso
Cuando la vaca perdía,
Que á todas partes bramando
Lo lleva el mal que sentía.
Por los lugares que pasa
Con suspiros se enciendia;
El aire, la tierra y cielo,
El eco le respondía
Provocando á compasión
De la que el moro traía.
De Doralice se queja
Y estas palabras decía:
— Femenil ingenio flaco,
¿Cómo vuelves cada día
Tu fe; tu palabra y ley
Que de ántes me ofrecías?
La causa de sentenciar
Contra mí, como enemiga,
No fué porque Mandricardo
Entiendas que mas valía,
Sino solo en ser mujer,
Que á mudanza te convidá.
¿Por qué la naturaleza,
Si ella es justa, permitía
Que de ti el hombre naciese
Para ser engrandecida?
No de tenerle por hijo
Recibas tanta alegría,
Pues que la fragante rosa
Suele salir de la espina,
Y entre yerbas no olorosas
Fragante lirio se cria.
Sois importunas, crueles,
Faltas de sabiduría,
Inicuas, falsas, ingratas;
Por quien el bien se desvía:
Sois un género en el mundo
De pestilencia escondida.—
Estas palabras diciendo
El moro sigue su vía,
Y una voz de léjos oye
Que d'este modo decía:
— Rodamante valeroso,
Flor de la caballería,
No digas mal de mujeres,
Pues en ellas no cabía.—
El moro desde esto oyera
Del dicho se arrepentía.

(RODRIGUEZ, *Romancero historiado*.)† Del *Orlando furioso*.

419.

DISCORDIA DEL CAMPO DE AGRAMANTE.

(De *Lúcas Rodríguez* †.)

En el real de Agramante
Que sobre París tenía,
Fuego ardiente de discordia
A mas andar se enciendía,

Y en los mas robustos pechos
Que en toda la tierra había,
Furia y saña están soplando
Con la soberbia á porfía:
El rencor echa la leña,
Y la venganza lo atiza;
Suben tan alto las llamas
Que por los ojos salían;
Reyes y principes moros
Atajarlo no podían,
Porque el fiero Rodamonte
Mortalmente desafia
Al valiente Mandricardo
Sobre la cuestion antigua
De la linda Doralice
Que á los suyos quitó un día;
Y Mandricardo á Rugero
Campal batalla pedía,
Sobre que el Aguila blanca
No ha de traer por divisa;
Y Rugero á Rodamonte
Con grande furor pedía
Que le vuelva su caballo,
Ó que á morir se aperciba.
Tambien demanda batalla
A Mandricardo Marfisa,
Porque se alabó por armas
De ganarla por amiga.
Los unos piden el campo,
Los otros lo concedían;
Sobre quién será el primero
Nueva disputa se cria.
Nadie basta á concertallos;
Mas un medio se escogía:
Que entren todos cuatro en suerte,
A ver quién y quién serían.
Luego los nombres de todos
De dos en dos se escribían,
Y de un cántaro sacados,
Salieron de aquesta guisa:
Mandricardo y Rodamonte
La primer suerte decía;
Mandricardo con Rugero
En la segunda leían;
Rugero con Rodamonte
La tercera prometía,
Y la cuarta y la postrera
Con Mandricardo y Marfisa.
Ya les hacen la estacada,
Y de gente se cubría,
Ferraguto y Sacripante
Con el rey de Argel se iban,
Y Gradaso y Falsiron
Con el rey de Tartaria.
Métenlos en sendas tiendas
Adonde armarse tenían.
Para los reyes y grandes
Un gran cadahalso se hacia,
Y las reinas y las damas
A verlo tambien salían;
Y la linda Doralice,
Por quien esta lid se hacia,
De verde con encarnado
Hermosamente vestía.
Ya que estaban aguardando
Que los guerreros saldrían,
En la tienda del rey tartaro
Se oyera una vocería;
Y es que armándole, Gradaso
La espada le conocía,
Que es la rica Durindana
Que tanto alabar oía,
Y por ganarla á Roldan
En Francia pasado había.
Que se la dé le demanda,
Ó que le deje la vida.
Mandricardo de ira lleno
Le responde que haría
Sobre ello con él batalla

Si Rodamonte quería,
Y si no, dice el soberbio,
A entrambos la manternia.
Rugero, que sabe el caso,
Que no quiere respondia,
Que si nueva lid pretende,
Primero la lid seria.
Gradaso la quiere luego,
Rugero la defendia;
Todos tres andan revueltos,
Crece la saña y la grita.
Llega Agramante á las voces,
Y en concordia los ponía,
Y hasta la lid primera,
Que la espada no se pida.
Ya que aquesto era acabado,
Se oyera gran vocería,
Que Sacripante las armas
A Rodamonte ponía,
Y mirando atentamente,
Su caballo conocía,
Frontino, aquel que Rugero
A Rodamonte pedía,
Y pide que se le vuelva
La batalla fenecida,
Que él se le quiere prestar
Por la amistad que tenían.
Rodamonte oyendo aquesto
Contra el cielo se volvía,
Y á Sacripante á batalla,
Y aun al mundo desafia.
Llega Agramante, y Gradaso,
Mandricardo y Ruger iban,
Y sabido todo el caso
En confusion les ponía.
Mas pretendiendo Agramante
Componer estas porfias,
Por la linda Doralice
Delante todos envía,
Y que á quien ella escogiere
De los dos que la querían,
Ese se quede con ella,
Y que el otro mas no pida.
El de Argel y el de Tartaria
Dicen que así lo querían,
Que el uno está confiado
Y el otro tambien confia.
Escogiera á Mandricardo,
Y Rodamonte se iba
Con la furia que va el toro
Que ha perdido la novilla.
Sacripante tras él parte,
Que su caballo quería.
Entre Rugero y Gradaso,
Echan suertes, cuál haría
Con Mandricardo batalla,
Y á Rugero le caía,
Con que la haga Rugero
Por lo que á los dos cumplía,
Y fué la mas brava y fuerte
Que visto jamas se habia;
Donde mostrando Rugero
El gran valor que tenia,
Gradaso ganó la espada,
Perdió el tártaro la vida.

(RODRIGUEZ, *Romancero historiado*.)

⁴ Esta discordia del campo de Agramante, que la puso Ariosto en el *Orlando furioso*, la remedó y parodió Cervantes en el *Quijote*, cuando en la venta se disputaba sobre si la albarda de un asno era ó no rico jaez de caballo.

420.

DORALICE LLORA LA MUERTE DE MANDRICARDO.

(De Lucas Roríguez ⁴.)

Llanto hacia Doralice
Sobre el cuerpo desangrado

De su muy querido esposo
Que estaba desligurado.
Mira sus lumbrés quebradas,
Su lindo color mudado:
Limpiándole está la sangre
Con un cendal delicado,
Y con ardientes sospiros
D'esta manera ha hablado:
—; Mandricardo, amigo mio!
¿ Como mueres mal logrado?
¿ Que te valieron las armas
Que eran de Héctor el troyano?
Qué te valió el rico escudo
Que estaba tan encantado
Qué te valió mi favor,
Ni el granadino caballo,
Que bastante decias que era
Para romper todo un bando?
¿ Qué es de aquel brazo feroz,
Que con la rama de un árbol,
Fué tal, que sacarme pudo
De entre cien hombres en salvo?
Quitásteme á Rodamonte,
Y con él hiciste campo;
Mataste al fuerte Cervino,
Ganaste la espada á Orlando.
¿ Qué es de aquel juramento,
En que me habías jurado,
Que habia yo de ser reina
De Tartaria, tu reinado?—
Así hablaba con él
Como si estuviera sano;
Mas es dar voces al aire,
Porque el moro desdichado
El alma habie despedido
Dejando el cuerpo finado:

(RODRIGUEZ, *Romancero historiado*.)

⁴ Del *Orlando furioso*.

421.

MUERTE DE AGRICAN.

(Anónimo ⁴.)

Roja de sangre la espuela
De la ijada del caballo;
Rojo el petral y la cincha,
Y el freno hecho pedazos;
Despedazado el escudo,
Y el fuerte peto acerado,
Y hecha sierra la espada,
Sin vigor ni fuerza el brazo;
Abierta media cabeza
De un golpe de espada bravo,
Que no pudo resistillo
El fuerte yelmo encantado,
Junto á una pequeña fuente
Recostado en un peñasco
Estaba el fuerte Agrican
Para volverse cristiano.
Compañía tiene á solas,
Quien le acompañó en el campo,
Cuando con armas iguales
De las suyas hizo estrago.
Allí le dió agua de fe
A aquella invencible mano,
Que nunca se vió vencida
Jamás de ningun contrario.
Venía la noche oscura,
Y el claro sol eclipsado,
Con agua y espesas nubes
Turbando los aires claros,
Y con temerosos truenos
En los valles resonando.
Cabrian la negra tierra
Relámpagos, piedra y rayos,
Cuando el ya cristiano Rey
El espíritu ha dejado,



Dejándole el cuerpo frío
Al paladin en los brazos.

(Romancero general.)

4 Del Orlando furioso.

422

BRADAMANTE MATA AL MORO URGEL.

(De Lucas Rodriguez.)

Ya se parte el moro Urgel
De la ciudad de Granada
En busca de Bradamante,
Aquella dama preciada.
Dice que quiere probar
Con ella su espada y lanza,
Y que si acaso la vence
Por su grande esfuerzo y maña,
Que la ha de llevar consigo
A su muy querida patria,
Para casarse con ella
Aunque es de nacion cristiana.
Iba tan gallardo el moro,
Que bien claro demostraba
Ir por el amor guiado,
Y ser cual es su demanda.
Y andando por su camino
Junto á Montalvan llegaba,
Aquel castillo tan fuerte
Donde Bradamante estaba.
Y cuando cerca se vido
Gran gozo y placer tomaba;
Y por ver que era ya tarde
Hacia un lugar caminaba
Que dista muy poco trecho
De donde habita su amada.
Alli reposó la noche;
Mas no era bien de mañana
Cuando el fuerte Urgel se sale
En una yegua alazana.
De todas armas armado
Con su rico escudo y lanza,
Y en medio el escudo lleva
Una dama figurada,
Con una letra que dice:
« ¡Fortuna, no seas contraria! »
Y asi llegado al castillo,
Muy recio á la puerta llama;
Pero alzando la cabeza
Vió que entre una almena estaba
Un dispuesto caballero
Gallardo y de buena gracia.
Aqueste era Ricardeto,
A quien Reinaldos dejaba
Por guarda d'este castillo
Con sus hermanos y hermana.
Ricardeto que vió al moro
Dice: — ¿Qué es lo que demandas?—
Y con alta voz el moro
D'esta manera le habla:
— Señor, soy un caballero
De tierra y nacion cristiana,
Y por solo ganar honra
Vengo á pedirte batalla,
Por ser tan grande tu esfuerzo
Y estimado en toda España.—
Ricardeto que lo oyó,
Sin respondelle palabra,
Manda ensillar su caballo.
Y que le traigan sus armas,
Y vase derecho al moro
Que en el campo lo esperaba.
El moro cuando lo vido,
Para él euristró su lanza;
Lo mismo hizo Ricardeto,
Y ambos á dos se encontraban.
En el escudo del moro
Quebró el cristiano su lanza;

Mas el moro le encontró
En medio de la celada,
De suerte que Ricardeto
Desatinado quedaba,
Y así se quedó en el suelo
Sin poder hablar palabra.
Con grande presteza el moro
Del caballo se arrojaba;
Quitado le habia el yelmo
Pensando que era su amada,
Y visto que era mancebo
De los piés y manos le ata.
No lo hubo bien atado
Cuando ya en el campo estaba
Alardo, el segundo hermano,
Armado de todas armas,
Y arremetió para el moro,
Y el moro tomó otra lanza;
Que como sagaz y astuto
La tenia aparejada.
Y cabalgando en su yegua
Ambos á dos se encontraban;
Pero Alardo vino al suelo,
Y el moro presto le ata.
Lo mismo hizo con Ricardo,
Que era el menor que quedaba
Bradamante, que esto vido,
Ciega de cólera y saña,
Viendo presos sus hermanos
En un momento se armaba,
Por no estar allí Reinaldos
Que entre la morisma andaba
Asi la fuerte doncella
Donde está el moro guiaba,
Y llegada junto á él
D'esta manera le hablaba:
— Suelta, moro, á mis hermanos,
O aperebete á batalla.—
El moro luego responde.
— Déjate d'esas palabras.—
Revolviendo sus caballos,
Y blandiendo sus lanzas,
Se dan tan bravos encuentros,
Que ambas las hicieron rajás.
Bradamante volvió presto,
Poniendo mano á su espada;
El moro, muy orgulloso,
Su fuerte alfanje sacaba:
Danse tan bravos los golpes
Que los yelmos se abollaban.
El moro con gran furor
Un fuerte reves tiraba
A la hermosa Bradamante,
Que escudo y armas le pasa;
Mas descuidándose un poco,
Bradamante le acertaba
Un tal golpe en la cabeza,
Que la media le cortaba:
Asi cayó el moro muerto
Por precio de su demanda,
Y la linda Bradamante
A sus hermanos desata:
Con ellos se va al castillo
Dándole á Dios muchas gracias.
; Mirad cómo trata amor
A los que mejor le tratan!

(RODRIGUEZ, Romancero historiado.)

423.

BRADAMANTE CELOSA.

(Anónimo 1.)

Suelta las riendas al llanto,
Celoso el pecho y airado,
La hermosa Bradamante,
Llena de angustia y cuidado,
Llora de Ruger la ausencia
Pensando haberla olvidado;

Arranca un suspiro y otro,
Que encendiera mi pecho helado.
Mesa sus rubios cabellos
En que al amor ha enlazado,
Ganándole por despojos
Aljaba, flechas y arco.
Revuelve en el pensamiento
De vestir arnes tranzado,
Para buscar su Rugero,
A quien ya la palma ha dado.
— ¿Qué es de ti? ¿Dónde estás, Rugero?
¡Mi bien! Mi dulce cuidado!—
Marrano llámale, en fe
De razon y amores falto:
No puede acabar consigo
Que un amor tan arraigado
Se le volviese al revés
De lo que siempre ha mostrado.
— ¡Ay bellos ojos, luceros
Que atumbraban mi cuidado!
¿Quién pudo tanto con vos
Que á Bradamante heis dejado?
Vuelve, vuelve, dulce prenda,
Cumple el término aplazado
Antes que la muerte horrenda
Me prive de ejecutallo.
¡Pueda amor de tanto tiempo
Mas que un hora de regalo!
¡No dejes, Ruger, morir
A quien el pecho has robado!
¡Mueva tu amor á piedad
Este rostro delicado,
Que en lágrimas de sus ojos
Le verás estar bañado!
Quien hizo naturaleza
En todo tan extremado,
No es bien que se diga del
Que la palabra ha falsado. —
Llora, solloza y suspira,
Llama siniestro á su bado,
Envía al cielo sus quejas,
A la fuente, río y prado:
Vuelve con doblada furia,
Con furor único y raro
Llama su dulce Rugero,
«Ruger, vuelve», y va á abrazallo.
Anda aquí y allí rabiosa,
Mil veces vuelve á llamarlo:
Cuando el eco la responde
Piensa que Ruger la ha hablado.
— No soy Bradamante, dice,
De quien fuiste enamorado:
No te escondas, no soy esta,
Porque en ti me he trasformado.
¿Piensas que caminas solo?
Caminas acompañado
De mi triste corazón,
Que en el tuyo se ha forjado.
¡Vuelve esos ojos tan bellos,
Verás mi pecho abrasado!
¡No tardes, dichoso moro,
Porque el tardarte es pesado!
Aplica á este mal, remedio,
Mira cuán mal me ha tratado:
Solo, Rugero, en ti está,
Que en otro no hay remediallo. —
Entre estas celosas quejas
Vuelve, y dice:— ¡Ah esforzado
Pecho de la sangre ilustre
De Claramonte y Mongrano!
¿Tan presto, di, te olvidaste
De quien eras? ¿de tu estado?
¿Tan presto y tan sin respeto
Desdeñas mi amor preciado?
¡No llores mas, tente, basta,
No allojes la rienda tanto!
Toma tu lanza de oro,
Salta en tu caballo alado. —
Dijo, y con furiosa rabia

En un retréte se ha entrado;
Armase el peto y la cofia,
Espaldar y arnes tranzado.
Y pártese Bradamante
A buscar su enamorado,
Revolviendo todo el mundo
Sin vagar y sin descanso.

(Flor de varios y nuevos Romances, 5.a parte.)

† Tambien á este romance ha dado asunto el *Orlando furioso*.

424

CONVERSION DE RUGERO.

(Anónimo 1.)

En un caballo ruano
De huello y pisar airoso,
Fuerte, vistoso y galano,
Entra en Paris el famoso
Rugero, á hacerse cristiano.
Y como el bravo guerrero
Se hubiese puesto aquel dia
Bizarro en traje extranjero,
Toda la corte decia:
«¡Cuán gallardo entra Rugero!»
Entra el moro acompañado
D'ese que Roldan se llama,
Con otros de grande estado:
Paladines de gran fama
Lleva Rugero á su lado;
Alegres y satisfechos,
Y sus personas honrando,
Van á palacio derechos,
Donde el Rey está aguardando.
Estaba con gran decoro
Don Carlos representando
Su majestad y tesoro,
A cuya persona hablando
De rodillas dijo el moro:
— Buen Carlos, dame la mano,
Que aunque no te lo he servido,
Yo soy Rugero el pagano,
Que á tus cortes he venido
Para volverme cristiano.

(Romancero general.— It. Flor de varios y nuevos Romances, 5.a parte.)

† Esta composicion no es romance, sino quintillas; pero por su asunto se coloca aqui.— Del *Orlando furioso*.

425

RUGERO VENCE Y BAUTIZA Á SACRIPANTE.

(De Lucas Rodriguez 1.)

De los muros de Paris
Se sale el fuerte Rugero
A acabar una batalla
Con un fuerte caballero,
Llamado el rey Sacripante,
Rey pagano, crudo y fiero.
Vanse á las selvas de Ardenia
Los dos famosos guerreros;
Comienzan cruda batalla,
¡Pone grande espanto en vellos!
Al fin, fué vencido el Rey
Por aquel fuerte guerrero,
Y viéndose así vencido
En sus dias los postreros.
Con gran sed pidió el bautismo
Conociendo á Dios eterno.
En una muy clara fuente
Le baptizaba Rugero,
Y llorando amargamente
Muerte de tal compañero,
— No lloreis, dijo el buen Rey,
Que yo, sabed, que mas quiero

La salud d'esta alma mía
Que del corruptible cuerpo.
Mas lo que os pido . señor,
Si lo merecen mis ruegos,
Sepa Angélica mi muerte,
Por quien ando vivo y muerto,
Que la pasé para el alma
Del aposento del cuerpo.

(RODRIGUEZ, *Romancero historiado*.)

⁴ Ya se habrá observado cuán común y frecuente es en esta clase de ficciones caballerescas, que los moros vencidos por los cristianos deseen y consigan el bautismo. De este modo querían los poetas hacer interesantes á los valientes moros, cuyo heroísmo amaban, aunque por dejar bien puesto el pabellón de los cristianos los hiciesen vencidos.

426

RUGERO Y LEON AGUSTO.—I.

(De Pedro de Padilla ¹.)

A Grecia parte Rugero
El gallardo enamorado,
Temerosa el alma y triste,
Aunque tan furioso y bravo,
Que de todo el mundo junto
Hiciera muy poco caso.
Consigo lleva á Frontino,
Su muy lijero caballo;
La divisa y el escudo
Todo lo lleva mudado;
Qu'el águila blanca trueca
En un unicornio blanco,
Para no ser conocido
De los que fuese encontrando.
En busca va de Leon
Resuelto y determinado
De no dejarle con vida
Adonde le haya encontrado:
Y era porque á Bradamante
Pidió para ser casado,
Y aunque ella no le quería,
Y Rugero asegurado
Está que no ha de quebrarle
La palabra que le ha dado,
Con todo, no le consiente
Amor estar sosegado,
Porque quien de veras ama
De no nada, es recatado.
Andando por sus jornadas
Un día llegó á Belgrado,
Y vió el ejército griego
Donde estaba su contrario,
En una batalla esquiva
Con los bulgaros trabado,
En la cual iban los griegos
Ya vencedores del campo.
Mas el valiente guerrero
Por medio d'ellos entrando,
En poco tiempo los hizo
Que perdiesen lo ganado,
Y se retirasen todos
Recibiendo mucho daño.
A Leon busca Rugero;
Pero nunca le ha hallado,
Porque de un pequeño monte
La batalla esta mirando,
Y era tan buen caballero
Que con ver el gran estrago
Que en sus vasallos hacia
El del unicornio blanco,
Viéndole tan valeroso
Le está muy alicionado.
La batalla fenecida,
Y el griego ya retirado,
Los bulgaros á Rugero
Llegan á besar la mano,

Y piden que su rey sea,
Porque el otro habia faltado.
Acepta Rugero el reino;
Pero dice que en su mano
Cetro no verán, primero
Que á Leon no haya quitado
Juntos el reino y la vida,
Porque le tiene agraviado,
Y porque por aquello solo
Mil millas ha caminado.
Y en diciendo estas razones
Dió de espuelas al caballo
Y va tras Leon Augusto,
Que entendió luego alcanzallo.
Pero no le ha sucedido
Lo que lleva imagiando,
Porque el ejército griego
Se habia tanto adelantado,
Que ántes que lo descubriese
La noche se habia cerrado,
Y sin apearse un punto
Toda ella ha caminado.
Y al tiempo que el sol salía
Se vió á una ciudad cercano,
Donde para reposar
En una posada ha entrado;
Mas luego fué conocido
En entrando de un soldado,
Que se halló con los griegos
En el rencuentro pasado,
Y al señor de la ciudad
Se fué muy alborotado,
Y le contó cómo habia
A una posada llegado
Un hombre que habia vencido
Del Emperador el campo,
Y que si allí le prendiese,
Pues estaba descuidado,
Al Emperador haria
Servicio muy señalado.

(PADILLA, *Tesoro de varias poetas*.)

¹ Dos hechos culminantes constituyen la acción complexa del *Orlando furioso* de Ariosto, á saber: el del triunfo de las armas y civilización cristiana contra los agarenos, y el de los orígenes de la casa de Este, comenzados en Rugero y Bradamante. Los romances de esta sección hasta el núm. 426 han tomado sus asuntos del primer hecho, y los que siguen á éste, inclusive hasta el núm. 454, del segundo.

427

RUGERO Y LEON AGUSTO.—II.

(De Pedro de Padilla ¹.)

Cuando con mayor sosiego
Toda la gente dormía,
Y el silencio y la tiniebla
Todo el mundo poseía,
Prenden al fuerte Rugero,
Flor de la caballería,
Que con descuido y cansancio
Y seguridad dormía.
Y cuando salió del mar
Dando Febo luz al día,
Un correo despachaba
El que preso lo tenía,
Diciendo al Emperador
Lo que sucedido habia,
Que hubiera de enloquecer
Con la sobra de alegría.
Leon también se holgaba,
Y era porque pretendia
Hacerle su gran amigo,
Y con él le parecía,
Que á Carlo-Magno y sus doce
No podrá tener envidia.
Pero diferentemente
Trata d'esto una su tía,

Que al Emperador su hermano
De rodillas le pedia
Que á Rugero le entregase
Para quitarle la vida,
Porque la quitó á su hijo,
Rugero el pasado día.
Otorgó el Emperador
Todo cuanto le pedia,
Y cuando llegó Rugero
Se lo entregan, y ella habia
Mandádole aderezar
Aposento para un día,
Porque no pensaba mas
Un hora darle de vida,
En el hondo de una torre
Donde el sol jamas se via.
; Oh si Bradamante, aquello
Supiera que él padescia,
O entendiera esta prision
La valerosa Marfisa,
Cómo arriscaran las dos,
Por libertalle, la vida!
Eutrambas están con pena;
Mas Bradamante moria,
Y en el alma, temerosa
Cien mil cosas revolvía,
Y de celos y sospechas
Viéndose tan combatida,
Del amor y de Rugero
Quejándose se dolía.

(PADILLA, *Tesoro de varias poesias.*)

¹ Del *Orlando furioso*.

428.

RUGERO Y LEON AUGUSTO.—III.

(De Pedro de Padilla.)

De sospechas ofendida
Se duele d'esta manera
La hermosa Bradamante:
¿Qué hiciera si supiera
Cuán cerca estaba Rugero
A la hora postrimera?
Otro día, de mañana
Está ordenado que muera,
Si la bondad soberana
De Dios, no le socorriera
Con remedio no pensado
Y que nadie lo creyera.
Y fué que Leon Augusto,
Que darle muerte debiera,
Para poder libertalle,
A la media noche espera,
Pidiendo al que le guardaba
Que aquella cárcel abriera,
Porque hablar quiere al preso
En cosas que d'él oyera.
Huelga d'ello el que le guarda,
Y á Leon Augusto espera,
Que con un solo criado
De su aposento saliera,
Y en volviendo el carcelero
El rostro, que no debiera,
Le privaron de la vida
Sin que valerse pudiera,
Y adonde Rugero estaba
Bajan, que tal lugar era,
Que con solo estar en él
En ménos de un mes muriera.
Leon á Rugero abraza
Diciendo d'esta manera:
—Valeroso caballero,
Tu bondad fué la primera
Que pudo darme ocasion
Para que tanto te quiera,
Y que mire mas tu bien
Que el mio mirar pudiera,

Y el amistad de mi padre
Posponga d'esta manera.
Sabe que yo soy Leon,
Y que d'esta cárcel fiero
Quiero agora libertarte,
Porque tal hombre no muera.—
Ofrécesele Rugero
Por suyo mientras viviera,
Y al aposento se vuelven
De Leon, que cerca era,
Adonde estuvo seguro
Hasta tanto que se hubiera
El arnes y su caballo,
Del hombre que le prendiera.
Y otro día de mañana,
Cuando cada cual espera
Ver salir al caballero
Do con la vida no vuelva,
La cárcel abierta hallan,
Y que el preso estaba fuera,
Y que quien á cargo tuvo
De guardalla, muerto era.
Rugero estaba confuso,
Viendo lo que no creyera,
Y el día y la noche toda
Imagina en qué manera
De tan gran obligacion
Como aquella salir pueda.
Ofrecióle la fortuna
Mas ocasion, que quisiera,
Porque en aquel mismo día
Era llegada la nueva
Del bando qu'el rey de Francia
Dió para toda la tierra:
Que á la gentil Bradamante
El que por mujer la quiera,
De la lanza y de la espada
Ha de probarse con ella;
Y que si fuere vencido,
O en el campo no entretenga
De sol á sol la batalla,
Toda la esperanza pierda.
Quedó fuera de sentido
Leon, con aquella nueva,
Y discurriendo entre sí
Vió que ninguno pudiera
Hallar en el mundo todo,
Cuando buscarlo quisiera,
Como él que consigo tiene
Y á quien tanto bien hiciera.
En esto determinado
Le dió del negocio cuenta,
Diciéndole que en sus manos
Pone todo el bien que espera.
; Mirad lo que sentiria
Con demanda como aquella
El que á Bradamante amaba
Mas que á sí mismo pudiera!
Mas tuvo la obligacion
En su pecho tanta fuerza,
Que alegremente responde,
Que Leon busque manera
Como no sea conocido,
Y que vayan norabuena.
Otro día de mañana
Quiso Leon que partieran,
Y andando por sus jornadas
A Paris entrambos llegan.
No quisieron entrar dentro,
Y sus tiendas arman fuera,
Y por un embajador
Leon á Carlo le ruega
Que la gentil Bradamante,
Porque la batalla sea
Entre los dos fenecida,
A combatir se prevenga,
Que otro día en la mañana
Dentro del campo la espera:
El Emperador lo manda,

Y el día siguiente ordena
Que se hiciese la batalla
Luego cuando amaneciera.

(PADILLA, *Tesoro de varias poesías.*)

429.

RUGERO Y LEON AUGUSTO.—IV.

(De *Lúcas Rodríguez.*)

La hermosa Bradamante
Muy descontenta vivía,
Porque sus padres pretenden
Casarla, que no quería,
Con hijo de Emperador
Que en Constantinopla había.
Leon Augusto ha por nombre,
De linaje y gran valía.
Siempre vive descontenta,
De continuo pensativa,
Porque ella á Rugero amaba,
Y mas que á sí lo quería.
Imaginado ha un remedio
Avisado á maravilla.
De su aposento se sale,
Y para palacio iba;
A piés del Emperador
D'esta manera decía:
—Muy poderoso señor,
Esta tu sierva suplica,
Un don le concedas luego
Que mucho le convenia;
Y es: que cualquier caballero
Que por su mujer me pida,
Me venza primero en campo
En batalla todo un día.—
Holgóse el Emperador
De lo que ella le pedía;
Luego le señala campo
Para hacer la conquista.
Leon estaba presente,
No sabe ya que se diga:
De un cabo le cerca amor,
Por otro honra le obliga.
El, que de amor mucho siente,
Y sus afectos sabia,
Llegado se había á Rugero,
Y humildemente le suplica
Por él haga la batalla,
Pues tanto le convenia,
—Acuérdate, buen Rugero,
Que yo fui parte algun día
Que recibieses contento
Y no perdieses la vida.—
Muy presto Rugero se arma,
Y de Leon la divisa
Toma, porque piensen todos
Que es Leon quien combatía.
Ya venia Bradamante
Mostrando gran gallardía.
Vanse el uno para el otro
Con esfuerzo y osadía;
Y lo que Rugero hace,
Y en lo que mas entendia
Era en rebatir los golpes
Que Bradamante le tira,
Que aunque herirle quisiese
Con su espada, no podia,
Y entre los dos la batalla
Fué cruel y muy reñida.

(RODRIGUEZ, *Romancero historiado.*)

430.

RUGERO Y LEON AUGUSTO.—V.

(De *Pedro de Padilla.*)

Al tiempo que el sol salía
Sobre su carro dorado
Esparcidos sus cabellos
Por uno y por otro lado,
Los animales y gente
Y las aves despertando,
Se sale al campo Rugero
De todas armas armado,
A vencer la que le tiene
Vencido y aprisionado.
De una parte amor le aqueja,
Y de otra verse obligado;
Sabe que á su dama pierde
En habiéndola ganado,
Y juntamente la vida,
Porque le será excusado
Vivir un hora sin ella,
Y mas habiéndola dado
Para que el otro la goce
Conquistada por su mano.
Iba de morir dispuesto,
Pero no determinado
Con qué género de muerte
Llegará su vida al cabo.
Unas veces imagina
Que será muy acertado
Poner el pecho desnudo
Contra el fuerte brazo airado;
De otra parte considera
La palabra que había dado,
Y á la fin se determina
En lo que había ordenado.
No quiso mas que la espada,
Va sin lanza y sin caballo;
La espada no era la suya,
Que temiendo hacer daño
A Bradamante, la deja,
Y de la que había tomado
Entrambos los filos quita,
Y sobre el arnes ha echado
La divisa de Leon,
Por ir mas disimulado.
Bien diferente de aquello
Tiene la dama el cuidado,
Que la espada aderezaba
Para mas presto acaballo,
Creyendo que era Leon
Con quien entra en estacado.
Y en oyendo la señal
Que de la batalla han dado,
Para Rugero arremete
Como el rayo acelerado,
Y comiéndole á herir
Por uno y por otro lado,
Mirando con atencion
Donde le hará mas daño.
Rugero se le defiende
Con andar muy avisado
En rebatirle los golpes,
Sin tener otro cuidado,
Y así pasó todo el día
Hasta que el sol ha dejado
La luz, y de hermosura
Todo el mundo ha despojado.
Los que la batalla vian
De un parecer han quedado,
De que par tan valeroso
Estará muy bien casado,
Creyendo fuese Leon
El que han visto peleando.
Acabada la batalla,
Rugero disimulado
Se sale del campo luego,
Que el yelmo no se ha quitado,

Y sobre un rocín pequeño
Para Leon se ha tornado,
Que tiernamente le abraza,
Allí de nuevo obligando
A su servicio la vida,
La autoridad y el estado.
Agradécele Rugero
Cumplimiento tan honrado,
Y le pide su licencia
Fingiéndose muy cansado.
Al punto de media noche
Sin llevar ningun criado,
Casi fuera de sentido
Sale sobre su caballo,
Y por selvas y campañas
Sin cesar ha caminado,
Y sin levantar los ojos
De si se va lamentando.

(PADILLA, *Tesoro de varias poesias.*)

451.

RUGERO Y LEON AUGUSTO. — VI.

(De Pedro de Padilla.)

Si Rugero se congoja
Y el alma tiene angustiada,
La hermosa Bradamante
Estaba desesperada,
Porque si no es con Rugero
Jura de no ser casada,
Y de faltar de lo puesto
Estaba determinada,
Con su padre y sus parientes
Aunque quede enemistada,
Y aunque la corte de Carlo
Fuese por ella afrentada.
Y cuando medio faltase
Para que otra cosa haga,
Jura que se dará muerte
Con veneno ó con espada.
Porque mejor le parece
Del vivir verse apartada,
Que un hora estar sin Rugero
Y en brazos de otro entregada.

(PADILLA, *Tesoro de varias poesias.*)

452.

RUGERO Y LEON AUGUSTO. — VII.

(De Pedro de Padilla.)

Estaba la triste dama
Casi fuera de sentido,
Y para entretener algo
Un remedio le ha ocurrido
Y fué, que Marfisa diga
Que de consentir no es dino
Que teniendo Bradamante
A Rugero por marido,
Otro ninguno quisiese
Serle en esto preferido.
Turbóse el Emperador
Cuando tal demanda vido,
Y llaman á Bradamante,
La cual habiendo venido,
No respondiendo, consiente
En lo que Marfisa ha dicho,
La cual al Emperador
Una merced ha pedido;
Y fué: que Leon Augusto
Siendo Rugero venido
Hiciese con él batalla,
Pues no estaba dilinido,
Cuál de los dos Bradamante
Ha de tomar por marido.
Así se quedó aquel dia

El negocio diferido,
Y Leon se fué á su tienda,
Porque acetar no ha querido
De improviso esta batalla
Sin haber ántes sabido
El del unicornio blanco
Adonde fuese partido.
Mándale luego buscar
Y él á buscarle ha salido,
Y con la sabia Melisa
Topó en medio del camino:
La cual con semblante triste,
Muy lastimada, le dijo:
— Si el valor y cortesia,
Hay en vos, que yo imagino,
Os suplico que vengais
Sin deteneros conmigo,
Para que demos la vida
Al hombre mas bien nacido,
Y de mayor valentia
Que en nuestro tiempo se vido,
Que solo por ser cortes,
Y mostrarse agradecido
Ha llegado á tal extremo
Que ya no debe estar vivo. —
Leon, de aquellas palabras
Turbacion ha recebido;
Porque le dió el corazon
Que debia ser su amigo.
Halláronle, que en tres dias
Bocado no habia comido,
De todas armas armada,
Sobre la tierra tendido,
Por cabecera el escudo,
Y el aliento tan perdido,
Que del dia no escapara
Si no fuera socorrido.
Leon, con dulces palabras
Muy de véras le ha pedido
Que le diga la ocasion
Que á tal punto le ha traido;
Y viéndose el buen Rugero
De sus ruegos convencido,
El caso como pasaba
En breve suma le dijo.
No quiso quedar Leon
En cortesia vencido,
Y dice que á Bradamante
Que de todo causa ha sido,
Por mujer ya no pretende,
Aunque tanto la ha querido.
Y dijole tantas cosas
Que Rugero convencido
Hubo de corresponder
Con lo que le habia pedido,
Y dióle Melisa luego
Lo que tenia prevenido,
Y á la corte se volvieron
Adonde fué recebido
Rugero con mucha fiesta,
Y el negocio fenecido.
Así, casó Bradamante
Con el que habia pretendido,
Y Leon volvió á su tierra
Quedando muy gran amigo
De Carlo-Magno y sus doce,
Y en mucha estima tenido,
Por el valor y nobleza
Que en él habian conocido.

(PADILLA, *Tesoro de varias poesias.*)

453.

RUGERO Y RODAMONTE. — I.

(Anónimo.)

Rotas las sangrientas armas,
El cuerpo ya desangrado,

Despedazado el escudo,
 Con el estoque quebrado,
 Sale el fuerte Rodamonte
 De vida y alma privado
 Por el vencedor Rugero,
 Que la victoria ha alcanzado.
 Matólo porque á la mesa
 Estando junto al rey Cárlos
 Con la bella Bradamante
 Con quien estaba casado,
 Armado de negras armas,
 Negro el escudo y caballo,
 Aunque con la blanca espuma
 Parece el freno argentado;
 Y sin hacer reverencia
 A la persona de Cárlos,
 El soberbio y perro moro
 A Rugero así le ha hablado:
 — Yo soy el rey de Argel, traidor Rugero,
 Que en este campo y cruel batalla
 Probar tu gran traicion por muerte espero,
 Que mal podrás, cristiano, ya negalla;
 Y si por miedo tú, y algun guerrero
 Se quisiere ofrecer, quiero aceptalla;
 Y por tener en mi verdad respeto,
 Al campo tres de ti pido y aceto.

(Flor de varios y nuevos Romances, 3.ª parte.)

434.

RUGERO Y RODAMONTE. — II.

(Anónimo.)

Rendidas armas y vida
 De Rodamonte el bravo,
 El victorioso Rugero
 Va entre el rey sobrino y Cárlos.
 «Viva Ruger, Ruger viva,»
 Va la gente pregonando,
 Y entre el regocijo vienen
 Danes, Oliver y Orlando:
 Viene Astolfo y Ricardeto,
 Valdovinos y Ricardo,
 Y los dos tío y sobrino
 Malgesi y Don Reinaldos.
 Entre aquellos paladines
 Que á Ruger sacan del campo
 ¡Cuán gallarda va Marfisa
 Con el cuerpo bien armado!
 Que aunque no dudó el suceso,
 Al fin como era su hermano,
 Sacó el cuerpo apercebido,
 Y el alma puesta en cuidado.
 A los corredores sale,
 Cuando entran en palacio,
 La contenta Bradamante
 Vivas colores mudando.
 Adelántase de todos,
 Y á su Rugero mirando,
 Antes que llegue le abraza,
 Los brazos al aire echando.
 Cuando los cuerpos se juntan
 Y se enlazan con los lazos,
 No se hablan, aunque quieren,
 Con el contento turbados.
 Con los ojos se regalan
 Rostro con rostro juntando,
 Y sosegándose un poco
 Bradamante se ha esforzado,
 Y dicele: — ¡Mi Rugero!
 ¡Descanso de mi cuidado!
 En deuda me estáis, señor,
 Del sobresalto pasado.
 Cuando en la batalla os via
 Con tan soberbio contrario,
 Temia de mi ventura
 Y fiaba en vuestro brazo.

¡ Dos mil vidas diera juntas
 Por ser el desafiado,
 Y en ménos las estimara
 Que en vos el mas fácil daño!
 — ¡ Si Rodamonte supiera,
 Rugero la ha replicado,
 Que estábades en mi alma,
 No viniera tan osado!
 Con dos contrarios pelea
 Quien tiene conmigo campo,
 Y así llamarse pudiera
 Aquel sarraceno á engaño. —
 No se dicen mas ternezas
 Porque no los han dejado,
 Que llega la Emperatriz
 Y por otra parte Cárlos:
 Suenan dulces instrumentos,
 Y los paladines francos
 Juegan cañas y tornean
 En la plaza de palacio.

(Romancero general.)

435.

FLOR DÉ LIS LLORA LA MUERTE DE BRANDIMARTE.

(De Lucas Rodríguez.)

No se atreve el duque Astolfo
 A dar la nueva angustiada
 A la linda Flor de Lis
 De la sangrienta batalla,
 Hasta que con Sansoneto
 Vaya juntamente á dalla,
 Porque de dolor tan fuerte
 Puedan ambos consolalla.
 Ella que llegar los vido
 Con las vistas demudadas,
 Como está medrosa y triste
 Por un sueño que soñara,
 Dijo: ¡ Brandimarte es muerto!
 Y cayóse desmayada.
 Tornó en sí, en sabiendo el caso,
 Y las hebras de oro arranca,
 Y sin compasion de sí
 Rostro y pecho en sangre baña,
 Y á su Brandimarte á voces
 En vano mil veces llama.
 Una vez pide la muerte,
 O que le dén una espada;
 Otra que al mar quiere irse,
 Y á nado pasar el agua
 Hasta llegar á la isla
 Do fué la triste batalla,
 Y de Agramante y Gradaso
 Hacer entera venganza,
 De arrastrarlos con los dientes,
 Como fiera tigre hircana.
 — ¡ Ay Brandimarte, bien mío!
 ¿ Por qué, dice, me dejabas?
 Tu querida Flor de Lis
 Continuo te acompañaba.
 Si fuera, señor, contigo
 De algo te aprovechara,
 Que cuando á Gradaso viera
 Que sin verle tú llegaba,
 Sirviera de darte un grito
 Que siquiera te apartaras,
 O me metiera yo en medio
 Y el golpe le reparara.
 Fuera mi cabeza escudo,
 Y la tuya se librara;
 Que mi muerte, por tu vida
 Fuera bien aventurada,
 Pues que de morir así,
 Mejor fuera en tal demanda
 O ya qu'el injusto cielo
 Nada d'eso me otorgara,
 Diérate el postrer abrazo,
 Y con mi llanto bañara

Tu rostro en sangre teñido,
 Para que te lo limpiara,
 Y oyérasme al postrer punto,
 Que te se arrancara el alma.
 Decir : ¡Vete en paz, bien mio,
 Que ya va tras ti tu amada!
 ¿Aqueste es el rico Estado
 Que yo así te demandaba
 Para que del reino mio
 Por señor te coronara?
 ¿Son estas las dulces bodas?
 ¿Es este el bien que esperaba?
 ¿Ay hado! Ay fortuna esquiua,
 Cuántos gozos desbaratas!
 ¿Mas por qué me tardo, triste?
 ¿Por qué no me saco el alma?
 Pues mi Brandimarte es muerto
 ¿De qué me queda esperanza?—
 Estas y otras cosas dice,

Y á maltratarse tornaba :
 De las manos, con los dientes
 Amargos bocados saca,
 Y su rostro, con las uñas,
 Crudamente despedaza.
 Esto hace cada día
 Hasta que Roldau llegara,
 Que por ella viene él mismo,
 Para que á Sicilia vaya
 A ver el sepulcro triste
 Do su Brandimarte estaba;
 Y en llegando, sobre él llora,
 Que los cielos mueve á lástima,
 ¡Y tal fué su sentimiento,
 Tal su dolor, tal su ansia,
 Que la vida amarga y triste
 Consumida en llanto acaba!

(RODRIGUEZ, *Romancero historiado*.)

SECCION DE ROMANCES CABALLERESCOS DOCTRINALES, SATÍRICOS Y DE BURLAS.

456

DURANDARTE.

(*Anónimo* ¹.)

Durandarte, buen amigo,
 Decid por vuestro descargo,
 Ya que estáis de vuestra vida
 Dando los últimos pasos,
 Si condenáis á Belerma,
 Viuda de vuestro regalo,
 A perpetuos alquiceres,
 O á vestir nuevos recamos.
 Y porque os estáis muriendo
 Quiero hablar con vos mas claro,
 Si mandáis que se esté viuda,
 O que tome otro velado :
 ¡Que por los lirios, que son
 Del leon español pasto,
 Que nadie corra por ella
 Mientras yo tenga caballo!—
 Durandarte dijo : —Primo,
 Pues de este mundo me parto,
 No quiero llevar al otro
 Celos, que allá los hay santos.
 Belerma se case luego,
 Y sus yerros ordinarios
 Irán á cuenta del vivo,
 Sin que lleguen al finado.
 Puede llorarme tres días;
 Pero al fin ojos mojados,
 Con una esponja de azúcar
 Es fácil cosa enjugarlos.
 ¿De qué sirve que entapice
 De negro todos sus cuartos,
 Si la alcoba mas secreta
 Sirve á sus horas de blanco?
 Son las viudas d'este tiempo
 Altares por Todos Santos,
 Con un portal para vivos,
 Y otro para los finados.
 Son espadas en bordones,
 Son naipes en breviario,
 Y son juntos en un tomo
 Celestina y siete salmos.
 Lo que os ruego, mi buen primo,
 Es que en habiendo espirado
 Me saqueis el asadura
 Y se la déis en un plato,

Y decidle que á mi cuenta
 La cuelgue en sus garabatos,
 Porque á vuelta de la suya
 Se la coma el primer gato.

(*Romancero general*.)

¹ Satiriza y se burla del dolor fingido, y de la fidelidad que algunas viudas afectan por la pérdida de sus esposos.

457.

BELERMA.

(*De Don Luis de Góngora* ¹.)

Diez años vivió Belerma
 Con el corazon difunto
 Que le dejó en testamento
 Aquel frances boquirubio.
 Diez años vivió con él,
 Aunque á mi me ha dicho alguno
 Que viviera mas contenta
 Con trecientos mil de juro.
 A verla vino Doña Alda,
 Viuda del conde Rodulfo,
 Conde que fué en Normandia
 Lo que á Jesucristo plugo.
 Y hallándola muy triste
 Sobre un estrado de luto,
 Con los ojos, que ya eran
 Orinales de Neptuno,
 Riéndose muy despacio
 De su llorar importuno,
 Sobre el muerto corazon,
 Envuelto en un paño sucio,
 La dijo : —Amiga Belerma,
 Cese tan necio diluvio,
 Que anegará vuestros años
 Y ahogará vuestros gustos.
 Estése allá Durandarte
 Honde la suerte le cupo,
 Haya buen pozo su alma
 Y pozo qu'esté sin cubo.
 Si él os quiso mucho en vida,
 Tambien le quisiste mucho;
 Y si murió abierto el pecho,
 Queréllese de su escudo.
 ¿Qué culpa tuvistes vos
 De su entierro, siendo justo,

Que quien como bruto muere
 Que le entierren como bruto?
 Muriera él acá en Paris
 A do tiene su sepulcro,¹
 Que allí le hicieran lugar
 Los antepasados suyos.
 Volved luego á Montesinos
 Ese corazon que os trujo,
 Y enviadle á preguntar
 Si por gavilan os tuvo.
 Descosed y desnudad
 Las tocas de angeo crudo,
 El mongilon de bayeta
 Y el basto manto peludo;
 Que aun en las viudas mas viejas
 Y de años mas caducos,
 Las tocas sirven á enero
 Y los mongiles á julio;
 Cuanto y mas á una muchacha
 Que la faltan dias algunos
 Para llegar á los treinta,
 Que yo desdichada cumplo.
 Seis hace, si bien me acuerdo,
 El dia de Santo Nuflo,
 Que perdi aquel malogrado
 Que hoy entre los vivos busco.
 Holguéme de cuatro y ocho
 Haciéndole dos mil hurtos
 A las palomas de besos
 Y á las tórtolas de arrullos.
 Siento su fin; pero mas,
 Que muriese sin ver fruto,
 Sin ver flujo de mi vientre,
 Porque siempre tuve pujo.
 Mas no por eso ultrajé
 Mi buena tez con rasguños:
 Cabal me quedó el cabello,
 Y los ojos casi enjutos.
 Aprended de mí, Belerma,
 Y holguémonos de consuno;
 Llévase el mal lo llorado,
 Y los suspiros el humo.
 No hileis memorias tristes
 En este aposento oscuro,
 Que cual gusano de seda
 Moriréis en el capullo.
 Haced lo que en su fin hace
 El pájaro sin segundo,
 Que nos habla en sus cenizas
 En pretérito y futuro.
 Llorad su muerte, mas sea
 Con lagrimillas al uso,
 Y del mal pasado nazca
 Lo porvenir mas seguro.
 Pongámonos á la par
 Dos boquitas de repulgo,
 Ceja en arco, mano blanca,
 Y dos perritos lanudos.
 Yedras verdes somos ambas,
 A quien dejaron sin muros
 De la muerte y el amor
 Baterias é infortunios.
 Busquemos por dó trepar,
 Que á lo que de ambas presumo,
 No nos faltarán en Francia
 Pared gruesa y tronco duro.
 La iglesia de San Dionis
 Canónigos tiene muchos,
 Delgados, cariaguileños,
 Cariartos y espaldudos.
 Escojamos como peras
 Dos clerigos capotuncios,
 De aquestos que andan en mulas
 Y tienen algo de mulos;
 D'estos Alejandro Magnos,
 Que no tienen á disgusto,
 Por dar en nuestros broqueles,
 Que démos en sus escudos.
 De todos los doce Pares

Y sus nones abrenuncio,
 Que calzan bragas de malla
 Y de acero los pantuflos.
 ¿De qué nos sirven, amiga,
 Petos fuertes, yelmos lucios?
 Armados hombres queremos,
 Armados, pero desnudos.
 De vuestra mesa redonda
 Francos paladines hubo
 Donde ayunos os sentais
 Y os levantais mas ayunos.
 La de cuatro esquinas quiero,
 Que la ventura me puso
 En casa de cuatro picos
 De todos cuatro picudo,
 Donde sirven la cuaresma
 Sabrosísimos besugos,
 Y turmas en el carnal
 Con su caldillo y su zumo.—
 Mas iba á decir Doña Alda;
 Pero á lo demas dió fudo,
 Porque de Don Montesinos
 Entró un pajecillo zurdo.

(GÓNGORA, *Obras de.*)

¹ El maligno y mordaz poeta forma en este romance un cuadro de malas costumbres, que trata de castigar irónicamente, desenmascarando la hipocresía. Sobradamente punzante, acaso traspasa los límites de la decencia, por alusiones harto claras y equívocas fáciles de descifrar.

438.

ROLDAN.

(Anónimo ¹.)

Señor conde Don Roldan,
 Sea muy enhorabuena
 El dichoso desposorio
 Con vuestra Doña Alda bella.
 Es un toque el casamiento
 Do se conocen y prueban
 De paciencia y discrecion
 Los quilates y finezas.
 De aquí procede la vida
 Que es gloria si bien se acierta,
 O la de infierno impaciente
 Si por contrario se yerra.
 Setenta años habrá, y mas,
 Que en mi flor y edad primera
 Ese nuevo estado vuestro
 Sustenté en vida quieta:
 Si dais crédito á mis canas
 Por una larga experiencia,
 Diréos en breves razones
 Qué hice con mi Condesa.
 Amé con moderacion,
 Y en extremo regaléla;
 Siempre en publico la honraba,
 Y en secreto aconsejéla.
 No mezclé véras con burlas,
 Mucho estimando las véras,
 Ni jamás la descubri
 Los graves secretos d'ellas.
 Mostréme ser recatado,
 No dando celosas muestras;
 Sus menudencias dejaba,
 Dejéme en las cosas gruesas;
 Agasajé sus parientes,
 No tuvo en los míos molestia;
 Dudé temas que reñía,
 Creí sus riñas sin temas:
 En ellas no la ataqué,
 Que si á la mujer no dejan,
 Hallando contradiccion
 Mil historias se renuevan;
 En enojos fui postrero,
 Primero en las paces era,
 Siempre á la puerta de casa

Dejaba enfados de afuera.
 No le conté libertades,
 Honestidades contéla,
 Ninguna alabé de hermosas,
 Pero infinitas de buenas.
 Hice al fin que sus visitas
 Moderacion no excedieran,
 Y á quién, y cuándo, y por qué
 Con grande ocasion tuvieran.
 Al ir á advertirla mucho,
 Poco escuchéla á la vuelta;
 Adorné su mozo brio
 Con galas ricas y honestas;
 No fié prosperidades,
 Aunque mucho fiaba d'ella,
 Ni la dejé que sintiese

Necesitada vergüenza.
 De otros mi modos usaba
 Conforme los tiempos eran,
 Con que yo vivi seguro
 Y ella pasaba contenta.—
 Así al recién desposado
 En puridad aconseja
 El buen viejo Don Beltran,
 Y Don Roldan se lo aprueba.

(*Romancero general.*)

¹ Este romance, esencialmente doctrinal, contiene cuerdos y razonables avisos sobre el modo que un marido debe usar con su esposa para dirigirla y conservar en ella la fidelidad y la virtud, haciendo así feliz el estado del matrimonio.

ROMANCES HISTÓRICOS

SECCION DE ROMANCES DEL CUARTO A LA DECIMA Y SEGUNDA

ROMANCERO

EE

ROMANCES HISTÓRICOS.

ROMANCES HISTORICOS.

SECCION DE ROMANCES REFERENTES Á LA HISTORIA SAGRADA.

439.

ADAN CELEBRA EN EL LIMBO LA VENIDA DEL MESIAS.

(De Torres Naharro.)

Triste estaba el padre Adan
Cinco mil años habia,
Cuando supo que en Beltem
Era parida Maria,
Y en el limbo donde estaba
De contento no cabia.
Para los unos andaba,
Para los otros corria,
Y á todos los santos padres
A grandes voces decia :
— Dadme albricias, hijos mios,
Qu'es nascido en este dia,
Nuestro bien y Redemptor,
Nuestro placer y alegria,
Para sacarnos de aquí
Do estamos, por culpa mia.
Ved cuál anda Lucifer
Con toda su compañía :
No le placen estas nuevas
Que Dios Padre les envia.
Sentid las voces del cielo
Los cantos y melodia ;
Ved ya clara la verdad
De la vieja profecia ;
Ved la zarza de Moises
Que estaba verde y ardia ;
Ved aquel templo de paz
Que Roma en tanto tenia,
Y aun lo llamaban eterno
Porque siempre duraria ;
Que no habia de caer,
Si una virgen no paria.
Vedlo todo por el suelo,
Cada piedra por su via ;
Ved al bellaco de Heródes
Metido en gran fantasia,
Y amolando los cuchillos
Para quien no le temia ;
Ved los pastores que van
Cómo corren á porfia
Por llegar al portalejo
Donde está nuestra Maria ;
Ved los tres Reyes que parten ;
Ved la estrella que los guia ;
Ved en un pobre pescador,
Quien mejor estar podia,
De una parte tiene un asna,
De la otra un buey yacia.

(TORRES NAHARRO, *La Propaladia*.—It. *Romances compuestos por Bartolome de Torres Naharro*. Pliego suelto.)

440

JOSUÉ DETIENE EL CURSO DEL SOL,

(De Lorenzo de Sepúlveda.)

Oran, que era rey de Hebron,
Y otros reyes comarcanos,
Juntádose han en uno
Con muchos hombres armados
Para contra los judios,
Que en Gabaon son llegados.
Ponen en campo sus gentes
Y varones esforzados :
A Gabaon combatian
Los varones afamados.
Los judios que están dentro
Su mensaje han enviado,
A Josué su capitán,
Con quien son confederados,
Porque venga á socorrerlos
Y para hacerlos librados.
Josué que oyó el mensaje,
En oracion se habie echado
Dios dijo que habria victoria,
Contra estos sus contrarios.
Todas sus gentes tomó ;
A Gabaon son llegados :
Guerrea los Amorreos ;
; Gran batalla les ha dado !
Muchos mata, muchos prende,
Muy mal quedan lastimados ;
Los vencidos van huyendo ;
En ellos iban matando.
Sobre los que de ellos huyen
Dios mostró los sus milagros :
Sobre ellos cayó granizo,
Los muertos cubren los campos.
Ya hora era de sexta,
Josué siempre iba matando
En todos los enemigos ;
El dia se iba acabando.
Con la muy gran fe que tiene
Al sol y luna ha mandado
Que estén en su esplendor
Y no anden lo acostumbrado,
Al sol hácia Gabaon,
Ni luna á Ayalon collado.
Paráronse el sol y luna,
No se movieron de un cabo :
Siempre están resplandecientes
Hasta muertos los contrarios.
Por la muy gran fe que tuvo,
La victoria habia alcanzado.

(SEPÚLVEDA, *Romances nuevamente sacados*, etc.)

441.

JUDITH Y HOLOFERNES.

(De Lorenzo de Sepúlveda.)

El gran Nabucodonosor,
 Rey de la Siria nombrado,
 Poderoso es y muy rico,
 Y en guerras afortunado.
 Por los reyes que ha vencido
 Gran soberbia había tomado,
 Y acordó de someter
 Todo el mundo á su reinado.
 A Holofernes, capitán,
 Luego le había mandado
 Que con mucha gente de armas
 Vaya á todos guerreando,
 Y no perdone á ninguno
 Si no se diere á su mando.
 Obedeciera Holofernes
 Lo que el Rey le había encargado;
 Grandes reinos le ganó
 Ya por fuerza, ya por grado.
 Sobre el pueblo de Israel
 Muy feroz había llegado:
 Los del pueblo, que lo vieron,
 Muy gran temor han cobrado.
 Sobre Betulia, ciudad,
 Su real tiene asentado;
 El agua luego les quita:
 Tiénelos muy apremiados.
 Los de dentro á grandes gritos
 A su Dios están rogando
 Que de ellos quiera acordarse
 Y no los haya olvidado,
 Y con muy crecido esfuerzo
 Todos han determinado
 De salir al campo juntos,
 Y morir ó ser librados.
 Ozias, su sacerdote,
 Los detiene, y ha rogado
 Que aguardasen cinco días
 Sin salir al campo armados;
 Y que si dentro de aquestos
 Su Dios no los ha librado,
 Que hagan su voluntad;
 Con esto se han conformado.
 Judith, esa hermosa y casta
 Mujer, de esfuerzo loado,
 Después de haber entendido
 Lo que Ozias hubo hablado
 Al su pueblo, los reprehende,
 Mucho los ha denostado,
 Dijo: — Que no es buen consejo
 El que los hobera dado
 En poner término á Dios
 Para los hacer librados,
 Antes habrán dado causa
 Contra sí en haberlo airado.—
 Dijoles pidan perdón
 Todos del yerro pasado:
 A todos juntos les ruega,
 Con gran fe les ha encargado,
 Que rueguen á Dios por ella
 Que la tenga de su mano,
 Y que ella quitará el cerco
 Que de Betulia es cercado,
 Ó morirá en la demanda
 Como varón esforzado.
 Y con este presupuesto
 El camino había tomado
 De donde estaba el real
 De Holofernes el tirano.
 En saliendo de Betulia
 Las guardas la habían tomado:
 Preguntáronle dónde era,
 O á quien llevaba recado.
 Respondió que era judía,
 Y que con muy gran quebranto

Se salió de la ciudad
 Por no ver lloro tan alto
 Como lo harán los de dentro
 Cuando todos sean tomados;
 Y que demas de esto quiere
 Que Holofernes sea avisado
 Por donde luego la tome
 Sin peligro de su estado.
 Holofernes que la vido,
 Quedó de ella enamorado.
 Judith le dijo á Holofernes
 Lo que tenemos contado.
 Holofernes la rogó
 Que sea su convidado.
 Respondiérale Judith,
 Que haría grande pecado,
 Porque no son de una ley,
 Y la suya lo ha vedado:
 Solamenté le suplica,
 En merced le haya dado,
 Que la dejase salir
 A orar lo acostumbrado;
 Que acabada la oracion
 Para él habría tornado.
 Holofernes le concedió
 Lo que ella le ha demandado,
 Y mandó á todas sus gentes,
 Como señor superado,
 Que de día ni de noche
 A Judith pongan embargo
 De entrar, y salir tambien
 En el real á su grado.
 Al cuarto día que Judith
 A Holofernes ha llegado,
 Mandó hacer una cena
 De valor muy estimado,
 Y á un eunuco que tenía,
 Aquesto le había mandado:
 Que hable luego con ella
 Para que la haya á su mandado,
 Y que duerma aquella noche
 En su cama y á su lado.
 Judith que lo había sabido,
 Luego lo había aceptado.
 Presentóse ante Holofernes
 Hermosa en extremo grado,
 Y mas galana que nunca
 Ante él se había mostrado.
 Cenar con mucha alegría,
 Con gran placer y agasajo:
 Holofernes se acostó
 El primero y mas temprano,
 El cual luego se durmió,
 Porque estaba embriagado.
 La puerta cerró Judith,
 Como mujer de recado,
 Y cuando vido á Holofernes
 Como está tan descuidado,
 A su Dios hizo oracion,
 Y esto le ha suplicado:
 Que le dé gracia que pueda
 Hacer su pueblo librado;
 Y el espada de Holofernes
 Ella la tomó en su mano,
 Y con ella á Holofernes
 La cabeza le ha cortado.
 Metiérala en una cesta,
 Y á su criada la ha dado;
 Juntas se salen del real,
 Ninguno se lo ha vedado
 De los que estaban en él,
 Porque así les fué mandado:
 Y con placer muy crecido
 A Betulia había tornado,
 Y la cabeza que traía
 A todos la había mostrado;
 Todos cobran corazon
 Contra los asirianos.
 Gran matanza hacen en ellos,

Do quedaron bien vengados
De los daños recibidos
Del capitán ya nombrado;
Porque Judith fué tan buena
En el caso ya contado.
Que se libraron por ella
De Holofernes el tirano.

(SEPÚLYEDA, Romances nuevamente sacados, etc.)

442.

HISTORIA DE JUDITH. — I.

(De Juan Baptista ¹.)

¡Maldita seas, serpiente
Soberbia! ¡Cruel pecado!
¡No sé quién no te conoce,
Pues que tan mal has pagado
A los que de tí confían
En poder, saber y estado!
Tú tienes á Lucifer
Para siempre condenado
Tú heciste al primer hombre
Del cielo ser desterrado;
No quedaba rey ni reina
Que de tí no esté llagado:
Obispos y arzobispos,
Los papas y santo estado;
El que de tí mas confia
Ése queda mas burlado.
Yo cuento con los perdidos
El que va mejor librado:
Pues de los que te siguieron
Uno fué mas desdichado,
Y es Nabucodonosor
Rey de reyes coronado,
Que por su soberbia quiso
Ser señor muy estimado.
Desde que tuvo muchos reinos
Subjetos á su mandado,
Mandó que de todo el mundo
Como Dios fuese adorado;
Y mandó en señal de aquesto
Tributo le fuese dado.
Adoracion y tributo
De todos le fué negado,
Y mucho mas de Judea,
Pueblo de Dios consagrado,
Por lo cual hiciera cortes
Para ser aconsejado,
Y mandó venir á ellas
Capitanes aprobados,
Y caballeros famosos,
Y todo sabio y letrado;
Y desde que los tuvo juntos
Su deseo les ha mostrado.
Dicente que era bien hecho,
Y que así sea ordenado,
Y el que no le obedeciere
Sea del vivir privado,
De lo cual fué muy gozoso
El Rey desaventurado.
Envía por Holofernes,
Varón noble y esforzado;
Holofernes con presteza
Vino luego á su llamado.
Desde que lo tuvo delante
El caso le ha bien contado;
El respondió que está presto
Y á todo ello aparejado;
Mas para que le obedezcan
Mande que sea publicado,
Que el Rey le da su poder
General en este caso.
Holofernes se apresura
A juntar lo necesario,
Y mandó dar sus pregones

Con el sueldo adelantado,
Y que á guerreros forzosos
Un sueldo le fuese dado,
Y á los que van libremente
Se les dé sueldo doblado.
A cabo de poco tiempo
De hueste se ha juntado
Ciento y veinte mil de pié
Y doce mil de caballo.
Muchas provincias y reinos
Tiene en breve sojuzgados,
Porque do quier que llegaba
No quiere dejar poblado;
Ni queda viña ni huerta,
Que no quedase arrancado:
El campo con las sus mieses
Todo quedaba quemado:
Las huertas y los vergeles
Del todo los ha cortado;
No escapa el que se defiende
De ser muerto ó justiciado,
Y al pueblo que lo rescibe
Déjábalo tributado;
Mas el que toma por fuerza,
Por tierra queda asolado.
Grandes estragos hacia
A do quiera que ha llegado,
Y así viendo su crueza
Ya se le daban de grado,
Y con danzas y atabales
Lo resciben en llegando,
Y aun no bastan estas honras
Para poder amansallo,
Pues quien mejor lo recibe
Quedaba mas lastimado,
Porque su intento era
Por el temor comenzado
Destruir todos los dioses
Y cualquier templo sagrado,
Porque solo su Señor
Fuese por Dios adorado;
E por esto á todo el mundo
Dejaba tan castigado,
Que le otorgan lo que quiere
Viendo tan cruel estrago,
Si no fuera que Israel
Siempre le ha contrastado,
Y ántes procuró morir
Que obedecer su mandado;
Y así por no verse preso,
Ni su templo profanado,
Acuden á Eliachin,
Sacerdote muy honrado,
Que les diese su consejo
Para contra aquel tirano.
Eliachin con gran esfuerzo,
Con ánimo no turbado
Responde que su temor
Sería presto remediado;
Y así despachó correos
Al pueblo santificado,
Que se pusiesen de guerra
Los de pié y de caballo,
Y que encierren bastimentos
Y armas hayan buscado,
Y se muralen las villas,
Y se adobe lo cercado,
Porque el cruel Holofernes
Juraba de captivarlos.
Israel como lo supo
En breve se ha reparado,
Sin dejar valle ni puerto
Que no quedase murado,
Y ponen sus atalayas
En las sierras y collados,
Y proponen de morir
Antes que ser captivados.
Eliachin como era viejo
Y en trabajo ejercitado

Ándase de pueblo en pueblo
Animando al desmayado,
Y en la ciudad de Betulia
Con su gente se ha encerrado,
A do venia Holofernes
Con su gente encaminado.
Eliachin desde se vido
Con su pueblo atribulado,
Mandó celebrar ayunos
Porque Dios fuese aplacado,
Y él se viste de cilicio
Con todo su clericado.
No queda mujer ni hombre
Ni niño muy delicado
Que no hiciese oracion
Al alto Dios soberano:
No queda ciudad ni pueblo
Do no se haga gran llanto,
Haciéndole sacrificios
De lo mejor del ganado.

(Comienza la historia de Judith, etc. Pliego suelto.)

* El pliego suelto de donde se ha tomado este y los cinco romances siguientes está impreso en 4.º, á dos columnas, en letra gótica. Parece edicion hecha en los años de la tercera á la cuarta década del siglo XVI.

443.

CONTINÚA LA HISTORIA DE JUDITH.—II.

(De Juan Baptista.)

Gran prisa se da Holofernes
Por ver el fin deseado,
Y á la ciudad de Betulia
Con su gente se ha llegado,
Cuando le vinieron nuevas
Que Israel lo ha despreciado.
Desde Holofernes lo supo
Que Israel se ha rebelado,
Y que estaba bastecido,
Y apercebido y armado,
Y que no hallaba entrada
Por do fuese batallado,
Junta capitanes muchos
Para ser mas informado,
Qué tan grande era aquel reino
Que tan poco lo ha estimado,
Y si es pueblo bien guerrero,
Y en armas ejercitado.
Habló Achior luego allí
Elocuente y bien hablado,
De Amonitas capitan,
Que venia captivado:
—Si me das, señor, licencia
La verdad te habré contado
De estas gentes montañeses
Y de todo su reinado,
Con la pena de la vida
Si mi dicho fuere falso.
Sábete que aqueste pueblo
De Osaldea fué sacado,
Porque el gran Dios que adora
Que les dió este principado
Por aborrescer los dioses
Que sus gentes adoraron,
En pago del cual servicio
Siempre Dios los ha preciado,
Y les diera aquestos reinos,
Sin haberlos batallado;
Ca Dios batalla por ellos
Y siempre los ha guardado,
Y mientras que le sirvan
Les daba esfuerzo doblado;
Mas si adoran otros dioses
Luego los ha castigado,
Y los da á sus enemigos
Para que sean mal tratados.

Mas pues ellos se defienden,
El su Dios les ha ayudado,
Y si su Dios les ayuda,
Señor, trabajas en vano,
Pues no basta todo el mundo
Para entrar en su cercado:
Mas si en algo le ofendiese
El te los habrá entregado.—
Holofernes que esto oyera
Mostróse muy enojado,
Pues nadie le resistia
De los que habia conquistado:
Mandó castigar á Achior,
Y que fuese encarcelado,
O que lo justicien luego
Por lo que habia contado;
Mas los suyos le aconsejan
Que no se mostrase airado,
Mas que lo envíe á Betulia,
Vaya preso y maniatado
Para que con los judios
Fuese preso y justiciado.
Ya llevaban á Achior
Por su pié, y fuera de paso,
Por una ladera arriba
Lugar seguro buscando,
Cuando dan con corredores
Que descubrian el campo:
Las guardas desde los vieron
Procuran ponerse en salvo,
Y dejaron á Achior
Al pié de un árbol atado.
Llegan á él los judios
Y preguntáule del caso:
Achior les respondiera
Todo lo que ha pasado:
Los judios lo desatan
Y á Betulia lo han llevado,
Y delante todo el pueblo
A Achior han presentado
Para que les diese cuenta
Por qué lo han injuriado,
Y de lo que Holofernes
Tenia determinado,
En no se partir del cerco
Hasta se haber bien vengado;
Y por tanto lo enviara
Para con ellos matarlo.
Los judios que esto oyeran,
Gran temor los ha turbado,
Y por las plazas y calles
Las gentes van lamentando.
Multiplican sus ayunos,
Y conocen su pecado,
Suplicando á Dios del cielo
Que no los haya olvidado.
A Achior bien le sucede,
Porque habia predicado
Que Dios fué su ayudador,
Por lo cual fué desterrado:
Hécenle fiesta solemne,
Y fué bien aposentado.
Luego otro dia siguiente
Holofernes ha mandado,
Que se cuenten los guerreros
Que pueden salir al campo,
Y hallaron de los suyos
Y de los que ha captivado,
Ciento veinte mil de pié,
Y veinte mil de caballo.
Desde que se vió poderoso,
Tan pujante y ensalzado,
Mándales que se repartan
Cada haz por lo murado,
Y de mejores guerreros
El se queda acompañado:
Mandó mas cegar las fuentes
Y los caños ser quebrados,
Porque por sed y por hambre

Mas presto se lo hayan dado.
 Los judios desque vieron
 Que el agua les ha quitado,
 Comienzan á desmayar,
 Y en tierra se han postrado,
 Suplicando á Dios del cielo
 Que d'ellos tenga cuidado,
 Pues que el pueblo desmayaba
 Por el agua que ha faltado.
 Y la que hay en las cisternas
 Entre ellos se ha ordenado,
 Que se diese por medida,
 Y que no se diese abasto.
 Lloran viejos y mancebos
 Con corazon quebrantado :
 Lloran viejas y doncellas
 Con espíritu humillado :
 Y los niños se caian
 De hambre y sed traspasados :
 Las bestias desfallecian,
 Y perescia el ganado :
 Unos á otros decian :
 Sobre tí sea este pecado,
 Pues valiera mas morir
 Que vivir tan desastrado.
 Orias luego habló,
 Rey de aqueste principado :
 —No desmayeis, caballeros,
 Ni vos maldigais, hermanos,
 Pues el soberano Dios
 En esto nos ha probado ;
 Y si de qui á cinco dias
 No os hubiere remediado,
 Haced paces y concordia
 Con el que os tiene cercados.—
 Puesto el pueblo en tal estrecho
 Gran llanto se ha levantado,
 Porque á los que eran fieles
 No placia este contrato.

(Comienza la historia de Judith, Pliego suelto.)

444.

CONTINÚA LA HISTORIA DE JUDITH.—171.

(De Juan Baptista.)

Muy triste estaba Israel,
 Por lo cual hace gran llanto,
 Porque el cruel Holofernes
 Lo tiene tan fatigado,
 Que dentro de cinco dias
 Se pusieran en sus manos,
 Si no fuera por Judith,
 Matrona de gran estado.
 Mujer fué de Manasses,
 De quien habia envidado ;
 Tres ó cuatro años habia
 Que lo habia sepultado.
 Rica era y muy prudente
 Y devota del muy Alto,
 Por cuyo amor propusiera
 No tomar otro velado,
 Por lo cual se retrajera
 Y en clausura se ha encerrado
 Dentro de su misma casa,
 En un palacio apartado,
 A do en grande penitencia
 Su vida iba gastando ;
 Y allí le dieron las nuevas
 Del tiempo muy abreviado
 Que le diera el rey Orias
 Al pueblo por final plazo.
 Besque la nueva supiera
 Por injuria lo ha tomado
 Que tal contracto pasase,
 Ni concierto tan profano,
 Y mandara llamar luego
 A los que lo han contratado.

Orias y sacerdotes
 Vienen luego á su llamado,
 Y pregunta qué concertos
 Son estos que han celebrado.
 Ellos dieron sus disculpas,
 Que no fué mas en su mano,
 Porque el pueblo desmayaba
 Y en esto lo han concertado.
 Hablara Judith muy fuerte,
 Con corazon animado :
 —¡Oh hombres de poca fe,
 Y cuán mal lo habéis mirado
 En hacer tan gran ofensa
 Al Señor que os ha criado,
 Pues para que os librase
 Le habeis tiempo señalado !
 Acordar se os debiera,
 De cómo en tiempo pasado,
 A nuestros padres libró,
 A Abraham y su engendrado,
 A Jacob y á Moysen.
 Y al pueblo santificado,
 De dos mil desaventuras
 Que por él han escapado,
 Y pocos años habia
 Que nos habia rescatado
 Del poder del enemigo
 Que nos habia sojuzgado.
 Y si agora padescéis,
 Sabed que os ha tentado
 Por ver la fe que teneis
 Con quien tanto vos ha amado.
 Pues id vos y esforzad
 Al pueblo desventurado,
 Y que ayunen les mandá,
 Y conozcan que han errado,
 Y humillen sus corazones
 Y conozcan su pecado ;
 Que Dios les dará victoria
 Dentro de lo limitado ;
 Y vosotros vos id luego
 A aquella puerta del campo,
 Y velad toda la noche
 A nuestro Dios suplicando
 Oya las mis oraciones
 Y el mi deseo, que es sancto.—
 Vanse Orias y su gente
 Donde les era mandado,
 Y Judith á su secreto
 Entra gimiendo y llorando.
 Vistese luego un cilicio,
 Y en ceniza se ha postrado,
 Suplicando á Dios que cumpla
 El su ruego deseado,
 Y le dé sabiduria
 Para vencer al tirano,
 Porque conozcan las gentes
 Que su nombre han blasfemado,
 Que su Dios es Dios de dioses,
 Digno de ser adorado.
 Estas palabras diciendo
 Su peticion ha acabado,
 Y levantóse de presto
 De su penitente estrado,
 Y llamó á una sirvienta
 De quien siempre se ha fiado,
 Y mandóle prestamente
 Que le aparejase un baño,
 En el cual lavó su cuerpo
 Muy hermoso y delicado,
 Y ungióse despues de limpio
 Con un unguento mirrado :
 Vistese delgados lienzos,
 Una ropa de brocado ;
 Calzóse ricas sandalias,
 Que era muy galan calzado ;
 Cínese cordon de oro
 De rucas eslabonado ;
 Vistese mangas tranzadas

Sacádicos sus bocados ;
 Pónese ajorcas, y manillas
 En sus cristalinos brazos ;
 Sus dedos llenos de anillos,
 Y en el pecho un relicario,
 Y un follete de antepecho
 De perlas muy salteado,
 Con un gorjal muy precioso
 De rico esmalte esmaltado ;
 La gargantica del cuello
 No tiene precio estimado :
 Pónese mitra en cabeza,
 Que era un virginal tocado,
 Entranzado á sus cabellos
 Con trenza de oro hilado :
 ; Madejas parecen de oro
 Según están relumbrando !
 Y como su hermoso cuerpo
 Era bien proporcionado,
 La su linda compostura
 Mucho mas lo ha adornado :
 Su rostro sin apostura
 Parece deificado ;
 Porque aunque era hermosa
 El Señor la ha apostado,
 Y en suprema hermosura
 La dotó en supremo grado.
 Desque ya estaba compuesta,
 Y su gente ha saludado,
 Mandó luego á su sirvienta
 Que le llevase recaudo
 Del comer, porque no fuesen
 Costreñidas á buscarlo.
 Su sierva como es astuta
 Muy de presto se ha cargado
 De vino y algunas frutas,
 Porque no fuese forzado,
 Si no lo llevasen ellas,
 De comer con los paganos,
 Lo cual era defendido,
 Y por la ley muy vedado.

(Comienza la historia de Judith, etc. Pliego suelto.)

445.

CONTINÚA LA HISTORIA DE JUDITH.—IV.

(De Juan Baptista.)

Ya se partía Judith
 De su muy rico palacio
 Antes de la media noche,
 Y al primer canto del gallo :
 Con ella va su sirvienta,
 Abia tiene por dictado,
 Y vanse para la puerta
 Adonde estaban velando
 Orias con mucha gente
 La su venida esperando ;
 Y desque á ellos llegó
 En el suelo se han postrado,
 Viendo una mujer tan linda
 De corazon tan osado.
 Y así postrados en tierra
 Nada le habien preguntado ;
 Mas ruegan á Dios del cielo
 Que la saque á paz y á salvo,
 Y la traiga con victoria
 De lo que habia comenzado.
 Van ya fuera de los muros
 Bajando por un collado,
 Y por llegar mas aina
 Los valles van travesando.
 Ya queria amanecer
 Cuando llegaron á un raso :
 Visto la habian corredores
 De los que andaban cercando,
 Y desque la conocieron

Que era del pueblo contrario,
 Lo mas presto que pudieron
 A ella se han acercado.
 Desque la vieron tan linda,
 Señora, la han llamado,
 Y preguntante do viene :
 Diceles, que escapando
 De mano de los judios
 Donde se habia criado,
 Porque todos desmayaban,
 Y que les habia pesado
 Por resistir á Holofernes,
 Y no le haber convidado
 Con sus personas y tierras,
 Y con precio atributado.
 Empero que mas querian
 Morir que ser captivados,
 Y por no morir con ellos
 D'ellos se ha desburtado
 Para decir á Holofernes
 Cómo puede captivarlos.
 Ellos desque aquesto oyeron
 A Holofernes la han llevado,
 El cual como es de mañana
 En su tienda está acostado,
 La cual era la mas rica
 Que podria ser contado.
 Cada estátua era de plata
 Donde el cordel está atado,
 Las barras eran de oro,
 Que descenden de lo alto :
 El cobertor de la tienda
 De un carmesí rubricado,
 Con franjas de frocaduras,
 Muy ricamente franjado.
 Ricas alfombras y paños
 Por ornamento y estrado ;
 Pero el lecho en que dormia
 No puede ser apreciado ;
 Los bancos eran de cedro
 Y de plata son los clavos,
 Y con oro de martillo
 Cada mastel tachonado ;
 Y las cintas que los ciñen
 Son de tejido dorado :
 Los colchones son de Holanda,
 Las cuerdas de oro hilado,
 Las sábanas son preciosas
 Por ser de viso delgado :
 El cobertor de la cama,
 Un brocado de tres altos,
 Almohadas y aciruelos
 Ricamente están labrados.
 El pabellon que lo cubre
 Es de rico deshilado,
 De boscajes transparentes
 Con oro y seda tramado.
 Pena tenia de muerte
 Quien entra sin ser llamado,
 Ó sin que pida licencia,
 Y se la bobiese otorgado ;
 Y por esto con Judith
 Al portero han llegado,
 Para que diga á Holofernes,
 Cómo lo están aguardando,
 Con una doncella rica
 Del pueblo circuncidado,
 Que quiere ver á su Alteza,
 Y besarle piés y manos.
 El portero entra luego
 De su lindeza admirado.
 Holofernes desque fuera
 Del portero así informado,
 Manda que la den entrada,
 Y ella luego hubo entrado.
 Desque Judith vió á Holofernes,
 De majestad tan cercado,
 Hincó rodillas en tierra ;
 Sobre su faz se ha postrado,

Y adóralo como á rey
 Segun entre ellos se ha usado.
 Desque Holofernes la vido
 Todo está maravillado
 De ver su gran hermosura
 Y rostro clarificado :
 Mándale que no temiese,
 Y que se haya levantado,
 Y que dijese la causa
 Por qué viniera á buscarlo.
 Judith como era prudente
 D'esta manera ha hablado :
 — Guárdete Dios, mi señor,
 Y te prospere el estado,
 Y te haga emperador
 De todo lo ya habitado :
 Sábeta que tu nobleza,
 Y poder magnificado,
 Las tus virtudes sin cuento
 Por las gentes han volado
 Publicando tus loores
 Y tu ánimo esforzado ;
 Por lo cual tuve deseo
 De ser sierva en tu palacio.
 No me pesa haber venido
 Pues es verdad lo loado ;
 Por tanto por mi venida
 Sey señor certificado
 Que el pueblo de los judíos
 Está triste y trabajado
 Desque quitaste las aguas
 Y el comer les ha faltado :
 Beben sangre de animales,
 Y así está desesperado,
 Por lo cual contra su Dios
 Reciamente han blasfemado,
 Por la cual ofensa hecha
 Muy claro les ha mostrado
 Que ántes de muchos días
 D'ellos habrás triunfado ;
 Porque á los sus sacerdotes
 Les ha sido revelado
 Que por ser malo su pueblo
 Á ti te será entregado,
 Segun que ántes de Achior
 Fuiste, señor, informado ;
 Y si me otorgas la vida,
 Dame seis dias de plazo
 Para que ruegue á mi Dios,
 Que nos haya declarado,
 Cuándo es su voluntad
 Que los hayas sujetado,
 Para lo cual te suplico
 Que me fuese otorgado
 Que nadie me impidiese
 De salir á orar al campo
 A la hora que sintiere
 Que mi Dios me ha llamado.—
 El Rey que en su hermosura
 Todo estaba transformado,
 Como cuando con la presa
 El alcon está cebado,
 Manda que por sus reales
 Esto fuese pregonado :
 Que á la doncella judía
 Nadie la hoviese enojado ;
 Mas que ande libremente
 Por cualquier entrada y paso :
 Y mandóla aposentar
 Do el tesoro está encerrado,
 Que era dentro de su tienda
 En un secreto apartado,
 Y que cuanto pidiere
 No le sea detardado.
 Lo que Holofernes mandara
 Por todos es otorgado,
 Ca su linda hermosura
 A todos los ha ligado.
 Mandó mas : que del comer

Se le diese de su plato.
 Judith como era prudente
 Esto le habia negado,
 Diciendo que ella traia
 Para sí manjar guisado.
 El Rey d'esto sospechoso
 Luego hobo preguntado
 Diciendo, que qué haria
 Desque lo haya gastado.
 Dice que ántes que se acabe
 Habrá fin lo comenzado,
 Y despues que comeria
 De lo que le fuere dado.
 Cada noche se salia
 A un muy hermoso prado
 Adonde estaba una fuente,
 Lugar muy aparejado
 Para hacer oracion
 Despues de se haber bañado.
 (Comienza la historia de Judith, etc. Pliego
 suelto.)

446.

CONTINÚA LA HISTORIA DE JUDITH.—V.

(De Juan Baptista.)

Pasados eran tres dias
 Y llegádose habia el cuarto,
 Cuando se acordó Holofernes,
 Que su pueblo está cansado,
 Y que seria muy justo
 En algo ser recreado,
 Para lo cual ordenara
 Un buen convite, afamado,
 El mayor que nunca ha hecho
 Despues que anda batallando ;
 Y mandó que todos coman
 A sus expensas y gastos,
 Y que coman á su mesa
 Los que eran hijos de algo.
 Desque las mesas son puestas
 Y todos se han asentado,
 El poderoso Holofernes
 De Judith se ha acordado :
 Mandado ha que la llamen
 Para que cene á su lado.
 Entra presto el mensajero,
 Dice que el Rey la ha llamado.
 Judith, como era tan sabia,
 Su venir no ha detardado,
 Y fuése para Holofernes
 Adonde estaba cenando.
 — ¿ Qué es lo que mandas, señor,
 En que yo te haya agradado ? —
 Mandóle que se asentase
 Para darle algun descanso.
 Judith, hecha su mesura,
 D'esta manera ha hablado :
 — No era dina yo, señor,
 De vivir en tu palacio,
 Cuanto mas comer á mesa
 De un señor tan sublimado ;
 Mas pues que á ti placia
 Yo cumpliré tu mandado.—
 Sentádose ha á la mesa
 Y pide que le sea dado
 El comer por su sirvienta
 Del manjar acostumbrado.
 Entre el comer y el beber
 Holofernes la ha mirado,
 Y miétras mas la miraba,
 En ella se ha trasportado ;
 Y como estaba encendido,
 En comer no es mesurado,
 Ni ménos en el beber
 Hasta ser embriagado.
 Despues que alzaron las mesas
 Fuérase para su estrado,

Llevando á Judith consigo
 Para d'ella haber gozado.
 Judith como en Dios confia
 En nada se ha excusado,
 Y avisó á la sirvienta
 Que cerca se haya quedado
 Para que cuando la llame
 Acudiese á su llamado.
 Llegan ella y Holofernes
 A aquel su precioso estrado,
 Y un su castrado portero
 Las puertas ha emparejado;
 Mas apenas Holofernes
 Se acostara en el estrado,
 Cuando ya estaba dormido
 De un sueño muy pesado.
 Judith desde así lo vido
 De rodillas se ha postrado,
 Suplicando á Dios del cielo
 No la haya desamparado.
 Desde que hiciera oracion
 Los sus ojos hubo alzado,
 Y vido un galan alfanje
 De un clavo estar colgado,
 Y desde vido á Holofernes
 En sueño tan reposado,
 Ásele de los cabellos
 Para poder degollallo,
 Y á los dos golpes primeros
 La cabeza le ha cortado.
 Vuelve luego el alfanje
 Donde lo habia descolgado,
 Y envolviere la cabeza
 En un paño que ha hallado,
 Y acude para la puerta
 A do Abia la está esperando:
 Abren pasico las puertas,
 Que sin llave han quedado,
 Y dió á su sierva la cabeza,
 Y en un fardel la han echado,
 Y por mas seguridad
 La puerta le han cerrado.
 Ibanse para la fuente,
 Segun lo han acostumbrado,
 Aunque el campo está seguro
 Por lo mucho que han cenado.
 Ya salen de los reales,
 Y su paso han alargado,
 Y en cabo de pocas horas
 A Betulia han allegado.
 Fuéronse para la puerta
 Por donde habian pasado,
 A do Orias y su gente
 Ya la estaban aguardando,
 Aunque ya de su venida
 Habian desconfiado.

(Comienza la historia de Judith, etc. Pliego suelto.)

447.

CONTINÚA LA HISTORIA DE JUDITH.—VI.

(De Juan Baptista.)

Ya Judith llega á Betulia,
 Y grandes voces va dando:
 —Esforzaos, hermanos míos,
 Pues que Dios nos ha ayudado,
 Que al soberbio de Holofernes
 Os dejo descabezado.—
 Orias desde lo overa,
 Del hecho maravillado,
 Manda luego traer hachas
 Para saber del estrago.
 Cuando las hachas vinieron
 Ya el pueblo está juntado;
 Allí hablara Judith
 Con animo no turbado:

—Dad gracias á Dios, varones,
 Y su nombre sea loado;
 Pues que siendo pecadores,
 No miró nuestro pecado;
 Mas dió fuerzas varoniles
 A un cuerpo afeminado.
 Para que quede Holofernes
 Ya muerto y descabezado.—
 Y porque mas se gozasen
 La cabeza le ha mostrado.
 Ellos le dan muchas gracias
 Por el trabajo pasado;
 Empero porque no yerren
 De aquesto les ha avisado,
 Que tomasen la cabeza
 Y la hinquen en un palo,
 Y en lo mas alto del muro
 Con cuñas la hayan fijado,
 Hacia do estaba Holofernes
 Y su real asentado,
 Para que en saliendo el sol
 La descubra con sus rayos,
 Y que entónces salgan ellos
 Grandes alaridos dando;
 Empero que no descienda
 Ninguno d'ellos al campo,
 Hasta que vean claramente
 Que todos andan turbados.
 Dicen que así lo harian
 Como les ha aconsejado.
 Salido era ya el sol,
 Y el campo se ha aclarado,
 Cuando salen los judios
 Con todo su pueblo armado:
 Apellidos dan de guerra
 Para mas alborotallos:
 Los enemigos recuerdan,
 Y como están desarmados,
 A la tienda de Holofernes
 Van con paso apresurado;
 Mas ninguno llamar osa,
 Porque aun estaba cerrado,
 Y rogaron al portero
 Que entrase á despertallo.
 El portero mucho teme,
 Porque tenia pensado
 Que su señor Holofernes
 De Judith está gozando;
 Mas como le daban priesa
 Que el pueblo está alborotado,
 Abre su puerta pasico,
 Y á la cama se ha ajuntado,
 Y hallara el cuerpo muerto
 En su sangre sepultado.
 Entrara á ver si Judith
 Estaba en su palacio;
 Mas desde que no la hallara
 Sale grandes voces dando,
 Que su señor está muerto
 De Judith, que lo ha engañado.
 Ellos, en oyendo aquesto,
 Gran temor les ha cercado;
 Y en esto ya los judios
 Se habian presto abajado,
 Y con gran tropel de gente
 Con ellos se han encontrado.
 Los tristes con el temor,
 Y como están descuidados,
 Por dichoso se tenia
 El que d'ellos se ha escapado.
 Los judfos van tras ellos
 Hiriéndolos y matando;
 Mas los que mejor buian
 Esos son mejor librados.
 Y despues que los tuvieron
 De su tierra desterrados,
 Vuelto se habian á las tiendas
 Del real desbaratado,
 Y recogen las riquezas

Que les habian dejado,
 Y llévanlas á Betulia
 Para que fuese ordenado
 Que todo el despojo fuese
 Ante Judith presentado,
 Para que lo tome todo
 Pues que lo ha trabajado.
 Mas Judith como era santa
 Todo lo ha renunciado,
 Y mandó lo repartiesen
 Segun que lo han usado,
 Y lo que á ella cupiese
 Lo diesen al templo santo.
 Israel desde que se vido
 De tal peligro librado,
 Hace muy solemnes fiestas
 Por un hecho tan nombrado,
 Y con músicas y danzas
 A Dios han glorificado;
 Y por día memorable
 Este celebran cada año,
 Y á Judith miétras que vive
 Por señora la han hourado,
 Y el honrado de Achior
 Ya judío se ha tornado,
 Y pide en señal de aquesto
 Que quier ser circuncidado.
 Judith á la su sirvienta
 Libre la habia dejado,
 Y dotóla de heredades
 Para que viva en descanso;
 De lo cual sea Dios bendito,
 Y para siempre loado.

(Comienzo la historia de Judith., etc. Pliego
 suelto.)

448.

NABUCODONOSOR Y LAS AMAZONAS.

(Anónimo 1.)

Despues de darte, Nabuco,
 El parabien que se debe
 A la victoria que alcanzas
 Del Palestino rebelde,
 Y que su pueblo cautivo
 A Babilonia trajeses,
 Porque la fama tu nombre
 Solo tu valor celebre;
 Pues besan tantas naciones,
 Como se miran presentes,
 Tu pié, y rinden vasallaje
 A tu poder, para siempre,
 Digo que mis amazonas,
 Invencible y fiera gente,
 Que el Asia ocupa sus brazos,
 Y Arabia y Fenicia temen;
 Las que en los climas que habitan
 Hombre ninguno consenten,
 Y los maridos con ellas
 Mas que una noche no duermen,
 Y esto para que no falte
 La sucesion que conviene
 A la razon del Estado
 Con que se gobiernan siempre;
 Las que el yugo de Alejandro
 Cuando á todo el mundo vence
 No consintieron jamás
 Indomables y valientes;
 Las que de valor armadas,
 Las que vestidas de pieles
 De sus flechas con las plumas
 Emprender al sol pretenden,
 Y no hay ave sobre el aire,
 Segura fiera en su albergue,
 Monte, corriendo, ó volando,
 Que sus arcos no sujeten;
 Para cuyos ciertos tiros,
 Porque al arrimar al fuerte

Pecho, el arco, no haga estorbo
 Se cortan el uno á cercen:
 Las que en belleza, tambien
 Como en la aspereza, exceden
 A cuantas el Tánais viven,
 Y cuantas el Tigris beben:
 Las que al fin mujeres siendo
 Monstruos de Libia parecen,
 Aunque en cualquiera region
 Somos monstruos las mujeres;
 Señor, á voces te piden
 Nombres esposo tan fuerte
 Y tan noble, como el brazo
 De Sofonisba merece.
 Entré en consejo de Estado
 Con ellas, y se resuelven
 En que el rey de Babilonia
 La merezca solamente,
 Con la misma condicion
 Que nuestras estrechas leyes
 Piden, porque de este modo
 Nuestros reinos se conserven;
 Y para que de los dos
 Igual sol nazca, que herede
 Los que heredo yo en la Arabia
 De Tiro y de Mililene,
 A Babilonia daras
 Principe si varon fuere,
 Y si mujer, daré reina
 A mis amazonas fuertes.
 Cuarenta mil me acompañan
 Con los maridos que tienen
 Para esta ocasion agora
 Esperando que les lleve
 La resolucion que aguardan,
 Por cuyas nuevas alegres
 Las albricias que apereciben
 Para tí, son las siguientes.
 Cien caballos enjaezados
 Todos de manchadas pieles;
 Cien elefantes cargados
 De oro y plata con que pueden
 Hacer una estatua, donde
 Por Dios te adore la gente;
 Un carro, para que triunfes,
 De marfil, que de relieves
 De oro, y rubios girasoles
 Pintados tus hechos tiene.
 Las perlas te dan sus conchas,
 Y por único presente
 En jaula de coral rubio,
 Gran señor, verás el fénix.
 Esto te dan los deseos
 De mis provincias, y advierte
 Que yo en persona he venido,
 Y que delante me tienes.
 Quién es Sofonisba sabes:
 En valor y sangre excede
 Por su padre y por su madre
 A los orientales reyes.
 Lo que toca á su hermosura,
 Nabuco, no se encarece,
 Aunque dicen en el Asia,
 Que reina pudiera hacerme.
 Mas porque te satisfagas,
 El embajador que viene,
 El retrato trae consigo,
 Mirame bien pues es este.

(Primavera y flor de Romances, 2.ª parte.)

1 Es una relacion como las de comedia.

449.

DAVID Y GOLÍAS.

(De Lorenzo de Sepúlveda.)

Gran guerra tiene Saul,
 Muy sangrienta es la batalla

Con aquestos filisteos,
Gente á su reino cercana.
Pelean como valientes,
Unos á otros se matan,
A todos Saul vencía,
Los contrarios desmayaban.
A ayudar los filisteos
Un gran gigante llegaba;
Golias habia por nombre,
De catadura muy brava,
De desmesurada fuerza;
A todos heria y mataba:
Tan valiente es que á diez mil
Vencería en la batalla.
Los judios que lo vieron,
Con su vista desmayaban;
Cobraron gran cobardia
De su catadura mala;
Huyendo iban ante él,
Que ninguno lo aguardaba.
En el real están todos,
No salen á la batalla.
En el real de Saul
Tres hermanos guerrearban;
Hijos eran de Esai
Y hermano á David le llaman:
Allí estaba el buen David,
Que su padre le enviaba.
Estando allí todos juntos
Oyeron pregon que daban
Por mandado de Saul;
Lo siguiente declaraba:
—Que si caballero hobiese
Que saliese á la batalla
Con Golias, gran gigante,
Gran cosa le sería dada,
Y si en ella lo venciese,
Hermosa mujer cobrara,
En Michol sola su hija,
Que es hermosa y agraciada,
Con la mitad de su reino,
Lo cual todo lo otorgaba.—
Estando dando el pregon
Los judios desmayaban:
Huyendo van de Golias,
Que los heria y mataba.
David, que huir los vido,
Sabida por él la causa
Quedó muy maravillado
De su cobardia tanta.
Fuera luego ante Saul:
Licencia le demandaba
Para lidiar con Golias
El que á todos asombraba.
Dijo al Rey, que no temiese
De hacer lo que demandaba,
Que un oso y leon ha muerto
Que sus ganados mataban.
Cuando Saul vió el esfuerzo
Que el niño David mostraba,
Luego le mandó armar
Y con sus armas le armaba.
Con ellas no puede andar,
De sobre si las quitaba:
Tomó su cayado y honda;
Tres piedras David tomaba
Metidas en su zurrón,
Que puesto al cuello llevaba.
Fué donde estaba el gigante
A comenzar la batalla:
Golias cuando lo vido
Esta pregunta le daba:
—¿ Soy yo perro por ventura,
Que vienes con tales armas?
—No solo traigo el cayado,
El niño le replicaba,
Para yo lidiar contigo,
Mas el Dios que yo adoraba.
Con su nombre venceré

Esá tu persona brava;
Cortaré yo tu cabeza
Con esa tu propia espada.—
Luego tomara una piedra
De aquellas tres que llevaba;
En la honda la ponía,
A Golias la tiraba.
Dióle en la frente con ella;
Del golpe le derribaba:
Fué sobre él muy denodado,
Su cuchillo le tomaba;
Cortóle la su cabeza,
Por las barbas la tomaba,
Volvióse para el real
A Saul la presentaba,
Que recibió gran placer:
Con su hija lo casaba.

(SÉPÚLYEDA, *Romances nuevamente sacados*, etc.)

450.

DAVID QUE LAMENTA LA MUERTE DE SAUL.

(Anónimo 4.)

Llanto hace el rey David,
Sus ojos fuentes tornados
Por la muerte de Saul
Y sus hijos tan preciados:
D'esta manera decia
Por mas doblar sus cuidados;
—¡ Israel, mira tus montes
Cómo están ensangrentados,
De la sangre de tus nobles,
De tus nobles y esforzados!
¡ Ay dolor, como cayeron
Varones tan estimados!
No sepan en Filistea
Casos tan desventurados,
Ni se alegren las mujeres
De los incircuncidados.
¡ Oh montes de Gelboé,
Malditos seais llamados!
El cielo os quite el rocío,
No llueva en vuestros collados,
Ni lleve Dios mas primicias:
De todos vuestros sembrados.
Do fueron muertos los fuertes
Y sus escudos quebrados,
Donde murió el rey Saul,
Rey de reyes consagrado:
¡ Como si no fuera ungido
Fué muerto de los malvados!
¡ Oh mi Jonatas! ¡ mi hijo!
¡ Hombres nunca acobardados,
Mas que águilas lijeros,
Como leones osados!
Llorad, hijas de Judea,
Y teñid vuestros tocados,
Que ya es muerto vuestro Rey
Que os daba paños preciados,
Y sin cuento atavíos
De sedas y brocados.
¡ Oh mi Jonatas, mi amigo,
Único entre nos amado,
Duélome de la tu muerte,
Duélome de los tus hados!
Con amor de padre á hijo
Eramos yo y tú ligados,
¡ Oh fortuna muy cruel,
Cómo somos apartados,
De la dulce compañía
A qu'estábamos llegados!

(Cancionero de Romances.)

† Romance popular, aunque artístico é inspirado por la Biblia á un poeta, que sabia comprenderla é imitar su estilo noble, sencillo y severo.

451.

DAVID Y BERSABÉ.

(De Lorenzo de Sepúlveda.)

El Rey amado de Dios,
Que es David el muy nombrado,
Cruel guerra ha con Amon,
Al su reino muy llegado.
A su capitán Joab
Contra Amon había enviado;
El quedó en Jerusalem
Cabeza de su reinado.
El amor, como es tan ciego,
¡Oh qué mal que lo ha engañado!
Paseándose está David
Un día por su palacio;
Desde unos corredores
Bersabé se había mostrado.
Casada era con Urias,
Urias Eteo llamado.
En el real de David
Está el caballero honrado:
Bersabé era muy hermosa,
Graciosa en extremo grado;
Junto estaba de una fuente
Lavándose el su tocado.
Luego que David la vido
Quedó d'ella enamorado.
Envió luego por ella,
Fue traída a su palacio,
Y sin ninguna tardanza
Con ella se había mezclado,
No solamente esta vez,
Si otras muchas lo había usado.
Empreñóse Bersabé,
De David se había empreñado.
A su capitán Joab
En secreto había mandado
Que a Urias, buen caballero,
Ante todos sea parado
Al tiempo del combatir
Algún pueblo señalado,
De manera que lo maten
Y no pueda ser librado.
Lo que David le mandó
Joab lo tiene ordenado,
Que combatiendo a Rabat
Muerto fuera el no culpado.
Sabido lo ha David,
Con Bersabé se ha casado.
Nathan, profeta de Dios,
A David le ha preguntado,
Dijole:—Un hombre rico
Tenía mucho ganado;
Un pobre vecino suyo
Una oveja por rebaño,
Y el rico se la tomó
Con el corazón dañado:
No contento con el robo
Al pobre había matado.
Respóndeme, rey David,
¿Qué pena terná el culpado?—
Respondió David, que es digno
De muerte por tal pecado.
Replicó Nathan:—¡Oh Rey,
Tú mismo te has condenado!
Tú, David, eres el rico,
Urias, pobre cuitado:
Tú tenías muchas mujeres,
El una sola en su cabo:
A Bersabé le tomaste,
Con ella eres ya casado,
Y ni aun siendo así contento,
Muerto fué por tu mandado.
De parte de Dios te anuncio
Maldición por tu pecado.—
Cuando esto oyó David
Con gemidos ha llorado.

Siete días con sus noches,
Retraído y apartado
Mucha penitencia ha hecho;
De Dios quedó perdonado.

(SEPÚLVEDA, Romances nuevamente sacados, etc.)

1 Compárese esta fría narración con el sentido, noble, épico-lírico del anterior romance, y se verá la enorme diferencia que hay entre el poeta que calca sus composiciones sobre un libro en prosa, y el que, empapado de poesía, se abandona al sentimiento espontáneo que le inspira un asunto.

452.

AMON Y TAMAR.

(Anónimo 1.)

Grandes males finge Amon
Por amores de Tamar:
¡Harto mal tiene quien ama,
No ha menester fingir mas!
Por los ojos de la hermana,
Flechado el hermano está,
Tanto que a ser mas honestos
Fuera santa la hermandad.
A la causa del engaño
Pide la vengá a sanar.
Que Tamar tiene el remedio
De su misma enfermedad.
Diólo Tamar de comer,
Y Amon que vió su beldad,
El gusto puso en los ojos,
Y así comió con mirar.
Por no aguardarla mas tiempo
La gozó el hebreo galán,
Y con ser que era judío
Dejó entonces de esperar.
Gozóla, y aborrecióla,
Que al gusto sigue el pesar,
Y aunque ella sintió la fuerza
El desprecio sintió mas.
Gozada y aborrecida
A buscar venganza va:
¡Huye, Amon! ¡mira por tí!
Que es mujer y la ha de hallar.

(Primavera y flor de Romances, etc. 2.ª parte.)

1 Bien se conoce en este romancillo la devianción del espíritu, grave y severo que nuestra poesía experimentó antes de mediar el siglo xvii, y que corrompió enteramente la de la otra mitad. Cuando se vea a los poetas jugar con la lengua y abusar de ella, bien cerca está el tiempo de su corrupción, de la de la poesía, y aun de la moral.

453.

DAVID Y ABSALON

(Anónimo 1.)

Con rabia está el rey David
Rasgando su corazón.
Sabiendo que allí en la lid
Le mataron a Absalon.
Cubrióse la su cabeza
Y subióse a un mirador;
Con lágrimas de sus ojos
Sus canas regadas son.
Hablando de la su boca
Dice esta lamentación:
«¡Oh filli mihi, filli mihi!
¡Oh filli mihi, Absalon!»
¿Qu'es de la tu hermosura?
¿Tu extremada perfición?
¿Los tus dorados cabellos
Parecian rayos del sol;
Tus ojos lindos, azules,
Cual jacinto de Sion:
¡Oh manos que tal hicieron,
Enemigas de razón!

¡Oh Joab! ; que hicistes?
 ¡No lo merecia, no!
 Miraras qu'era mi hijo
 Engendrado en bendicion:
 Que quien le daha la muerte
 Me doblaba la pasion.
 Si era desobediente
 Yo le otorgara perdon:
 Si mi mandado cumplieras,
 Trujerásmelo á prision.
 ¡Oh madre, que tal pariste!
 ¿Cómo habrás consolacion?
 Rómpanse las tus entrañas,
 Rásguese el tu corazon:
 Llorémosle padre y madre
 El fruto de bendicion.
 « ¡Oh filli mihi, filli mihi!
 » ¡Oh filli mihi, Absalon!»

(*Cancionero de Romances.* — It. *Segunda parte del Cancionero general*, edicion de 1532.)

¹ Las mismas observaciones que al del núm. 431 pudieran hacerse aquí; pero en este romance hay mas afectacion de ciencia, y ménos inspiracion que en aquel.

434.

LA PRESA DE JERUSALEN POR TITO.

(*Anónimo* ¹.)

La señora de las gentes
 Lloraba fuerte y plañia,
 Porqu'el emperador Tito
 De crudo fuego l'ardia.
 Aquellos sus fuertes muros
 Con petrechos se batian;
 Las altas torres y casas
 Por el suelo las metian:
 El templo santo sagrado,
 Que ya Dios aborrescía,
 Deshacen por los cimientos;
 Su memoria perescía:
 Holocausto y sacrificios
 Ya del todo fenescian;
 Por el monte de Sion
 De sangre arroyos corrian,
 Y la sangre injusta y baja
 El fuego mas encendia.
 Aquellos hombres ancianos
 Que por las puertas se vian,
 Escritos los mandamientos
 La vida aqui consumian:
 Los mozos tan bien vestidos
 Que cantar himnos solian,
 D'ellos son descabezados,
 D'ellos esclavos venian.
 Las virgenes delicadas,
 Su sangre y vida perdian:
 Las madres, de pura hambre
 Los propios hijos comian,
 Y despues por el cuchillo
 En pago d'ello morian.
 — ¡Hijos de Jerusalem,
 En altas voces decian,
 El término traspasastes;
 La gloria vuestra es perdida!
 En todo el orbe mundano
 No terneis cierta guarida:
 Viviréis en vituperio
 Los dias de vuestra vida,
 Y por mas Dios ya no oiros
 De nubes cierra la via.
 No quiere ya sacrificios,
 Ya es vuestra oracion perdida,
 Porque al Justo condenastes
 Por malicia y por falsa.—

(*Cancionero de Romances.*)

¹ Popular, pero artístico romance, inspirado al poeta por la sentida lectura de *Josefo*. Es sin duda anterior algunos años á la segunda mitad del siglo xvi.

CRUELDAD DE UNA MADRE EN EL SITIO DE JERUSALEN
 POR TITO.

(*De Juan de la Cueva* ¹.)

La excelsa Jerusalem,
 Cuyo nombre vive escrito
 En la memoria del mundo
 Sin que lo borre el olvido,
 Cuando en su mayor nobleza
 Y con mayor poderio
 De Tito Vespasiano
 Fué cercada, y por el mismo
 Combatida de tal suerte
 Con un cerco tan prolijo,
 Que vinieron á tal hambre
 Los miserables judios,
 Que comian por regalo,
 Despues de haberse comido
 Todos los perros y gatos
 Y las bestias de servicio,
 Las suelas de los zapatos,
 Y el cuero en agua cocido,
 Las pajas del muladar
 De entre el estiércol podrido.
 Llegó á tanto la miseria
 Que pasó de lo que digo;
 Y así contaré un ejemplo
 Con que se apruebe lo dicho,
 Y vean, que por él solo
 Lo demas será entendido.
 Estaba en esta sazón
 Una mujer, que no escribo
 Su nombre, porque no es justo,
 Aunque anda escrito, escribillo,
 Mas borrando su memoria,
 Sepultallo en el olvido,
 Porque tan horrible hecho
 No fuera en el mundo escrito,
 Porque no fué el de Medea
 Ni el de Tulia tan maldito,
 Ni el matar Cila á su padre
 Por agradar al rey Mios.
 Esta inhumana mujer
 Luego que la guerra vido
 Comenzar, por mas seguro
 A Jerusalem se vino
 De un lugar donde vivia
 En estado y poder rico;
 A la cual, como aquejase
 La hambre, perdió el sentido,
 Y aun el amor natural
 Que el padre le debe al hijo,
 Cual esta inhumana fiera
 Con su propio hijo hizo,
 Que criándolo á sus pechos,
 Viéndose en mortal peligro,
 Por satisfacer su hambre
 Pospuso el amor debido,
 Y tomándolo en los brazos
 De la hambre enflaquecidos
 Que apenas podía tenello,
 Así dijo al tierno niño:
 — Hijo, dulce gloria mia,
 Regalo del vivir mio,
 Antes que seais del todo
 De esta hambre consumido,
 Tornad lo que recibistes
 De mí, de quien sois nacido,
 Y volveos á aquella parte
 Do fué de vos recebido
 El espíritu vital,
 Cuando fuistes concebido;
 Y así el vientre en que anduvistes,
 Por vuestro sepulcro elijid.—
 Esto diciendo, así del
 Con ánimo selvajino
 Instigada del furor

De los estigios ministros,
Y con una liera espada
Al tierno hijo ha herido,
Sin ser movida á piedad,
Como madre, de oír sus gritos,
Ni ver la inocente sangre
Que le bañaba el vestido,
Y le teñía las manos,
Que los miembros ofendidos
Le palpitaban en ellas,
En el horrible martirio.
Sin que el inhumano pecho
Fuese á terneza movido
Viendo abiertas las entrañas
Del hijo de ella parido,
Llena de furia rabiosa,

Ardiendo en furor estigio,
Cortó un gran pedazo d'él,
Y en un fuego que encendido
Tenia, lo asó, y al punto
Su cruel hambre satisfizo,
Y lo demas que restaba
Arrojó á los enemigos,
Añadiendo yerro á yerro,
Y un delito á otro delito.

(CUEVA, *Coro feico*, etc.)

* Vese aquí ya bien marcada la corrupción y extravío del gusto noble de la buena poesía. Un asunto por sí terrible y lleno de interes, ahogado entre la afectada sensibilidad y pedantismo de un poeta de la última década del siglo xvi. Comparese este romance con el del núm. 454, mas rudo en verdad, pero bello y severo.

SECCION DE ROMANCES REFERENTES A LOS TIEMPOS MITOLOGICOS Y HEROICOS DE GRECIA Y DE ROMA.

ÉPOCA HEROICA DE GRECIA.

456.

LAS COLUMNAS DE HÉRCULES EN SEVILLA, Y PREDICCIÓN
DE LAS GRANDEZAS DE CÉSAR.

(De Lorenzo Sepúlveda.)

Hércules el esforzado
Muchas lides ya vencidas
A Sevilla la nombrada
Hizo nueva venida,
Que no era poblada entónces,
Sino desierta y esquiva;
Y visto el sitio y postura,
Seis pilares le ponía
Por señal para adelante,
Adonde se fundaría.
Encima de los pilares
Una gran tabla muy fija,
De mármol muy trasparente,
Con letras que así decían:
«Aquí será edificada
La gran ciudad algún día.»
En ella estaba pintada
Una imágen á la antigua,
Con un letrero en la mano
Que hacía el Oriente mira,
El cual decía d'esta suerte:
«Hasta aquí llegado había
Hércules el fundador,
Esforzado en demasia:»
Y estando de esta manera
Aconteció de esta guisa,
Que entre César y Pompeyo
Grande contencion había,
Cuando el Imperio Romano
En su trono residía,
Por lo que le fué mandado
Que cada cual se despidía
Para ir á conquistar
Los que contra Roma había.
El uno va para Oriente,
Otro á Occidente partía.
Fuéles puesto plazo á entrambos,
Si cada cual no venía
A cabo de los cinco años,
Que no se recibiría
Jamás por emperador
Si al plazo no se volvían.
En los cinco el buen Pompeyo
Todo lo mas conqueria;
Mas Julio César no pudo

Acabar esta conquista,
Por lo cual muy enojado
A los romanos envía
Que le otorguen otros cinco
Para acabarlo y dar cima,
Lo cual le fuera otorgado,
Y con aquesta osadia
A toda España con armas
En subjecion la ponía.
Y llegaron á aquel lugar
Adonde dejado había
Hércules aquella imágen:
Admiróse en demasia,
Y aunque estaba hecha piezas,
Mandólas juntar de guisa
Que se pudiesen leer
Las otras que en si tenia,
Al cual no le pareciendo
De allí mudado la había,
Y en el lugar que es agora
Hispalense le ponía
Por nombre, como primero,
Que ántes así fué dicha,
Por ser fundada en estacas
De palos entretrejidas;
Y de allí pasara á Cádiz,
Que era hermosa á maravilla,
Por ver las antigüedades
Que de los gentiles fincan;
En la cual hallara un templo
De rica tabor y prima,
Que á Hércules dedicaron
Por tenello en grande estima.
Esculpidas allí estaban
Imágenes de alta guisa,
Entre las cuales estaba
La de Alejandro, muy rica,
Contrahecha al natural,
Como si estuviera viva;
La cual miró Julio César,
Y d'esta suerte decía:
—Siendo de cuerpo pequeño,
Y tan feo en demasia,
Has hecho tales bazañas
Que todo el mundo temía;
Pues yo, siendo tan hermoso
Y de mas alta medida,
; Por qué no te imitaré
En hechos y valentia?—
Y en aqueste pensamiento
A su posada se iba,
Y en aquella misma noche
Sin gran sueño soñaría
Que él empuñaba á su madre,

Del cual turbado se habia.
Mandó llamar á un gran sabio
Que de planetas sabia;
Preguntóle le dijese
Lo que significaria.
El Astrólogo responde,
Y el sueño le descubria:
Que su madre era la tierra
Porque la sojuzgaria,
Y que habia de ser monarca,
Que todo lo mandaria.
Así se cumpliera el sueño
Como sabemos hoy día.

(SEPÚVEDA, Romances nuevamente sacados, etc.)

437.

PERSEO LIBERTA DE LA MUERTE Á ANDRÓMEDA.

(De Juan de la Cueva.)

Aquejado de los dioses
El triste Cefeo andaba,
Sin hallar remedio alguno,
Ni vía, aunque la buscaba,
Para que tantas desdichas
Acabasen, cual pasaba.
Determina querellarse
A los dioses que adoraba,
Y entrando en el templo, á Jove
De esta suerte con él habla:
—; Oh gran hijo de Saturno,
Que en el celestial alcázar
Habitas, á quien la suerte
Entre los dioses fué dada
De ser entre todos ellos
El que mas puede y mas manda!
; Oh tú, que al terreno suelo
El ardiente rayo lanzas,
Que á los soberbios castiga,
Cual á la terrestre escuadra,
Y desde tu impireo asiento
De los hombres ves las causas,
Y con justicia inviolable
Son por ti determinadas;
En la cual vengo seguro,
Y postrado ante tus aras!
Suplico á tu gran deidad
Respuesta se me dé clara,
Que me aclare, deshaciendo
Las nieblas de mi inorancia,
¿Qué delito he cometido
Contra tu majestad alta,
Por el cual tu fiero brazo
De castigarme no alzas,
Con tan diferentes males,
Que ya las fuerzas humanas
No pueden compadecerlos
Y la paciencia se acaba,
Porque si la culpa es mia,
Con la enmienda satisfaga
El yerro, y con sacrificios
Aplaque tu ira brava?—
En diciendo esto, Cefeo
Con tiernas lágrimas baña
La peña del altar,
Que ella y la estatua temblaban.
Comenzó á temblar Cefeo,
Y el esfuerzo y voz le falta;
Gime, y lleno de pavor
El cabello se le alza,
Y el fin del portento horrible,
Aunque temeroso, aguarda.
Y así, estando sin aliento,
Ni poder hablar palabra,
Vió que el idolo de mármol,
Moviéndose, así le habla:
—No me ofendes tú, Cefeo,
Ni tengo contra tí saña,

Ni yo me quejo de tí,
Aunque á ti el daño te alcanza,
Y en mas serás ofendido
Si la venganza dilatas,
Porque son las ofendidas
Las diosas y ninfas sacras,
De Casiopea tu esposa,
Que blasfemando se alaba
Que excede en belleza á todas,
Y á Juno, mi esposa amada.
De esto se ha ofendido el cielo
Contra tí y contra tu casa,
Y si quieres dar remedio,
Uno solo el daño ataja,
Y es: que Andrómeda tu hija
Sea al mar sacrificada
Atándola en una peña,
Para que una bestia brava
La despedace, y con esto
Será tu pena acabada;
Y si no, mayores males
De los que has visto te aguardan.—
Cesó el idolo, y Cefeo
De la respuesta se espanta.
Quedó suspenso y temblando,
En el cuerpo helada el alma,
Sin saber qué responderse,
Ni qué sobre el caso haga;
Que el apremio le compele,
Y el amor de padre le ata.
Estando en aquesta duda,
En ella dando mil trazas,
Metido en mil confusiones,
Con mil congojosas ansias,
Poniendo el caso en razon,
Aunque en tales casos falta,
Se dispuso al crudo hecho
Sin mas reparar en nada,
Por acabar sus desdichas,
Pues de aquel modo acababan,
Ofreciendo la inocente
Por redimir la culpada.
Fué do está la bella virgen
Libre de culpa, y no salva
De la rigurosa pena
A que estaba condenada,
A la cual le dice el padre
Con ánimo, aunque con lágrimas:
—Hija Andrómeda, no es tiempo
De usar de razones largas:
La muerte te está aguardando,
Y el hado á morir te llama;
Que el oráculo de Jove
Me dice que así se aplaca
Su ira, y nuestra miseria
Con tu muerte se repara.—
Andrómeda, oyendo al padre,
Pierde el color y la habla,
Y quedándose suspensa
Mirándole, se desmaya.
Cógela el padre en sus brazos
Deshaciendo sus entrañas
En llanto, y la triste madre
Despavorida y turbada,
Caida sobre su hija
El hermoso rostro rasga,
Dando voces contra el cielo,
Que tan dura cosa manda.
Vuelve Andrómeda en su acuerdo,
El padre la lleva y ata
A una roca, junto al mar,
Donde le mandó la estatua.
Dejóla allí el padre cruel,
Con fuertes nudos atada,
Y pónese desde afuera
A ver el fin, y en qué para,
Do la madre y los parientes
El triste suceso aguardan.
Vueltos los ojos al cielo,

La bella virgen turbada
 Se querellaba del padre
 Y de la madre, se agravia,
 De los dioses soberanos,
 Porque así la castigaban
 A ella, sin tener culpa,
 Con pena tan inhumana.
 Perseo venia rompiendo
 El aire, con prestas alas,
 De dar la muerte á Medusa,
 Y su cabeza cortada
 Traia llena de sierpes,
 En que Minerva enojada
 Porque profaná su templo
 Volvió las hebras doradas,
 Y como oyó los gemidos
 De Andrómeda, el curso para,
 Y viendo su hermosura,
 Ser diosa creyó sin falta;
 Mas certificado bien
 Ser mujer, el vuelo abaja,
 Y puesto junto con ella,
 Ya de amor presa su alma,
 Aunque dudoso al principio
 De amor, que las lenguas ata,
 Le dice: — Dime, ¿quién eres?
 ¿De qué tierra? ¿Y por qué causa
 Te tienen de aquesta suerte
 Desnuda, á esta roca atada?—
 Quedó de oír á Perseo
 Andrómeda avergonzada,
 Y no pudo responder
 Del frio miedo, palabra;
 Y de vergüenza y temor
 Nuevas lágrimas derrama,
 Y levantando los ojos
 Bellos, cubiertos de agua,
 Le responde así á Perseo.
 Que su respuesta aguardaba:
 — ¿Qué quieres, jóven aligero,
 Que te diga, si me falta
 El espíritu, y la voz
 Se me muere en la garganta?
 Y cuando decir pudiera
 Todo lo que me demandas,
 Tengo tan cerca la muerte,
 Que el poderlo hacer me ataja;
 Y es tanta mi desventura
 Que con ser, ¡ay suerte infanda!
 Hija del gran rey Cefeo
 Que esta tierra que ves manda,
 Por la culpa de mi madre
 Soy á muerte condenada,
 Porque dijo contra Juno
 Y contra las ninfas sacras
 Hijas del gran dios Nereo,
 Que en el mar tienen su estancia,
 Que les excedia en belleza
 A todas, y d'esto airadas
 Mandaron ponerme aquí
 Para ser despedazada
 De un fiero monstruo marino
 Que en mi vengará la saña
 De la diosa y de las ninfas,
 Sin ofenderles yo en nada.—
 Estando en esto, el mar sesgo
 Se conmueve, altera y alza,
 Y por cima de sus ondas
 Se muestra una bestia brava
 Haciendo espantable estruendo
 Que horrible pavor causaba.
 Cuando Andrómeda la vido,
 La voz llorosa levanta
 Significando su miedo,
 Y á los tristes padres llama,
 Los cuales despavoridos
 Acudieron, y lloraban
 Su muerte, viendo la bestia
 Que las ninfas enviaban,

Perseo, que sobre el mar
 Con prestas alas andaba,
 Les dice: — Mejor consejo
 Que llorar, pide esta causa;
 Que á las fieras no enterece
 El llorar, ni las amansa;
 Mas si quereis que sea libre
 Vuestra hija, séame dada
 Por mujer; y no entendais
 Que la casais mal casada,
 Que soy hijo del dios Iove,
 Y por mí es descabezada
 Medusa, cuya cabeza
 Traigo, y puedo con mis alas
 Volar por el alto cielo,
 Cual veis la experiencia clara;
 Y si me la prometeis
 Será por mi brazo salva
 Del riesgo en que está, y conmigo
 Vivirá en paz sosegada.—
 Oyendo aquesto, á Perseo
 Los padres le dan palabra
 Que sería su mujer,
 Siendo por él libertada,
 Con la mitad de su reino
 Que por dote le señalan.
 A este punto, ya la fiera
 Bestia al puerto se acercaba,
 Tan grande como un navio,
 Y apriesa el agua rasgaba
 Para comer la doncella,
 De la cual ya cerca estaba.
 Perseo con presto vuelo
 Sobre las nubes se alza,
 Y andábal rodeando
 Por entralla descuidada;
 Y así, cuando mas segura
 La vió, encima de ella salta,
 Y hasta la empuñadura
 Le esconde la fuerte espada.
 La bestia con el dolor,
 Revuelve, y hácele cara;
 Perseo se da tal priesa
 Que la turba y desbarata,
 Y así se esconde unas veces,
 Y otras el pecho levanta
 Sobre las revueltas ondas
 A satisfacer su rabia.
 Perseo no le da espacio,
 Porque unas veces la llaga
 Por el vientre, otras el lomo
 Con la aguda punta pasa,
 Otras le hiere el costado
 Y las entrañas le rasga.
 El monstruo con tantos golpes
 Sangre por la boca lanza
 Muy apriesa, con que tiñe
 En sangre todas las aguas.
 Mientras Perseo y el monstruo
 Andaban en su batalla,
 Los padres con oraciones
 A Júpiter suplicaban
 Diese vitoria á Perseo
 Contra aquella bestia airada.
 Subieron sus rogativas
 Al cielo, y su ira aplacaban,
 Los dioses, dando vitoria
 A Perseo en su demanda.
 El cual, teniendo ya muerto
 El monstruo, el mar deja y salta
 En tierra, y llega á la roca
 Do Andrómeda estaba atada;
 Rompe las fuertes prisiones,
 Y d'ella la libra y saca,
 Y entrégasela á sus padres;
 Llévanla á su real casa,
 Donde llegado Perseo
 Con Andrómeda se casa,
 Y con alegre himeneo

La boda solemnizaban
 Los deudos del rey Cefeo,
 Y los que el reino mandaban.
 Estando en este contento
 Se oyó un ruido de armas
 Dentro en el real palacio,
 Y vió la gente alterada,
 Porque venía Fineo,
 Tío de la desposada,
 A dar á Perseo la muerte,
 Porque siéndole á él mandada
 La desposaban con él;
 Y por esto ardiendo en saña
 Contra Perseo se puso
 Blandiendo una fuerte lanza,
 Diciendo: — ¡Agora veré,
 O Perseo, por qué causa
 Te casas tú con mi esposa,
 A mi siéndome quitada!
 No te libraras de mí,
 Ni agora te valdrá nada
 La cabeza de Medusa
 Por quien adquieres tal fama;
 Ni el ser Júpiter tu padre,
 Ni ser Minerva tu hermana. —
 Iba á tirar, y Cefeo
 Le dice: — ¡Oh loco! no hagas
 Tal cosa, que del gran Jove
 Por mujer le fué entregada,
 Como aquel que la libró
 Del mortal paso en que estaba,
 Del cual ni tú la libraste,
 Ni saliste á la demanda;
 Antes, cuando él combatía,
 De léjos la lid mirabas,
 Y lo que tú hacías llorando
 El hacia con la espada,
 Y agora que la ves libre
 Sales por ella á la causa. —
 Fineo miró á Cefeo
 Airado, y de sí lo aparta,
 Y tira la lanza fiero,
 La cual hincada, en la cama
 Quedó blandiendo, y Perseo
 Puesto en pié, de allí la arranca,
 Tornándose á tirar,
 A Reto con ella enclava
 Por la frente, y cayó muerto,
 Cuya muerte los ensaña
 A cuantos habia en la boda;
 Y así las armas tornaban
 Para matar á Perseo
 Y á su suegro, y de esto tratan.
 Pálas, cuando vió á su hermano
 En tal riesgo, al suelo baja
 A darle favor y ayuda
 Contra la soberbia escuadra,
 En la cual hizo Perseo
 Cruel estrago y matanza,
 Que si quisiese dar cuenta
 Sería causar contalla,
 Decir los que allí murieron,
 Porque del mal poco basta.
 De toda la multitud
 Solo doscientos quedaban
 Vivos, y estos fueron vueltos
 En piedra, ellos y las armas,
 Mostrándoles la cabeza
 De Medusa, y con voz alta
 Fineo á Perseo ruega
 Que cese ya su venganza,
 Viendo muertos á los unos
 Y á los otros que mudaban
 Sus formas, y en piedras vueltos
 Quedaban hechos estatuas;
 Y decíale llorando
 Que de su yerro fué causa,
 No odio, ni enemistad,
 Sino amor, como el que amaba

A Andrómeda, en cuyo fuego
 Tenia abrasada el alma.
 Perseo le ataja, y dice:
 — Yo te doy mi fe y palabra,
 Que no mueras por tu yerro,
 Con hierro. — Y al punto saca
 La cabeza de Medusa,
 Y de la suerte que estaba,
 Hincado ante él de rodillas,
 Se convirtió en piedra helada,
 Que quedó allí por memoria
 De Perseo y de su hazaña.

(CUEVA, Coro febeo.)

488.

JASON Y EL VELLOCINO.

(De Lorenzo Sepúlveda.)

De Grecia parte Jason,
 A Colcos lleva su via
 A ganar el Vellocino
 De que gran honra adquiria.
 Navegando con su armada
 A Lemos llegado habia,
 Do era reina Hisifile,
 De muy grande lozania.
 Viendo á Jason tan hermoso,
 Con gran amor le acogia;
 Enamorabase dél,
 Hácele mucha caricia.
 Gran tiempo gozaron juntos
 Del amor que se tenían.
 Jason se partia á Colcos,
 Hisifile triste finca:
 Consolábala Jason,
 Con lágrimas le decia:
 — No vos asustéis, señora,
 De mis ojos alegría,
 Que el corazón me revienta;
 La vuestra congoja es mia.
 Muy aina será mi vuelta;
 Los dioses por bien lo habrían. —
 Hisifile respondió:
 — ¡Oh Jason! como la vida
 Perderá este triste cuerpo
 Cuando vea tu partida;
 Temo de perder tu amor,
 Que en olvido me ponia,
 O por alguna extranjera
 Tú á mí me olvidarias. —
 Las lágrimas como perlas
 Corrian por su mejilla,
 Una con otra sus manos
 Apretado las habia;
 — ¡Por mis dioses, dice él,
 Que no te olvidaría;
 Contrarios á mi sean ellos,
 Fortuna, amor me persiga,
 La mar con sus recias ondas
 En mis naves todas tiran
 Hasta eclarme en el profundo
 Si mi alma á ti te olvida! —
 Con aquestos juramentos
 Por segura se tenia;
 Mas despues que d'ella parte
 Y Medea lo prendia,
 Jamas d'ella se acordó;
 En olvido la ponía.
 Hisifile lamentaba
 Y con lágrimas plañía;
 Quejábbase de Medea,
 De su Jason maldecía,
 Que olvidara las mercedes
 Que d'ella recibía,
 Diciendo: — Una extranjera
 Me robó mi alegría;
 Llévome lo que yo amaba,

Sin pesar á mí me hería
Mi enemigo Jason :
En lo contem,lar moría. —
(SEPÚLVEDA, *Romances nuevamente sacados, etc.*)

459.

PASIPHE.

(De Juan de la Cueva.)

Ausente estaba el rey Minos
De Creta en negocios graves,
Y Pasiphe su mujer
En ciegos amores arde
De un toro, que al dios Neptuno
Minos no quiso matalle,
Habiéndole prometido
En su altar sacrificalle
Lo primero que á su vista
Se le ofreciese ó mostrase;
Y como viese este toro
Lo primero, y le agradase
Su grandeza y hermosura,
Codiciólo para padre
De sus vacadas, y diólo
Para que allá lo llevasen,
Y sacrificó á Neptuno
Otro, en lo cual le desplace;
Y encendido d'esto en ira
Neptuno, dió en castigalle,
Y qu'el mismo toro fuese
Instrumento de vengarse;
Y así dando cuenta á Vénus,
Que siempre tenia delante
La ofensa qu'el Sol la hizo
Cuando ayuntada con Marte
Manifestó á su marido
El caso, y mostró la parte
Donde juntos Marte y ella
Gozaban de amor suave,
Y fuéron cogidos ambos
En el adulterio infame,
La diosa, madre de Amor,
Qu'en el tercer cielo arde,
Viendo tan buena ocasión
Para vengar su coraje,
Y que redunde el castigo
En todo el Febeo linaje,
Por dar venganza á Neptuno,
Y que á ella el Sol le pague
El afrenta recebida
Por él, porque no se alabe,
Hizo á la Reina Pasiphe,
Mujer de Minos, que ame
Al toro, que su marido
Mandó que se le guardase;
Y así, fuera de juicio,
Del limite humano sale,
Y se abraza entre sí mesma,
Se consume y se deshace,
Sin hallar ningun remedio
Que su ardiente fuego aplaque.
¡Oh fiero, oh infando amor!
¿Quién hay que te crea, ni agrade,
Conociendo tus efectos?
¿Mas quién hay á quien no mandes,
Si vemos aquí una reina,
Hija del Sol, abrasarse,
No de un hombre, mas de un bruto,
En cuyo amor bruto arde?
Olvidado el claro honor,
Su nobleza y real sangre
Rompe con libre osadía
Por cien mil dificultades
Que le pone la razon,
Para abstenella, delante,
Y que á tener libre el juicio
Cualquiera fuera bastante.

Mas do predomina amor
No hay razon que sea importante,
Porque en su feria es la cosa
Que ménos se estima y vale;
Pues la sinrazon ayuda
A que la razon acabe,
Y que prevalezca y pueda
La inorancia, y que se ensalce
La inhumana tiranía,
Y que sus fueros ensanche,
Usando amor d'este nombre
Haga las maldades que hace
Poniendo en dura opresion
A los miseros amantes,
Que por un fingido gozo
Que cual sombra se deshace,
Lleguen á tan ciego extremo
Cual Pasiphe, que se alargue
A querer un animal
En quien razon ni amor cabe,
Y con terrible desórden
El órden procure y trace
Para poder gozar d'él
Sin que cosa se lo aparte.
Y porque venga en efeto
Su deseo abominable,
Perdido el miedo y vergüenza,
Sin ella osó declararse
A Dédalo, un carpintero,
Pidiéndole que inventase
Arte alguna con que puedan
Ella y el toro juntarse,
Prometiéndole por ello
Aquello que al que mas sabe,
Aunque mas mire por sí,
Suele hacer que resbale,
Y aun que caiga, que en sus lazos
Son pocos los que no caen;
Que el oro es tan poderoso,
Que solo su nombre hace
Que se traspasen los fueros,
Y lo mas fuerte se ablande;
Y los mas sublimes montes
Sin dificultad se pasen:
Efetos son de codicia,
Que aunque es torpe á muchos trae
Sujetos, y pocos huyen
De sus conocidos males.
D'esta codicia tocado
Dédalo, sin que repare
En la fe que debe á Minos,
Le dice qu'él dará arte
Cómo en carnal acto puedan
El toro y ella juntarse.
Satisfizose la Reina,
Qu'el mal presto satisface,
Y mandóle con promesas
Que de la obra se encargue,
Sin que la ejecucion d'ella
Un solo momento aguarde.
Dédalo con toda prisa
Sin que punto en ello alargue,
Puso en la obra las manos,
Y con la prisa importante
Que demandaba el cuidado
De la Reina, que se arde,
Fabricó una bella vaca
De madera, y para dalle
La perfeccion conveniente
Para que el toro se engañe,
La cubrió con una piel
De otra vaca, con tal arte,
Que no se diferenciaba
Si era viva ó si era en talle;
Y á la frenética Reina
Se le presentó delante.
La cual, viéndola acabada,
Porque su fuego acabase,
Mandó qu'el toro trujesen

Para al hecho dar remate,
Que no la dejaba fuerza
Del deseo, que descansa.
Dédalo, en viendo el toro,
Como el qu'el secreto sabe,
Por un lado de la vaca
Una sutil puerta abre,
Que artificialmente hizo
Por donde la Reina entrase,
Que luego que la vió abierta,
Sin que nada la acobarde,
Dentro en la vaca se arroja.
¡Oh hecho bestial! oh infame
Mujer, que un torpe apetito
Puede á tal yerro arrojarte!
Encubre tu rostro, Apolo,
No veas la qu'engendraste,
Cómo abominablemente
Con su bruto tiene parte.
El cual, en viendo la vaca,
Engañado con tal arte,
Satisfizo su deseo
Con la Reina, y satisfacen
Entrambos sus apetitos,
Igualmente irracionales.
Quedó d'este ayuntamiento,
Porque su maldad se caute,
La monstifera Pasiphe
Preñada. ¡Oh caso admirable!
Que cumplidos nueve meses,
Un monstruo parió espantable,
Qu'el medio cuerpo era de hombre
Y de toro la otra parte,
Que llamaron Minotauro,
Que comia humana carne.

(CUEVA, *Coro febo*, etc.)

460.

TESEO Y EL MINOTAURO.

(De Lorenzo de Sepúlveda.)

Súbditos son los de Atenas,
A Minos son tributarios:
Hombres le dan por rehenes,
Que comiese el Minotauro.
Juntáronse un día todos;
Suertes habían echado
Cuál sería aquel que fuese
Manjar de monstruo tan malo.
Cupo la suerte á Teseo,
Un varon muy esforzado:
En prisiones le pusieron
Para ser al monstruo dado.
Mucho lo quiere Ariadna,
Remedio le había buscado
Para librarlo de muerte.
A Dédalo había rogado,
Pues era tan ingenioso,
Manera le haya dado
Como sea libre Teseo,
Y sea muerto el Minotauro.
Dédalo fuera á la cárcel,
Donde estaba aprisionado:
Dióle una maza de hierro,
D'ella tres fúndos colgando,
Y tres pelotas de sebo
Qu'él había conficionado.
Que vaya de noche á oscuras
A Teseo ha aconsejado:
De todo lo que ha de hacer
Muy bien le había informado.
Otro día fué Teseo
Al Laberinto llevado:
Ató su hilo á la puerta,
Como ya estaba avisado.
Entró por el Laberinto;
Do estaba el monstruo ha llegado,
El cual se levantó luego

Muy ferocísimo y bravo;
Arremetió hácia él,
Muy reciamente bramando.
Quisolo despedazar
Como á los que allí han entrado;
El le arrojó las pelotas;
Al traves ha dado un salto,
Metióselas en la boca,
Con ella le ha embarazado;
Hiriéralo con la maza,
Muy buena maña se ha dado;
Diérale tantos los golpes,
Que muerto lo ha derribado.
Después de haber hecho aquesto,
Por el hilo se ha tornado;
Salióse del Laberinto
Muy alegre y consolado:
Así quedó Atenas libre
De tributo tan pesado.

(SEPÚLVEDA, *Romances nuevamente sacados*, etc.)

461.

MUERTE DE SCILA, HIJA DE NISO.

(De Juan de la Cueva.)

Cercado tenia el rey Minos
A Niso, rey de Megara,
En Alcatoe su ciudad,
Que no podia ser ganada,
Por el cabello hadado
Que Niso tenia en su guarda;
Que en tanto que en su cabeza
Durase, segura y salva
Era la ciudad de riesgo,
Y así, aunque rodeada
La tenia Minos de gente,
Por tomar cruda venganza,
Porque á su hijo Androgeo
Lo habían muerto sin causa,
Sin temor de sus combates
Niso en su ciudad se estaba,
Mirando cuán sin efecto
La virtud fatal contrasta
Minos, en hacelle guerra,
Pues su cabello lo ataja.
Cuidoso el rey Minos d'esto,
Viendo que ni fuerza basta,
Ni ardid de guerra ninguno,
Que en la ciudad le dé entrada,
Un día se llegó al muro
La visera levantada,
Tendida por él la vista,
Midiendo las torres altas,
Tanteando adónde y cómo
Podría arrimalle escalas,
Para que entrar pueda dentro,
Y acabar guerra tan larga.
Minos, ocupado en esto
Mil modos y vias traza,
Para que el foso se pase
Y el fuerte muro se bata.
Scila, la hija de Niso,
Que el campo mirando estaba
En una torre subida,
De amor libre y descuidada,
Vió al rey Minos, para ver
Su destruccion y su infamia,
La dura muerte del padre
Y ruina de su patria.
Luego el rigoroso amor
Que tiraniza las almas
Y oprime los corazones,
Que mas libres dél se apartan,
Volvió el corazón á Scila,
Y con tal fuerza lo abrasa,
Que encendida en el rey Minos
Ciega á su amor se abalanza,

Sin mirar que es su enemigo,
 Y que la tiene cercada,
 Que le administra la muerte
 A su padre, y patria amada.
 Por todo rompe furiosa,
 Que cosa no le acobarda,
 Ni cosa le pone freno,
 Ni en cosa alguna repara;
 Que le basta ser mujer,
 Y estar ya determinada.
 ¡Oh miserable furor
 De tantas miserias causa,
 Pues fuerzas á una doncella,
 Que olvidando honor y fama,
 Cometa el mas torpe hecho
 Que se sabe, ni se cauta;
 Pues rendida á su torpeza,
 La cruel hembra al cielo ingrata,
 Darle muerte al padre intenta,
 Para serle á Minos grata,
 Y entregalle la ciudad,
 Que el hado tenia en su guarda!
 Y así resoluta en esto,
 Luego que la luz se aparta
 Del mundo, y la oscura sombra
 Tiende encima de sus alas,
 Se fué donde estaba el padre,
 De las furias instigada,
 Y cortóle la cabeza,
 Y con ella la malvada
 Se salió de la ciudad
 Adonde Minos estaba,
 Que llegada á su presencia
 Dice así la hembra infanda:
 —Minos, yo soy del rey Niso
 Hija, y Scila soy llamada,
 Que vencida de tu amor,
 Quise, viendo tu demanda,
 Que sea la ciudad tuya,
 Sin aguardar á batalla,
 En la cual, vivo mi padre,
 No pudieras alcanzalla,
 Mientras un fatal cabello
 De aquí no hiciera falta;
 Y así por darte victoria,
 Por mi le ha sido cortada
 A mi padre la cabeza,
 Que es esta á ti presentada.—
 Viendo la cabeza Minos
 De Niso, volvió la cara
 Por no vella, y contra Scila
 Airado dice en voz alta:
 —Sal de aquí, maldita hembra,
 Ponzonosa sierpe airada,
 Que tú no debes estar
 Donde veas la luz clara,
 Sino en el horrible infierno,
 Como estás en cuerpo y alma,
 Puesta en la mas cruda pena
 Que de las furias es dada.—
 Diciendo esto el Rey de Creta,
 No sin gran congoja y ansias,
 Mandó atar la hembra infame,
 Y desde una roca alta,
 Que caía sobre el mar,
 Al fiero mar arrojalla,
 Sin que le moviese ruego,
 Ni las lágrimas que abundan;
 Que el justo cierra el oído
 A las injustas plegarias,
 Que á quien le falta piedad,
 Sin justicia la demanda.
 Muerta Scila, con su intento
 Prosigue, y la ciudad gana,
 Y puestas leyes y fueros,
 Ya que toda estaba llana,
 Tiende las velas al viento,
 Y alegre vuelve á su patria.

(CUEVA, Coro febeo.)

APULEYO CONVERTIDO EN ASNO.

(De Juan de la Cueva.)

De Corinto fué á Tesalia
 El sabio Lucio Apuleyo,
 A procurar quien le enseñe
 Los admirables secretos
 De la mágica y su arte,
 Habiéndole dicho d'ellos
 Que vuelven atras los rios,
 Y cuajan el mar violento;
 Que hacen morir los aires,
 Y al sol fijarse en el cielo;
 Que se arrauquen las estrellas,
 Y á Cintia dejar su cerco;
 Que se asconda el claro día,
 Y la noche enfrene el vuelo;
 Que hablen los animales,
 Y le respondan los muertos,
 Y así cosas de esta suerte
 Que aunque le pusieron miedo,
 Por ser sobrenaturales,
 Le encendieron en deseo
 De ver tantas maravillas.
 Y disponiéndose al hecho,
 Con cuidado y diligencia
 Fué dentro en Hipata puesto,
 Que era la ciudad mas noble
 Que habia en todo aquel reino,
 Donde florescia esta ciencia;
 Que buscando iba Apuleyo,
 Para dar memoria al mundo
 De su admirable suceso,
 Y á los que tan malas artes
 Siguen, con su daño, ejemplo.
 Luego que en Hipata estuvo,
 A Milon fué á buscar luego,
 Al cual le traía una carta
 De Demeas, su amigo estrecho;
 Por la cual le encomendaba
 A Lucio su compañero,
 Que lo hospedase en su casa,
 Y tratase cual á él mismo.
 Vista de Milon la carta,
 De su amigo aceptó el ruego,
 Y en su casa hospedó á Lucio,
 Regocijado y contento;
 Donde habiendo algunos dias
 Que estaba alegre y quieto,
 Amor, que en el daño humano
 Siempre está á punto y despierto,
 Encendió á Apuleyo el alma
 Y en sujecion puso el cuerpo,
 De una moza que servía
 En casa, á la cual sujeto,
 Determinó de dar cuenta
 De su apasionado extremo;
 Que las pasiones de amor
 No reposan en el seno,
 Que mal se puede encubrir
 La centella de su fuego,
 Que los ojos ó la boca
 Brotan el mal que está dentro.
 Así Lucio enamorado
 Procurando su remedio,
 No pudiendo encubrir mas
 El amoroso veneno,
 Que de noche y día le andaba
 Basqueándole en el pecho,
 Dejando el miedo á una parte,
 Que en el que ama no es bueno,
 Viendo que estaba Andria sola
 Unos pasteles haciendo,
 Sentada á la chimenea,
 Medios brazos descubiertos,
 Sobando un baston de masa,
 Por los hombros los cabellos,

Y como se menease,
 Se le esparcian por el cuello,
 Encendido de su amor,
 Pareciéndole buen tiempo
 Para descubrirle el alma,
 Así le llegó diciendo :
 —Andria, si el dolor que sufro
 Pudiera decir, yo entiendo
 Que quedaras satisfecha,
 Quedando yo satisfecho ;
 Mas túrbame amor la lengua,
 Como á enamorado nuevo,
 Que solo con presunciones
 Doy á entender mi tormento,
 Y quiero que lo adivines,
 Teniéndolo yo secreto,
 Y que de mí entiendas claro
 Lo que yo á decir no acierto ;
 Que el no acertar á hablar
 Es de enamorados tiernos,
 Y las pasiones de amor
 Turban la lengua y el seso,
 Cual á mí, que ha tantos dias
 Que ardiendo en este deseo,
 No ha habido valor en mí
 Para decirte que peno
 Por tí, y que por tí huigo
 Todo lo que da contento,
 Pues ninguno me lo da
 Si no es cuando á tí te veo,
 Cuyos regalados ojos,
 Frente, boca, cuello y pecho,
 Me traen rendido á decirte
 Que de tí apartando el ceño,
 Dés lugar á mi razon,
 Y á mi padecer el premio.—
 Andria se volvió á mirallo,
 Y dijole asi riendo :
 —No estás bien en la cocina,
 Amigo Lucio Apuleyo,
 Que demas de ser lugar
 Indecente, corres riesgo,
 Si tú vienes encendido
 Venirte acercando al fuego ;
 Que si el de la chimenea
 Y el tuyo se juntan, temo
 Que se ha de quemar la casa,
 Sin que tengamos remedio,
 Y mas, si acude una parte
 De lo mucho que yo tengo,
 Verás arder una esfera,
 Un Etna y un Mongibelo,
 Sin que lo pueda apagar
 Nadie, sino yo que puedo.
 Y dejando estas razones,
 Vete, porque yo no quiero
 Que Pánfila mi señora
 Te halle en aqueste puesto,
 Que de solo imaginallo,
 Hablando contigo tiemblo,
 Porque es tan gran hechicera
 Que con hojas de beleño,
 Y con unas pedrezuelas,
 Y unas planchuelas de acero,
 Hace cosas, que en Tesalia
 Son contadas por misterio.
 Yo esta noche iré sin falta
 A hablarte á tu aposento,
 Donde te diré despacio
 Las cosas que hacer le veo,
 Y mas agora que anda
 Pérdida tras un mancebo
 Que la desdeña, y la huye,
 Y ella ardiendo en amor ciego
 Se muda en varias figuras,
 Para vengar su desprecio. —
 Rióse Andria, y tapóse
 El rostro, en diciendo aquesto,
 Y Apuleyo le replica:

—Eso es lo que yo deseo,
 Verle hacer esas cosas,
 Y por solo verlas vengo :
 Así, Andria mia, querida,
 Da orden que yo vea eso,
 Que no habrá cosa en el mundo
 Para mí de mas contento.—
 Andria le dijo : — Anda vete,
 Que á Pánfila venir siento,
 Y aguardame cuando digo,
 Que eso y lo demas ten cierto.
 Apuleyo dió la vuelta
 Porque no lo vea huyendo.
 Entró Pánfila, y Milon
 Pidjendo de cenar luego,
 Llamó Milon á su huésped,
 Que salió su voz oyendo,
 Y puesto en conversacion
 Mil cosas trató con ellos ;
 Aunque Pánfila callaba
 Fingiéndose estar durmiendo,
 Recostada sobre el brazo,
 De cuando en cuando gimiendo,
 A veces hablando bajo,
 Y á veces hablando recio,
 Con mal formadas razones,
 En confuso y ronco estruendo
 Hiriendo á veces la tierra,
 Y á veces hablando al cielo,
 Volviendo en blanco los ojos,
 Extremeciéndose el cuerpo,
 Retorciéndose las manos,
 Con la boca haciendo gestos.
 Milon, que vió á su mujer
 Así, le dijo á Apuleyo,
 —Este es mal de corazon,
 Segun que dicen los médicos,
 Mas ellos saben tan poco
 Que en todo hablan á tiento,
 Que en no sangrando ó purgando
 No saben hacer remedio.—
 Esto diciendo Milon,
 Pánfila volvió en su acuerdo,
 Con semblante pavoroso
 Aunque se sosegó presto,
 Y limpiándose el sudor
 Al huésped miró riendo
 Que de ver que lo miraba
 No le alcanzaba el resuello.
 A este punto llegó Andria
 Con la cena, y puso luego
 La mesa, y sentados todos,
 Con ella acabó su duelo,
 Satisfaciendo á sus vientres
 Ceres y el padre Liéo,
 Volviendo su pesadumbre
 En alegre pasatiempo,
 Y el desmayo en trisca y risa,
 Y en chacota su silencio.
 Ya la luz del claro dia
 Ausente de este hemisferio,
 Dejaba entrar las tinieblas
 Por el ausencia de Febo,
 Y convidan á entregarse
 Al blando y sabroso sueño
 A los hombres y animales,
 Las lumbres y astros del cielo,
 Cuando dejando la mesa
 Todos, á dormir se fueron,
 Dando á entender que la hora
 Les convidaba á hacello,
 Que era lo que deseaban
 Pánfila y Lucio Apuleyo,
 Ella para usar su arte,
 Y él para aplacar su fuego,
 Que aquejado de su fuerza
 No le dejaba quieto,
 Aguardando la venida
 De Andria, cual fué el concierto,

En cuya imaginacion
 Todo ocupado y revuelto,
 Acusaba su tardanza,
 Con no tardarse momento;
 Cosa cierta en los que aman
 Desesperalles el tiempo,
 Y estar contando las horas
 Y los minutos midiendo,
 Temer y desconfiar,
 Recelar de lo mas cierto,
 Cual Lucio Apuleyo estaba
 Entre amor, sospecha y miedo,
 Temiendo si está olvidada
 Andria, ó si la ocupa el sueño;
 Si aceptó burlando dél
 Su venida, ó si fué yerro
 Suyo, y no promesa d'ella,
 Pues no estaba ya en el puesto.
 Estando en este cuidado
 Llegó Andria, y tocó quedó
 La puerta, cuan quedo pudo
 Con las puntas de los dedos,
 Que no fué menester mas
 Para abrirse, y entrar dentro;
 Que á dispuesta voluntad
 No impide fuerza de hierro.
 Cuando Apuleyo la vió,
 Vió de amor el cielo abierto;
 Echóle en torno los brazos
 Del inbiesto y blanco cuello,
 Y ella con semblante alegre
 Lo inclinó en su hombro izquierdo;
 Y así juntos él y ella,
 Algun espacio estuvieron:
 Mas viendo que se pasaba
 De la noche el curso presto,
 Y que ya tenia ocupado
 El medio espacio del cielo,
 Guiados del ciego amor,
 Y de su ardiente deseo,
 A dar fin á su cuidado
 De un acuerdo ambos se fuéron,
 Adonde acabaron cosas,
 Con tan alegre comienzo,
 Que el amor lleno de envidia
 Como inestable y sin gobierno,
 Remuneró al ciego amante
 Con diferente suceso,
 Volviéndole de hombre en bestia
 Por un modo extraño y nuevo,
 Que no se cuenta de Circe
 Haber tal mudanza hecho,
 Ni usar tal trasformacion
 El marino dios Proteo.
 Pasáronse algunos dias
 Que Lucio alegre y contento,
 Con Andria se regalaba
 En alegres pasatiempos,
 Aunque siempre deseoso
 Que le mostrase el efecto,
 Que Pánfila hacia con yerbas
 Con piedras y con unguentos,
 Con formas de alambre y barro,
 Con sus razones y apremios,
 Pues su principal venida
 Era solamente á aquello.
 Andria, que no se olvidaba
 Del deseo de Apuleyo,
 Con diligencia y cuidado
 Buscaba ocasion y tiempo
 Con que á Pánfila pudiese
 Ver Lucio, libre de riesgo:
 Y así viendo que una noche
 Pánfila tenia aderezo,
 Para dejando su forma
 Vuelta en buho alzar el vuelo
 A procurar á su amante,
 Que con desden y desprecio
 Correspondia á su amor,

A su pena y llanto eterno,
 Y volallo por el aire
 Si no acudiese á su ruego,
 Andria vino adonde estaba
 Lucio, que avisado d'esto
 Le pidió que lo llevase
 Adonde pudiese vello.
 Fué por ella obedecido
 El mando dél, y así luego
 Yéndolo guiando ella,
 Con pasos blandos y quedos
 Llegaron ambos á dos
 Con la oscuridad cubiertos
 Adonde Pánfila sola
 En un cerrado aposento
 Estaba, con muchas lumbres
 Mil caractéres haciendo,
 Vestida de un cendal blanco,
 Suelos todos los cabellos.
 Pusieronse Andria y Lucio
 A ver por los agujeros,
 Y víéronla desnudar
 De todos sus aderezos,
 Y quedar en carnes vivas
 Haciendo cien mil meneos,
 Hablando unas veces ronco,
 Otras pavoroso y recio.
 Abrió un arca, y sacó d'ella
 Muchas bujetas de unguentos,
 Y púsolas junto á sí,
 Metiéndose ella en un cerco,
 Y con el unguento de una
 Se untó apriesa todo el cuerpo,
 Desde la planta del pié,
 Hasta encima del cabello,
 Diciendo algunas palabras:
 Luego que esto tuvo hecho,
 Se comenzó á sacudir
 Apriesa todos sus miembros,
 De los cuales poco á poco
 Plumaz se salieron luego,
 Y le crecieron las alas,
 Y le salió un pico tuerto;
 Las uñas se le encorvaron,
 Quedando un buho perfecto:
 Comenzó en su triste canto
 A cantar, y echando el vuelo
 Se salió por la ventana,
 El veloz aire midiendo.
 Lucio, que estaba mirando
 El caso, quedó suspenso,
 Sin poder hablar palabra
 En grande espacio, de miedo,
 Entendiendo que sin duda,
 Aquello que vió era sueno.
 Y al cabo de estar así,
 Ya que recobró su acuerdo,
 Le rogó á su amada Andria,
 Que con aquel mesmo unguent
 Con que Pánfila se untó,
 A él lo untase al momento,
 Porque vuelto en buho fuese
 Tras ella, á ver tal misterio.
 Andria le dió por respuesta:
 —¿Para qué me pides eso?
 ¿Quieres que yo misma encienda
 Para en que me abrase, el fuego?
 Dime; ¿dónde iré á buscarte
 Cuando ave te vea hecho,
 Si tú te vas por el aire
 Donde no hay camino cierto?
 No me demandes tal cosa
 Que de imaginalla tiemblo.—
 Apuleyo le replica
 —Andria, á quien mas que á mí quiero,
 No sean parte esos temores
 Para no hacer mi ruego,
 Y así te pido una cosa,
 Que me declares primero

Si en ave yo convertido,
 Volver á mi forma puedo,
 Y ser, despues de ser ave,
 El mismo Lucio Apuleyo,
 Y si puedo; oh Andria mia!
 ; Por esos rubios cabellos,
 Por esa hermosa boca,
 Por esos claros luceros,
 Que no me digas de no,
 Si por mi fe lo merezco!
 — Poder volverte en tu forma
 Aunque en ave te veas vuelto,
 Dijo Andria, es fácil cosa
 Para mí, que sé el secreto;
 Que Pánfila mi señora
 Me ha dado licion en esto,
 Para á los que varias formas
 Toman, en su ser volvellos.
 Y esto, no me lo ha enseñado
 Por el amor que le tengo,
 Ni porque me quiere bien,
 Mas por su bien y remedio,
 Y tener cuando así viene
 Quien la vuelva al sér primero:
 Y mira cuán poca cosa
 Es menester para ello,
 Que con hojas de laurel,
 Y con un poco de eneldo,
 Echado en agua de fuente,
 Y lavalle todo el cuerpo
 Con ello, y que beba el agua,
 Se vuelve en su forma luego.—
 Oyendo aquestas razones
 Lucio, con mayor deseo
 Le volvió á pedir que al punto,
 Dejando todo recelo
 Hiciese lo que pedia,
 Sin tenerlo mas suspenso.
 Andria, aunque temerosa,
 Viendo á Apuleyo resuelto
 En aquella voluntad,
 Entróse en el aposento
 Do Pánfila se habia untado,
 Y sin tardarse momento
 Sacó de una bujeta,
 Mas de la mitad de unguento.
 Apuleyo sin tardarse,
 De su desventura incierto,
 Se quitó toda su ropa
 Y quedó como nacemos,
 Y él mismo comenzó á untarse
 La cabeza, espaldas, pechos,
 Por una banda y por otra,
 Sin dejar parte, ni extremo,
 Creyendo hacerse ave
 Cual Pánfila: mas el cielo
 Consintió que se trocase
 La bujeta del unguento,
 Y despues que se vió untado
 Comenzó con mucho esfuerzo
 A mover el cuerpo y brazos,
 Para que saliera pelo,
 Como á Pánfila salió,
 Mas fué diferente efecto,
 Que no le salieron plumas
 Ni las alas le crecieron,
 Que los pelos que tenia
 En sedas se le volvieron,
 La piel delgada de hombre,
 En duro y áspero cuero,
 Los dedos de pies y manos
 Se juntaron y cubrieron
 De una dura y gruesa uña,
 Crecida por los extremos;
 Nacióle una larga cola,
 Mudando de hombre el gesto,
 Haciéndosele la cara
 Muy grande, el hocico luengo,
 Las narices aventadas,

Los labios colgando y gruesos;
 Creciéronle las orejas,
 Cual el rostro por parejo,
 Quedando al fin convertido
 En asno, Lucio Apuleyo.
 El cual viéndose en tal forma,
 Queriendo quejarse de ello
 A Andria, alzaba la voz,
 Mas tambien mudó el acento,
 Que yendo á formar sus quejas
 Rebufnaba, y no pudiendo
 Hablar, daba mil roznidos,
 Mil respingos, mil revuelcos;
 Que aunque perdió forma y habla,
 Le quedó vivo el ingenio,
 Y así los ojos en Andria
 Tenia fijos sin movellos,
 Enternecidos del daño,
 Demandándole el remedio,
 Como á causa principal
 Del miserable suceso.
 Andria llorosa y turbada,
 Hiriendo su rostro bello,
 Lloraba, llamando injusto
 Al hado, y cruel al cielo,
 Y acuitándose decia:
 — ; Qué órden hay, triste, en esto!
 Que no puedo deshacer
 Agora, lo que está hecho,
 Ni enmendar con advertencia,
 Lo que hizo el torpe yerro,
 Que la hora me lo impide
 Y la falta de aderezo,
 Que aunque es fácil lo que falta,
 Es difícil por el tiempo,
 Pues con mascar unas rosas
 Quedarás el que primero,
 Y estas hasta ser de día
 No las hay, ni yo las tengo.
 Bájate ahora al establo,
 Pues que no puede ser ménos,
 No te coja aqui mi ama,
 Que será peor exceso,
 Que lo que á mi cargo queda
 Será en dando su luz Febo.—
 Bajó Lucio la cabeza,
 Y dejando el aposento
 Se fué á la caballeriza,
 Do vió su caballo luego,
 Y otro jumento con él,
 Del huésped, y entre ellos puesto,
 Cuál le da coz, cuál bocado,
 Al triste Lucio Apuleyo,
 Que aunque convertido en asno,
 El sentido tenia entero,
 Y así se metió á un rincón
 Considerando su duelo,
 Su no vista desventura
 Y de amor el duro premio,
 Y al término á que lo trujo
 De la mágica el deseo.
 Estando en este cuidado
 Deseando ya el remedio,
 Entraron unos ladrones
 Las puertas por fuerza abriendo,
 Y liando cuanta ropa
 Habia en casa, se fuéron
 Al establo, y viendo en él
 El caballo y los jumentos,
 Cargaron todos los lios,
 Y las cosas de mas peso,
 Y dandoles muchos pafos
 Al monte fuéron con ellos,
 En cuyo camino á Lucio
 Mil cosas le sucedieron,
 Hasta que comió unas rosas
 Con que en su forma fué vuelto.

463.

HIPOMENES.
(Anónimo.)

Hipomenes, un varon
Príncipe, se señaló
De los fuertes atenienses,
Y con paz los sujetó.
Este con noble señora
Honradamente casó,
De la cual hubo una hija
Que hermosura la dotó.
Cuanto mas creció en edad
Mas hermosa pareció.
El padre, como era sabio,
Sobre ella siempre veló,
Sabiendo que la hermosura
Mucho daño acarreó,
Y mas qu'era de mujeres
La cepa do procedió.
De grandes fué demandada,
Por ricos se requestó:
La mujer como es variable,
Siéndolo esta, se varió,
Y es que la hermosa doncella
La virginidad perdió.
Manifestándolo al padre
De gran ira s'indignó:
Tomóla por los cabellos,
En un establo la entró,
Y con un feroz caballo
Que tenia, la encerró.
Cerrada, tomó la llave,
Consigno se la llevó,
Y sin dalles á comer
Una semana pasó.
El caballo, con la hambre
A la doncella apañó,
Y con sus dientes y patas
Toda la despedazó:
Así la triste doncella
De aquesta suerte murió.

(Cancionero, Flor de enamorados.)

464.

PÍRAMO Y TISBE.—I.
(Anónimo.)

Tisbe y Piramo que fuéron
Leales enamorados,
Allá en la gran Babilonia
Nacidos, tambien criados,
De su desastre y fortuna
Quiéroos contar y sus hados.
Piramo, gentil mancebo
De nobles padres honrados,
Requirió á Tisbe de amores
Con motes muy requerebrados.
Apriadándose Tisbe
Dè sus penas y cuidados,
Concertáronse una noche,
En ser sus padres echados,
Salir fuera la ciudad,
Secretos, disimulados,
A un lugar constituido
Junto de unos verdes prados
Fuera de conversacion
Por estar mas ocultados.
Tisbe, la hermosa doncella,
Fué con pasos abreviados,
Primera venida al puesto,
Do con gritos denodados
Vió venir una leona,
Los piés en sangre bañados
De una vaca que habia muerto
Por aquellos despoblados.

De gran miedo dió á huir:
Con sentidos alterados
Dejó el manto, y la leona
Con sus piés ensangrentados
Hizole pedazos todo,
Dándole fieros bocados.
Ya Piramo se venia
A do habian de ser hallados,
Y por la luz de la luna,
Que daba por los sembrados,
Conoció el manto de quien
Fué por sus dedos trenzado.
En ver rasguños tan fieros,
Y de sangre señalados
Dijo:—Leona ha de presto
Mis placeres conturbado,
Y pues sus carnes y huesos
En su vientre ha sepultado
De mi tan querida Tisbe,
Sean mis día abreviados.—
Hirióse con el puñal,
Fuéron de presto acabados.
Volviendo allí Tisbe, vido
A sus amores finado:
Con el mesmo puñal, dióse
En sus pechos delicados.
Murieron ambos á dos
Como amantes desdichados,
Y de alabastro en sepulcro
Juntos fuéron sepultados.

(Cancionero, Flor de enamorados.)

465.

PÍRAMO Y TISBE.—II.

(De Lorenzo de Sepúlveda¹.)

En la grande Babilonia
Que Semiramis fundara,
Piramo, gentil mancebo,
Y una doncella moraban,
Habia Tisbe por nombre,
En hermosura extremada,
Ambos en edad iguales,
En gentileza y en gracia:
Ningun semejante á estos
En sus tiempos no se hallaba:
Ambos en grande amistad,
Desde niños se criaban;
Siendo sus padres vecinos
Continuo juntos andaban.
Creció su amor con los años,
Perfectamente se amaban:
Sus padres lo han conocido,
De estorbarles ordenaran
Aquella conversacion,
Que en ellos tan viva estaba:
No lo pudieron hacer,
Que su amor lo remediará.
Un resquicio muy oculto
Entre ambas casas buscaran,
Do ninguno los sentia;
Por allí ambos hablaban:
Los sus secretos amores
Por allí comunicaban.
Los corazones de entrambos,
Viéndose mucho descansan:
Muchas veces verse juntos
Los amantes deseaban,
Besándose y abrazando,
Mas la pared los estorbaba.
Incitados con su amor,
Con la pared razonaban:
—¿Por qué nos eres molesta?
Di, cruel: ¿por qué estorbabas
Que no se junten aquestos
Que tanto lo deseaban?—

En estas y otras cosas
 Mucho tiempo allí gastaban,
 Hasta que ya fatigados
 Con la vida que pasaban,
 Y no pudiendo sufrir
 Lo que los atormentaba,
 Conciertan este concierto,
 Que otro remedio no hallaban:
 Que otro día bien de noche,
 Cuando todos reposaran
 Sin que nadie los sintiese
 Se saliesen de sus casas,
 Y fuesen á un arboleda
 Que por lugar señalaban,
 Para gozar sus amores
 Librementemente, y sin que haya
 Quien les cause impedimento
 Como hasta allí lo hallaban.
 Venida que fué la noche,
 Ya que todos descausaban,
 Salió de su casa Tisbe
 Como la que deseaba
 Verse ya con su querido
 Como firme enamorada.
 Al lugar constituido
 Muy alegre caminaba,
 Que la fuerza del amor
 Hála hecho muy osada.
 Cerca era de la cuidad
 Esta arboleda nombrada:
 Sentóse bajo un moral
 Miétras Piramo llegara.
 Ella con grande congoja
 Como su amigo tardaba,
 Vió venir una leona
 Con la boca ensangrentada.
 Viene á beber á una fuente
 Que está cerca de ella estaba;
 Con miedo que d'ella tiene
 En una cueva se entraba:
 Dejó el manto en el camino
 Como la que iba turbada.
 Cuando bebió la leona
 Para el bosque se tornaba;
 Vió estar el manto en el suelo,
 Con las uñas lo rasgaba.
 Hizolo muchos pedazos,
 Y todo lo ensangrentara.
 Piramo salió mas tarde,
 Vino adonde Tisbe estaba,
 Las pisadas de la leona
 Vido con la luna clara
 En el polvo, hobo gran miedo,
 Mas luego se esforzara.
 Anduvo mas adelante
 Y con el manto encontrara
 Despedazado y sangriento,
 Y desdeque tal lo mirara
 Conoció que era de Tisbe
 Y que ella lo cobijaba.
 Creyó su amada ser muerta;
 Tristemente lamentaba:
 Con sospiros dolorosos,
 Que el corazon le arrancaban,
 Decia: — ¡Triste de mí!
 D'este mal fui yo la causa;
 ;Debiera ser yo el primero
 En venir á esperarla!
 Y pues fui tan desdichado
 El vivir me desagradara.
 Ya deseo que viniesen
 Leonas d'esta montaña,
 Y este perezoso cuerpo
 Con las sus uñas desliagan,
 Que yo merecia la muerte
 Y no aquella desdichada,
 Pues que le mandé venir
 Donde la muerte hallara.
 ¿Dónde estas, señora Tisbe?

Dónde estás, que no me hablas?
 ;Qué haré agora sin tí
 Viviendo vida penada?
 Mas no es justo que yo viva
 Sin de mí hacer venganza.—
 Esto dicho tomó el manto
 Y al moral se allegaba;
 Llorando de los sus ojos
 Lo besaba y abrazaba.
 Así hablaba con él
 Como si fuera su amada.
 Despues de haber lamentado
 Y afligido la su alma,
 Dijo: — Recibe, señora,
 Venganza que de mí daba.—
 Puso la espada en los pechos
 Y sobre ella se arrojaba,
 Y con el peso del cuerpo
 Salió por las espaldas.
 Con el ansia de la muerte
 Como el cuerpo meneaba
 Salíale mucha sangre,
 Que todo el suelo bañaba.
 Salió la hermosa Tisbe
 De adonde escondida estaba,
 Creyó que seria venido
 Piramo, á buscarlo andaba,
 Y como no parecia
 A el moral se tornaba.
 Vió estar el cuerpo tendido
 La color amortiguada:
 Hácia tras se retiró
 Como mujer espantada.
 Paróse tal como muerta,
 El corazon le temblaba:
 Dudosa estaba entre sí
 Y no se certificaba,
 Si era aquel el moral
 Que cuando huyó dejara.
 Despues mirando mejor
 Conoció lo que dudaba,
 Conoció el cuerpo estar muerto,
 Vió en él metida el espada,
 Conoció que era su amado
 El que muerto allí fincaba,
 Comenzó á dar grandes gritos,
 ;Lástima era mirarla!
 El su delicado rostro
 Con las manos arañaba,
 Y con grande crueldad
 Los sus cabellos mesaba,
 Y con entrañable amor
 El cuerpo muerto abrazaba,
 Y muy amorosamente
 En el rostro lo besaba.
 Con voz ronca de llorar
 D'esta suerte razonaba:
 — Dime, Piramo, señor,
 Poseedor de mi alma,
 Di: ¿quien en tan breve tiempo
 Tal como estás te parara?
 Respondedme, señor mio,
 Hablad á quien os hablaba:
 Yo soy la que siempre amastes,
 Yo soy la que á vos amaba,
 Abri esos vuestros ojos,
 Mirad á quien os llamaba,
 Catad que soy vuestra Tisbe,
 ;Señor mio, alzá la cara!
 Abrió Piramo los ojos
 Ya qu'el alma se le arranca,
 Cuando oyó el nombre de Tisbe,
 Y mostró que se alegraba.
 Quiso hablarle y no pudo
 Porque su fin lo estorbaba,
 Y luego en el mismo punto
 En sus brazos espiraba.
 Cuando ella conoció el manto,
 Y lo vido cual estaba,

Alzó los ojos al cielo;
De nuevo tanto lloraba
Que los aires con las quejas
De sus voces resonaban,
Y viendo cómo salía
Por las espaldas la espada,
Dijo: — ¡Oh sin ventura yo!
¡Oh qué desdicha tamaña!
¿Qué ofensa hice á mis dioses?
¿Porque así me castigaban?
Aquel que fué causa d'esto
A ellos ruego que mal haya;
No es justo esté yo viva,
Pues que tú ya no lo estabas.
A mis parientes y tuyos
Aquesto yo les rogaba,
Nos entierren ambos juntos;
Nuestro amor lo demandaba.
En la vida iguales fuimos
Y en la muerte desastrada,
Y tambien ruego á los dioses
Me concedan, suplicaba,
Que en memoria d'este hecho
A este árbol le sea mudada
La fruta, que sea muy negra,
La cual agora es muy blanca;
¡Pues tanto mal encubria
Merece le dén tal paga! —
Desque esto hobo hablado,
A su amigo se acercaba;
Sacó la espada del cuerpo,
Y con ella se matara.
Junto á Piramo cayó:
Muertos allí los hallaran.
Llevaronlos sus parientes
A Babilonia su patria:
Sus padres los lloran mucho,
El pueblo los consolaba;
A Piramo y Tisbé amantes
En un sepulcro enterraban.

(SEPÚLVEDA, Romances nuevamente sacados, etc.)

† Largo y pesado romance, pero en el cual bien se parece que Sepúlveda, para componerle, no tenia la pauta de una crónica que le ligase.

466.

LEANDRO Y HERO. — I.

(Anónimo.)

Por el brazo del Esponto
Leandro va navegando:
Sale del puerto de Abido
Hacia Sesto caminando:
Su lindo cuerpo es navio,
El amor le va animando,
Sus brazos sirven de remos,
Qu'el agua van apartando,
Y los piés por gubernalle
A su trabajo ayudando:
Por aguja su cabeza
Del norte no va curando:
La lumbre es la que le llama,
Por ella se va guiando.
Derribara el viento aquella
Triste curso señalando;
Saltó los vientos Neptuno;
El mar anda rodeando,
Júpiter rompió sus sellos
Muy grande furor mostrando,
Y el esforzado amador
Va con ánimo nadando.
La fortuna lo maltrata,
Con las ondas va luchando:
Tanto esforzaron los vientos
Qu'el triste se va cansando,
Do empezó con gran dolor
D'este modo lamentando.

— ¡Oh la mi tierra de Abido!
¿Qué pensarás yo faltando?
¡Oh mis parientes y amigos!
No me esperéis paseando:
¡Oh la mi señora Hero!
¿Qué harás, dime tú, cuando
Verás este triste cuerpo
Que t'estaba contemplando?» —
Leandro estando en aquesto,
Su vida se iba apocando:
Zabullóle l'agua al bondo,
Murió el triste suspirando,
Y con decir: — ¡Hero! ¡Hero! —
Su vivir se fué acabando.

(Cancionero, Flor de enamorados.)

467.

LEANDRO Y HERO. — II.

(Anónimo.)

Aguardando estaba Hero
Al amante que solia,
Con tristeza y gran cuidado
De ver cuan tarde venia.
Miraba de una ventana
El temporal que corria;
Por las orillas del mar
Los lindos ojos volvía,
Y en ver la onda que daba
A la torre do vivía,
Pensaba qu'era Leandro
Con la escuridad que hacia.
Pero en su mirar continuo
Ya qu'el alba esclarecía,
Vido un hombre allí tendido
Que muerto le parecia.
Despues que lo hubo mirado,
Conociólo en demasia,
Qu'era su amigo Leandro.
Que amaba mucho y queria.
Con grandisimo dolor
Estas palabras decia:
— ¡Oh desdichada mujer!
Oh gran desventura mia,
Pues he perdido mi amado
Que mas que á mi le queria!
¡Bien me privaste, fortuna,
Del gozo que poseía!
¡Ven ya, muerte, si quisieres,
Y darte he esta alma mia!
¡Viendo mi señor ya muerto
No quiero vivir un dia! —
Y diciendo estas palabras
S'e echó con gran osadía
Desde la ventana, abajo,
Y encima el cuerpo caía.
A Leandro acompañando
La hermosa Hero moria:
En los campos Eliseos
A Hero y Leandro en compañía
Sepultaron juntamente
Con tristeza y agonía.

(Cancionero, Flor de enamorados.)

468.

NACIMIENTO DE PÁRIS.

(De Lorenzo de Sepúlveda.)

Preñada es la reina Hécuba
Su mujer del rey Priamo:
Una noche en su dormir
Un sueño habia soñado.
Gran pavor tomó la Reina,
Al Rey lo ha revelado:
Es el sueño, que paría

Un fuego cruel y bravo
 Que abrasaba á toda Troya;
 Destruída habia quedado.
 Priamo con gran temor
 A su dios ha preguntado
 Lo que significa el sueño.
 Luego le fué declarado;
 Que de Hécula naceria
 Un hijo muy malhadado,
 Causa de destruicion,
 De aqueso reino troyano.
 Priamo que aquesto oyó,
 Luego habia sentenciado
 Que el hijo que le naciese
 Fuese luego degollado.
 Un hijo parió la Reina
 De muy gran beldad dotado;
 Mas movida á compasion
 No consintiera matarlo.
 Hizole secretamente,
 Dar á aquellos que el ganado
 Del rey Priamo traian
 Eu las selvas pacentando,
 Para que allá lo criasen:
 Llamarle mandó Alejandro.
 Siendo ya crecido en dias,
 Hijo de pastor llamado,
 El oficio pastoral
 Bien lo iba ejercitando.
 En aquesa selva ida
 Apacienta los ganados,
 Que eran de Priamo el rey;
 Diestro es y ejercitado.
 Cuando lidiaban dos toros
 Al vencedor de buen grado
 Con corona de vitoria
 Era por el coronado:
 Dicen que es justo juez;
 Paris todos le han nombrado.
 Dél se enamorará Enome,
 Que ganado anda guardando.
 Ambos del amor heridos
 Publicanse su cuidado;
 Juntos andan por los montes,
 De compañía se arredrando;
 Ambos quieren soledad
 Para gozar sus regalos.
 Conocido fué Paris
 Por hijo del rey Priamo,
 Y llevado á su real casa,
 Enome sola ha quedado;
 Lamenta su soledad.
 Lloro el poco cuidado,
 Y la grande ingratitud
 Que Paris con ella ha usado,
 Mal pagando los servicios
 Que le hizo señalados,
 Dándole su libertad,
 Siendo querido y amado
 D'ella mas que de ninguno
 Lo fuera, ni en tanto grado,
 Porque con perpetuo olvido
 D'ella no se habia acordado
 Despues que pareció ser
 Hijo de Rey tan honrado.
 Mas por tanta ingratitud
 El amor no le ha menguado,
 Que en su memoria lo tuvo,
 Que nunca le ha olvidado;
 Y aun despues de Paris muerto
 Del ejército greciano,
 Como vió el cuerpo difunto,
 Sin seso habia quedado,
 Y con el grande dolor
 La muerte la habia llevado.

(SEPÚLVEDA, *Romances nuevamente sacados*, etc.)

JUICIO DE PÁRIS.

(Anónimo¹.)

Por una linda espesura
 De arboleda muy florida
 Donde corren muchas fuentes
 De agua clara muy lucida,
 Un rio caudal la cerca
 Que nasce dentro en Turquía
 En las tierras del Soldan
 Y las del gran can Suria:
 Mil y quinientos molinos
 Que d'él muelen noche y dia,
 Quinientos muelen canela
 Y quinientos perlas finas,
 Y quinientos muelen trigo
 Para sustentar la vida.
 Todos eran del gran Rey
 Que á los reyes precedia,
 Padre del buen caballero,
 Orden de caballeria,
 Del esforzado Don Héctor
 Que á los griegos destruia.
 En medio d'esta arboleda
 El infante Paris dormia;
 El arco tiene colgado
 De una murta muy florida,
 Y el aljaba de los tiros
 Por cabecera tenia.
 Era por el mes de mayo,
 Que los calores hacia;
 Por el suelo muchas flores,
 Muchas finas clavellinas,
 De lirios y rosas frescas
 Qu'era grande maravilla.
 Allí el ruiseñor cantaba
 Con muy dulce melodía:
 Cantaban mil pajaricos
 Todos con grande armonia.
 Y estando así el Infante,
 Qu'el sueño mas le venia,
 Dormiendo soñaba un sueño
 De una vision que veia,
 De tres las mas lindas damas
 Qu'en todo el mundo habia,
 Vestidas de oro y de seda,
 Perlas y gran pederria.
 Los joyeles que llevaban
 No tienen par ni valia;
 Rubios cabellos tendidos,
 Que un sutil velo cubria.
 Y estando así dormiendo,
 Que de sí nada sabia,
 Cuando estas lindas damas
 Cada cual bien lo servia.
 La una le peina el cabello,
 La otra aire le hacia,
 La otra le coge el sudor
 Que de su rostro salia.
 Recuerda el infante Paris,
 No sabiendo si dormia;
 Mas ya en sí acordado
 Con espanto que tenia,
 Palabras está diciendo;
 De aquesta suerte decia.
 — ¡Oh Dios, y qué lindas damas!
 ¡Qué linda filosofía!
 ¡Bien parece en estos gestos
 Ser damas de gran valía!
 Decidme, si sois humanas
 O si sois cosa divina,
 O si sois encantamiento,
 O buena ventura mía.
 Decid, si puedo serviros
 Con las fuerzas y la vida,
 Aventuraré mi cuerpo
 En batallas noche y dia,

Porqu'el dia que nasciera
Grandes cosas se decian
En las cortes de mi padre
Que grandes sabios habia;
Y aun la Infanta mi hermana
Que lee en astrología,
Dijo qu'en esta arboleda,
Dentro en esta praderia,
Me venia á mi aventura
Por donde me perderia.
Mas aunque sepa morir,
De servir no causaria,
Qu'en los buenos caballeros
Mal está la cobardia. —
Convidábanse las reinas
Cual primero hablaría.
Habló la primera Pálas
Una razon bien sabida.
— A vos el infante París,
Escuchadme por mi vida,
Pues que sois tal caballero
Digno en la sabiduria,
Estad con ojos abiertos,
Despertad la fantasia
Porqu'estas reinas y yo
Venimos en gran porfia
De cual era mas hermosa,
De cual era mas garrida.
París, si juzgais por mí
Aqueste don os daría:
Daros he ventura en armas,
Y dicha en caballería:
Vencerás cualquier batalla
Aunque tengas demasia. —
Luego que acabó la Pálas,
Habló Juno: así decía:
— A vos, esforzado París,
Oiga vuestra señoría:
Caballero sois en armas,
Qu'en el mundo otro no habia,
Persona tan justiciera,
Porque se alegra mi vida,
Que sé que no quitaréis
Aquello que hoy merecía,
Y si me dais este don
Yo á vos otro daría.
Daros he muchos dineros,
Mas que ningun rey tenia;
Sobre todos los señores
Siempre habrás la señoría. —
Hablado que había Juno,
Venus luego allí venia,
Vestida de ropas verdes;
Un arco al cuello traía.
Hablaba luego á París,
Que delante la tenia.
— A vos, el príncipe París,
Hijo del Rey d'esta isla:
Hijo sois del mejor rey,
Qu'en todo el mundo habia:
Hermano del caballero
Que Don Héctor se decía:
Yo sé que fuerza ni miedo
N'os hará torcer la vía,
Por do espero mi derecho,
París, no se perdería.
En vuestras manos, señor,
Encomiendo la hora mía.
Si juzgas, París, por mí,
Por empresa te daría
Esta saeta de amor,
Que llegando luego hería:
Darte he la mas linda dama
Qu'en el mundo otra no habia,
Y, París, sobre las otras
Siempre habrás la señoría. —
Don París de que se vido
Metido en tan gran porfia,
Hablando muy reposado

Estas palabras decía:
— Suplico á vuestras altezas:
Desnudas veros querría
Porque yo pueda juzgar
Y absolver vuestra porfia. —
Todas juntas á la par
Se desnudan de camisa.
Juzgára el infante París,
D'esta manera decía:
— Qu'en gala y en discrecion,
Hermosura y cortesía,
Y en todo lo que hay demas,
Y á lo que á él le parecía,
Juzga que la diosa Venus
Llevese la mejoría. —
Luego Pálas y Juno
Empiezan á hacer su vía:
Métense por un bosque,
Por una gran pradería,
Estas palabras diciendo
Ambas juntas á porfia.
— ¡París, y cuán mal mirastes!
¡Mal mirastes la honra mía!
Pudiérades tomar provecho,
Y escogistes la perdida.
Yo os haré morir en batalla
Que será de gran valía,
Y verás esa gran Troya
Cual por tu causa caía.

(Cancionero de Romances.)

¹ Hé aquí un largo pero lindo y popular romance, cuyo estilo y versificación sencilla y graciosa hacen presumible que se compusiese á principios del siglo XVI, y por un buen poeta aficionado á los libros caballerescos. Así es de creer, puesto que reviste de las formas de caballeros andantes á Don Héctor y á Don París.

470.

PREPÁRANSE LOS GRIEGOS A VENGAR SOBRE TROYA EL RAPTO DE ELENA, Y LA INJURIA HECHA AL REY MENELAO.

(De Soria ¹.)

Triste está el rey Menelao,
Triste con mucho cuidado
Por lo qu'el troyano hizo,
París el enamorado,
Que robó la linda Elena
De su templo consagrado.
Yo cuento con los perdidos
Al que va mejor librado;
Enemiga es la ventura
Al mas bienaventurado:
Al forzador por la fuerza,
Por la pérdida al forzado.
Los troyanos llaman gente,
Los griegos ya la han juntado,
Mas el consejo de Ulises
Por todos es aprobado.
Qu'enviasen por Aquiles,
Buen caballero estimado,
Que sin él no se podía
Vengar el yerro pasado.
Presente en el pensamiento
Del que sostiene el cuidado:
¡Oh París, cuán bueno fuera,
Pues fuistes aconsejado,
Olyidar la vieja injuria,
Pues no fuistes injuriado!
Creistes mas el consejo
De Héctor el esforzado:
En los comienzos miremos
Qu'el fin traerán sojuzgado.

Deshecha.

Lo que la ventura quiere,
No querello
Es el camino de vello.
La ventura lo concierta;
Quien piensa desconcertallo,

Mas acierta en acertallo
 Qu'en desconcertallo acierta.
 El rodear es atajo
 Para aquello
 Que por fuerza habrá de vello.
 No puede ser excusado
 Lo qu'es de fuerza, no hay duda,
 Que no muda quien no muda
 Lo qu'está ya sentenciado.
 Mudara su pensamiento,
 Mas no aquello
 Que piensa mudar por ello.

(Cancionero general.—It. Cancionero de Romances.)

⁴ Hállase también esta composición en el *Cancionero de Romances*; pero ménos completa, y sin el villancico que la termina. Es composición artística, pero con pretension á popular. Pertenece á las últimas décadas del siglo xv.

471.

AL MISMO ASUNTO.

(Anónimo ¹.)

Triste, mezquino y pensoso
 Estaba el rey Menelao,
 Por lo que Páris hiciera,
 Páris el enamorado,
 Que robó la linda Elena
 De su templo consagrado,
 Y se la llevara á Troya,
 Y con ella se ha casado.
 Sabiéndolo Agamenon,
 Va á consolar á su hermano:
 Menelao que lo viera
 Levantóse de su estrado,
 Rompiendo las vestiduras
 Y las sus barbas mesando;
 Por el palacio adelante
 Con gran pasion va llorando:
 —¿Qué es de ti, reina Elena?
 ;Haciendo terrible llanto
 Te llevaron los troyanos,
 A mi pesar, sin mi grado!
 ;Mejor me hubiera á mi sido
 Nascido no haber estado,
 Y no ser Rey en el mundo
 Para verme tan penado!
 ; Yo juro á los nuestros dioses,
 Que siempre viva enojado,
 Hasta que derribe á Troya,
 Y degüelle al rey Priamo! —
 Y con este juramento
 Algo quedó consolado,
 Y lo mismo Agamenon
 Juró tambien de guardallo.
 Tambien lo jurara Ulises,
 Que con ellos se ha hallado,
 Y promete de buscar
 A Aquiles el esforzado,
 Que sin él no se podía
 Vengar el yerro pasado.
 Ya despachan mensajeros,
 Y mucha gente han juntado,
 Y con muchos reyes griegos
 Para Troya han embarcado.

(Cancionero de Romances.)

¹ Como el anterior, pero de la última década del siglo xv, ó la primera del xvi.

472.

HÉCTOR Y AQUILES:

(Anónimo.)

Miraba el famoso Aquiles,
 Caudillo del campo griego,
 En lo rojo de las armas
 El valor y brazo de Héctor:

Miraba el templado escudo
 De aquel consagrado acero,
 Por mil partes abollado
 Desembrizado y deshecho:
 Miraba sus Miridiones,
 Su amigo Patroelo muerto,
 Menelao y Agamenon,
 Sin brio, fuerza, ni esfuerzo:
 Miraba allí sin armas,
 Quien con ellas tanto ha hecho,
 Y el rostro mira que hizo
 Rostro á tanto caballero:
 Mil cosas revuelve y mira
 De aquel su contrario fiero;
 Que son en los casos de honra
 Profundos los pensamientos.
 Con la ocasion de las treguas
 Halló en el troyano templo
 De aquella sangrienta Pálas,
 Aquel vencedor sangriento.
 Estaba el fuerte troyano
 De un manto rojo cubierto,
 Color con que tiñe el campo,
 Y viste sus pensamientos.
 El semblante tiene altivo,
 El rostro largo y moreno,
 Estando alegre, hermoso,
 Estando enojado, feo:
 La frente espaciosa y ancha,
 Los labios rojos y bellos,
 Los dientes juntos y blancos,
 El cabello corto y crespo.
 Conoce por las señales,
 Quién se señala entre ciento,
 Porque las muestras de fuera
 Conciertan con lo de dentro.
 Sosiega el pecho alterado
 El fiero semblante de Héctor;
 Que al soberbio contrario
 Tiempla el corazón soberbio.

(Romancero general.)

473.

AQUILES MATA A TROYLO, Y MUERE POR ELLO.

(De Lorenzo de Sepúlveda.)

Llanto hace dolorido
 Priamo, ese rey troyano,
 Con Hécula su mujer:
 Ambos están lamentando.
 Lloraban su fuerte hijo
 Héctor, el muy esforzado.
 Muerto por mano de Aquiles
 No con esforzada mano.
 Los troyanos piden tregua,
 Los griegos la han otorgado,
 Para sepultar á Héctor
 Y hacelle su aniversario.
 Al templo de las obsequias
 Aquiles había llegado:
 Vido en él á Policena,
 Que lloraba por su hermano,
 Muy perfecta en hermosura,
 Graciosa en extremo grado.
 Luego que Aquiles la viera
 D'ella quedó enamorado,
 Y á la triste reina Hecuba
 Por mujer la ha demandado.
 Prometió quitar el cerco
 Que á Troya tiene cercado,
 Si hace lo que le pide:
 La Reina se la ha mandado.
 Acabadas son las treguas,
 A la batalla han tornado;
 Aquiles entraba en ella,
 A Troylo ha derrribado.
 Matólo como traidor,
 De troyanos es llorado:

Hécuba con Policena
 Procuraban de vengarlo.
 A Aquiles envían mensaje,
 Cumplir quierén lo mandado:
 Incitado mas de amor,
 Que de razón acordado,
 Sin armas y un compañero
 (Antíloco era llamado),
 Hijo del viejo Nestor,
 Al templo de Apolo entraron;
 Recibieron muerte cruel,
 Que París se la había dado.

(SEPÚLVEDA, *Romances nuevamente sacados, etc.*)

474.

TREGUAS ENTRE GRIEGOS Y TROYANOS.—MUERTE DE HÉCTOR,
 Y AMORES DE AQUÍLES CON LA LINDA POLICENA.

(De Luis Hurtado 4.)

En Troya entran los griegos,
 Tres á tres, y cuatro á cuatro,
 Mientras que las treguas duran
 Que los dos reyes han dado:
 El rey Priamo de Troya,
 También el rey Menelao.
 Entre tanto el fuerte Héctor
 Se sale por ver el campo,
 Y por ver sus enemigos,
 Si están puestos á recaudo:
 Y mirando á todas partes
 Con Aquiles ha encontrado,
 El cual tenía gran deseo
 De á Héctor ver desarmado,
 Por ver si es hombre robusto,
 O de gesto mesurado,
 Y si es de damas querido
 Como en Grecia se ha sonado.
 Aquiles cuando vió á Héctor
 Desta manera ha hablado:
 —Dios te salve, fuerte Héctor,
 Buen caballero esforzado,
 Fuerte muro y defensor
 Del gran caudillo troyano:
 Quieras entrar en la tienda,
 Que no te será negado.
 ¡Gran placer tengo de verte
 Como vienes desarmado:
 Pero mayor me sería,
 Mayor con gozo doblado,
 Si yo te diese la muerte,
 La cual te daría de grado,
 Porque mi cuerpo ha sentido
 Los golpes de tu gran mano;
 Que los tajos de tu espada,
 Mucha sangre me han quitado,
 Y el dolor que d'esto tengo
 Al corazón me ha llegado!
 Mas otra mayor afrenta
 Me le tiene quebrantado,
 Y es de que tengo memoria
 De la muerte que tú has dado
 A Patroclo, un caballero,
 Mi amigo muy estimado,
 Qu'entre mi cuerpo y el suyo
 Diferencia no he hallado;
 Mas la muerte que le diste
 Vengaré con esta mano,
 En ti, y en tu mismo cuerpo,
 Como tengo deseado.—
 Allí habló el fuerte Héctor,
 Bien oiréis lo que ha hablado:
 —Así haga á vos, Aquiles,
 Caudillo muy sublimado,
 Fuerte muralla de Grecia,
 Y de los griegos amparo:
 No tenéis justo derecho
 En eso que habéis hablado;

Que si busco vuestra muerte
 Debo buscar vuestro daño,
 Y si no lo hiciese
 A mal me sería contado,
 Pues venís de vuestra tierra
 Por hernos desaguiado,
 Y poneis á nuestra gente
 En muy continuo trabajo,
 Aunque vuestras amenazas
 Ningun temor me han causado:
 Mas si dos años yo vivo,
 A todos daré mal cabo,
 Pues locamente os pusistes
 Donde os iriades de grado
 Si por vergüenza no fuese
 Dejariades todo el campo,
 Mas primero serás muerto
 Por aqueste fuerte brazo,
 Que los filos de tu espada
 Mis carnes hayan probado.
 Mas si tienes osadía,
 Y presumes d'esforzado,
 Y piensas prevalecer
 Con Héctor el afamado,
 Haz que firmen los carteles
 De tu parte en todo el campo,
 Y firmarán los de Troya
 De pasar por lo juzgado,
 Y es: que los dos juntamente
 Quedemos desafiados,
 Para dar nuestra batalla,
 Solos nos en campo armados:
 Y si vencieres tú, Aquiles,
 Darse os ha Troya de grado,
 Con que dejes ir la gente
 A vivir á reino extraño;
 Y también si yo venciere
 Que os vais y dejes el campo.—
 Aquiles oyendo aquesto
 Gravemente se ha enojado,
 Y por aceptar batalla
 Desta manera ha hablado:
 —Calles, calles, fuerte Héctor,
 No quieras ir castigado;
 Mas tomes aqueste guante
 Para que quede aplazado.—
 Y á las voces qu'ellos daban,
 Con esto que han concertado,
 Vino el rey Agamenon,
 Con ese rey Menelao.
 Fuéese derecho á la tienda
 Donde los dos se han juntado.
 Los griegos dan su consejo
 A ese buen rey Menelao:
 Mas Agamenon no quiere
 Que pasen por lo ordenado.
 Los troyanos no consienten,
 Sino solo el rey Priamo;
 Pero como es uno solo,
 Con todos ha concordado.
 Que salgan todos con gente
 Para un día señalado,
 Adonde despues salieron
 Como aqui os será contado.
 Salió el esforzado Héctor
 Con quince mil de á caballo;
 Consigo llevó á Troilo,
 Con dos mil y mas armados:
 París también salió luego
 Con arqueros á su lado,
 En número de tres mil,
 Que muy bien los ha ordenado:
 Deyofevo salió tras este,
 Que otros tantos ha tomado;
 Pues Eneas con la resta,
 En Troya no se ha quedado
 Con sus cien mil caballeros
 Condes, duques de alto estado.
 Ausina salió esta gente

A tomar lugar del campo.
 Por acá salen los griegos
 Que otros tantos han juntado;
 Mas el primer combatiente
 Fué el rey Félix, muy osado,
 Que de parte de los griegos
 La delantera ha tomado;
 Y salírale al encuentro
 Héctor el fuerte troyano.
 L'encontró tan fuertemente
 Que presto le dió mal cabo,
 Y sin hablar mas palabra
 Cayó muerto del caballo.
 Aquí se armó una batalla
 Que nadie podía contallo,
 Donde Héctor fué herido
 En el carrillo á soslayo;
 Mas esta chica herida
 No sabe quien se la ha dado,
 Y mirando hácia Troya,
 Muchas damas ha hallado
 Qu'están puestas en los muros
 Para ver quien vence el campo.
 Pues Héctor varonilmente
 Muchos reyes ha matado,
 Entre los cuales fué uno
 Persona de gran estado:
 Mas aqueste fué el postrero
 Que Héctor ha derribado.
 Héctor tenía una costumbre,
 De que le fué mal contado:
 Era tomar una pieza
 De cualquier rey señalado:
 Y estando quitando á este
 El yelmo qu'esta enlazado,
 Abajárase á quitalle
 Sobre el arzon del caballo:
 Mas detras estaba Aquiles,
 Que muy bien le está mirando,
 Y al abajar de los lomos
 Vido un poco desarmado.
 Tomara una gruesa lanza
 Estando Héctor descuidado,
 Metiéndola por las espaldas,
 Que á los pechos ha pasado.
 Aquí murió al fuerte Héctor
 Hijo d'ese rey Priamo.
 Saliera Odemon el fuerte,
 Con Aquiles ha encontrado,
 Y dióle tan recios golpes
 Que lo echara del caballo,
 Y los sus Miridiones,
 En un paves le han llevado:
 Pensaban qu'estaba muerto,
 Pero mucho le han curado.
 Los troyanos viendo aquesto
 Desampararon el campo,
 Y fuéronse para Troya,
 De priesa, que no despacio.
 Allá llevaron el cuerpo
 Del caballero esforzado,
 A enterrallo con gran honra
 Segun merece su estado.
 No se lo impiden los griegos,
 Mas se lo dan de buen grado.
 Los llantos que se hacian
 Era cosa de mirallo!
 Reyes, grandes y marqueses
 Llevan el cuerpo á palacio
 Delante del Rey su padre,
 Donde creció mayor llanto,
 Que todos los de su corte
 No podian acallallo.
 Despues que vido el buen Rey
 Que no puede remediallo,
 Manda llamar seis maestros,
 Y á todos ha preguntado
 Si pueden guardar el cuerpo
 Sin que hayan d'enterrallo.

Allí respondieron ellos,
 Todos juntos han hablado.
 —; Muy bien lo decís, el Rey!
 ; Bien lo has determinado!
 Porque le vean las gentes
 Nos buscaremos recaudo.—
 Y pasados muchos dias,
 Qu'en aquesto han estudiado,
 Para el Rey se fuéron luego:
 D'esta manera han hablado.
 —Manténgaos Dios, el Rey,
 Rey de Troya intitulado,
 Nosotros despues de acuerdo
 Buen remedio hemos hallado.
 Daos el cuerpo, buen Rey,
 Que dél daremos recaudo.
 —Tomalde, los mis maestros,
 Haced dél á vuestro grado.—
 Luego tomaron el cuerpo
 Y á un templo se lo han llevado,
 Qu'era llamado de Apolo,
 Y de Febo era nombrado.
 Un tabernáculo han hecho
 Cabe el altar mas honrado:
 Es hecho d'esta manera
 Que aquí será señalado.
 Aqueste era sostenido
 Con cuatro esquinas de mármol;
 De mármol era el cimientio,
 Que las columnas no hablo,
 Porqu'eran de un oro fino,
 De oro fino martillado;
 Y son hechas por tal arte
 Que vuelven de cada lado:
 Bajan, suben prestamente
 Como huso torneado.
 En cada esquina de aquestas
 Está un ángel figurado,
 Y encima del chapitel
 Muchas piedras han sentado;
 Las piedras eran muy ricas,
 Preciosas y de alto estado:
 Tanto relumbran de noche,
 Que parece dia claro;
 Y para subir al templo,
 Unas gradas han formado,
 Qu'eran de fino cristal,
 De cristal muy esmerado;
 Y encima de todo aquesto
 Una imágen han labrado
 Con una espada desnuda
 Puesta en la derecha mano.
 La imágen parece á Héctor,
 Parece estar menazando,
 A aquellos que por traicion
 Su cuerpo habian derribado.
 Abajo, dentro del templo,
 Una silla han esmaltado
 De oro resplandesciente,
 Y rosicler colorado.
 Aquí pusieron á Héctor
 En esta silla sentado,
 Muy ricamente vestido,
 Salvo en los piés descalzado:
 Con sus paños está puesto,
 Que ninguno le han quitado,
 Y encima de la cabeza
 De bálsamo tiene un vaso.
 Su gesto parece vivo
 Aunqu'está mortificado,
 Y por sutil invencion
 El casco tiene horadado,
 Para que por el su cuerpo
 El bálsamo sea echado.
 Primero va por la cara,
 Y por el pescuezo abajo;
 Luego le va por el cuerpo,
 Por entrañas y costado,
 Brazos, piernas, por de dentro,

Todo lo tiene tomado :
 Tan entero está el cabello
 Que parece bien peinado.
 Así estaba el fuerte Héctor,
 Sin estar desfigurado :
 Viénente á ver sus amigos
 Y sentábanse á su lado :
 Como si estuviera vivo
 Con él están razonando.
 En aquesto los maestros
 Desque lo han bien concertado,
 Hicieron un artificio
 Muy ricamente labrado.
 Cuatro lámparas ardian
 Sin jamas cesar un rato.
 Todas cuatro están en cuadra,
 Qu'era el templo así cuadrado,
 Cada cual en su columna
 Ardian de muy buen grado.
 Despues d'esto, los maestros
 Grandes vigas han tomado
 De un árbol de gran fuerza,
 Que ébano era llamado.
 Hacen d'ellas cerraduras
 Que todo el templo han cercado :
 Cierra y abre buenamente
 Cuando algun grande es llegado
 Para ver el cuerpo de Héctor :
 Y para que sea guardado
 Hizo poner allí el Rey
 Mucha vigilia y recaudo.
 Hizo poner sacerdotes,
 Que contino estén orando,
 Y dalles por ello rentas,
 Rentas, y grandes ditados.
 En esto, un rey de los griegos,
 Que Agamenon es llamado,
 Habló con toda su gente,
 D'esta manera ha hablado :
 — Reyes y nobles señores,
 Duques, condes de alto estado,
 Bien vedes la gran victoria
 Que hoy habemos alcanzado
 En matar al fuerte Héctor,
 Que nos hacia gran daño.
 Matárale el noble Aquiles
 Nuestra defensa y amparo,
 El cual está muy herido,
 Y su vida muy al cabo.
 Pues por la muerte de Héctor
 Vencerémos los troyanos,
 Enviad á pedir treguas
 Por un tiempo señalado,
 Y que sea por dos meses,
 Porq'es tiempo limitado,
 Mientra quemamos los muertos,
 Los muertos que aqui han quedado,
 Pues salen tales hedores,
 Que nos hacen mucho daño,
 Y tambien porque se curen
 Los heridos d'este campo,
 Y sanar ha el fuerte Aquiles
 Porqu'está muy mal lagado. —
 Muy bien les ha parecido
 A todos lo que ha hablado :
 Estuvieron en su acuerdo,
 Dos grandes han concertado
 De irse á pedir las treguas.
 A París, ese troyano,
 Fuéron á pedir las treguas;
 Otorgáselas de grado.
 Pues pasado mucho tiempo
 Batallas han ordenado :
 Al fuerte Palamedes
 Por capitán le han alzado
 De la gente de los griegos;
 Lo llevan bien concertado.
 El rey Priamo en aquesto
 Sus tres hijos ha llamado;

El uno es París el fuerte,
 Y Troylo el esforzado,
 El tercero es Deyofebo,
 Con los cuales ha hablado
 Llorando de los sus ojos,
 Que á llorar han provocado.
 — Hijos, sacadme de afrenta,
 Y vengad á vuestro hermano,
 Porque no piensen los griegos
 Que Héctor nos ha faltado :
 Que aunque mataron su cuerpo
 Su fama nos ha quedado. —
 Tanto habia perdido en Troya,
 Que ya quieren ser en campo,
 Pues ya pasadas las treguas
 Fuertemente han batallado.
 Despues de aquesta batalla
 Otras treguas han armado,
 Y entrando en Troya los griegos
 Los de Troya van al campo.
 Aquiles tomó osadia
 D'en Troya entrar desarmado,
 Y fuérase para el templo
 Do Héctor está sentado,
 Y de verle tan bien puesto
 Se estuvo maravillado,
 En ver que las sus facciones
 No se habian demudado.
 Allí halló caballeros,
 Y grandes que hacian llanto,
 Tambien halló muchas damas,
 Qu'están plañendo y llorando;
 Entre las cuales fué una
 Qu'el corazon le ha robado,
 Y es la linda Policena,
 Qu'está á los piés del linado.
 Con sus manos delicadas
 Sus cabellos ha mesado,
 Que sou como hebras de oro,
 Del oro mas afinado.
 Estála mirando Aquiles,
 Y ansi se queda elevado.
 En esto vino la noche
 Y fuérase para el campo :
 Mandó llamar á los suyos
 Y á dos d'ellos ha mandado
 Que le hiciesen la cama,
 Que le hagan el estrado :
 Y echándose con tristeza
 D'esta manera ha hablado :
 — Aquiles triste y sin fuerza,
 Dime, ¿quién te ha cautivado?
 ¿Dónde esta tu corazon?
 Quién te lo habia salteado,
 Robóte tu corazon
 Por el siniestro costado. —
 Despues de hablar aquesto
 Y de mucho haber llorado
 Determina de escribir
 A la reina y rey troyano,
 Diciendo : — « Altos señores,
 » Y reyes de gran estado :
 » Aunque he tomado venganza
 » Por causa de Menelao,
 » Seréos muy obediente
 » Y hijo muy humillado,
 » Y haré tornar á los griegos
 » Y que dejen todo el campo,
 » Si me dais á Policena,
 » El fuerte muro troyano,
 » Para que case con ella,
 » Y sea yo su velado,
 » Y así hará una doncella
 » Lo que no hizo Priamo,
 » Ni ménos lo hizo Héctor,
 » Ni caballero troyano. » —
 Despues d'escrita esta carta
 A un pajeccico la ha dado.
 El paje fué luego á Troya,

De priesa que no despacio,
 Y diérasela á la Reina,
 A ella en su propia mano.
 Desde que la hubo leido
 Gran pensamiento la ha dado :
 Dijérase al pajecico :
 —Decid al que os ha enviado
 Que dentro de cuatro dias
 Daré respuesta ó recaudo. —
 Fuese por hablar al Rey,
 A ese grande rey Priamo,
 Y dijole la embajada
 Que Aquiles habia enviado.
 En aquesto hablara el Rey
 D'esta manera ha hablado :
 —; Noble Reina ! noble Reina !
 ; Mucho estoy maravillado,
 Siendo persona tan sabia,
 Hablar lo que habeis hablado !
 ; No sabeis que al enemigo
 No se le debe hacer pacto ? —
 Mas tantos ruegos le hicieron,
 Que hubo por bien de otorgallo,
 Y fué de aquesta manera
 La carta que le ha enviado :
 Que haga ir á los griegos,
 Y qu'él le dará recado,
 Y que le hará heredero
 De dentro de su reinado.
 En oyendo aquesto Aquiles
 El corazon le ha alegrado,
 Y fuése para los griegos
 Y ayuntólos en el campo,
 Y sus razones moviendo,
 D'esta manera ha hablado :
 —Sálveos Dios, sabios varones,
 De ánimos esforzados :
 Ya veis los muy largos tiempos
 Que aqui tenemos gastados.
 Ayer cuando entrara en Troya,
 A toda parte he mirado,
 Y veo sus fortalezas,
 Que muy mucho han reparado.
 Tienen muy lucida gente,
 Y bien puestos á recaudo.
 Si os parece, vamonós,
 Baste lo que hemos vengado,
 Pues que por la reina Elena
 Tantas muertes han pasado.
 Bástenos matar á Héctor,
 Fuerte a'cázar de troyanos,
 Que otras mujeres mejores
 En Grecia se habrán ballado.
 Pues no podemos llevalla,
 Vamos, dejemos el campo. —
 A todos pareció bien,
 Y no á ese rey Menelao :
 Mandó tocar las trompetas,
 Y pregonar ha mandado
 Que de la gente de Grecia,
 Ninguno fuese osado
 De dar vida á ningun hombre
 Que fuese de los troyanos.
 Y asi siguieron la guerra,
 Hasta que la dieron cabo.

(*Cancionero de Romances.*)

⁴ Floreció el autor de este romance en la primera y la segunda mitad del siglo xvi. Vese en él la alicion que reinaba entonces de convertir la historia antigua en novelas caballerescas, y cómo transigian los poetas de la época con el gusto público para poner al alcance del pueblo la erudicion clásica, acomodándola á sus costumbres. El embalsamamiento del cadáver de Héctor, recuerda el que se refiere en un romance que hicieron del Cid.

LAS OSEQUIAS DE HÉCTOR; CONFERENCIAS DE PAZ CON
 AQUILES, ENAMORADO DE POLICENA.

(*Anónimo* ¹.)

En las obsequias de Héctor
 Está la reina troyana
 Con la linda Policena
 Y con otras muchas damas.
 También estaban los griegos,
 Si no Aquiles, que faltaba,
 Que fué á la postre de todos,
 Y en el templo se sentaba
 Frontero á la reina Elena,
 Que por Héctor lamentaba.
 Mirando su hermosura
 Con gran cuidado, pensaba
 Si Menelao no fuera
 Rey griego, la conquistara
 Para casarse con ella,
 Segun era muy lozana :
 Y así triste y pensativo
 No podía echar la habla.
 Cuando miró á Policena
 En el pecho le pesara,
 Y con esta gran congoja
 Amortescido quedaba ;
 Pero como en si volvió,
 Allí luego preguntara
 Quién era aquella doncella
 Qu'era tan acabada.
 Luego Eneas le responde,
 D'esta suerte le hablaba :
 — Policena era, señor,
 Policena la nombrada,
 Que creen que en hermosura
 Ninguna se le igualaba. —
 Aquiles cuando esto oyera
 La color se le mudaba ;
 Embebecido y turbado
 A Policena miraba :
 Pero salidos del templo
 A sus tiendas se tornaban
 Todos los príncipes griegos
 Mientras las treguas duraban.
 Aquiles se fué á la suya,
 Y en una cama s'echara ;
 Llorando de los sus ojos
 Muchas lágrimas derrama,
 Herido de la saeta,
 Que Cupido le tirara.
 Estuvo pensando en sí
 Si osaria demandalla,
 Al rey Priamo, por mujer,
 Qu'el amor le atormentaba.
 Veniale á la memoria
 De cómo á Héctor matara,
 Y otras cosas que hiciera
 Con que á Priamo enojara :
 Mas al fin se acordó en sí
 De enviar una embajada
 A la Reina su mujer,
 Y luego se levantara.
 Dice que por casamiento
 Muchas cosas se acabarán,
 Y que muchas amistades
 Con aquesto se trataran.
 Luego llamó á un escudero
 De quien él mas se fiaba :
 Pidióle tinta y papel,
 Y una carta allí ordenaba.
 Lo que la carta decia
 D'esta suerte razonaba.
 Si á Policena le diesen,
 Promete de coronalla,
 Y les pedirá perdon
 De las pasadas batallas,
 Y que hará alzar el real,

Y que los griegos se vayan.
Y despues que la escribiera
Muy de priesa la enviara
A la gran ciudad de Troya,
Donde su señora estaba;
Y llegando el mensajero
A la Reina se la daba,
Y luego que la leyó
Al rey Priamo hablara,
Y dale por buen consejo
Que dé crédito á la carta,
Y que case con Aquiles
A su hija muy amada,
Con condicion que los griegos
De Tróya luego se vayan.
Y con aquesta respuesta
Al mensajero enviara
Que lo diga á su señor
Que ya esperándolo estaba;
Que mil años se le hacia
No ver su buena tornada.
Y en llegando, que llegó,
Luego le daba la carta.
Como Aquiles la leyó,
Gran placer en sí tomaba:
Pregunta por Policena,
Si la vió, y qué tal quedaba.

(Cancionero de Romances.)

¹ Acaso es composicion de la tercera ó cuarta década del siglo XVI, y parece calcada sobre el romance número 474.

476.

AQUÍLES Y POLICENA.

(Anónimo ¹.)

A las puertas de palacio
De la insigne Troya, estaba
El fuerte y valiente Héctor
Con mucha gente troyana.
Mientras que las treguas duran
Dan en festejar las damas
Con disfraces diferentes,
Jugando sortija y cañas,
Y en pirámides de marmol
A porfia rompen lanzas,
Orden y apercebimiento
De la reñida batalla,
Cuando Aquiles disfrazado
Entró por medio la plaza,
En un overo caballo,
Que muy lozano pisaba,
Por ver la ciudad y fiestas,
Y los ornatos y galas,
Y tambien por ver al Héctor
Que mucho lo deseaba.
Y como entre los troyanos
Héctor tanto se señala,
Mirándole el griego, dice:
—; Con justa razon te alaban! —
Y vuelto hácia los teatros,
Donde las damas estaban,
Vió entre ellas á Policena,
Que mas que el sol relumbraba,
Y del dios de amor herido,
Viendo su hermosara y gracia,
Por disimular su pena,
Aunque le llegaba al alma,
Se volvió á su real
Con intencion namorada
De que Policena entienda
El mal que por ella pasa.

(Romancero general.)

¹ A diferencia de los de la primera mitad del siglo XVI, este romance de sus últimos años afecta las ideas y pensamientos de los moriscos, en vez de las de los caballerescos, que aquellos imitan.

477.

EL CABALLO DE TROYA.

(De Gabriel Lobo Laso de la Vega ¹.)

Sobre la mas alta almena
De la troyana muralla
El Paladion de los griegos
Tendida tiene la barba.
De un belicoso escuadron
La máquina está preñada,
Que con solícita vista
El daño comun prepara.
Abren las herradas puertas
De la ciudad recatada
Para ver el griego don
Que su ruina encerraba;
Y sobre admitirle ó no
Confusas voces levantan,
Unas que al fuego lo entreguen,
Otras á la mar airada.
Y á este votar discorde,
De pastores una escuadra
Llega, con un griego atado,
Que así á los troyanos habla.
—¿Qué tierra habrá que me trague?
Qué rayo que me deshaga
Con que á Troya satisfaga,
Y el cielo de mí se pague?
No te excuses, hado amigo,
Pues ya de la patria cara
Me priva la suerte avara,
Y me entrega á mi enemigo.—
Condolido el Rey del mozo
Y lágrimas que derrama,
Le manda quitar los lazos,
Y el vivir le aseguraba.
Que le diga sus miserias,
De adónde y quién es, le manda.
El griego, que vió ocasion,
Prosigue su historia cauta.
—Sea dañosa ó conveniente,
Verdad he de contarte:
No tengo, Rey, de negarte
Que soy de la griega gente.
Pariente de Palamedes
A quien toda Grecia odiaba,
Porque la guerra estorbaba
Contra ti, cual saber puedes.
Aqueste fué apreadado,
Que el falso Ulises lo quiso;
Yo mozo, con poco aviso,
Hablé contra el griego airado,
Diciendo: que si volvía
A mi patria vencedor,
De Grecia y su rey traidor,
Cruel venganza tomaria.
El griego d'esto indignado,
Cuando el cerco levantó
A muerte me condenó,
De que me escapó mi hado.
En un cieno me escondi
Hasta que pasó la armada,
Y á su patria deseada
Volver á los griegos vi.
Quedé solo y maniatado
En la troyana ribera,
Donde mejor me estuviera
No haber la muerte excusado.—
El Rey con voz amorosa,
Vasallo, grato le llama,
Diciendo que de los griegos
Pierda el miedo y confianza:
Que solo se fie del,
Y de su real palabra,
Y que le diga á qué fin
Quedó la máquina extraña.
—Licito me es ya hacer
Manifiesta su maldad, 21

Yo te diré la verdad,
 Pues tu vasallo he de ser.
 Este es un voto forzoso
 Por los griegos hecho á Pálas,
 Por sacos, robos y talas
 De su templo suntuoso.
 Mandáronle fabricar
 Mas alto que vuestro muro,
 Por ir el griego seguro
 De que en Troya no ha de entrar.
 Este fué, señor, su intento,
 Este su desingio fué,
 Y esto es todo lo que sé
 De su trato fraudulento.
 ; No te indignes, cielo santo!
 ; Fuerte Pálas, no te indignes
 De que descubra los fines
 De quien me hizo daño tanto!
 No lo hago por tu ofensa,
 Y si parece traicion
 De un vasallo, y sin razon
 Ofendido, un rey ¿qué piensa?
 Ya salgo de obligaciones;
 Ya de mi patria no curo,
 De hoy mas soy troyano puro:
 Cesen sangre y aficiones.
 Viva mi nuevo señor,
 Mi restauro y mi Rey viva,
 En quien mi esperanza estriba,
 Y mi mal quitado honor.
 Al fin todo lo diré,
 Que viva ó muera por ello,
 Que quien libertó mi cuello
 Del lazo, amigo me fué.
 Mete en Troya á Paladion,
 Rey, mira que te lo digo,
 Seráte grato y amigo
 El cielo; fia en Sinon,—
 Creyólo el Rey, y á gran priesa
 Manda romper la muralla,
 Meten el caballo en Troya,
 Y con él su suerte infausta.

(Romancero general.— It. LOBO LAGO DE LA
 VEGA, Romancero y Tragedias, etc.)

¹ En este romance se pone en redondillas todo lo que Sinon dice.

478.

MUERTE DE POLICENA. — I.

(Anónimo ¹.)

—; Oh cruel hijo de Aquiles,
 Nunca mal te merecí,
 Que si tu padre fué muerto
 Ni lo supe ni lo vi!
 No me des así la muerte,
 Ni tomes venganza en mí,
 Qu'el favor de las mujeres
 En los hombres yo le vi.
 No fenezcan los mis dias,
 Ni me pierda yo por ti:
 Baste, baste contentarte
 Con me ver ya destruir,
 Y la muerte de mi padre,
 Y su muy triste vivir;
 La muerte de mis hermanos
 Con Héctor el varonil;
 La amazona que mataste
 Tan esforzada y viril;
 La ciudad toda abrasada
 Para mas la consumir,
 Sea contenta su venganza
 Con que poco he de vivir,
 Pues que por tierras extrañas
 Por esclava he de servir.
 —; Policena, Policena,
 No s'excusa tu morir,

Pues por tus tristes amores
 El mi padre murió aqui!
 Muy bien es que tú padezcas
 Lo qu'el padeció por ti,
 Que la muerte se ha de dar
 A quien hace á otro morir.

(Cancionero de Romances.— It. Romance sobre
 la muerte de Pirro. Pliego suelto.)

¹ Esta composicion parece que es de las conservadas en la tradicion oral antigua ó primitiva.

479.

AL MISMO ASUNTO.

(Anónimo ¹.)

A la qu'el sol se ponía
 En una playa desierta,
 Yo que salía de Troya
 Por una sangrienta puerta,
 Delante los piés de Pirro
 Vide á Policena muerta.
 Los pechos tiene desnudos
 Y la cara descubierta,
 Los ojos claros, tan vivos
 Como si fuera despierta.
 La llaga de la garganta
 En solo señal de muerte.
 Lloran los caudillos griegos,
 Y ninguno se conierta;
 Que la mengua de tal yerro
 Y pasion tan cruda y cierta,
 Quieren de su voluntad
 Que en ellos se conierta.

(Cancionero, Flor de enamorados.)

¹ Parece ser un romance viejo, pero alterado y refundido.

480.

AL MISMO ASUNTO.

(Anónimo ¹.)

Turbados los ojos bellos,
 Pálido el color rosado,
 Bien apretados los dientes,
 Un poco abiertos los labios,
 Despidiendo por sus venas
 La coluna de alabastro
 Aquel rosicler hermoso
 De su cuerpo delicado,
 De cuyas carnes se aparta
 El alma ya palpitando,
 Y vuelto en ceniza fria
 El cuello bello y gallardo,
 Hécuba, la reina, mira
 Degollada en su regazo
 A su amada Policena,
 Diciendo con triste llanto:
 —Vi de Troya con mis ojos
 Derribar los muros altos
 Por el engaño de Ulises,
 O quizá por mis pecados;
 Por donde entraron los griegos
 En el fingido caballo,
 Y despues á media noche
 Dar el riguroso asalto;
 Vieron mis ojos la muerte
 De Héctor y de sus hermanos,
 De París y Polidoro
 Y del viejo rey Priamo.
 No me espantó ver ardiendo
 Los edificios dorados,
 Los mármoles y columnas
 De pórtido y alabastro,
 Las torres y chapiteles
 Del insigne y real palacio,

Cuya antigualla guardó
El tiempo por simulacro ;
Los filabres de oro fino,
Famosos anfiteatros,
Los homenajes reales
Por el su- lo derribados.
Con prudencia resisti
Aquel doloroso trago ;
Consoláronme tus ojos
Con solamente mirallos ;
Sola tu muerte ha podido
Dar principio á mis cuidados,
Abriendo puerta á la muerte,
Y á los ojos para el llanto.

(Romancero general.)

⁴ Es una paráfrasis y amplificación del romance núm. 479 que le precede ; pero aunque bueno, muy inferior á él.

481.

HÉCUBA.

(Anónimo.)

Sentada á orillas del mar
Que enriquece el suelo Tracio,
Hécuba memorias tristes
De su Troya está llorando ;
Y queriendo el sentimiento
Igualar al triste caso,
Dice vuelta al Ilion,
Aun no del todo abrasado :
« ¡ Oh griega mano,
» Verdugo liero del poder troyano ! »
; Oh mi Priamo, consorte
De mis bienes y mis daños,
Dulce esposo y compañero
En vida de tantos años !
; Oh Héctor ! ¿ cómo no es vida
La mía, considerando
Que con tu muerte y mi pena
Va su fama eternizando ?
« ¡ Oh griega mano ! etc. »
; Oh hermosa Policena,
De mis fatigas descanso,
Descanso, si pudo habello
En corazon tan cansado !
; Funesto fué el desposorio
Con sangre solemnizado,
En que muerta al muerto Aquiles
Te ofrecen por aplacallo !
« ¡ Oh griega mano ! etc. »
; Oh mi dulce Polidoro,
En tu tierna edad troncado
De un golpe, que dando en tí
Dió con mi esperanza á un lado,
Y siendo arrojado al mar,
El te aportó á mi regazo,
Lugar que te negó vivo
Y muerto te lo ha entregado !
« ¡ Oh griega mano ! etc. »
Claramente, mar, descubres
Que me das á mi hijo en pago
De que acrecientos tus aguas
Con la que te da mi llanto.
Aunque tu franqueza mengua
Del avariento rey Tracio,
Y abate tu compasion
Tiranta que te ha dado,
« ¡ Oh griega mano,
» Verdugo liero del poder troyano ! »

(Romancero general.)

482.

MUERTE DE LA REINA HÉCUBA.

(Anónimo.)

Triste estaba y muy pensosa
Aquella reina troyana

Viendo sus hijos perdidos
Y su ciudad asolada,
Y la linda Policena
En el templo degollada,
Sobre el sepulcro de Aquiles
Por Pirro sacrificada.
Con aquesta gran congoja,
Amortescida quedaba ;
Mas despues qu'en sí tornó
D'esta manera hablaba :
— ¿ Dónde estáis vos, el buen Rey,
Con quien yo me consolaba ?
; Qu'es de mis grandes tesoros ?
; Ay mi ciudad abrasada !
; Dónde estáis vos, fuerte Héctor ?
; Socorred á esta cuitada,
A esta triste madre vuestra
Que se ve desamparada !
Cierto, si fuéades vivo
No fuera yo maltratada :
En vengarse vuestra muerte
Yo voy algo consolada.
Vos moristeis á traicion,
Mas vivirá vuestra fama.
; Oh ! ¿ dónde estás tú, Troilo ?
Hijo mio, ¿ dónde estabas ?
A todos os veo muertos,
; Triste ! no sé dónde vaya ;
Que si Deyfelo viviera
Troya no fuera asolada,
Que las mañas de Antenor,
Y de Enéas se acabaran,
Qu'estos dos con gran traicion
A los griegos la entregaran.
; Oh París ! que os veo muerto
Por no creer á Casandra,
Que si, triste, la creyeras
No fuera tan lastimada,
Que por esa reina llena
Tanta gente es sepultada.
Pero ya con tantos males
Nadie ya no me quedaba
Para tomar mi consuelo
Sino la mi linda amada,
Esa linda Policena,
Flor d'hermosura acabada.
Sacrificárala Pirros,
Por su mano la matara,
; Y delante los mis ojos
La veo yo degollada !
; Plegue á los dioses, tú, Pirro,
Que muerte mueras muy mala,
Y nadie no te socorra
Para que me vea vengada ! —
Con estas grandes pasiones
La Reina muerta quedara :
Con la linda Policena
Fuera luego sepultada.

(Cancionero de Romances.)

⁴ Romance ciertamente artístico, pero que tiene todas las formas á propósito para haber sido muy popular. Parece obra de fines del siglo xv.

483.

ENEAS FUGITIVO.

(Anónimo.)

Rendidas ya las banderas,
Y sin hierros muchas lanzas,
Tinto el campo en sangre roja
Y sin dueños muchas armas,
La triste y rendida Troya
Con pocas fuerzas se hallaba,
Porque faltando la de Héctor
Fuerzas y esfuerzos le faltan,

«¡Ay bella Elena, cuya bella cara
 »Fué cara para Troya
 »Y de Héctor muerte amarga!»
 Ya los valientes troyanos
 Hacen las espaldas cara,
 Porque de sus enemigos
 Reconocen la ventaja
 Los que con la vida pueden,
 Por salvar la vida escapan,
 Y aquellos que se detienen
 No tienen d'ella esperanza.
 «¡Ay bella Elena! etc.»
 Entre los muchos que huyen,
 Huyó aquel que de su fama
 Publicó la reina Dido
 (Que fué robador de famas,
 Que su viejo padre lleva
 Por ser de edad muy anciana,
 En los hombros de sus hechos,
 Y al fin de padre se carga.
 «¡Ay bella Elena! etc.»
 — Caudillo de nuestras vidas,
 Dicen las bellas troyanas
 Al bello cuerpo difunto,
 Como si vivo le hablaran,
 ¿Adónde iremos sin ti,
 Pues que con faltarnos faltas
 No solo para las honras
 Mas también para las almas?—
 «¡Ay bella Elena, cuya bella cara
 »Fué cara para Troya
 »Y de Héctor muerte amarga!»

(Romancero general.)

484.

ENEAS Y DIDO.

(Anónimo.)

Por la mar navega Eneas
 Despues de Troya perdida;
 Va buscando nuevas tierras
 Adonde habitar podría.
 Quiso Dios y su ventura
 Que al mar africano iba,
 Dond'está la gran ciudad
 Que Cartago se decia,
 Que fundó la reina Dido,
 Hija del rey de Fenicia,
 La cual ella gobernaba,
 Y en gran justicia regia
 La gente toda sin armas,
 Por la gran paz que tenia.
 Parecióle bien á Eneas
 La costumbre en que vivia;
 Subióse al templo de Juno,
 Qu'entónces allí se hacia,
 Mirando por todas partes
 Por ver lo qu'en él veria.
 Vido estar pintada Troya
 Postreira vez destruida;
 Vió pintado al rey Priamo
 Y á Héctor cuando moria;
 Vido á Aquiles en el templo
 Y á París cuando l'heria;
 Vió la gran Pantalisea,
 Y á Pirro que la seguia;
 Vido el hijo de la Aurora
 Que rey Menon se decia;
 Desde que se viera á sí mismo
 Desta manera decia:
 — ¡Troya, mi desventurada!
 ¡Troya, la desdicha mia,
 Tu memoria y mi destierro
 Me atormentan noche y dia!
 ¡Oh, quién nunca mas te viera
 Despues que te vi perdida!

¿Qu'es de ti, reina troyana?
 ¿Has perdido ya la vida?
 Según el fin de tus males
 ¡Gran descanso te seria!—

(Cancionero, Flor de enamorados.)

485.

SIGUE EL MISMO ASUNTO.

(Anónimo.)

Contando está sobre-mesa
 El piadoso troyano
 A la viuda de Siqueo,
 Fundadora de Cartago,
 Como la famosa Troya
 Era de cenizas campo
 Por aquel caballo muerto,
 De vivos griegos preñado.
 «Y al triste caso, y cuento nunca oido
 »Atenta por su mal estaba Dido.»
 Contaba cómo sus reyes
 A fuego y sangre entrambos
 Murieron en un altar
 Con un laurel por retablo,
 Y que los hados crueles
 Repiten á cada paso
 Los agüeros de Casandra
 Cumplidos y no esperados.
 «Y al triste caso, etc.»
 Contó que humo y centellas
 De sus ojos les robaron
 A su querida Creusa,
 La madre de Julio Ascanio,
 Y que en el seno escondidos
 Sacó los Penates santos,
 Y sobre sus fuertes hombros
 A su padre de cien años.
 «Y al triste caso, etc.»
 Contó de su madre Vénus
 Aquel divino milagro,
 Por do vino á conocer
 Que era de Cupido hermano:
 Contó de sus rotas naves
 Mil amigos anegados,
 Al discreto Palmiro
 Y al fiel Acates loando,
 «Y al triste caso, etc.»
 Sintió la infelice Reina
 Que el ciego Amor entre tanto
 Secretas flechas le tira
 Al pecho seguro y casto.
 Un dios le parece Eneas,
 Y con efectos contrarios
 Labraha humildes deseos,
 Y no fuertes muros altos.
 «Y al triste caso y cuento nunca oido
 »Atenta por su mal estaba Dido.»

(Romancero general.)

486.

SIGUE EL MISMO ASUNTO.

(Anónimo.)

Cuando el piadoso Eneas
 De la tormenta arrojado
 Surgió con sus rotas naves
 A los puertos de Cartago,
 Transformado el ciego dios
 En forma de Julio Ascanio,
 Hirió de la bella Dido
 El pecho amoroso y casto.
 No le cabe el corazón
 En los supremos palacios;

Grandes son los edificios ;
 Pero mayor su cuidado.
 Los africanos entienden
 En cazar corzos y gamos ,
 Mientras que la triste Dido
 Cazaba remedios bravos.
 Sube á buscar á los montes
 Remedio para su daño ,
 Sin mirar que va con ella
 Quien siempre las va atizando.
 El cielo le fué propicio ,
 Aunque despues muy contrario ;
 Turbó el cristalino cielo
 Un muy oscuro nublado ,
 El cual con furia violenta
 De tal suerte ha descargado ,
 Que solo quedó con Dido
 Ese capitan troyano.
 Metiéronse en una cueva ,
 Morada de dioses Faunos ,
 Los cuales fuéron testigos
 De los contentos de entrambos.

(Romancero general.)

487.

SIGUE EL MISMO ASUNTO.

(Anónimo 1.)

Por los bosques de Cartago
 Salian á montería
 La reina Dido y Enéas
 Con muy gran caballería.
 Un sobrino de la Reina,
 Y Julio Ascanio los guían
 Por la dehesa de Juno,
 Donde mas caza salía.
 Preguntando iba la Reina
 A Ascanio, qué tal venía,
 Y si se acuerda de Troya,
 Si vió cómo se perdía.
 Enéas tomó la mano,
 Por el hijo respondía.
 — Pues mandais vos, reina Dido,
 Renovar la llaga mia,
 Ya os conté cómo vi á Troya,
 Que por mil partes ardía :
 Vi las doncellas forzadas,
 Muerta la caballería,
 Y á Hécuba, reina troyana,
 Nadie no la socorría.
 Sus hijos ya sepultados,
 Priamo no parecía,
 A Casandra y Policena
 Muertas cabe sí tenía.
 Elena quedaba viuda,
 Mil veces la maldecía. —
 Enéas, qu' esto contaba,
 Vió un ciervo que parecía :
 Echó la mano á su aljaba,
 Una saeta le tira.
 El golpe le dió en vano,
 El ciervo muy bien corria.
 Pártense los cazadores,
 Siguelo el que mas podia ;
 La reina Dido y Enéas
 Quedaron sin compañía ;
 Tomárala por la mano,
 Con turbacion le decia :
 — ¡ Oh Reina, cuán mejor fuera
 En Troya perder la vida !
 De Frigia los tristes campos
 Fueran sepultura mia,
 A Héctor, Troilo y París
 Tuviéralos compañía.
 ¡ Oh reina Pantasilea,
 Flor de la caballería !
 ¡ Mas envidia he de tu muerte,

Que deseo la vida mia ! —
 Estas palabras diciendo,
 Muchas lágrimas vertía :
 La Reina le dijo á Enéas :
 — Esforzáos por cortesía,
 Que los muertos sobre Troya,
 Rescatar no se podían.
 — No lloraba yo los muertos,
 Lloro la desdicha mia,
 Que m' escapé de los griegos,
 Y á las tus manos moría ;
 Que tu muy grande hermosura
 De amor me quita la vida.
 — Falso es tu atrevimiento,
 La Reina le respondía :
 Enéas, véte á tus naves,
 Salte d' esta tierra mia,
 Que la fe que di á Siqueo
 Yo no la quebrantaría. —
 Ellos en aquesto estando,
 El cielo se revolvia :
 Las nubes cubren el sol,
 Gran escuridad hacia :
 Los relámpos y truenos
 En gran miedo los metía :
 El granizo era tan grande
 Que sin piedad llovia.
 La Reina con gran pavor
 Del palafren se caía.
 Enéas bajó con ella,
 Con el manto la cobria.
 Mirando hácia todas partes,
 Una cueva vió vacía :
 Tomóla entre los sus brazos,
 En la cueva la metía.
 El aposento era estrecho,
 Revolver no se podia.
 Mientras la Reina en sí torna,
 Enéas se revolvia,
 Apartóle paños de oro,
 Los de lienzo le encogia :
 Cuando ella en sí tornó
 De amores se sintió herida.
 — ¡ Oh traidor, hasme burlado !
 ¿ Cómo tratas la honra mia ?
 Cumplida tu voluntad
 Olvidarme has otro dia.
 Si así lo has de hacer, Enéas,
 Yo misma me mataría.

(Cancionero de Romances.)

1 Notable y nuevo es el giro que da el poeta en este romance al episodio de Dido y Enéas que Virgilio creó para su Eneida. Todo él está contenido en los estrechos límites del romance ; pero presentado bajo un nuevo aspecto, pues Enéas refiere en una caza los males de Troya, solicita á Dido siendo agresor en sus amores, y la sorprende y la goza sin consentimiento de ella. La composicion es popular aunque artística, y parece de la tercera ó cuarta década del siglo xvi, segun su estilo y lenguaje.

488.

SIGUE EL MISMO ASUNTO.

(Anónimo.)

Rompe el aire con suspiros
 Llamándose desdichada,
 La que se quedó en Cartago
 Sola, triste y sin hermana.
 Abriendo la roja arena,
 Tentaba la sangre helada
 De su hermana, que fué reina,
 Por quien al cielo demanda
 « Venganza. »
 Con sus lágrimas sangrienta
 El hermoso rostro esmalta,
 Matizándole de fuera
 Que parece nieve y grana.
 Mueve los hermosos labios,

Sale de dentro del alma
La voz que penetra el cielo,
Pidiendo con justa causa,
«Venganza.»
Dice: — Pues que me faltó
Mi hermana y dulce compañía,
De hoy mas me será la vida
Enfadosa, triste y larga.
Y tú, cielo, pues que ves
Mi soledad y desgracia,
Hazme del orbe otra Elena
Antes que muera vengada,
«Venganza.» —

(Romancero general.)

489.

SIGUE EL MISMO ASUNTO.

(Anónimo.)

La desesperada Dido
De pechos sobre una almena
Dice, viendo por el mar
Huir la flota de Enéas:
«¡Oh dura Troya, fementida Elena,
»Primeras ocasiones de mi pena!»
Si París fuera buen huésped,
Y fiel esposa la griega,
Troya gozara su imperio,
Y sus capitanes Grecia.
«¡Oh dura Troya, etc.!»
Ni las reliquias troyanas
Tocarán en mi ribera,
Ni el cruel hijo de Anquises
Se burlará de mi pena.
«¡Oh dura Troya, etc.!»
Páreceme que su nave
Es la que va mas lijera,
Y yo triste, con suspiros
Mas viento doy á sus velas.
«¡Oh dura Troya, etc.!»
¿De quién huyes, fementido?
¿A quién buscas, ó á quién dejas?
¡Tras lo incierto te aventuras,
Y lo que es cierto desprecias!
«¡Oh dura Troya, etc.!»
Mientras se quejaba Dido,
La flota tanto se aleja,
Que apenas entre las olas
Pudo discernir las velas.
«¡Oh dura Troya, etc.!»
Miraba una rica espada,
Que del fugitivo fuera,
Y tomándola en sus manos
Vuelve á repetir la pena.
«¡Oh dura Troya, etc.!»
«¡Oh dulces, mientras Dios quiso,
Cuanto agora amargas prendas,
Vos gozaréis de mi vida.
Pues del alma triunfa Enéas!
«¡Oh dura Troya, fementida Elena,
Primeras ocasiones de mi pena!»

(Romancero general.)

490.

TURNO VENCIDO POR ENÉAS.

(Anónimo.)

Luego que al furioso Turno
Le dejó el funesto agüero,
En vez del usado brío
Vestido de espanto y miedo,
La lanza de su enemigo
A las espaldas sintiendo,
Corre huyendo de Enéas,
Que es quien le sigue corriendo.

Forjaba en la fantasía
Mil acobardados miedos,
Cosa propia del que huye
Cuando hay poca tierra en medio.
Enéas á esta sazón,
Dándole fuerza á su esfuerzo,
La lanza le arroja airado
Por aire y armas hendiendo.
Rompió del famoso escudo
Los siete acerados cerros,
Y la falda de la cota
Metió por el muslo adentro.
Hindióse á la humana fuerza
El que no se rindió al cielo,
Y humilde por tierra puso
Esperanza y pensamiento.
Tendido sobre su sangre,
En ella y en polvo envuelto,
En su enemigo los ojos,
Humilde le está diciendo:
— Duélete de la vejez
De un viejo padre que tengo;
No de mí, que fui contrario
A tu fuerza y á tu intento.
El rey que los niños hacen
Dura lo que dura el juego,
Y siendo el juego acabado,
Todos le repelan luego.
Rey he sido de muchachos,
Y muchacho rey electo,
Y bien han sido mis cosas
Como de mozo indiscreto.
¡Perdona, troyano duque,
Y envíame vivo ó muerto,
Aunque muerto es ménos gloria,
Pues ya te han visto venciendo! —
Estuvo sobre sí Enéas,
Los fieros ojos torciendo,
Y el brazo en el aire alzado,
Ya ménos bravo, suspenso.
De la queja lastimosa
Se iba un poco enterneciendo,
Y la oreja la inclinaba
Al blando y humilde ruego,
Cuando en los contrarios hombros
Miró el oro reluciendo
De la banda tinta en sangre
Del amigo recién muerto.
Resucitó en él la furia
La memoria de aquel hecho,
Y la ya sangrienta espada
Le esconde dentro del pecho.

(Romancero general.)

491.

AL MISMO ASUNTO.

(Anónimo.)

Tendido está el fuerte Turno
A los piés del pio Enéas;
Piedad pide con los ojos,
Que es infamia con la lengua.
— ¡Oh valiente capitán,
Hoy la fortuna te premia;
Que el no sufrir desventura,
Ésa es desventura cierta!
A tus piés tienes mi cuello,
Tan grande humildad te venza;
Que si me matas vencido,
Tu misma victoria afrentas.
«Tu nombre infamas, tu crueldad pregonas,
»Pues te llaman piadoso, y no perdonas.»
Si al que huye no le siguen
Por ser ley de buena guerra,
El que huye de rendido,
Ménos razon es que muera.
Si la justicia perdona

Al reo que se presenta,
 El pedirte yo piedad
 Es meterme en tu cadena.
 Mas se vengan del cautivo
 Con vida que no sin ella;
 Si vivo, tomas venganza,
 Si me matas, no te vengas.
 «Tu nombre infamas, etc.»—
 ¡Iba la breve oracion
 Llena de elegancia hecha,
 Moviendo al gran vencedor
 A compasion y clemencia;

Cuando vido entre la gola
 Una banda de oro y negra,
 Que era de su amigo Palas
 A quien Turno muerto deja.
 —Pálas te mata, le dice,
 Mi amigo, Pálas se venga.—
 Y así Turno ya espirando
 Repitió la voz postrera.
 «Tu nombre infamas, tu crueldad pregonas,
 »Pues te llaman piadoso, y no perdonas.»
 (Romancero general.)

SECCION DE ROMANCES CONCERNIENTES A LA HISTORIA DEL ASIA Y DE LAS DOS GRECIAS.

492.

HISTORIA DE CIRO, REY DE PERSIA.

(De Lorenzo de Sepúlveda.)

En la provincia de Media
 Otro tiempo un rey había
 Valeroso y esforzado
 Que Astiáges se decia.
 Una hija tuvo sola,
 Que hijo varon no había:
 Mandane tuvo por nombre,
 Que como á sí la queria.
 Un sueño soñó este rey,
 En su lecho do dormia:
 Que en la parte natural
 De su hija, nacer via
 Una vid con un sarmiento,
 Que la Asia toda cubria.
 Consultó los adivinos
 Que en todo su reino había;
 Dijéronle que de su hija
 Un nieto le naceria,
 Que andando el tiempo adelante
 Del reino le privaria.
 El Rey, con esta respuesta,
 Grande turbacion sentia;
 No comia á su sabor,
 Las noches no las dormia;
 Mientras mas pensaba en ello
 La congoja mas crecia.
 Tomó en fin este expediente,
 Muy bueno á su fantasia,
 De no casar á Mandane
 Con varon de gran valia.
 A la provincia de Persia
 La hija á casar envia
 Con Cambises, que en su patria
 Mediano estado tenia,
 Porque si hijo pariese
 Muy poco presumiria,
 Faltándole la nobleza,
 Que del padre decendia.
 Mas en vano se trabaja
 La humana sabiduria
 Cuando quiere repugnar
 A lo que Dios quiere y guia.
 Mas el Rey con todo aquello
 Sosegarse no podia.
 Supo que estaba preñada,
 Y luego por ella envia,
 Y dentro de su palacio
 A recaudo la tenia,
 Con pensamiento dañado,
 Que en el su pecho encubria
 De matar luego el infante,

O infanta que naceria.
 Ya los dolores del parto
 La triste hija sentia;
 Un infante muy hermoso
 Apenas parido había,
 Cuando el Rey mandó tomarlo,
 Y luego á matarlo envia.
 Dió cargo de ello á Harpagó,
 De quien sin duda creia
 Que todo lo que él mandase
 En efecto lo poria.
 Harpagó tomó el infante
 Como el Rey cruel queria,
 Mas pensó como discreto
 Lo que suceder podria,
 Que era que en muriendo el Rey,
 El reino su hija habria,
 Y que si el niño matara
 Demandado le seria,
 Y en él haria el castigo
 Que en su padre no podria.
 Acordó de lo entregar
 A un pastor que el Rey tenia,
 Para que lo fuese á echar
 En las selvas que él sabia.
 El pastor tomó el infante
 Y á las selvas con él iba;
 Púsole en tierra, y dejólo,
 Y á su aldea se volvia.
 Acacció que á su mujer
 Halló parida aquel dia
 De un hijo muerto, y consigo
 Por enterrar lo tenia.
 Supo del nieto del Rey,
 Y dónde quedado había;
 Rogóle que lo trajese,
 Porque ella verlo queria.
 Cuando el pastor llegó cerca
 Del niño, donde yacia
 Vido estar junto una perra
 De pocos dias parida,
 Que le daba de mamar
 Y también lo defendia
 De cualquier animal bruto
 Que por comer le venia;
 Y moviéndose á piedad,
 Pues la perra se movia,
 Tomó el infante consigo
 Y á su mujer lo traia:
 La perra con la querencia
 Tras del niño se venia.
 Ella lo tomó en sus brazos,
 Y el niño se le reia,
 Con que perdió de su hijo
 Todo el dolor que tenia,
 Y por quedarse con él

Con el marido porfia,
 Que por ser de alto lugar
 Ella se lo criaria.
 El marido se excusaba
 Y dejarlo no queria,
 Diciéndole que Harpagó
 A la selva envyaria
 A ver si dejara el niño
 Como mandado le habia;
 Mas ella, con el deseo
 Que del infante tenia,
 Una astucia pensó luego
 En que el pastor no caia.
 Quitó los paños reales
 Al niño que los traia,
 Púsolos al suyo muerto,
 Y así vestido lo envia;
 Mas no se engañó el pastor
 En la excusa que ponía,
 Que luego envió Harpagó
 Sus criados en cuadrilla
 Por ver si cumplió el pastor
 Lo que encargadole habia;
 Los cuales vieron al niño
 Envuelto como yacia;
 Ellos no miraron mas
 De aquello que parecia:
 Satisfizo Harpagó,
 Y el Rey seguro vivia.
 Así que al niño real
 El pastor por suyo cria;
 Llamóle Ciro por nombre,
 Que el ama así se decia.
 Mientras mas iba creciendo
 Mas su bondad descubria.
 Jugando con los muchachos
 Que eran de su edad, un día
 Todos le hicieron rey,
 Que nadie contradecia:
 Así como rey mandaba
 A todos los que queria.
 Mandó azotar uno d'ellos
 Porque no le obedecia;
 Quejóse a este á su padre
 Con lágrimas que vertia:
 El padre desde que tal supo,
 Grande indignacion tenia;
 Va con las quejas al Rey,
 Y á grandes voces decia,
 Que era grande atrevimiento,
 Y razon no lo sufría,
 Que los hijos de los siervos
 Tomasen tal osadia.
 Desnudo luego al mochocho
 Que por la mano traía,
 Para mostrar las espaldas
 Cuán llagadas las tenia.
 A Ciro con el pastor
 El Rey á llamar envia;
 Quiso saber dél la causa
 Porque tal cosa hacia.
 El mochocho á la pregunta
 Respondió sin cobardia,
 Con el rostro tan sereno,
 Que turbacion no sentia,
 Diciendo que los mochochos
 Por rey alzado lo habian,
 Y que aquel mochocho solo
 Obedecer no queria,
 Por lo cual habia mandado
 Azotarlo como via,
 Porque al rey todos tuviesen
 Obediencia y cortesia;
 Que él estaba aparejado
 Si en aquello errado habia,
 De sufrir cualquier castigo
 Que por ello merecia.
 Admiróse mucho el Rey
 De tan constante osadia.

Puestos los ojos un rato
 En él muy mucho tenia
 Un retrato de su hija:
 El rostro dél parecia.
 Vinosele á la memoria
 El sueño cuando dormia,
 La respuesta de los magos
 En su mente repetia;
 El tiempo en que nació el nieta
 Con la edad del conteria;
 Quiso saber del pastor
 De dónde habido lo habia;
 Afirmó que era su hijo,
 Mas el Rey no lo creia.
 Dijo al pastor que dijese
 De voluntad, sin porfia,
 Lo que confesar por fuerza
 Con tormentos le haria.
 Luego confesó el pastor
 Lo que en secreto tenia.
 Conoció el Rey ser su nieta,
 Y que á su pesar vivia;
 Mas parecióle que el sueño
 En aquesto se cumplia,
 Que fué rey de los mochochos
 El nieta de quien temia,
 Y que de allí en adelante
 Ya sin temor viviria.
 Parecióle que bastaba
 Quebrantarle la osadia
 Con duras reprehensiones
 Que en su presencia le hacia;
 Mas á su amigo Harpagó
 Grande odio le tenia
 Porque el niño no matara,
 Aunque mucho lo encubria,
 Y en venganza de lo hecho
 Matóle un hijo que habia,
 Y desde mandó guisarlo,
 Al padre á comer convida.
 Dióle á comer á su hijo,
 Que la maldad no sabia.
 Preguntó el Rey á Harpagó
 Si era buena la comida:
 Respondióle que tan bien
 No comió en toda su vida.
 —Pues á tu hijo comiste,
 Astiáges respondia,
 Porque sepas á tu Rey
 Obedecer sin falsia.—
 Gran dolor fué el que Harpagó
 En su ánima sentia,
 De ver que á su mismo hijo
 Sepultado en sí tenia;
 Mas calló, porque otra cosa
 Hablar no le convenia.
 A Persia como en destierro
 A Ciro el abuelo envia,
 Donde por nieta del Rey
 El pueblo le conocia.
 Criábase en ejercicio
 Que á su sangre convenia;
 Trataba arnas y caballos,
 Y cazas y montería,
 Hasta que creció en edad
 Y fuerzas y valentía.
 En este tiempo Harpagó
 En gran tristeza vivia;
 Tenia disimulado
 Su dolor cuanto podia;
 Cómo pudiese vengarse
 En su pecho revolvía,
 Mas esperando ocasion,
 La venganza defería.
 Escribe á Ciro una carta
 En que á recordarle envia
 Cómo al tiempo que nació
 El Rey matarlo queria;
 Que tuviese en la memoria

Cómo él le diera la vida,
 Y por habérsela dado
 Su hijo perdido había;
 Que mirase que su abuelo
 Desterrado lo tenía;
 Que hiciese mucha gente
 De armas y de infantería,
 Y viniese á se vengar
 Del Rey, pues se lo debía;
 Y que él con todos los medos
 Luego se le pasaría.
 Mas enviarle la carta
 Librementemente no podía,
 Que el Rey en todos los pasos
 Sus guardas puestas tenía,
 Tal, que desde Media á Persia
 Ninguno pasar podía
 Sin que viesen claramente
 Qué llevaba ó qué traía.
 Acordó meter la carta
 En una liebre vacía;
 Dióle á un siervo de los suyos,
 El mas fiel que él sabía;
 Echóle redes al hombro,
 Que cazador parecia,
 Porque yendo en aquel traje
 El engaño encubriría.
 Desde que vió la carta Ciro,
 Y leyó lo que venía,
 Soñó que uno le mandaba,
 La noche cuando dormía,
 Que saliese solo al campo
 Bien de mañana otro día,
 Y al primero que encontrase
 Tomase en su compañía.
 Salió como le mandaron
 Por ver á quién hallaría;
 Encontró con un esclavo
 Que Sivaris se decía,
 Captivo de un hombre medo,
 Y que huyendo del venía.
 Como supo que era persa,
 Recibió grande alegría;
 Quitóle luego los hierros,
 Que pesados los traía,
 Y tomándolo consigo
 A la ciudad se volvía.
 Convocó los de su pueblo,
 Los mas valientes que había,
 Y mandó que cada uno
 Una hacha traeria
 Para talar una selva
 Que estaba junto á la via.
 Vienen todos los mancebos,
 Cada cual hacha traía;
 Comienzan á derrocar
 Los árboles á porfia;
 Acabaron muy cansados
 Con la siesta que hacia.
 Esto hecho, mandó Ciro,
 Que tornasen otro día;
 Ellos vuelven obedientes,
 Mas de comer les tenia
 Muchos manjares y buenos,
 Y la bebida muy fria.
 Desde que hobieron bien comido,
 Cada cual cuanto queria,
 Pregúntales que de dos
 Cual mejor les parecia,
 El trabajo de la selva,
 O el banquete de aquel día.
 Cada cual dijo por sí,
 Que el banquete escogeria.
 Pues sabed, les dijo Ciro
 A toda la compañía,
 Que si servis á los medos
 Con temor y cobardia,
 En semejantes trabajos
 Viviréis toda la vida.

Todos fuéron muy alegres
 De oír lo que les decia:
 De morir en tal demanda
 Cada cual le prometia.
 Luego se parte de Persia
 Con mucha caballeria:
 Desde que el Rey supo la guerra
 Que su nieto le movia,
 La defensa de su reino
 A Harpagó le cometa,
 Olvidado de la injuria
 Que ántes hecho le habia.
 Con mucha gente Harpagó
 Al encuentro le salia;
 Pero dióse luego á Ciro
 Con la gente que traía.
 Como Astiáges lo supo,
 Mucha mas gente hacia;
 El mismo sale con ella,
 Que de otro no la fia.
 Ordenó toda su gente
 Segun que bien lo sabia:
 A los que puso en batalla
 Claramente les decia,
 Que si los de la vanguardia
 Huyesen con cobardia,
 Como si enemigos fuesen
 Los mataran á porfia.
 Comienzan á pelear,
 Mucha sangre se vertia;
 Pero la gente de Ciro
 Con temor se retraia,
 Y no pudiendo sufrir
 Ya, las espaldas volvía.
 Sus madres y sus mujeres
 Al encuentro les salian
 Rogando que á pelear
 Tornasen con osadia;
 Mas tornar á la batalla
 Ninguno de ellos queria.
 Ellas alzando las faldas,
 Las vergüenzas descubrian:
 Pregúntales si en los vientres
 Otra vez entrar querian.
 La gente con la vergüenza
 A la batalla volvía:
 Hizo huir á los medos
 Que en el alcance venian.
 Fué preso el rey Astiáges
 Y muerta su compañía,
 El cual Ciro vencedor
 Otra cosa no le tira;
 Mas del reino así en los medos
 Feneció la monarquia,
 Que otro tiempo en los asirios
 Con gran gloria florecia:
 Pasóla Ciro á los persas
 Con esfuerzo y valentia.

(SEPÚLVEDA, *Romances nuevamente sacados*, etc.)

495.

CONTINENCIA DE CIRO CON PANTEA, ESPOSA DE ABRADATES.

(De Juan de la Cueva.)

Puesto en el sangriento campo
 El victorioso rey Ciro,
 Mirando el cruel estrago
 Que habia hecho en los asirios,
 Cuya victoria via clara,
 Y deshecho el enemigo,
 Roto el campo y á sus persas
 Gozosos del buen destino,
 Recogiendo los despojos
 Del enemigo vencido,
 Estando ocupado en esto,
 Llegaron con gran ruido
 Una escuadra de soldados

Aun con las armas vestidos,
 La sangre reciente en ellas,
 Y ellos en ella teñidos,
 Y le dicen, que una reina
 Han en el robo cogido,
 La cual llamaban Pantea,
 Reina en Susa y su distrito,
 Que era la mas bella hembra
 Que ojos mortales han visto;
 Que se la traian por gaje
 Señalada á su servicio,
 Porque solo á él juzgaban
 De aquel alto premio dino.
 Ciro les acetó el don,
 Y alegre lo ha recibido.
 Sin querer ver la cautiva,
 Su guarda le ha cometido
 A un medo llamado Araspa
 Del Rey muy favorecido,
 El cual, viendo la belleza
 De la Reina, al Rey ha dicho :
 — Gran Señor, ¿por qué cometes
 La presa, que te han traído,
 A mí, sin verla primero,
 Habiéndola conocido
 Para satisfaccion tuya,
 Y para descargo mio,
 Y para que veas, en verla,
 Mas belleza que has visto,
 Y mas que puede decirse,
 De las que en Asia han nascido,
 Cuya hermosura inmensa
 Admira cualquier sentido?
 Regala el alma y los ojos,
 Deja á quien la ve cativo,
 Que yo, y todos los que estamos,
 Que han ido á verla conmigo,
 Afirman la opinion mia,
 Y tú, si fueres servido
 De venir conmigo á verla,
 Viéndola, dirás lo mismo.
 Ciro, que al medo está oyendo,
 D'este modo ha respondido:
 — Por esa mesma razon
 No vendré en lo que has pedido;
 Que por donde mas me obligas,
 A huir mas soy compelido;
 Que estando, cual ves, ocioso,
 Siendo á tu dicho movido,
 Y á las altas alabanzas
 Con que me has persuadido
 A que vea esa cativa,
 Cuya beldad has subido
 A tanto extremo, que entiendo,
 Que si fuese conmovido
 A verla, sería ocasion
 Que pusiese en largo olvido
 Los negocios de mi Estado,
 De mi dignidad y oficio,
 Y que el verla me forzase
 A visitarla contino;
 Y habiendo tanta belleza
 Cuanta me has encarecido,
 ¿Qué resistirá el deseo,
 Puesta el alma en tal peligro,
 Si doy licencia á los ojos
 Para privar el juicio,
 Y que ellos mi libertad
 Liguen, y me den rendido
 A la fuerza que amor hace,
 Que el ver es d'ella principio,
 Y de alegre y vitorioso
 Sea d'el siervo y cativo?
 Mira tú, Araspa, si es justo
 Ser á este extremo traído,
 Y si es mejor no mirar,
 Que por mirar ser perdido;
 Por lo cual tenia tú en guardia,
 Regalada en nombre mio.

Mira por su honestidad,
 Sirvela como á mi mismo;
 Que le hará mas al caso,
 Que el visitarla el rey Ciro.

(CUEVA Coro Festejo, etc.)

494.

ARASPA, CAPITAN DE CIRO, INTENTA FORZAR Á PANTEA,
 Á QUIEN EL REY PUSO BAJO SU AMPARO Y GUARDA.

(De Juan de la Cueva.)

Forzado del ciego amor
 Y de su deseo incitado,
 El medo Araspa se ardia,
 Sin ver remedio en su estado,
 Abrasándose en el fuego,
 Que le enciende su cuidado
 Por la hermosa Pantea,
 Que Ciro en guarda le ha dado,
 Cuya beldad le ha movido,
 Y aun de la razon privado;
 Que traspassando la ley,
 Que á guardar es obligado,
 Dió lugar á la cruzza
 De amor, y d'ella forzado,
 Viendo qu'el fuego secreto
 No lo deja reposado,
 Y que toma mayor fuerza,
 Cuanto mas está guardado,
 Así con abiertas muestras,
 No con miedo recatado,
 Sin mirar á su lealtad,
 Ni á lo qu'el Rey le ha mandado,
 Mas con suelta libertad,
 A la Reina le ha rogado,
 Que remedie su tormento,
 D'ella y su beldad causado,
 Y que le da su palabra
 Que libre la dé á su Estado.
 La reina Pantea, aunque presa,
 No por eso le ha otorgado
 Su demanda, ántes con ira
 Fué de nuevo desdeñado,
 Lo cual encendió en fiera
 Al medo, en fuego abrasado,
 Y lo alteró de tal suerte,
 Que así la dice enojado :
 — Pantea, si no te obliga
 Mi razon ni mi cuidado,
 Ni mis ardientes suspiros
 Mueven tu pecho obstinado,
 Ni mis continuos servicios
 Te han á mi ruego inclinado,
 Ni verte en mi cativerio
 Te ablanda, ni te ha obligado,
 La fuerza hará que seas
 Tú rendida, y yo pagado,
 Cumplida mi voluntad,
 Y tu don menospreciado.
 Pondréte en dura prision
 Donde del sol no veas rayo;
 Cargaréte de prisiones,
 Que no muevas pié ni mano;
 Cortaréte, por mas mengua,
 Ese cabello dorado,
 Que ha puesto mi libertad
 Y mi vida en tal estado :
 Quebrarte he esas luces bellas
 De cuya luz so abrasado;
 Dejaré el divino rostro
 De su beldad despojado,
 Con vergonzosas heridas,
 Que quede desemejado :
 Tendréte desnuda en carnes
 Y de mi será otorgado
 A cuantos quisieren verte
 Desnuda así, sin ornato,

Si no me das hoy respuesta,
 Y otorgas lo que demando.—
 La honesta Pantea responde,
 Con semblante sosegado:
 —Ni muerte, prision, ni fuerza
 Me pueden poner espanto,
 Que la virtud que me mueve
 Me da esfuerzo en este caso;
 Y aunque tu violencia haga
 La fuerza que ha protestado,
 Bien podrá rendir el cuerpo;
 Pero no rendirá el ánimo.
 Y dejando estas razones,
 Que son de hombre apasionado,
 Pudieras, amigo Araspa,
 Ya que estás tan lastimado,
 Obligarme á tu demanda,
 Y no por fuerza de brazo;
 Que no conmueve mi pecho,
 Ni le altera el verte airado.
 Los regalos y mercedes
 Que me has hecho en mi trabajo,
 Son los que me hacen fuerza
 A que remedie tu daño,
 Y deje la ingratitud
 Con que siempre te he tratado,
 Y empiece á galardonarte
 Cual se debe á tu cuidado,
 Para lo cual te suplico
 Me des este día de plazo.—
 Con esto se apartó el medo
 Algun tanto sosegado,
 Creyendo que la respuesta
 Era cual había escuchado.
 Pantea á temor movida
 Qu'el bárbaro enamorado,
 No se dispusiese al hecho
 De su ciego amor forzado,
 Determina por remedio
 En tan peligroso estado
 Escribirselo al rey Ciro,
 Al cual dice sobre el caso:
 « Gran señor, en el destrozó
 » De nuestro asiriano campo,
 » Yo, Pantea, fui cautiva
 » De tus persianos soldados;
 » Y traída á tu presencia.
 » Tú, valor alto mostrando,
 » A un medo me diste en guarda,
 » El cual Araspa es llamado,
 » Encargándole mi honra,
 » Y en mi servicio el cuidado.
 » Este, ciego de deseo,
 » Conmovido y alterado,
 » Vencido de su locura,
 » Con amor desenfrenado
 » Ha intentado hacer fuerza
 » A mi querer, y obstinado
 » En este nefario intento
 » Hoy de término me ha dado.
 » Suplico á tu Majestad,
 » Que sea de tí estorbado
 » Que se ofenda mi pureza,
 » Y se quebrante tu mando.
 » Y si se me da licencia,
 » Y de tí me es otorgado,
 » Llamaré al Rey mi marido,
 » Que venga á ser tu vasallo,
 » Y á servirte en esta guerra,
 » Cual uno de tus soldados,
 » Donde pague alguna parte
 » De lo mucho que es en cargo.»
 La carta fué dada á Ciro,
 Y leyéndola ha quedado
 Lleno de espanto, y de ira
 Congojoso y alterado,
 De que Araspa tal hiciese,
 Siendo d'él tan estimado;
 Y así mandó que al momento

De allí fuese desterrado,
 Concediéndole á Pantea
 Cuanto le fué demandado
 Por su carta, y dió licencia,
 Que entrar pudiese en su campo
 Abradata su marido,
 Que en su nombre fué llamado.

(CUEVA, *Coro Febo*, etc.)

495.

MUERE ABRADATA, ESPOSO DE PANTEA, EN DEFENSA DE CIRO.

(De Juan de la Cueva.)

Su ejército mueve Ciro
 Contra el poderoso Creso,
 Protestando de arruinarlo
 Si el hado no le es adverso,
 Y traerlo á sujecion
 Destruyéndole su imperio,
 Cual á los fuertes asirios.
 Y á los egipcios ha hecho;
 Para lo cual se adereza,
 En este intento resuelto:
 Manda que marche la gente,
 Y él tambien en órden puesto,
 Animando á sus soldados,
 Capitanes y prefectos,
 Prometiéndoles á todos
 Gran gloria, y doblado sueldo
 Al que en aquesta jornada
 Mostrare mayor esfuerzo.
 Yendo su via derecha
 A dar principio al suceso,
 Pantea, reina de Siria,
 Mujer de Abradata, viendo
 Ir su marido á la guerra,
 Y á entregarse á Marte fiero,
 No olvidando las mercedes
 Que Ciro siempre le ha hecho,
 Rompiendo por entre todos,
 En el escuadron se ha puesto,
 Y al marido en alta voz
 Así le exhortó diciendo:
 —Abradata, señor mio,
 A quien vida y alma entrego,
 Quiero con pocas razones
 Decirte el fin á que vengo,
 Y es que tú vas á la guerra,
 Que Ciro hace al rey Creso;
 Vas en servicio de Ciro
 En cuyo servicio y reino
 Pido que des clara muestra
 De tu virtud y tu esfuerzo,
 Y que no vuelvas á verme
 Sino vitorioso ó muerto;
 Que mas te quiero sin vida,
 Que de honroso nombre ajeno.—
 Esto dicho, marcha el campo,
 Y el un campo al otro viendo
 Ordenan sus escuadrones,
 Tiros y armas proveyendo.
 Dan principio al cruel combate,
 La ronca señal oyendo:
 Por todas partes se hieren
 Con fiera saña y sin miedo.
 Los persianos recogidos
 A los de Lidia ofendiendo,
 Agora con fieros tiros,
 Hora con golpes horrendos,
 Por una banda y por otra,
 Apretando y oprimiendo
 Al ejército de Lidia,
 Que ya iba enflaqueciendo;
 Al cual, puesto casi al fin,
 Abradata arremetiendo
 Con sus carros, por un lado,
 Fiero estrago en Lidia haciendo,

Cercado por todas partes,
Hiriendo á diestro y siniestro,
Abradata, no vencido,
Mas vencedor, cayó muerto,
Siendo ya deshecho el campo,
Y en poder de Giro, Creso.

(CUEVA, *Coro Febeo*, etc.)

496.

PANTEA, VIENDO MUERTO Á SU ESPOSO ABRADATA,
SE SUICIDA EN PRESENCIA DE GIRO.

(De Juan de la Cueva.)

Llorando estaba Pantea
A Abradata su marido,
Que fué muerto en la batalla:
Muerto, pero no vencido;
La cual le sacó del campo
De entre los muertos y heridos,
Y sobre sus flacos hombros
Lo puso en el campo amigo,
Con no pequeño trabajo,
Ni fuera de gran peligro,
Para darle sepultura
Por último beneficio.
Mirándole está las llagas,
Que dan de su esfuerzo indicio,
Y lavando con sus ojos
La sangre en que está teñido,
Juntaba el purpúreo rostro
Al muerto y descolorido,
Dando su amoroso aliento
Al que estaba sin sentido,
Aguardando que respire
El espíritu rendido.
Llamándole por su nombre,
Con dulce voz y alto grito,
Esparcía sus cabellos
Sobre el cuerpo muerto y frío.
Querellándose del cielo,
De la tierra y del destino,
Volvía á pegar el rostro
Teniendo el del muerto asido,
Haciendo tantos extremos,
Dando tan recios suspiros,
Que en ellos rindiera el alma
Si en esto no entrara Giro,
Y viéndola d'esta suerte,
Y muerto su caro amigo,
Enternecido y llorando,
Teniendo su mano, dijo:
— ¡Oh buen amigo Abradata!
¡Oh Abradata, amigo mío!
¿Cómo te vas y me dejas
Sin tí, puesto en tal peligro?
¡Oh mi fiel compañero!
¿Cómo así te veo perdido,
Sin poder darte remedio,
Ni el premio á tu esfuerzo dino?
Lo cual haré yo en tu muerte,
Pues en tu vida no ha sido. —
Con esto soltó la mano
De Abradata el persa Giro,
Dando á Pantea muchos dones
Con que honre á su marido:
La cual con nuevos clamores
Del Rey los ha recibido,
Y puesta ante él de rodillas
Dice: — ¡Oh Rey! solo te pido,
Ya que la muerte invidiosa
Robarme mi gloria quiso,
Despojando de mi alma
El alma con que ha vivido,
Que nos honres en la muerte,
Pues que no pudiste, vivos. —
Esto diciendo, furiosa

Con un agudo cuchillo
Hirió el pecho, y salió el alma
Roto de ella el vital hilo,
Cayendo muerta Pantea
Sobre los brazos de Giro.

(CUEVA, *Coro Febeo*, etc.)

497.

MUERTE FATAL DE ÁTIS, HIJO DE CRESO, SOBRE CUYO CADÁVER
SE INMOLA SU MATADOR INVOLUNTARIO ADRASTRO, PRÍNCIPE
DE FRIGIA.

(De Juan de la Cueva.)

Afligido está el rey Creso,
Lleno de ansiosos cuidados
Que no le dejan un punto,
Ni le conceden descanso.
Teme la ira del cielo
En un sueño que ha soñado
Y conoce que los dioses
Con él le han amenazado.
Y tué que á su hijo Átis,
Qu'era su vida y regalo,
Soñó que le daban muerte
Con hierro, y d'esto espantado,
Buscaba cómo pudiese
Contrastar la orden del hado,
Creuyendo que industria humana
Pueda con los altos astros.
Y así luego que del sueño
Quedó en pavoroso espanto,
Del ejercicio de Marte
A quien el hijo era dado,
Lo apartó, y por mas seguro
Trató luego de casallo;
Que los terrestres juicios
No se levantan mas altos.
Mandó así quitar al punto
De las salas de palacio,
De todos los corredores,
De los zaguanes y patios
Las lanzas que habia colgadas,
Las partesanas y dardos,
Por que no cayese alguna
Que pudiese hacerle daño.
Hecha aquesta prevencion,
Y otras por asegurallo,
Llegó el tienpo en que Himeneo
A las bodas invocado
Vino al casamiento de Átis
Vestido de cendal blanco,
De flores y mayorama
El nupcial dios coronado,
Con una antorcha en la diestra,
Y un flaméo en la otra mano,
Que un velo amarillo era
Con que ataba los casados,
Los veloces piés compuestos
Con zuecos azafranados.
Estando en su ministerio
El dios amoroso y blando,
En fiestas y regocijos
El reino todo ocupado;
A la presencia de Creso
Llegó un hombre dicho Adrastro,
Natural de Frigia, y puesto
Ante el Rey dijo llorando:
— Creso, á quien es concedido
Del alto Jove descanso,
Con piadoso sentimiento
Oye mi infelice caso,
Así los hados conserven
En felice paz tu Estado,
Y veas á toda Asia
Puesto el yugo por tu mano,
Sin que en cosa, cual conmigo,
El cielo te sea escaso

Pues vengo de Frigia á Lidia
De su inclemencia torzado,
Y de la ira de Gordio
Mi padre, que cual contrario
Del patrio muro me lanza,
Y en destierro infame y largo,
Con tanta necesidad
Que te moverá á quebranto,
Porque sin querer hacerlo,
Con este maldito brazo
Di á un hermano mio la muerte,
Sin saber que era mi hermano.
; Que pluguiera al alto Jove,
Que con un ardiente rayo
Me arrojara al hondo infierno
Antes que hacer tal daño;
Que ménos daño me fuera
Qu'el que me está amenazando!—
Pasara con su razon,
A no acortársela el llanto;
Y así el rey Creso movido
Á lástima de su estado,
Le dijo: — Pierde el temor,
Deja la congoja, Adrastro,
Que á casa de amigo vienes
Donde serás hospedado
Como amigo y deudo nuestro,
No cual te entiendes, extraño;
Qu'eres de linaje amigo,
Y así á casa eres llegado
De amigos tuyos, do vivas
Como en Frigia en tu regalo.
Con esta piedad de Creso,
Adrastro fué consolado,
Quedándose en su real casa
Do alegre vivia en descanso.
Sucedió qu'en este tiempo
En el monte Olimpo alto
De Misia se apareció
Un jabali horrible y bravo
De grandeza nunca vista,
Que hacia mortal daño
A toda aquella comarca,
En las gentes y sembrados;
Y no siendo poderosos
Para matallo, acordaron
De demandar al rey Creso
Su favor para matallo.
Así, fuéron mensajeros
Al lidio rey enviados,
Pidiéndole que enviase
Su hijo y gente á librallos.
Siendo del rey Creso oído
De los de Misia el recaudo,
Respondió qu'él daría gente,
Y todo lo necesario
Para conseguir la empresa,
Excepto el ser enviado
Su hijo Átis á ello,
Porque lo impedía el hado.
Estando hablando en esto
Átis llegó, así hablando.
— No sé, padre, por qué causa
Me quieres hacer agravio,
En quitarme injustamente
De lo que pide mi ánimo:
Siendo dura y grave cosa
De su natural sacallo,
Porque la naturaleza
Es tan fuerte, y puede tanto,
Que no hay cosa que la mude,
Sin que sea su sér mudado.
Tú me privaste del uso
De la guerra en que descanso;
Tú me quitas de la caza
A que los reyes son dados,
Y debe de ser sin duda
Porque me sientes tan flaco
De corazón, que así suples

Lo que d'él conoces falto.—
Creso que lo estaba oyendo
Le responde:—; Oh hijo amado!
No es esto tener yo duda
De tu esfuerzo y valor alto,
Ni codiciar tu deshonra,
Ni querer hacerte agravio,
Cual dices, pues no me mueve
A hacer aquesto que hago
Otra cosa ni otro intento,
Sino el quererte yo tanto,
Y el temor de un sueño horrible
Que de mi jamas aparto,
Que de tu inmatura muerte
Es miserable presagio:
Porque yo estando al sabroso
Sueño, en quietud reposando,
Soñé que habias de morir
A hierro, y d'esto espantado
Te aparté de los peligros
Que pudieran serte daño,
Y por tenerte seguro
Te casé cual te he casado.—
Atis, que oyendo está al padre,
Replicó: — No has acertado,
Alto Rey, ni el sueño entiende
El que te lo ha declarado:
Porque si el sueño dijera,
Que dispone el crudo hado
Que habia de ser con diente
Mi muerte, era acuerdo sabio;
Mas ves que en aquesta caza,
Ni hay peligro ni hay contrario,
Y el principal enemigo
Ni tiene hierro ni manos:
Claro es que sin miedo puedes,
Sin que consultes oráculo,
Darme licencia que vaya
Desechado el temor vano.—
Pareciéndole al rey Creso
Ser razon lo demandado,
Otorgó el ruego del hijo
Encargándosele á Adrastro
Que le mirase por él,
Sin que lo perdiese el lado,
Poniéndole por delante
La amistad, que le era en cargo,
Pues lo recibió en su casa
Cuando vino desterrado.
Adrastro se encargo d'él,
Cual del Rey le fué mandado,
Y así se partieron todos,
Y al monte Olimpo llegados,
Comenzándose la caza
Rodeando el monte y llano,
Dieron con el jabali
Arriado á un grueso árbol,
Que viéndolos, furioso
Salió á ellos denodado,
El cerdoso cerro enhiesto,
Perros y armas despreciando;
Y aunque cercado de todos,
Arremete á todos bravo.
A cuál atropella, y cuál
Ensangrienta en él su dardo:
Tiranle unos, tiranle otros,
Y él contra todos parado,
Resistiendo la violencia
Con semblante y brio gallardo.
A este punto lleno de ira
Llegó por un lado Adrastro
Contra el jabali, blandiendo
Con saña un grueso venablo.
Tiró y fué incierto el tiro
En la fiera, y con él dando
Por los pechos al rey Átis,
Dió con él muerto en el campo,
Cumpliendo el sueño qu'el padre
Soñó y siempre temió tanto,

Sin poder su real poder
 Librando el hijo estorballo.
 Desde que al jóven vieron muerto,
 Del jabali se apartaron,
 Y en torno se ponen d'él
 Ardientes suspiros dando.
 El matador lleno de ansias
 Al muerto tomó en sus brazos
 Despedazándose el rostro,
 Llamando al cielo inhumano,
 Porque en vida lo dejaba
 Viendo la qu'él ha quitado.
 Rogaba á sus compañeros
 Que d'ellos sea castigado
 El que les mato su Rey,
 Haciéndole allí pedazos.
 Ninguno le respondia
 Impedidos con el llanto;
 Mas acordaron que luego
 Fuese á su padre llevado.
 Así al triste Atis pusieron
 Encima de su caballo,
 Y siguiendo su camino
 Al rey Creso lo llevaron,
 Al cual ya la presta fama
 Contado habia el duro caso,
 Y estaba aguardando al hijo
 Muerto cual d'él fué soñado,
 No cual lo vido ir á caza,
 Mas cual lo traen traspasado
 Del mayor amigo suyo,
 Y de quien le era en mas cargo:
 Y así quejándose al cielo,
 A Jove de aquel agravio,
 Que á su hijo le matase
 Su huésped á quien dió amparo,
 Rasgábase los vestidos,
 Injusto llamando al hado.
 Estando en esto el rey Creso,
 Con el muerto hijo entraron,
 Y en viéndolo en su presencia
 Los ojos puso en Adraastro,
 Sin poder hablar palabra
 De dolor un breve espacio:
 Mirando él al matador,
 Y el matador á él mirando,
 Que puesto ante él de rodillas
 Levantó al cielo las manos
 Diciendo: — Rey poderoso,
 Yo soy quien hizo este daño;
 Yo soy quien mató á tu hijo,
 Y á quien tú lo diste á cargo;
 Y pues yo só el homicida,
 No aguardes, ni estés dudando;
 Manda que me dén la muerte
 Sobre el que mató mi brazo,
 Pues di muerte ahora á mi Rey,
 Y mate ántes mi hermano,
 Cuya muerte aunque fué horrible,
 No fué insulto tan infando,
 Como á quien fué mi remedio
 Darle tan injusto pago:
 Por lo cual, Rey, te suplico,
 Que un hombre tan desdichado
 Que á su buen señor dio muerte
 No viva entre los humanos.—
 Compadecido el rey Creso
 De Adraastro y su tierno llanto,
 Le dijo: —Huésped, yo quedo
 Satisfecho, y en ti hallo
 Razones para absolverte
 Aunque te haces culpado
 Condenándote á ti mismo,
 De lo cual te hago salvo.—
 Esto diciendo hizo luego
 Qu'el muerto fuese llevado
 Para darle sepultura,
 Y llevándolo fué Adraastro
 Siempre junto al cuerpo muerto,

Y siendo al templo llegado,
 Delante de todo el pueblo
 A quien llamó, así ha hablado.
 —Aunque los hombres me absuelven,
 Y perdonan mi pecado,
 Yo no quiero perdonarme;
 Mas cual debo castigarlo,
 Ejecutando en mi mismo
 Con el homicida brazo
 La muerte que di al amigo;
 Y así os ruego, ciudadanos,
 Que condolidos de mí.
 Hagais las obsequias de ambos.—
 Alzó el brazo furioso
 Y el fiel pecho atravesando,
 Sobre el muerto cuerpo de Atis
 Cayó sin alma el de Adraastro.

(CUEVA, *Coro Febeo*, etc.)

498.

ARTEMISA.

(Anónimo.)

Aquella reina de lidios,
 Artemisa muy nombrada,
 Mujer de Mausolo, rey,
 En sus hechos afamada,
 Quería mucho á su marido,
 Tambien d'él era acatada.
 Decía que la mujer
 Para ser muy bien casada
 Que habia de obedecer,
 Y obedeciendo callada;
 Que manda la que obedece
 Dentro y fuera su posada.
 Muerto que la fué el marido,
 Esta reina, muy osada,
 Al marido hizo quemar
 Como cosa acostumbrada,
 Y poco á poco bebió
 La ceniza en agua echada,
 Diciendo que no podia
 A persona tan amada
 Dalle mejor sepultura,
 Ni mas linda y estimada,
 Que su mismo cuerpo vivo,
 Por vivir mas lastimada.

(Cancionero, *Flor de enamorados*.)

499.

AL MISMO ASUNTO.

(Anónimo.)

Sobre el cuerpo ya difunto
 Del esposo que adoraba,
 Del rey de Arabia la viuda
 Sangre y lágrimas derrama:
 Rompe sus tiernas mejillas,
 Las manos tuerce y maltrata,
 Y los dorados cabellos
 Sin piedad mesa y arranca.
 Despide voces sin tiento,
 Que como leona brava,
 Dalle vida y ser con ellas:
 En vano piensa y trabaja.
 Casi muerta al muerto llora,
 Y si del todo no acaba,
 Es solo porque le queda
 Un dolor vivo en el alma.
 Lloro su pérdida y daño,
 Y la gloria ya pasada
 En la memoria presente,
 Para hacer mayor la falta.
 Fija en el cuerpo los ojos,
 Y el alma al cielo levanta.

Porque acá cuerpo con cuerpo,
Y alla estén alma con alma,
Los miembros yertos y frios,
Abrasa en ardientes llamas,
Dando en esto clara muestra
Que ella en las de amor se abrasa.
En aguas muy olorosas
Con las que vierte y derrama
De sus cristalinos ojos,
Mezcla las reliquias caras.
Y ántes que con llanto triste
La sepulte en sus entrañas,
Con voz flaca y decaída
Como pudo, así le habla.
—Viviréis siquiera en mí,
Y pues la fortuna avara
De vida y alma os privó,
Gozaréis mi vida y alma.
Serviréis, tiernas cenizas,
Para conservar las brasas
De mis fogosas pasiones,
Porque duren, crezcan y ardan.
Tampoco funeral pompa,
Vuestra muerte y mis desgracias
Perderán por enterrados,
Dulce esposo, en mis entrañas;
Que del corazón las telas
Serán las tristes mortajas;
Tumba el levantado pecho
Que mis suspiros levanta;
Campanas mis alaridos,
Voces que del cielo pasan,
Que el acero de mi fe
Las hace sonar tan altas.
Por pobres, en vuestro entierro,
Mis merecimientos se hallan,
No como suelen vestidos,
Mas desnudos de esperanzas.
El pésame es de vivir,
Que es vivir seros ingrata;
Cabo de año el de los míos,
Que acabado vos, se acabán.
Y pues solo queda en mí
La memoria viva y sana,
Dejais alma en mi memoria
Y vuestra memoria en mi alma.—

(Romancero general.)

500.

HECHO DE JÉRJES CON UN PILOTO QUE LE SALVÓ
DE UN NAUFRAGIO.

(De Juan de la Cueva.)

Desbaratado el rey Jérjes,
Y vencido en Salamina,
Dejando á Mardonio en Grecia,
Trecientos mil hombres guia
Al Helesponto, á pasarse
En Asia, pues no tenía
En su miserable aprieto
Otro reparo su vida.
Yendo el miserable Rey
A guarecer su desdicha,
Hallando quebrado el puente,
Que le impidió hacer tal via,
Le fué forzado meterse
En una nao de Fenicia
Para pasar á su tierra,
Y con él la compañía
De los mas nobles de Persia,
Que tras sus pasos seguían.
Yendo en su viaje el Rey,
No libre de sus fatigas,
Viendo la perdida gente
Que deja, y viendo cuál iba
Corrido y avergonzado
De su infelice caída

El hado, qu'en daño suyo
Todo su poder conspira,
No contento qu'en la tierra
Fuese su fuerza rompida,
Quiso que en el fiero mar
Probase tambien su ira;
Y así conmovió el tridente
El dios qu'en el mar se anida.
Comenzó á bramar el viento,
A faltar la luz del dia;
Las negras y espesas nubes
Lanzan agua, echan pedrisca;
Carga el viento, rompe velas,
Los árboles se lastiman;
Pierde la nao su gobierno
Sin poder hacer su via;
Cresce, en la cruel tormenta,
En los de la nao la grita,
La confusa turbacion,
Los votos, las rogativas,
El no entenderse una cosa
Aunque mil veces la digan,
El estorbarse unos á otros
Con el miedo y la fatiga.
Cuál apareja la tabla,
Para echarse al mar encima;
Cuál la caja tiene puesta,
Y cuál el madero alista.
El piloto viendo el tiempo,
Que su furia no mitiga,
Fué donde estaba el rey Jérjes
Y ant'el puesto así le avisa.
—Gran Rey, ya ves la fortuna,
Que nos sigue en nuestra ida;
Ya ves el paso en que estamos
Que á la muerte nos convida;
Ya ves que no hay aparejo,
Ni hay vela sin ser rompida:
El timon caído al mar,
Y la nao, que no camina,
Y la tormenta que arrecia
Mas, cuanto mas falta el dia.
Conviene pues, gran señor,
Si quieres salvar la vida
Aljar de tanta gente
La nao, porque así podria
Salvarse, y no de otra suerte,
Porque al mar la veo rendida.—
Jérjes, oyendo al piloto
El ánima le lastima
Entender que su peligro
Demanda tal medicina;
Y viéndolo tan notorio,
Pues ya el mar tenían encima,
Puesto en medio de los suyos
Dijo: — ¡Oh noble compañía,
Que con tan firme constancia
Me seguís en mis desdichas!
Haya agora entre vosotros
Señal del amor y estima
Que me habeis siempre tenido,
Y dad órden que redima
La vida este vuestro Rey
A quien la fortuna esquiva
Sigue, pues en vuestra mano
Consiste su muerte ó vida. —
Como de los caballeros
La voz de Jérjes fué oída,
Haciendo su acatamiento
A su Rey, en despedida,
Se arrojan á la mar todos,
Procurando en su caída
No ser ninguno el postrero,
Y así la nave se alija
De la nobleza de Persia,
Que andar sobre el mar se via.
Descargada así la nave,
La tormenta se mitiga:
Arribó en Asia, á do Jérjes,

Luego que á su tierra arriba
Le mandó dar al piloto
Por premio de su fatiga
Una corona de oro
De mucho precio y estima,
Y dijole : — Esta corona
Hago de tu frente digna,
Y quiero qu'ella te adorne : —
Y poniéndosela encima,
Le volvió á decir : — Agora,
Que te di lo que debía
A tu sano y buen consejo
Para conseguir mi via,
Me pagará tu cabeza
Tantas cuantas vi perdidas
Por tu causa, en no avisarme
Que con tanta compañía
No me embarcara, y pues esto
Fué culpa tuya y no mía,
A tí hago cargo de ellos,
Y tú fuiste el homicida
De tan buenos caballeros
Cuantos perdieron las vidas
Por tí, y así esta venganza
A su lealtad es debida. —
Esto diciendo el rey Jérses
A uno de los suyos mira
Diciéndole que le corte
La cabeza, el cual con ira
En la presencia del Rey
De los hombros se la quita.

(CUEVA, *Coro Febeo*, etc.)

501.

CONSEJOS QUE FILIPO, MORIBUNDO, DA Á SU HIJO ALEJANDRO
DE MACEDONIA.

(Anónimo.)

El macedonio Filipo,
Después de haber gobernado
Con mil insignes victorias
La grandeza de sus campos;
Después de haber mantenido
Discurso de muchos años
En gran justicia á los suyos
Pacífico, quieto y manso,
Viendo á los ojos la muerte
Y conociendo que al cabo
No hay rey que se le resista
A la fuerza de sus brazos,
Hizo llamar á su hijo,
Al invencible Alejandro,
Y con la voz baja y ronca
Asiéndole de la mano,
—Estadme atento, le dijo,
Sucesor de mis estados,
Así en paz de todos ellos
Os dén el gobierno caro.
Por mi hijo sucedeis
En todos mis mayorazgos;
Gobernados como vuestros,
Y como míos tratados;
No les deis nuevos tributos;
Advertid que están muy flacos,
Que de vuestros enemigos
Con ellos podréis cobrallos.
Sustentad en paz los vuestros
Y con guerra los contrarios,
Y os adorarán los vuestros
Y los otros temblarán os.
Sed con los graves severo,
Y con los humildes manso;
No bagais á nadie injuria,
Ni á nadie sufrais agravios.
Fieles vasallos tenéis,
Como á leales tratados;
Que un rey humano, á los suyos

Conserva nobles vasallos.
No juzgeis por amistades,
Ni perdoneis por halagos,
Ni con ira castigueis,
Ni admitais consejos falsos.
Sed Alejandro en valor
Como en el nombre Alejandro;
Que la potencia de un rey
Obliga á ser todo franco.
Oid al pobre y al rico;
Cuanto al oír igualados,
Que en ley de naturaleza
Iguales nacieron ambos.
De los hinchados soberbios
Tened el freno en la mano,
Que un bocado es gran remedio
Para los muy desbocados.
Sed en la paz apacible,
En las lides Marte airado,
Reposado en los consejos,
Con los rendidos humano.
Al que hiciere mal de priesa,
No le castigueis despacio,
Que sirve de grande ejemplo
Castigar de priesa un malo.
Los sabios es justo honreis
De suerte que por honrarlos
No se vuelvan lobos fieros
Contra los corderos mansos.
Mandadles que juzguen todos
Por aquel antiguo fallo
De las vuestras santas leyes,
Y no por *orden* y *mando*†.
Refrenad sus duras lenguas
Y en el lenguaje allanados;
Que la lengua ofende mucho,
Y no corta pié ni mano.
No deis leyes cada día,
Porque no puedan juzgaros
De inconstante en el gobierno,
Y en la potencia de flaco.
Las que una vez les daréis
Haced que se estimen tanto,
Que no las quiebre ninguno,
Y si alguno, castigadlo;
Que muchedumbre de leyes
Suele servir de embarazo
Para equivocar los reinos
Y destruir los vasallos.
Haced, hijo, como todos
Pidan vuestros largos años;
Que si todos os desean
Habréis eterno descanso. —
Esto diciendo, á Filipo
Ocupó la muerte el paso,
Y el real cuerpo difunto
Cercó de lloro el palacio.

(Romancero general.)

† Estas sapientísimas máximas debieran no olvidar los llamados á gobernar los pueblos: estas son las que no olvidan nunca los que están acostumbrados á gobernar; pero por desgracia las huellan frecuentemente todos los aventureros que llegan al poder por los perances de ciega fortuna. Olvidados de su humilde existencia, atribuyen á mérito propio su casual elevación, debida quizá á la baja de sus precedentes, y quieren con destemplanza tratar á los pueblos como un tambor mayor á los chiquillos á quienes se enseña los redobles de la caja. En el que nació para el mando, una mirada basta para imponer á sus subordinados. ¡Desgraciado de aquel que necesita decir á todo un pueblo : *Ordeno y mando!*

502.

TIMOCLEA, TEBANA, SE VENGA DE SU VIOLADOR.

(De Juan de la Cueva.)

Siendo del Magno Alejandro
Rendida la ilustre Tébas,
Su fuerte muro arruinado,

Y abiertas todas sus puertas,
 Y puesto su señorío
 Al yugo de su potencia,
 Sucedió un caso admirable
 Digno de memoria eterna,
 A un tracio, capitán suyo,
 Y una tebana doncella;
 El cual yendo saqueando
 La noble ciudad sujeta,
 Con una escuadra de tracios
 Que seguían su bandera,
 Llegó robando y matando
 A casa de Timoclea,
 Que era de las más ilustres
 Que había en aquella tierra,
 Cual lo mostraba el blason
 Que fijado tenía fuera.
 El Capitán mandó al punto,
 Que dentro entrasen por fuerza
 Guiado de la codicia,
 Que suele mover la guerra.
 Arremeten los soldados,
 Derriban puertas y entran;
 Comienzan á saquealla
 Con libertad y violencia,
 Sin perdonar su rigor
 Cosa que la vista ofrezca.
 Andando así el Capitán
 A quien la codicia lleva,
 Y entrando en un aposento,
 Encontró con Timoclea,
 Que huyendo de su furia
 Se escondió en aquella pieza,
 Dejando padre y hermanos
 De que ya habían hecho presa
 Los victoriosos soldados,
 A quien cosa no refrena.
 La virgen tebana estaba
 Cual suele estar la cordera
 Que apartada de su aprisco
 Se vé cercada de fieras,
 Que de ningún modo puede
 Dejar de ser pasto d'ellas.
 Así temblando la virgen
 Gime viendo su miseria;
 Turbado el bello color
 El mortal suceso espera:
 Cuando el fiero Capitán
 Hallándose en su presencia
 Paró, sin pasar delante,
 Vencido de su belleza.
 La fiera espada bajando,
 D'ella asido, así le ruega.
 —Ya ves, hermosa tebana,
 Qu'en mi poder estás puesta,
 Del cual no podrás librarte
 Menos que cativa ó muerta:
 Pues yo quiero que seas libre,
 Con dos cosas por ti hechas:
 La una, que he de gozarte,
 Porque tu beldad me fuerza;
 La otra, que me descubras
 Adónde tienes tu hacienda,
 Y con estas condiciones
 En tu libertad te queda.—
 La tierna virgen responde,
 Inflamada de vergüenza:
 —Cuanto al gozar tú de mí,
 No lo intentas ni pretendas,
 Que soy virgen y en mi guarda
 Están Diana y Minerva,
 Que defenderán mi causa,
 Poniéndose en mi defensa;
 Y en esotro de mis bienes,
 Toda mi casa está abierta,
 Saquea cuanto hallares,
 Pues tuyo es cuanto hay en ella;
 Que los hados te lo dan,
 Y el cielo, que así lo ordena.—

Siendo del bárbaro oída
 La no esperada respuesta,
 Ardiendo en codicia su alma,
 Y en afición torpe y ciega,
 Sin replicalle razón,
 Porque de toda se aleja
 El alma que da cabida
 A cualquiera pasión d'estas,
 Asió de la tierna virgen,
 Que ante él de rodillas puesta,
 Viendo lo que pretendía,
 En tierno llanto deshecha,
 Le suplicaba que diese
 A su horrible intento venia,
 Porque no ofendiese al cielo
 Robándole su pureza.
 Sin dar oído á su llanto
 Ni á su ruego, ¡oh maldad fiera!
 Cumplió su lascivo intento
 El bárbaro en la doncella;
 La cual viéndose ofendida,
 Gime, y al cielo se queja,
 Puestos los ojos en él
 Vertiendo orientales perlas,
 Demandando la venganza
 De aquella maldad inmensa.
 El bárbaro, aun no contento
 De la maldad por él hecha,
 A la misera ofendida
 Con nuevo apremio la apremia,
 Que le diga dónde tiene
 Escondidas sus riquezas,
 O que le dará la muerte,
 Si d'ellas tiene le niega.
 Ella oyendo la demanda
 Del fiero, y la nueva fuerza,
 Determinando vengarse
 Cobró esfuerzo en la flaqueza,
 Diciéndole: —Ya no tengo
 Que negar, la suerte es vuestra,
 Pues el tesoro mayor
 Que tenía, y de más cuenta,
 Me habeis robado, y sin él
 Lo demás no me aprovecha.
 Dentro d'este pozo tengo
 Escondida mi hacienda,
 Creyendo que d'esta suerte
 Libre de vosotros fuera;
 Mas el cielo, que me sigue,
 Al contrario d'esto ordena:
 Sacalda, que libremente
 Mi voluntad os la entrega
 Por dote de la corona
 Que me robó vuestra fuerza.
 No aguardó el bárbaro á más,
 Y al pozo corriendo allega
 De su codicia instigado,
 Que así lo enajena y ciega.
 Pone en el brocal el pecho,
 Mete dentro la cabeza,
 Mira á un cabo, y mira á otro
 Por ver si ve lo que intenta,
 Y el deseo que lo enciende
 Mil varias formas le muestra
 En los visos que hace el agua
 Con verdadera apariencia,
 Por do su imaginación
 Conformándose con ellas,
 Juntas aquellas especies
 Le hace que d'ellas crea
 Lo que le pide el deseo,
 Que á su perdición lo lleva.
 Estando ocupado en esto,
 Sin recelo ni sospecha,
 El medio cuerpo metido
 En el pozo, y medio fuera,
 Viendo la ofendida virgen
 La venganza de su afrenta,
 Lucitada de su injuria

Arremete con fiereza,
Y asiéndolo por los piés
Dentro del pozo lo echa,
Y tras d'él al mismo punto
Muchas y crecidas piedras,
Con que le quitó la vida
A quien quitó su pureza.
Acudieron los soldados,
Que le guardaban la puerta,
Como oyeron el ruido;
Y vista la muerte cierta
De su fuerte capitán,
Quisieron dársela a ella,
Y por darle mas castigo
A Alejandro la presentan,
Que d'él sabida la causa
En su libertad la deja,
Y con maníficos dones
De su agravio satisfiecha.

(CUEVA, *Coro Febo*, etc.)

503.

ALEJANDRO VENCEDOR, Y DÁRIO FUGITIVO.

(De Gabriel Lobo Laso de la Vega.)

De la batalla sangrienta
Presuroso sale Dário,
Habiendo, para escaparse
Del vencedor Alejandro,
Saltado con gran pavor
Del rico y vistoso carro,
Y tomando con presteza
Un alentado caballo.
Con diligentes talones,
Floja la rienda en la mano,
De su furia se aprovecha,
Cuyo veloz curso es tardo.
No le parece que corre
Pues asienta el pié en el llano,
Y no corta con las aves
La region del aire claro:
Cosa ordinaria en quien muestra
Las espaldas al contrario.
Dejó en aquesta huida
Dário el real aparato
Para poderla hacer
Mejor y mas á su salvo,
Con cuyas varias reliquias
Se mostraba el campo ufano.
Allí se ve la corona
En el almete abollado,
De preciosa pedrería
Con encaje relevado;
Acullá el antiguo cetro,
Allá el sello y rico manto:
De todo aquello desiste
Que le fué otro tiempo grato.
De la pobreza se vale
Como mas seguro estado,
Y de emperador, desea
Parecer pobre soldado,
Per no deber á fortuna
Nada en aquel breve espacio,
Y no siempre como rey
Aguardar su golpe vario;
Y porque le desconozca
Para el efecto del pago;
Pero disimula mal
Rostro grave y noble trato.
Y como un vasallo suyo
Hallase el manto en el campo,
Fué á la tienda donde estaban
La madre y mujer de Dário,
Las cuales su manto viendo,
Que fuese muerto pensando,
Con súbita vocería
Dan principio á un duro llanto,

A que Alejandro y su gente
Con gran presteza se armaron
Pensando del enemigo
Fuese algun duro rebato.
Mas cuando supo lo que era,
Doliéndole su quebranto,
En su tienda las visita,
El vaiven considerando,
Con que la varia fortuna
Humilla al mas levantado.
En su afliccion las consuela,
Que no era muerto afirmando,
Y para satisfacerlas
Hizo que algunos soldados
En su presencia jurasen
Estar Dário vivo y sano:
Y fué verdad, que su industria
Por ser tal, le puso en salvo.

(LOBO LASO DE LA VEGA, *Romancero y tragedias de.*)

504.

ANTIÓCO ENAMORADO DE ESTRATÓNICA SU MADRASTRA.

(De Juan de la Cueva.)

De ardiente amor encendido
Antioco se abrasaba
Por la mujer de su padre,
Estratónica llamada.
Via el remedio imposible,
Y el fuego dentro en el alma:
Creciale mas el fuego
Cuanto mas su amor guardaba.
Via la rara belleza
De su hermosa madrastra;
Los dulces y bellos ojos
Con que su fuego aumentaba;
Las crespas hebras de oro,
Que con mil nudos lo enlazan
Que para alentar su fuego
Amor se las desataba,
Con que abrasaba á Antioco
Y á Febo de luz privaban.
Miraba parte por parte
La causa por quien se abrasa,
Y hallaba ser tan justa,
Cuanto injusta su demand
En este ardiente cuidado
Los dias y noches pasa:
Hizo tal instancia en él
Que el vital vigor le falta;
La fogosa juventud
Se debilita y desmaya,
Y creciendo en él la fiebre,
Con tanto extremo lo agrava,
Que sin poder resistirse
Dió el laso cuerpo á la cama.
El rey Selenco, su padre,
Viendo el hijo en tal estado,
Con solícito cuidado,
Todos los médicos llama,
Que con diligente estudio
Su remedio procuraban
Aplicando medicinas
A la ocasion muy contrarias;
Que las pasiones de amor,
Con remedios de amor sanan,
No con simples, ni compuestos,
Ni con piedras preparadas,
Que no es mal que tiene cura,
Ni sana con ciencia humana,
Si no le aplica el remedio
Quien es en hacer la llaga.
Y como de estos remedios
Con Antioco no usaban,
Ningunos hacian efecto,
Antes los que hacian dañaban.
El Rey andaba cuidadoso

Fatigado y lleno de ansias,
 Porque médico ninguno
 La enfermedad no alcanzaba,
 Ni por relacion ni pulso
 Entender podian la causa.
 Erasistrato, un famoso
 Médico, que en esto andaba
 Solícito, porque el Rey
 Hacia dél mas confianza,
 Así por sus grandes letras,
 Como por ser de su casa,
 A ver al enfermo Antiocho
 Entró, cual acostumbraba,
 Y estando solos los dos,
 El pulso le demandaba,
 Y teniéndolo en la mano
 La flaqueza contemplaba,
 El movimiento sin orden,
 Los varios golpes que daba.
 Suspenso en esto y dudoso,
 Acaso entró la madrastra;
 Hizo tanta alteracion
 El pulso, que vido clara
 El médico la dolencia
 De tantos tan ignorada;
 Y sin darle á entender cosa,
 Suelta el brazo, y dél se aparta,
 Y ante el rey Seleuco puesto,
 Del enfermo Antiocho trata,
 Diciendo ser imposible
 Remediallo, y que no alcanza
 Remedio en la medicina
 Contra enfermedad tan brava,
 Porque la causa es de amor,
 Y que demas de esta causa,
 Aunque es grave, está el peligro
 No en el mal, mas en que ama
 A su mujer, y él no puede
 Dalle á su mujer amada,
 Y que por esta razon
 En su remedio dudaba.
 Seleuco, de amor del hijo,
 Al médico se levanta,
 Y como si su igual fuera,
 Una y otra vez le abraza
 Diciéndole: — Amigo mio,
 Mi casa y mi reino manda,
 Porque á mi hijo remedies
 Y de este peligro salga:
 Dale tu propia mujer,
 Dásela, que si la amas,
 La das un rey que la adora,
 Con que su suerte aventajas,
 Y dándola á tu señor
 Por fuerza, y para esta causa,
 Para saneamiento tuyo,
 De lo que es amor, no faltas.
 De mas de esto es ley que muera,
 El hombre que á otro mata,
 Y pues ella hace el daño,
 Ella el daño satisfaga.—
 Viendo el médico prudente
 Los afectos con que habla
 El Rey, le dice: — ¿Señor,
 Tu Alteza tal cosa manda?
 ¿Quien debe guardar la ley,
 El primero la traspasa?
 Sola una cosa te pido,
 Y esta me la digas clara:
 ¿Si como pidió la mia
 A tu mujer demandara,
 Condescendiera tu Alteza
 En tan injusta demanda?—
 — Por los dioses, dice el Rey,
 Que si así se remediara,
 Que yo se la concediera,
 Sin que cosa me estorbara.—
 De las razones del Rey
 Colige el médico y halla,

Segun la demostracion,
 Que en lo dicho no le engaña,
 Y que cumpliría con obra
 Lo propio que él le rogaba;
 Y así, con seguro de esto,
 Al Rey dice, que le aguarda:
 —Alto Rey, á tu hijo Antiocho
 La enfermedad que le agrava
 No la causa mi mujer,
 Porque es tu mujer la causa;
 Y si quieres guarecello,
 Cásalo con su madrastra,
 Que este es el postrer remedio,
 Si darle vida te agrada.—
 Oyendo el Rey la extrañeza,
 Confuso y suspenso para
 Revolviendo la memoria,
 Sin determinarse á nada;
 Mas como el amor de padre
 La dificultad allana,
 A Estratónica su esposa
 Con su hijo al punto casa:
 Por guarecelle la vida,
 De su contento se aparta.

(CUEVA, *Coro Febeo*, etc.)

⁴ Moreto hizo, al asunto de este romance, la comedia intitulada *Antiocho y Seleuco*.

ROMANCES SOBRE ALGUNOS DICHOS Y HECHOS DE VARIOS FILOSOFOS GRIEGOS.

505

SOLENTO DE LOCRES SE SACA UN OJO PARA LIBRAR EL OTRO DE SU HIJO, QUE DEBIÓ PERDER EN JUSTICIA.

(De Juan de la Cueva.)

Gobernando estaba en Locres
 El justo y sabio Solento,
 Sometiéndola á las leyes
 Que ponen en paz los reinos,
 Y ajustan al pobre humilde
 Y al poderoso soberbio,
 A todos haciendo iguales
 En las costumbres y fueros,
 Cual eran administradas
 De Solento, cuyo intento
 Fué siempre de hacer justicia
 Sin torcer legal decreto.
 Esta confianza trujo
 Ante él á un pobre plebeyo,
 Estando en su tribunal
 Las causas públicas viendo,
 Y ante él postrándose dijo,
 La vez levantando al cielo:
 — Justicia vengo á pedirte,
 Solento, á pedilla vengo
 Contra tu hijo que ha sido
 Cogido en un adulterio
 Con mi mujer y en mi casa,
 Y guardandote el respeto,
 A ella le di la muerte,
 Y á él con la vida dejo:
 Pido que me satisfagas,
 Si haber justicia merezco.—
 Puso fin á su querella,
 La cual oida, Solento
 Mandó que al hijo trujesen
 Luego á su presencia preso:
 Que siendo al punto cumplido,
 Y ante él traído el mancebo,
 El mismo le preguntó
 Si era verdad lo propuesto.
 Respondió el mozo que sí,
 Y el padre dijo: — Ese yerro,
 ¿No sabes tú que las leyes,

Que he puesto yo en mi gobierno,
 Vedan aqueso pecado,
 Y que á nadie hacen exento?
 Pues como á quien las traspasa
 Pronuncio el castigo luego;
 Y es que te saquen los ojos,
 Que es la pena de este exceso;
 Para que con tu castigo
 Sea á los demas ejemplo;
 Y luego sea ejecutado
 Sin aguardar mas momento.—
 Mandólo atar, y el verdugo
 Su mandamiento cumpliendo,
 Le ató las manos atras,
 Sin hacer mas que hacello :
 Y estando ya el cruel ministro
 Para ejecutar dispuesto,
 Se levantó un gran clamor
 Diciendo : — Que pare el hecho,
 Que pare, y no se ejecute,
 Que el pueblo está satisfecho
 De su inviolable justicia;
 Y si es por satisfacello,
 Que el pide, que de la culpa
 Sea el adúltero abusuelo.—
 No mueven del justo padre
 Las voces el firme pecho,
 Que al verdugo apresuraba
 A cumplir su mandamiento,
 Sin conmovello á piedad
 El hijo atado y vertiendo
 Lágrimas, ni los clamores
 Que oía de todo el pueblo.
 Fué tan importuno el llanto,
 Y tan eficaz el ruego
 De muchos particulares,
 Que ante él de rodillas puestos,
 El perdon le demandaban
 Del hijo, por medio dellos,
 Que no pudiendo excusarse,
 Dijo, viniendo en hacello :
 — La ley ha de ser cumplida,
 Pues la hice yo, y no quiero
 En eso que me pedís
 Dejar de satisfaceros.—
 Mandó que lo desatasesen,
 Y desque lo vido suelto
 Le dió una daga en la mano,
 Y él tomó otra, diciendo :
 —Hacé lo que yo hiciere,
 No digan que por vos tuerzo
 La ley, cúmplase por ambos,
 Pues me toca el yerro vuestro.
 Esto diciendo, el un ojo
 Se sacó, y lo echó en el suelo,
 Y viendo dudoso al hijo
 En sacarse el suyo, fiero
 Asíó dél, y se lo arranca
 Con fuerza y heróico esfuerzo,
 Dando á toda la ciudad
 Lástima, y al mundo ejemplo
 En administrar las leyes,
 Que son del mundo el gobierno ¹.

(CUEVA. *Coro Febeo.* etc.)

¹ La igualdad ante la ley es la justicia : donde hay justicia, cualquiera gobierno está seguro, y no tiene que temer revoluciones ni trastornos.

506.

FÍNGESE LOCO SOLON PARA OBLIGAR A LOS ATENIENSES
 A QUE RECUPEREN Á SALAMINA.

(De Juan de la Cueva.)

Los de Megara y Aténas
 Traian guerra encendida
 Por haber el señorío
 De la isla Salamina,

Y habiendo en muchos reencuentros
 Perdido muchos las vidas,
 Siempre los atenienses
 Eran los que mas perdían,
 Recibiendo mayor daño
 Que el daño que ellos hacían :
 Y así entre ellos fué ordenado,
 Viendo cuán mal sucedía,
 Que nadie, pena de muerte,
 Tratase en ser adquirida
 La isla, y por esta causa
 En su poder la tenían
 Los megarenses, y era
 De los de Aténas perdida.
 Mas viendo el sabio Solon
 Tiempo en que haberse podía
 Y ganarse con las armas
 De los que la defendían,
 Por no incurrir en la pena
 Que el Senado puesto había
 A cualquiera que tratase
 De cobrar á Salamina;
 Pareciéndole maldad
 Suya, si no descubria
 Al temeroso Senado
 La buena ocasion que había,
 Aguardó á que estuviese
 Todo junto un cierto dia,
 En medio del cual se puso
 Fingiéndose con habla y risa,
 Que habia perdido el seso,
 Y mil locuras decia.
 Rasgábase los vestidos,
 Hacía gestos, daba grita,
 Arrojábase en el suelo,
 Y luego en pié se ponía;
 Decia mil desconciertos;
 Fingiase tener grima.
 Los senadores teniendo
 Lástima de lo que vian,
 Movidos á sentimiento
 Lo regalan y acarician,
 Dando á entender que en Solon
 Su buen gobierno perdian,
 Y que solo Solon era
 El que los ennoblecía,
 Y el que en virtud y costumbres
 En Aténas florecía.
 Esto, doliéndose de él,
 Unos y otros lo decían;
 Y viendo Solon que todos
 De su mal se condolían,
 Descubriendo su intencion
 Dijo así, á cuantos le miran :
 —¿Dó está el Senado de Aténas?
 Dó su fortaleza antigua?
 Dó el valor que opresó al mundo
 Echándole el yugo encima?
 ¿Que es de los claros varones
 Que en la marcial disciplina
 Han sido del mismo Marte
 Terror, en su valentía?
 Las hazañas, los trofeos
 Que el mundo de vos publica
 ¿Dó están, pues los megarenses
 Os resisten y os conquistan?
 ¿Cumplirá á vuestro valor,
 Que se entienda y que se diga
 En mengua de vuestra gloria,
 Que os quitaran Salamina?
 Levantaos, dejad el ocio,
 Mirad que se perjudica
 El bien comun y honor vuestro
 En que Megara os reprima.
 Tomad al punto las armas,
 Ganad esa chica isla,
 Que mas es el mundo todo,
 Y es poco á vuestra osadía.—
 Diciendo aquesto Solon

Se paró, y el rostro inclina,
 Haciendo muchos visajes,
 Y dando una gran risa,
 Tomó la puerta y salióse
 Sin haber quien lo resistía.
 Quedó suspenso el Senado,
 Y unos á otros se miran
 Admirados y confusos,
 Y ardiendo algunos en ira:
 ¡ Tanto puede la razón,
 Que los ánimos incita!
 Tal fué entre los atenienses
 Oír las razones dichas,
 Que encendidos en furor,
 Sin guardar la ley escrita
 En que á muerte condenaba
 A aquel que de Salamina
 Tratase, ó diese por voto
 Que de ellos fuese adquirida.
 Mas roto aqueste silencio,
 Cada cual se precipita
 A decir que se recobre
 Y las armas apereciban.
 Fué aquesta voz tan conforme,
 Que á una voz el pueblo grita:
 —Salamina sea ganada,
 Que los dioses nos lo avisan,
 Y los hombres sin juicio
 Dicen nuestra cobardía,
 Y nos animan que vamos
 A cobrar nuestra justicia. —
 Al punto tocan las cajas,
 Y la gente aperecibida
 De todo lo necesario
 Toma para allá su vía.
 Los megarenses se arman:
 Siendo ciertos de su ida,
 Reparán, ponen pertrechos
 Para defender su isla.
 Llegan los atenienses,
 Salen los de Salamina
 A resistirles que saltan
 En tierra, y ardiendo en ira.
 Comienzan unos y otros
 A quitar y á perder vidas,
 Mostrando valor igual
 En defensa y osadía.
 Al fin los atenienses,
 Despues de larga porfía,
 Y de haberse muerto muchos
 De ambas partes aquel día,
 Rompiendo á sus enemigos
 En la batalla reñida,
 Quedaron con la victoria
 Y con la isla perdida,
 Sin ganalla hasta entónces,
 Por la locura fingida
 De Solon, cuya alabanza
 No la cubrirá la envidia.

(CUEVA, Coro Febo, etc.)

507.

MUERTE DE SÓCRATES.

(De Juan de la Cueva.)

Ante el senado de Aténas
 Fué Sócrates acusado
 Por el orador Licon,
 Y otros por él conjurados,
 Delante de todo el pueblo
 A sus voces convocado,
 Movidos de ciega invidia
 De verlo tan estimado,
 Y qu'el mismo dios Apolo,
 Siendo d'ellos preguntado
 Cuál florecía en las letras
 Y era en ellas mas dotado,

Respondió, que entre los hombres,
 Sócrates era el mas sabio.
 Esto los incitó á ira,
 Y así en medio del juzgado
 Presentan su acusacion,
 Diciendo que ha despreciado
 A los soberanos dioses,
 Y su deidad ha negado,
 Introduciendo otros dioses
 Con que al pueblo trae engañado,
 Corrompiendo los mancebos
 Con mil usos que ha inventado,
 Con tantas supersticiones,
 Que daba oírles escándalo,
 Y era ofender los oídos
 De los buenos y aun los malos
 Contra los enormes hechos
 Que usaba aquel monstruo infando,
 Que de humano y de divino
 Las leyes ha traspasado:
 Que administrasen justicia
 Sin diferirle mas plazo,
 Con un castigo ejemplar
 Conforme al grave pecado:
 Que quedando sin castigo
 Serian ellos castigados
 De los ofendidos dioses,
 A quien ha menospreciado.
 Los jueces se conmovieron
 Y admiraron de tal caso,
 Porque la fama del reo
 Contradecía lo acusado:
 Mas vista la informacion,
 Y el pueblo todo alterado,
 Mandan que Sócrates muera
 Donde estaba aprisionado.
 Pronunciada la sentencia,
 Cual d'ellos salió acordado,
 Lleváronle la cuita
 Como á reo condenado,
 Diciéndole: —Ten paciencia,
 Sócrates, que decretado
 Está por los atenienses
 Que mueras, y así es mandado. —
 Sócrates dijo: —La muerte
 Al justo no causa espanto,
 Y si los atenienses
 Me condenan, otro tanto
 Hace la naturaleza
 A ellos, pues son humanos. —
 Luego los crudos ministros
 Le dieron el mortal vaso,
 El cual tomó con esfuerzo,
 Sin mostrar rostro alterado
 Ni demudar el color,
 Y se lo bebió hasta el cabo.
 Xantipe, su mujer, viendo
 A Sócrates en tal paso,
 Que ya bebido el veneno
 La muerte estaba esperando,
 Dijo: —¡Oh, marido mio!
 ¡Y cómo sois castigado
 Sin culpa, y moris sin culpa
 Falsamente condenado!
 —¿Pues cómo? ¿quieras, Xantipe,
 Que muriera, dijo el sabio,
 Mereciendo yo la muerte?
 ¿No es mejor no ser culpado?
 Que mas miserable cosa
 Es el merecer el daño
 Que sufrir el rigor d'él
 Aunque sea mas extraño. —
 Criton, un su estrecho amigo,
 Ya que le vió basqueando,
 Llegóse á él y le dijo:
 —Dime, Sócrates amado,
 ¿Cómo quieres que te entierre,
 Y dónde ser enterrado? —
 Sócrates dijo: —¡Oh Criton!

¡Cuán en balde he trabajado
 Contigo, pues que no entiendes
 Dónde voy encaminado!
 ¡No sabes que d'este mundo
 He de salir hoy votando,
 Y que no he de dejar cosa
 Mía en él? De aquí apartado,
 Si pudieres alcanzarme
 O de ti fuere hallado,
 En donde quiera que fuere
 Seré de ti sepultado,
 Y allí harás á tu gusto
 En darme sepulcro honrado.—
 Cuando decia estas razones,
 Criton le tomó las manos,
 Y díjole:—Ya estás frio,
 Sócrates, ya estás al cabo;
 Qu'el tener las manos frias
 Y el cuerpo, es indicio claro.
 —Bien es, Sócrates responde,
 Pues la medicina ha obrado,
 Tener agradecimiento,
 Ofreciéndole á Esculapio,
 Pues hizo tan buena cura,
 Por ella, en mi nombre, un gallo;
 Y así, despues de mi muerte,
 Amigo, quede á tu cargo
 Ofrecérselo por mí,
 No me tenga por ingrato.—
 En esta postrer razon,
 Echó los ojos en blanco,
 Y dando una boqueada,
 Quedó de la vida falto.

(CUEVA, *Coro Fedco*, etc.)

308.

PACIENCIA DE DIÓGENES.

(De Juan de la Cueva.)

Tratando de las costumbres
 De Diógenes, un dia
 Unos discípulos suyos
 Loándolo, encarecian
 La gran virtud de paciencia
 Con que cualquier mal sufría,
 Cualquier injuria ó afrenta,
 Que en contra de él se hacia
 D'esto lo estaban loando,
 Y mas, el que mas podia,
 Dando ejemplos conocidos,
 Que de todos se sabían,
 Testificando con ellos
 Todo lo que d'él se oía.
 Uno de los que allí estaban,
 Que Lentulo se decia,
 Ó por invidia, ó por odio
 Que á Diógenes tenia,
 Contra el parecer de todos
 D'este modo respondia:
 —No sé si es rudeza vuestra,
 O si es inorancia mía
 Esto en que estáis confiriendo
 Con tan perliaaz porfia,
 Que para conmigo es falso,
 Ó no es razon quien me guía,
 Pues del cínico Diógenes
 Sabemos la libre vida,
 Y cómo no sufre tanto;
 Antes con libre osadia
 Dice y hace cuanto quiere,
 Sin que cosa se lo impida.
 Y para que esto que digo
 Se vea que no es mentira,
 Y con verdad se compruebe,
 Yo lo probaré este dia,
 En un caso de paciencia,
 En que será conocida.

La paciencia que decís
 Que en Diógenes se anda,—
 Diciendo Lentulo esto,
 El filósofo venia
 Por la calle, y luego todos
 A recibirlo salian,
 Y entorno d'él se pusieron
 Los que juntado se habian,
 Que era innumerable gente,
 A ver lo que sucedia.
 Diógenes, puesto en medio,
 Habló á todos cual solia,
 Y á él le hicieron todos
 La debida cortesía:
 Y Lentulo, estando así,
 En el rostro le escupia,
 Y Diógenes le dice,
 Sin mostrar pasión ni ira:
 —¡Cierto, Lentulo, se engaña,
 Si hay alguien que de ti diga
 Que no tienes lengua y boca,
 Pues de todo te servias!—
 Esta respuesta admiró
 A cuantos el caso miran,
 Y loando su paciencia,
 Un clamor grande crecia,
 Mezclado con varias voces
 Que un son confuso hacian,
 Que conformándose en uno
 La hazaña encarecian.
 Lentulo quedó corrido
 De la respuesta tan viva,
 Y sin aguardar mas punto
 Se fué, y el sabio se iba.
 Uno de los que llegaron
 Con los que á bulto venían,
 Mas fiero que virtuoso,
 Cual al fin mostró su vida,
 A Diógenes detiene
 D'él haciendo escarnio y fiska,
 Diciéndole:—¿Eres tú aquel
 Que libremente publicas
 Cuanto sabes, y no sabes,
 Y aun las cosas que adivinas?
 Si eres tú el que sin temor
 No hay cosa que te reprima,
 Dame á entender una cosa,
 ¿Si está en tu filosofía,
 Que á quien te escupe en el rostro
 No le prives de la vida?—
 Diógenes se rió,
 Y con modestia replica:
 —¿Que quieres tú que le haga,
 Si tiene mucha saliva,
 Y Aténas cria tales hombres
 De lenguas tan atrevidas?—
 El hombre no le responde,
 Y arrebatado de ira
 Dio un bofetón á Diógenes,
 Que en el suelo le derriba.
 Diógenes, puesto en pié
 De la violenta caída,
 Forzó á todos que á mirallo
 En él pusiesen la vista,
 Creyendo que á la venganza
 Su afrenta lo encenderia:
 Mas sin mostrar sentimiento,
 La bolsa abrió que traía,
 Y contándole un ducado
 Se lo dió, y d'él se desvia
 Diciendo:—De aquesta suerte
 Vengo yo la ofensa mía.—
 Quedaron suspensos todos,
 Y él se fué, y los unos gritan
 Que era aquel hecho de loco,
 Y esto á voces que él lo oía;
 Otros que era misterioso
 El caso, si lo entendían,
 Y así dando pareceres

Cada cual como sabía,
 Se fuéron, dejando solo
 Al hombre que con gran risa
 Dice, contando el dinero:
 — ¡No es mala mercadería
 Por un bofetón de un pobre
 Henchir mi bolsa vacía,
 Que haré otro tanto con Jove,
 Por otra tanta cantía!
 Mas es de considerar,
 Si un pobre así gratifica,
 ¿Que hará el que fuere rico?
 No dudo que me redima
 Toda mi necesidad,
 Y me haga uno de estima.
 Este camino es seguro
 Para mejorar mi vida:
 Quiero caminar por él,
 Que el cielo me lo encamina.
 Esto diciendo, furioso,
 Guiado por la codicia,
 Parte á cumplir lo que el cielo
 Por justo acuerdo destina,
 Instigado de las furias
 Que su alma posejan,
 Y púsose en el comercio,
 Donde la gente acudia,
 Resoluto de hacer
 Lo que al sabio hecho había,
 Como fuese en hombre tal,
 Cual su deseo pedía.
 Con tal determinación
 Aguarda, y atento mira,
 Midiendo la plaza y calles
 Con la pavorosa vista.
 Ocupado en esto solo,
 Sin juicio, ardiendo en ira,
 Vio venir por el mercado
 Un hombre que él conocía
 Ser de los ricos de Atenas,
 Y de no menor estima.
 En viéndolo, dijo: — El cielo,
 Y Júpiter me lo envía,
 Para que este dé remedio
 A la gran pobreza mía.—
 Esto diciendo, á él se llega
 Con temeraria osadía,
 Y dándole un bofetón
 Casi á sus piés lo derriba.
 El otro ardiendo en coraje,
 Viendo así su honra perdida,
 Poniendo mano á su espada,
 Sin cosa que lo resista
 Le dió tantas estocadas
 Que allí le quitó la vida
 Y hasta hacello pedazos
 No se le quitó de encima;
 Dejándole d'esta suerte
 Vuelve á proseguir su vía.
 La fama con presto vuelo
 Por todas partes envía
 El extraño acaecimiento,
 Y en voz clara se publica:
 Cuéntase de varios modos,
 Aunque la muerte se afirma,
 Y tan pública fué á todos,
 Que á ninguno fué escondida:
 Y así oyéndola Diógenes,
 De los que á él acudían
 A contarla por milagro,
 Que tal nombre la ponían,
 Dijo: — ¿Habeis notado todos
 El suceso d'este día?
 ¿No veis cómo se engañaron
 Los que de mí se reían,
 Porque tras verme afrentado
 Le pagué la afrenta mía?
 Inorancia fué de todos
 No entender que la codicia

De ver que así le pagaban
 Las afrentas que hacía,
 Por fuerza había de llevarlo
 A ejercitar su osadía;
 Y así por lo que le di
 Me vengaron con su vida.

(CUEVA, Coro Febo, etc.)

509.

DIÓGENES Y PLATÓN.

(De Juan de la Cueva.)

Poseyendo de Sicilia
 El rey Dionisio el imperio,
 El filósofo Platon,
 Que vivía entónces dentro,
 Quiso hacer un banqueto,
 A algunos nobles del reino,
 Y de los mas allegados
 Al poderoso gobierno,
 Por mostrarles su amistad,
 Y no por otro respeto:
 Qu'el sabio nunca codicia,
 Ni cosa le pone miedo.
 Y así, aderezado todo
 Cuanto convenia al efecto,
 Y juntos los convidados,
 Y junto tambien el tiempo
 De dar principio al convite
 Con regocijo y contento,
 Entró el cinico Diógenes
 De polvo y de sudor lleno.
 Descalzo y roto el vestido,
 La barba larga y cabello,
 Colgado un zurrón del hombro,
 Debajo del brazo un tiesto,
 Con un báculo en la mano,
 Y en la boca puesto el dedo;
 Sin hablar palabra á nadie
 La vista andaba esparciendo,
 Mirando á una parte y otra,
 Cabeceando y riendo,
 Con que á todos suspensia
 Viéndolo estar tan suspensio.
 Y despues de haber bien visto
 El suntuoso aposento
 De sedas y oro colgado
 Por defuera, y por de dentro,
 Las aderezadas mesas
 Con tan ricos aderezos,
 Cubiertas de vasos de oro,
 Y de muy curiosos lienços,
 Volvió á ver los convidados,
 Y al filósofo con ellos:
 Juzgando que aquello todo
 Para Platon no era bueno;
 Que aquel regalo y deleite
 De un filósofo es ajeno,
 Y que era impropio en Platon,
 Qu'era en vida tan modesto,
 Luego sin hablar palabra
 Las mesas derribó al suelo,
 Y pisando los manjares,
 Los vasos todos vertiendo,
 Y viendo que no quedaba
 Cosa alguna, entró corriendo
 A la cama de Platon,
 Y encima d'ella subiendo
 La comenzó á pisar toda
 Deshaciendo su ornamento,
 Diciendo: — Piso el regalo
 De Platon, piso el aseo,
 La vana curiosidad,
 Qu'en él parece tan feo;
 Que el filósofo, desnudo
 Está mejor que compuesto.—
 Viendo el divino Platon

El sobrado atrevimiento
De Diógenes, que estaba
Pisándole aprieta el lecho,
Sin alterarse del caso,
Ni mostrar turbado gesto,
Le dice con alta voz.
— O Diógenes, no es eso
Parecerte mal mi fausto,
Mas usar tu libre exceso,
Y como no tienes casa,
Ni has menester aderezos,
Porque tu secta los veda,
Y tus cínicos preceptos;
Por eso los aborreces
Cual hoy en mi casa has hecho.
No está la filosofía
En tratarte como perro,
Comiendo bajos manjares,
Por no sentir falta d'ellos,
Durmiendo el estío al sol,
Y el frío invierno al sereno,
Abrazando las estatuas,
Cuando mas ofende el hielo;
Que eso todo es diferente
De la secta que profeso:
Y si arguyes mi soberbia,
Tú has sido en esto el soberbio
Querriendo por esta invidia
Mostrar que tienes imperio
Para pisar la soberbia,
Y este fué solo tu intento.

(CUEVA, *Coro Febo*, etc.)

510.

DIONISIO DE SICILIA Y DAMOCLES.

(De Juan de la Cueva.)

Dionisio estaba en Sicilia
Méno contenido que ufano,
En posesion del imperio,
De que se hizo tirano;
Lanzados griegos y locros
Del distrito italiano,
Por amor, por miedo, ó fuerza,
Tenia el imperio llauo
Sujeto á su tiranía,
Y á su ánimo inhumano,
De todos obedecido
Y de muchos adulado,
Que cargados de lisonjas
Siempre le andaban al lado.
Entre muchos habia uno,
Mas que todos señalado,
El cual llamaban Damocles,
Que usando el oficio vano
De la vana adulacion,
Un dia con el tirano,
Teniendo abierta ocasion,
Tomó de hablar la mano,
Diciendo: — ¡Oh gran rey Dionisio,
Mas glorioso que hombre humano!
¿Cuál otro vive en la tierra,
Que te sea comparado?
¡Oh Dionisio venturoso!
¡Oh tú bienaventurado,
Que eres igual en el suelo
Con Júpiter soberano!
Dividido está el imperio;
Entre los dos está el mando:
El gobierna lo celeste,
Tú gobiernas lo humano;
Sujeta está la fortuna

A tu poderosa mano:
Todo vive en tu obediencia,
Sujeto tienes al hado.
Marte te obedece en armas,
Y Júpiter en estado;
Febo en saber, y Mercurio
En ciencia en que te ha dotado:
En los signos y planetas,
Ninguno tienes contrario:
¡Nada te falta, Dionisio,
Para que seas llamado,
Entre los hombres del mundo,
El mas bienaventurado! —
Dionisio le estaba oyendo
Todo su proceso vano,
Y para satisfacerlo
De su yerro en este caso,
Y vea cuán sin contento
Es la vida del tirano,
Que es la congoja en que vive
Quien posee lo mal ganado,
Quitóse el real vestido;
Corona y cetro le ha dado:
Pónelo en su mismo trono,
Siéntalo en su mismo estrado;
Cuélgate encima una espada,
En un hilo muy delgado;
Manda que le sirvan todos
Como á él mismo en su estado.
Tráenle diversos manjares;
Sirvenlo en real aparato;
Resnena el dulce instrumento
En el sublime palacio;
Sube la sonora voz,
Que alegra el sentido humano;
De cuanto pide el deseo
Satisfecho está y pagado.
Todo le parece bien;
Mas está el triste temblando
De ver la desnuda espada,
Que le está encima colgando,
Los servicios le congogan,
Pena le da el verse honrado;
Aligele el verse rey,
Tiembra y gime el desdichado.
En esta peplegidad,
Al Rey le dice llorando:
— ¡Oh poderoso Dionisio!
¿En qué te ofendi yo tanto,
Que me trates de tal suerte,
Siendo yo tu leal vasallo?
No soy capaz de tal gloria,
Tú la goza muchos años,
Solo te pido en merced,
Me quites de aqueste estado;
Socórreme ántes que muera,
Hazme libre, y ponme en salvo,
Que yo quiero mi pobreza,
Y aborrezco tu reinado:
Prospérente en él los dioses
Cuanto de ti es deseado. —
Oyó Dionisio sus ruegos,
Y á piedad vuelto el tirano,
Mandó quitar al punto,
Y del peligro apartado,
Le dice: — Dime, Damocles,
¿Qué es lo que me has alabado
La suerte de verme rey,
Si á muerte estoy tan cercano?
¿No es mejor pobreza honesta,
Que imperio con tal cuidado?

(CUEVA, *Coro Febo*.)

SECCION DE ROMANCES CONCERNIENTES Á LA HISTORIA DE ROMA.

ÉPOCA DE LOS PRIMEROS REYES ROMANOS.

511.

NACIMIENTO DE RÓMULO Y REMO.

(De Juan de la Cueva.)

Con las vírgenes vestales
 Está la hermosa Rea,
 Que su tío el rey Amulio
 Allí la tiene por fuerza,
 Desterrándole á su padre
 Contra justicia y clemencia,
 Por quitarle el reino Albano,
 Qu'era suyo por herencia.
 Asimismo dio la muerte
 A Lauro, otro hermano d'ella,
 Con que seguro de todo
 Con el reino albanes queda.
 La triste Rea quedando
 Huérfana y por fuerza opresa,
 La cual consumía su vida
 Lastimada de su ofensa,
 Pidiendo venganza al cielo
 De su estrechez y miseria,
 Desesperada del medio,
 Que dalle remedio pueda.
 Estando así en el convento
 De la religiosa Vesta,
 Entre su virgíneo coro
 La vírgen vestal profesa.
 El hijo del alto Jove,
 Que preside en las peles,
 El sangriento horror, dejando
 Las armas y trompas bélicas,
 A la terneza de amor
 Todo su furor sujeta,
 Viendo la beldad divina
 De la vírgen vestal Rea;
 Y forzado al dulce fuego,
 Que al mas fuerte señorea,
 El poderoso dios Marte
 Ciego y cativo se entrega;
 Que en las contiendas de amor
 Ninguna fuerza aprovecha.
 Dió lugar á la memoria
 El dios fiero de la guerra,
 Trabando consigo mismo
 De las guerras la mas fiera,
 Entre amor y su deseo,
 Que el uno y otro le apremian,
 Dándole el amor esfuerzo,
 Y el deseo temor y pena;
 Natural cosa al que ama,
 Es temer lo que desea,
 Cual al dios Marte sucede,
 Que lo que desea, recela.
 Puesto el trácio dios horrible
 En esta horrible contienda,
 Temiendo y osando á un punto,
 Cosa en el que ama cierta,
 Sujeto á su voluntad
 Rompió del temor la cuerda
 Dejando al libre deseo
 Suelta á su querer la rienda:
 Y así puesto en asechanza
 A la vestal Rea acecha,
 Y hallándola sola un día
 A gozar d'ella se apresta;
 Que no le otorga su fuego,

Para aguardar mas, licencia.
 Llegó á ella y por la mano,
 Sin descubrirse quién era,
 La asió, y ella pavorosa
 La voz mal formada arrecia,
 Forcejeando, y resistiendo
 Enflaqueció en la defensa;
 Que no puede fuerza humana
 Resistir divina fuerza.
 Tembló el templo, bramó el cielo,
 Estremeciósse la tierra,
 De horror volvió atras el Tiber
 Escondiendo la cabeza,
 Y al centro lodoso y hondo
 Se dejó calar de pena,
 Turbando las claras ondas,
 Revolviendo las arenas,
 Dando testimonio en esto
 Del agravio hecho á Vesta.
 Habiendo Marte á su gusto
 Gozado de la doncella,
 Le dice quién es, y en vuelo
 Se desapareció de ella,
 Quedando la vestal vírgen
 Sin el don que mas se precia,
 Y de dos hijos preñada,
 Indicio de que era rea;
 Que las ocultas maldades
 El mismo mal las revela,
 Cual en este ayuntamiento
 Vino á sucederle á Rea,
 Quedando por rastro d'él
 La preñez, en que se vea:
 La cual aunque quedó oculta,
 Fué, creciendo, manifiesta;
 Llegando el tiempo que Juno
 Sacó á ver la luz febea
 Dos bellos niños de un parto,
 No sin confusion y afrenta
 De las vírgenes vestales,
 Que al Rey el caso le cuentan:
 El cual oyendo el suceso,
 Sin que punto se detenga,
 Renovando el odio antiguo
 Ordenó, ardiendo en cruzea,
 Cómo padezca la madre,
 Y los dos hijos perezcan:
 Y así la mandó poner
 En una prison estrecha
 Donde acabase la vida
 En soledad y miseria.
 Llamó luego dos criados,
 De quien confiarse pueda,
 Y contándoles el caso
 Los dos niños les entrega
 Para que al Tiber los echen
 Adonde ahogados mueran.
 Los criados diligentes,
 Las almas de dolor llenas
 Reciben los dos infantes,
 Para darles muerte fiera.
 Cumpliendo el real mandato
 Van á ejecutar la pena
 En los tiernos inocentes,
 Que en naciendo á morir llevan
 Por la culpa de su madre,
 Que á su inocencia condena,
 Y la tiranía del tío,
 Que en ellos su odio venga,
 Aunque el disponer del cielo

D'ellos otra cosa ordena;
 Porque llegados al río
 Donde la triste tragedia
 Ha de ser de los dos niños,
 Según orden mortal cierta,
 Iba el río tan crecido
 Tendido por la ancha vega,
 Que poder llegar al hondo
 De la corriente les veda;
 Y así cumpliendo el mandado
 Del Rey, los dos niños dejan
 Echados dentro del agua,
 Y con esto dan la vuelta.
 Mas vuelto á piedad el Tiber
 Por la divina clemencia,
 Recogió en sí la creciente,
 Los niños dejando en tierra
 Entre las ovas y lamas
 Llorando su cruda estrella.
 Acudió al llanto una loba,
 No movida como fiera,
 Mas de humano sentimiento,
 Como si aquello sintiera,
 Y lamiéndoles el lodo,
 Con regalo entre ellos se echa,
 Y á cada niño en su boca
 La loba aplicó una teta.
 En este piadoso oficio
 Esta fiera se recrea,
 O guiada de los dioses,
 O movida de ternera.
 Sucedió que como iba
 Y volvía luego presta,
 Esto hizo tantas veces
 Siguiendo una misma senda,
 Que de Faustillo, un pastor,
 Fué vista y tenida en cuenta;
 Y así siguiéndola un día
 Por los pasos que iba ella,
 La vió tendida en el suelo,
 Y á los niños á sus tetas,
 Usando del mismo oficio
 Que si ella los pariera.
 Aguardó el pastor Faustillo,
 Que la fiera hiciese ausencia,
 Y luego que los dejó
 A los tiernos niños llega
 Movido á piedad humana,
 Tomando ejemplo en la fiera.
 Se cargó de los dos niños
 Y á su cabaña los lleva,
 Y á Laurencia su mujer
 Todo el suceso le cuenta
 Mandándoselos criar
 Como si sus hijos fueran.
 Estos son Rómulo y Remo,
 Del Romano Imperio cepa,
 Por quien fué fundada Roma
 Que fué del mundo cabeza.

(CUEVA, *Coro Febo*, etc.)

542.

EL RAPTO DE LAS SABINAS.

(De Juan de la Cueva.)

Viéndose el hijo de Marte,
 Por quien fué Roma fundada,
 Muy poderoso de gente
 En su ciudad, ya acabada,
 Consideró que este imperio
 Presto acabaría sin falta,
 Porque habiendo tantos hombres,
 Las mujeres les faltaban,
 Para que en aumento fuese
 La generación romana.
 Habiendo acuerdo sobre esto,
 Rómulo al punto despacha

Legados á las ciudades
 De toda aquella comarca,
 Pidiéndoles su amistad,
 Y dando para ello causas,
 Fuéron los embajadores,
 Y en oyendo su demanda,
 Con afrentosos oprobios
 Los despedían y echaban,
 Diciendo: — Que á advenedizos
 A sus hijas no les daban,
 Y que siendo salteadores,
 Gente pastoril y baja,
 Su amistad ni parentesco
 No les importaba en nada:
 Que casasen con su igual,
 Y hiciesen alianzas.
 Siendo de Rómulo oída
 La respuesta, ardiendo en saña,
 Determinó que acabasen
 Lo que no el ruego, las armas.
 Y porque viniese á efeto
 Su intencion, fingió que estaba
 Enfermo, y mandó que fuese
 Esta nueva divulgada,
 Juntamente apregonando
 Por las ciudades cercanas
 Fiestas á Neptuno ecuestre,
 Y unos juegos de gran fama,
 Dándoles licencia á todos,
 Y la ciudad libre y franca
 A cuantos venir quisiesen
 A las fiestas que ordenaba.
 Sabida que fué esta nueva,
 Ya que el tiempo se acercaba,
 Muchos hombres y mujeres
 Ir á vellas acordaban,
 Con deseo de ir á ver
 La nueva ciudad fundada.
 Y así con hirviente priesa
 Los sabinos se aprestaban
 Con sus mujeres y hijos,
 Y en la ciudad se alojaban,
 Maravillados del sitio,
 De las cercas y anchas plazas
 De la nueva población,
 Que los admira y espanta.
 Llegó el día señalado
 De la fiesta apregonada:
 Comienzan alegres juegos
 Y á salir revueltas danzas,
 Los unos por una parte,
 Los otros por otra banda:
 Estos vienen contra aquellos,
 Y estos á aquellos atajan:
 Ocupan los circunstantes
 Las vistas, memorias y almas.
 Desque los romanos vieron
 La ocasion aparejada,
 No la dejaron pasar,
 Porque no vuelve si pasa;
 Y así, fingiendo un ruido
 Entre ellos, tocan alarma.
 Salen los jóvenes fieros
 Ardiendo en ardor y saña:
 Mézclanse con los que miran,
 Que descuidados estaban.
 A cuál le quitan la hija,
 A cuál le roban la hermana,
 A cuál le llevan la prima,
 Sin poder mas que dejalla.
 Las virgenes daban voces
 Viendo que así las robaban:
 Cuál del cuello de su padre
 Se ase, y de allí la arrancan;
 Cuál huye despavorida,
 Y con su madre se abraza,
 De donde el romano fiero
 La quita, y por cima pasa,
 Sin moverse á llanto ó ruego,

Ni aplacar su odio á nada,
 Robando solo doncellas,
 Reservando á las casadas.
 Habiendo hecho la presa
 De las vírgenes robadas,
 Para asegurar su hecho,
 Puesta la ciudad en arma,
 Echaron fuera la gente
 A quien d'ellas despojaban,
 Que con triste sentimiento
 Viendo ir los suyos quedaban;
 Mas Rómulo puesto en medio
 A todas su pena aplaca,
 Diciéndoles que su intento
 No era el que ellas pensaban,
 Que era el querer ofendellas
 Y dejallas deshonradas;
 Mas ser con ellas casados,
 Y que aquella era la causa
 De habellas robado así,
 Porque les fueron negadas
 De sus padres, despreciando
 Sobre el caso su embajada,
 Y que solo aquel camino
 Hallaron para alcanzallas:
 Que perdiesen el temor
 Y despidiesen las sañas,
 Y amasen el que la suerte
 Por marido le entregaba.
 Con tales persuasiones
 Rómulo las aplacaba,
 Y repartidas entre ellos,
 Fuéron con ellos casadas,
 Cabiendo á Rómulo, Hersilia,
 Que en belleza era extremada.
 Ofendidos los sabinos,
 A los dioses se quejaban
 De los perjuros romanos
 Y las armas aprestaban,
 Y con ellos su rey Tácio
 Se pone luego en campaña,
 Y viniendo sobre Roma,
 Su destrucción protestaban.
 Y para principio d'ella
 Un ardid discreto trazan,
 Con que en su primer reencuentro
 Tuvieron en Roma entrada:
 Y fué, que Spurio Tarpeyo,
 Hombre noble y de gran fama,
 Tenia la fortaleza
 A su cargo encomendada.
 Este tenia una hija,
 Tarpeya por él llamada,
 Que corrompida con diones,
 Negando la fe á su patria,
 La puerta que cerró el padre
 Abrió á la enemiga escuadra,
 Que luego que se vió dentro,
 A la infame hembra mata,
 Dando ejemplo con su muerte
 Ser debida y justa paga,
 Y que al traidor no se debe
 Guardar la fe ni palabra.
 Los romanos acudieron,
 Viendo la ciudad ganada,
 Siguiendo tras Hostio Hostilio,
 Su capitán, á cobralla,
 Que atravesado cayó
 Por los pechos, de una lanza;
 Cuya repentina muerte
 A los romanos desmaya.
 Y así, puestos en huida,
 Sin orden, se desbaratan,
 Siguiéndoles Mucio Cuvio,
 Capitán de la otra banda.
 Viendo Rómulo ir buyendo
 Su gente con tal infamia,
 De coraje y de dolor
 Al cielo las manos alza,

Diciendo: — ¡Divino Jove,
 Si aquí tu favor nos falta,
 Vida, nombre, imperio y gloria,
 Faltándonos él, acaba!
 ¡Vuelve pues, piadoso padre,
 En piedad la ardiente saña,
 Y á estos romanos vencidos
 Tu favor aspire y gracia! —
 Esto diciendo, á los suyos
 Se vuelve, y dice en voz alta:
 — Seguidme, amigos romanos,
 Seguidme, gente romana,
 Que aun no estamos tan vencidos
 Que perdamos la esperanza. —
 Sin hablar mas, arremete
 Abriendo una senda ancha
 Por los fieros enemigos,
 Que á unos hiere y á otros mata,
 Derribando á estos y á aquellos
 Y á cuantos delante halla.
 Los romanos esforzando,
 La cobardía dejada,
 Siguen tras su capitán,
 Que yendo así en la batalla,
 Al capitán Mucio encuentra,
 Que á los sabinos ampara;
 El cual á Rómulo viendo,
 Aprestado de sus armas,
 Le acometió, y el romano
 Como romano le aguarda,
 Y emparejando con él,
 Le privó de vida y alma.
 Los sabinos se retiran,
 Y los romanos se apartan,
 Reformando las dos huestes
 Con mas ira y mayor saña.
 Y queriendo arremeterse,
 Se puso en medio una escuadra
 De las mujeres sabinas,
 Que enternecidas de lastima
 De ver sus padres y hermanos
 Con las armas levantadas,
 De otra parte sus maridos,
 Con quien ya en amor se traban,
 Los unos contra los otros
 Y cuán sin piedad se matan,
 Queriendo ser el remedio,
 Pues del mal eran la causa,
 Puestas en medio les piden
 Que se sosieguen las armas,
 Y arrancando sus cabellos,
 Sus vestidos despedazan,
 Diciendo á voces: — ¡Qué os sirve
 Mataros? Qué se restaura
 Cuando os hayais todos muerto,
 Pues no se remedia nada
 Sino es dejarnos viudas
 Nuestros padres, y afrentadas,
 Y nuestros fieros maridos,
 Sin padres, desamparadas?
 Que de cualquier modo el daño
 Sobre nosotras descarga,
 Si nos matan los maridos
 O si los padres nos faltan.
 Dejad, dejad el combate,
 Dejad la guerra inhumana,
 Volved el odio en amistad,
 Meted las fieras espadas,
 Pues en lo uno se pierde,
 Lo que en lo otro se gana. —
 Esto decian las sabinas
 Derramando tiernas lágrimas;
 Ya rogando á los maridos
 De sus piernass se abrazaban,
 Ya volviéndose á sus padres
 El paso les embarazan,
 Ya al pariente, ya al hermano
 La dulce paz les demandan.
 Fué tan eficaz el llanto

Que sus ánimos ablanda,
Y todos enternecidos
Se inclinan y el odio apartan;
Que lágrimas de mujeres
Cualquiera furor aplacan,
Que al viento en su mayor furia
Y al rayo sujetan y atan,
De la suerte que el furor
D'estos dos pueblos atajan;
Y reducidos á paz
Las fieras armas abajan,
Cuando ya tenían las puntas
Casi en los pechos hincadas.
Hicieron de los dos pueblos
Uno, y una ambas estancias,
Los romanos y sabinos
Con perpetuas alianzas,
Dándole á Roma el imperio
Y el mando en todas las causas,
Por el valeroso esfuerzo
De las sabinas robadas.

(CUEVA, *Coro Felco*, etc.)

513.

AL MISMO ASUNTO

(Anónimo.)

Aquel heróico romano,
Fuerte, fratricida y fiero,
De quien toma nombre Roma
Y su edificio soberbio,
Después de habella fundado,
La máquina insigne viendo,
Como mujeres faltaban,
Dió traza á su pensamiento.
Con los romanos concierta
Que tengan públicos juegos,
Y á los sabinos conviden
Para que vengan á vellos.
A la fama de las fiestas
Júntanse los extranjeros;
Que siempre la novedad
Hace livianos los pechos.
Cuál deja la casa propia,
Cuál á su padre siguiendo,
Tras sus pisadas camina
Hasta que en Roma se ha puesto.
Los codiciosos romanos,
Su fortuna lograr viendo,
Mas divulgaban su fama
Desde el turco hasta el flamenco.
Muchos en Roma se juntan,
Unos por el vencimiento,
Otros por ver de la fiesta
El no pensado suceso.
En sus casas los reciben,
Y en sus propios aposentos;
Que traen huéspedes consigo
Que se han de quedar de asiento.
Salen al anfiteatro
Los gladiadores primero,
Vestidos del cuerpo abajo
Blancos calzones de lienzo.
Trábanse los fuertes brazos,
Y con los carnudos miembros
Cada cual forceja aprieta
Para no venir al suelo,
Ya con el fiero león
O el elefante soberbio:
Del que queda vencedor
Quedaba el contrario muerto.
Aun no lograron su vista,
Que del murmurio en el medio
Los prevenidos romanos
Desnudan el blanco acero.
Crece la confusa grita,
El alarido y estruendo,

Ya de la doncella casta,
Y ya del anciano viejo.
Este la casada coge,
Aquel, la soltera viendo,
Tras la presa se abalanza
Para matrimonio honesto.
Cuál á la temprana viuda
Hace mil prometimientos,
Y cuál, para que conceda,
Le pone un puñal al pecho.
Ya con voz delgada y ronca
Una dice: esposo tierno,
Otra hermano y padre llama
Para que vuelva á su ruego.
No aprovechan los gemidos;
Que el nieto deja al abuelo,
Desampara el hijo al padre
En sangre y en polvo envueltos.
Allí el celoso marido
Abre la puerta á sus celos,
Viendo á la casta mujer
Ser de otro tálamo dueño.
Crece mas el alboroto,
Suben las quejas al cielo,
Y los romanos alegres
Su fortuna van signiendo.
Queda Rómulo señor,
Con mujeres queda el pueblo,
Dando principio al principio
De tantos triunfos soberbios.

(MADRIGAL, *Segunda parte del Romancero general*, etc.)

514.

APOTEOSIS DE RÓMULO.

(De Juan de la Cueva.)

Rómulo estaba haciendo
De su fuerte gente alarde,
En quietud gozando el reino
Ganado con tanta sangre.
Y estando en su tribunal
Asentado con los padres,
Comenzó á bramar el viento
Y el cielo claro á turbarse;
Y con súbita violencia,
Agua, piedra, fuego y aire
Contra la romana gente,
Todo vino á conspirarse,
Con tan fiero movimiento,
Que terror les causó grande;
Y así todos temerosos,
Sin tener segura parte,
Cercados de oscura sombra.
Temiendo aguardan que pase
La tempestad espantosa,
Y su horrible furia aplaque,
Mostrándose el claro día
Con la luz que se vió ántes.
Estando así los romanos
Deseando que se amanse
El terremoto terrible,
La luz comenzó á mostrarse:
Cesó el agua; el aire, el fuego;
La tiniebla se deshace,
Restituyendo el sol claro
Su luz que la sombra aclare.
La gente empezó á moverse,
Aunque confusa y cobarde;
Los senadores se miran,
Sin que ninguno se hable.
Acuden á ver su rey
Deseosos de hablalle.
Hallaron vacía su silla,
Sin poder jamás hallalle.
Comenzaron á dar voces:
¿Dónde estás, hijo de Marte?
¿Dónde estás, Rómulo fuerte?

De aquí quién pudo llevarte?
 ¿Dinos si, dejando el suelo,
 Te llevó al cielo tu padre?
 Avisa á tu triste gente,
 Que el fin de su rey no sabe. —
 D'esta suerte lamentaban
 A Rómulo en todas partes,
 Llamándole padre y rey,
 Repitiendo el nombre en balde,
 Sin dar descanso á sus voces,
 Ni de llamarlo cansarse.
 Sosegó el confuso estruendo
 Las voces y gritos grandes:
 Decían unos que fué al cielo
 Llevado á que allá descansase:
 Otros, que ya era dios,
 Y debían por dios honralle,
 Y entre los dioses ponello
 Celestiales y penates.
 El Senado lo reprueba,
 Diciendo ser yerro grave
 Que á Rómulo hagan dios,
 Ni con tal nombre lo llamen,
 Y que entender otra cosa
 Era de gente ignorante.
 Comenzó á alterarse el pueblo
 Contra el dicho de los padres,
 Y á levantar nuevas voces
 Sin poder pacificarse.
 Estando así conteniendo,
 Sin que su porfia cesase,
 Un varon esclarecido
 Por virtud y noble sangre,
 Julio Próculo llamado,
 Viendo el trabado combate,
 Puesto en medio del tumulto,
 Dijo en voz alta y suave:
 — ¡Oh caballeros romanos!
 Dad á las voces remate,
 Y lo mismo os amonesto
 A vosotros, populares,
 Para que en vuestra contienda
 Oigais cosas que os espanten:
 En lo cual juro á los dioses,
 En quien toda verdad cabe,
 A los del horrible Huerco,
 Y á los domésticos Lares,
 Y á los que no conocemos,
 Que son de gloria espaces,
 De decirlos la verdad,
 Porque vuestra duda acabe.
 Sabréis que Rómulo sacro,
 Hijo del divino Marte,
 Y padre de nuestra Roma,
 Honor d'ella y de su padre,
 Se me apareció en figura
 Refulgente y admirable,
 De excelente especie, y forma
 Mas extraña y venerable
 Que vi jamás, ni él viviendo
 La tuvo tan elegante;
 Con resplandecientes armas
 Compuesto, y con nuevo traje:
 El cual, viéndome suspenso
 De ver claridad tan grande,
 Llamándome por mi nombre,
 Dijo así en voz mansa y grave:
 « Julio Próculo, di á Roma
 » Cuál me ves y me hablaste,
 » Y que los dioses del cielo
 » Quisieron allá llevarme,
 » Que como del cielo vine,
 » Al cielo volví á tornarme.
 » Que mis romanos se esfuerzen;
 » Y no teman que les falte,
 » Y se dén al ejercicio
 » De Marte, y d'él no se aparten;
 » Que los dioses le conceden
 » A mi Roma, que contraste

» El mundo, y d'él sea cabeza,
 » Y ella lo sujete y mande.»
 Cuando llegó á esta razon
 Fué suspendido en el aire;
 De nueva luz rodeado,
 Me dejó, sin mas hablarme. —
 Cesó Próculo, y el pueblo
 Con nuevo alarido sale
 Afirmando lo que ha dicho
 Próculo al pueblo ignorante,
 Y todos en un acuerdo
 Dicen que por dios le acaten,
 Y dejando el nombre antiguo
 El dios Quirino se llame;
 Y en el monte Quirinal
 Un templo á Quirino hacen.

(CUEVA, Coro Febo, etc.)

515.

LOS HORACIOS Y CURIACIOS.

(De Juan de la Cueva.)

Los sucesores de Marte
 A quien Rómulo divino
 Dió nombre y llamó romanos,
 Nombre de su nombre mismo,
 Habiendo la fiera parca
 Llevado á Numa Pompilio,
 Eligieron por su rey
 Al valiente Tulo Hostilio;
 Al cual en tomando el cetro
 Envió Cayo Civilio,
 Rey albano, embajadores
 Con un su recado altivo,
 Que ante Tulo Hostilio puestas,
 Uno, el mas anciano, dijo:
 — Los albanos te requieren
 Que de ti siendo esto oído,
 Les mandes á tus romanos
 Les sea restituido
 Cuanto han robado en sus campos
 Violando la fe de amigos;
 Y que siéndote avisado,
 Si nos fuere contradicho,
 Te denunciemos la guerra,
 La cual, Rey, te notífico,
 Que dentro de treinta dias
 Será, y hoy te la publico,
 Si en nuestra justa embajada
 No vienes, cual te pedimos. —
 Cesó el albanes, y el rey
 De Roma, le ha respondido:
 — A vuestro Rey le diréis
 Que yo aceto el desafio,
 No dentro de treinta dias,
 Sino en este dia mismo:
 Que pues el quiebra las paces,
 Cual los dioses son testigos,
 Pues sus albanos primero
 Robaron los campos míos,
 Y yendo á pedir justicia
 No quiso jamás oílos;
 Asi ellos d'esta guerra
 La causa son y principio;
 Para la cual se aperceba
 Porque yo ya me apercebo. —
 Idos los embajadores,
 Y del rey albano oídos,
 Su gente puso en campaña,
 Que siguiendo su camino,
 A cinco millas de Roma
 Su campo asentó Civilio,
 El cual murió en allegando,
 Y dictador fué elegido
 Mecio Suficio, hombre noble,
 De Alba fuerte caudillo.
 En este tiempo, aprestado

El gran pueblo de Quirino,
 Puso su campo á do estaba
 Situado el de su enemigo,
 Tan cerca el uno del otro,
 Que se oían sin dar gritos.
 Estando ya los dos campos
 Dispuestos y apercebidos,
 Para darse la batalla
 Todo á punto y prevenido,
 Mecio Sufecio envió
 A rogar á Tulo Hostilio,
 Que se hablasen los dos,
 Antes que fuesen rompidos.
 Otorgó el romano al punto
 Lo qu'el contrario ha pedido,
 Y entre los dos campos puestos
 Los dos contrarios caudillos,
 Cesando de todas partes
 El alboroto y el ruido,
 Al poderoso romano
 El albanes así dijo :
 —Yo he visto bien la ocasion,
 Y la causa que ha movido
 A nosotros y á vosotros
 A esta guerra á que venimos;
 Y es, segun dió por disculpa
 Nuestro rey Cayo Civilio,
 Porque no restituistes
 Lo que d'él os fué pedido,
 Que de los campos albanos
 De vosotros fué cogido;
 Y no dudo qu'este achaque
 Tambien sea de ti seguido;
 Mas si la verdad se dice,
 Diferente es que se ha dicho,
 Porque hacernos tal guerra
 Los amigos y vecinos,
 Y los que ya en parentesco
 Estamos, cuál ves, unidos,
 Es codicia del imperio,
 No los robos referidos.
 Yo no sé si en esto acierto,
 Qu'esta la causa haya sido
 Que al rey albanos moviese
 La codicia, que aquí digo :
 Yo fui hecho capitán,
 Despues que se dió principio
 A esta guerra, y considero
 El gran yerro que seguimos,
 Que ensangrentemos las armas.
 En los parientes y amigos,
 Sino que busquemos orden
 Como sea eso impedido,
 Y uno quede, de ambos pueblos,
 Con entrambos señoríos.—
 Tulo Hostilio vino en esto,
 Y para que sea cumplido
 Sin derramar mucha sangre,
 De los suyos ha elegido
 Tres mozos dichos Horacios,
 De un solo parto nacidos;
 Que estos contiendan por Roma,
 Y defiendan su partido.
 Los albanos señalaron
 Otros tres, de un parto mismo,
 Llamados los Curiaños
 De igual fuerza, edad y brío.
 Hecho este pacto y firmado
 De ambos, luego el Fecial vino,
 Tomándoles juramento,
 Que todo sería cumplido,
 Siendo puesto en sujecion
 El pueblo de los vencidos;
 Y qu'el pueblo vencedor
 Lo tuviese en su dominio.
 Luego los seis combatientes
 A la batalla han salido,
 Y en medio de las dos huestes
 Les señalaron el sitio

Para hacer su combate
 De los unos y otros visto.
 Dió señal la ronca trompa
 De dar á su lid principio :
 Arremetense furiosos
 Siendo el son bélico oído,
 Y del encuentro primero
 Dos romanos han caído
 Muertos, uno encima de otro,
 Quedando esotros heridos.
 El romano, que vió muertos
 Sus hermanos, encendido
 En coraje y en esfuerzo,
 Aunque en tan cierto peligro,
 Consideró que teniendo
 Juntos sus tres enemigos,
 Peleando todos juntos
 Era cierto ser vencido,
 Y para ver de vencillos
 Convenia dividillos;
 Así se fué retirando
 D'ellos, con huir fingido,
 Y uno de los tres albanos,
 Viendo que quedaba vivo,
 Partió para él furioso
 A darle mortal castigo.
 Mas revolviendo el romano
 Luego que apartar lo vió,
 Con un golpe y otro golpe
 Con tal prisa lo ha herido,
 Que ántes que lo guareciesen
 Sin alma en tierra ha caído;
 Y apartándose otro poco,
 De otro hermano fué seguido,
 Y revolviendo sobre él
 Tambien muerto lo ha tendido;
 Quedando solo con uno
 Lo que en los otros dos hizo,
 Y á todos tres despojando
 De la vida y los vestidos,
 Victorioso dejó el campo
 Donde el combate ha vencido,
 Y fuese al de sus romanos,
 Del cual fué bien recibido,
 Y con mucho honor y gloria
 En la ciudad fué metido
 Con los despojos al hombro,
 Que daban del hecho indicio.
 Yendo entrando d'esta suerte
 Con tal triunfo y regocijo,
 Sucedió un caso admirable,
 Que por serlo será escrito,
 Porque se acabe la historia
 Qu'es el intento que sigo.
 Horacio tenia una hermana,
 Y esta tenia por marido
 Uno de los Curiaños,
 Que d'él quedaban vencidos;
 La cual salió á ver el triunfo
 Al hermano concedido,
 Y puestos en él los ojos
 Alegre del regocijo;
 Y como sobre los hombros
 Llevase el despojo habido,
 Conoció entre los demas
 De su marido el vestido,
 Que dado le fué por ella;
 Y así d'ella conocido,
 Al punto soltó el cabello,
 Y comenzó en alto grito
 Llorando á llamar su esposo,
 Culpando al cielo, y destino.
 El victorioso romano
 D'esto haciéndose ofendido,
 Arrebatado de ira
 Y de cólera encendido,
 Dió allí la muerte á su hermana
 Porque lloraba al marido,
 Diciendo : —Quéjate á él

D'esto y de tu desatino,
 De tu amor desordenado,
 Pues que pones en olvido
 La muerte de dos hermanos,
 Y la vitoria del vivo,
 Y el bien de la cara patria,
 Por llorar á su enemigo.—
 Horacio fué luego preso,
 Y en dura cárcel metido,
 Y condenado á morir
 Por el crimen cometido.
 Queriendo ya ejecutarlo
 Con muerte dina al delito,
 El padre entró en el Senado,
 Diciendo :—Padres conscriptos,
 ¿Este galardón le dáis
 A quien os ha redimido
 Echando el pesado yugo
 Al albanes señorío?
 No useis tal ingratitud
 Con quien tanto bien os hizo :
 Contentáos, que por la patria
 Pierdo en un día dos hijos,
 ¿Y á uno solo que me queda,
 Que os libró cual habeis visto,
 Quereis quitalle la vida
 Por galardón del servicio?—
 Esto les dice llorando,
 Y el pueblo á piedad movido
 Comenzó á pedir que fuese
 Libre Horacio, y no ofendido ;
 Qu'el bien que les habia hecho
 De cualquier premio era dino ;
 Que si libertad tenían,
 Que por su mano les vino ;
 Que se la diesen al punto,
 Perdonándole el delito,
 Pues era fácil su yerro
 Visto el grande beneficio.
 Oyendo los senadores
 Las voces del pueblo, y gritos,
 Revocaron la sentencia
 Y el auto ya proveído,
 Dando á Horacio libertad
 Y el premio á su honor debido.

(CUEVA, *Cero Febo*, etc.)

516.

TARQUINO PRISCO, REY DE ROMA.

(De Juan de la Cueva.)

Sin memoria de ser rey
 Tarquino Prisco vivía
 En Tarquinia, entre los tuscos,
 De donde era su familia ;
 Vivía en humilde estado
 Y tenido en poca estima,
 Su claro nombre encubierto,
 Su prudencia y valentia ;
 Que todas las buenas partes
 La pobreza las eclipsa.
 Tanaquil, su mujer, viendo
 Quién eran, y cuál se vian,
 Adligda de la suerte
 Tan infame y abatida
 En que estaban tan sujetos
 A su fortuna enemiga,
 Resuelta en buscar remedio
 A la estrechez de su vida,
 Que acabando su miseria,
 Acabase su desdicha,
 Tentó los medios posibles
 Y las imposibles vías,
 Por ver si por una ú otra
 Fuese ; porque en la fatiga
 La necesidad esfuerza,
 Y á los ingenios aviva.

Quiso, llegada á este extremo,
 Seguir de su profecía
 El curso, y saber del cielo
 El fin que á su mal ponía.
 Pues de sus altos misterios
 Las cosas mas escondidas
 Y mas ocultas al mundo,
 Le eran claras y sabidas ;
 Que la gran naturaleza
 A Tanaquil hacia digna.
 Que comprendiese de ella
 Lo que á nadie comunica ;
 Y tal poder tenia en todo,
 Que todo le obedecia
 Cuanto la tierra produce,
 Y el centro esconde en su sima.
 Al mar hacia no moverse,
 Cuando en ella combatian
 Los cuatro contrarios vientos,
 Y mas fiero lo herian ;
 Hacia temblar la tierra,
 Las plantas andar hacia,
 Al sol que no se moviese,
 Y verse acabado el día,
 Bajar el cielo á la luna
 A cuanto saber queria.
 Pues, estando un día Tanaquil
 Congojada y pensativa,
 Consultó al secreto hado
 Y alcanzó que se veria
 Reina de Roma, y Tarquino
 Su marido, el rey seria ;
 Mas hallaba que á Tarquino,
 Le costaria la vida.
 Esto reservó á su pecho,
 Y de lo demas le avisa
 A su marido, diciendo
 Así, la gran profetisa.
 —La miseria que nos sigue,
 Hace ; oh Tarquino ! que viva
 Cuidosa, y de este cuidado
 Solo un punto no desista ;
 Y así buscando el remedio
 Que nos ha luido y priva
 La rigurosa fortuna,
 Por una consulta astrigera,
 Hallo que tu serás rey
 De Roma, y su monarquía
 Poseerás por largos años
 En quietud libre y pacífica,
 Por la muerte del rey Anco,
 Que morirá en breves días :
 Ponte al momento en camino,
 Que importa ser rey tu ida.—
 Quedó Tarquino suspenso
 De oír lo que profetiza
 Tanaquil, y considera
 Que Febo en su pecho aspira,
 Y que no sin gran misterio
 Era aquello que adivina.
 En su saber confiado
 Al hecho se determina,
 Y puesto en camino al punto,
 Despues de prolija via
 Llegó á la gloriosa Roma,
 Que el rey Anco poseía ;
 Y á la entrada de la puerta
 Sucedió una maravilla :
 Que un águila bajó á él,
 Y quitándole de encima
 El sombrero, se levanta
 Con él, y en alto subida,
 Remontándose en su vuelo,
 Ya que se perdía de vista,
 Volvió á bajar, y á ponerle
 El sombrero, que le habia
 Quitado de la cabeza,
 No sin gran horror ni grima
 De Tarquino ; mas Tanaquil

Así le dice y anima :
 —Ya van mostrando los dioses
 El fin de mi profecía,
 Y te aparejan en Roma
 El cetro y la real silla,
 Pues el ave del gran Jove
 A coronarte se inclina,
 Porqu'el ponerte el sombrero
 Esto solo significa.—
 Entrando Tarquino en Roma,
 El rey Anco, en su venida
 Mostró alegre sentimiento,
 Sus virtudes siendo oídas,
 Su valor y su prudencia,
 Su consejo y valentia ;
 Y así lo metió en su casa
 Para lo qu'el hado urdia :
 Que no ha menester camino
 A quien el hado le guía.
 Tarquino con el rey Anco
 Favorecido vivía,
 Creciendo en amor y gracia
 Con él mas, cuanto mas iba.
 Estando así, la cruz parca
 Despojó al Rey de la vida,
 El cual señaló á Tarquino
 Por tutor y compañía
 De los hijos, que dejaba,
 No en edad, cual convenia
 Para entrar en el gobierno,
 Y romana monarquía ;
 En la cual Tarquino electo
 Tal modo tuvo y tal vía,
 Que fué nombrado por rey
 De Roma, y rey se decia :
 Y en este nombre y oficio
 En gran descanso vivía.
 Reinó cuarenta y dos años,
 Y al cabo d'ellos, un día
 Los sucesores de Anco,
 Viendo su gran tiranía,
 Y que por él despojados
 De su reino, padecian
 Necesidad, acordaron
 De quitalle el reino y vida :
 Y así le dieron la muerte
 Librando su patria y silla,
 Cumpliéndose de Tanaquil
 Su mujer, la profecía,
 Que sería rey de Roma,
 Y por ello moriria.

(CUEVA, *Coro Febeo*, etc.)

517.

EL CADÁVER DE SERVIO TULLO, HOLLADO POR SU HIJA.

(De Juan de la Cueva.)

Muerto dejaba Tarquino
 A su suegro Servio Tullio,
 Que la codicia del reino
 Al cruel hecho lo dispuso.
 Quedaba muerto en la calle
 Sin que le diese ninguno,
 Por amor ó reverencia,
 Al real cuerpo sepulcro.
 ¡ Duro y miserable caso !
 ¡ Caso miserable y duro,
 Que pudiese la codicia
 Dar la muerte á un rey tan justo,
 Y con tanto abatimiento
 A quien tanta virtud tuvo !
 ¡ Oh desengaño, al engaño
 De aqueste engañoso mundo !
 Claro y evidente ejemplo
 Que no hay estado seguro,
 Pues vemos al rey de Roma
 En una calle difunto,

Entre su sangre revuelto,
 Que ni su potencia pudo,
 Ni su piedad ni justicia
 Librallo del trance crudo.
 Tendió sus alas la fama
 Sus lenguas prestando al vulgo ;
 Esparciose el caso horrible,
 Tan triste como fué injusto ;
 Llegó la noticia á Tulia,
 Hija del rey Servio Tullio,
 Mujer del que le dió muerte
 Siguiendo el acuerdo suyo ;
 La cual llena de fiereza,
 Sobre un carro subió al punto,
 Y al barrio Ciprio encamina,
 Donde el cuerpo quedar supo,
 Instigado el fiero pecho
 De las furias del profundo,
 Qu'el carro le apresuraban
 Al hecho infame y oscuro,
 Que al mundo causó terror
 Y en crueldad fué sin segundo ;
 Porque llegando á dó estaba
 El padre de alma desnudo,
 Cubierto de sangre y polvo,
 Tendido en el suelo duro,
 Mandó al que guiaba el carro,
 Que por el cuerpo difunto
 Lo pasase ; el cual movido
 A piedad, las riendas tuvo
 Tirantes con ambas manos,
 Lleno de espanto y confuso ;
 Y lastimado del hecho,
 A otra parte volvió el curso.
 Mas la inhumana mujer,
 Que tal piedad le desplugo,
 Quiso del carro arrojallo,
 Y sobre el eje se puso
 Instigando los caballos,
 Que huyendo el fiero insulto
 Se retiraban atras
 Bufando ; mas al fin pudo
 Mas la violencia inhumana,
 Que la piedad de los brutos,
 Que por encima del cuerpo
 Una vez, y otra los trujo,
 Y con las herradas ruedas
 Despedazándolo anduvo,
 Hasta que miembro por miembro
 Todo desmembrado estuvo.
 Luego que la cruel Tulia
 Satisfecha su ira tuvo,
 Se apeó y cogió la sangre,
 Y sin detenerse un punto
 A sus lares se la lleva
 Y á su marido perjuro,
 Dando ejemplo esta cruel hembra
 De ser la mas cruel del mundo,
 Y que tan horrible ejemplo
 Fuese á las gentes oculto.

(CUEVA, *Coro Febeo*, etc.)

518.

AL MISMO ASUNTO.

(Anónimo.)

Tulia, hija de Tarquino
 Qu'en Roma rey residia,
 Viendo aquesta mala hembra
 Qu'el padre mucho vivia,
 Por codicia de reinar,
 Que otro sucesor no habia,
 A su padre hizo matar
 A puñaladas un día.
 Matáronle en una calle,
 Y en medio el suelo yacia.
 Tulia, yendo con su carro,

Como siempre ir solia,
Uno le trujo las nuevas,
D'ellas recibió alegría:
Quiso pasar por do estaba,
Porque aun no lo creía.
Los caballos que tiraban
Cada cual se retraía;
Tambien de vello, espantado
L'auriga que los regia
Comovido de piedad
Por otra parte los guia,
Porqu'el Rey no fuese hollado,
Y que acato merecia.
Tulia con voces supremas
Al auriga persuadia
Que pasase encima d'él
Y no torciese la via.
En fin, encima del padre
Pasó el carro cual venia.
¿Quién vido tanta crueldad,
Ni cual Dios la consentía?
¿Una hija que á su padre
Desmembralle le queria!

(Cancionero, Flor de enamorados.)

519.

TARQUINO Y LUCRECIA.

(Anónimo A.)

Aquel rey de los romanos
Que Tarquino se llamaba,
Namoróse de Lucrecia
La noble y casta romana,
Y para dormir con ella
Una gran traicion pensaba.
Vase muy secretamente
Adonde Lucrecia estaba.
Cuando en su casa lo vido
Como á rey lo aposentaba:
A hora de media noche
Tarquino se levantaba;
Vase para su aposento,
Adonde Lucrecia estaba,
A la cual halló durmiendo,
De tal traicion descuidada.
En llegando cerca d'ella
Desenvainó su espada,
Y á los pechos se la puso;
D'esta manera le habla:
—Yo soy aquel rey Tarquino
Rey de Roma la nombrada;
El amor que yo te tengo
Las entrañas me traspasa:
Si cumples mi voluntad
Serás rica y estimada,
Si no, yo te mataré
Con esta cruel espada.
—Eso no haré yo, el Rey,
Si la vida me costara;
Que mas la quiero perder
Que no vivir deshonrada.—
Como vido el rey Tarquino
Que la muerte no bastaba,
Acordó d'otra traicion;
Con ella la amenazaba.
—Si no cumples mi deseo
Como yo te lo rogaba,
Yo te mataré, Lucrecia,
Con un negro de tu casa,
Y desque muerto lo tenga
Echarlo he en la tu cama;
Yo diré por toda Roma
Que á ambos juntos os tomara.—
Despues qu'esto oyó Lucrecia,
Que tan gran traicion pensaba,
Cumplióle su voluntad
Por no ser tan deshonrada.
Cuando Tarquino hubo hecho

Lo que tanto deseaba,
Muy alegre y muy contento
Para Roma se tornaba.
Lucrecia quedó muy triste
En verse tan deshonrada:
Enviara muy aprisa
Con un siervo de su casa
A llamar á su marido,
Porque allá en Roma s'estaba.
Cuando ante sí lo vido
D'esta manera le habla.
—¿Oh mi amado Colatino!
Ya es perdida la mi fama,
Que pisadas de hombre ajeno
Han hollado la tu cama.
El soberbio rey Tarquino
Vino anoche a tu posada:
Recibíle como á rey,
Y dejéme violada.
Yo me daré tal castigo
Como adúltera malvada,
Porque ninguna matrona
Por mi ejemplo sea mala.—
Estas palabras diciendo
Echa mano de una espada,
Que muy secreta traía
Debajo de la su halda,
Y á los pechos se la pone,
Que lástima era mirarla.
Luego allí en aquel momento
Muerta cae la romana.
Su marido que la viera
Amargamente lloraba:
Sacóle de aquella herida
Aquella sangrienta espada,
Y en la mano la tenia
Y á los sus dioses juraba
De matar al rey Tarquino
Y de quemalle su casa.
En un monumento negro
El cuerpo á Roma llevaba,
Y púsole descubierta
En medio de una gran plaza.
De los sus ojos llorando,
De la su boca hablaba.—
¿Oh romanos, oh romanos,
Doleos de mi triste fama,
Qu'el soberbio rey Tarquino
Ha forzado esta romana!
Y por esta gran deshonra
Ella misma se matara.
Ayudadme á la vengar
Su muerte tan desastrada.—
Desque aquesto vido el pueblo
Todos en uno se armaban,
Y vanse para el palacio
Donde el rey Tarquino estaba,
Danle mortales heridas
Y quemáronle su casa.

(Cancionero de Romances.)

†Pertenece este romance á la clase de los que componian los juglares?

EPOCA DE LA REPUBLICA ROMANA HASTA LAS GUERRAS PUNICAS.

520.

MUCIO ESCÉVOLA ANTE PORSENA.

(De Lorenzo de Sepúlveda.)

Porsena, rey poderoso,
A Roma cerco ponía;
Gran tiempo estaba cercada,
A romanos mal venía.
Mucio, muy noble romano,
Deliberado tenia

Morir, ó matar al Rey,
Y librar su patria misma.
Licencia pidió al Senado,
Luego le fué concedida :
Al Tiber pasó nadando,
Al real legado había.
Al sacerdote del Rey
Que purpúrea rópá vestía,
Creyendo que fuese el Rey
Dado le ha mortal herida.
Mucio fuera luego preso,
Y ante el Rey se traía.
— ¿Quién eres, dijo, mancebo? —
Mucio luego respondía :
— Ciudadano soy romano,
Mucio es mi nombrada,
Que yo como tu enemigo
Como á tal matar quería.
No creas que terné, Rey,
Ni que á mí me fallecía
Ménos ánimo al morir
Que para quitar tu vida ;
Que sufrir cosas más fuertes
A romanos convenía ;
Ni creas que yo sea solo
En hacer lo que yo hacía,
Que de Roma son salidos
Mancebos en demasia,
Que procuran con tu muerte
Ganar fama muy cumplida. —
Porsena lo amenazaba ;
Dijo que lo quemaría
Si no le decía verdad,
Y alguna cosa encubría.
Mucio extendiera su mano,
Y en un fuego la metía ;
Toda la dejó quemar,
Y al Rey así le decía :
— Tú puedes ver y sentir
Cuán poco su cuerpo estima
Todo hombre que procura
Ver gran gloria y conquerrla. —
Viendo el Rey su gran constancia,
De sobre Roma partía ;
Hizo paz con los romanos ;
Gran temor cobrado había :
Dijo : — Vete, Mucio osado,
Que yo cierto juzgaría
Si se hiciera por mi patria
Lo que por la tuya hacías,
Quedar d'eso gran memoria
De tu virtud tan cumplida. —
Enviólo para Roma,
Que muy bien lo recibía.

(SEPÚLVEDA, *Romances nuevamente sacados, etc.*)

521.

HECHO DE CLOELIA, VIRGEN ROMANA, ESTANDO EN REHENES
DE PORSENA.

(De Juan de la Cueva.)

Cloelia, virgen romana,
Siendo dada al rey Porsena
Por rehenes de seguro,
Y otras virgenes con ella,
Viéndose en el campo Etrusco
Entre la gente de guerra,
Lugar, cual juzgo, indecente
Para estar en el doncellas,
Juntando á las de su patria,
Así las dijo Cloelia :
— Virgenes, honor de Roma,
En quien resplandece Vesta,
Ya veis el riesgo en que estamos
De perder la gloria nuestra,
Pues entre libres soldados
Nos vemos, y entre armas puestas,

Sin hacer ningun efeto,
Mas que esperar nuestra ofensa,
La cual quiero que evitemos
Si la mujer flaqueza
Dejais, y con pecho fuerte
Me seguís á un alta empresa,
Que despues de hacernos libres
Nos promete gloria eterna,
Y es, que en faltando el sol claro,
Y viniendo la tiniebla,
Nos arrojemos al Tiber,
Pues pisamos su ribera,
Y nadando, á nuestras casas
Nos vamos d'esta manera. —
Como Cloelia lo dijo,
Fué concedido por ellas,
Y en viendo que en sombra oscura
La clara luz fué cubierta,
Y que las célestes formas
Acompañaban á Delia,
Con ánimo varonil,
Y con prudente cautela
Engañaron á las guardas,
Y salieron de sus tiendas,
Y al patrio Tiber llegando,
Al hecho heroico dispuestas,
Siguiendo á Cloelia todas,
Todas al agua se entregan ;
Y de la necesidad
Forzadas, sacando fuerzas,
Rompiendo las prestas ondas,
Todas una escuadra hechas,
Cual ir suelen las Nereides
Sobre las ondas revueltas,
Tales iban las romanas
Consiguiendo la alta empresa,
Del sacro rio ayudadas,
Que poco á poco las lleva,
Refrenando el veloz curso
Les abrió carrera cierta,
Por donde entrasen en Roma
Triunfando, de gloria llenas.
Sabido el extraño caso,
Envió luego Porsena
A Roma sus mensajeros
A demandar á Cloelia,
Como á la mas principal
En su recibida ofensa,
O que quebraría las paces,
Que cesar hacian la guerra,
Ni el cerco les alzaría
No dándole la doncella.
Roma, oyendo la embajada,
A Cloelia les entrega,
Que al rey Porsena la lleven,
Que haga á su gusto d'ella,
Hora dándole castigo,
O asolviéndola de pena.
Así los embajadores
De Roma parten con ella,
Dejando á todos envueltos
En lágrimas y querellas.
Llegaron do el Rey estaba
Deseando la respuesta
De Roma, en lo que pedía,
Y á Cloelia le presentan,
Que sin perder el color
Ni alterarse, estuvo queda
Con semblante honesto y fuerte,
Puestos los ojos en tierra.
Porsena, desque la vido
Tan hermosa y tan honesta,
Admirado de ambas cosas
Y mas de su fortaleza,
Dijo : — Mas gloria te debe
Roma á tí, que á Mucio Scévola,
Y mayor fué tu hazaña,
Y dina de mayor cuenta ;
Y así quiero, pues es justo,

Que de premio no carezca,
Y ser yo el que galardone
Una hazaña tan nueva,
Porque loando tu esfuerzo,
Se loe mi recompensa;
Que la virtud pide premio,
Y es sin virtud quien lo niega.—
Y así, traer mandó luego
Delante de su presencia
Las mas doncellas, que estaban
Por rehenes, y ante él puestas,
Le dice: — Cloelia, escoge
Las que mas gustares d'estas,
Que yo te las quiero dar
Para que á Roma las vuelvas.—
Cloelia puesta á sus piés,
Casi á besárselos llega,
Y con alegre semblante
La real merced aceta,
Y de todas las romanas
Que estaban delante d'ella,
Las mas mozas fué apartando
Temiendo que estando oprimas,
Y en poder de los contrarios,
Podrian hacer ofensa
A su honor, mas fácilmente
Que no las de edad entera,
Que se guardarían mejor
Teniendo mas experiencia:
Y habiéndolas apartado,
Le dió licencia Porsena,
Para que se fuese á Roma
Con ellas, y ellas con ella;
Que llegando al patrio muro,
Fuéron con alegre fiesta
Recebidas, y en gran triunfo,
Metida en Roma Cloelia.
Y porque fuese su nombre
Eterno, y su gloria eterna,
De brouce hicieron su imágen,
Y sobre un caballo puesta,
Fué puesta en la Via Sacra
Adonde todos la vean,
Y alabando su virtud,
Su fama hagan perpetua.

(CUEVA, *Coro Febeo*, etc.)

522.

CAMILO LIBRA Á ROMA, SITIADA POR LOS GALOS.

(De Juan de la Cueva.)

Del patrio romano muro
De ira ardiendo el fuerte pecho,
Avergonzado y corrido,
Congojoso y de ansias lleno,
Se sale Furio Camilo,
Quejándose al justo cielo
Porque en medio del Senado
Le acusó Lucio Apuleyo,
Que de la presa de Veyes
Usurpó mucho dinero.
D'esta falsa acusacion,
Su honor ofendido viendo,
Sin dar respuesta al Tribuno,
Ni al Senado satisfecho,
Como aquel que estaba libre,
Y de tal insulto exento,
Sin aguardar mas razones,
Sobre su caballo puesto
La vía de Ardea toma
Cargado de pensamientos,
Revolviendo la injusticia,
Que se le hacia en esto,
Y cuán mal se le pagaba
El bien que á Roma habia hecho.
Yendo así, viendo alejarse
De su patria, llevo á un puesto

De donde el romano muro
Ver se podía aunque léjos.
En medio de sus congojas,
Revolvió al caballo el freno,
Y mirando á Roma, dice,
Los dos ojos de agua llenos:
— Patria ingrata á mis servicios,
De ti me aparto y destierro,
Que no es justo que en ti viva
Quien se ve en tal menosprecio,
Ni que se nombre romano
A quien Roma da tal premio;
Queda do no vean mis ojos
Mas tu Capitolio excelso,
Ni mis brazos te deliendan,
Ni mis piés pisen tu suelo.
Quédate, ¡oh ingrata Roma!
Quédate, ingrata, en tu yerro,
Y los dioses te castiguen,
Y ellos te traigan á tiempo
Que á Marco Furio Camilo
Busques para tu remedio.—
Resonó á este punto el aire,
Confirmando Jove inmenso
La plegaria de Camilo,
Con un prodigioso trueno,
Que de la Occidental parte
Óido fué en el momento
Que Camilo dió la vuelta
Su camino prosiguiendo.
Estando en aqueste estado
Roma en felice sosiego,
Los fuertes galos bajaron
De Galia al Hesperio reino,
Trayendo por su caudillo
Y cabeza al fuerte Breno,
Que despues de otras hazañas
Puso sobre Roma cerco,
Ganando por fuerza de armas
Sus fuerzas, y entrando el pueblo
Que tenia á todo el mundo
Con las suyas puesto miedo,
Y agora lleno de espanto
Estaba su daño viendo
Desde el alto Capitolio
Sin hallar ningun remedio
Para los de dentro ir fuera,
O los de fuera entrar dentro,
Que cercados de enemigos
Se lo defendían con hierro.
Puestos en esta afliccion,
Los romanos proveyeron
Que á la ciudad de Ardea fuese
Enviado un mensajero
A Marco Furio Camilo,
Que viniese á defendellos,
Nombrándolo dictador
Y alzándolo su destierro.
Como d'ellos fué acordado,
En obra luego fué puesto,
Y á Camilo dado aviso
Del caso y romano aprieto;
Que certificado bien
Que de un general acuerdo
Lo llamaban y elegían
Los senadores y el pueblo,
Movida la ilustre alma
A piadoso sentimiento
De ver su patria ofendida,
Y puesta en tan duro extremo,
Olvidado de su ofensa,
Tuvo aquí su honor en ménos;
Que el ánimo generoso
No se venga en mal ajeno,
Qu'el perdonar las injurias
Se tiene por mas esfuerzo;
Cual el valiente Camilo,
Su ofensa en ménos teniendo,
Que la ofensa que hacia

A su patria el frances fiero,
 Sin diferir su partida
 A Veyes se fué al momento,
 Donde le estaba aguardando
 De romanos el ejército,
 Que ordenado y puesto al arma
 Para Roma partió luego
 Con la priesa que pedía
 Su afrentoso y triste estrecho.
 Los oprimidos romanos
 Viéndose ya tan opresos,
 Que tenían por imposible
 Remedio, dalles remedio,
 Trataron con los franceses,
 Y con su caudillo Breno,
 Que por mil pesos de oro
 Alzasen de Roma el cerco.
 Llegado el día del plazo,
 Para acabar el concierto,
 Publio Sulpicio, tribuno
 De Roma, salió al efecto,
 Y con el frances caudillo
 Sentado, el frances dio un peso
 Para que el oro pesasen,
 Muy diferente en el peso
 Del que usaban los romanos;
 Y no consintiendo en ello
 El romano, se detuvo
 De pagar, diciendo á Breno,
 Qu'él no pensaba pagalle
 Por aquel peso el dinero.
 El arrogante frances
 Ensoberbecido d'esto,
 Sacó la espada furioso,
 Lleno de ira y despecho,
 Y en la balanza la puso
 Con soberbia voz diciendo :
 —De los vencidos romanos,
 No escape ninguno d'ellos.—
 Replicándole el Tribuno
 Sobre ello, y él respondiéndolo,
 Sin conformarse los dos,
 Ni dar fin á su concierto,
 Estando mil voces dando
 El romano y frances fiero,
 Llegó el dictador Camilo,
 Y en medio de todos puesto,
 Mandó levantar el oro,
 Que puesto tenían en medio,
 Diciéndoles á los galos,
 Que se retirasen luego,
 Que Roma no acostumbra
 A hacer concierto tan feo.
 Breno respondió á Camilo,
 Que se le diese primero
 El oro que por rescate
 Los romanos prometieron.
 El Dictador respondió,
 Que los pactos sin él hechos,
 Qu'era dictador de Roma,
 Eran de ningún efecto;
 Que apercibiesen las armas,
 Con que se acabase aquello,
 Pues ellas satisfarian
 La falta de los conciertos.
 No dió respuesta el frances,
 Ni pudo; mas revolviendo
 Comenzó á ordenar su gente
 Las armas apercibiendo.
 El romano acudió al punto
 Apercibiendo lo mismo,
 Y viendo su gente en órden
 Dijo, en medio d'ella puesto :
 —Este es el día, romanos,
 Que ha de ser por vos deshecho
 El agravio hecho á Roma
 Con infamia y menosprecio,
 Y que ha de recuperarse,
 No con oro, mas con hierro,

Vuestra patria sojuzgada
 Del enemigo soberbio.
 Alzad, romanos, los ojos,
 Mirad los sagrados templos
 Do se sirven vuestros dioses
 Profanados hora d'estos :
 Mirad allí vuestras casas,
 Mirad vuestros padres viejos ;
 Mirá allí vuestras mujeres,
 Y allí vuestros hijos tiernos,
 Que á la gálica prision
 Inclinan los flacos cuellos,
 Si no fuesen defendidos
 Por el alto valor vuestro.—
 En diciendo esto, Camilo
 Fué su hueste disponiendo
 Cual la ocasion demandaba
 Para salir con su intento.
 Tocan los galos al arma,
 Y con bárbaro denuedo
 Representan la batalla
 Confiados en su esfuerzo,
 Y en la innumerable suma
 De su poderoso ejército.
 Los invencibles romanos
 Con mas órden y concierto
 Arremeten á los galos,
 Y entre sus armas revueltos
 Comienzan la lid horrible
 Cubriendo de sangre y muertos
 El suelo, que un punto ántes
 Redimian con dinero :
 Y los que llenos de orgullo
 Al mundo ponian en miedo,
 Y osaron cercar á Roma,
 Y ponella en tanto aprieto,
 Rendidos al vil temor
 Dejan el campo huyendo,
 Unos cayendo sobre otros
 Y otros sobre estos cayendo ;
 Arrojando aquí la espada,
 Y acullá dejando el yelmo ;
 Haciendo el huir infame
 En su peligro el remedio ;
 Como si por ser cobardes
 Fueran de la muerte exentos :
 Lo cual sucedió al contrario
 A los franceses soberbios,
 Que siguiéndoles la gente
 De Rómulo, en poco tiempo
 De trescientos mil franceses
 No quedó hombre vivo d'ellos,
 Que pudiese dar la nueva
 En Francia de aquel suceso.
 Los victoriosos romanos
 Ante su caudillo puestos,
 Acabado ya el combate,
 Comienzan en claro acento
 A decir : — ¡ Viva Camilo,
 Padre del romano pueblo,
 Segundo fundador suyo
 Despues de Rómulo eterno ! —
 Esta voz crecía entre todos
 Cercados d'él, y él en medio,
 Y al desterrado de Roma
 En triunfo le meten dentro.

(CUEVA, Coro Febo, etc.)

325.

AL MISMO ASUNTO.

(De Lorenzo de Sepúlveda ¹.)

Los galos entran por Roma,
 Muy sangrienta la su espada
 De los romanos que han muerto
 Junto d'ese río Alia.
 Los que dentro d'ella habia,

Que ningun mal recelaban,
 Por no saber que su gente
 Ha sido desbaratada,
 Por estar tan sin cuidado
 Los galos maltrataban;
 Discurren por toda Roma,
 Entran por todas las casas,
 Degüellan los senadores,
 Ninguno d'ellos escapa.
 Los plebeyos y patricios
 Toman muerte desastrada;
 Matrona no queda á vida,
 Sus hijos todos los matan:
 Los siete montes resuenan
 Los gritos que todos daban;
 Las calles de toda Roma
 Sangre todas las bañaba.
 A Tiber corre la sangre,
 Sus aguas las coloraban,
 Porque si los cuerpos quedan,
 Las cabezas les cortaban.
 Ponen por toda ella fuego,
 Muy temerosa es la llama;
 Abrasóse casi toda,
 En ceniza se tornaba.
 Es tanta la crueldad,
 Que en el mundo par no halla.
 Acógense al Capitolio
 Los que mas sueltos se hallan
 Para se salvar allí,
 Por ser de fuerte muralla,
 Y porque es la mayor fuerza
 De Roma, y mas señalada;
 Que si el Capitolio pierden
 Ninguno d'ellos quedara.
 Los galos con gran braveza
 Dentro á todos los cercaban;
 Mas los mancebos romanos
 De allí salen con las armas;
 Fieren muchos de los galos,
 Y á otros muchos mataban:
 Los galos como son muchos
 En dos bandos se apartaban;
 Unos guardan los cercados,
 Otros con crecida saña
 Quieren conquistar las tierras,
 Que á Roma son mas cercanas.
 A Ardea habian llegado,
 Adonde Camilo estaba
 Desterrado, muy sin culpa,
 Que el Senado lo mandaba.
 Camilo, como esforzado,
 A todos los animaba:
 Para contra los franceses
 Todos apellidan armas.
 Saltéanlos en los campos,
 Infinitos d'ellos matan,
 Igual hacen los veyentes
 Y romanos que allí estaban.
 Todos al fuerte Camilo
 Por capitán lo criaban;
 Y el capitán, como diestro,
 Que la guerra ejercitaba,
 Tomara todas las gentes;
 Para Roma caminaba
 En contra de los franceses
 Que el Capitolio cercaban.
 Partido estaban haciendo
 Cuando Camilo llegaba,
 Que porque les dejen libres
 Mil libras de oro les daban.
 El oro se está pesando,
 Y un frances con mucha saña
 Dijo que queria le diesen
 Tanto oro como pesaba
 Su espada, que allí tenia,
 Y que si no se lo daban
 No dejaría uno á vida
 De los que vivos lincaban.

Camilo, con grandes voces
 A los suyos animaba:
 — Feridos, los mi romanos,
 Librad vuestra misma patria,
 Vengad á los senadores,
 Y padres que os engendrarán,
 Y vuestros hermanos muertos
 Que su sangre lamentaban.
 Venguemos á nuestros dioses,
 Que en los templos los quemaban;
 Tambien á esa diosa Vesta,
 Que por nos es adorada,
 Y á Rómula nuestra madre,
 Que en ceniza está tornada.—
 Esforzados los mancebos
 Con estas tristes palabras,
 Arremeten á los galos,
 Que d'esto no recelaban.
 Firiendo iban sobre ellos,
 Con crecida y cruel saña:
 Todos los habien vencido,
 Ninguno vivo quedaba.
 Vengaron su gran injuria,
 Su soberbia quebrantaron;
 Quemaron todos los galos,
 En cenizas los tornaban.
 Habida tan gran victoria,
 Roma se redificara;
 Por Camilo el capitán
 La su nobleza cobrara.
 Si Rómulo fué el primero,
 Que aquesta ciudad fundara,
 Camilo la diera el sér
 Cuando mas perdida estaba:
 Mas le debe á este que á aquel,
 Pues de nuevo la poblara.

(SEPÚLYEDA, *Romances nuevamente sacados, etc.*)

⁴ En este romance se ve que el poeta dirigia su imaginacion hecho dueño del asunto, y sin seguir servilmente, como en otros, el texto y relato de las viejas crónicas. Aunque lleva el nombre de Sepúlveda, mas parece pertenecer á la clase de los de los juglares.

524.

CERCO DE ROMA POR CORIOLANO.

(De Juan de la Cueva.)

Los volscos toman las armas
 Contra el Imperio Romano,
 Haciendo su capitán
 A Marcio Coriolano,
 Que desterrado de Roma,
 D'ellos le fué dado amparo,
 Y en su ciudad recibido
 Como propio ciudadano.
 El cual hecho capitán
 Contra su patria, en el campo
 Puso su gente, y camina
 Con denuedo y valor alto
 Saqueando los lugares
 Que estaban por sus contrarios,
 Metiendo en ellos los volscos
 Y lanzando á los romanos.
 A cinco millas de Roma
 Con su real hizo alto,
 Do destruía y talaba
 Los campos y los sembrados;
 Solos los de los patricios
 Reservando de aquel daño,
 Que así mandó por su edito
 De nadie fuesen tocados.
 Los romanos se aperciben
 Para el riguroso asalto;
 Pertrechan de gente el muro,
 Cierran puertas, tapan pasos,
 Guarnecen torres y fuertes
 Las armas aparejando.
 Crece el furor con el miedo,

La ira con el espanto,
 Cesan las causas civiles,
 Los oficios y los tratos;
 Dejan las togas de paz,
 Abren el templo de Jano,
 Los senadores acuerdan,
 Su necesidad mirando,
 De enviar embajadores
 A Marcio Coriolano
 Para tratarse de paz,
 Si valiese con él algo.
 Dado entre ellos este acuerdo,
 Le envían luego legados,
 Que puestos en su presencia,
 En proponiéndole el caso,
 Respondió: — Volvedos, amigos,
 Y decí á vuestro Senado
 Que si los romanos tornan
 Las haciendas y los campos
 Que les tienen á los volscos
 Injustamente tomados,
 Que á tratar vengan de paz:
 Donde no, será excusado;
 Que pues en ellos hallé,
 Cuando fui de Roma echado,
 Piadoso acogimiento,
 Y en mi destierro su amparo,
 Los tengo de defender
 Hasta morir ó vengarlos. —
 Con esta respuesta fueron
 Los mensajeros romanos,
 Y siendo dada, los padres
 Volvieron á despachallos
 Con la demanda primera,
 Y al real siendo llegados,
 La entrada se les negó
 Sin querer Marcio escuchallos.
 Salieron los sacerdotes,
 Visto aquesto, aderezados,
 De pontifical vestidos,
 Con sus dioses en las manos,
 Demandándole la paz;
 Y á sus pies arrodillados,
 Con lágrimas se la piden;
 Mas el romano ostinado
 Los despide, sin que aceté
 Lo que le pedían llorando,
 Ni su obstinacion moviese
 De su propósito bravo.
 Veturia, viendo el temor
 Del pueblo, y el triste llanto,
 La ruina y cierta muerte
 Que le estaba amenazando,
 Quiso ver si el ser su madre
 Le haría mover en algo,
 Y que pudiese su ruego
 Lo que no podían las manos.
 Y así llamando á Volunnia,
 Su mujer de Coriolano,
 Con otras muchas matronas
 Se van al real contrario.
 Ya que d'él llegaron cerca,
 Siéndole avisado á Marcio,
 Que su madre y su mujer
 Estaban dentro en su campo,
 Saliólas á recibir,
 Y ante ellas siendo llegado
 Quiso abrazar á su madre,
 Y ella lo impide así hablando:
 — Primero que tal consienta
 Que á mí me toque tu abrazo,
 Quiero saber si he venido
 En tan miserable paso,
 A ver hijo, ó enemigo,
 Y que se me diga claro,
 Si tu madre está cativa
 En poder de tus soldados,
 Pues me ha traído mi suerte,
 Y el haber vivido tanto,

A ver que te desterrasen,
 Y á verte nuestro contrario,
 Y que así contra tu patria
 Hayas levantado el brazo.
 ¿Cómo pudiste estragar
 La tierra que te ha engendrado?
 Cómo en ti duró la ira,
 A sus términos llegando?
 Cómo no te enterneceste
 Viendo á Roma, y suspirando
 Dijiste en tu corazón,
 Roma, el mío te he dejado,
 Que mi casa queda en ti,
 Y mis dioses soberanos,
 Mi dulce mujer y hijos,
 Mis amigos y llegados,
 Y la triste, que en su vientre
 Me trujo para este daño,
 Y que vea al que parió,
 Ser de su patria tirano,
 Que sin respeto ni amor
 Hace en ella tal estrago?
 Vuelve en ti, mira mi afrenta,
 Que es tuya, y tuyo mi agravio:
 Mira tu mujer y hijos
 Al yugo infame entregados,
 O á perpetuo cativeño,
 Si vas con tu intento al cabo;
 O con muerte vergonzosa
 Serémos todos tratados;
 Y esto te obligue á mover
 De un propósito tan malo. —
 Poniendo Veturia fin
 A su razon, el Romano
 Con amor y reverencia
 Al cuello le echó los brazos,
 Diciendo: — Tu mandamiento
 Ha hecho tu pueblo salvo;
 Que el mundo no fuera parte,
 Ni de Júpiter los rayos,
 Que todo no fuera al fuego,
 Y al duro hierro entregado,
 Porque supieran qué es
 Desterrar un ciudadano,
 Sin justicia ni clemencia,
 Con rigor tan inhumano. —
 Tornando á abrazar su madre,
 Y á su mujer suspirando,
 Despidiéndose de todas
 Hizo luego alzar el campo.
 Volviéronse las romanas
 A Roma, y todo el Senado
 Salió, y el pueblo con danzas
 La hazaña celebrando,
 Y para que fuera eterna,
 Un templo fué edificado
 En nombre de la Fortuna,
 Poniendo su simulacro
 En figura de mujer
 Con una bola en la mano,
 Por honra de las mujeres
 Que su ciudad les libran.

(CUEVA, *Cora Febco*, etc.)

525.

AL MISMO ASUNTO.

(De Gabriel Lobo Laso de la Vega.)

Apretada tiene á Roma
 El valiente Coriolano,
 De los volscos capitán
 Aunque de nación romano,
 A quien el Senado había
 Ofendido y agraviado,
 No mirando sus servicios
 Condignos de mejor pago;
 En cuyo lugar le entregan

Al rudo pueblo indignado,
 Para que se satisfaga
 De él en un pequeño agravio,
 De que un monton popular
 Formó queja en el Senado.
 Puesto que fué en su poder,
 De Roma le desterraron;
 Fuése á los volscos, de quien
 Fué recibido y honrado,
 Aunque de él en mil batallas
 Recibieron grandes daños.
 Hácenle su general,
 Y de la ocasion gozando,
 Ponen cerco estrecho á Roma,
 Habiendo talado el campo,
 Y en tanta necesidad,
 Con hambre y duros asaltos,
 Que fué forzoso salir
 Mucha parte del Senado
 A rogar se contentase
 Con lo hecho Coriolano,
 Y que no quisiese nombre,
 Contra su patria, de ingrato:
 A cuyo humilde pedir
 Tuvo el oido tapado,
 Resuelto en que á destruirla
 Estaba determinado.
 Salieron los sacerdotes,
 Cuya demanda fué en vano;
 Lo cual viendo las matronas
 En cas de Veturia entraron,
 Dulce y respetada madre
 Del capitán indignado,
 En descompuesto escuadron,
 Llorosas quejas sembrando,
 A pedir que con Volturnia,
 Su nuera, y sus hijos caros,
 Vaya con humilde ruego
 A evitar el comun daño.
 Fuéron, y como llegasen,
 Veturia dijo temblando
 Ante su hijo postrada,
 Descubierta el pelo cano,
 La marchita faz llorosa,
 Con las manos fatigando:
 —¿Pregunto si como madre
 Vengo á hablarte, hijo ingrato,
 O como mujer captiva
 Ante el temido contrario?
 ¿Por cierto á mi edad cansada
 Hacen los hados agravio,
 Que para esto han permitido
 Que viva Veturia tanto,
 Y para ver por su hijo
 De su patria el fiero-estrago!
 ¿Quies ver tus hijos captivos
 Y tu casa puesta á saco?
 ¿Y á voluntad tu mujer
 De un deshonesto soldado?
 ¿Y á la madre que te trujo
 En sus entrañas guardado,
 Que venga á ser á tu vista
 Esclava de tus esclavos? —
 Tuvieron estas palabras
 Tanta fuerza, que bastaron
 A hacer que el estrecho cerco
 Levantase Coriolano,
 Diciendo: — Madre, venciste,
 Aunque con mi afrenta y daño;
 Y fué así, que de su reino
 Los volscos le desterraron.

(LOBO LASO DE LA VEGA, *Romancero y tragedias de.*)

1 Romance mucho mejor que el anterior, y que prueba que el poeta que lo compuso excedía infinito al Señor JUAN DE LA CUEVA.

526.

AL MISMO ASUNTO.

(Anónimo 1.)

De la famosa ciudad,
 Terror del mundo y espanto,
 Sale á cumplir su destierro
 El valiente Coriolano.
 Mil justas quejas esparce
 Por el aire puro y claro;
 Que saca lenguas de quicio
 La fuerza de los agravios.
 —; Oh madrastra ingrata! dice,
 ; Oh servicios mal premiados,
 Riesgos mal agradecidos,
 Mal conocidos trabajos,
 Sangre inútil mal vertida,
 Mal hijo, aunque no tan malo
 El que por su madre pone
 La vida y sér que le ha dado!
 Al rudo vulgo me diste,
 Entregáteme á un villano,
 Que me arrancó de tus pechos
 Con destierro acerbo y largo.
 Pésame de que me obligues
 Quizá á tratar de tu daño;
 Que aunque no es descargo entero,
 No deja de ser descargo.
 ; Viven los eternos dioses,
 Que pues tan mal lo has mirado,
 Que has de ver que patria ingrata
 Hace vasallos ingratos! —
 Calló y el camino toma
 De los volscos arriscados
 En quien varias veces hizo
 Duros, sangrientos estragos.
 Recibíenle alegremente
 Con grande pompa y aplauso,
 Y por general le nombran
 Para venganza del caso.
 Despuéblase la ciudad,
 De labradores los campos,
 Miden las vibrantes picas,
 Tientan los pintados arcos,
 Cesan las civiles lites,
 Las competencias cesaron,
 Y solo del daño tratan
 Del ambicioso romano.
 Levanta ejércitos gruesos,
 Y marcha con largo paso;
 Estrecha con cerco á Roma,
 Tala y abrasa los campos,
 Poniéndola en tanto aprieto,
 Con hambre y duros asaltos,
 Que fué forzoso salir
 El oprimido Senado
 Con hábitos funerales,
 Sin imperial aparato,
 A pedir misericordia,
 Su mal proceder culpando.
 Oyólos el Capitan,
 Mas fué su demanda en vano,
 Que estaba la fresca injuria
 A la venganza incitando;
 A cuya humilde demanda
 Tuvo el oido tapado,
 Resuelto en que su ruina
 Debía llevar á cabo.
 Salieron los sacerdotes
 Con sus dioses en las manos,
 Con lágrimas y plegarias;
 Pero nada aprovecharon.
 Pues, notando las matronas
 El poco fruto sacado
 De aquellos y de estos ruegos,
 De Veturia se ampararon,
 Dulce y respetada madre
 Del Capitan indignado,

En cuya casa llorosas,
 En monton confuso entraron
 A pedir que con Volumnia,
 Su nuera, y dos hijos caros,
 Vaya con materno ruego
 A evitar el comun daño.
 Fuéron, y como llegasen,
 Veturia dijo temblando,
 Ante su hijo postrada,
 Descubierta el pelo cano,
 Al pescuezo gruesa argolla,
 Arrastrando negros paños,
 La marchita faz llorosa,
 Con las manos fatigando:
 Preguntó — « ¿ Si como madre
 Vengo á verte, varon claro,
 O como mujer cautiva,
 Ante el temido contrario?
 ¿ Si te puedo llamar hijo,
 Pregunto, ¡ terrible caso!
 O señor de una cuitada,
 Que el sér que tienes te ha dado?
 ¡ Por cierto á mi edad causada
 Hacen sinrazon los hados,
 Que para eso han permitido
 Que viva Veturia tanto,
 Y para ver por su hijo
 De su patria el fiero estrago,
 Las virgenes ofendidas
 Y los templos profanados!
 ¿ Quies ver tus hijos cautivos,
 Y tu casa puesta á saco,
 Y á voluntad tu mujer
 De un deshonesto soldado?
 ¡ Y la madre que te trujo
 En sus entrañas guardado,
 Que venga á ser á tus ojos
 Esclava de tus esclavos?
 De tu padre las cenizas,
 De tus abuelos y hermanos,
 Que en dulce quietud reposan
 ¿ Quieres mezclar con extraños?—
 Tuvieron estas palabras
 Tanta fuerza, que bastaron
 A hacer que el cerco estrecho
 Levantase Coriolano,
 Diciendo: — Madre, vencistes,
 Aunque con mi afrenta y daño;—
 Y fué así, que de su reino,
 Los volscos le desterraron.—

(Romancero general.)

¹ Bien se echa de ver que este romance es algun tiempo posterior á los dos que le preceden, y que aunque calcado sobre ellos, tiene mas colorido poético, mas uncion, y participa de una galanteria que le aparta mas de la verdad histórica en cuanto á las costumbres y sentimientos originales.

527.

VIRGINIA Y APPIO CLAUDIO.

(De Juan de la Cueva.)

Entre deseo y temor
 Apio Claudio arde y suspira
 Lleno de amorosas ansias
 Por la hermosa Virginia,
 De quien era desdenado
 Y tratado con tal ira,
 Que jamas fué razon suya
 Aceta, ni d'ella oida,
 Teniendo en mas su pureza,
 Qu'el contento d'esta vida,
 Y que las ricas promesas
 Qu'el amante le ofrecia.
 Al decemviro romano
 Viendo su ardor y fatiga,
 Y que cuanto mas s'enciende,
 Ella tanto mas se enfria,

Creciale mas el fuego,
 Cuanto ella mas se esquivaba.
 Con este inmortal cuidado
 Andaba de noche y dia,
 Sin despedirlo un momento
 Su cautiva fantasia.
 Compeliado el deseo,
 Y el miedo lo reprimia,
 La dignidad del oficio
 Y lo que d'él se diria,
 Y el afrentoso castigo,
 Qu'el Senado le daria
 Si quisiese hacer fuerza
 A la que de si lo priva.
 En estas dificultades
 Por mil cosas discurría
 Que aunque eran dificultosas,
 Fáciles le parecían;
 Qu'el amor en lo imposible
 Da remedios y abre vias,
 Que lo que no puede ser
 Para ser lo facilita.
 Al fin se rindió al amor,
 Y al daño se precipita,
 Eligiendo por remedio
 Lo que mas su honor lastima,
 Y es, decille á Marco Claudio,
 Un criado que tenia,
 El fuego en que se abrasaba,
 Contra el cual ya no podia,
 Si no era con la muerte,
 Remediarse, ó con Virginia;
 Que la aguardase en la calle,
 Y como d'él fuese vista
 Al momento la prendiese
 A voz de esclava huida,
 Y la llevase á su audiencia,
 Y qu'él determinaria
 El conveniente remedio,
 Viendo cómo sucedía.
 ¡ Oh poderoso accidente,
 Y cuánto puede el que evita,
 Si hay alguno, tu furor
 Que de toda razon priva,
 Cual en Apio Claudio vemos
 Que lo sujeta y derriba!
 El diligente criado
 Al hecho se determina,
 Y así puesto en asechanza,
 Vió acaso á Virginia un dia,
 A la cual así por fuerza
 Diciendo ser su cautiva,
 Y llevóla al tribunal
 Do su señor asistía;
 Y puesto en medio del pueblo,
 Que lo sigue, así decia:
 — Justicia, Apio Claudio, pido,
 Si á quien la tiene es debida,
 Y préstame grato oído
 Para oír bien mi justicia,
 La cual si en ti me faltare,
 Por la baja suerte mia,
 La pediré á los del cielo,
 Que á quien la niega castigan:
 Aunque estoy muy confiado,
 Que mi intento se consiga,
 Por pedir justicia en él,
 Y porque á ti la pedia;
 Y con aqueste seguro
 Digo el caso que me incita;
 Y es, que la que ves presente,
 Por quien todo el pueblo grita
 Y se conmueve, cual ves,
 A defendella y seguilla,
 Es sierva mia comprada,
 Y huye mi compañía,
 Y sirve á señor ajeno
 Y al señor propio no estima.
 Pido se me restituya,

Pues es propia esclava mía,
 Y se ponga en mi poder
 Para que d'ella me sirva;
 Que yo daré informacion,
 La cual manda que se admita,
 Y en contrario, d'esto apelo
 Al Senado y su justicia. —
 Dijo, y con grande sosiego
 El rostro en el pecho inclina.
 Apio Claudio mandó al punto,
 Ante el pueblo que le oia,
 Qu'en la cárcel la pusiesen
 Mientras la probanza hacian;
 La cual mandaba que fuese
 Hecha dentro de tres dias,
 Con intencion que en la cárcel
 De ella á su gusto haria;
 Mas Virginio, padre d'ella,
 Viendo el negocio cuál iba,
 Y qu'el injusto juez
 A ofender su honor aspira.
 En presencia de Apio Claudio,
 Sin temor asió á Virginia.
 Poniendo mano á un puñal
 Al juez severo mira,
 Diciendo así: — Con su muerte
 No será su honra ofendida,
 Ni podrás, con morir ella,
 Dejar en la mia mancilla. —
 Esto diciendo, furioso,
 Ardiendo en honrosa ira,
 Allí, delante de todos
 Acabó la casta hija,
 Y por que no le prendiese
 El juez, que tras él iba,
 Con el puñal en la mano
 Por todos rompe y camiuva.
 Esto divulgado en Roma,
 El Senado al punto envia
 A prender á Apio Claudio,
 Siendo su maldad sabida,
 Y la del fiero criado
 Por diligente pesquisa.
 Señalaron dos jueces
 Para qu'el negocio sirgan;
 Y aclarada la verdad
 A Virginio el padre citan,
 Y dan por libre; el cual vino
 Para oír de su justicia,
 Que siendo mirada bien
 Se da por definitiva
 Conocida la maldad,
 Que sin embargo las vidas
 Quiten al siervo y señor,
 Aunque en diferentes vias:
 Qu'el señor, dentro en la cárcel
 Muera, porque no se diga
 Que en un regidor de Roma
 Cupo tal alevosia;
 Y al mozo públicamente
 Adonde asió de Virginia.
 Oyendo Virginio el auto,
 Pide que sea mas benigna
 La sentencia del criado,
 Pues como siervo hacia
 Lo que su señor mandaba,
 Y así es justo ser mas pia.
 Los jueces se lo otorgan,
 Y mandan, que pues se inclina
 A piedad con Marco Claudio,
 Que su voluntad se siga,
 Y en destierro se conmute
 La sentencia de la vida,
 Y el tenor de la sentencia
 En el señor sea cumplida.
 Parte luego á ejecutalla
 Del modo que determinan
 Los jueces, y Apio Claudio,
 Que ya su muerte adivina,

Como el que sabia su culpa,
 A morir se determina
 Por su mano, antes que verse
 Puesto en poder de justicia;
 Y así, sacando un cuchillo,
 Fué de sí mismo homicida.
 El Senado ordenó luego
 Qu'el oficio que regia
 Apio Claudio, acabe en él,
 Y cuantos del mismo habia;
 Y así los decemviratos
 Acabaron aquel dia,
 Que jamas los hubo en Roma
 Por la muerte de Virginia.

(CUEVA, *Coro Fcbeo*, etc.)

528.

EL NIÑO PAPIRIO.

(Anónimo.)

Halagando está á Papirio
 Su madre, en cuanto podia,
 Con mil niñerios dones
 Que le daba y prometia,
 Porque dijese en secreto
 Lo qu'el Senado aquel dia
 Con tanta instancia y silencio
 En Roma tratado habia,
 Porque con su padre entraba
 Do el consejo se tenia.
 El sabio niño negando,
 La madre mas le inducia:
 Viendo no valer halagos,
 Mil amenazas le hacia.
 Papirio por defender,
 Burlando con osadia
 A la instancia maternal,
 Este engaño le fingia.
 — Habéis de saber, señora,
 Qu'el Senado proponia,
 Viendo la necesidad
 Qu'en la republica habia
 Que cualquier mujer casada,
 Que hijos no poseia,
 Otra vez pueda casarse.
 Y esta ley institua,
 Porque tenga dos maridos
 Que la empreñen á porfia. —
 Pensó el muchacho que d'esto
 La madre se burlaria;
 Pero tomólo de veras,
 Y aun dicho no se lo habia
 Cuando á las otras matronas
 Dió parte en el mismo dia.
 Juntáronse algunas d'ellas
 De mas tomo y fantasia:
 Hicieron su peticion,
 En la cual se repetia
 Que la ley que proposaban
 Admitir no se podia,
 Y qu'entre castas romanas
 Tal uso no se usaria.
 Para haber de presentalla
 Fueron á aguardar un dia
 Qu'estaba el Senado junto,
 Con Papirio en compañía.
 Vista por los senadores
 Tan loca demanda y fria,
 Sin poderse retener,
 Cada cual se sonreia,
 Y así diéronles respuesta,
 Qu'en ello se miraria.
 Despedidas, el Senado
 Pesquisas grandes hacia
 Para saber aquel hecho
 De qué causa procedia.
 Levantárase Papirio,

Niño de gran osadía,
Y descubrió todo el caso
Que acontecido le había.
El Senado viendo aquesto,
De nuevo allí concedía
Que ningún muchacho entrase
Do el consejo se tenía,
Sino-tan solo Papirio,
Pues de sabio se regia.

(Cancionero, Flor de enamorados.)

EPOCA ROMANA DURANTE LAS GUERRAS PUNICAS.

529.

ANIBAL JURA ODIO Á LOS ROMANOS.

(De Juan de la Cueva.)

Parte Amilcar de Cartago
De fiera saña encendido,
Confiado en su braveza,
Y de gente apercebido,
A poner la invicta España
Debajo de su dominio,
Y al cartagines Senado
Aplicar su señorío,
Protestando en alta voz,
Siendo de todos oído,
De arruinarla por el suelo
Sin dejar d'ella edificio,
Si no se daba á Cartago,
Sin defensa ni ruido;
Y de lanzar los romanos,
Que pretendían lo mismo,
Dándoles tan cruda guerra
Hasta haberlos destruído,
O que dejen libre á España,
Qu'es su principal desinio.
Determinado á la empresa
Pone su gente en camino;
Dan velas al manso viento,
Y al mar se entregan benigno:
Dales Eolo un blando austro,
Y Neptuno el mar tranquilo,
Con que llegaron á Cádiz,
Qu'era el puerto dirigido,
Con tan prósperos agüeros,
Cual siempre le habían seguido.
El capitán de Cartago
Viéndose en puerto surgido,
Y viendo lo que intentaba,
Y el negocio á que ha venido,
Grave, dudoso y extraño,
Teme, y no á su enemigo;
Mas lo que sucederá,
Y lo qu'él ha prometido
De poner el yugo á España,
Qu'el romano ha sacudido:
Y así quiere consultar
El suceso no sabido,
Con Hércules glorioso
En el templo á él ofrecido,
Tomándole por su amparo
Demandándole su auxilio,
Ofreciéndole en su nombre
Un solemne sacrificio.
Deja el puerto y vase al templo
A cumplir su intento pio,
Donde para la oblacion
Todo estaba proveído,
Juntas las reses, y el fuego
Pegado al tronco de pino,
Ardiendo el piadoso encienso,
Respirando olor divino.
Dan al fuego codicioso
Los secretos intestinos,

Revestido el sacerdote,
Y en el alto altar subido
A ofrecer al grande Alcides
El inmolado ofrecido
Por el valiente Amilcár,
Que presente está y contrito,
Rodeado de los suyos
Y del pueblo todo unido.
Estando todos atentos,
Todo en sosiego sin ruido,
Anibal, que está presente,
Que al fiero padre ha seguido,
Jóven tierno, aunque en esfuerzo
Ningun mayor le ha excedido,
Por toda la gente rompe,
Sin ser de nadie impedido:
Sube do está el sacerdote
Junto á Hércules divino,
Y en su venerable altar
El diestro brazo tendido,
Con el espada desnuda
Y el rostro descolorido,
Diciendo. — O cartagineses,
Pueblo de Marte escogido,
Que seguis el estandarte
De mi padre y su apellido,
A oprimir la fiera España,
Que de nadie lo ha sufrido,
Y á destruir los romanos,
Y echarlos del señorío,
En cuya causa os prometo
De morir por ello mismo;
Y juro á los altos dioses
Y al gran Júpiter Olimpo,
A Télus y al gran Nereo,
Y al dios Marte encruelecido,
Y á las deidades del huercu,
Y por el caos entendido,
De ser en cuanto viviere,
De Roma crudo enemigo,
Y de sustentarle guerra
Todo el tiempo que sea vivo;
Y de ser contra Cartago,
No siguiendo lo que digo,
Juro de negar sus dioses
Sus ceremonias y ritos:
Para lo cual, gran Alcides,
Tu divino favor pido:
Tú qu'en la selva Nemea
Dejaste el leon vencido;
Tú que la hidra mataste,
Y al jabali enfurecido;
Tú, que las infestas aves
Desterraste, y sin ruido;
Tú, que á Teseo librate
Del lazo en que había caído,
Y al trifauce Can horrible
Sacaste del huercu asido,
Sin otras cosas qu'en vida
Hiciste que aquí no digo,
Con que hubiste en vida gloria,
Y muerto fuiste divino;
Ayuda á cumplir mi intento,
En el cual me ratifico,
Y á jurar vuelvo ante tí,
Por este fuego encendido,
Por esta víctima y ara,
Por este fatal cuchillo,
De ser enemigo eterno
De los romanos que he dicho.
En diciendo esto Anibal
Del altar se ha decendido
Dando admiracion á todos,
Y al padre el oír al hijo;
El cual puesto en él los ojos
Utano de habello oído,
Deja el templo y sale al puerto
Dando fin al sacrificio.
Las africanas banderas

Tendiendo al viento propicio,
Toca á recoger la gente
Para que se dé principio
A la rigurosa guerra,
Y á cumplir lo prometido.

(Cueva, Coro Fcbeo, etc.)

530.

SITIO DE SAGUNTO POR ANIBAL.

(De Juan de la Cueva.)

Encendido en viva saña
Está el valiente Africano,
Que causó pavor al mundo,
Y asombro al pueblo romano.
Incitalo el juramento
Que hizo ante Alcides sacro,
De no apartar de sí el odio
Contra Roma y su Senado,
Hasta que Cartago ó Roma,
Volver viesse en polvo vano.
Esto fijo en su memoria,
Andaba considerando
Cómo quebraría las paces
Que con Roma hizo Cartago;
Y tomó por ocasion,
Sintiéndose injuriado,
Quitarles tener armadas
Por el mar, cual demandó
Fué de Roma en el concierto
De la paz que habian firmado:
Y asimismo le iucitaba,
Ver que le fuese quitado
El gobierno de Sicilia
Y Cerdeña á su Senado.
Y lo que mas le ofendia,
Ver su pueblo tributario,
Y que le pagaba á Roma
El tributo, cada un año,
Siendo ajeno á su costumbre
Darlo, sino serle dado.
Por esto el fiero Anibal,
Resoluto y ostinado,
Pone su gente en camino,
Y á Sagunto guia su campo,
Como á los que mas amigos
Eran del pueblo romano,
Tomando esto por principio
De llevar su intento al cabo.
Los saguntinos, sabiendo
La venida del contrario,
Envían á Roma aviso
Demandándole su amparo,
Pues por su amistad habian
La de Cartago dejado.
Roma proveyó al momento
A Publio Valerio Flaco,
Para llevar la embajada;
Y así á Quinto Fabio Pánfilo,
Para que ambos le digan
Que se deje de hacer daño
A los amigos de Roma,
Cuyo amparo está á su cargo.
Con esta embajada parten;
Mas el soberbio Africano
Comenzó á talar las tierras
De los orcadados nombrados,
Y otros pueblos d'esta parte
Del rio Ebro celebrado,
Compeliendo á unos y á otros
Que le fuesen entregados,
Y á los que se resistian
Cruelmente eran tratados.
Dió á la ciudad de Carteya
A sus soldados á saco,
Repartiendo sus riquezas
Liberalmente á su campo

De allí pasó á los vacceos
Donde hizo cruel estrago;
A Hermandica y á Arbácola,
Sus ciudades arruinando,
Y cargado de despojos
Salió, enderezando el paso
Al gran pueblo de Sagunto,
Que ya l'estaba aguardando.
Al cual comenzó á batir
Su destruicion protestando,
Sin que le quedase hombre
Ni piedra puesta en su cabo.
En esto estaba Anibal
Un dia y otro ocupado,
Sin poder entrar el muro,
Aunque en partes derribado,
Porque con virtud y esfuérzo,
Se defendian los cercados;
Que la desesperacion
De cobardes hace osados.
Así estan los de Monviedro,
Cuando en el campo africano,
Llegan los embajadores
Del imperial Senado.
Sabido por Anibal,
Djó su audiencia á los romanos,
Los cuales puestos ant'él,
Y de los suyos cercados,
Les preguntó qué querian;
Mas Publio Valerio Flaco,
Le dice: — Roma te pide
Qu'el cerco á Sagunto alzando,
Los dejes en su quietud,
Por qu'es de Roma aliado,
Y que ofender sus amigos,
Es querer probar sus manos,
Lo cual harán si á Sagunto
No dejas de tu ira salvo. —
Oyendo aquesto, responde
El caudillo de Cartago:
— Si Roma está arrepentida
De las paces que ha firmado,
Sálgase de la palabra,
No guarde la fe que ha dado,
Y no tome esa ocasion,
Ni tome á Sagunto á cargo,
Que si las paces rompiere,
La espada tengo en la mano;
Y esto daréis por respuesta,
A quien acá os ha enviado. —
Sin replicarle razon
Los mensajeros romanos,
Lo dejan, y apriesa vuelven,
Para Cartago su paso,
A pedir enmienda d'esto,
Manifestando su agravio:
El cual les llevó de suerte
Que sin recibir descanso,
Se hallaron en el pueblo
De Elisa Dido fundado,
Huyendo de la violencia
De Pigmaleon su hermano.
Dióles el Senado audiencia;
En medio del cual, parados
Los fuertes embajadores
Del pueblo de Marte airado,
Y habida ya facultad,
Dice así Valerio Flaco:
— ¡Oh sumos padres conscriptos,
De Africa fuerte amparo,
Con quien la sagrada Roma
Firme amistad ha trabado!
Esta envía á querrellarse
De Anibal, que traspassando
El concierto de las paces,
A Sagunto hace daño,
Sabiendo que son amigos
De Roma, y los ha cereado;
Por lo cual envía á pedirlos,

Que Anibal les sea entregado,
 Para que con cruel castigo
 Por ello sea castigado,
 Como el que perturbar quiere
 La paz de Roma y Cartago.—
 Puso fin á su razon
 El valiente Publio Flaco,
 Siendo los cartagineses
 De su demanda admirados :
 Y así, sin hablar ninguno
 Estuvieron grande rato
 Mirándose unos á otros,
 Sin responder al recaudo,
 Y viendo que se tardaban,
 Así dice Fabio Páulilo :
 — ¿ En qué os deteneis ? ¿ Qué acuerdo
 Tomais de lo demandado ?
 Mirad qu'en aquesta falda,
 La paz ó la guerra traigo ;
 Escoged lo que quisierdes,
 O lo que os está mas sano.—
 Y recogiendo la falda,
 Los estubo así aguardando.
 Los cartagineses, viendo
 La arrogancia del romano,
 Le respondieron : — Aquello
 Que te plazca nos sea dado. —
 El romano largó al punto
 La falda, y con rostro airado
 Dijo : — Pues tomad la guerra,
 Pues la paz habeis quebrado,
 La cual aqui os notifico
 De parte de mi Senado.—
 Esto diciendo, se fueron
 Dejando á los africanos ;
 Y mientras esto pasaba,
 Anibal con los asaltos
 Continuos, tenia á Sagunto
 Al fuego y hierro entregado,
 Sin que en él quedase hombre,
 Que contar pudiese el daño.

(CUEVA, *Coro Febeo*, etc.)

531.

ANIBAL SOBRE SAGUNTO.
 (De Juan de la Cueva.)

Cercados tenia Anibal
 A los fieros saguntinos,
 Dandoles duros combates,
 Y batiéndolos contino,
 Sin desistir de su intento,
 Que era solo el destruílos.
 Los de Sagunto resisten
 El africano desinio,
 Dando y recibiendo muertes,
 Con ánimo no vencido.
 Succedió qu'en un asalto,
 Anibal fué mal herido,
 Por lo cual, los africanos
 A nuevo furor movidos,
 Tornau al fiero combate,
 Renuevan y mudan sitios ;
 Hacen ingenios de fuego,
 Para que sea destruido
 El gran pueblo de Sagunto,
 Que fué tan ennoblecido.
 Creciendo el combate fiero
 Fué un prodigio horrible visto,
 Que pariendo una mujer
 Un hijo, y siendo nacido,
 Y visto, se volvió al vientre
 De donde habia salido.
 Acuden los agoreros
 Al gran Júpiter Olimpo,
 A consultar la extrañeza
 Del caso jamas oido.

El aursipice Metelo,
 Siendo por Mucio elegido
 Para consultar á Jove,
 Por ser en esto el mas digno,
 Le sacrifica animales,
 De los cuales ha entendido
 La horrible saña, que muestra
 Contra el pueblo saguntino,
 Y puesto en un lugar alto,
 De donde era bien oido,
 Dijo : — Los celestes dioses
 Se muestran encruelecidos
 Contra el pueblo de Sagunto,
 Que otro tiempo fué temido :
 No acetan su humilde ruego,
 Ni admiten su sacrificio,
 Porque yo he visto señales
 Que confirman lo que digo ;
 Que á la res sacrificada,
 Como fué de todos visto,
 Acudieron dos serpientes
 Y le comieron el ligado.
 Segunda y tercera vez,
 Esto mismo ha sucedido :
 El vino en las sacras tazas
 En sangre fué convertido ;
 Vistes llover gruesas piedras,
 Y dos escudos bruñidos
 De claro y luciente acero
 De sangre fueron teñidos ;
 En las fértiles campañas,
 En los panes ya cogidos,
 Se volvieron las espigas
 En sangre, y sangre los rios ;
 Los silvestres animales,
 Sin razon y sin sentido
 Imitaban nuestras voces,
 De lo cual he colegido,
 Que es sin duda el fin de todos
 Y que habernos defendido
 Es muy ciega pertinacia
 Habiendo de ser vencidos,
 Por las señales tan claras,
 Y prodigios que os he dicho :
 Y entended solo una cosa,
 Y d'ella estad advertidos :
 Que son sin fruto las armas,
 Siendo contrario el destino,
 Y que servirán de poco
 Cuantos hoy somos nacidos,
 Y las tiernas criaturas
 No verán dias cumplidos,
 Qu'es lo que declara el caso
 Del niño, que se ha escondido,
 Tornando al materno vientre
 De donde habia ya salido.—
 Cesó Metelo, quedando
 Todos suspensos de oílo,
 Conociendo la ruina
 Del gran pueblo saguntino,
 Que de los bárbaros era
 Con toda porfia batido,
 Sin serle solo un momento
 De descanso concedido ;
 Y al fin, entrada su fuerza,
 D'ellos no quedo hombre vivo,
 Unos muertos del contrario,
 Y otros qu'ellos á sí mismos
 Se dieron la cruda muerte,
 Por no darse á su enemigo,
 Cumpliéndose en todos ellos
 Lo que dijo el adivino.

(CUEVA, *Coro Febeo*, etc.)

552.

SUCESO NILAGROSO ACAECIDO Á ANÍBAL Á ORILLAS
DEL EBRO.

(De Juan de la Cueva.)

Habiendo el fiero Aníbal
Hecho á España guerra dura,
Teniéndola sosegada,
Pasar á Italia procura
Con intento de arruinarla;
Y así lo promete y jura,
Que ha de poner la alta Roma,
Cual á Sagunto en bajura,
Que aun apénas las señales
Muestra de su desventura.
Con este deseo y cuidado
Al efeto se apresura
Dando trazas el día claro,
Y órden la noche oscura,
Revolviendo la memoria,
Que nunca tenía segura.
Confiriendo esto consigo,
Movido de su ventura,
Llegó á la ribera de Ebro
Guiado de su fortuna.
Viéndose solo y gozando
Del lugar, viento y frescura,
Gustando del movimiento
Del agua suave y pura,
Que regando iba las plantas,
Que con trabada espesura
Los olmos, la mimbre y sauces
Que la vid abraza y junta,
Al sol ardiente impedían
La entrada en su mayor furia.
Aquí llegado Aníbal,
Le convida la dulzura
Del lugar, suave y solo,
Cual su cuidado procura.
Desviando los cuidados,
Dándoles de sí soltura,
Al dulce y sabroso sueño
Se entregó, en la coyuntura
Que ya Febo se escondía
En el mar y su hondura,
Y la luna se mostraba
Con su claridad noturna;
Los polos daban su lumbré,
Y el norte fijo en su altura,
Demostraba la carrera
Del mar ciego, á gente ruda.
Los hombres en sus albergues,
Las fieras en su espesura,
Se entregaban al reposo
Qu'el afligido procura.
Aníbal de aquesta suerte
Puesto en la fresca verdura,
Dando á su espíritu invicto
Con poco reposo, ayuda,
A sus congojas descanso,
Y á sus cuidados largura;
Los dioses del alto cielo,
O su próspera fortuna,
Le enviaron un mancebo,
No de humana compostura,
De extraños miembros, y rostro
De diferente hechura;
El cual tocando la mano,
Que al mundo dió guerra dura,
Le recordó, y Aníbal
Viendo ante sí tal figura,
Alterado se levanta,
Y la fiera espada empuña;
Mas el mancebo le dice,
Viéndole alterar con furia:
—¿Aníbal, de qué te alteras,
De ver aquesta aventura?
No te conmueva, ni indine,

Ni te falte la cordura;
Aguarda el fin, porque veas
El suceso, y tu ventura.
Yo soy uno de los dioses
De la celestial altura:
Gozo de Jove, y su mesa,
De la ambrosía y su dulzura;
De la presencia de Juno,
Y veo su hermosura:
Los cuales y demas dioses,
Que en tus vitorias te ayudan,
Me envían, y ellos te mandan,
Que la guerra áspera y cruda
Que quieres hacer á Italia,
Que te aflige y tiene en duda,
Que vayas luego á hacella
Sin temor de cosa alguna;
Que yo iré siempre en tu guía;
Para lo cual te apresura,
Que tu venturoso hado
La vitoria te asegura. —
Aníbal quedó admirado,
Suspense en ver la figura,
El cabello levantando,
La lengua turbada y muda;
Sin poder darle respuesta,
La mira, se admira y duda
Mas revolviendo la vista,
Vido andar por la espesura
Un gran sierpe, que ofendía
Las plantas y la frescura,
Desgajándolas con saña,
Destrozando la verdura,
Descomponiendo la selva
De su bella compostura,
Tendiéndolas por el suelo,
Cubriendo la tierra dura.
Esto miraba Aníbal;
Dudoso el caso le turba;
No le espanta ni amedrenta,
Que su valor no se muda;
Mas la extrañeza del caso
Le congoja y le perturba,
Y así vuelve, y mira atento,
Y un modo y otro procura;
El dudando, el cielo brama,
Cubre Cintia su luz pura,
Resuena el airado viento,
Con fiera horrible y dura;
Brama el cielo, y furioso
Envía una nube oscura,
Lanzando rayos y truenos,
Con horrible son y furia;
Llovia piedras, tremia el suelo
Con horror, que mal anuncia.
El capitán de Cartago,
Viendo la extraña fortuna,
Preguntó al celeste jóven
Qu'es lo que aquello figura:
El cual respondió á Aníbal.
— Esto asegura tu duda
De la vitoria que he dicho,
Y el fin de la guerra dura
Es la destruición de Italia,
Do te llama tu ventura.
No cures de mas, ni aguardes,
Sigue tu empresa y fortuna,
Y sigueme á mí, y consigue
Lo qu'el cielo te asegura. —
Desapareció el mancebo
Por el aire y sombra oscura,
Y Aníbal, con tal portento
A la empresa se apresura,
En la cual vió su deseo
Cumplido, y harta su furia.

(CUEVA, Coro Febo, etc.)

533.

ANIBAL INVADE LA ITALIA.

(Anónimo.)

Cartago florece en armas,
 Africa muy loca estaba
 Con Anibal su caudillo,
 Que siempre afila su espada
 Contra el nombre de romanos,
 Que muy soberbio sonaba.
 En los Olímpicos juegos
 A Marte sacrificaba
 Con solemne juramento,
 En mas honra de su patria,
 De ser cruel enemigo
 De aquella gente romana,
 Como lo fuera Amilcar,
 El padre que lo engendrara,
 Y hasta las puertas de Roma
 Llegar á romper su lanza.
 Ayunta muchos navios
 Y flétales para España;
 Al dios Neptuno suplica
 Que no le ensañe las aguas.
 Neptuno templa sus mares,
 Eolo no le olvidaba;
 Que sus furiosos caballos
 En su favor enfrenaba.
 Al dios Portunno por puerto
 Con agonía reclama,
 A Vénus no la conoce,
 No curó de hacelle salva.
 La diosa que es vengativa
 Reciamente lo amenaza.
 La tierra Tarraconense
 El cartagines tomaba:
 Va la vuelta de Sagunto
 Donde es la gente esforzada;
 Sagunto bien se defiende,
 Al fin lo toma por armas,
 Y el ejército rehecho
 Camino toma de Gallia;
 Pasala muy vitorioso
 Y tambien por toda Italia.
 Sobrevinole el invierno
 En los Alpes de Toscana;
 Perdió en ellos mucha gente,
 Y él no ménos peligrara;
 Qu'el ojo derecho suyo
 Entre las nieves dejara,
 Y va do á lo mas llano
 Su campo mas reforzara.
 A la gran ciudad de Roma
 En pocos dias cercara,
 Y en la puerta principal,
 Rompió Anibal su lanza.
 Los romanos afrentados
 Presentáronle batalla:
 En la desdichada Cannas
 Se dio bien ensangrentada;
 Domeño la gran nobleza
 Que en Roma tanto triunfaba.
 Anibal con tal vitoria
 Fuese luego para Capua;
 Marte y Vénus son discordes,
 Esta vez Vénus ganara,
 Porque bajos pensamientos
 Anibal acivilaba.
 Los africanos por vicios
 Han empeñado las armas:
 Escipion los desaguarnece;
 De toda Italia los saca.

(SEPÚLVEDA, Romances nuevamente sacados, etc.)

534.

BATALLA DE CANNAS.

(Anónimo.)

Con la nueva luz del sol,
 Hiere en las cumbres mas altas
 De los montes, y en los rios,
 Vislumbre causa en las aguas,
 Cuando Anibal, Pablo y Publio
 Sus batallas ordenaban
 En los espaciosos campos,
 De la memorable Cannas.
 Ya los unos y otros parten,
 Y haciendo muestra gallarda,
 Tercian las fornidas picas,
 Al paso de la ordenanza.
 «Roma, cierra; Cartago, al arma,
 »Suenan clarines, pifanos y cajas.»
 Ya arremeten los caballos,
 Haciendo astillas las lanzas,
 Y al revolver, de banderas,
 Van mezclando las escuadras.
 De vista priva á los ojos
 El polvo que se levanta;
 Desocupan los arzones
 Los cuerpos, y ellos las almas.
 El suelo se baña en sangre,
 Y aumentando furia y saña,
 Cortan las carnes y huesos,
 Las espadas afiladas.
 Otros se mezclan mas juntos
 A bocados y á puñadas,
 Y los mas vecinos montes
 Retiñen eco las armas.
 «Roma cierra, etc.»
 Arroyos corren y crecen,
 De la sangre que derraman,
 Do se van volcando cuerpos,
 Escudos, petos, celadas.
 Dan paz las cartaginesas,
 A las cabezas romanas,
 Y aquella forzosa paz
 Causa en los vivos mas rabia.
 Anibal, que á la fortuna,
 A su parte vió inclinada,
 A voces grita vitoria,
 Animando á quien se cansa.
 A una voz los romanos,
 Van procurando venganza,
 Como rabiosos leones,
 A do su suerte los llama.
 «Cartago, vitoria; Roma, cierra, al arma
 »Suenan clarines, pifanos y cajas.»

(Romancero general.)

535.

MUERE PAULO EMILIO EN BATALLA CONTRA ANIBAL.

(De Juan de la Cueva.)

Por cima de los que ha muerto
 Emilio, cónsul romano,
 Todo cubierto de sangre
 Y el cuerpo despedazado,
 Sin poder tenerse en pié,
 Ni sustentarse á caballo,
 Como puede d'esta suerte,
 El real cuerpo arrastrando,
 Por los enemigos muertos
 Con trabajo va pasando,
 Por ver, primero que muera,
 Cómo está el romano campo,
 A quien el fiero Anibal
 Va rompiendo y destrozando,
 Lo cual le traspasa el alma,
 Mas que ver su propio daño;
 Y así, levantando al cielo

La voz, los ojos y manos,
 Dice: — ¡Oh gran padre Quirino!
 Padre del pueblo romano,
 Que dejando el mortal velo
 Fuiste al cielo trasladado,
 De donde con los mas dioses
 Miras el sangriento estrago
 Que hoy padecemos los tuyos
 Por un bárbaro inhumano,
 Y derramando tu sangre,
 Da gloria al nombre africano,
 Y confia en su braveza,
 Que al valor italiano
 Ha de sujetar su espada,
 Y el yugo echalle su brazo;
 Y para principio d'esto
 Mira el doloroso caso,
 Los aurispices y auspices,
 Y los augurios sagrados,
 Los tribunos y censores,
 Los cuestores y legados,
 Patricios y centuriones
 De los contrarios pisados,
 Los unos sobre los otros,
 Entre su sangre ahogados.
 El un cónsul no parece,
 Huido y desbaratado;
 El otro está cual me ves,
 Todo deshecho y llagado
 Con heridas, que no puede
 Resistir á su contrario,
 Que con implacable saña
 Lleva su victoria al cabo.
 ¡Oh patria! ¡oh dioses penates!
 Esta alma y vida os consagro:
 Mirad con piedad mis hechos,
 Pues quedo muerto en el campo
 Por mi patria, entre los míos,
 Con que muero muy ufano. —
 Esto está el Cónsul diciendo,
 Todo en lágrimas bañado,
 Cuando Lentulo huyendo,
 De la rota desmandado,
 Llegó, y conociendo al Cónsul,
 Aunque está desemejado,
 Se apea, y dice: — Señor,
 ¿Cual suerte dura ha forzado
 Que al valor de Roma tenga
 Del modo que te he hallado,
 Con tanta sangre vertida,
 Cuanta veo que estás pisando,
 Derramada por tu patria,
 Y derramando tu brazo
 De los fieros enemigos
 No ménos sangriento lago?
 Esfuérzate, Paulo Emilio,
 Sube en este mi caballo,
 Yo te ayudaré á subir,
 Pues la fuerza te ha faltado:
 Llevaréte por do seas
 Libre del cruel contrario;
 Curaréte las heridas,
 Habiéndote puesto en salvo;
 No des con tu vida gloria
 Al victorioso africano;
 Bástele habernos rompido,
 Sin que al Cónsul vea en su mano. —
 Paulo Emilio le responde:
 — ¡Oh Lentulo! tú has mostrado
 El valor de ser quien eres,
 Cual de ti ha sido esperado,
 En usar d'esa piedad
 Conmigo, en tan duro caso:
 Mas di, ¿qué razon sería
 Ver muerto y deshecho el campo,
 Qu'el gran Senado de Roma
 Puso en mi gobierno y cargo,
 Y que yo, siendo el caudillo,
 Quede libre y vaya sano,

Viendo con mis propios ojos
 Los nuestros despedazados?
 No lo permitan los dioses,
 Que tal de mí sea contado;
 Muera en poder de Anibal,
 Muera, y no viva afrentado;
 Que con morir pago á Roma
 La deuda á que está obligado.
 Tú, Lentulo, no me aguardes,
 Parte luego, y ponte en salvo,
 No te ocupe el enemigo,
 Que te va cerrando el paso;
 Que yo pienso donde estoy
 Pagar el tributo humano,
 Con morir entre los míos,
 Con que muero muy ufano,
 Y esto dirás de mi parte
 Al gran Senado romano. —
 Queriendo pasar delante
 Con su razon, quedó falto
 D'ella, que la inmortal alma,
 La mortal cárcel dejando,
 Huyó, volviendo á la tierra
 Lo que fué d'ella formado.
 (CUEVA, *Coro Falso*, etc.)

556.

ANIBAL ENAMORADO.

(Anónimo ¹.)

El corazon no vencido,
 El cuello nunca domado,
 Aquel monstruo en fortaleza,
 Que parió la gran Cartago
 Para levantar sus muros
 Y levantar los contrarios,
 Cuya espada y cuyo nombre
 Puso á toda Italia espanto;
 El que á los Alpes famosos
 Rompió, y riscos mas altos,
 Y á la romana soberbia
 Puso freno por su mano;
 El que mantuvo la vida
 Contra el orgullo romano,
 Y con envidia y fortuna
 Trujo siempre mortal bando;
 Solamente el amor pudo
 Quebrantar su pecho bravo,
 Y hacer de un tigre sangriento
 Un cordero humilde y manso.
 Al vencedor Anibal
 Amor solo le hizo esclavo,
 Y en su soberbia cerviz
 Fué bastante á poner lazo.
 Mas ya no trata de amores
 Ni de guerra con romanos,
 Porque amor y guerra quieren
 Mas ventura y ménos años;
 Que al capitán sin ventura
 Poco aprovecha ser sabio,
 Y ejercicios amorosos
 No están bien al hombre anciano.
 Ya son de Anibal los días
 Tan crudos cuanto amargos.
 Sin sangre tiene las venas,
 Sin fuerzas el cuerpo flaco;
 El rostro enjuto, y los ojos
 Consumidos en el casco.
 Y con estar d'esta suerte,
 Está Roma dél temblando,
 Porque aun duran de sus puertas
 Las cenizas y el estrago.

(Romancero general.)

¹ Hé aquí á Anibal convertido en un galanete viejo y olvidado de sus glorias, y hé aquí cómo era preciso vestirle para que pareciese interesante en una comedia de intriga á la española.

537.

MUERTE DE ASDRÚBAL, EL CUÑADO DE ANÍBAL.

(De Juan de la Cueva.)

Airado está contra España
 El poderoso Asdrúbal,
 Teniendo viva la muerte
 Que le dieron á Amilcár
 Su suegro, y así procura
 Orden para la venganza.
 También le alteraba el pecho,
 Sin dejallo reposar,
 Que dieron los saguntinos
 Favor por tierra y por mar
 A su contendora Roma,
 Por mas los menospreciar.
 Corrido de esto, se indigna
 Contra España, y va á buscar
 En quien emplear su saña
 Y su coraje mortal;
 Y así, viniendo por Denia,
 Un español fué á encontrar,
 Al cual le llamaban Tago,
 Hombre rico y principal:
 Y como si aquel causara
 Su odio y saña infernal,
 Y la potencia de España
 Estuviera en él no mas,
 En nombrándolo español,
 Lo hizo luego aborcar
 De una encina; cuya muerte
 Tan sin causa, fué á causar
 Dolor en los africanos
 Y gozo en su capitán,
 El cual mandó que ninguno
 De allí lo osase quitar.
 Tago traía un criado,
 Que á su señor viendo tal,
 De tierno dolor movido,
 De amor y fidelidad,
 Besando los frios pies
 Que solos podía alcanzar,
 Aunque impedido del llanto,
 Así comenzó á hablar:
 — ¿Qué corazón tan desnudo
 De razón y humanidad,
 Con tan injusta inelencencia
 Te mandó la muerte dar?
 Qué ley divina ni humana,
 Si no es la de su crueldad
 D'este bárbaro, condena
 A nadie, sin hacer mal?
 Si viene con fiero intento
 De dar venganza á Amilcár,
 En los que le dieron muerte,
 ¿Qué debe el que libre está?
 ¿Qué le debías tú, señor,
 Que así te hizo privar
 De la vida, ó yo qué hago
 Sin vengarte de Asdrúbal?
 Al cual yo daré la muerte,
 Pues es, como yo, mortal;
 Y el intento con que viene,
 Que no tiene de dejar
 Español vivo en España,
 Yo se lo pienso atajar,
 Y en venganza de tu ofensa
 Su fiero intento acabar. —
 Esto diciendo, animoso,
 Sin temor de verse tal
 Cual estaba su señor,
 A quien prometía vengar,
 Por medio del campo rompe,
 Sin podérselo estorbar
 Todo su cuerpo de guardia,
 Que no llegue á ensangrentar
 Su espada en el africano,
 Al cual mil heridas da,

Con que le quitó la vida
 En medio de su real.
 Arremeten á prendello,
 Y él comenzó á derribar
 A unos y á otros, fiero,
 Sin dalles aquel lugar.
 Al fin, siendo combatido
 De tantos, sin descansar
 Vino á caer de cansado
 Do lo pudieron atar.
 Pónenlo en fieros tormentos,
 Comiénzanlo á justiciar,
 Y él sin mudar el semblante
 De miedo ni de pesar,
 Les dice: — Vengad, crueles,
 En mi vuestro capitán,
 Que ya yo me vengué de él
 Y así no temo acabar.
 Vosotros, si, estáis temiendo,
 Pues de miedo no osáis dar
 La muerte á un hombre ligado,
 Ni á él os osáis llegar.
 Llegad, bárbaros, cobardes;
 Llegad, cobardes, llegad,
 Sacadme este corazón
 No cobarde, aunque estoy tal
 Que no tengo miembro sano,
 Ni hueso ya en su lugar.
 Cobardes cartagineses,
 ¿Qué haceis, que os veo dudar?
 Vengad á vuestro señor,
 Vengad á vuestro Asdrúbal;
 Emplead en mi esas armas,
 Que ya no os puedo hacer mal. —
 Esto diciendo el valiente
 Español, perdió el hablar,
 Y el espíritu invencible,
 Libre del nudo mortal,
 Huyó, y el terrestre cuerpo
 Pagó el censo natural.

(CUEVA, Coro Febes, etc.)

538.

CONTINENCIA DE ESCIPION, AFRICANO.

(De Juan de la Cueva.)

Puesta tenía por el suelo
 Escipión á Cartagena,
 Ganada en duros combates
 Y en muy porfiada guerra;
 Ya por el pueblo de Marte
 Administrada y sujeta,
 Puesta la cerviz al yugo
 De la romana potencia.
 Estando aquí Escipion
 Señoreando esta fuerza,
 Le trujeron en presente
 Una hermosa doncella,
 Hija de padres ilustres,
 De valor, nobleza y cuenta,
 Desposada con Luceyo,
 Príncipe en la Celtiberia.
 Esta, habida en el asalto,
 Y de los soldados presa,
 Mirando su hermosura,
 Tan en extremo perfeta,
 La ponen ante el romano,
 Y á su servicio la entregan;
 Mas el capitán de Roma,
 Viéndola ante sí y tan bella
 Admirado y congojoso
 Su suerte y beldad contempla.
 Enterneciale el alma
 Verla en tal contención puesta,
 Cercada de armas y hombres,
 De furor y saña horrenda.
 Mirábale el bello rostro,

Bello y fijado en la tierra,
Matizado de colores
De púrpura y de azucena,
Hechos dos rios los ojos,
Que, sin hablar, su mal muestran,
Limpiando las hebras de oro
El humor que el suelo riega.
Suspense estuvo en aquesto
Escipion una gran pieza,
Sin poder hablar palabra,
Condolido de su pena.
Al fin la entregó á su guardia,
Informado de quién era,
Para que fuese guardada
Con respeto, y luego ordena
Que le llamen á sus padres,
Y á Luceyo, esposo d'ella:
Los cuales siendo llamados,
Vinieron con grande priesa,
Cargados de oro y de joyas
Para rescatar la presa.
Mas, viéndolos Escipion
Llegados á su presencia,
Con mansedumbre y piedad
Les dice de esta manera:
— ¡Oh Luceyo! bien entiendo
Tu congoja, y veo tu pena;
Bien claro se da á entender,
Entendido, que la ordena,
Que es ver tu querida esposa
Puesta al cuello la cadena,
Las señales en los brazos,
Que estampó la dura cuerda,
Y que la traiga fortuna
De princesa á verse sierva.
Pondrás delante los ojos,
Que fué robo de la guerra,
Que fué presa de soldados,
Que no sentirán tu afrenta;
Que sin razon ni respeto
A su gusto usarian de ella,
Por ser su costumbre antigua
Sacrilegios, muertes, fuerzas,
Despojando hombres y dioses
Sin temor ni reverencia,
Osando poner las manos
Aunque sea en la sacra Vesta.
En lo cual quiero, Luceyo,
Darte seguro, si presta,
Para que tengas consuelo,
Si lo admite tu miseria.
Ella fué presa en el robo,
Cual te es cosa manifiesta;
La cual, aunque fué cativa,
Fué guardada sin tu ofensa;
Que no es uso en los romanos
Usar de aqueza licencia,
Ni hacer agravio alguno
En la guerra ó fuera de ella;
Y así te entrego á tu esposa
Virgen, sin ofensa en ella,
Que yo mesmo la he guardado,
Guardándole su pureza,
Sabiendo que tú la amabas,
Y quién eres, y quién era. —
El padre y la madre al punto,
Y el esposo, puesto en tierra,
Alzan al cielo las manos,
Enalzando su grandeza,
La constancia en Escipion,
La virtud de continencia,
Y habiéndola encarecido
En alta voz grande pieza,
Dice el padre: — ¡Oh, gran romano!
Dino de tal excelencia,
¿Qué premio habrá que sea dino
De tu gran manificencia?
¿Qué remuneracion puede
Ser igual á tu clemencia?

Pués en ella has igualado
A Júpiter en su esencia,
Y has hecho en esto una cosa:
Que haces libre á tu sierva,
Y á nosotros, siendo libres,
Nos pones en la cadena,
Y en tan dulce sujecion,
Cual razon pide y ordena.
Y pues somos tus cativos,
Sujetos á eterna deuda,
Recibe por primer gaje
Estas joyas y moneda,
No dadas por su rescate,
Mas por señal de obediencia.
Puso Escipion los ojos
En el que humilde le ruega;
Visto que era importunado,
Esto le da por respuesta:
— Libre te doy á tu hija
Sin rescate ni otra empresa;
Mas viendo que me importunas,
Que tome aqueza riqueza,
Con que podré largo tiempo
Sustentar al mundo guerra,
Yo la aceto, y tú, Luceyo,
En dote por mi la aceta,
Que yo só el que te la doy,
Y esto por mi y á mi cuenta,
Y solamente te pido
Que amigo de Roma seas. —
El principe celtibero
De oirlo admirado queda;
Mas cobrando algun aliento,
La mano al romano aprieta,
Y levantando la voz,
Dijo así, la vista queda:
— Juro á los inmensos dioses,
Y por esta mano diestra,
Que ensalza la gloria á Roma,
Y el mundo apremia y gobierna,
De morir por los romanos,
Y viviendo, en cualquier guerra,
Serle en todo fiel amigo,
Y enemigo á quien lo sea,
Y de seguir su partido
Con vida, honra y hacienda,
Y de poner á su yugo
Mi estado, y en su obediencia,
Y de dar eterno nombre
A tu nombre, adonde quiera,
Pues tan alto beneficio
Ménos galardón no espera,
Que vaya de gente en gente
Tu nombre y tu fama eterna. —
Esto dicho, ante él se humilla,
Y el romano lo impidiera,
Y con un estrecho abrazo
Lo levanta y le consuela.
Luceyo y su bella esposa,
Su suegro, y tambien su suegra
Se ofrecien á Escipion,
Y con esto de él se alejan,
Prometiéndole Luceyo
De volver luego á la guerra;
Lo cual cumplió, que á su costa
Con mucha gente dió vuelta,
Y fué tan amigo á Roma,
Que romano se dijera.

(CUEVA, Coro Febao, etc.)

859.

ESCIPION EXHORTA Á LOS ROMANOS QUE LLEVEN LA GUERRA
Á ÁFRICA.

(Anónimo.)

De su patria se destierra
Aquel Escipion romano

Que mereció por sus hechos
 Ser llamado el Africano.
 Viéndola que está cercada
 Por la gente de Cartago,
 Y que el furioso Anibal
 Tiene al pueblo amedrentado,
 Se entró sin ser prevenido
 Un día dentro el Senado,
 Y á todos en general,
 Dijo: — Auditorio honrado,
 De diez y ocho años soy,
 Que á los veinte no he llegado;
 Pero si audiencia me dais,
 Diré lo que he pensado,
 Y es que si darme quereis
 Gente con poder y mando,
 Me determino de ir
 Y poner cerco á Cartago;
 Que como vea Anibal
 Su pueblo por mi apretado,
 Dejará el cerco de Roma,
 Y cesará tanto estrago.—
 A lo que Escipion ha dicho
 Se alborotó el Senado,
 Por parecerles muy mozo
 Para tal empresa y cargo.
 Uno de los senadores,
 El mas prudente y anciano,
 Le dijo: — Oye, mancebo,
 Y entiende bien lo que hablo:
 Advierte bien que la empresa
 Que tomas es de gran cargo,
 Porque, si á Roma defiendes,
 Vas á ofender á Cartago.—
 El animoso mancebo
 Le respondió: — Padre honrado,
 Muy bien entendido tengo
 El rigor de aqueste caso,
 Y no es menester que cuente
 Proezas de mis pasados,
 Porque sé que las sabeis,
 Y también que soy romano.—
 Sabemos su gran valor,
 Respondió todo el Senado:
 Que se le dé el baston luego
 Y de general el cargo,
 Para que con gran secreto
 Se vaya á la gran Cartago,
 Y se le dé en abundancia
 Todo lo que es necesario,
 Y también porque no entienda
 Anibal lo concertado,
 De las cohortes de España
 Lleve gente y forme campo;
 Para lo cual se le dió
 Poder por todos firmado,
 Y que si vitoria alcanza,
 Le darán corona y lauro.

(Romancero general.)

540.

CAYO CLAUDIO, VENCEDOR DE ASDRUBÁL, LE HACE DECAPITAR, Y ARROJA SU CABEZA AL CAMPO DE ANIBÁL, SU HERMANO.

(De Juan de la Cueva.)

Cayo Claudio, vitorioso
 De haber vencido á Asdrubál,
 Teniéndolo en su poder,
 Lo mandó descabezar,
 Y estando á vista los campos
 Del Cónsul y de Anibál,
 Mandó arrojar la cabeza
 En el contrario real,
 Por dar á Anibal congoja
 De ver á su hermano tal.
 Los africanos cativos

Los hizo á vista sacar,
 Y ponérselos en parte
 Que los pueda devisar,
 Arrastrando las cadenas,
 Atados, y como están;
 Porque oyendo sus clamores,
 Le causen mayor pesar.
 Soltó dos de la prison,
 Que le vayan á avisar
 De la rota de su hermano,
 Porque lo fuese á vengar.
 Miraban los de Cartago,
 Sin poder determinar
 Qué denotaban las voces,
 Qué el clamor, y el apuntar,
 Qué el sonido de prisiones,
 Qué el vérselas demostrar.
 Estando atentos á esto,
 Vieron en la tierra estar,
 Cubierta de polvo y sangre,
 La cabeza de Asdrubál:
 Conociéronla, y al punto
 Con ansia y pena mortal
 La limpian y se la llevan,
 Dando gritos, á Anibál:
 El cual, luego que la vido,
 La comenzó á contemplar,
 Sin poder hablar palabra,
 Aunque probaba á hablar:
 Con lágrimas y suspiros
 La comenzó á saludar,
 Que la lengua tiene asida,
 Y la voz al paladar:
 Mas el dolor excesivo
 Le abrió via al respirar,
 Y con dolorosa voz,
 Así comenzó á hablar:
 — ¡Asdrubál, hermano mio,
 Dulce hermano mio, Asdrubál,
 Luz de los cartagineses,
 Solo en ser á Marte igual!
 ¿Qué son de las esperanzas
 Que nos diste? ¿dónde están?
 Cuando ufano y vitorioso
 Prometías arruinar
 Los romanos, á quien fuiste,
 Cual yo, enemigo mortal,
 Y de quien tantas vitorias
 Hubiste, y te vi triunfar,
 ¿Qué brazo fué poderoso?
 ¿Quién te venció y puso tal?
 No es posible que fuese hombre,
 Sino algun dios celestial,
 O del infernal abismo
 Alguna furia infernal.
 ¿Pues yo juro por los dioses
 Y por tu muerte, Asdrubál,
 Que si son terrestres hombres,
 De morir ó te vengar;
 Y si son dioses del cielo,
 De no les sacrificar
 Ni tenerles reverencia,
 Ni consentirles honrar,
 Y matar sus sacerdotes,
 Y sus estatuas quemar,
 En venganza de tu muerte,
 Dulce hermano, Asdrubál! —
 Esto Anibal le decia,
 Llorando sin descansar,
 Y no dejara su llanto,
 Si no viera alborotar
 La gente, y correr los unos,
 Y los otros aguardar;
 Unos ir á la una parte,
 Otros á la otra apartar,
 Sin saber qué fuese aquello
 El valiente capitán.
 Deja el llanto y sale al campo,
 Temiendo algun nuevo mal:

Rompió por medio de todos,
 Haciendo abierto lugar :
 Vió traer los prisioneros
 Que el Cónsul mandó soltar,
 Conocidos de Cartago,
 Los cuales, viendo á Anibál,
 Puestos ante él de rodillas,
 Uno comenzó á bablar :
 — ¿Cómo te podré, señor,
 Nuestra desdicha contar,
 Nuestra horrible desventura,
 Nuestra miseria y pesar,
 Sin que te ofenda y aflija,
 Y encienda en llanto el real?
 Sabrás, señor, que buscamos
 Al Cónsul, que iba á buscar
 A tu hermano, y siendo visto,
 Al arma mandó tocar
 El contrario, y nuestro campo
 Se aparejó á pelear,
 Y estando dispuestos ambos,
 Arremeten á la par
 El un campo contra el otro
 Con esfuerzo singular,
 Sin que se rompiese el órden,
 Ni se perdiese el lugar.
 Duró la soberbia lid
 Por ambas partes igual
 La mayor parte del día
 Con terrible mortandad.
 Mas en este igual estado
 Se comenzó á declinar
 La suerte de nuestra parte,
 Y al fin de tanto aguardar,
 Los romanos victoriosos
 Nos comenzaron á entrar :
 Los nuestros, desbaratados,
 A huir y á desmayar.
 Cativáronnos á todos
 Cuantos pudieron hallar,
 Que la furia de su espada
 Dejase sin acabar :
 Saquearon todo el campo,
 Cativaron á Asdrubál ;
 Cortáronle la cabeza,
 Mandaron te la arrojar :
 Quitónos de la cadena
 Para venirte á contar
 Estas miserables nuevas
 Que te venimos á dar. —
 Anibal, habiendo oído
 La pérdida de Asdrubál,
 Dijo : — Si agora es su suerte,
 La mía tambien será,
 Que la sangre de los nuestros
 Los míos encenderá ;
 Que en Cayo Claudio, romano,
 Se procuren de vengar ;
 Pues nuestro duro suceso
 A todos es general,
 Todos tomemos las armas,
 Pues á todos toca el mal,
 Que yo pienso y determino
 Por el suelo emparejar
 El Capitolio de Roma,
 Y sus templos despojar. —
 Esto dicho, toca al arma,
 Y al campo sale Anibál.

(CUEVA, *Coro Febeo*, etc.)

541.

MUERTE DE SOFONISBA, ESPOSA DE MASINISA.

(De Juan de la Cueva.)

Metido está en confusión,
 Traspasada tiene el alma,
 Combatido de congojas

Masinisa, y lleno de ansias.
 Consume el día en suspiros,
 Y en llanto las noches pasa
 De ver cómo Escipion
 Con duro apremio le manda
 Que á la bella Sofonisba,
 Con quien desposado estaba,
 Mujer que fué del rey Sifas
 A quien venció en la batalla,
 Que la repudie, y la deje
 Sin mas replicarle en nada,
 Porque ha de ir presa en el triunfo
 Con los cativos atada.
 Esto siente Masinisa,
 Esto siente, y le maltrata,
 Esto le enciende en dolor,
 Y el corazon le traspasa.
 Lleno de dificultades
 Mil modos y vias traza,
 Con que á entrambas á dos partes
 Cual es razon satisfaga,
 El mandato de Escipion,
 Y á ella la fe obligada.
 No halla camino cierto,
 Ni en remedio humano entrada,
 Que con el grave dolor
 La memoria trae turbada.
 Aunque se le ofrecen muchos
 En ninguno medio halla,
 Porque es peligroso apremio,
 Hacer que olvide quien ama.
 Escipion manda que olvide,
 Amor le reprime y ata
 La obediencia que le debe ;
 La fuerza y amor le abraza :
 No sabe el medio que siga
 A tan diferente causa.
 Al fin de haber contemplado
 Lo que le fuerza y le manda,
 El apremio de uno y otro,
 La razon y la fe dada.
 Concluye con un remedio
 Horrible, y que mas le agrada,
 Y es que muera Sofonisba,
 Con que todo esto se acaba.
 Despacha luego un criado
 De quien mas se confiaba,
 Con un vaso de veneno,
 Que se lo lleve á do estaba,
 Y envíale juntamente
 Con el veneno una carta,
 La cual decia d'este modo.
 Con llanto escrita y notada :
 « Sofonisba, vida mia,
 » Vida y alma de mi alma,
 » Muchas cosas se me ofrecen
 » Que decirte, aunque me ataja
 » El corto tiempo que tengo,
 » Y el dolor que me arrebatá
 » De tal suerte, que un momento
 » Mi espíritu no descansa,
 » Combatido á causa tuya,
 » Aunque no te culpo en nada,
 » Que solo soy yo el culpado,
 » Y tú por mi castigada,
 » Pues me manda Escipion,
 » Contra lo que amor me manda,
 » Y contra el querer del cielo,
 » Que de mí seas repudiada.
 » Porque has de ir cativa á Roma,
 » Con los cativos ligada ;
 » Lo cual pretendo impedir
 » Por la vía mas honrada,
 » Que es dándote tú la muerte
 » Antes que verte afrentada ;
 » Que no es justo á tu nobleza
 » Ser de tal modo tratada,
 » Ni al gran valor de tus padres,
 » Ni á su gloriosa fama

» Se debe tan duro ultraje,
 » Si por esta via se salva.
 » Acuérdate, Sofonisba,
 » Si no estás d'esto turbada,
 » Que fuiste tan gran señora,
 » Y con dos reyes casada,
 » Y si es justo que te veas
 » De reina venir á esclava.
 » Considéralo, y no entiendas
 » Que de mí no eres amada,
 » Y que así de tu amor eres,
 » Del mio remunerada;
 » Que juro á los altos dioses
 » De la corte soberana,
 » Y á Vénus hago testigo
 » Y á su hijo en esta causa,
 » Que no me quiero á mi tanto
 » Cuanto á ti, que eres mi alma,
 » Y así puedes entender
 » Que esto que pido que hagas,
 » No lo pido yo, ni puedo
 » Pedir cosa tan infanda,
 » Que de fuerza, de mas fuerza
 » Es mi voluntad forzada,
 » Que con riguroso apremio,
 » Me apremia, me fuerza y ata,
 » Que elija por mas seguro
 » Verte muerta, que afrentada.»
 Dió fin con tiernos suspiros,
 Y la carta al siervo daba:
 Se la llevó á Sofonisba
 Que d'esto está descuidada
 Dentro de su real palacio
 De varias gentes cercada.
 Siéndole dada en la mano
 Mudó el color de la cara,
 Que al corazon alterado
 Cualquiera cosa le espanta.
 Así la Reina leyendo
 De un cabo al otro la carta,
 Con dolorosos suspiros
 Pide el vaso, y así habla:
 —Dirásle al rey Masinisa,
 ¿Sin son aquestas las arras
 Que le manda á su mujer
 En la boda ya cercana?
 La cual no hará el himeneo,
 Mas la inexorable parca.
 Dirásle que yo recibo
 Su don de muy buena gana,
 Y que así será cumplido
 Lo que por su carta manda,
 Que dándole á él contento
 A mí no me desagrada.—
 Esto diciendo, animosa,
 No del temor alterada,
 Bebió la mortal ponzoña,
 Con que á muerte fué entregada.

(CUEVA, *Coro Febeo*, etc.)

542.

**RESÚMEN DE LOS HECHOS DE ESCIPIÓN HASTA QUE VENCÍO
 Á ANIBAL ANTE LOS MUROS DE CARTAGO.**

(De Lorenzo de Sepúlveda.)

Vencidos son los romanos,
 Anibal los ha vencido:
 En la batalla de Cannas
 Muertos quedan y heridos.
 Quedaron muy quebrantados
 Muy tristes y doloridos:
 No piensan alzar cabeza
 Segun se ven afligidos.
 Despoblar quieren á Roma;
 Procuran buscar un sitio,
 Donde fundar un lugar
 Para defender sus hijos.

Estando en aqueste aprieto,
 Escipion se levanta altivo
 Diciendo d'esta manera:
 —Nadie haga tal delito,
 Que Roma, ciudad antigua,
 Aunque esté en este conffito
 No debe desampararse,
 Ni debe ser consentido.
 Yo me obligo á defendella:
 De hoy mas el cuidado es mio.—
 Dichas aquestas palabras,
 A los que estaban consigo
 Hizo hacerles juramento
 Que le quisiesen seguirlo,
 Y los que contra ello fuesen
 Con juramento les dijo
 Les cortará las cabezas
 En este lugar ya dicho.
 Viendo aquesto los romanos
 Cobraron ánimo vivo:
 Proponen morir con él
 Todos juntos, como digo.
 Manda apellidar su gente,
 Y ordenar biensus caudillos;
 Pasa los Alpes de Roma,
 De España lleva el camino,
 Y aunque le cupo la suerte
 De ir contra el rey Filipo,
 Toma la empresa de España,
 Por no ser nadie atrevido.
 Cumplido ha vendidos años
 Desde que fuera nacido,
 Cuando comenzó esta guerra
 Este varon escogido.
 D'esta suerte que he contado
 De Roma se habie partido:
 Entrado habia por España,
 Y de Ebro ha pasado el rio:
 Va derecho á Cartagena
 Do está Magon su enemigo.
 Por la mar y por la tierra
 Traia muy gran gentio.
 Ya que juntos estuvieron
 Muy bien se han apercebido:
 Concertado habie sus haces,
 Y Magon otro asimismo.
 Fué sangrienta la batalla,
 Magon quedara vencido;
 Grande placer recibiera
 La gente desde que vido
 Tan gran victoria aquel dia,
 Y Magon preso y captivo.
 Enviádolo habia á Roma
 Con ricas joyas consigo;
 Gran placer tomó el Senado
 De ver presente tan rico.
 Despues de aquesto pasado
 Contra Anibal se ha partido
 Para tomar d'él venganza,
 Que aquesto le habia movido.
 Los de Africa enviaron
 Por Anibal su caudillo
 Para que les defendiese
 De Escipion en este brio.
 Entre tanto que él venia,
 Parias le dan como él quiso,
 Y que los captivos suelten
 Que tenían del señorío.
 Mas ya llegado Anibal
 Quebrantan lo establecido,
 Pensando, con su favor,
 De vencello y destruiello.
 Aparéjanse á las armas
 Con esfuerzo nunca visto;
 Con ánimos denodados
 Se habian acometido.
 Fué reñida la batalla
 Y de muy grande peligro:
 A la fin quedó Escipion

Vencedor de su enemigo.
Tomara muchos despojos,
Muchos presos y captivos:
Volviérase para Roma
Con mas placer que aqui escribo:
Hácenle tan grande triunfo,
Que otro tal nunca se vido.

(SEPÚLVEDA, *Romances nuevamente sacados, etc.*)

545.

MUERTE DE ANIBAL.

(De Juan de la Cueva.)

Con Prusias vivia Anibal
En el reino de Bithinia
Do vino Tito Flaminio
Con una mensajería
De Roma, en la cual le dice
Que está de él muy ofendida,
Y tiene por sospechosa
Su amistad, pues da cabida
A su enemigo Anibal,
que tiene en su compañía,
Despues que del rey Antiocho
La gente quedó vencida,
Que contra el romano pueblo
Lo incitó y lo encendió en ira.
Viéndose ya el Africano
Sus fuerzas todas perdidas,
Y que no tenia remedio
Ni reparo su caída,
Con que asesegara Roma
La inquietud en que vivia,
Y que por dalle él su amparo
Su contrario tenia vida:
Y que d'esto se quejaba
El Senado, y se lo avisa,
Porque Anibal no sea causa
Se quiebre entre ellos la liga,
Al embajador romano
Prusias así le replica:
—Con muy justa razon puedo
Quejarme, en que se conciba
Mal de mi firme amistad
Porque yo á Anibal reciba;
Y porque de esa sospecha
Mi fe quede, cual es, limpia.
Yo te lo daré en prison,
Si en tanto Roma lo estima.—
Esto dicho, mandó al punto
Que su gente se aperciba,
Y á cercar vayan la casa
Del que al mundo puso en grima.
Van, y el valiente Anibal,
Que siempre de la venida
De Flaminio sospechaba
El mal en que ya se via,
Como se vido cercado
Sin hallar lugar ni via
Por donde poder librarse,
Dice así, ardiendo en ira:
—Libremos á los romanos
Ya de tan larga fatiga,
Pues les parece ser largo
Esperar la muerte mia.
Por cierto, no habrá Flaminio
Vitoria que sea de estima
En vencer á á un desarmado
Y puesto en tanta desdicha;
En que se ve cuán trocada
Del valor, que ántes tenia
Esta Roma, y cuán ajena
Dé su antigua valentia.
Al rey Pirro su enemigo,
Cuando con libre osadia
Se les entró por Italia
Y á su poder resistia,

Roma le envió á avisar
Que mirase por su vida,
Que le queria dar veneno
Uno de su compañía.
Diferente fué este aviso
Del que agora Roma envía,
Pues le hacen al rey Prusias
Traspar la ley divina,
Y que dé muerte á traicion
Al huésped que en él se fia.
Vosotros, supernos dioses,
Que mirais desde allá arriba
Esta maldad del rey Prusias,
Vuestra clemencia permita,
Que se vea perseguido
De los que mas se confia,
Y que en nadie halle fe,
Ni nadie verdad le diga,
Y de su real asiento
Despojado se vea en vida
Y á tanta pobreza venga
Que de puerta en puerta pida,
Sin hallar quien de él se duela,
Y muchos que le persigan:
Fáltenle los elementos,
Fáltele la luz del dia,
Y en destierro miserable
Su vida acabe maldita,
Y su cuerpo sea comido
De las aves de rapiña.—
Diciendo el fuerte Africano
Esto, ya el vaso tenia
En la mano, y la ponzoña
Aprestada y desleida;
Y alzando al cielo los ojos
Volvió á decir:—¡Patria mia,
Cuán bien que te aconsejé,
Y cuán mal fué de ti oida
Mi razon y buen consejo,
Para tu quietud pacifica!
Hoy acaba tu Anibal,
A quien desterró la invidia;
Hoy al espantoso buerco
Su espíritu precipita:
Hoy queda en sosiego Roma;
Hoy de su inquietud se libra,
Con la muerte del que pudo
Asolar su monarquia.—
A este punto oyó un ruido
De la gente que venia,
Y bebiendo la ponzoña
Que tenia prevenida,
Dijo:—Hagan de ese cuerpo
La presa que hacer codician.—
Y queriendo proseguir,
La voz se le quedó asida
A la garganta, y á un punto
Le faltó el habla y la vida.
Entró la enemiga gente
Que procurándolo iba:
Hallólo entregado á muerte,
De la cual al Rey avisan
Y al mensajero romano
Que por triunfo pretendia
Metello en Roma, y triunfar
De su invicta valentia.

(CUEVA, *Coro Fábulo, etc.*)

544.

ESCIPIÓN AFRICANO, ACUSADO POR SUS ÉMULOS,
COMPARECE ANTE EL SENADO.

(Anónimo.)

Citado estaba Escipion
El Africano nombrado:
Citado le tiene Roma
Para delante el Senado.

Acúsale con envidia,
Y con motivo dañado
Para que les dé la cuenta
Mientras tuvo el consulado.
Sábido por Escipion,
Que le fué notificado,
Fuese derécho al Pretorio
Adonde estaba citado.
Dijoles:—Padres conscriptos,
¿Para qué me habeis llamado?—
Responden los senadores:
—¡Escipion, mal lo has mirado!
Porque con tu madre Roma
Fidelidad no has guardado;
Que si en Africa venciste
A Anibal el afamado,
Muy bien te lo paga Roma
Con los triunfos que te ha dado,
Y con otras libertades
De que gozas y has gozado.—
Escipion desque lo oyera
Su ropa se ha desnudado,
Y mostraráles su cuerpo
Llagado y amancillado;
Donde con muy alta voz
D'este modo les ha hablado.
—Yo juro por los mis dioses,
Y á Júpiter consagrado,
Que lo que yo á Roma debo
Y en ella hube usurpado
Son solas estas heridas
Que allá en Africa me han dado;
Que lo que tengo y poseo,
Juro por lo qu'he jurado,
Es solo lo que mis padres
En herencia me han dejado.—
Mucho quedaron confusos
Los que habian acusado:
Vieron tan alto varon
En todo justificado,
Y no contento con esto
Esto mas ha propusado.
—¡Oh patria desconocida!
Oh pueblo tan mal mirado!
Mis huesos, no estén en tí,
Ni mi cuerpo sepultado.—

(Cancionero, Flor de enamorados.)

545.

CATON EL CENSOR.

(Anónimo.)

En el tribunal que al mundo
Dió leyes y puso espanto,
Con un ramo de higuera
Entra Caton indignado,
Verdes hojas, fruto verde,
Altos en la diestra mano,
Que al embarcarse cortó
En el muelle de Cartago,
Donde Roma le envió
Por su fiel comisario,
Para ciertas diferencias
Con el sugeto africano,
De donde vino cuidadoso
Viendo el copioso aparato,
Que en Cartago se hacia
De guerra, tan sin recato,
Y de que ciudad sujeta
Toque cajas y eche bandos,
Y junte copia de gentes
Con estandarte arbolado,
Sin pedir licencia á Roma
Con tan libre desacato
Fortificando murallas
Y máquinas aprestando.
—¡Oh padres conscriptos! dice

Con voz alta y rostro airado,
¿Cuántos dias será bien
Que ha ya que corté este ramo
En ciudad que no os respeta
Ni alcanzáis en ella mando?
Ved que tan léjos teneis,
Romanos, vuestros contrarios,
Que hoy hace solos tres dias,
Que parti de á dó le traigo,
Cuyo fruto sin sazon
De aquesto testigo hago,
Y estas verdes anechas hojas
Ausentes del tronco caro,
Que si hablaran dijeran
Lo que de vergüenza callo.
¿De aquesta suerte va Roma
Sus limites dilatando,
Que pueda ver en tres dias
Vuestro muro el libio ufano!
¡Júpiter vive, y el cielo,
Que es gran falta de cuidado,
Y aun de valor; que otro nombre
Que poderle dar no hallo!
Despertad, conscriptos padres,
Del sueño profundo y largo
En que las paces os tienen,
Que el ocio es mal sin reparo.
Vuelva la sangre á las venas,
Y el vigor vuelva á los brazos,
Dejando los blandos lechos
Origen de tantos daños.
Tomad sangrienta venganza,
Ved los dos rostros á Jano,
Y sacuda el duro azote
Belona sobre Cartago.
Sus soberbios edificios
Igualen al suelo llano,
No quede reliquias de ellos,
Que os importa, padres sacros.
¡Advertid bien que un descuido
Tiene difícil reparo!
Aqueste es mi parecer,
Y no el menos necesario.—
Calló con esto, y movida
Mucha parte del Senado,
Su proposicion consultan
Tras votar discordes y vario.
Hacen consúl á Escipion,
Que con marcial aparato,
Cubriendo la mar de leños
Da velas al viento, ufano.

(Romancera general.)

546.

ASDRÚBAL VENCIDO POR ESCIPION SE MATA, Á EJEMPLO
DE SU ESPOSA!

(De Gabriel Lobo Lasa de la Vega.)

Habiendo puesto por tierra
La inexpugnable muralla
De Cartago, Escipion,
Con duro incendio asolada,
Y sus fuertes edificios
Vuelto en cenizas livianas,
Bajando á la humilde tierra
Las vistosas torres altas,
Asdrúbal se recogió,
Perdidas las esperanzas,
Con su mujer y sus hijos,
Y la gente que quedaba
Al templo, do se hizo fuerte;
Mas visto que le apretaba
Por todas partes Escipion,
Y que era defensa vana,
El fuerte desamparó,
Y por una puerta falsa,
Al campo vino del Consúl,
A cuyos piés se postraba

Pidiendo misericordia,
 Y rindiéndole las armas
 A vista de su mujer,
 Que estaba en una ventana
 Con dos pequeños hijuelos,
 Que su congoja aumentaban
 Y á la de toda su gente,
 Que el fuerte templo encerraba,
 Herida y falta de sueño
 Y de hambre desfigurada;
 La cual por él sembró fuego
 Queriendo morir quemada
 Antes que dar la obediencia
 Que su capitán ya daba
 Al victorioso Escipion,
 Ignominiosa y pesada.
 Pues viéndose la mujer
 De Asdrúbal desamparada,
 Y de su contraria suerte
 Por tantas partes cercada,
 Adornando su persona
 Con extraordinarias galas,
 Toma un agudo cuchillo,
 Y por las tiernas gargantas
 De los dos queridos hijos
 Con presta mano les pasa,
 Mirándolo su marido,
 A quien dice con voz alta:
 — ¡Pusilánime, traidor,
 Que del contrario te amparas,
 Poniéndole por juez
 De tu miserable causa!
 ¿Qué puede dar al rendido
 El vencedor, sino infamia?
 ¡Oh cómo sin daño suyo
 Le celebrará la fama!
 Tú solo le diste al Cónsul
 El triunfo que no esperaba,
 Y para mas infamarte
 Se le llevaste á su casa,
 Entregándole tus triunfos
 Con entregarle tu espada
 Para entrar contigo en Roma
 Con argolla á tu garganta.
 ¡Por cierto buen capitán
 Eligió tu triste patria,
 Cuya ocasion venturosa
 Otros con sangre compraran,
 Y por venturosa muerte
 La que rehusas tomaran!
 Pero pues de ti olvidado
 A tu antiguo tronco agraviás,
 No lo quedarán tus hijos,
 Pues su inocencia los salva:
 Serás padre de hijos muertos,
 Mas no de cautiva infancia.—
 Tras esto y un gran suspiro
 En una hoguera se lanza
 Abrazada de sus hijos,
 A quien consumió las llamas.
 Asdrúbal el caso viendo,
 También del morir se ampara,
 De que Escipion condolido
 Tiernas lágrimas derrama,
 Considerando también
 Aquella ciudad infausta:
 Hecho lugar de fortuna
 Su tragedia recitaba.

(Romancero general. — II. LOBO LASO DE LA VEGA,
 Romancero y tragedias de.)

¹ El Asdrúbal de que aquí se trata, no pertenecía á la familia de los BARCAS.

547.

DESTRUCCION DE CARTAGO POR ESCIPION EL SEGUNDO
 AFRICANO.

(De Lorenzo de Sepúlveda.)

Gran tristeza tiene Roma
 De ver á Cartago aliva,
 Con tan grande señorío,
 Que el suyo mismo les priva
 Y de envidia los romanos
 Muy gran pesar recibian,
 Viéndola ser tan señora,
 Que tanto prevalecia;
 De forma que los sus fechos
 Casi los escurecia,
 Por lo cual muy indignados
 Procuran de destruilla...
 Envian allá á Escipion,
 Muy valiente á maravilla;
 Dánle luego el consulado,
 Aunque grave se le hacia
 De tomar tan grande empresa,
 Porque él muy bien sabia
 Que Cartago era muy fuerte
 Y léjos de dó partia;
 Mas por serle así mandado
 Aceptó lo que pedian.
 Aderezó grande armada
 Por tierra y mar muy lucida;
 Lleva gente cobdiciosa
 De ganar honra crecida;
 Todos parten auiñosos,
 Deseando ver el dia
 Para mostrar sus esfuerzos
 Y aventurar bien sus vidas.
 Pues, con este presupuesto
 A Cartago llega á vistas,
 Los cuales muy descuidados
 Estaban de su venida,
 Porque bien les sucediera
 De otra lid harto reñida.
 Apercibiéronse todos
 Con muy cruel enemiga:
 Hiérense muy crudamente
 Por seis noches y seis dias,
 Matando siempre y hiriendo,
 Sin nadie ser de vencida.
 Mas al fin los de Cartago
 Son vencidos aquel dia,
 Por no les venir socorro,
 Y porque muerto se habian
 Los mejores y esforzados
 De toda su compañía.
 Retráense á la ciudad,
 Pensando haber pleiteria;
 Mas Escipion esforzado
 Les daba muy grande prisa.
 Cartago en aqueste aprieto
 Sus mensajeros envia,
 Suplicándole á Escipion
 Los reciba en cualquier guisa
 Bajo de su protección
 Con seguro de las vidas,
 A los cuales respondiera
 Que aquesto solo haria:
 Que salgan de la ciudad
 Todos juntos en cuadrilla,
 Así como les mandara
 Otra vez por esta via.
 Viendo los cartagineses
 Respuesta tan dolorida,
 Otorgáronlo á Escipion,
 Cuidando que escaparían.
 Salen luego las mujeres
 Llorando á lágrima viva,
 Veinte y cinco mil por cuent
 De mas honrada valia,
 Mal vestidas y mal trechas,

Rascunadas y heridas ;
 De los varones honrados
 Mas de treinta mil salian ,
 Todos llagados , enfermos ,
 Con lástima que decian
 En verse así desterrar
 De su patria tan querida ;
 Y de los dos Asdrubales
 El uno muerto yacia.
 Los propios cartagineses
 Le habian quitado la vida ,
 Porque fuera en el consejo
 Con los romanos un día ;
 Mas el otro de su grado
 En su poder se ponía.
 Otros varones romanos ,
 Que en la ciudad dentro había ,
 En el templo de Esculapio
 Todos juntos se retiraron ,
 Pensando allí guarecer
 De la muerte tan temida.
 Escipion lo mandó cercar
 De fuego , con muy gran prisa ;
 Ardia por todas partes ,
 La llama al cielo subía :
 Ellos viéndose acuitados
 Dentro del fuego caian
 Por no venir á las manos
 De quien tanto mal querian ;
 Y la mujer de Asdrubal
 Reina de muy alta guisa ,
 Con sus dos hijos pequeños
 En una torre subía ;
 Mas los romanos con furia
 Tambien la torre encendian ,
 Y ella viéndose aquejada
 Estas palabras decía :
 — Yo soy reina de Cartago
 Por mi culpa y mi desdicha :
 Así como la primera
 Feneció , fenecería. —
 En diciendo estas palabras
 Dentro del fuego caía
 Con sus dos hijos queridos ,
 Que en sus brazos los tenía.
 Los romanos con pesar
 Corren allá muy aina
 Pensando de guarecella ;
 Mas fué en vano su vida.
 Escipion , acabado aquesto ,
 Con la rabia y enemiga,
 Que quemén los de Cartago
 Mandara dando gran prisa.
 Ponen fuego á todas partes ,
 No quedara cosa viva ;
 Diez y siete dias ardió ,
 Que gran espanto ponía !
 Así feneció Cartago ,
 Antigua ciudad y rica.

(SÉPULVEDA, Romances nuevamente sacados, etc.)

548.

SITIO É INCENDIO DE NUMANCIA.

(De Gabriel Lasso de la Vega.)

Con nuevo ejército pone
 En nuevo estrecho á Numancia
 El indignado Escipion,
 Corrido de que cercada
 Catorce años estuviere
 Quedando con cerviz alta,
 Y de ver el campo intento
 Producir reliquias varias
 De huesos blancos curados,
 De las legiones romanas,
 Cuyos golpes el valor

Del numantino mostraba.
 Por una parte se indigna,
 Por otra el rigor templaba :
 Una vez dice arremetan ;
 Otra que se tengan manda.
 Turbado no se resuelve
 Ni se determina en nada ;
 La compasion le compele
 A apresurar la venganza ;
 Mas el temor del contrario
 El paso á su intento ataja ,
 Viendo las veces que ha sido
 Su gente desbaratada
 Por la poca , aunque atrevida ,
 Que esconde aquella muralla
 Inexpugnable por ella ,
 Mas que lo fué la troyana ,
 Pues cuatro mil españoles
 Que la ciudad ocupaban ,
 A cuarenta mil romanos
 Por momentos retiraban ,
 En campo abierto con ellos
 Viniedo á duras batallas ,
 De quien con diestras violentas
 Triunfaron en veces varias ,
 Siempre á su ciudad volviendo
 Con vitoriosas espaldas ,
 Mas temidas del contrario
 Que seguidas sus pisadas ;
 Que por victoria tenían
 El volverles las espaldas ,
 Y el cansarse de herir
 En ellos los de Numancia ,
 De cuyos odiosos nombres
 Como del fuego temblaban ,
 Las puertas de su ciudad
 Teniendo abiertas y francas.
 A su eleccion retirando
 Del romano las estancias ,
 Y cual no cercada gente
 Salen al campo , y se espacian ;
 ; Cosa dura de creer ,
 Que á la potencia romana ,
 Que era señora del mundo ,
 Se resistiese en España
 Esta pequeña ciudad
 Con fuerza tan limitada !
 Al fin Escipion tanto hizo ,
 Que con una honda cava
 La cercó por todas partes
 Para excusar que á batalla
 No saliesen con sus gentes ,
 Cuya ruina aguardaban.
 Al fin la apretó con hambre ,
 Y su gente fatigada
 Pidió al Cónsul muchas veces
 La descomunal batalla ,
 La cual siempre rehusó ;
 Y hallándose apretada
 La gente de la ciudad ,
 Atravesando la cava ,
 Aunque con dificultad ,
 Con Escipion vino á batalla ;
 Cuyo campo en breve espacio
 Con audacia desbarata ,
 Y muertos muchos romanos
 A su ciudad vuelta daban ,
 Sin poder mover las diestras
 De hambre inhabilitadas.
 Aun entónces no huyendo ,
 De que el contrario se espanta ,
 Quemán en la gran ciudad
 Su hacienda , y sus hijos matan
 Y todos unos con otros
 Toman contra si las armas ,
 No quedando cosa viva
 Ni reservada á las llamas ,
 Porque no triunfase Roma
 De su ciudad desdichada ,

Y no quedase vencida,
Aunque del contrario entrada.
(*Romancero general.* — *IL LOBO LASO DE LA VEGA,*
Romancero y tragedias de.)

549.

AL MISMO ASUNTO.

(Anónimo.)

Ya de Escipion las banderas
Llegan á ver las murallas
De aquella cabeza antigua
De la invencible Numancia,
Cuando á todas sus legiones,
Bien compuestas y ordenadas,
Aquel valeroso Alcides
De aquesta suerte les habla :
— Hoy las águilas de Roma
Hasta los cielos levantan
Sus plumas, porque vosotros
Habeis de servirles de alas :
Hoy para inmortal memoria
De vuestras nobles hazañas
Habeis de triunfar, dejando
Que publicar á la fama :
Mostrad, milites famosos,
Lo que hoy pueden vuestras armas ;
Que si á Numancia venceis
Podrán alzaros estatuas. —
No pudo pasar de aquí,
Porque de una y otra banda
Comenzaron á dar voces
Apellidando su patria.
« Alarma, alarma,
» Los unos viva Roma, otros Numancia ;
» Y viendo á Escipion tan bravo y fuerte
» Todos por no entregarse se dan muerte. »
Los numantinos, que miran
Del contrario la pujanza,
Acuerdan ántes morir
Que no de entregar su patria.
Y como para el sustento
Mantenimientos les faltan,
De conformidad de todos
Niños y mujeres matan.
Cuál en brazos de su esposa
Ofrece á la muerte parias,
Y cuál á sus propios hijos
Con violenta mano trata.
Un horrible fuego encienden
En medio de la gran plaza,
Do queman todos sus bienes,
Cada cual con mano franca.
Unánimes todos dicen
Que no se entregue la patria ;
Que mueran, pues que muriendo
Hacen inmortal su fama.
Y así solamente se oye,
Entre las voces turbadas
De la una parte y la otra,
Razones mal concertadas :
« Alarma, alarma,
» Los unos viva Roma, otros Numancia ;
» Y viendo á Escipion tan bravo y fuerte,
» Todos por no entregarse se dan muerte. »
(*Romancero general.*)

EPOCA ROMANA DESDE LA DESTRUCCION DE
NUMANCIA HASTA EL FIN DE LAS GUERRAS
CIVILES.

550.

MARIO, VENCEDOR DE LOS CIMBROS.

(De Juan de la Cueva.)

Por Italia entran los cimbrós
Haciendo soberbio estrago,

Porque les era de Roma,
Entrar en ella vedado.
Sale Silano con gente
A defendelles el paso ;
Los cimbrós toman las armas
Las romanas despreciando,
Y en una trabada lid
Desbaratan los romanos
Con gran pérdida de gente,
Que Silano llevó á cargo.
Luego en viendo aquesta rota,
Envian á Marco Manlio ;
Tambien Quinto Escipion
Igualmente fué nombrado
Con Manlio, en el mismo oficio,
Para deshacer el campo
De los enemigos cimbrós,
Que á Roma venian marchando.
Dióse entre ellos la batalla,
Y fuéron desbaratados
Los romanos, y los cimbrós
Con la vitoria quedaron.
Viendo Roma tal afrenta,
Y esperando mayor daño
Si no se ponía remedio
En reprimir al contrario,
Eligen y hacen cónsul
Al valiente Cayo Mario,
Para que salga á impedilles
Que su intento llegue al cabo,
Y con muerte dé de todos
Venganza á sus ciudadanos.
Aceta Mario el oficio ;
Tocan cajas, echan bandos,
Que la gente se aperceba
Dentro de un pequeño plazo
Para hacer la jornada,
Y deshacer sus agravios.
Estando en aqueste punto
Las cosas, sucedió un caso
Al Cónsul, que dinamente
Es digno de celebrallo,
Aunque es de algunos tenido
No por digno de alaballo.
Y fué, que estando una noche
Cayo Mario reposando,
Ocupada la memoria
En lo que tenía á su cargo,
Soñó que si la vitoria
Quería, y el triunfo y lauro
De los cimbrós, que á su hija
Sacrificase á los hados.
Recordó con este sueño
Pavoroso y alterado,
Y vió todo el aposento
Lleno de un resplandor claro,
Que ofuscándole la vista,
Quedó ciego por un rato.
Mas deshecho el resplandor,
Persuadido qu'era mando
Del cielo, llamó á su hija,
Y dijole así, llorando :
— Los dioses mandan y ordenan,
Por la salud del romano
Pueblo, que haga sacrificio
De tí, con mi propia mano.
Esto, aunque es crueldad, es fuerza,
Pues al bien comun va tanto,
Después de ser mando expreso
Del que rige el cielo santo,
Y si yo lo traspasase,
Yendo cual vó en este paso,
Sucedería á los nuestros
Lo que á Manlio y á Silano,
Que vencidos por los cimbrós,
Vino á Roma tanto daño,
El cual se ha de redimir
Con tu vida, y con mi brazo,
Y aplacar la ira á los dioses,

Si están contra Roma airados.—
 No pudo pasar delante
 Con su razon Cayo Mario,
 Que se la cortó el dolor,
 Aunque no le movió el ánimo;
 Que firme en su ciego intento,
 Levantó la espada en alto,
 Y con impiedad terrible
 Hirió el cuello delicado
 De la tierna y bella virgen,
 Que siendo todo cortado,
 Dijo: —; Oh dioses celestiales,
 A quien la sangre consagro
 D'esta hija que engendre,
 No le negueis vuestro amparo
 A la juventud romana,
 Que á los cimbros va buscando!—
 A este punto oyó la caja,
 Que por órden suya y mando
 Marchaba en órden la gente,
 Al contrario procurando;
 Que con toda la presteza,
 Qu'era conveniente al caso,
 Al descendir de los Alpes
 En la ribera del Pado,
 El Cónsul situó su gente,
 Y aguardó la del contrario,
 El cual lleno de arrogancia,
 Por los sucesos pasados,
 No temió á la fortuna
 Que se muda y muda estados.
 Teutomodo, su caudillo,
 La batalla ha presentado,
 Y así venia delante,
 Su gente cimbría ordenando.
 Los romanos se apercebien,
 Y siguiendo un órden dado,
 En dando señal la trompa,
 Arremeten denodados
 A los bárbaros soberbios,
 Que no ménos esforzados
 Se mostraron, resistiendo
 El impetu á los romanos,
 Que siguiendo su virtud
 Hacian mortal estrago
 En los cimbros temerosos,
 Ya del primer valor faltos;
 Que con flaqueza cobarde,
 Cortados de un frio desmayo
 Desamparaban los puestos,
 Las armas de sí arrojando,
 Con vergonzosa huida,
 Procuraban verse en salvo.
 Los romanos en su órden
 Fuertemente peleando,
 Conociendo su desórden
 Al fin los desbarataron.
 Las mujeres, cuando vieron
 Que desamparado el campo
 Los cimbros habian huido
 Rendidos y destrozados,
 Todas ardiendo en furor,
 Reputando por agravio
 Huir así sus maridos,
 Las armas d'ellos tomando
 Peleaban fuertemente
 Resistiendo sus contrarios,
 Dando á sus maridos muerte
 Con crueldad, porque dejando
 El campo, con tal infamia
 Huian de los romanos.
 Despues de haber hecho en ellos
 Ellas mismas crudo estrago,
 Siéndoles la libertad
 Negada por Cayo Mario,
 Tomaron todos sus hijos
 Y al punto los degollaron,
 Y las unas á las otras
 Todas las mas se mataron:

Y las que escaparon d'esto,
 Aunque del hierro escaparon,
 Atándose los cabellos
 Fuertemente con sus manos,
 De ellos se aborcaron todas,
 De los árboles y carros.
 Prosiguiendo su vitoria
 Va el romano, y arruinado
 Cuanto por delante via,
 Sin contraste ni reparo;
 Mas tocando á recoger,
 Cansados de matar tantos,
 Tienen en el campo muertos,
 De este victorioso asalto,
 Ciento y cincuenta mil cimbros;
 Y cativos por esclavos,
 Sesenta mil, que en el triunfo
 Metió en Roma Cayo Mario,
 Arrastrando las cadenas
 Delante del triunfal carro.
 El dia d'este suceso,
 Sucedió en Roma un milagro:
 Que se vieron dos mancebos
 En el aire, coronados
 De laurel, dentro en el templo
 De Castor y Polux sacros,
 Que le dieron una carta
 Ellos al pretor romano,
 Por do se supo aquel dia
 La victoria en el Senado.

(CUEVA, *Coro Febeo*, etc.)

551.

MARIO, PROSCRIPTO, CONTEMPLA LAS RUINAS DE CARTAGO.

(Anónimo.)

Dos ejemplos de fortuna
 De bien y mal los mas altos,
 Mudos de su gran caida
 Sin lengua se están hablando.
 La gran Cartago es el uno,
 Y otro Mario desterrado,
 Seis veces romano cónsul
 Y gran capitán romano.
 Mirando está las ruinas
 De aquel imperio africano,
 Y de fortunas tan ricas
 En tierra los desengaños,
 Y la patria que engendró
 Tantos ánimos gallardos,
 Como agora engendra espinas
 Y la pueblan leones pardos.
 Revolviendo estas memorias
 La suya se ha despertado,
 Y tras largo suspirar,
 Dijo, mirando á Cartago.
 —Cartago, que un tiempo al cielo
 Te subió el alegre hado,
 Iguales hemos quedado:
 Tú postrada por el suelo,
 Yo en tu suelo desterrado.
 Y aun nunca se satisface,
 Siempre el hado te importuna;
 Que contino seas, le place,
 Teatro de la fortuna,
 Donde sus tragedias hace.
 Murió en ti Dido, primero;
 Anibal fué en ti vencido;
 Tú moriste á hierro fiero,
 Y agora en tu farsa he sido,
 Yo, Mario, el acto postrero.
 ;Cuán en balde y con despecho,
 Cartago, este bien tenemos;
 Que fuimos tan de provecho,
 Que á fortuna rica hacemos!
 Aunque ella nos ha deshecho!
 Que la que nos dió tal pago,
 Que es la fortuna envidiosa,

No hiciera tal estrago,
Ni fuera tan poderosa,
A no haber Mario y Cartago...
Mas ¡ay! que en manera alguna,
Cartago, este bien tuviste,
Que si te acabó fortuna,
Tierra en que morir tuviste,
Mas yo no tengo ninguna!

(Romancero general.)

552.

POMPEYO PRESO POR EL REY GENCIO.

(De Juan de la Cueva.)

Atalo, el gran rey de Asia,
Estando en edad postrera,
Y careciendo de hijos
A quien dejar su hacienda,
Y que de Asia la menor
El cetro suyo posean,
Señaló en su testamento
A Roma por su heredera.
Siendo el Senado romano
D'esto avisado por letra,
Después de tener acuerdo,
La herencia de Asia aceta,
Y señalando á Pompeyo
Fué con toda diligencia
Enviado á que tomase
La posesion de la tierra,
Y á echar algunos tiranos
Que la traian revuelta,
Que por la muerte del Rey
Se nombraban reyes d'ella.
Puesto Pompeyo en camino
Con el cuidado, y la priesa
Que la ocasion demandaba,
Y el cargo, que á cargo lleva,
Sin dar entrada al reposo,
Ni á cosa que lo detenga,
Cumpliendo el mando romano
A los iliricos llega,
Donde reinaba el rey Gencio,
Al cual, dándole la nueva
Cómo estaba allí Pompeyo,
Por saber la causa cierta
A qué faese su venida,
Mandó qu'en prision lo metan;
Y cumpliendo el real mandato,
Al magno Pompeyo allegan.
Notificante el acuerdo
Del Rey, y á los del Rey ruega,
Que pues manda el Rey prendello,
Le lleven á su presencia,
Donde siendo conocido
Le traten de otra manera.
El vario y discorde vulgo,
Que siempre se desacuerda,
A lo que pide Pompeyo
Hubo opiniones diversas;
Y al fin siéndoles mandado,
Adonde está el Rey le llevan;
El cual, en viendo al romano,
Lo recibe con gran fiesta,
Y junto á su solio real
Al magno Pompeyo asienta,
Diciéndole: — Tu venida,
Fuerte romano, se entienda;
Porque está toda mi gente
Por causa d'ella inquieta:
Y dime por amistad,
Si es de paz, ó si es de guerra,
Y si te envía el Senado,
Qué embajada ó cargo llevas,
Ó á qué parte es tu viaje,
Porque tu intencion se entienda.
Y esto tienes de decirme

Por voluntad ó por fuerza,
Que bien lo puedo hacer
Pues que te tengo en mi tierra. —
A las razones del Rey,
Pompeyo dió tal respuesta.
— ¿No sabes que á los romanos
Ninguna fuerza los fuerza,
Ni muerte les pone miedo,
Ni castigo los sujeta?—
Esto diciendo, y llegando
La mano á una ardiente vela,
Puso el un dedo en la lumbre
Dejandolo estar en ella
Hasta que se quemó todo,
Sin hacer muestra ni seña
De dolor ni sentimiento,
Ni mudar rostro ni ceja,
Dándole á entender al Rey,
Que sufriria sin pena
La furia de su castigo,
Aunque en un fuego lo meta,
Antes que manifestalle
Su secreto, y qu'él lo entienda.
Admiróse el Rey del caso,
Y viendo tan clara muestra
Del esfuerzo y sufrimiento
De Pompeyo, considera
Que no podrá saber nada,
Del que así sus carnes quema:
Y así, corre presuroso,
Y apartando la candela,
Le asió el Rey mismo del brazo,
Diciendo d'esta manera:
— Ya yo sé, fuerte romano,
Que ningún apremio apremia
Al fuerte valor romano,
Cual veo en esta y otras pruebas:
Y conozco cuánto premio
Viene al reino mio en que tenga
Vuestra amistad, la cual pido
A ti, si puedes hacella:
Y pudiendo, á mi y á Roma
En paces nos confedera,
Que yo firmaré los pactos
Que tú pidieres por ella. —
Pompeyo acató las paces
Entre Gencio y entre él hechas,
Por Roma, y sin detenerse
Fué prosiguiendo su empresa,
Y entrando en la menor Asia
Las inquietudes aquieta
Desterrando los tiranos,
Que opresa tenían la tierra;
Poniendo al romano yugo
Todo su poder y fuerzas,
Volvió á la romana patria
A dar de lo hecho cuenta.

(CUEVA, *Coro Febo*, etc.)

553.

CÉSAR REPUDIÁ Á SU ESPOSA, SOSPECHADA DE ADULTERIO.

(De Juan de la Cueva.)

Alborotada está Roma
Y revuelto el consulado,
Oyendo una informacion
Que un tribuno ha presentado
Acusando á Publio Clodio,
Contra el cual así ha hablado:
— Oidme, padres conscriptos,
Y de vos sea ayudado,
Juntamente con el pueblo
Qu'está á oirme convocado;
Pues me mueve el bien comun
Sea oido, y sea amparado;
Porque de un horrible insulto
Clodio sea castigado.

No me incita ó mueve invidia,
 No rancor ni odio inhumano,
 Ni es propio interese mio,
 Ni desear ser vengado;
 Que mal se toma venganza
 De quien no nos hace agravio.
 Solo el culto y reverencia
 De los dioses, me ha forzado,
 Qu'el nefario Publio Clodio
 Con menosprecio ha violado:
 Y fué, qu'en el sacrificio,
 Qu'es de noche celebrado
 A honor de la bona Dea,
 De mujeres solo usado,
 Prohibido á los varones
 De cualquier suerte y estado,
 Que ninguno en él se halle,
 Por divina ley mandado;
 Este, contra este precepto
 Generalmente guardado,
 Vestido como mujer
 En la fiesta fué hallado
 En casa de Julio César,
 Qu'es el Pontífice hogañó,
 Envuelto con las matronas;
 Cuyo delito notado
 Ha ofendido hombres y dioses,
 Y el sacrificio sagrado;
 Por lo cual pido que sea
 Cual es justo castigado,
 Porque no se atreva otro
 A semejante pecado,
 Y los dioses ofendidos
 Nos castiguen de su mano. —
 El Tribuno habiendo dicho,
 A su lugar se ha tornado.
 Comenzó el pueblo á alterarse,
 Y á conmoverse el Senado;
 Mézclanse unas voces y otras
 Con rumor mal pronunciado;
 Los unos piden que muera,
 Otros dicen que sea salvo;
 Otros, no ofende á la diosa,
 Si no hay mas que ser hallado;
 Otros: ¿quién culpa á este reo?
 ¿De qué parte es acusado?
 ¿Qué razon tiene el Tribuno?
 ¿Si es en esto interesado?
 Que no habiendo quien demande
 No debe ser condenado.
 Otros dicen: que es su oficio,
 Y qu'es bien lo demandado.
 En esto estaban revueltos
 El pueblo en el consulado;
 Mas viendo los senadores
 Tal discordia en este caso,
 Maudan sosegar las voces,
 Y habiendo considerado
 La gravedad del delito,
 Salió d'ellos acordado
 Que citen á Julio César,
 Que venga luego al juzgado,
 Porque no sea sin parte
 Lo que fuere decretado.
 Esto proveido, al punto
 Fué á César notificado,
 Que sin detenerse en cosa,
 Ante ellos se ha presentado,
 Diciéndoles: — Sumos padres,
 De vosotros soy citado
 Que parezca en esta audiencia
 Sin mas término ni plazo:
 Aquí estoy, ved qué quereis,
 O para qué soy llamado. —
 En pié se pone el Tribuno,
 De quien es Clodio acusado,
 Y le dice: — Julio César,
 Yo de parte del Senado,
 Y de los supernos dioses

En cuyo nombre te mando
 Que acuses á Publio Clodio
 Del crimen, que ya te es claro
 Que cometió contra tí,
 Pues fué en tu casa hallado. —
 César, oyendo al Tribuno,
 Conmovido y alterado
 Le responde: — ¿Tú qué dices?
 ¿En qué razon te has fundado?
 Que de todo cuanto has dicho,
 Si tu dicho es bien notado,
 Ni te entiendes, ni te entiendo,
 Ni sabes lo que has hablado;
 Porque César de ninguno
 No puede ser injuriado,
 Y así pido que sea absuelto
 Ese que hacen culpado;
 Que no pudiendo ofenderme,
 No hay por qué hacelle cargo. —
 Contra César el Tribuno
 Responde: — ¿Por qué has negado
 La ofensa qu'este te ha hecho,
 Pues por ella has repudiado
 A Pompeya, tu mujer,
 De quien ya estás descasado? —
 César, aunque ardiendo en ira,
 Con sosiego ha replicado:
 — Mucho deseo saber
 Quién de mí te ha dado cargo,
 Ó por qué razon te mueve,
 Tribuno, mi causa tanto,
 Que aun lo que pasa en mi casa
 Quieres qu'en Roma sea claro,
 Y sin por qué, que se diga,
 Que á César se hizo agravio.
 Mas pues la razon me pides,
 Por qué á Pompeya he dejado;
 Yo la dejé, no ofendido
 D'ella, aunque disfamado;
 Porque la mujer de César,
 No solo en aqueste caso
 Ha de ser libre del hecho,
 Y sin culpa del pecado,
 Mas de cualquiera sospecha
 No ha de haber en ella rastro.
 Esta es la causa, Tribuno,
 D'eso que te da cuidado,
 Que no te es agradecido,
 Y te ha de ser mal pagado. —
 En diciendo esto, dió vuelta
 Con despecho denodado;
 Sin hacer acatamiento
 Se salió, y dejó al Senado.
 Los senadores y el pueblo
 Nueva discordia han trabado;
 Nuevas voces, nuevos gritos
 Absolviendo y condenando.
 Unos piden que sea libre
 Clodio, y otros castigado,
 Con tan varios pareceres
 Confundidos y alterados;
 Y así, para que se viese
 Cuál era razon, votaron
 Que quede para otro acuerdo
 Remitido y señalado.

(CUEVA, Coro Febeo, etc.)

554.

CÉSAR Y AMÍCLAS.

(De Gabriel Lobo Laso de la Vega.)

De lo mas alto del cielo
 Bajaba la luna blanca
 Con cuernos votos turbados
 Que revolucion señala,
 Del pastorcillo dormido
 Deseosa y no olvidada,
 Por quien muriendo otras veces

Dejó su morada sacra,
 Cuando Julio César sale
 Por medio sus baces bravas,
 Cuyos fatigados miembros
 Un general sueño baña.
 Todos duermen; Julio vela,
 Propio cicio del que manda,
 Que la gente de Brundusio,
 A quien esperaba, tarda.
 Culpa la amiga fortuna,
 Que así la guerra dilata;
 Mas los pies sobre su bola,
 Solo del campo se alarga;
 Que á quien la fortuna ayuda
 Ninguna cosa contrasta.
 Llega al mar, donde halló
 Junto á un peñasco una barca,
 Y cerca de ella una choza
 De estéril junco formada,
 Con unos frágiles leños
 Que sufren la leve carga.
 Morada quieta y segura
 Mas que del César la casa,
 A la cual llamó tres veces,
 Cuyos golpes la amenazan,
 Que cada vez que la toca
 Tiembla y piensa sobre el caiga.
 Sale el soñoliento Amiclas,
 Que así el barquero se llama:
 Pide el César que le pase
 A la hespérica campaña;
 El cual tirando los miembros,
 Y hostezando le habla:
 — Es atrever temerario;
 Que mil turbadas señales
 Denuncian futuros males,
 Y el viento nos es contrario.
 No nos fiemos del mar,
 Pues hoy no mostró arrebol
 A su tramontar el sol,
 Que podemos peligrar.
 Mira de la nueva luna
 La bella faz cenicienta:
 Señal que no me contenta,
 Y amenaza con fortuna.
 Oye las selvas frondosas,
 De los vientos meneadas,
 Y las costas azotadas
 De las ondas espumosas.—
 Julio, sin embargo d'esto,
 De piés en la barca salta,
 La gastada amarra corta,
 Y un quebrado remo apaña;
 Bota la barca de tierra,
 Comienza á correr el agua,
 Y Amiclas como forzado
 La guía, aunque no de gana.
 Viéndole el César así,
 Le dice: — Adelante pasa,
 Pues la fortuna de César
 En tu barca te acompaña. —
 Hácense á largo, mas presto
 El viento y la mar airada
 Tornan la barquilla á tierra
 Sin árbol, rota y cascada.
 Vuélvese á su campo Julio,
 Llamando á fortuna varia,
 Corrido en ver se le atreve
 Quien nunca le fué contraria.

(Romancero general. — *IL LOBO LASO DE LA VEGA,*
Romancero y tragedias de.)

555.

AL MISMO ASUNTO.

(De Juan de la Nueva 4.)

Solo y en humilde traje,
 Cuando la segunda vela

Su cuarto estaba haciendo,
 Y en quietud dormía quieta
 La gente del campo amigo,
 Sale de su tienda César
 Para pasar en Italia
 Do la gente está que espera,
 No confiando de nadie
 Hacer esta diligencia,
 Porque ya el campo contrario
 A do está el suyo se acerca:
 Y así, dejando sus ropas,
 Con otras viles las trueca,
 Porque no le conociese
 Nadie, y su ida se entienda.
 Así va César su vía,
 Y al fértil rio Anio llega,
 Que los tiburtinos campos
 Con rica corriente riega,
 Donde una pequeña barca
 Vió estar, y junto á ella
 Una humilde y pobre casa,
 Del que la barca gobierna.
 Que era Amiclas, el cual libre
 De los cuidados que lleva
 Julio César, reposaba
 Contento con su pobreza,
 En una cama de ovas,
 Las redes por cabecera,
 Sin codiciar mas de aquello;
 Porque seguro navega
 Aquel qu'en su humilde estado
 Con su suerte se contenta,
 Sin que la ardiente codicia
 Le inquiete ni le conmueva.
 Llegó el monarca del mundo,
 Y tocó la pobre puerta
 De Amiclas, qu'está durmiendo
 En paz, sin cuidar de guerra,
 Que como vivía seguro
 Tenía su alma quieta.
 Pregunta de allá, quién llama,
 Con voz espaciosa y queda,
 Sin mover, aunque oye golpes,
 De su lugar la cabeza.
 Vuelve César á tocar
 La puerta, y la casa tiembla,
 Y no por ser de carrizos
 Y juncos de la ribera
 Tembló, que si fuera un monte
 El mesmo efecto hiciera.
 No por eso el pobre Amiclas
 Se apresura, ni se altera,
 Ni se da prisa á vestir;
 Antes lleno de pereza,
 Refregándose los ojos
 Y hostezando á gran prisa,
 Quitó á la puerta la tranca,
 Y abre á César, el cual entra
 En la miserable casa.
 De Amiclas, el qu'en la alteza
 De Roma tenía su asiento,
 Y al mando suyo la tierra.
 Entra, y el barquero luego
 Revive la brasa muerta:
 Apicala el seco esparto
 Y en torno d'él pone leña:
 Sopla, y sale espeso humo,
 Hinchese la chica pieza,
 Y al conquistador del mundo
 Que está allí, lo ahuma y ci ga.
 Habiendo encendido lumbre,
 Muy de su espacio se sienta
 Junto á ella, y le pregunta
 El barquero á Julio César:
 — ¿Qué es lo que buscas, amigo,
 Por aquí? ¿Qué ardor te lleva
 A esta hora, la cual vela,
 Mas el sueño, que la vela,
 Pues los trabajos del día

Con él reparan y cesan?
 A la pregunta de Amiclas,
 César le da tal respuesta:
 — La calidad del negocio
 Es la que me lleva y fuerza,
 Y es tal, que el blando reposo
 A mi espíritu le niega,
 Después de ser yo mandado
 De César, cuya bandera
 Sigo, y me envía á que pase
 A Italia con toda prisa.
 A esto vengo, y esto quiero
 Que hagas con diligencia,
 Y me pases en tu barco
 Sin que punto me detengas;
 Por lo cual te doy mi fe,
 Que tan bien pagado seas
 Que satisfaga al trabajo
 La debida recompensa.
 — No sé cómo pueda ser
 Eso, amigo, que desees,
 Dice Amiclas, porque el tiempo
 Poder hacello nos veda:
 Ya ves qu'es el solsticio,
 Cuando con furia Boreas
 Conmueve el undoso mar,
 Que á las nubes hace guerra;
 Y así, no es caso seguro,
 Por el riesgo que se espera,
 Entrar en él, y en un barco
 Tan chico, sin mas defensa. —
 César tornó á replicalle
 Qu'era importante, y le ruega
 Que lo haga, y solo un punto
 La ida no se difiera.
 Fué tan eficaz el ruego,
 Qu'el barquero se lo aceta:
 Métese ambos en el barco,
 Que en testimonio que lleva
 A César, tembló, y las tablas
 Crugieron, y el rio resuena
 Con un ronco movimiento
 Dentro en su honda caverna.
 El marinero al momento
 Ata sogas, y adereza
 Los remos que han de llevarlos;
 Los escalones aprieta,
 Larga el cabo, el barco bota,
 La proa á su vía endereza,
 Y asiendo de los dos remos
 Sobre su banco se asienta.
 Comenzó á romper las aguas,
 Y el rio Anio atraviesa;
 Mas llegando á las entradas
 Donde el rio en el mar entra,
 Halló el mar tan alterado,
 Que la entrada en él les veda
 Dando las furiosas ondas
 Un golpe y otro con fuerza
 En el barco, que jugando
 Lo trae por encima d'ellas,
 Impeliéndolo á una banda
 Y á otra, lo arroja y lleva,
 Ya levantándole al cielo,
 Ya al bajo centro lo allega,
 Que ni el remo hace efecto,
 Ni el remador aprovecha,
 Zabordando á cada paso,
 Forzándole á que se vuelva.
 Amiclas, viendo el peligro,
 Y que á mas andar se anegan,
 Sin ser de ningun provecho
 Cuanto trabaja y forceja
 Luchando con el mar fiero,
 Que mas su furor arreceja,
 Comenzó á volver la proa
 Para dar al puerto vuelta;
 Lo cual como fué sentido
 De César, su asiento deja,

Y el brazo asiendo de Amiclas
 Así le dice: — No temas,
 Amiclas, pasa adelante,
 Pasa, rompe esa tormenta,
 No temas, que la fortuna
 Contigo llevas de César. —
 Quedó admirado el barquero
 De la voz, y el miedo esfuerza:
 Pone la proa contra el viento
 Y con nuevo aliento empieza
 A romper el mar, y en balde
 Se pone en tal resistencia,
 Porque crecia con furia,
 Qu'el barco cubre y anega,
 Y al fin, no pudiendo mas,
 César, su camino deja.
 Vuélvese al seguro puerto,
 Cual Amiclas le aconseja
 De los dioses impelido,
 Y así es justo que se crea,
 Pues ellos solos podian
 A César hacer tal fuerza,
 Porque tal temeridad
 No es digna del que gobierna.

(CUEVA, *Coro Febeo*, etc.)

¹ Es un romance de los mas tolerables que hizo JUAN DE LA CUEVA, y aunque lleno de las exageraciones é hinchazon propia entónces de muchos poetas andaluces se puede leer sin desden ni fastidio.

556.

CÉSAR PASA EL RUBICON.

(De Gabriel Lobo Laso de la Vega.)

Al dorado Rubicon
 El invierno fuerzas daba,
 La luna nueva aumentando
 Y húmidos Euros las aguas,
 Cuando pasados los Alpes
 Pone los piés en la Italia
 El temido Julio César
 Con orgullosa arrogancia,
 Que del valiente Pompeyo
 Lleva mal el ver le iguala,
 Y quiere ver de los dos
 Quién viste mejor las armas.
 Hace á la fortuna juez,
 Sin temer sus vueltas varias;
 Que después que le llevaron
 Con atroz golpe las parcas,
 Entre el gran Pompeyo y él,
 Con Julia las prendas caras,
 Se desabrieron los dos;
 Que no sufre igual quien manda:
 Cuyas duras competencias,
 Guerras civiles señalan.
 Quiere pasar con su gente
 Julio, y sus banderas altas,
 A los términos vedados
 De la Italia sosegada,
 Y que ya calle el derecho,
 Y solo hablen las armas,
 Y como rayo fogoso
 Dejar rastro por do pasa;
 Mas llegando al Rubicon
 Vió la imágen de su patria,
 Que delante se le ofrece,
 De estatura agigantada,
 Y aunque con la oscura noche
 Se muestra á Julio bien clara,
 Los largos cabellos blancos
 Y esparcidos por la cara,
 Remesados, mal compuestos,
 Los ojos cual vivas brasas,
 Que de las futuras guerras
 Cruel presagio le amenaza,
 Y con voz vuelta en sollozo,

A Julio llorosa habla.

— ¿Dónde vas á mi despecho?

¿Por qué contra mí te armas,

Queriendo libren las armas

Lo que solo es del derecho?

¿Dónde mis banderas pasas

Con sus águilas pendientes?

¿Por qué con armadas gentes

Mis justas leyes traspasas?

Vuelve, Julio, vuelve atrás:

Aunque vayas con razon,

Será bastante ocasion

Para deberte yo mas.

Que no merece castigo

La patria que te crió,

Ni es bien se diga salio

De su vientre el enemigo. —

Detuvo con esto Julio

El paso echado en el agua,

Y con un frio temblor

Se le eriza el pelo, y alza.

Pero revolviendo en sí,

Dice: — La suerte es ya echada,

Júpiter y el cielo saben

Que sigo justa demanda,

Y que su César me llamo

En suerte buena ó contraria. —

Pasa adelante furioso,

Y su gente toda pasa

Del vedado Rubicon

Turbando las quietas aguas,

Hasta que dió en Arimino,

El primer lugar de Italia.

(Romancero general. — R. LOBO LASO DE LA VEGA,
Romancero y tragedias de.)

557.

AL MISMO ASUNTO.

(De Juan de la Cueva.)

Volviendo César á Roma,

Junto al rio Rubicon

Llegaba, cuando al Senado

Se presentó Curion

Pidiendo en nombre de César

Le diesen prorogacion

Del oficio que tenia,

Sin quitarle la legion;

Al cual le fué respondido,

Sabida su pretension,

Que á César volviesen luego,

Diciendo en resolucion

Que el Senado le mandaba,

Oída su peticion,

Que de las huestes le diese

A Pompeyo posesion,

Y que haciendo al contrario

Sería su destruicion.

Oído el precepto fiero,

Entendida la intencion,

El color mudó del rostro

Con notable alteracion:

De ciega ira instigado

Responde así á Curion:

— ¡Oh gran Senado romano!

¡Romúlea congregacion!

Yo vengo en nombre de César,

Y por el dó esta razon:

Que vuestro mando obedece,

Mas con una condicion:

Que tambien Pompeyo haga

Ésa mesma dejacion,

Y que no haciéndola él,

No la hará el Dictador. —

El Senado dió respuesta,

Que no habia apelacion:

Que deje César las huestes:

Sin replicar mas razon.

De nuevo furor movido

El cesaréo Curion,

Dijo, sacando la espada,

Con gran determinacion:

— Esta, aunque el mundo lo estorbe,

Hará la prorogacion. —

Con esto dejó al Senado,

Y á César se encaminó,

Que estaba indeterminable,

Si pasaria el Rubicon,

Detenido en su ribera,

Metido en gran confusion,

Combatido de cuidados

Su invencible corazon.

Preguntado de los suyos

De su duda la ocasion,

Respondió: — En pasando el rio

Todo ha de ser por quistion:

Solo las armas en esto

Serán la averiguacion. —

No hubo dado esta respuesta,

Cuando el aire resonó:

Estremeció todo el campo,

Causó grande admiracion,

Y en el aire una figura

De un gran hombre pareció;

El cual bajando á la tierra,

Causando á todos horror,

A un trompeta de la hueste

Una trompeta quitó,

Y pasando el ancho rio,

Haciendo el mavorcio son,

Commovió el ánimo á César

La nunca vista vision.

Entonces dijo en voz alta

En medio de su escuadron:

— Sus, echada es nuestra suerte:

Al hecho, que ya es sazón;

Ya son menester las armas;

No hay acuerdo de concion;

Sigamos tras los milagros

De la celestial union,

Que nos manda que pasemos,

Que es conveniente ocasion. —

En diciendo esto, el primero

Se arrojó en el Rubicon,

Y pasó de la otra parte

Detras del présago son:

Tras d'él sus fuertes romanos

Con gran determinacion,

Cumpliendo lo que al Senado

Le prometió Curion:

Que con la espada haría

Hacer la prorogacion.

(CUEVA, Coro Febeo, etc.)

558.

SUEÑA POMPEYO SU DERRÓTA FUTURA.

(De Gabriel Lobo Laso de la Vega.)

Ya las mayores estrellas

Su escasa luz escondian,

Y el matutino lucero

Huye del vecino dia,

Cuando engolfado Pompeyo

Deja á Italia y se retira,

Que el rigor de Julio César

A ello le necesita.

Va á juntar diversas gentes

De las provincias amigas,

Para dar principio triste

A las débiles fatigas;

Y aunque para guerra sale,

Lleva su casa y familia.

Tiende por el mar los ojos

Y á la amada Hesperia mira,

Dulce nido y patria dulce,
 Como postrimera vista.
 Ya contempla de las cumbres
 Nevadas las altas cimas,
 Ya los pedregosos montes
 Que desparciendo se iban,
 Ya los agradables puertos
 Que denuncian su ruina;
 Mas de vacilar cansado,
 Por sus miembros se esparcía
 Un regalado licor
 Que suspendió su fatiga;
 Y en aquesta coyuntura
 La eburnea puerta se abría,
 Por donde los sueños vanos
 Salen, y sombras fingidas,
 Al mundo, con apariencias
 Que lo incierto certifican.
 Los sentidos le entorpece,
 Mas luego á la fantasía
 Varias formas se le ofrecen,
 Conforme al humor que cria,
 Donde se le representa
 De Julia la horrenda vista,
 Que fué su mujer primera,
 Y de Julio amada hija,
 Cuya falta denunció
 Mil sanguinosas ruinas,
 Que de tierra le parece
 Por una boca salía
 Con visaje descompuesto,
 A quien llorosa decía:
 —Del Eliseo campo echada,
 Vine á las negras lagunas,
 Do á las furias importunas,
 Vi amenazar tu jornada.
 Vi que andaban sacudiendo
 Sus hachas sobre tu arnes:
 Preven el daño, pues ves
 Que Julia te está advirtiéndote,
 Con quien mil triunfos tuviste
 Cuando te fuí compañera,
 Mas ya en mi comiezo fiero,
 Mi adversa suerte consiste.
 Ya se mudó con mi ausencia
 De tu lecho la fortuna:
 Julia y Cornelia, no es una,
 Que hay notable diferencia.
 Que Cornelia condenada
 Está á derribar maridos
 De estados altos subidos,
 Julia á no quitarles nada.
 Ande ávida á tu bandera
 Que César me vengará,
 Y Julia la impedirá
 Gozarte cuando lo quiera.
 Y no pienses me desvío,
 Pompeyo, de tu presencia,
 Que esta civil diferencia
 Te hará sin duda mio.—
 Desparecióse con esto
 Aquella sombra amarilla,
 De que el capitán quedó
 Lleno de melancolía:
 Y aunque con algún temor,
 Ningún ánimo le quita,
 Antes dice, que á turbar
 No bastan sombras fingidas
 Su gloria y triunfos futuros,
 Ni la carcomidia invidia:
 ¡Gran indicio, el no temer,
 De que el daño se avecina!
 Que casi por las señales
 Los sucesos se advinjan;
 Y gritando guerra y guerra,
 A la amiga costa arriba.

(Romancero general.— It. LOBO LASO DE LA VEGA,
 Romancero y tragedias de.)

MUERTE DE LOS HERMANOS LABIENOS.

(De Juan de la Cueva *.)

De las tiendas de Pompeyo
 Labieno se salía,
 Armado de fuertes armas,
 Denodado y ciego de ira,
 En un revuelto caballo
 En que su camino guía
 Al campo de Julio César,
 Que del suyo esta á la vista,
 Y puesto tan cerca d'él,
 Que la voz suya se oiría.
 Levantando la visera
 Paró, y en el suelo binca
 El extremo de la lanza,
 Y el brazo en el asta fija,
 Aguardando que saliesen
 Para decir á qué iba.
 Los del contrario real
 A César del caso avisan,
 Que luego salió tras ellos
 A ver qué fuese, y envía
 Un hombre de armas, que tome
 La razon de su venida,
 Creyendo que de Pompeyo
 Algun recaudo traía.
 Mas siéndole preguntado
 Qué era lo que quería,
 Qué aguardaba en aquel puesto,
 Que César se lo pedía,
 Si traía algun recaudo
 De Pompeyo, que lo diga.
 Labieno le responde:
 — El recaudo es causa mía;
 Y esto le dirás á César
 Que yo lo digo, y camina,
 Que tan presto irá mi voz
 Como tu mensajería:
 Que esté atento para oirme,
 Y el oído me aperciba.—
 Al punto la gruesa lanza
 Terció, y la rienda cogida,
 Se fué llegando mas cerca,
 Diciendo así, en voz subida:
 — César, yo só un escudero
 Que sigo la compañía
 De Pompeyo, y haré bueno
 A cuantos siguen tu insinia,
 Que eres traidor á tu patria,
 Y que tú la tiranizas;
 Y si hay entre los tuyos
 Quien esto me cantradiga,
 Y si uno solo no osare,
 Salgan dos á la conquista;
 Y si no dos, salgan cuatro,
 Que yo les haré que digan
 Todo lo que tengo dicho,
 O les quitaré las vidas;
 Que en testimonio del hecho
 Esta lanza, esta loriga,
 Este brazo y esta espada
 Lo que digo retifican;
 Y porque el temor os deje,
 Y vengais con osadía,
 Traed vuestras armas todos,
 Traed cuantas mejorias
 Quisierdes; cubrios de acero,
 Que yo pelearé en camisa;
 Que no he menester mas armas,
 Con qu'esta espada me sirva.—
 Dando fin á esta razon,
 Levantó su frente altiva,
 Mirando á todos, y César
 Dice: — ¡Bien se demasia,
 Romanos, aquel romano!
 ¡Grandes cosas prometia!

; Grandes partidos nos hace!
 Y no sé en lo que se fia,
 Que contra tanta nobleza
 Use de tanta osadía,
 Temerario es y arrogante,
 No le incita valentía.
 Porque muchos acometen,
 Y aguardan de cobardía,
 Cual este, que puesto en campo
 Por tal modo desafia,
 Que es ofender nuestra gloria,
 Que aguarde, y aun que ya viva.—
 Esto dijo Julio César,
 Y Neo Labieno línea
 Ambas rodillas ante él.
 Dándole á entender que iba,
 Con su licencia, al combate
 Qu'el romano les pedía.
 Vase derecho á su tienda,
 Orgullosa y ciego de ira:
 Echase encima las armas,
 Y á su caballo la silla:
 Sube en él, toma una lanza
 Que una antena parecía;
 Sale vibrándola apriesa,
 Con destreza y gallardía,
 Juntando los dos extremos
 Cada vez que la movía.
 Atraviesa el campo amigo,
 Y al del contrario camina,
 Que en viéndolo, la visera
 Caló y la lanza enristra,
 Saliéndolo á recibir
 Por las pisadas qu'él iba;
 Y en emparejando entrambos,
 Largan las riendas y pican
 A sus caballos, y á una
 Pasaron ambas heridas,
 Sin hacerse ningun daño,
 Ni ser las lanzas rompidas.
 Revolvieron los caballos,
 Y uno de otro se desvian
 Presto, y pónense en ristre
 Ambos, que en coraje ardián.
 Vuelven fieros á encontrarse,
 Y ambos fuera de las sillas
 Cayeron, y el de Pompeyo
 Vivo, y el otro sin vida,
 Pasado de parte á parte;
 Que por la mortal herida
 Una gran braza de asta
 A las espaldas tenía,
 Que para poder sacársela,
 En el pecho el pié se afirma,
 Y con fuerza tira d'ella,
 Y sacácela teñida
 En sangre, qu'el jóven muerto,
 Viendo al matador respira.
 Quiere, para que se entienda
 Su victoria, aunque bien vista,
 Despojallo, y así el yelmo
 Le desenlaza y le quita,
 Y como le vido el rostro
 Descubierto al claro día,
 Pareciéndole á su hermano
 Pierde el color, y no atina
 A nada, vuelve y revuelve,
 Torna á revolvello y mira,
 Y conoce qu'es su hermano
 El de quien es homicida.
 Pierde el vigor, y la sangre
 En las venas se le enfria;
 Abrazase con el muerto,
 Y con él gime y suspira;
 Prueba á hablalle, y no puede,
 Qu'el dolor le tiene asída,
 La lengua, y suplen los ojos
 Con el agua que destilan.
 Al fin, como puede, esfuerza

La débil voz descaecida,
 Y al muerto hermano le dice
 Con voz que oílo lastima:
 —; Ay hermano Labieno!
 Si es bien que hermano te diga,
 ; Quién con rigoroso brazo
 Cortó así tu edad florida?
 Mas yo te satisfaré,
 Porque no es razon que viva
 El que á ti te dió la muerte,
 Ni cause el vencerte invidia.—
 Sin hablar mas, el difunto
 Hermano se carga encima,
 Y con él, dando gemidos,
 Para su tienda camina.
 Adereza el sacrificio
 La fúnebre Libitina;
 Hácele al uso romano
 De leña una abierta pira,
 En que puesto el frio cuerpo,
 Ungido todo con mirra,
 Da fuego al cipres funesto,
 Y arde en él la llama esquivá.
 A este punto el vivo hermano
 Viendo al muerto, que ya ardia,
 Arrebatado de pena,
 Puesta en él la fiera vista,
 Desnuda la fuerte espada,
 La punta volviendo arriba,
 Diciendo: — Aguárdame, hermano,
 Y tendré compañía;
 Que razon justa es que muera
 Quien de ti ha sido homicida.
 ; Oh cruel! Oh fiero brazo!
 Oh dañosa suerte mía!
 ; De qué sirvió mi victoria,
 Si me ha de costar la vida?
 ; Oh civiles disensiones,
 Del cielo seais malditas,
 Que así apocais la nobleza
 De Hesperia con vuestras iras!—
 Con esta postrer razon,
 En la punta el pecho afirma:
 Dejése caer sobre ella,
 Y muerto cayó en la pira.

(CUEVA, *Coro Febeo.*)

4 En este romance se olvida el poeta demasiado de las costumbres romanas, y las trasforma en las caballerescas de la edad media y feudal.

560.

BATALLA DE FARSALIA.

(De Gabriel Lobo Luso de la Vega.)

Juntas de Pompeyo y Julio
 En los farsálicos campos
 Las gruesas haces se hallan,
 Despues de haber retirado
 Con sangriento proceder
 Pompeo al fiero contrario,
 Cuyo alcance no siguió,
 Teniendo en poco asolarlo,
 De que mil veces se halla
 Arrepentido y culpado;
 Que nunca del enemigo
 Se ha de hacer poco caso.
 Quedó de refriega tal
 Julio con notable daño;
 Pero con gran diligencia
 Vuelve á rehacer su campo,
 Aguardando á su enemigo,
 Que iba, aunque tarde, en su rastro,
 Tras la perdida ocasion,
 Que jamas vuelve á las manos.
 Nunca el sol con tal pereza
 Del oceáno palacio

Sacó su dorada frente,
 Ni con color mas turbado,
 Excusándose de ver
 La batalla en que iba tanto,
 Y de dar luz si pudiera
 En el ancho campo Emateo
 Adonde Julio presenta
 La batalla á su contrario,
 Mas sangrienta y mas reñida
 Que desde entónces se ha dado.
 Trábase con tal rigor
 Del uno y del otro bando,
 Que gimió el suelo oprimido
 De tantas plantas hollado.
 Cubren la region del aire
 De astas espesos nublados,
 Impidiendo los efectos
 Del sol perezoso y tardo.
 Dos selvas de gruesas picas
 Van á un tiempo derribando,
 Bien cual inhiestas espigas
 En el espejado campo,
 Cuando forzadas se humillan
 Al rigor del viento vario,
 Que por una y otra parte
 Viene bullicioso y bravo.
 El coraje crece, y crece
 De ambas partes el estrago,
 Socorriendo la esperanza
 A lo mas caido y flaco.
 Nadie se rinde al temor,
 Antes el menor soldado
 Piensa que el fin vitorioso
 Cometido está á su brazo.
 Un solo dedo de tierra
 Es mas que la vida caro,
 En cuya prueba de sangre
 Se muestran copiosos lagos.
 Unos la del caro padre,
 Otros del hijo y hermano
 La derraman sin piedad
 En aquel civil estrago.
 Dudosa está la ventaja,
 A la mira están los hados;
 Pero al fin ha de ser de uno
 La caída, afrenta y daño.
 A cabo de larga pieza
 Fué Pompeo mejorado;
 Mas como es cosa ordinaria
 Durar poco el buen estado,
 Y acerca de la fortuna
 No haber ninguno exceptado,
 Dió en un instante un vaiven
 Y á la suerte dió un barajo,
 Sacándole al vencedor
 La vitoria de la mano,
 La da á Julio, porque quede
 Para su tiempo obligado.
 (Romancero general.—II. LOBO LASO DE LA VEGA,
 Romancero y tragedias de.)

561.

POR NO RECIBIR LA VIDA DE SUS ENEMIGOS, SE MATA GRANIO
 PETRONIO.

(De Juan de la Cueva.)

Destruido el gran Pompeyo
 En la rota de Farsalia
 Por el vitorioso César,
 Que triunfó de la batalla,
 Escipion, viendo á su yerno
 Pompeyo en tan gran desgracia,
 Y á su miserable gente
 O muerta, ó desbaratada,
 Triste de aquesta fortuna,
 A Pompeyo tan contraria,
 Envidioso y lleno de ira
 En el mar varó su armada,

Y con firme presupuesto
 Que la rota sea vengada.
 Yendo con este disinio,
 Una nave fué encontrada
 Llena de cesarianos,
 Y de Granio administrada;
 La cual vista, á ella arremete,
 Y ella tambien hace cara.
 Comiénzanse á combatir
 Con furia desenfrenada,
 Codiciando unos y otros
 La vitoria señalada,
 Dando y recibiendo muertes
 De una y de otra banda.
 Escipion, viendo el orgullo
 Con que era menospreciada
 Toda su potencia y fuerza,
 Y su desigual ventaja,
 Arremete con su nave,
 Y de las demas cercada
 La nave que era de César,
 Y así de César llamada,
 Entrarle por fuerza de armas,
 Rindenla en cruda batalla;
 Aunque muchos fueron muertos,
 Los que vivos quedan atan.
 Llévanlos á Escipion
 En la cadena en que estaban:
 Conoció entre ellos á Granio,
 Que era persona estimada;
 Mandó que lo desatasen,
 Y de esta manera le habla:
 — Granio, ya ves tu prision,
 Y tu fortuna trocada;
 Ya te ves en mi poder,
 Donde César puede nada.
 No te aflijas ni entristezcas,
 Ni tu alma esté turbada,
 Que condolido de ti,
 De mí la vida te es dada.
 Quiero que por mí te sea
 Esta merced otorgada,
 Y cuando llegues á César,
 De tí le sea contada.—
 Granio Petronio escuchando
 Razon tan desordenada,
 Conforme lo que su pecho
 En este caso demanda,
 Le responde: — Escipion,
 ¿Entiendes que estimo en nada
 Esa merced que me haces,
 Por tí de grande juzgada?
 Pues entiende que aunque es grande,
 Es de mí menospreciada,
 Porque la gente de César
 A dar está acostumbrada
 Vidas, y á dar libertades,
 Y no á verse perdonada;
 Por lo cual, ó Escipion,
 No es tu merced acetada;
 Ni la quiero, ni la otorgo,
 Ni de mí será estimada,
 Porque yo de aquesta suerte
 Tendré vida mas honrada. —
 Esto diciendo, furioso
 La mano y brazo levanta;
 Con un agudo puñal
 Su pecho invencible pasa;
 Saca el hierro envuelto en sangre,
 Torna á darse nueva llaga;
 Cae Granio muerto en tierra,
 Del cuerpo ya libre el alma,
 Estimando por mas gloria,
 Que vivir vida afrentada,
 Tomar el mesmo la muerte,
 Que serle la vida dada,
 Pues muriendo así, adquiria
 Que fuese eterna su fama.

(CUEVA, Coro Febeo, etc.)

562.

MUERTE DE POMPEYO.

(De Gabriel Lobo Laso de la Vega.)

Ya desampara Pompeo
La farsálica campaña,
Dejando de capitán
Las insignias respetadas,
Que la neutral diferencia
Por Julio ve declarada,
Do su vaiven ordinario
Dió la fortuna voltaria.
Porque de tan altas glorias
No le quede á deber nada,
En una hora cobra d'él
Lo que le dió en mil batallas,
Obscureciendo los triunfos
Que adquirió en edad temprana,
Cuando en Roma entró con ellos
De las contiendas con Hiarbas.
No la echa la culpa toda,
Pues le dió con mano franca
Al principio la vitoria,
Conocida y no estimada.
Perdió la ocasion Pompeo,
Y vino á perder la causa,
Que sabe poco de burlas,
Y vuelve luego la cara.
Culpa el capitán caído
Su imprudencia temeraria,
Llorando, cuando es sin fruto,
Que es la cosa mas amarga.
Llega á la isla de Lesbos,
Gloriosa depositaria
De su querida Cornelia,
En una nao desarmada,
A quien con fogosa priesa
Y duro lamento embarca,
Llorosa de la caída
Con que los dioses le agravian.
No le parece á Pompeo
Que es Lesbos segura estancia;
Que siempre el que va huyendo
Flaqueza en lo fuerte halla:
¡Efectos de vil temor
No hallar segura morada!
Al fin tras varios acuerdos
Manda para Egipto partan,
Do reinaba Tolomeo,
Con quien tuvo amistad cara;
Mas como siempre el caído
Quien le ayude á caer halla,
Y el mas estimado amigo
Suele ser cosa ordinaria
Faltar en los infortunios,
Ya que en los gustos no falta,
Hizo el fraudulento rey
Con amistad simulada
Dar á Pompeo la muerte,
Yendo á tierra en una barca.
Cuya sangrienta cabeza
Con sus venerables canas
A Julio César presenta,
Cuya amistad deseaba;
Que vino tras él á Egipto,
Con su poderosa armada,
Siguiendo de su fortuna
La faz apacible y mansa.
Rehusó Julio de ver
La cabeza, que en el alma
Siente el misero suceso,
Y como tal le lloraba,
Considerando los triunfos
Que d'el contaba la fama,
Y que nunca la fortuna
Hasta allí le fué contraria;
La cual con un golpe solo
Se desquitó, y d'él se paga,

Y que hoy le quita á Pompeo
Lo que á Julio hará mañana.

*(Romancero general. — It. LOBO LASO DE LA VEGA,
Romancero y tragedias de.)*

563.

AL MISMO ASUNTO.

(De Juan de la Cueva.)

Perdido el magno Pompeyo
Por la fortuna contraria,
Viéndose ya sin remedio,
Volvió á César las espaldas,
Y fuése donde Cornelia
Diferente vuelta aguarda;
La cual como así lo vido,
Sin entender otra causa
Mas que en verlo venir solo,
Se le heló en el cuerpo el alma,
Y aunque con tan poco esfuerzo
Los castos brazos le enlaza
Al cuello, que ya oprimido
Va á la muerte, que lo llama;
Y así parte para Egipto.
El defensor de su patria,
Y con su mujer y gente
En una nave se embarca
Creuyendo que su péligro
Consistia en la tardanza,
Como aquel que no sabia
Lo qu'el hado le ordenaba,
Que lo libraba de un fuego
Para echallo en mayor llama.
Fuéle favorable el viento;
Llegó á Egipto, y su llegada,
Antes que desembarcase,
Fué á Tolomeo avisada,
Demandándole licencia
Para verlo, y libre entrada.
Oyó Tolomeo el recaudo,
Y lo que por él demanda
El miserable Pompeyo,
Por quien él el reino manda.
Hizo juntar su consejo
Tolomeo, al cual declara
La causa, y pide su acuerdo
Sobre el caso que les trata.
Fotimo, que con el Rey
Alcanzaba mas privanza,
Dijo que su parecer
Era negalle la entrada;
Porque viniendo vencido
Y huyendo de Farsalia,
No era bueno para amigo,
Qu'el necesitado cansa.
Otro en contra d'este acuerdo,
Dió otro acuerdo, que se aparta
Del que Fotimo habia dado,
Diciendo ser justa causa
Ser Pompeyo recibido
Con mucha amistad y gracia
Del Rey, y qu'el mismo Rey
Le hospedase en su real casa,
Atento á que fué Pompeyo
El que á su padre dió llana
La real silla de Egipto,
Que se la tenian quitada;
Y pues que venia á ampararse
En su fortuna inhumana
D'ellos, que lo recibiesen
Sin mirar su suerte mala;
Que fortuna quita bienes,
Y fortuna los restaura,
Y al que hoy le tiene en bajeza
Mañana á rey lo levanta. —
Aquilas, que estaba oyendo,
Al que dió este voto ataja

Su razon, y dice al Rey
 Con voz arrogante y alta :
 — Todos dan sus pareceres,
 Y al cabó no dicen nada,
 Porque lo que mas te cumple
 Es que le sea quitada
 La cabeza, y se la envíes
 A César, en presentalla,
 Que al fin viene vencedor,
 Y esotro muerto, se acaba,
 Y leon muerto no muere,
 Ni hombre muerto no daña.
 Sigamos los vencedores,
 Y a César se satisfaga
 Con matalle al enemigo
 Que á su voluntad contrasta. —
 A muchos pareció bien,
 Y muchos lo reprobaban,
 Y entre unos y otros acuerdos,
 Sin remitillo á otra sala,
 El Rey y los demas votos
 Confirmaron que se haga,
 Y el cargo dieron á Aquilas
 De tan inhumana hazaña;
 Que para ponella en obra,
 En un esquite se embarcan
 Con él Septimio y Fotimo,
 Y otra gente d'esta traza.
 Pompeyo, viendo el batel
 Ya que á ellos se acercaba
 A bordo de su navio
 Él y Cornelia se paran,
 Que luego que los vió Aquilas,
 Con mejor semblante que alma
 Le dijo : — El rey Tolomeo,
 Respondiendo á tu demanda,
 Dice qu'él te da licencia
 Y otorga segura entrada,
 Y me envia á mí, que he sido
 Tu soldado, á esta embajada,
 Para que vayas conmigo
 Donde con deseo te aguarda. —
 El gran defensor de Roma
 Creyó la embajada falsa
 De Aquilas, y la ida apresta
 Do la voz fatal lo llama.
 Cornelia, viendo á Pompeyo
 Resuelto en ir, d'él se abraza ;
 No paréciéndole bien
 Tal ida, el ir le estorbaba ;
 Poniéndosele delante
 El camino le ocupaba.
 No pudo el piadoso ruego
 Con él, de la mujer cara
 Que ya no podia de sí,
 Que lo llamaba la Parca
 A morir, que ya tenia
 La hebra al filo apegada ;
 Y despedido de todos,
 Del navio al batel salta.
 Cornelia iba á entrar con él,
 Y el batel al mar se alarga,
 Llevándose al gran Pompeyo
 Solo, la injusta compañía.
 Luego que en el mar lo tuvo,
 Aquilas sacó la espada,
 Y sin mirar que Pompeyo
 Era aquel que ante él estaba,
 A la vista de Cornelia,
 Que vertiendo estaba lágrimas,
 Fué cortada la cabeza
 Que lo fué en Roma y España,
 Y al mar arrojado el cuerpo,
 Y la cabeza llevada
 Al tirano Tolomeo,
 Que para César la guarda.
 Cornelia, cuando vió tal,
 Al cielo la voz levanta ;
 Llama injusto al justo cielo,

Y á la fortuna, inhumana ;
 Sin piedad, á los piadosos
 Dioses, porque ven y callan
 La maldad de Tolomeo,
 Sin tomar justa venganza.
 Ve el cuerpo del caro esposo
 Entre las sangrientas aguas,
 Que lo andaban impeliendo
 De la una á la otra banda :
 Quiérese arrojar al mar,
 A ver si podra su alma
 En el cuerpo de Pompeyo
 Entrar, donde siempre estaba :
 Impidienle tal intento
 Por fuerza ; cae desmayada,
 Y todos en torno d'ella
 En el llanto la acompañan.
 Los marineros temiendo
 Nuevo daño, entre ellos tratan
 Que por salvar á Cornelia
 Huyan de la tierra ingrata ;
 Y así al punto aprestan velas,
 Pican cables, dejan anclas ;
 Vuelve al mar la nao la proa,
 Deja el puerto, y d'él se aparta :
 En su presente peligro
 Haciendo mas confianza
 Que del Rey, del mar instable,
 Del viento y de su inconstancia.
 A este punto la fria noche,
 Tendiendo sus negras alas
 Sobre la tierra, cubria
 Lo que muestra la luz clara
 De la lámpara febea,
 Que la oscuridad aparta.
 Codro, á quien el duro caso
 Con riguridad maltrata,
 Viendo á su señor Pompeyo
 En la bajeza en que estaba,
 Acordándose del bien
 Que poseyó por su causa,
 Determina que no sea
 Pasto de aves ni animalias,
 Y así en el surto silencio
 De la noche, á quien aguarda
 Rodeado de su sombra,
 Sale solo de su casa :
 Va corriendo á la marina,
 Temeroso y lleno de ansias ;
 Mas aquí venció al temor
 La piedad que su alma abraza.
 Busca el cuerpo de Pompeyo
 Entre arena y espadañas ;
 No le halla, que anda á tiento,
 Que Cintia triste y turbada
 Había por entre las nubes
 Espesas, su luz escasa.
 Andando en esta fatiga,
 Sobre el mar vido que andaba
 Un bulto, á quien el refujo
 Del mar fuera y dentro echaba,
 Y dando con él en tierra,
 Lo volvía la resaca.
 Advirtió y vió qu'era el cuerpo
 De Pompeyo, que buscaba ;
 Púsose junto á la orilla,
 Y que pase el golpe aguarda,
 Y en tocando el cuerpo en tierra,
 Antes que vuelva le abraza,
 Y tirando d'él afuera
 Del golpe del mar lo aparta,
 Y sobre sus flacos hombros
 Al grande Pompeyo carga.
 Desviándolo del mar
 Poco trecho, con él pára,
 Para dar el cuerpo muerto
 A la codiciosa llama ;
 Y poniéndolo en el suelo,
 Mirando la fiera llaga,

Dando encendidos suspiros,
 Con sus lágrimas la baha.
 Maldiciendo á la fortuna
 Levantó al cielo las palmas,
 Y así, enternecido en llanto,
 Al muerto Pompeyo habla :
 — No el suntuoso sepulcro,
 Digno á tu gran nombre y fama,
 Cubrirá tu ilustre cuerpo,
 Pompeyo, gloria romana :
 No los divinos olores
 De bálsamo, amomo y ámbar,
 De mirra, casia y encienso,
 Despojos sacros de Arabia,
 Cuando se queme tu cuerpo,
 Saldrán á las nubes altas :
 No se oirán las tristes voces
 De tus deudos, ni las armas
 Arrojarán tus soldados
 Al fuego, que sean quemadas :
 No guardará tus cenizas
 La urna en Samo labrada,
 De jaspe y preciado oro,
 Con tus bahañas grabadas,
 Donde se viera Sicilia
 Vuelta al yugo de tu patria,
 Reducida á fiel sosiego
 Por tí, la inquieta Africa ;
 El triunfo que te dió Roma
 Por haber vencido á España ;
 Los claros hechos de Oriente ;
 El destruir los piratas ;
 El vencer á Mitrídates,
 Sin otras bahañas claras,
 De que hiciera memoria,
 Si el tiempo no me atajara.
 Nada d'esto será visto
 En la urna por mi dada,
 Porque estaran tus cenizas
 En aquesta pobre caja,
 No pobre cual mi deseo,
 Mas pobre para guardallas. —
 Esto diciendo, juntó
 Trozos de palos y tablas
 De los navios deshechos
 Que en aquella costa andaban,
 Y sobre el difunto cuerpo
 Puestos, á la seca paja
 Aplicó el ardiente fuego,
 Que levantando la llama
 Comenzó á salir el humo,
 Y en él pavesas mezcladas,
 Que del mar los del navio
 Vian, sin saber la causa
 De aquel fuego en la ribera,
 Aunque bien lo sospechaban.
 En tanto qu'el fuego ardia,
 Que con suspiros le daba
 Aliento, el lloroso Codro
 Junto á él sentado habla :
 — ¡ Oh tú, del magno Pompeyo
 Dinamente ilustre alma !
 Adonde quiera que estés
 Esta ofrenda te sea grata :
 Y tú, amigo, el don postrero
 Recibe, y en paz descansa,
 Ya que viviendo en el mundo,
 Del cielo te fué negada ;
 Que con esto se asegura
 Que no ejecute su saña
 Tu victorioso suegro,
 A quien tu cabeza guardan,
 Y qu'el cuerpo no se ultraje,
 Ya que así la vida atajan. —
 Cuando esto decia Codro,
 Las estrellas heria el alba,
 Y temiendo haber castigo
 Por lo hecho, aprisa aparta
 Las encendidas cenizas,

Y echándolas en la caja,
 Hizo en el arena un hoyo,
 Y en él la esconde y la tapa
 Con el arena, y escribe
 Encima aquesta epigrama :
 « Aquí yace el gran Pompeyo,
 » A quien la fortuna airada
 » Bajó de su gran alteza,
 » A la bajeza mas baja :
 » Y aquel que dió tantos reinos
 » Adquiridos con su espada,
 » Viene á tal pobreza agora,
 » Que aun sepultura le falta.
 » Tú, pasajero, no pises
 » Este suelo con tus plantas ;
 » Mas llorando al gran Pompeyo,
 » Huye d'esta tierra ingrata. »
 Acabó de decir esto
 Codro, y volvió las espaldas,
 Porque no fuese cogido
 O visto allí de las guardas.
 César, lleno de despojos
 Y gloria de la batalla,
 Vino luego á Alejandria
 Con su victoriosa armada,
 Adonde el rey Tolomeo
 Con la cabeza despacha
 Al fiero Aquilas, que á César
 Se le lleve en presentalla,
 Lo cual puso en obra luego,
 Cual el tirano le manda,
 Y ante el gran César llegado
 Se postra, y licencia alcanza
 Para hablar, y así comienza,
 Bajo el rostro y con voz mansa :
 — El rey Tolomeo te envia,
 Gran César, una embajada,
 Y juntamente dos dones
 Que te serán de importancia.
 El uno es aqueste anillo
 Del contrario, que en Farsalia
 Rompiste, el cual vino aquí
 Con su mujer y su casa,
 Y por hacerte servicio
 Y darte d'él la venganza,
 Por mando de Tolomeo,
 Por mi le fué muerte dada,
 Y tráigote su cabeza,
 Con que tú inquietud acaba. —
 A este punto fué mostrando
 La cabeza d'él cortada,
 Y cuando César la vido,
 Por no vella el rostro aparta,
 Y dando un suspiro y otro
 Los ojos llenos de agua,
 Tomando el precioso anillo,
 Dijo : — ¡ Oh maldad nefanda
 Del traidor que osó emprender
 Tan infame y cruel hazaña,
 Y por hacerme amistad
 Al amigo y huésped mata,
 Quitando al Romano Imperio
 Su capitán y su guardia ! —
 Diciendo estas y otras cosas,
 Tiernas lágrimas derrama,
 Y apartándose de Aquilas,
 Sin mas hablalle palabra
 Ni querer miralle al rostro,
 Mandó á los de su compañía
 Que tomasen la cabeza,
 Y á la costumbre romana
 Envuelta, en muchos olores
 Por ellos fuese quemada,
 Con la majestad y pompa
 Que tal principe demanda †.

(CUEVA, *Coro Febco*, etc.)

† Largo y difuso romance, que, á pesar de su mal desempeño, se deja leer por el interés que inspira su asunto.

564.

MUERTE DE CÉSAR.

(De Gabriel Lobo Laso de la Vega.)

Después de haber Julio César
Entrado en Roma triunfando
De las Galias y del Ponto,
Del egipcio y africano,
Y del feroz español,
Cuanto temido, arriscado,
De la vencedora Roma
Los límites dilatando,
Cansada ya la fortuna
De serle tutora tanto,
Y de ver las arduas cosas
Que acomete con su amparo,
Quiere ver cómo sin él
Menea el César las manos;
Y porque de lo que es suyo
Nadie se haga propietario,
Y con lo que á él le quita
Tener á mil obligados,
Que sus empréstitos leves
Aguardaban anhelando,
Dejóle; mas presto vió
Julio que le había dejado,
Que luego dió en desabrirse
Con él el pueblo romano,
Y á darle con suelta lengua
Nombre injusto de tirano,
Paga que al bien recibido
Hace continuo el ingrato
Do pocas veces se ve
Bien hecho sin este pago.
Amigo de novedades
El pueblo desvergonzado,
Sin considerar de Julio
Los beneficios tan altos,
Y el aumento y ser que dió
Al Imperio por su mano,
En su daño se conjuran
Setenta y mas ciudadanos;
Fuéron d'estos las cabezas
Bruto, Decio y Cayo Casio.
Fué el César de un adivino
Con grande instancia avisado,
Diciendo que mil agüeros
Se le mostraban contrarios,
Y que mirase por sí
Aquel año el mes de marzo.
Mas como difícilmente
Se contraste el duro hado,
Y á lo que el cielo dispone
No hasta saber humano,
Descuidóse, como suele
El que ha de ser castigado.
Fué sin advertir el César,
Divertido en casos árdulos,
Al Senado, do le embisten
Los setenta conjurados,
A cuyas armas rindió
El espíritu indignado,
Conociendo de fortuna,
Aunque tarde, el desengaño.

*(Romancero general.—II. LOBO LASO DE LA VEGA,
Romancero y tragedias de.)*

565.

MUERTE DE CICERON.

(De Gabriel Lobo Laso de la Vega.)

En la alborotada Roma
Un sordo rumor se oía,
Bien como cuando en las sierras
Los pinos el cierzo humilla,
Y con proceder violento

Abate al tronco la cima,
En varias partes haciendo
Mil disonancias distintas.
Así en confusos montones
Por las calles discurría
La gente en tropel discorde,
De quien nada se entendía,
Sin haber autor, temiendo
El daño que se fingía
En su pecho cada cual,
Cosa que el temor confirma;
Y no solo el vulgo rudo
Teme, que también temían
Cónsules y senadores
Alguna comun ruina.
Desamparan el Senado
Y las respetadas sillas,
Soltando las riendas todos
A su perpleja huida.
En sus propias casas temen,
Que es do los flacos se animan;
Detras de sus muros tiemblan,
Y entre sus murallas mismas.
Van á la plaza, do ven,
Cosa que á todos lastima,
La mano de Ciceron
De su tronco dividida,
Y la cabeza también,
Que lo fué del mundo en vida,
Así en gobernarle todo
Como en loable doctrina.
Miran la elocuente lengua
Ya sin vigor muda y fria,
A quien con aplauso grato
Como Apolo el mundo oía,
No les pareciendo ciencia
La que d'ella no salía,
Y en las venerables canas,
De cuajada sangre tintas,
Que en el romano Senado
Con majestad presidian.
No hay quien á Roma consuele
En tan profunda desdicha:
Todos con áspero llanto
Su muerte en comun sentían,
Culpaudo de Octaviano
La rigurosa injusticia,
Y lo mal que á Ciceron
Pagó la amistad antigua
Entregando á su enemigo
Quien su causa defendía,
Por asegurar su causa,
Cosa en nobles no admitida,
Que nunca á cosas mal hechas
La fama su nombre quita;
Que como le da á las buenas,
También las malas publica,
Donde tanto peor suenan
Cuanto es mas quien las practica.

*(Romancero general.—II. LOBO LASO DE LA VEGA,
Romancero y tragedias de.)*

566.

AL MISMO ASUNTO.

(De Juan de la Cueva.)

Dividido ya el Imperio
De Roma entre Octaviano
César, y entre Marco Antonio,
Y Lépido, fué acordado
Que muriesen los proscritos
Que tenían señalados;
Que contra sus pretensiones
Habian sido contrarios.
Lépido dió facultad
Que matasen á un su hermano;
Antonio, que á un tio suyo

Diese muerte Octaviano ;
 Octaviano dió á Antonio
 Poder, libertad y mano
 De matar á Ciceron
 De quien estaba indinado
 Por las oraciones que hizo
 Contra él, y así dió el cargo
 De la ejecucion horrible
 A un Pompilio Benato,
 A quien Tulio dió la vida,
 Y defendió en el Senado,
 De un insulto cometido
 Por él, el cual como ingrato
 Acetó el ir á Gaeta
 Do estaba Tulio apartado,
 Por su vejez retraido
 Y por temor retirado
 De la horrible proscripcion
 De que ya estaba avisado,
 Qu'era de los contenidos,
 Y uno de los señalados.
 Y así, con estar allí
 Creía que estaba en salvo,
 No viendo que donde quiera
 Alcanza la fatal mano,
 Y que huir nadie puede
 De lo que le ordena el hado.
 Estando de aquesta suerte
 Ciceron, no descuidado
 De los contrarios qu'en Roma
 Tenia, vió agüeros malos,
 Que de su cercana muerte
 Le dieron indicio claro.
 El día antes que muriese
 Vido un cuervo estar graznando
 Encima de su aposento,
 Y aunque procuró d'echarlo,
 No pudo, y la misma noche
 Estando d'esto espantado,
 Se le deshizo un reloj,
 Que por él interpretado
 Dijo que significaba
 Estar ya su fin cercano,
 Y que las vitales horas
 Se le iban ya acabando.
 A este punto entró Pompilio,
 Y así le dijo, en llegando :
 —Yo vengo á darte la muerte,
 Por Antonio tu contrario :
 Aparejate á sufrirla,
 Porque será sin embargo.—
 Miráudolo Ciceron,
 Le dijo : —¿ Dime, Benato,
 Por darte yo á ti la vida
 Me vienes á dar tal pago ?
 ¿ Y al que libró tu cabeza
 Tendrás tú, es posible, ánimo
 Para quitalle la suya,
 Porque fué á la tuya amparo ?
 Si no mueve el beneficio
 Que te hice, á tu ostinado
 Pecho, considera y mira
 Que nunca te hice daño,
 Y contra quien no te ofende
 Es maldad alzar el brazo.—
 A pasar iba adelante
 Con su razon, y el ingrato
 Pompilio alzando la espada
 Sobre el senador romano,
 Descargó un fiero golpe
 Qu'en tierra lo ha derribado.
 Do lo cortó la cabeza
 Luego, y la derecha mano,
 Dejando al honor de Roma
 En su sangre revolcando,
 Que del sentimiento y pena
 Escondió Apolo sus rayos,
 Y hicieron sentimiento
 Los dioses y el cielo santo.

El inhumano homicida
 Con los despojos cargados
 Del gran tesoro latino,
 Gloria de Mercurio sacro,
 Entró en Roma, y los dió á Antonio,
 Que los estaba aguardando ;
 Que puestos en su presencia,
 Con semblante y rostro ufano
 Los miró, no condolido
 Como humano, del humano ;
 Mas con fiereza de fiera,
 Y corazon de tirano,
 Por dalle mayor deshonra
 Al que fué de Roma honrado,
 Y tenido en tanta estima,
 Y en voz conforme, llamado
 El defensor de la patria,
 Padre del pueblo romano,
 Mandó poner su cabeza
 ; Oh injusta manda ! en un palo
 En la plaza, por do en Roma
 Entró, en levantado carro.

(CUEVA, *Goro Febeo*, etc.)

367.

MUERTE DE MARCO ANTONIO.

(Anónimo.)

Hérido está Marco Antonio
 De una muy mala herida ;
 Tiénelo Cleopatra en brazos,
 Su muy amiga querida.
 Lloraba de los sus ojos
 Angustiada y afligida,
 Su lindo rostro rasgando
 S'estaba de aborrecida :
 De rato en rato sus manos
 Torcia de amortecida,
 Pero en sí despues tornada,
 Con voz alta enronquecida,
 Así exclamaba llorando :
 —¿ Quién os ha herido, mi vida,
 Mi emperador, mi señor,
 Mi alegría tan subida ?
 ; Mortal os veo, mi bien !
 ; Muerte os lleva de vencida !
 ; Dame un mote por consuelo,
 Siquiera de despedida !
 Desdichado emperador,
 Desdicha hace en tí guardada.—
 Marco Antonio, en cuanto pudo
 Con voz muy baja y plañida
 Suplicó que no llorase,
 Que daba pena crecida
 Juntamente al cuerpo y alma,
 Adond'estaba esculpida ;
 Y que no era desdichado
 Por ver el fin de su vida,
 Sino en el mirar sus glorias
 Y la honra establecida,
 Que la habian los romanos,
 Dichoso era sin medida ;
 —Y si yo mismo, Cleopatra,
 Me he dado mortal herida,
 Es porque de los romanos
 Veo mi gente vencida ;
 Y no lo tomo en vergüenza
 Ser mi vida fenecida
 Por romanos, pues romano
 Soy de fama esclarecida.
 Dame un abrazo, señora,
 Que el alma está de partida.—
 Juntando boca con boca
 L'alma dió su despedida.

(Cancionero, *Flor de enamorados*.)

EPOCA DEL IMPERIO ROMANO.

568.

PROFETIZA LA SIBILA Á AGUSTO, LA VENIDA DE CRISTO.

(De Juan de la Cueva.)

Viendo Octaviano Augusto
 Que el gran imperio romano,
 Por ensalzar su memoria
 Y hacerle mas que humano,
 Le edificaban altares
 Cual á Jove soberano,
 Estorbó su intento en esto,
 Y á su obra fué á la mano,
 Diciendo que sus hazanas
 No eran hechas por su brazo,
 Sino que los altos dioses
 Le aspiraban en tal caso,
 Y que no podía alcanzar
 Cual dios fuese el señalado,
 Que tantas prosperidades
 Sin merecerlas le ha dado.
 Audando en aquesta duda,
 En este inmortal cuidado,
 Mandó llamar la Sibila
 Que se lo haya declarado.
 La Sibila tiburtina
 Habiéndole el Rey contado
 Toda la duda en que estaba
 Le respondió:— Octaviano,
 No atribuyas á tu nombre
 Lo que al Imperio Romano
 Has dado, poniendo á España
 En el yugo italiano,
 Y pacificar el mundo
 Teniéndolo todo llano:
 Obras son, que bien miradas
 Son de poder soberano.
 No te engañes, claro Augusto,
 Ni aquesto te haga ufano,
 Ni te atribuyan á ti
 Lo que no es de mortal mano;
 Ni á tus dioses se lo apliques
 Porque tambien es muy vano;
 Que un solo Dios es la causa
 Y este es quien te ha ayudado,
 El cual nacerá muy presto
 Sjiendo Dios hecho hombre humano,
 Y nacerá de una virgen
 Reservada de pecado.
 Viene á libertar el mundo
 De la fuerza del tirano:
 Desterrará al falso Jove,
 A Mercurio, á Febo y Jano,
 Pacificando la tierra,
 Cual dél es profetizado.—
 El emperador Augusto,
 Que á la Sibila ha escuchado,
 Le dice que se le aclare,
 Que no entienda lo hablado;
 Ni podía alcanzar quien fuese
 El que ha de ser humanado,
 Que ha de redimir el mundo,
 Ni la virgen sin pecado.
 La Sibila oyendo aquesto
 Al emperador romano,
 Hincándose de rodillas
 Y levantando las manos,
 Dijo:—;Oh Hacedor del cielo,
 Rector del concilio santo!
 Tu inmensa misericordia
 Muestre aquí su larga mano,
 De suerte que sea creída
 Del príncipe Octaviano.—
 Como la sacra Sibila
 Su plegaria hubo acabado,
 Al punto se vió en el aire,

Todo claro y sosegado,
 Una luminosa imagen
 Con resplandor soberano,
 Que era la sagrada Virgen
 Madre de Dios humanado,
 Dando su virginal pecho
 Al Hijo Dios hecho humano.
 La tiburtina Sibila
 Le señala con la mano,
 Que aquella era la figura
 De quien á él hacia ufano.
 El emperador Augusto,
 En el suelo arrodillado,
 Adoró la sacra imagen,
 Y mandó al pueblo romano
 Que en aquel lugar pudiesen
 El altar á él consagrado,
 Al cual le llama Ara Céli
 Hoy día el pueblo cristiano.

(CUEVA, Coro Febo, etc.)

569.

LA MUERTE DE SÉNECA.

(Anónimo.)

Nero, emperador de Roma,
 De muy gran ira indignado,
 Como siempre fué cruel,
 A Séneca ha aprisionado;
 Sin ver qu'era su maestro
 A muerte le ha condenado.
 Séneca como hombre sabio
 El mismo se ha sentenciado
 Que le pongan vivo en cueros
 En un palo seco atado,
 Y que por todas sus venas
 De presto fuese sangrado,
 Y d'esta suerte muriese
 Sin poder ser remediado.
 Como Paulina lo viese,
 Su mujer, puesto en tal grado,
 Por ser fértil, noble y buena
 Como tanto le habia amado,
 Hizose sangrar tambien
 Por morir junto á su lado.
 Como lo supiese Nero,
 Muy de presto hubo mandado
 Por no usar de piedad,
 Que á Paulina hayan atado
 Las llagas porque no muera,
 Ni tal se haya divulgado.
 Sin ella haber sentimiento
 Las heridas le han atado.
 Vivió, despues de ser muerto
 Su marido tan nombrado,
 Algunos años, muy pocos,
 Amarilla y con cuidado,
 Que bien demostró el dolor
 Qu'en su cuerpo habia quedado.

(Cancionero, Flor de enamorados.)

570.

MUERTE DE LUCANO.

(Anónimo.)

No admite el César disculpa
 De aquel español gallardo,
 Que del primero y su yerno
 Escribió el farsalio estrago;
 Aquel cuya digna sien
 Abrazó el glorioso lauro,
 Y á quien el castalio coro
 Dotó con abierta mano.
 La rigurosa sentencia
 Está ya echada, y el fallo,
 Cuya dura ejecucion

Es ya sin ningún reparo.
 Llamale traidor sin fe,
 A sus mercedes ingrato,
 Origen de rebeliones
 En su imperio sosegado.
 Dícete que escoja muerte
 Porque un tiempo le fué grato;
 Mas ninguna le contenta,
 Que es un escoger pesado.
 Pero visto que era fuerza
 Y decreto de los hados,
 Por la ménos grave elige
 La del morir desangrado,
 Y así las venas le abrieron
 A hierro, por cabos varios,
 Cuyas corrientes miraba
 Con semblante débil, flaco,
 Acompañado de muchos
 Condolidos, que con llanto
 Atentamente escuchaban
 Su tragedia y postrer canto.
 —No del partido Licida
 Cuando á la nave se asió
 Por tantas partes salió
 Aquella ánima oprimida.
 ¿Por cuál de tantas vendrá
 A salir la triste mía?
 No por una sola vía,
 Que abiertas mil hallará.
 Será el tormento mayor
 Y á costa de mi penar,
 Deteniéndose en buscar
 Por donde saldrá mejor.
 Ya en lo que era me resuelvo,
 Y á la poderosa mano,
 Que hizo de tierra á Lucano,
 Lucano de tierra vuelvo.
 También á fortuna pago,
 Tome allá su vario adorno:
 Si lo que me dió le torno,
 ¿En qué no la satisfago?
 No estimo el morir en nada
 Porque al fin cuando naci
 Con una deuda sali,
 Cuya paga es ya llegada.
 De privanzas no me curo,
 Que son cual el mar instable,
 Ya quieto, ya variable,
 Do no hay momento seguro.
 Cual Cisne cantando muero
 En la agradable ribera,
 Donde de mi primavera
 Coge el tierno fruto Nero.—
 Quiso pasar adelante,
 Y es, aunque se esfuerza, en vano,
 Que llegó á la débil cuerda
 De la Parca el golpe airado.
 Manda que con pompa el César
 Déa sepultura á Lucano,
 Y que por mejor lo fuesen
 Sus vergeles celebrados.

(Romancero general.)

571.

NERON DESDE TARPEYA MIRA Y SE GOZA EN EL INCENDIO DE ROMA.

(Anónimo.)

Mira Nero, de Tarpeya
 A Roma cómo se ardia:
 Gritos dan niños y viejos,
 Y él de nada se dolla.
 El grito de las matronas
 Sobre los cielos subia:
 Como ovejas sin pastor
 Unas tras otras corrian,
 Perdidas, descarriadas,

Llorando á lágrima viva.
 Todas las gentes huyendo
 A las torres se acogian;
 Los siete montes romanos
 Llora y fuego los hundia.
 En el grande Capitolio
 Suena muy gran vocería:
 Por el collado Aventino
 Gran gentío discurría,
 Y en Cabalo y en Rotundo
 La gente apenas cabía.
 Por el rico Coliseo
 Gran número se subía;
 Lloraban los dictadores,
 Los cónsules á porfía;
 Daban voces los tribunos,
 Los magistrados plañian,
 Los cuestores lamentaban,
 Los senadores gemian.
 Llora la órden equestre,
 Toda la caballería,
 Por la crueldad de Neron,
 Que lo ve con alegría.
 Siete dias con sus noches
 La ciudad toda se ardia;
 Por tierra yacen las casas,
 Los templos de tallería.
 Los palacios mas antiguos,
 De alabastro y sillería,
 En ceniza van por tierra
 Los lazos y pedrería;
 Las moradas de los dioses
 Han triste postrimería.
 El templo capitolino
 Do Júpiter se servía,
 El grande templo de Apolo,
 Y el que de Mars se decía,
 Sus tesoros y riquezas,
 El fuego los derretía.
 Por los carneros y osarios
 La gente se defendía.
 De la torre de Mecenas
 Lo miraba todo y vía
 El ahijado de Claudio
 Que á su padre parecía,
 Que á su Séneca dió muerte;
 El que matara á su tia;
 El que antes de nueve meses
 Que Tiberio se moría,
 Con prodigios y señales
 En este mundo nascía:
 El que persiguió á cristianos;
 El padre de tiranía,
 De ver abrasar á Roma
 Gran deleite rescebía.
 Vestido en cénico traje
 Decantaba en poesia.
 Todos le ruegan que amanse
 Su crueldad y su porfía:
 Diopro le rogaba,
 Esporo lo combatía,
 A sus piés Rubria se lanza,
 Acre los besa, y Lamia;
 Claudio Augusto se lo ruega,
 Ruégaselo Mesalina;
 Ni lo hace por Poepa,
 Ni por su madre Agripina;
 No hace caso de Antonia,
 Que la mayor se decía,
 Ni del padre y tio Claudio,
 Ni de Lépida su tia.
 Anco Planio se lo habla,
 Rufino se lo pedía;
 Por Británico, ni Tusco
 Ninguna cuenta hacia.
 Los ayes se lo rogaban
 El tonsor, y el que tañía;
 A sus piés se tiende Octavia,
 Esa que ya no quería;

Cuanto mas todos le ruegan,
El de nadie se dolia.

(VELAZQUEZ DE AVILA, *Cancionero*, folleto suelto. —
It. *Cancionero de Romances*.—It. *Silva de varios Romances*.)

4 Por su lenguaje y formas, no parece que este romance pueda ser anterior á los fines del siglo xv ó principios del xvi, y aun quizá sea algo posterior. Como quiera que sea, el tono melancólico que en él se percibe, es muy propio y conveniente al asunto de que trata. La gran catástrofe que describe sin ira ni indignación, y en tono resignado, parece que se mira como un azote inevitable del destino. Así aparece Nerón como la inexorable fatalidad que preside al incendio de Roma, gozándose en ver destruida á aquella reina del mundo, y cantando sobre sus ruinas el poema de su desgracia. Ni los ruegos de los principales romanos, ni las súplicas de sus mas allegados parientes, ni aun la intercesion de los viles cortesanos, cómplices de sus crímenes, le pueden apartar de su porfía. El tirano, que aquí el poeta presenta rodeado de sus atroces crueldades, que enumera y reasume en torno suyo, es la imagen del hado fatal, es la ausencia de toda esperanza. Para hacer el cuadro mas completo, el autor ha pintado la terrible situacion del pueblo romano, y el miedo y azoramiento de sus autoridades, enumerando, quizá con excesiva pedantería, los titulos y nombres de ellas, que á pesar de todo, recuerdan las glorias pasadas de un pueblo rey y libre, que forma el mas triste contraste con su degradacion y esclavitud en tiempos de sus emperadores.

Triste cosa es decirlo, pero Tiberio, Claudio, y especialmente Nerón, como entre nosotros Don Pedro el Cruel, han gozado siempre entre la gente popular de una opinion favorable, y han sido disculpados de sus crueldades. Este fenómeno solo puede atribuirse á que esgrimido particularmente su cñchilla contra los poderosos y opresores del pueblo, este se complacia en ver rodar sus cabezas. Casi siempre las tiranías se apoyan en los hombres del pueblo, á quienes los tiranos halagan y hacen cómplices de sus crímenes. Pero llega el día tambien de ser víctimas, y en que los ayes de la desgracia resuenan en su oído. Entónces el pueblo derroca el idolo que adoró, para llorarle despues y ensalzarle.

El romance, tal cual aquí se halla, se ha entresacado de una glosa que de él existe en un cuaderno en 4.º, gótico, cuyo título se ignora por faltarle la portada, y al cual he intitulado *Cancionero de VELAZQUEZ DE AVILA*, por inferirse, de algunas de sus composiciones, que tal podía ser el nombre del autor.

872.

AL MISMO ASUNTO.

(Anónimo.)

Miraba desde Tarpeya
Aquel romano soberbio
El principio de su gusto,
Y fin de todo su imperio;
Y como está tan subido
Miraba á Roma de léjos,
Si ella en el infierno estaba,
O en ella estaba el infierno.
Todo es llanto, todo es humo,
Todo llamas, todo incendio,
Todo enmudecer los unos,
Y otros dar voces, diciendo:
«Agua al fuego, agua al fuego.
Mas ay que es mucho, y poco es el remedio.
Y Nerón desde arriba
El llanto vuelve en canto, el fuego en risa.»
No puso naturaleza
En él los cuatro elementos,
Que del fuego le formó,
Pues tanto gusta del fuego.
Paula Agripina y Antonia,
Le ruegan con llanto inmenso;
Mas es cruel, y al cruel
Mas le endurecen los ruegos.
Las Vestales recogidas
Viendo ardiéndose sus templos,
Rompen la clausura santa
Diciendo con pechos tiernos:
«Agua al fuego, etc.»

(Romancero general.)

575.

MUERTE DE HELIOGÁVALO.

(Anónimo.)

Fué un emperador en Roma
Heliogávalo llamado,
Qu'en oír sus extrañezas
Cualquiera estará espantado.
Holgó tanto ser mujer,
Que por serlo hubo juntado
Los mas sabios cirujanos,
Permitiendo de su grado
Que cortasen de sus miembros
Con su oficio experimentado
En que le dejases hábil
De nombre sin ser dañado.
Como el caso era imposible
Todo su hecho fué excusado.
En carro se hacia traer
De oro fino muy labrado,
Y que perros le tirasen:
Otras veces dispensado
Leones mansos tiraban
El carro do iba sentado.
Otras veces él, desnudo,
En el carro aposentado
Hacia juntar mujeres
De buen gesto y delicado,
Que desnudas le tirasen
Porque fuese mas mirado,
Y de limaduras de oro
Por do iba era sembrado,
Porque no pisase tierra.
Su vestir era extremado:
Vestia vestidos de oro,
De perlas todos bordados;
Piedras de muy alta estima
Las traía hasta el calzado.
Nunca vistió una camisa
Dos veces, como alunado:
Vaso en que una vez bebía,
Ya á la otra era excusado,
Que al que le daba á beber
Prontamente lo habia dado.
Alumbrarse tenia en poco
Con cera, como era usado,
Que en sus lámparas tenia
Bálsamo muy estimado,
Qu'en lugar de aceite ardia
A do estaba aposentado.
Costosísimos manjares
Siempre se hubo procurado;
Cena que ménos costó
Para su servicio dado
Fué de treinta libras de oro,
Qu'es cosa d'estar helado.
Cuándo estaba cerca el mar
Nunca comia pescado:
Cuándo estaba léjos d'él
Lo pedía, de forzado:
Se lo habian de dar vivo
Antes que fuese guisado.
Tenia para su fin
Muy apuesto y concertado,
Si en necesidad se viese
Por su morir extremado,
Sogas de oro y sedas hechas
Para ser presto aborcado.
Hizo una extremada torre,
Con oro en ella engastado,
Para arrojarse de alli
A caso necesitado.
Pero todos sus extremos
Fuéron vanos, que irritado
El pueblo con lo que hacia
Contra él se fué rebelado.
Sin dalle espacio ninguno
De muerte haberse tomado

Huyó; y en una letrina
Murió este malhadado.

(Cancionero, Flor de enamorados.)

574.

SOFRONIA.

(Anónimo.)

Siendo emperador Majencio
Qu'en la gran Roma imperaba,
Se enamoró de Sofronia,
Qu'en calidad s'encumbraba.
Mujer era de hombre noble,
El cual ella mucho amaba.
Majencio, preso de amores,
A Sofronia requebraba,
Con importunos mensajes
Y dones que l'enviaba:
Sofronia, como discreta,
Todo se lo desdenaba.
Conociendo esto Majencio,
Que ningun fruto sacaba,
Envio sus caballeros
Que la trujesen do estaba,
Y dos á casa son idos
A do Sofronia moraba:
Dijéronle allí el por qué
Majencio los enviaba.
Sofronia, turbada y triste,
A su marido explicaba
El por qu'el Emperador
Con aquellos la llamaba.
El marido muy turbado
De oír lo que le contaba,
No sabiendo qué remedio
Poner en cosa tan brava,
Porqu'el Emperador era
Muy tirano en cuanto obraba,
Dijo: —; Mujer, gran fortuna
Es esta que nos cercaba,
Que si rehusais lo dicho
Muerte nos desafiaba! —
Oído esto por Sofronia,
Y que así remorizaba,
Determinó de morir
Ella, pues que lo causaba.
Junto con los mensajeros
D'esta suerte les hablaba:
Que s'esperasen un poco
Mientras ella se adrezaba
Para ir ante Majencio,
Que descompuesta se hallaba.
Entrada en su retraimiento
En tierra se arrodillaba:
Allí el cuerpo y castidad
A su Dios sacrificaba
De tal suerte, que un cuchillo
Por su casto cuerpo hincaba.
Estando para espirar,
Que ya casi se finaba,
Hizo entrar los caballeros
Allí adonde habitaba:
Mostrando sus llagas dijo
Que la razon la forzaba:
—Decid al tirano vuestro,
No señor, pues mal reinaba,
Que d'esta suerte se cumple
El deseo que mostraba
En las muy castas matronas,
Cual aquí significaba. —
Así murió esta mujer
Casta como se preciaba.

(Cancionero, Flor de enamorados.)

575.

EL VILLANO DEL DANUBIO.

(De Lucas Rodriguez.)

Por esas puertas romanas
Entra un rústico villano;
Zapato ni zaraguéille
En su vida no ha calzado.
Unas abarcas calzaba
De un perro mal enlanado;
Un sayo lleva berrendo
Y un jubon desabrochado:
Cinto de juncos marinos
Lleva á su cuerpo apretado;
En el hombro su capote,
Y el dedo al cinto agarrado;
En su mano una acebuche
Cachituerto y mal labrado;
La barba toda revuelta,
El cabello apelmazado:
No llevaba caperuza,
Porque nunca la ha usado;
Al cinto puesto un esquero
Como siempre ha acostumbrado;
La piedra, yesca, eslabon
Llevaba dentro el villano;
Sus ojos verdes, pequeños,
El color todo tostado;
Y como entrase por Roma,
Pregunta dó está el Senado.
Viéndose delante d'él,
De aquesta suerte ha hablado:
— A mi llaman Juan Melendro,
Melendro yo soy llamado:
Nací ribera del río,
Que el Danubio era llamado:
Enviastes capitanes,
Hannos la tierra estragado;
No queremos ya mujeres,
Ni queremos ser casados,
Ni pagar tributo á Roma,
Ni á Roma ser tributarios. —
Las rodillas en el suelo,
Con un cuchillo en las manos:
— Señores que sois presentes,
Dijo, si á alguno he injuriado,
Mandad, con este cuchillo,
Que yo sea degollado. —
Viendo tal, los senadores
Por senador lo han alzado.

(Rodriguez, Romancero historiado.)

EPOCA DEL BAJO IMPERIO Y DE LOS BARBAROS.

576.

ROSIMUNDA Y ALBOYNO.

(De Gabriel Lobo Laso de la Vega.)

Habiendo Alboyno vencido,
Señor de los longobardos,
A Chinimundo en batalla,
Rey de los girpidas bravos,
Cortándole la cabeza,
Mandó hacer de su caso
Una copa guarnecida,
En que beber de ordinario,
Por vanagloria del triunfo
Que alcanzó de su contrario.
Pareciéndole que había
Ya con fortuna acabado,
Y que la postrera vuelta
En su favor había dado,
Captivó en esta batalla,
Primision del cielo y pago,
A la bella Rosimunda,
Hija del Rey degollado.

Casóse con ella Alboyno
 Viudo de ménos de un año,
 Ciego de amor, sin mirar
 En lo futuro algun daño;
 Que así conviene que esté
 Quien ha de ser castigado,
 Y el que ménos teme el mal
 Suele estar de él mas cercano.
 Vivió con su Rosimunda
 Algun tiempo Alboyno ufano,
 Y haciendo un dia en Verona
 Un convite señalado,
 En el cual Alboyno estuvo
 Mas prudente que avisado,
 Hizo á Rosimunda diesen
 A beber con aquel vaso,
 Que por no la descubrir
 Hasta allí tuvo guardado.
 Bebió Rosimunda en él
 No sabiendo el caso extraño,
 A quien dice Alboyno: — Bebe,
 Huelga con tu padre amado,
 Que esa copa en que has bebido
 Es de su cabeza el casco. —
 Disimuló Rosimunda,
 Aunque con rostro alterado
 Dió en el primer movimiento
 Muestras de ánimo turbado;
 Pero sosegóse luego,
 Y con cauteloso trato
 Ordenó dar muerte al Rey,
 Aquella afrenta vengando.
 Su honestidad posponiendo,
 Habló á Elmige, un cortesano,
 Que del Rey traía el estoque,
 Por mas querido y privado,
 En el cual halló aparejo,
 Diciendo: que si ayudado
 Fuese de alguna persona
 Moriría el Rey á sus manos,
 Y que hablase á Paradeo,
 Un caballero esforzado,
 Para que en él le ayude,
 Con que estaba el hecho llano.

Hablóle la Reina luego,
 Mas fué preteusion en vano,
 Por lo cual visto, ordenó
 Para atraerle, un engaño;
 Y fué, que viendo que andaba
 Paradeo enamorado
 De una dama de las suyas,
 Con quien dormía ordinario,
 Entrando por una escala
 A deshoras en palacio,
 Pidió la Reina á su dama
 La deje su cuarto un rato.
 Luego Paradeo vino,
 Y despues de haber gozado
 De la Reina á su placer,
 Que era su dama pensando,
 Rosimunda se descubre
 A Paradeo, llamando
 De traidor, falso, insolente,
 Y que ha de morir, jurando
 Muerte cruel, si no hace
 Lo que le tiene rogado.
 Compelió Paradeo,
 Hizo con Elmige el trato,
 Y durmiendo Alboyno un dia,
 Murió á las manos de entrambos.
 Huyó Elmige y Rosimunda
 A Ravena, donde estando
 Casados, se aficionó
 D'ella un Longinos Exarco,
 A quien oyó Rosimunda,
 Y de casarse tratando,
 Dió á Elmige veneno un dia,
 Recien salido de un baño.
 Mas como á obrar comenzase,
 A una daga mano echando,
 A Rosimunda por fuerza
 Compelió á beber del vaso;
 Muriendo entrambos á un tiempo
 Por paga de sus engaños.
 ;Ved lo que de una mujer
 Hace el ánimo indignado!

(LOBO LASO DE LA VEGA, *Romancero y tragedias de.*)

SECCION DE ROMANCES RELATIVOS A LA HISTORIA Y TRADICIONES DE ESPAÑA.

EPOCA DE ATANAGILDO.

577.

MILAGRO DE UN CRUCIFIJO Á QUIEN ULTRAJÓ UN JUDÍO.

(De Lorenzo de Sepúlveda ¹.)

Atanagildo, rey godo,
 De España el reinado habia;
 Hace bien por Jesucristo;
 Gran creencia en él tenia.
 Contarás aquí un milagro
 Que en su tiempo acontecia.
 Un judío entró en un templo,
 Llamado Santa María;
 En él está un crucifijo
 Muy pequeño en demasia:
 El judío lo firió
 Con un dardo que traía,
 Y á excusa de los cristianos,
 So el vestido lo metia
 Para quemarlo en su casa;
 Mas cuando lo descubria,

Traía todos sus paños
 Sangrientos de la herida,
 Que le dió al crucifijo:
 ¡Muy gran pavor le ponía!
 No lo osara quemar,
 Mas escondido lo habia.
 Los cristianos no lo hallan
 Allí donde estar solia:
 Hallaron rastro de sangre,
 Y por el rastro seguian
 Hasta dar en la posada
 Donde el judío vivia:
 Hallaronlo por la sangre,
 Que mucha estaba vertida.
 Volviéronlo á la iglesia,
 Y al judío lo prendian:
 Vivo lo apedrearon
 Por el delito que hacia.

(SEPÚLVEDA, *Romances nuevamente sacados, etc.*)

¹ Hé aquí uno de los muchos malos romances cuyo asunto está tomado de los cronicones; pero que de acuerdo con los códigos, demuestra el odio que de inmemorial se tenía contra los judíos, y los medios atroces que se usaban para concitar al pueblo contra ellos, y obligarlos al fin á entregar sus teso-

ros al gobierno, que alternativamente los tiranizaba, los estrujaba, ó los ensalzaba. Todos nuestros códigos están llenos de leyes contra la raza de Abraham, aunque tal vez hay algunas hechas para favorecerla, ó mitigar sus males. Expelidos muchas veces, vueltos á llamar por el dinero que derramaban, y las necesidades del gobierno ó de los grandes, fuéron al fin para siempre desterrados, y la Inquisición regularizando las persecuciones, sacándolas de manos de los motines populares, consiguó el objeto que se propuso el gobierno de acabar con una raza á quien se la obligaba á la usura mas escandalosa, puesto que el dinero era su sola defensa. ¿Y quién se atreverá á decir si hemos ganado ó perdido en la expatriación de esa raza tan perseguida? Lo cierto es que ahora los grandes capitalistas en dinero, aunque cristianos, usan de él quizá con mas dureza, y de cierto con mas escándalo, que los judíos. Los contratos de los particulares y de los gobiernos aprados y sin crédito, en el día, ¿son ménos onerosos é inmorales que los anteriores, por mas que los que los hagan sean católicos romanos? Si el anterior romance da una idea de las preocupaciones de la vieja sociedad, la nota prueba que aunque bajo distintas formas, la nueva sufre algunas veces iguales escándalos. El *Auri sacra iames* es de todos los tiempos.

EPOCA DE VAMBA.

578.

ELECCION DE VAMBA POR REY DE LOS GODOS.

(Anónimo 1.)

En el tiempo de los godos,
Que en Castilla rey no habia,
Cada cual quiere ser rey,
Aunque le cueste la vida.
Sabiéndolo el Padre Santo,
Que en santidad florecia,
Pusiérase en oracion,
Rogando en su rogativa
Que le revelase Dios
Quién seria rey de Castilla.
Por su profunda humildad
Reveládoselo habia,
Que el rey que ellos esperaban
Su nombre Vamba seria,
Y lo habian de hallar arando
Cerca de la Andalucia,
Con un buey blanco y cereñio
Y un prieto en su compañía.
Todo esto el Padre Santo
A los godos lo decia.
Los godos, siendo informados,
Cada cual se departia:
Allá le van á buscar,
A do hallarse presumia.
Un dia, estando los godos
Cansados en demasia
De ir á buscar á Vamba,
Volviendo sin alegría,
Vieron venir una dueña
Por una cañada arriba,
Con una canasta al hombro,
Y estas palabras decia:
— Venid ya, Vamba, á comer;
Desuncid, qu'es mediodia. —
Los godos, cuando lo oyeron,
Luego á Vamba se venian;
Las rodillas por el suelo,
D'esta manera decian:
— Dénos las manos tu Alteza,
Con amor y cortesía. —
Vamba, atónito, espantado,
Temblando, así respondia:
— No me matédes, señores,
No me quitédes la vida.
— ¡De quitártela, rey Vamba!
No es por tal nuestra venida,
Sino á hacerte sabidor
Qu'el Padre Santo que hoy dia
Rige la Iglesia romana,
Por revelacion divina
Supo, y nos dijo que Vamba

Nuestro rey nombre tenia,
Y por tanto tú lo eres;
No dudes, ten alegría. —
Vamba, dudoso de oirlo,
Una vara que traia,
Ya despues de hincada en tierra,
Estas palabras decia:
— Cuando esta vara florezca,
Yo seré rey de Castilla. —
Aun no lo hubo bien dicho,
La vara ya florecia.
Llevan marido y mujer
Do el consejo residia:
A él le coronan por rey,
A ella cual convenia.
Este rey hizo en España
Hechos de gran nombradía;
Por él está la coyunda
Puesta en reales de Castilla.

(TIMONEDA, *Rosa gentil*. — II. WOLF, *Rosa de Romances*.)

1 Este romance es quizá de Juan de Timoneda.

579.

ENTRADA DE VAMBA EN TOLEDO PARA CORONARSE REY.

(Anónimo.)

Por la puerta del Cambron,
Una de las mas nombradas
Que adornan la gran Toledo,
Imperial ciudad de España,
Con grande acompañamiento
Entra el valeroso Vamba
A recibir la corona
Con su mujer Doña Sancha.
Por humildad quiso el Rey
Que el alcaide de su alcázar,
En vez de la espada lleve
Delante de él su hijada.
Hombres, niños y mujeres,
Por balcones y ventanas,
Mirando los santos reyes,
Les dicen en voces altas:
«Toledo, España por Vamba,
»Y por la reina Sancha;
»Y el Tajo les responde manso y ledo,
»Unas veces España, otras Toledo.»
La melena rubia el Rey
Lleva compuesta, atusada,
Porque no estorbe á los ojos;
Peinada y ancha la barba.
Sobre un vestido morado
Con alcahofa de plata,
A manera de tuson,
Lleva una cruz colorada.
La Reina, de tela verde
Lleva una saya bordada;
El cabello suelto al viento,
La mitad á las espaldas:
Donde llega el palafren
Cubren el patio las damas
De flores y bendiciones,
Y dicen en voces altas:
«Toledo, España por Vamba,
»Y por la reina Sancha;
»Y el Tajo les responde manso y ledo,
»Unas veces España, otras Toledo.»

(Códice del siglo XVI.)

580

CASTIGA VAMBA AL REBELDE PAULO Y SUS SECUACES. — RESÚMEN DE LOS HECHOS DE DICHO REY. — SU ABDICACION Y MUERTE.

(De Lorenzo de Sepúlveda.)

Esos nobles fuertes godos
Por su rey alzan á Vamba,

Caballero mucho honrado
 En linaje y buena maña.
 En Toledo, esa ciudad,
 La corona le fué dada;
 Juráronlo por su rey
 Todos los nobles de España.
 Una abeja de su boca
 Salió, y al cielo volaba,
 Despues que fuera unguído,
 De su bondad señalaba:
 Los sabios dicen será
 España bien gobernada.
 Un muy mal conde de Nimes,
 Ilderico se llamaba,
 Alzóse con su condado:
 A Vamba mucho pesaba,
 Que robó sus ricos-hombres,
 Y á muchos d'ellos mataba.
 Ayuntó el Rey muchas gentes;
 Por capitán señalaba
 Un caballero de Grecia,
 El cual Paulo se llamaba,
 Quien tambien hizo homenaje,
 Y serle leal juraba.
 Paulo fué contra él traidor,
 Y ambos gran traicion obraban;
 Juntóse con Remismundo,
 Ese duque de Cantabria;
 Alzan á Paulo por rey
 Porque dádivas les daba.
 Rey que se vido ser Paulo,
 Al rey Vamba guerreaaba;
 Vamba con sus caballeros
 Dióle muy cruda batalla;
 Mató muchos caballeros,
 Toda su tierra cobraba.
 En Narbona prendió á Paulo,
 Y á muchos de su mesnada:
 Ante él vino el Arzobispo;
 Por sus vidas suplicaba:
 El Rey lo perdona á él solo,
 Y en los demas razonaba
 Que se viesse por su corte
 Qué pena les sería dada.
 Trujeron ante él á Paulo,
 El cual escondido estaba
 En una cueva so tierra;
 Por los cabellos lo sacan.
 El Rey, al verlo ante sí,
 — Conjúrote, bestia brava,
 Dijo, por mi Dios del cielo
 Me digas si hobiste causa
 Para alzarte contra mí. —
 Paulo luego replicaba:
 — Pues por Dios me conjuraste,
 De verdad será mi habla:
 Mal de vos no recibí,
 Sino merced señalada;
 Siempre fui por vos honrado,
 A mí el diablo engañara,
 Que metió en mi corazón
 Hacer la traicion tamaña. —
 Luego traen el homenaje
 Y jura que Paulo daba
 Cuando á Vamba alzan por rey
 En Toledo la nombrada,
 Y el juramento que Paulo
 Tomara allí á su compañía,
 Que á él le tengan por su rey,
 Y no á ese noble Vamba.
 Pronunciara el Rey sentencia
 Contra Paulo y su mesnada:
 Que mueran por ser traidores,
 Pues contra su rey se alzaban.
 El Rey les guarda las vidas,
 Que d'ello palabra daba.
 Pártese para Toledo,
 Consigo á Paulo llevaba,
 Y ántes que allá llegasen,

A Paulo en cruz tresquilaban
 Junto con sus compañeros,
 Y las barbas les rapaban.
 A todos sacan los ojos,
 De jerga los cobijaban,
 Cabálganlos en camellos,
 Paulo delante guiaba:
 De pez era una corona
 Que en su cabeza llevaba;
 Los otros iban descalzos,
 Con sogas á las gargantas.
 Ansi entraron por Toledo,
 Y todos los denostaban.
 Pusiera sobre las puertas
 Unas losas mucho claras,
 Con unas letras latinas,
 Que decian: « El rey Vamba
 » Con el ayuda de Dios
 » A Toledo mejoraba,
 » Para acrecentar la honra
 » Y nobleza que ahí estaba. »
 En las torres de la iglesia
 Otras letras que así hablaban:
 « ¡ Oh vosotros, santos de Dios,
 » Que en este lugar se honraban,
 » Salvad y honrad este pueblo,
 » Pues en él gracias se os daban! »
 El Rey á sus ricos hombres,
 Que en la guerra le guardaran,
 Diéralas de sus haberes,
 Que muy contentos quedaran.
 Enviólos á sus tierras,
 En Toledo el Rey fincaba;
 Hizo concilio en Toledo
 Con los perlados de España.
 Confirmó sus privilegios
 Como de ántes se guardaban;
 Dió renta á los obispos,
 Hizo otras cosas muy santas.
 Muchos alarbes venció
 Que venian en armada;
 Metióse monje en Pampliega,
 Do vivió vida muy santa.
 Muerto se llevó á Toledo,
 Y allí está en Santa Leocadia;
 Que el rey Alfonso Deceno
 Fué el que allí lo trasladara.

(SEPÚLVEDA, *Romances nuevamente sacados*, etc.)

EPOCA DEL REY DON RODRIGO.

581.

RODRIGO ELECTO REY DE LOS GODO.

(De Gabriel Lobo Laso de la Vega⁴.)

Por muerte del rey Acosta,
 De los godos en España
 Quedó el príncipe Don Sancho
 Su hijo, en edad temprana,
 El cual no pudo reinar,
 Que el ser niño lo estorbaba;
 Y tratándose en el reino
 De lo que mas importaba
 Para la paz y sosiego
 De la gente alborotada,
 Y diferencias civiles,
 Robos, fuerzas, muertes, talas,
 Que sobre reinar el niño,
 Ó elegir rey nuevo andaban,
 Viniéronse á concordar,
 Despues de algunas batallas
 Y sanguinosas refriegas
 De ambas partes porfiadas,
 En que se diese el gobierno
 De todo el reino de España,
 Al mas valeroso godo,
 Y mas propincuo á la casa

Del tierno infante Don Sancho,
 En tanto que él se hallaba
 En edad para reinar,
 Con protesta, en confianza,
 Que en siendo capaz de hacerlo
 Luego del gobierno salga
 Aquel á quien se encargare,
 Sin requerirle lo haga,
 Y que á su rey natural
 Deje el reino sin baraja.
 Vinieron todos en esto,
 Y á Don Rodrigo señalaron
 Para tal gobernador;
 ¡Que nunca le señalaran!
 Tío del mesmo Don Sancho,
 A quien con instancia llaman,
 Que lo viniese á aceptar,
 Que fuera del reino estaba.
 El cual á Toledo vino
 Do con la jura ordinaria
 Prometió de gobernar
 En paz, por Don Sancho, á España,
 Jurándole por señor,
 Y de en creciendo entregarla.
 Apoderado del reino
 Rodrigo, á cortes llamaba,
 Donde al parecer de todos
 Comenzó cual deseaban,
 Prometiendo sus principios,
 No los fines que esperaban;
 Porque del que bien comienza
 Nunca fin malo se aguarda,
 Y aquel que tuerce esta via
 Es porque al principio engaña,
 Y de su mal proceder
 Encubre la raza cauta,
 Que con sus obras el tiempo
 Nos manifiesta y declara.
 Era mozo Don Rodrigo,
 Y casó con Eliata,
 Del rey de Fez hija hermosa,
 Por concierto, y fué cristiana,
 Haciendo en bautismo y bodas
 Fiestas costosas y extrañas.
 Tras esto, contra la fe
 Que á Don Sancho tenia dada,
 Por fuerza, ruegos y astucias
 Se coronó rey de España,
 Tomando por propio el reino
 Que tenia en confianza;
 Que á todo aquesto se obliga
 Quien del malo no se guarda.

(LOBO LASO DE LA VEGA, *Romancero y tragedias de.*)

1 Asunto tomado de la *Crónica del rey Don Rodrigo.*

582.

AMPARA RODRIGO Á LA DUQUESA DE LORENA.

(Anónimo 1.)

En la ciudad de Toledo
 Muy grandes fiestas hacia
 Ese rey godo Rodrigo
 Con su gran caballeria,
 Y mucha gente extranjera
 A la tal fiesta venia:
 Vienen duques y marqueses
 Y reyes de gran valia:
 En España era entónces
 La flor de caballeria.
 La duquesa de Loreyna
 A aquella corte venia,
 No para mirar los juegos,
 Sino á ver si hallaria
 Quien se combatara por ella
 Sobre un pleito que traia.
 Es el pleito d'esta suerte:

Que ella un marido tenia
 Que la hacia heredera
 De toda su señoria,
 Si de su muerte en dos años
 Castidad le mantenía,
 Y lo contrario haciendo
 Que todo lo perderia.
 Lembrot, hermano del Duque,
 Con codicia que tenia
 De heredar el su Ducado,
 Testigos falsos ponía
 Que acusen á la Duquesa
 Que con un varon dormía.
 Fuéronse al Emperador,
 Y cada uno decia
 De su razon y derecho
 Segun que mejor sabia.
 La razon que da Lembrot
 D'esta manera decia:
 Que buscasse la Duquesa
 Dentro de un año y un dia
 Quien le combatiese á él
 Y á dos tios que tenia,
 La contienda del Ducado
 Sobre que era la porfia,
 Y que si Lembrot venciese
 Suyo el Ducado seria,
 Si venciese la Duquesa,
 Que firme le quedaria.
 Al Emperador aplace
 Lo que Lembrot proponia.
 Firmaron ambos á dos,
 Todo así se trataria,
 Con tal que fuese obligado
 Lembrot y su compañia
 De aceptar la batalla
 Do ella señalaria.
 De allí se va la Duquesa,
 Ya muy triste en demasia,
 Porque en toda aquella corte
 Tres caballeros no habia
 Que osasen á combatirse
 Con los tres de la porfia:
 Así partió para España
 Y á Toledo se venia.
 Muy bien la recibe el Rey,
 Hácele gran cortesía:
 Cuando contó la Duquesa
 A qué fuera su venida,
 Ofreciósele Sacarus,
 Flor de la caballeria,
 Ofreciósele Almeric,
 Lo mesmo Agresés hacia,
 Todos buenos caballeros
 Que otros mejores no habia.
 Las fiestas se comenzaron,
 La Duquesa bien las via.
 ¡Cuán bien que mostraba en ellas
 Sacarus su gran valia!
 Bien se cree la Duquesa
 Que por él libre seria.
 Las fiestas son acabadas,
 Luego la Duquesa envia
 A citar sus enemigos
 Que vengan á cierto dia
 A combatirse en España
 Con quien por ella salia.
 El término no es cumplido
 Cuando ya Lembrot venia
 Con los dos tios consigo,
 ¡Oh cuán bien que parecia!
 Porque era grande de cuerpo,
 Gentil hombre en demasia.
 Señálanles la batalla,
 Señalaronles el dia.
 Ya los meten en el campo
 Y mucha gente los mira;
 Partido les han el sol
 Porque no haya mejoría.

Como todos fuéron dentro,
Una trompeta se oia;
Corren unos para otros
Con esfuerzo y valentia.
Del encuentro de Sacarus
Lembrot en tierra caia,
Agresés y su contrario
Ambos á tierra venian;
Lo mesmo hace Almeric,
Y el contrario que tenia.
Levántanse muy lijeros
Sin punta de cobardia,
Y como Sacarus vido
Que apearse le cumplia,
Deciende de su caballo
Y contra Lembrot venia.
Tantos se dan de los golpes
Que gran espanto ponian;
Pues los otros caballeros
Tan sin duelo se herian,
Que á los que los miraban
A gran compasion movian.
Hora y media se combaten
Sin conocer mejoría;
Mas como el sol era grande,
Gran trabajo les ponía:
Apártanse por holgar,
Que bien menester lo habian
Como hobieron descansado
A la batalla volvan:
Todos seis andan en campo
Que otra cosa no hacian
Sino dar y recibir
Fuertes golpes á porfia.
Todos están espantados
De cómo durar podia
Una tan fuerte batalla
Sin sentirse mejoría.
Tornaron á descansar
Ya cerca de mediodia;
Lembrot está mal herido,
Mucha sangre dél salia;
Entre sí estaba diciendo:
— ¡Válgame Santa Maria!
Este hombre es infernal,
Que destruirme queria,
Porque si él humano fuese
Mis golpes bien sentiria;
Mas veo que cada hora
Le recrece la osadia. —
Ya abrazaba Sacarus
Con vergüenza que tenia,
Y vase contra Lembrot,
El cual bien lo recebia:
La batalla que comienzan
Nueva á todos parecia;
Pues Almeric y Agresés
¡Cuán bien que se combatian!
Tienen fuertes enemigos,
Bien menester les hacia
Mostrar todo su ardimiento
Por salir con su porfia.
Sacarus muy enojado,
Que la ira le crecía,
Tres golpes le dió á Lembrot;
De manos dar le hacia;
Mas Lembrot era lijero,
Levantóse muy aina;
Pero ya anda mirando
Cómo se defenderia.
Almeric viendo á Sacarus
Como á Lembrot mal traía,
Pensó en su corazon
Que traído seria
Si en el librar su batalla
El mucho se detenía.
Agresés era mancebo,
Ardimiento le crecía;
Fué contra su enemigo

Que cansado lo tenia,
Y hizole dar de manos,
Reciamente lo heria:
Gran placer habian las damas
De lo que Agresés hacia.
Sacarus muy enojado
A Lembrot del yelmo tira
Las enlazaduras quiebra,
La cara le descubria;
Mas Lembrot, que así se vido,
Con Sacarus remedia
Pensando que por ser grande
Que á lucha lo vencería,
Y cogiéndolo debajo
Que luego lo mataria;
Mas Sacarus con su espada
La cabeza le hendia.
Los tíos que aquesto vieron
Cómo Lembrot muerto habia,
Caen ambos en el suelo,
Corazon les fallecía:
Cortáronles las cabezas,
En el campo las ponian.
Luego preguntan al Rey
Si mas que hacer habia;
Dijo el Rey que bien estaba,
Que nada les fallecía.

(Cancionero de Romances. — II. SEPÚLVEDA,
Romances nuevamente sacados.)

† De la *Crónica del rey Don Rodrigo*.

585.

RODRIGO ABRE LA CUEVA ENCANTADA DE TOLEDO.

(Anónimo †.)

Don Rodrigo, rey de España,
Por la su corona honrar,
Un torneo en Toledo
Ha mandado pregonar:
Sesenta mil caballeros
En él se han ido á juntar.
Bastecido el gran torneo,
Queriéndole comenzar,
Vino gente de Toledo
Por le haber de suplicar
Que á la antigua casa de Hércules
Quisiese un candado echar,
Como sus antepasados
Lo solian costumbrar.
El Rey no puso el candado;
Mas todos los fué á quebrar,
Pensando que gran tesoro
Hércules debía dejar.
Entrando dentro en la casa
Nada otro fuera hallar
Sino letras que decían:
« Rey has sido por tu mal;
» Que el rey que esta casa abriere
» A España tiene quemar. »
Un cofre de gran riqueza
Hallaron dentro un pilar,
Dentro dél nuevas banderas
Con figuras de espantar:
Alárabes de caballo
Sin poderse menear,
Con espadas á los cuellos,
Ballestas de bien tirar.
Don Rodrigo pavoroso
No curó de mas mirar.
Vino un águila del cielo,
La casa fuera quemar.
Luego envía mucha gente
Para Africa conquistar:
Veinte y cinco mil caballeros
Dió al conde Don Julian,
Y pasándolos el Conde

Corría fortuna en la mar :
Perdió doscientos navios,
Cfen galeras de remar,
Y toda la gente suya,
Sino cuatro mil no más.

(*Cancionero de Romances.* — Il. TIMONEDA, *Rosa española.*)

¹ El contenido de este romance se halla en la *Crónica del rey Don Rodrigo*, y parte de él en la *General de España*; pero en esta no menciona la expedición mandada hacer á Don Julian contra los africanos.

384.

AL MISMO ASUNTO.

(*De Lorenzo de Sepúlveda* ¹.)

De los nobilísimos godos
Que en Castilla habian reinado,
Rodrigo reinó el postrero
De los reyes que han pasado,
Ea cuyo tiempo los moros
Toda España habian ganado,
Si no fuera las Asturias
Que defendió Don Pelayo.
En Toledo está Rodrigo :
Al comienzo del reinado
Vinole gran voluntad
De ver lo que está cerrado
En la torre que está allí,
Antigua de muchos años.
En esta torre los reyes
Cada uno echó un canado,
Porque lo ordenara así
Hércules el afamado,
Que ganó primero á España,
De Gerion gran tirano.
Creyó el Rey que habia en la torre
Grande tesoro guardado :
La torre fué luego abierta,
Y quitados los canados.
No hay en ella cosa alguna,
Solo una caja han hallado :
El Rey la mandara abrir.
Un paño dentro se ha hallado
Con unas letras latinas
Que dicen en castellano :
« Cuando aquestas cerraduras
» Que cierran estos canados
» Fueren abiertas, y visto
» Lo en el paño dibujado,
» España será perdida
» Y en ella todo asolado.
» Ganarála gente extraña
» Como aqui está figurado,
» Los rostros muy denegridos,
» Los brazos arremangados,
» Muchas colores vestidas,
» En las cabezas tocados :
» Alzadas traerán sus señas
» En caballos cabalgando,
» En sus manos largas lanzas,
» Con espadas en su lado.
» Alárabes se dirán
» Y de aquesta tierra extraños;
» Perderase toda España,
» Que nada no habrá fucado. »
El Rey con sus ricos-hombres
Todos se habian espantado
Cuando vieron las figuras,
Y letras que hemos contado :
Vuelven á cerrar la torre,
Quedó el Rey muy angustiado.

(*SEPÚLVEDA, Romances nuevamente sacados, etc.*)

¹ De la *Crónica del rey Don Rodrigo*.

585.

DE CÓMO EL REY DON RODRIGO SE ENAMORÓ DE LA CAVA,
VIÉNDOLA LAVAR SUS CABELLOS Á LA VERA DE UNA
FUENTE.

(*Anónimo.*)

En una fuente que vierte
Por agua, cristal y perlas,
Está bañando la Cava
El oro de sus madejas.
Sobre el cuello de marfil
Lleva esparcidas las hebras,
Que como sirven de lazos,
Tambien al cuello se acercan.
Miranla sus bellos ojos,
Porque viendo su belleza
Como segundo Narciso
Al primero no parecen.
Mirándola está Rodrigo
Por entre las verdes yedras,
Y embelesado y suspeso
Le dice d'esta manera.
— ¡Ay Dios, quién fuese Troya,
O París de tal Elena,
Aunque en España no quedase joya
Qu'el fuego no abrasase como á Troya!

(*Romancero general.* — It. *Códice de principios del siglo XVII.*)

586.

RODRIGO VIOLA Á LA CAVA.

(*Anónimo* ¹.)

De una torre de palacio
Se salió por un postigo
La Cava con sus doncellas
Con gran gusto y regocijo.
Metiéronse en un jardin
Cerca de un famoso hombrío
De jazmines y arrayanes,
De pámpanos y racimos.
Sentadas á la redonda,
La Cava á todas las dijo
Que se midiesen las piernas
Con un liston amarillo.
Midieronse las doncellas,
La Cava lo mismo hizo,
Y en blancura y lo demas
Grandes ventajas les hizo.
Pensó la Cava estar sola;
Pero la ventura quiso
Que por una celosia
Mirase el rey Don Rodrigo.
Puso la ocasion al fuego,
Y sacóla cuando quiso.
Y amor batiendo las alas
Abraóle de improviso.
Fuéron del jardin las damas
Con la que habia rendido
Al Rey con su hermosura,
Con su donaire y su brio.
Luego la llamó al retrete,
Y estas palabras le dijo :
— Sabrás, mi florida Cava ²,
Que de ayer acá no vivo;
Si me quieres dar remedio
A pagártelo me obligo
Con mi cetro y mi corona,
Que á tus aras sacrificio. —
Dicen que no respondió,
Y que se enojó al principio;
Pero al fin de aquesta plática
Lo que mandaba se hizo.
Florinda perdió su flor,
El Rey quedó arrepentido,
Y obligada toda España
Por el gusto de Rodrigo.

Si dicen quién de los dos
La mayor culpa ha tenido,
Digan los hombres «La Cava,»
Y las mujeres «Rodrigo.»

(DEPPING, *Romancero castellano*.)

¹ Parécese mucho el lance aquí referido, al de David con Bersabé.

² Cava se traduce: *mala mujer*, y parece muy impropio que Rodrigo galantease á su querida con un apodo, que despues adquirió por haber sido causa de la pérdida de España.

587.

AL MISMO ASUNTO.

(Anónimo.)

Por el jardín de las damas
Se pasea el rey Rodrigo,
Por alargar la cadena
A un pensamiento rendido.
No le alegran de las fuentes
La hermosura y artificio,
Ni advierte la nueva rosa,
Ni le alegra el blanco lirio.
Después que en confusos pasos
Dió vuelta al alegre sitio,
Arrimóse á un duro tronco
De un inútil roble antiguo.
Junto á unas yerbas ingratas,
Al sol, al aire, al rocío,
Tristes y amarillas flores,
Y él mas flaco y amarillado,
Con claros y humildes ojos,
De un ardiente amor vencido,
Dice: — De cuatro elementos
Los tres combaten conmigo;
El fuego tengo en mi pecho,
El aire está en mis suspiros,
Toda el agua está en mis ojos,
Autores de mi castigo,
Quedándome solo el cuarto,
Que es en tierra convertido,
Pues una dichosa muerte
Vence todos enemigos.
Entrégome en estas plantas,
Cava, por poner olvido,
Y ellas mismas me acrecientan
La memoria y el peligro;
Que viendo estas verdes ramas
Veo el rostro peregrino
De esos bellísimos ojos
Que son de mi pena olvido.
La dureza d'este tronco,
Que agora es mi triste arrimó,
Me muestra la d'ese pecho
Donde amor no hizo tiro,
Y no es bien qu'estas memorias
Quiten el libre albedrío,
Y me den las dulces plantas
El mas emperrado alivio
Que se dió al mas bajo cuerpo,
Torpe, necio y mal nacido,
Teniéndote, Cava, sola
Por mi bien y paraíso.—

(*Romancero general*.)

588.

AL MISMO ASUNTO.

(Anónimo¹.)

Revuelta en sudor y llanto,
Desmelenado el cabello,
El rostro blanco encendido
De dolor, vergüenza y miedo;
Las manos de un hombre asidas,
Rey poderoso y mancebo,

Una mujer flaca y sola,
Ausente del padre y deudos
Así le dice á Rodrigo,
Ya por voces, ya por ruegos,
Como si ruegos y voces
Valieran en tales tiempos.
— No quieras, señor, le dice,
Sol del español imperio,
Escurecer con tus rayos
La nube de mi deseo.
La Cava soy de tu fuerza,
Aunque al muro de mi pecho
La barbicana le falta,
De todos es padre el cielo.
Sirviéndoos la tiene el mio
Desde el primer bozo negro:
Mancebo le distes cargos,
Cargaisle de afrentas viejo:
Con la sangre de mi honra
No se tiña el honor vuestro
Mirad que eclipse de sangre
En reyes es mal agüero.
Mientras él vierte la suya
Defendiendo vuestros reinos,
En otra batalla infame
La suya estáis ofendiendo.
Temed, temed ofendelle,
Que podrá vengarse un tiempo,
Pues los nobles y soldados
Vos sabeis si son soberbios;
Y si ley, Dios, honra y padre
No estorban vuestros deseos,
Soy Cava, y seré principio
De vuestros daños eternos.—
Rodrigo, que solo escucha
Las voces de sus deseos,
Forzóla y aborrecióla,
Del amor propios efectos.
Quedóse dando suspiros,
Porque al fin de tales hechos,
Si con extremo se ama,
Se aborrece con extremo.

(MADRIGAL, *Segunda parte del Romancero general*.)

¹ Es igual, con algunas variantes, al del *Romancero general*, que dice: *Envuelto en sudor y llanto*.

589.

AL MISMO ASUNTO.

(Anónimo.)

Amores trata Rodrigo:
Descubierto há su cuidado;
A la Cava se lo dice
De quien anda enamorado.
— Mira, mi querida Cava,
Mira agora que te hablo:
Darte he yo mi corazón,
Y estaría á tu mandado.—
La Cava, como es discreta,
Como burlas lo ha tomado.
Respondió muy mesurada
Y el gesto bajó humillado:
— Pienso que burla tu Alteza,
O quiere probar el vado:
No me lo mandeis, señor,
Que perderé gran ditado.—
Don Rodrigo le responde,
Que conceda lo rogado;
Que d'estos reinos de España
Puede hacer á su mandado.
Ella hincada de rodillas,
El la estaba enamorando:
Sacándole está aradores
De su odorífera mano.
Fué á dormir el Rey la siesta:
Por la Cava ha enviado:
Cumplió el Rey su voluntad

Mas por fuerza que por grado,
 Por lo cual se perdió España
 Por aquel tan gran pecado.
 La maldita de la Cava
 A su padre lo ha contado.
 Don Julian, qu'es el traidor,
 Con moros se ha concertado
 Que destruyesen á España,
 Por lo haber así jurado.

(Cancionero, Flor de enamorados. — II. Silva
 de varios Romances.)

590.

QUÉJASE LA CAVA VIÉNDOSE VIOLADA.

(Anónimo.)

Dando suspiros al aire,
 Y lágrimas á la tierra,
 ¡Qué tiernamente que llora!
 Qué justamente se queja
 La malograda Florinda,
 A quien España celebra
 Por primera en hermosura,
 Y en las desgracias primera!
 Enamorada, suspira,
 Despreciada, desespera;
 Que siente mas de Rodrigo
 El desprecio, que la fuerza.
 — Pudieras, ingrato amante
 Cuando intentastes mi afrenta,
 Medir á mi honor tu gusto,
 Tu traicion á mi inocencia.
 No lloro yo haber perdido
 Contigo la mejor prenda,
 Sino el modo con que ganas
 Sin que desquitarme pueda.
 Fullero de amor has sido:
 Dirás que fué cosa cierta,
 Para engañarme, agradable,
 Y para olvidarme, fea.
 A tus cautelosos ruegos
 Siempre di sordas orejas,
 Previendo, temerosa
 De tu poder, tal ofensa.
 ¡Quién de un rey imaginara
 Que en tal ocasion tuviera
 Solicitudes humildes
 Y pretensiones soberbias!
 Si solicitas vengarte,
 Mal tu venganza conciertas,
 Que mi sangre fué la causa
 De esta honrosa resistencia.

(Primavera y Flor de Romances, 2.^a parte.)

591.

DE CÓMO LA CAVA ESCRIBIÓ Á SU PADRE SU AFRENTA, Y LE
 PIDE VENGANZA.

(De Juan de Timonedá ⁴.)

Cartas escribe la Cava:
 La Cava las escribia
 A ese conde Don Julian
 Que en allende residia:
 No eran cartas de placer,
 Ni eran cartas de alegría,
 Sino de tristeza y lloro
 Para España y su valía.
 Lo que en las cartas escribe
 D'esta manera decia:
 — «Muy ilustre señor padre,
 »El mayor que hay en Castilla,
 »Trujisteme en esta córte
 »Como hija muy querida,
 »Para servir á la Reina
 »Y estar en su compañía,

» Con otras hijas de grandes
 » Y dueñas de alta estima.
 » Ese gran rey Don Rodrigo,
 » No mirando lo que hacia,
 » Enamoróse de mi,
 » Y de mi gran lozania.
 » Muchas veces me lo dijo
 » Con amor y cortesia,
 » Que mi hermosura y gala,
 » Para un rey pertenecia,
 » Y que diese yo lugar,
 » Pues en mí estaba su vida,
 » De cumplir su mal deseo,
 » Y su tan loca porfia;
 » Mas á cuanto él me hablaba
 » Yo jamas le respondia,
 » Por ser hija de quien soy,
 » Y de castidad ceñida.
 » No despues de dias muchos
 » Que esta plática seria,
 » Sin saberlo yo, ¡cuitada!
 » Entró donde yo dormia,
 » Y con fuerza muy forzosa
 » Me quitó la honra mia.
 » Debeis de vengar, señor,
 » Esta tan gran villanía,
 » Y ser Bruto, el gran romano,
 » Pues el Tarquino se hacia;
 » Si no, yo seré Lucrecia,
 » La que dió fin á su vida.»

(TIMONEDA, Rosa española. — II. Wolf, Rosa de
 romances.)

⁴ De la Crónica del rey Don Rodrigo.

592.

EL CONDE JULIAN JURA VENGAR DE RODRIGO LA VIOLENCIA
 HECHA Á SU HIJA.

(Anónimo.)

— ¡Oh canas ignominiosas,
 Dice el señor de Tarifa,
 Provocadas á venganza,
 Y de su rey ofendidas! —
 Cantidad esparce al viento
 Cual hebras de plata lisa,
 Que con rigurosa mano
 De barba y cabeza quita;
 Hierre el venerable rostro,
 Donde dos fuentes se vían
 Que con abundante vena
 Hacen mayor su desdicha.
 Ya mira ofendido al suelo,
 Ya con altas manos mira
 Al estrellado dosel
 Testigo de su fatiga.
 — ¡Oh misera suerte! dice,
 ¡Afrentosa, ejecutiva!
 ¡Villana sin exempcion,
 Que á la nobleza aniquila!
 ¡Oh Rey inconsiderado,
 Tan obediente á tu vista,
 Cuan presto á mí deshonor
 Y al de mí cuitada hija!
 Deme la justa venganza
 Quien de mi diestra limita
 El poder, que justo pide
 Quien pide al cielo justicia.
 No se espanten los que oyeren
 Alguna cosa indebida;
 Que rey tirano y aleve
 Vasallos traidores cria.
 ¡Vive el cielo que ha de ser
 De España total ruina
 La torpeza de mi rey
 En mi sangre cometida!
 Pagarán los inocentes

De su señor la malicia ;
 Que no aguarda ménos , reino
 Do rey tirano administra :
 Que estos suelen ser verdugos ,
 Por disposicion divina ,
 Muchas veces de sus gentes ,
 Como fuéron Mario y Sila.
 Yo tomara , Dios lo sabe ,
 Si me fuera concedida ,
 De otra suerte esta venganza ,
 No tan atroz ni sanguina ;
 Mas no me será posible :
 Entre el libio por Tarifa ,
 Tale , robe , asuele y mate
 En mi estado y tierras mismas.
 Ya la suerte va rodando
 Para siniestra ó propicia ;
 El dado va por la tabla ,
 No hay quien el correr le impida.
 ¡Vive Dios , que el torpe Rey
 Por bien que le acuda y diga ,
 Que ha de dejar d'esta vez
 La honra , el cetro y la vida !
 ;No hay mas de hacer sinrazones
 Y ejecutar sus delicias ,
 Fiaos con que en el suelo
 Su maldad no se castiga ?
 ;Cielo , que enmiendas agravios
 Con balanza justa y lisa ,
 Los d'este agraviado viejo
 Con piadosos ojos mira ! —
 Esto el conde Don Julian
 Leyendo un papel decia
 Que recibió de la Cava ,
 Contándole sus desdichas.

(Romancero general.)

593.

TRAICION DEL CONDE JULIAN 1.º

(De Gabriel Lobo Laso de la Vega.)

Con rigurosas señales
 Está el cielo amenazando
 Al descuidado Rodrigo ,
 Futuro mal denunciando.
 Cometas , con largas colas ,
 Ven con sanguinoso rastro ,
 Y bajar rayos al suelo
 En dia sereno y claro.
 Oyen aullidos de perros
 En los campos y poblados ,
 Y en las hondas sepulturas
 Triste gemir de finados ,
 Y en sus cuevas las serpientes
 Dar silbos roncros y extraños :
 Sint óse temblar la tierra
 Abierta por muchos cabos
 Y por la region del aire
 Pelear hombres armados ,
 Y en los desiertos , de noche
 Ruido , bien como cuando
 Dos gruesas haces se embrenan
 Confusas voces sembrando.
 Temerosa estaba España ;
 Mas Rodrigo descuidado ,
 Que un lascivo pensamiento
 Le trae de sentido falto.
 Tanta fuerza tiene amor
 En quien no le da de mano ,
 Que sujeta la razon
 Y se rie del mas sabio.
 En esto andaba Rodrigo ,
 No en los agüeros pensando ,
 Ni en cómo de España iria
 Los limites dilatando ;
 Ni cómo á la sangre goda

Mayor nombre dé su brazo :
 Solo con amor vacila ,
 Con amor solo es su trato ;
 En la Cava solo piensa ,
 No hay sin Cava alegre rato ,
 Y todo cuanto no es ella
 Es tiempo mal empleado ;
 Que esta es la vida ordinaria
 En cualquier enamorado.
 Habia Rodrigo á la Cava
 Su dolor manifestado ,
 A quien siempre halló firme
 En un propósito casto.
 Mas como trae la ocasion
 Crin donde le echar la mano ,
 Y sea el medio mejor
 Para alcanzar lo intentado ,
 Hallóla Rodrigo , y tal
 Cual la demandaba el caso ;
 Porque como siempre estaba
 La Cava dentro en palacio
 En servicio de la Reina ,
 Iba la vista cebando ,
 Con cuya continuacion
 Crece el amor de lo amado.
 Al fin , tomando por fuerza
 Lo que le era denegado ,
 Gozó de la bella Cava :
 ;Hecho , en rey , por cierto malo !
 Vino el conde Don Julian ,
 Padre d'ella , que enviado
 Fué á Roma con embajada ¹
 Por el Rey con celo cauto ,
 Para poder conseguir
 Su intento mas á su salvo :
 A quien la Cava se queja
 De la fuerza y duro raptó.
 Tomólo el Conde de suerte ,
 Que para poder vengarlo ,
 Viéndose falto de fuerzas
 Movió con los moros trato ,
 En que á España les daría
 Siendo d'ellos ayudado ,
 Y entrada por Algecira ,
 O por Tarifa , su estado ,
 Donde á la Cava llevó ,
 Y á su mujer , convocando
 Criados , amigos , deudos ,
 Que era el Conde emparentado ,
 Para el efecto ya-dicho :
 ;Tanto indigna un tal agravio ,
 Que obliga á un hombre á perder
 Vida , honra , alma y estado !

(LOBO LASO DE LA VEGA, Romancero y trage dias, etc. de.)

¹ Los poetas de esta época ya no se atenan á las crónicas ni á la historia , y ponian de suyo ó de lo que en otros tomaban , aplicado á diversos sugetos y fábulas , todo lo que creian conveniente para dar interes á sus composiciones. Por eso en este romance , para motivar la ausencia de Don Julian , se le supone ido de embajador á Roma , como en otros se suponen ejercitos y reyes españoles empleados en conquistar la tierra Santa.

594.

AL ASUNTO ANTERIOR.

(Anónimo.)

En Ceuta está Don Julian ,
 En Ceuta la bien nombrada :
 Para las partes de aliende
 Quiere enviar su embajada ;
 Moro viejo la escribia ,
 Y el Conde se la notaba :
 Despues de haberla escripto ,
 Al moro luego matara.
 Embajada es de dolor ,
 Dolor para toda España :

Las cartas van al rey moro,
 En las cuales le juraba
 Que si le daba aparejo
 Le daré por suya España.
 España, España, ¡ay de tí!
 En el mundo tan nombrada,
 La mejor de las partidas,
 La mejor y mas ufana,
 Donde nace el fino oro
 Y la plata no faltaba,
 Dotada de hermosa,
 Y en proezas extremada;
 Por un perverso traidor
 Toda eres abrasada,
 Todas tus ricas ciudades
 Con su gente tan galana
 Las domeñan hoy los moros
 Por nuestra culpa malvada,
 Si no fueran las Asturias,
 Por ser la tierra tan brava.
 El triste rey Don Rodrigo,
 El que entonces te mandaba,
 Viendo sus reinos perdidos
 Sale á la campal batalla.
 El cual en grave dolor
 Ensaña su fuerza brava;
 Mas tantos eran los moros,
 Que han vencido la batalla.
 No parece el rey Rodrigo,
 Ni nadie sabe do estaba.
 Maldito de tí, Don Oppas,
 Traidor y de mala andanza:
 En esta negra conseja
 Uno á otro se ayudaba.
 ¡Oh dolor sobremanera!
 Oh cosa nunca pensada!
 Que por solo una doncella,
 La cual Cava se llamaba,
 Causen estos dos traidores
 Que España sea domeñada,
 Perdido el Rey y señor.
 Sin nunca del saber nada.

(Cancionero de Romanes.)

593.

DE CÓMO EL REY RODRIGO PERDIÓ LA BATALLA DE GUADALETE,
 Y LOS MOROS GANARON LA ESPAÑA.

(De Gabriel Lobo Laso de la Vega.)

Del conde Julian traidor,
 Moros entran por Tarifa:
 Juntanse con los cristianos
 Que su favor atendien,
 Y en la desciudada tierra
 Dan principio á su conquista.
 Roban, destruyen y atalan
 La fértil Andalucía,
 Sin hallar defensa alguna,
 Que ya olvidado tenian
 El militar ejercicio,
 Porque derribado habian
 Las murallas y castillos
 Por orden del rey Bectisa,
 Indigno de que se tenga,
 De que fué godo, noticia;
 Que del que procede mal
 Solo es bien que mal se diga,
 Y se calle de á do viene,
 Pues á decirlo no obliga.
 Hizo tambien de las armas,
 En los godos tan temidas,
 Hacer azadones, rejas,
 Y herramientas infinitas
 Para cultivar los campos,
 Temiendo que su malicia
 Y abominables pecados
 Los reinos levantarían.

Pero no fué sin castigo.
 Que el cielo todo lo mira:
 Pues como seguros puertos
 Miramamolín tenia,
 Echó doce mil caballos
 En Gibraltar y Algecira,
 Y mas de cien mil peones
 Expertos en la milicia.
 Caudillos, Muza y Tarife,
 Dos moros de mucha estima,
 Sin otros seis mil cristianos,
 Que llamaban Julianistas,
 Que la parte del mal Conde
 Con tal nombre defendian.
 Sabido por Don Rodrigo
 La gran traicion cometida,
 Y el estrago que los moros
 Tan á su salvo hacian,
 Añadiendo yerro á yerro
 Hizo que con grande prisa
 Fuese el príncipe Don Sancho,
 No tan bien cual convenia,
 A resistir á los moros
 De Castilla la venida:
 Porque muriendo en la guerra
 Ningun contraste tendria.
 Murió el mozo valeroso
 Haciendo lo que debia,
 Con el infante Eyller,
 Otro hermano que tenia.
 Viendo el Rey las muchas quejas
 De su reino, y la ruina,
 Ir por su propia persona
 A la guerra determina,
 Y así partió de Toledo,
 Y entró en el Andalucía
 Con gente, aunque de armas falta,
 Mucha en número y lucida,
 Bisoña, sin experiencia
 En la militar doctrina,
 Porque con las largas paces
 Todo olvidado lo habian.
 Digo pues, por no cansar
 Con historia tan sabida,
 Que peleando ambos campos
 Con igualdad siete dias,
 Sin conocerse ventaja,
 Do mucha gente moria,
 La parte de los cristianos
 A los ocho fué vencida,
 Por la gran traicion que hicieron
 Dos hijos del rey Bectisa,
 Capitanes de Rodrigo:
 Que fué ponerse en huida,
 Como que ya con los moros
 Tratado así lo tenian,
 Huyó el Rey de la batalla
 Viéndola rota y vencida,
 Habiendo con gran esfuerzo
 Peleado todo el dia:
 El cual cansado y herido
 Dicen que llegó á una ermita,
 Donde haciendo penitencia
 En breve acabó su vida.
 Continuaron pues los moros
 Sin defensa, la conquista
 En ocho meses, haciendo
 De libre, á España cautiva.
 La sujetaron á toda,
 Salvo á Asturias y Galicia,
 A Vizcaya y á Guipúzcoa,
 Por la aspereza que crian;
 Donde la acosada gente
 Se fué que escapado habia
 Del alárabe furor
 Habiendo muerto infinita.
 Y no el valor de los moros
 Es de creer se extendia
 A ser señores de España

Sin providencia divina,
Que como premia á los buenos,
Tambien los malos castiga
Cuando con perseverancia
Va delante su malicia.

(LORO LASO DE LA VEGA, *Romancero y tragedias*, etc. de.)

596.

AL MISMO ASUNTO.

(Anónimo.)

De lo mas alto de un monte,
A quien Guadalete baña,
Mirando estaba Lisberto
La temerosa batalla.
Mira que los españoles
Y bravos godos desmayan,
No pudiendo resistir
La mahomética saña.
Dice con cansada voz
El Infante estas palabras,
Contemplando la ruina
De toda la gente hispana:
« ¡ Ay España, España,
Que culpa no mereces y te abrasas! »
¡ Oh cruda causa,
Y mas traidor Rodrigo,
Que por tu torpe amor fué tal castigo!
¡ Ay dulce patria querida,
De tantos grados honrada
A costa de noble sangre
En su amparo derramada!
¡ Ay madre honrada del mundo,
Y de un hijo deshonrada,
Que sin ser nada, le hiciste
Rey, para hacerte nada!
El sér le diste de rey,
Y desconocido paga
Tan subido beneficio
Con deshonrar á la Cava,
« ¡ Ay España, etc. »
¡ Oh traidor conde Julian!
¡ En qué te ofendió tu patria?
Di ¿ por qué el pecado ajeno
Lo haces su propia causa?
Si Rodrigo te ofendió,
Matárasle, y abrasaras
Su linaje, sus parientes,
Su vida, su honor, su casa;
Mas en efecto un traidor
Ningunos respetos guarda
A patria, padre, ni rey,
Si la traicion es pensada.
« ¡ Ay España, España,
Que culpa no mereces y te abrasas! »

(*Romancero general*. — It. MADRIGAL, *Segunda parte del Romancero general*.)

597.

RODRIGO FUGITIVO Y DERROTADO.

(Anónimo.)

De las batallas cansado
Se sale el rey Don Rodrigo,
La cabeza sin almete
Y el arnes todo rompido,
La una rienda en una mano,
Y el un estribo perdido.
Por do el caballo lo lleva
Por allí va sin sentido.
Por un arroyo zarzoso
El caballo lo ha metido.
Echó la corona en tierra

Y aquesto habie referido:
— ¡ Desdichado caballero!
Desdichado rey Rodrigo!
¡ Ayer eras rey de España,
Y hoy no tienes un castillo!
Por un pequeño placer
Metiste á España á cuchillo. —

(RODRIGUEZ, *Romancero historiado*.)

⁴ Este romance, que es un fragmento glosado por Lúcas Rodríguez, se ha entresacado de la glosa que de él hizo.

598.

AL MISMO ASUNTO.

(Anónimo.)

Quando las pintadas aves
Mudas están, y la tierra
Atenta escucha los rios
Que al mar su tributo llevan,
Al escaso resplandor
De cualque ⁴ luciente estrella
Que en el medroso silencio
Tristemente centellea;
Teniendo por mas segura
Del traje humilde la muestra,
Que la acechada corona,
Ni la envidiada riqueza;
Sin las insignias reales
De la majestad soberbia,
Que amor y temor de muerte
Junto á Guadalete dejan,
Bien diferente de aquel
Que ántes entró en la pelea
Rico de joyas, que al godo
Dió la victoriosa diestra;
Tintas en sangre las armas,
Suya alguna, y parte ajena,
Por mil partes abolladas
Y rotas algunas piezas;
La cabeza sin almete,
La cara de polvo llena,
Imágen de su fortuna
Que en polvo la ve deshecha,
En Orelia su caballo
Tan cansado ya, que apenas
Mueve el presuroso aliento,
Y á veces la tierra besa,
Por los campos de Jerez,
Gelboe florosa y nueva,
Huyendo va el rey Rodrigo
Por montes, valles y sierras.
Tristes representaciones
Ante los ojos le vuelan;
Hiere el temeroso oido
Confuso estruendo de guerra;
No sabe donde mirar,
De todo teme y recela;
Si al cielo, teme su furia,
Porque hizo al cielo ofensa;
Si á la tierra, ya no es suya,
Que la que pisa es ajena:
Pues, si dentro de sí mesmo,
Con sus memorias se encierra,
Mayor campo de batalla
Dentro el alma le apareja,
Y entre sollozo y suspiros
Así el rey godo se queja:
— ¡ Desventurado Rodrigo,
Si esto en otro tiempo hicieras
Y huyeras de tus deseos
Al paso que ahora llevas
Y á los asaltos de amor
No mostraras la flaqueza,
Tan indigna de hombre godo,
Y mas de rey que gobierna,
Gozara su gloria España

Y aquella fuerte defensa,
 Que ya por el suelo yace
 Y el color trueca á las yerbas!
 Amada enemiga mia,
 De España segunda Elena,
 ;Oh si yo naciera ciego,
 O tú sin beldad nacieras!
 Pedernal fué tu hermosura,
 Y yo el eslabon y yesca,
 Que las centellas cogi
 En que el mundo se arde y quema.
 Fuerza fué la que te hize;
 Mas tambien mirar debieras,
 Que tu beldad poderosa
 Usó conmigo de fuerza.
 Eres mar tempestuoso,
 Y entendí que Cava eras;
 Mas lo uno y lo otro fuistes,
 Pues que me acabas y anegas.
 ;Maldito sea el punto y hora
 Que al mundo me dió mi estrella!
 ;Pechos que me dieron leche,
 Mejor sepulcro me dieran!
 ;Pagara á la tierra el censo,
 Y en su soledad durmiera
 Con los cónsules y reyes,
 O con los plebeyos d'ella!
 ;Quitárale á la fortuna
 Carro en que triunfar pudiera,
 Y un Rodrigo para España,
 Materia de tantas quejas!
 ;Traidor conde Don Julian!
 Si uno solo es el que yerra,
 ;Por qué tan injustamente
 Hiciste comun la pena?
 Matárame á puñaladas,
 Pues pudiste, y bien hicieras;
 Mas si el traidor es cobarde
 Jamas hace cosa buena.
 No ofendi yo al africano,
 ;Por qué africano te venga?
 ;Oh si este agudo puñal
 Rasgara tus falsas venas!—
 Mas iba á decir Rodrigo,
 Pero las palabras medias
 Las arrebató el enojo
 Y entre los dientes las quiebra.
 Cayó muerto su caballo,
 Y librando de las piernas,
 Hizo el arzon almohada
 Mientras huyen las tinieblas,
 Y diciendo :—Adios, España
 Que el bárbaro señorea,—
 Junto á su Orelia querido
 La luz enemiga espera.

(Romancero general.)

¹ *Cualque*, es un italianismo que indica ser el romance de fines del siglo xvi ó principios del xvii. En tiempo de Cervantes ya empezaban los italianismos de esta clase, y como se ve por *El Quijote*, se hallaban admitidos en el lenguaje vulgar, porque los introdujeron los soldados que volvian de las guerras de Italia.

599.

AL MISMO ASUNTO.—III.

(Anónimo ¹.)

Las huestes del rey Rodrigo
 Desmayaban y huían
 Cuando en la octava batalla
 Sus enemigos vencian.
 Rodrigo deja sus tierras
 Y del real se salia:
 Solo va el desventurado,
 Que no lleva compañía.
 El caballo de cansado,
 Ya mudar no se podia:

Camina por donde quiere,
 Que no le estorba la via.
 El Rey va tan desmayado
 Que sentido no tenia:
 Muerto va de sed y hambre,
 Que de velle era mancilla;
 Y va tan tiño de sangre,
 Que una brasa parecia.
 Las armas lleva abolladas,
 Que eran de sangre perdida;
 La espada lleva hecha sierra
 De los golpes que tenia;
 El almete de abollado
 En la cabeza se hundia;
 La cara llevaba hinchada
 Del trabajo que sufría.
 Subióse encima de un cerro
 El mas alto que veía:
 Desde allí mira su gente
 Cómo iba de vencida.
 De allí mira sus banderas,
 Y estandartes que tenia,
 Cómo están todos pisados
 Que la tierra los cubria.
 Mira por los capitanes
 Que ninguno parescía;
 Mira el campo tinto en sangre,
 La cual á arroyos corría.
 El triste de ver aquesto
 Gran mancilla en si tenia;
 Llorando de los sus ojos
 D'esta manera decia:
 —Ayer era rey de España²,
 Hoy no lo soy de una villa;
 Ayer villas y castillos,
 Hoy ninguno poseía;
 Ayer tenia criados
 Y gente que me servía,
 Hoy no tengo una almena
 Que pueda decir que es mia.
 Desdichada fué la hora,
 ;Desdichado fué aquel dia
 En que nací y heredé
 La tan grande señoría,
 Pues lo habia de perder
 Todo junto y en un dia!
 ;Oh muerte! ;por qué no vienes
 Y llevas esta alma mia
 De aqueste cuerpo mezquino,
 Pues te se agradecería?

(Cancionero de Romances.)

¹ Véase la nota del del número 602.

² De este trozo entresacó Cervantes tres versos que cita en la parte II, cap. xxvi del *Quijote*, donde los acopla del modo siguiente:

Ayer era rey de España,
 Y hoy no tengo una almena
 Que pueda decir que es mia.

600.

LEGAN NUEVAS Á LA REINA, DE LA DERROTA DE GUADALETE.

(Anónimo.)

Ya se sale de la priesa
 El rey Rodrigo cansado;
 Pusierase hácia una parte
 Por de allí mirar su campo:
 Ve que su gente se apoca,
 Y que ya va desmayando.
 Desque esto vido Rodrigo
 No pudo de mas mirallo,
 Porque bien ve que los suyos
 Ya no pueden soportallo.
 Volvió las riendas apriesa,
 Da de espuelas al caballo;
 Huyendo va á mas andar

Por un dromedal abajo.
 Vió huir Aliastras,
 Un su capitán honrado ;
 Acordó seguir tras él,
 Pero no pudo él hallarlo.
 Desde que vió que no le halla,
 A Toledo hubo llegado,
 Donde quedara la corte,
 Y la Reina había quedado.
 Pesábase por llevar
 De su rey tan mal recaudo ;
 En entrando por la puerta
 Comenzó á decir llorando :
 — Ya, señora, no sois reina,
 Ya no tenéis ningún mando,
 Porque en ocho batallas
 Perdiste todo el Estado :
 Perdisteis el rey Rodrigo
 El vuestro marido honrado,
 Porque le vi ir huyendo
 Muy malamente llagado,
 Y que á la hora de agora
 Será muerto ó cativado.—
 La Reina sin oír mas
 Cayó tendida en su estrado :
 Después de grandes cuatro horas
 En su sentido ha tornado :
 Mandó á Aliastras que cuente
 Todo como había pasado.
 Aliastras se lo cuenta,
 Que nada había dejado.
 La Reina con gran congoja
 Dijo : — Ya lo he yo tragado,
 Porque la noche pasada
 Un mal sueño había pasado,
 Y es que via el rey Rodrigo
 Con el gesto muy airado,
 Con ojos vueltos en sangre,
 Que iba muy apresurado
 Para ir vengar la muerte
 Del desdichado Don Sancho,
 Y que se volvia sangriento,
 Y su cuerpo mal llagado,
 Y que llegaba á mi
 Y me tiraba del brazo,
 Y decia estas palabras
 Muy fuertemente llorando :
 « Quédate adios, Reina triste,
 Quédate adios, que me parto ;
 Los moros me han ya vencido,
 Los moros me han soyogado.
 No cures llorar mi muerte,
 No cures llorar tu Estado,
 Procurate de esconder
 Allá en lo mas apartado ;
 Vete luego á las montañas
 De aquel reino Asturiano,
 Porque no hay otro remedio
 Si quieres quedar en salvo,
 Porque España y lo demas
 Todo está ya sujetado. »

(*Cancionero de Romances.*)

601.

LA PÉRDIDA DE ESPAÑA POR RODRIGO.

(*De Lorenzo de Sepúlveda.*)

Triste estaba Don Rodrigo,
 Desdichado se llamaba ;
 Gimiendo estaba y llorando
 La gran pérdida de España,
 No solo porque la pierde,
 Mas porque d'ello fué causa,
 Porque dió bestial amor
 A esa maldita la Cava.
 Si al Rey d'aquesto le plugo,
 A la Cava le pesaba ;
 Mas su padre Don Julian

Ha tomado la venganza.
 El y su malvada hija
 En Berbería se pasan
 Con el obispo Don Oppas,
 Que con él se concertaba.
 Hace trato con los moros,
 Venden la tierra cristiana ;
 Entraron por Gibraltar
 Como quien entra en su casa.
 Ganan á Málaga y Ronda,
 Antequera con Granada,
 Toda Castilla la Vieja,
 Que ninguno lo estorbaba,
 Sino el triste rey Rodrigo
 Que hobo con ellos batalla,
 De donde salió vencido,
 Ya que la noche cerraba.
 Llamándose va cuitado,
 Su persona denostaba ;
 Los ojos mirando al cielo
 Con gran pena lamentaba ;
 Quéjase de su ventura,
 D'esta suerte razonaba :
 — ¡ Oh mal venturoso rey,
 Postrer godo que reinaba,
 Hoy pierdes tu tierra y reino,
 Fortuna lo trastornaba !
 ¡ Oh conde Don Julian !
 ¡ Maldita sea tu saña,
 Que gran crueldad has mostrado
 Contra la triste de España !
 Yo malo, que obré el pecado,
 Merecía haber la paga.
 ¡ Maldita sea la tu hija
 Que de tan gran mal fué causa !
 ¡ Mis ojos sean malditos
 Que su hermosura miraran,
 Que á no mirarla ellos
 Todo este mal se excusaba !
 ¡ Oh gran Dios de cielo y tierra !
 Perdona esta mi alma :
 No mireis, justo Señor,
 Su pecado, pues pagaba
 El cuerpo que lo tal hizo ;
 A ella haced librada.—
 Y con gemidos crecidos,
 Sus ojos tornados agua,
 Entrara por un jara !
 Sus vestidos desnudaba.
 Perdióse el rey Don Rodrigo,
 Que hasta agora no se halla ;
 Los moros signen victoria
 Hasta la Peña horadada.
 Hizoles cara Pelayo,
 Ese duque de Cantabria,
 Que con su sobrado esfuerzo
 De lo perdido ganaba,
 Con las gentes que han huido,
 A Asturias de Santillana.
 Dióle Dios muy gran victoria,
 Que hasta Leon cobraba ;
 Toman todos corazon
 Sobre la gente pagana.
 Otros reyes sucedieron
 Que lo perdido ganaran,
 Hasta el Quinto Fernando
 Que el Católico llaman,
 Que con su esfuerzo ganó
 El buen reino de Granada.

(*SEPÚLVEDA, Romances nuevamente sacados, etc.*)

602.

PROFECÍA SOBRE LA CONQUISTA DE ESPAÑA POR LOS MOROS.

(*Anónimo 1.*)

Los vientos eran contrarios,
 La luna era crecida,

Los peces daban gemidos
 Por el tiempo que hacia,
 Cuando el rey Don Rodrigo
 Junto á la Cava dormía,
 Dentro de una rica tienda
 De oro bien guarnecida.
 Trescientas cuerdas de plata
 La su tienda sostenían,
 Dentro habia cien doncellas
 Vestidas á maravilla;
 Las cincuenta están tañendo
 Con muy extraña armonía:
 Las cincuenta están cantando
 Con muy dulce melodia.
 Allí hablara una doncella
 Que Fortuna se decia:
 —Si duermes, buen rey Rodrigo,
 Despierta por cortesía,
 Y verás tus malos hados,
 Tu peor postrimería,
 Y verás tus gentes muertas
 Y tu batalla rompida,
 Y tus villas y ciudades
 Destruídas en un día.
 Castillos y fortalezas
 Otro señor las regia.
 Si me pides quién lo ha hecho,
 Yo muy bien te lo diría:
 Ese conde Don Julian
 Por el amor de su hija,
 Porque se la deshonraste
 Y mas d'ella no tenia.
 Juramento viene haciendo
 Que te ha de costar la vida.—
 Despertó muy enojado
 Con aquella voz que oía;
 Con cara triste y penosa
 D'esta suerte respondia:
 —Mercedes á ti, Fortuna,
 D'esta tu mensajería.—
 Estando en esto llegó
 Uno que nuevas traía,
 Como el conde Don Julian
 Las tierras le destruía.
 Apriesa pide el caballo
 Y al encuentro le salía;
 Los enemigos son tantos
 Que esfuerzo no le valia;
 Que capitanes y gentes
 Huía el que mas podia.
 Rodrigo deja sus tierras
 Y del real se salía:
 Solo va el desventurado
 Que no lleva compañía.
 El caballo de cansado
 Menearse no podia;
 Camina por donde quiere,
 Que no le estorba la vía.
 El Rey va tan desmayado,
 Que sentido no tenia;
 Muerto va de sed y hambre,
 Que de verle era mancilla.
 Iba tan tinto de sangre
 Que una brasa parecia;
 Las armas lleva bollandas,
 Que eran de pedrería;
 La espada era una sierra
 De los golpes que tenia;
 El almete de abollado
 La cabeza le hundia;
 La cara llevaba hinchada
 Del trabajo que sufría.
 Subió encima de un cerro,
 El mas alto que allí habia;
 De allí miraba su gente
 Cómo iba de vencida;
 De allí mira sus banderas,
 Y estandartes que tenia
 Cómo están todos pisados

Y la tierra los cubria.
 Mira por los capitanes
 Que ninguno parecia;
 Mira el campo tinto en sangre,
 El cual á arroyos corria.
 El triste de ver aquesto
 Gran mancilla en sí tenia;
 Lloraba de los sus ojos,
 D'esta manera decia:
 —Ayer era rey de España,
 Y hoy no lo soy de una villa;
 Ayer villas y castillos,
 Hoy ninguno poseía;
 Ayer tenia criados
 Y gente que me servía,
 No tengo ahora una almena
 Que pueda decir que es mía.
 ¡ Desdichada fué la hora,
 Desdichado fué aquel día
 En que nací y heredé
 Tan gran reino y señoría,
 Pues lo habia de perder
 Todo junto y en un día!
 ¡ Oh muerte! ¿por qué no vienes
 Y llevas esta alma mía,
 De aqueste cuerpo mezquino,
 Pues se te agradecería?

(TIMONEDA, *Rosa española*. — It. *Floresta de varios romances*.)

⁴ Este romance es el mismo, pero mas completo, que el del número 599. Repitense en él trozos enteros del otro; mas su primera mitad es del todo nueva, y participa mucho del estilo oriental y lirico. Esto hace presumible que sea una reforma de aquel ya citado; pero uno y otro parecen ser compuestos por un juglar ejercitado, mas bien que por un rudo é inartístico poeta

603.

RODRIGO LLORA LA PÉRDIDA DE SU REINO.

(Anónimo.)

Llorando mira Rodrigo
 Las ruinas castellanas,
 Los ejércitos vencidos,
 La venganza de la Cava.
 La licra trompeta escucha
 Que forzosamente llama,
 Y otra vez en su memoria
 Mas le allige y le maltrata.
 Confusos miran los cielos
 La fatal hora menguada,
 Que de lo que Dios no hace
 El mismo cielo se espanta.
 Y el campo grita: «Guerra, al arma, al arma.»
 Y el Rey: «Aquí fué Troya, adios, España.»
 Miran al Rey sin corona,
 Que siendo del cielo dada,
 Sin que el cielo se la quite,
 Ni la tiene ni la halla.
 El mismo polvo medroso,
 Salpicado de las armas,
 Encontrando al Rey, se esconde
 En el sudor de su cara.
 Sonaban las voces tristes,
 Relumbraban las espadas
 Que penetraban sangrientas
 Por las vencidas gargantas.
 Y el campo grita: «Guerra, al arma, al arma.»
 Y el Rey: «Aquí fué Troya, adios, España!»

(*Maravillas del Parnaso*.)

604.

AL MISMO ASUNTO.

(Anónimo.)

Las armas y venas rotas,
 El estoque en sangre tinto,

Huye vergonzosamente
De la batalla Rodrigo.
Ciégale el polvo los ojos,
Y con temor del peligro
Los piés y la razon pierden,
Juntamente los estribos.
Al fin subió como pudo
Sobre un cerrillo propincuo,
Si de alguna suerte sube
Quien de tan alto ha caído.
Mira desde allí la sangre
De aquellos godos antiguos
Vertida en balde y mezclada
Con la de infames morillos;
Mira las cruces bermejas¹,
Divisa del Cristianismo,
Rendidas infamemente
Al estandarte morisco.
Esto contempla, y tras esto
Sus dos ojos vueltos riscos,
Conociéndose culpado
Así razona consigo:
—Justamente ordena el cielo
Que pues á Dios hice guerra,
Perdido el reino del suelo,
Solo para mi consuelo
Tenga siete piés de tierra.
Y si por vanos antojos
Quebré la divina ley,
Hoy me miren estos ojos
Vasallo de mil enojos
Habiéndome visto rey.
También porque mi castigo
Igual á la culpa sea,
El reino da al enemigo;
Porque siendo yo testigo,
El lo goce y yo lo vea.
Y dejame solamente,
Por mejor me deshonrar,
Caballo que me consiente
Huir vergonzosamente,
Y estoque por me matar.

(MADRIGAL, Segunda parte del Romancero general.)

¹ Horrible anacronismo, que coloca las órdenes militares en tiempo de los godos, y ántes de la conquista de España por los musulmanes.

605.

LAMENTO SOBRE LA PÉRDIDA DE ESPAÑA.

(Anónimo.)

Volved los ojos, Rodrigo,
Volvedlos á vuestra España,
Mirad cómo os la destruyen
Vuestros amores y Cava;
Mirad la sangre que vierten
Vuestras gentes en batalla,
Castigo de la inocente
Que fué por vos derramada.
«¡Ay, España,
Perdida por un gusto y por la Cava!»
La honra de los antiguos
Por tantos siglos ganada,
Vos solo por un momento
Perdeis reino, cuerpo y alma.
Acabóse vuestro bien
Y vuestros males no acaban;
Que el mal suele acabar honras
Que acaban la vida y fama.
«¡Ay, España,
Perdida por un gusto y por la Cava!»

(Códice del siglo XVII. — DEPPING, Romancero general.)

606.

RODRIGO PENITENTE, Y SU MUERTE.

(Anónimo.)

Después que el rey Don Rodrigo
A España perdido había,
Ibase desesperado
Por donde mas le placía.
Métese por las montañas
Las mas espesas que vía,
Porque no le hallen los moros
Que en su seguimiento iban.
Topado ha con un pastor
Que su ganado traía,
Dijole:—¿Dime, buen hombre,
Lo que preguntar queria
Es si hay por aquí poblado
O alguna casería
Donde pueda descansar,
Que gran fatiga traía?—
El pastor respondió luego
Que en balde la buscaría,
Porque en todo aquel desierto
Solo una ermita había,
Adonde está un ermitaño,
Que hacia muy santa vida.
El Rey fué alegre de esto
Por allí acabar su vida.
Pidió al hombre que le diese
De comer, si algo tenia:
El pastor sacó un zurrón,
Que siempre en él pan traía;
Dióle dél, y de un tasajo
Que acaso allí echado había.
El pan era muy moreno,
Al Rey muy mal le sabia;
Las lágrimas se le salen,
Detener no las podía
Acordándose en su tiempo
Los manjares que comía.
Después que hubo descansado
Por la ermita le pedía,
El pastor le enseñó luego
Por donde no erraría.
El Rey le dió una cadena,
Y un anillo que traía:
Joyas son de gran valor
Que el Rey en mucho tenia.
Comenzando á caminar,
Cuando el sol se retraía,
A la ermita es ya llegado
Que el pastor dicho le había.
El dando gracias á Dios
Luego á rezar se metía;
Después que hubo rezado
Para el ermitaño se iba:
Hombre es de autoridad,
Que bien se le parecia.
Preguntóle el ermitaño
Cómo allí fué su venida;
El Rey, los ojos llorosos,
Aquesto le respondía:
—El desdichado Rodrigo
Yo soy, que rey ser solía:
Vengo á hacer penitencia
Contigo en tu compañía;
No recibas pesadumbre,
Por Dios y Santa Maria.—
El ermitaño se espanta,
Por consollallo decia:
—Vos cierto habeis elegido
Camino cual convenia
Para vuestra salvacion,
Que Dios os perdonaria.—
El ermitaño á Dios ruega
Por si le revelaria
La penitencia que diese
Al Rey, que le convenia.

Fuêle luego revelado,
De parte de Dios, un día,
Que le meta en una tumba
Con una culebra viva,
Y esto tóme en penitencia
Por el mal que hecho había.
El ermitaño al Rey
Muy alegre se volvía:
Contóselo todo al Rey
Como pasado le había.
El Rey d'esto muy gozoso
Luego en obra lo ponía.
Métese como Dios manda
Para allí acabar su vida,
Y el ermitaño muy santo
Mirale al tercero día.
Dice:—¿Cómo os va, buen Rey?
¿Vaos bien con la compañía?
—Hasta ahora no me ha tocado
Porque Dios no lo quería:
Ruega por mí, el ermitaño,
Porque acabe bien mi vida.—
El ermitaño lloraba,
Gran compasión le tenía:
Comenzóle á consolar
Y esforzar cuanto podía.
Después vuelve el ermitaño
A ver si ya muerto había:
Halla que estaba rezando
Y que gemía y plañía.
Preguntóle cómo estaba:
—Dios es en ayuda mía,
Respondió el buen rey Rodrigo:
La culebra me comía²:
Cómeme ya por la parte
Que todo lo merecía,
Por donde fué el principio
De la mi muy gran desdicha.—
El ermitaño lo esfuerza,
El buen Rey allí moría:
Aquí acabó el rey Rodrigo,
Al cielo derecho se iba.

(*Cancionero de romances.*— II. TIMONEDA, Rosa española. — II. Silva de varios romances. — II. Floresta de varios romances.)

¹ Es una de las composiciones que merecen el nombre de populares; pero se advierte desde luego en ella una reforma considerable, hecha con mucha posterioridad, del romance primitivo, pues su lenguaje y consecuencia en los consonantes demuestran demasiado el arte y el cuidado con que se han buscado.

² La lección de Cervantes en estos versos es:

Ya me comen, ya me comen
Por do mas pecado había.

(*Quijote*, part. II, cap. XXXVI.)

EPOCA DEL REY DON PELAYO.

607.

DE CÓMO DON PELAYO VENCÍO Á LOS MOROS EN COVADONGA.

(*De Lorenzo de Sepúlveda.*)

Junto al río Guadalete,
Que á Jerez era cercano,
Aquese rey Don Rodrigo
Vencido queda en el campo.
Venciólo el moro Tarif,
Por el su triste pecado:
Los moros ganán á España,
Toda la habían conquistado
Hasta Asturias de Oviedo
Donde se huyó Don Pelayo.
A este alzaron por rey
Los cristianos que han quedado.
Cercáronlo en una cueva
Mucha gente de paganos.

A Imazan llaman al moro
Que sobre ellos tiene mando:
Con él vino el mal obispo
Don Oppas, ese malvado.
Era cuñado del conde
Que Don Julian es nombrado;
Padre era de la Cava
Que todo el mal ha causado.
Combaten recio la cueva
Con esfuerzo denodado;
Don Oppas se llegó á ella
En un mulo cabalgando.
Hablando está con el Rey
Palabras de gran halago;
Con razones engañosas,
Le dijo:—Mira, Pelayo:
Bien sabes el gran poder
De los godos esforzados,
Que conquistaron á España
Y en ella habían reinado,
Que nunca fueron vencidos
De bárbaros y romanos.
Por el gran juicio de Dios
Ya su esfuerzo es soterrado;
Quebrantado es su poder,
Muertos yacen en el campo.
Dime tú: ¿Qué te aprovecha
El esfuerzo que has mostrado,
Y encerrarte en esa cueva?
¿Do piensas ser escapado?
¿Cuidas por ventura tú
Escapar de los paganos,
Y d'ellos te rebelar,
Y conseguir temerario
Lo que no pudo Rodrigo,
Aquese rey afamado,
Con todos los nobles godos,
Que los ves desbaratados?
Acuérdate qu'el su reino,
Qu'en fuerzas fuera abondado,
Y por su sabiduría
De todo el mundo admirado,
Ya es perdido y destruido,
Y en nonada es ya tornado.
Pelayo, yo te aconsejo,
La tu vida deseando,
Que te dés luego á los moros
Con esos tus allegados.
Tú y ellos seréis muy ricos,
De riquezas abondados;
Si no, moriréis á espada,
No escaparéis de sus manos.—
Don Pelayo cuando oyera
Lo que Don Oppas ha hablado,
Recibió muy gran pesar,
Y esta respuesta le ha dado:
—Oppas, tú fuiste arzobispo
Y en letras bien enseñado,
Bien sabes que tú, y el rey
Viliza, aquese tu hermano,
Ensañaste mal á Dios
Con vuestros grandes pecados,
Junto con Don Julian
Ese siervo de el diablo.
En saña vos lo metistes,
Por do vino el grande daño
En la gente de los godos,
Varones tan esforzados.
Y aunque esto dure algun tiempo,
Dios no nos habrá olvidado:
El nos dará la venganza
Del que á él hobo cansado.
Yo bien fio en su bondad,
Que será como lo hablo,
Y esto me hace no temer
Los moros que me han cercado.
Cuanto mas que es mi abogada
Virgen Madre, con sus santos:
Todos rogarán á Dios

Nos libre d'este quebranto.
Yo creo con estos pocos
De cobrar lo qu'es ganado
A los fuertes nobles godos,
A quien se ha hecho el estrago,
Que muchas mieses se criau
Y multiplican un grano.—
Y acabando estas razones
A la cueva se ha tornado.
Todos los que están con él
Quedaron muy asombrados.
En ver que de tantos moros
Todos ellos son cercados;
Todos de un corazon
A Dios estaban rogando
Que les ayudase y libre,
Y no miré á sus pecados.
Cuando vió el mal Obispo,
Que no aprovecha lo hablado,
Mandó á todos los moros
Que combatan los cristianos,
Qu'están sin seso medrosos,
Y de bien desesperados;
Que acometan con las armas
Y que los hagan pedazos.
Con muy grandes alaridos
A la peña están tirando
Muchos honderos con piedras,
Con ballestas y con dardos.
Mas como el poder de Dios
Lidia por los encerrados,
Las piedras y las saetas
Y dardos que habian tirado,
Vuélvense contra los moros,
Muchos matan en el campo:
Veinte mil eran los muertos,
Sin otros muchos llagados.
Los moros, cuando esto vieron,
Todos están asombrados;
Pelayo alababa á Dios
Por el miraglo pasado.
Cobran todos corazon
Contra los moros malvados;
A unos matan, otros prenden,
D'ellos se han bien vengados.
Muerto quedaba Almazan,
Preso Oppas el malvado;
Por el monte de Auzona
Huyen los que habian quedado;
Cayera el monte con ellos,
Debajo los ha tomado.

(SEPÚLVEDA, *Romances nuevamente sacados*, etc.)

608.

AL MISMO ASUNTO.

(De Gabriel Lobo Laso de la Vega.)

Por nunca usados caminos
El godo infante Pelayo
Con diligentes talones
El caballo affige en vano,
Cuyos abiertos ijares
Iban sangre destilando;
Mas no el temer de la espuela
Apresura el paso tardo.
Iba huyendo del rigor
Del sanguinoso contrario,
Que en su seguimiento iba
Con gran gana de alcanzarlo.
Mas como Dios le guardaba
Para negocios mas arduos,
Quiso de un aprieto tal
Por bien de España librarlo.
Llegó al río de Ponia,
El cual muy crecido ballando,
Puso la espada en la boca,
Y atravesándole á nado

Con increíble presteza
Se puso del otro cabo.
Los moros, que le seguian,
Visto un caso tan extraño,
No se atreviendo ninguno
A lo que el godo esforzado,
Se quedaron á la orilla,
No sin razon admirados.
Caminó al valle de Cangas
El infante Don Pelayo,
Adonde de España y godos
Fué luego por rey jurado,
Y recogiendo las gentes,
De que hizo grueso campo,
Los exhortó de manera
Que al mas tímido hizo osado,
El valor al valeroso
Con esfuerzo acrecentando.
Tanto pueden las palabras
Dichas con fervor honrado,
Que la victoria consiguen,
Mas que el vigor de los brazos.
Pues como estuviere ya
De moros cubierto el campo,
Cuyo caudillo Abrahen
Era, y Don Oppas el malo,
Arzobispo de Sevilla
Y del rey Vetiza hermano,
Que de los julianistas
Era capitan nombrado,
Tornándose de pastor.
Lobo contra sus rebaños,
Con sangriento proceder,
De Dios y de sí olvidado;
Viendo el notorio peligro
En que estaba el rey Pelayo,
Mil soldados escogió
De los mas disciplinados
En el bélico ejercicio,
Y en un cóncavo peñasco
Que una honda cueva hacia,
Se metió, y por lo mas alto
De los intratables riscos
Dejó los demas soldados.
Baten la cueva los moros
Con piedras, flechas y dardos;
Mas como al intento bueno
Nunca Dios niega la mano,
Quiso mostrar su grandeza
Con un notorio milagro,
Y fué: que todos los tiros,
Que los moros indignados
A los cristianos tiraban,
Resultaban en su daño,
Y volviéndose á los moros,
Mas de treinta mil mataron.
Conociendo esta merced,
Y el favor del cielo grato,
Sale apriesa de la cueva
Con su gente el rey Pelayo,
No dejando moro vivo
De todos, en poco espacio.
Mató al caudillo Abrahen,
Don Pelayo peleando,
Y al Arzobispo traidor
Prendió por su propia mano.
Fué parte aquesta victoria
De otras que aqui no señalo,
Con que, de la ya perdida,
Alguna tierra ganaron,
Venciendo muchas batallas
De moros en campo raso.
Pues como el rey Alcoral
De España supo el estrago,
Primero rey que fué d'ella,
Hizo que al Conde malvado
Le cortasen la cabeza,
Que fuese causa, pensando,
Con los dos Sisberto y Evas

Hijos de Vetiza el malo;
Y á su mujer la Condesa
Los moros apedrearón,
Y un hijo, que el Conde tuvo
Pequeño, le despeñaron.
En esto pararon todos,
;De su traicion justo pago!

(LOBO LASO DE LA VEGA, *Romancero y tragedias de.*)

Es una reforma ampliando el romance número 607.

609.

TOMA DE CARMONA POR MUZA.

(De Lorenzo de Sepúlveda.)

Perdidas son las Españas,
Tarif las habia ganado;
Muza que es su compañero
Sobre Carmona es llegado.
Con él está Don Julian,
Ese alevoso malvado;
Padre era de la Cava,
Que todo el mal ha causado.
No puede haber el castillo,
Que es muy fuerte y torreado:
Pensaron muy gran traicion
Para la haber á su mano.
Muza la mandara al Conde,
Que con gente de cristianos
Parezca que van huyendo,
Y que él lo iria acosando;
Que viéndolo los de dentro,
Entrada le habrian dado,
Creyendo que huyen de moros,
Y así los habrán tomado.
El falso Conde maldito
Hizo lo que fué mandado:
Los de adentro lo acogieron,
Muy bien lo habian hospedado.
Hacia allá á la media noche
La traicion habia obrado;
Levantóse y á los suyos
Las velas habian tomado:
Metieron dentro los moros;
La villa les han ganado.

(SEPÚLVEDA, *Romances nuevamente sacados, etc.*)

610.

TOMA DE TOLEDO POR TARIF.

(De Lorenzo de Sepúlveda.)

Perdido era Don Rodrigo,
Tarif va ganando á España;
A Toledo habie llegado,
Casi la Semana Santa.
Falta habie de cristianos,
Desamparada quedaba;
Los que hay, muy pocos armados,
Que las armas les faltaban.
La villa, como es tan fuerte
Ningun cerco recelaba;
En ella hay muchos judios,
Que en Toledo se criaran.
Domingo era de Ramos,
Gran fiesta se celebraba;
Los cristianos la hacian,
Que no la gente marrana,
Y por honra de la fiesta
Iban á Sancta Leocadia
A oír la predicacion
Y de Dios la su palabra.
Los judios como malos,
Venden la genté cristiana;
Obraron muy gran traicion,
Con Tarif tiéennla obrada.

Cerraron todas las puertas
Y á los moros la entregaran:
Salieron á los cristianos,
Que d'esto no saben nada,
Y como están desarmados,
En el campo á todos matau.
Entraron luego en Toledo
Y por ella fuego andaba.
Lo que no bastaba á nadie
Si nialos no la entregaran.

(SEPÚLVEDA, *Romances nuevamente sacados, etc.*)

611.

ACABAT, REY MORO DE ESPAÑA, MATA Á LOS GRANDES TURBULENTOS, PARA ASEGURARSE EN EL TRONO.

(De Gabriel Lobo Laso de la Vega.)

Despues que el Conde traidor
A los moros vendió á España,
Del rey Rodrigo agraviado
Por lo que hizo con la Cava,
Reinaron diversos reyes
En ella, mas no duraban,
Porque en no siendo á su gusto
Reino y vida les quitaban,
Y así reinar tan costoso
Ningun moro cobdiciaba.
Queriendo mas vivir pobres
Que reyes muerte temprana,
Hallaban dificilmente
Rey, aun rogado, en España.
Eligieron á Acabat,
Moro valiente y de fama,
El cual viendo el gran peligro
Que tenia el que reinaba,
En su esfuerzo confiado
Dió una traza necesaria;
Que estas suelen levantar
A quien la fortuna ampara
Y fué: que el nombrado día
Que con solemne algazara
Y costosísimas fiestas
Por su rey le juró España,
Habiéndose aconsejado
Con dos amigos que amaba,
Juntas todas las cabezas
De su reino en una sala,
Les pide ninguno de ellos
De su palacio se vaya
Hasta que trate en secreto
Cosa que al reino importaba.
Obedeciéronle todos,
Y algunos de mala gana.
Retiróse en una pieza
El Rey, d'ellos apartada,
De adonde un portero sale
Diciendo que el Rey los llama;
Pero que entren uno á uno,
Porque es órden por él dada,
Y el acordado negocio
Silencio grande demanda.
Entró Moirel adelante,
Viejo Alcaide de Granada,
Que era en el votar primero
En cualquiera junta y habla.
Estaba el Rey con los dos,
Que el hecho le aconsejaron:
Era la pieza algo oscura,
De industria de luz privada.
En viendo á Moirel el Rey,
A un rincon d'ella le aparta,
Y sin ruido ninguno,
Mientras con el Rey hablaba,
Los dos advertidos moros
Le ponen á la garganta
Un escurridizo lazo
A quien presto rindió el alma.

Métenle en otro aposento,
Que de allí apartado estaba,
Teniendo á la ejecucion
Siempre las puertas cerradas.
D'esta suerte procedió
Con los demas que quedaban,
Hasta que vió las cabezas
De todo el reino cortadas,
Que fuéron mas de trescientas,
Y aun adelante pasara
Si á la mano no le fueran
Los dos, diciendo: Bastaba
Para castigo y ejemplo,
Que era lo que procuraban.
Mandó tras aquesto el Rey,
Que entrasen los que quedaban
Todos juntos, porque viesan
En qué los traidores paran,
Diciéndoles:—Hasta aquí
No ha tenido rey España;
Agora le tiene tal
Cual conviene que le haya,
Y es muy bien primero echar
Los enemigos de casa,
Antes de ir tras los de fuera,
Que es empresa ménos ardua,
Pues no se pelea bien
Sin guardarse las espaldas.
Hecho fué aunque crudo, digno
De eterna y loable fama,
Con que aseguró su reino
Y hizo su vida larga.
Reinó mucho tiempo, y hizo
Altas cosas por las armas.
(Lobo LASO DE LA VEGA, *Romancero y tragedias de.*)

EPOCA DE LOS REYES DE LEON, FAVILA, MAUREGATO, ALFONSO II EL CASTO, BERMUDO I, Y RAMIRO I; CON LOS ROMANCES DE BERNARDO DEL CARPIO.

612.

MUERTE DE FAVILA.

(De Lorenzo de Sepúlveda.)

Muerto era ese buen rey,
Don Pelayo era llamado,
Que ganó de lo perdido
Por Rodrigo desdichado.
Enterráronlo dentro en Gangas,
Su hijo heredó el reinado;
Don Favila se llamaba,
Nieto del otro preciado.
Dos años lo tiene no mas,
Porque era muy liviano;
Amaba mucho la caza,
Mas que conviene á su estado:
Corriendo la montería
Un gran oso habie hallado;
Matarle quieren los suyos;
Favila les ha mandado
Que ninguno mate al oso,
Que él solo quiere matarlo.
Luego arremetió con él,
A los brazos han llegado;
Mas por la su desventura
El oso lo habie matado.
(SEPÚLVEDA, *Romances nuevamente sacados, etc.*)

613.

MUERTE DE BERMUDO I DE LEON.

(Anónimo.)

Remandó el rey Don Bermudo
Por muerte de Mauregato,

El primero de aquel nombre,
Y entrando en el primer año,
En la era de ochocientos
Sobre esos veinte y tres años,
Cuéntase qu'este rey era
Muy bueno y muy esforzado
Mas que nunca hubo batalla
Contra moro ni cristiano,
Ni ménos sacó su hueste,
Magüer qu'era muy osado.
Reinando pues este rey,
Y en el segundo año entrado,
No se halla que hiciese
Ningun hecho señalado,
Sino acordarse que un tiempo
Fué d'Evangelio ordenado,
Por do no podía ser rey,
Pues lidiar l'era vedado,
Ni ménos hacer justicia,
Lo que á todo rey l'es dado;
Y así, como quier que fuese
Animoso y esforzado,
No quiso tener el reino:
Por su sobrino ha enviado.
Este era el rey Alfonso,
Qu'era tío de Mauregato,
El cual estando en Navarra,
Vino luego á su mandado;
Y siendo ant'el Rey venido,
El reino le ha renunciado:
Esto voluntariamente,
Que de nadie fué forzado.
Cuatro años y seis meses
Los dos del reino han gozado;
Con unión y gran placer
Reinaron en igual grado;
Y aunque Alfonso fuese rey,
Bermudo era rey llamado.
Hasta el punto que murió
Fué como tal acatado;
El cual murió de su muerte,
Y en Oviedo fué acostado
Con la Reina su mujer,
Con quien él era casado,
Llamada Doña Emilona,
De la cual se habia apartado
Solo por razon de aquello
Porqu'el reino habia dejado,
Y esto, despues que dos hijos
En ella Dios le habia dado,
Don Ramiro y Don Garcia,
A quien Dios no negó estado
Que ambos á dos fuéron reyes;
Mas en siendo el Rey finado,
Reinó luego en su lugar
El rey Don Alonso el Casto.

(Cancionero de Romances.)

614.

MILAGROSA CRUZ DE OVIEDO.

(Anónimo.)

Reinando el rey Don Alfonso,
El que Casto era llamado,
Despues de haber á los moros
Por batalla quebrantado,
Teniendo en paz sus dos reinos,
Y estando muy ocupado
En el templo que hacia
De Sant Salvador llamado:
Cuéntase d'él que tenia
Muy gran valor allegado
De muchas piedras preciosas,
A qu'él era aficionado;
Y en cuanto se hacia el templo,
Tomó en sí muy gran cuidado,
De hacer una cruz de oro,

Que así lo tenía pensado,
 Y de engastonar en ella,
 Como lo tenía acordado,
 De aquellas piedras preciosas
 Que para ello había guardado.
 Pues avínole así un día,
 No d'ello muy descuidado,
 Que saliendo de oír misa,
 Yendo para su palacio,
 Con él allí en el camino
 Dos Angeles se han hallado
 En traje de peregrinos,
 Qu'el hábito lo ha mostrado.
 Preguntóles qué hombres eran,
 Y ellos tal respuesta han dado :
 — Buen señor, somos plateros. —
 D'esto el Rey mucho se ha holgado,
 Y dióles del oro y piedras
 Cuanto vió que había bastado,
 Y una casa apartada
 Para labrar á su grado ;
 Y mandó que le labrasen
 Por arte y sér extremado
 Una muy hermosa cruz,
 Cual había deseado.
 Tomando el oro y las piedras,
 Que por el Rey les fué dado,
 Se fuéron á su aposento,
 Y el Rey se fué á su palacio.
 Estando el Rey á la mesa,
 Mandaderos ha enviado,
 Que mirasen lo que hacían
 Y si les fállesce algo.
 Cuando entraron en la casa
 Donde los habían dejado,
 Hallaron la cruz ya hecha,
 Y á ellos no habían hallado.
 De obra tan maravillosa
 Atónitos se han quedado ;
 La claridad que salía
 La vista les ha turbado.
 Vánselo á decir al Rey,
 Del yantar se ha levantado :
 Fuése luego para allá,
 Y como dentro hubo entrado,
 Hallando hecha la cruz
 Mucho se ha maravillado,
 Y mas del gran resplandor,
 Que d'esto quedó admirado,
 Y de no ver los maestros
 Quedó muy mas espantado :
 Viendo ser obra de Dios
 Muy muchas gracias le ha dado.
 El Obispo y clerecía,
 Con todo el pueblo juntado,
 Vinieron al punto allí,
 Que por el Rey fué mandado,
 Y así muy honradamente
 Con loores la han llevado
 A ponella en el altar
 De aquel templo tan loado
 Del señor Sant Salvador,
 Adond'el Rey la ha tomado,
 Y con mucha devocion,
 Con corazón humillado,
 La puso luego sobre él,
 Solo, con su misma mano,
 Loando todos á Dios
 Por tan hermoso milagro.

(*Cancionero de Romances.* — H. TIMONEDA, *Rosa española.*)

615.

FUNDACIONES PIADOSAS DE ALFONSO EL CASTO.

(*Anónimo.*)

Después de muerto Bermudo,
 Quedó Don Alfonso el Casto

Por señor del reino todo,
 Y túvolo sosegado
 En la era de ochocientos,
 Contando veinte y ocho años.
 Aqueste rey Don Alfonso
 Fué casto y bien fortunado,
 Hijo del rey Don Fruela,
 Muy bien acondicionado,
 De todos bienes cumplido,
 De virtudes adornado.
 Entre los bienes que había,
 Era piadoso y manso :
 Hizo limpia y casta vida,
 Jamas fué á mujer llegado ;
 De aquí tomó sobrenombre
 De ser el Casto llamado.
 Fué en gran manera este Rey
 Valeroso y esforzado,
 Ca hubo muchas batallas
 Con los moros, de su grado,
 Las cuales todas venció,
 Que ninguna le han ganado :
 Tomóles muchos lugares,
 Púsoles bajo su mando ;
 Tan bien defendió su tierra,
 Que enojar nadie le ha osado.
 Alongó tambien de sí
 Los alárabes, lidiando ;
 Mantuvo tambien en paz
 Sus gentes, y hálas sacado
 Del grande miedo en qu'estaban ;
 Y así los hubo esforzado,
 Que el gran temor que tenían
 En esfuerzo lo ha tornado.
 Queriendo servir á Dios,
 De hacer ha comenzado
 Un templo rico y solemne,
 De Sant Salvador llamado,
 En la Seo obispal de Oviedo,
 Y en sitio bien apropiado
 Porque mejor estuviere ;
 Y otro mayor y mas alto,
 Que á los apóstoles doce
 El había dedicado :
 El otro á Sant Salvador,
 Que siempre le había ayudado.
 Y hizo ahí una capilla,
 No con pequeño cuidado,
 A honor de Santa María,
 Do su nombre fuese honrado,
 Y otra capilla cabe ella
 De Tirso mártir el santo.
 Después hizo para sí
 Unos muy ricos palacios :
 Eran grandes y muy buenos,
 Por extremo bien labrados,
 Y por todas las labores
 Puso pilares de mármol :
 Cubriólos de plata y oro,
 Y hizo los dibujados.
 A honra de Sant Miguel
 Hizo un altar extremado
 Dentro de Sant Salvador,
 Por maravilla labrado,
 Y sobre aquel altar puso,
 Por mas honorificallo,
 El arca de las reliquias,
 Que á Estúrias había llevado
 El arzobispo de Urban
 Y el santo rey Don Pelayo,
 De la ciudad de Toledo,
 Cuando cayó de su estado
 Toda España juntamente
 Por la culpa del pecado
 Que cometió Don Rodrigo,
 El Rey malaventurado,
 Cuando perdieron los godos
 La tierra que habían ganado.
 Todo esto que habemos dicho

Hizo este Rey tan honrado,
 A honra de nuestra Señora
 Y de su Hijo sagrado.
 A esta iglesia de Oviedo,
 Por ser templo tan honrado,
 De todas partes del mundo
 Viene gente á visitallo,
 Porque hay muchas perdonanzas,
 Y es por el mundo sonado.
 Allí está la vestidura
 Que á Sant Alfonso ha dado
 La Virgen Santa María,
 Como es averiguado.
 Aquel'arca donde han
 Las reliquias encerrado,
 Fué hecha en Jerusalem,
 Como está determinado.
 Cuando la persecucion
 De Mahomud, el malvado,
 La trajeron á Sevilla,
 Donde gran tiempo hubo estado.
 Despues se guardó en Toledo
 Mas de setenta y cinco años,
 Hasta qu'en ella metieron
 Las reliquias que he contado,
 Que á Astúrias fuéron llevadas
 Por Urban y Don Pelayo.

(Cancionero de Romances.)

616.

MUERTE DE ALFONSO EL CASTO.

(Anónimo.)

El casto rey Don Alfonso
 Reinó cuarenta y un años,
 En la era de ochocientos,
 Sobr'estos cincuenta y cuatro,
 Despues de haber mantenido,
 Como sabio y esforzado,
 Su reino en paz y justicia,
 Guardándolo en igual grado;
 Y hizo muchas batallas,
 En que fué bien fortunado.
 Murió en la ciudad de Oviedo,
 Y habiendo el alma á Dios dado,
 Fué, como gran Rey qu'era,
 Honradamente enterrado
 En un templo qu'él hiciera
 De Santa María llamado,
 El cual todo era de piedra
 Muy ricamente labrado.
 Aqueste rey Don Alfonso,
 Cuyo renombre fué el Casto,
 Magüer que tenía mujer,
 Nunca á ella fué llegado:
 Hizo buena y limpia vida,
 Y fué de Dios muy amado;
 Y d'esta Reina se dice
 Que fué hermana del rey Carlo,
 Que por Francia y todo el mundo
 Fué llamado Carlo-Magno,
 Y que su nombre era Berta,
 Como escrito se ha hallado.
 Pues, ántes qu'el Rey muriese
 A todos dejó mandado
 Que alzasen á Don Ramiro
 Por rey de todo el reinado,
 Hijo del rey Don Bermudo;
 Y el día que hubo nombrado,
 Apénas fué muerto el Rey,
 Cuando por rey lo han alzado.
 Aqueste fué el rey primero
 Que Ramiro fué llamado,
 El cual siete años reinó,
 Mas en el primero ha entrado
 Con ánimo valeroso,
 Siendo él muy esforzado.

Corrió á Castilla la Vieja,
 Y miéntras allá hubo estado,
 Un conde, con mal consejo,
 Contra él se ha levantado;
 El cual por su propio nombre
 Llamaban Nepociano:
 Del palacio del Rey era
 Su natural y vasallo.
 Pensando de haber el reino
 Mas por fuerza que por grado,
 Metió bullicio en la tierra,
 Y en Astúrias se ha encerrado.
 Mas luego qu'el Rey lo supo,
 Para Galicia ha guiado,
 Y en esa ciudad de Burgos
 Muy grande gente ha juntado,
 Y entrando por las Astúrias,
 Toda la tierra ha estragado.
 El Conde, cobrando esuierzo,
 Con el bando asturiano,
 Otrósti con los gascones,
 En lid con el Rey ha entrado
 Cabe el rio de Nareca;
 Pero fué vencido al cabo.
 El cual, viéndose vencido,
 Con miedo se huyó del campo:
 Mas siguiéronle dos Condes
 Con voluntad de alcanzarlo.
 Seuma y Cepion se decian,
 EnPravia lo han alcanzado.
 Despues que lo hubieron preso,
 Al Rey se lo han presentado:
 Sacáronle entrambos ojos,
 Y esto hecho y acabado,
 Tuvo el Rey de allí adelante
 El reino muy sosegado,
 Ca non osaba ninguno
 Hacerle pesar ni daño.
 El hizo meter en órden
 Al conde Nepociano,
 Y darle cumplidamente;
 Hasta que fuese finado,
 Lo que menester hubiese,
 Aunque mal lo habia enojado.
 En lo cual hizo este Rey
 Como justo y esforzado,
 Pues con esto estuvo el reino
 Seguro y pacificado.

(Cancionero de Romances.)

617.

RAMIRO I.º QUITA EL FEUDO DE LAS CIEN DONCELLAS.

(Anónimo.)

En consulta estaba un día
 Con sus grandes y consejo
 El noble rey Don Ramiro
 Varias cosas discurriendo,
 Cuando sin pedir licencia
 Se entró por la sala adentro
 Una gallarda doncella
 De amable y hermoso gesto,
 Vestida toda de blanco,
 A quien el rubio cabello
 Bordaba de oro los hombros,
 A causa de venir suelto.
 Ponen los ojos en ella,
 Y poniéndolos en ellos
 Ella comenzó á hablar,
 Y ellos á darle silencio.
 — Perdoname, dice, Rey,
 Si tu Consejo atropello,
 Aunque si te le dan malo,
 Antes soy digna de premio.
 No sé si de rey cristiano
 Te dé nombre, porque entiendo
 Que con fingida apariencia

Debes ser moro encubierto ;
 Que quien da á los que lo son
 Las doncellas ciento á ciento,
 Si ya no es moro, á ellas
 Las soborna para serlo.
 Si por darle muerte oculta
 Vas desangrando tu reino,
 Por harto mejor tuviera
 De una vez pegarle fuego ;
 O si no en tributo y parias
 Dieras hombres á lo ménos,
 Que era dalles enemigos,
 De quien vivieran con miedo.
 Pero si les das doncellas,
 Allá, en dejando de serlo,
 Nacerán de cada una
 Cinco ó seis contrarios nuestros.
 Mas bien acordado está
 Que tus hombres se estén quedos,
 Porque puedan engendrar
 Hijas que paguen en feudo :
 Que solo para engendrallas
 Deben de tener sugeto
 De hombres, que en lo demas
 Yo por mujeres los tengo.
 Si te acobardan las guerras,
 Las mismas doncellas creo
 Que han de venirtela á dar
 Por el mal que las has hecho,
 Y sin duda vencerán,
 Si lo ponen en efecto,
 Que ellas son mujeres hombres,
 Y hombres mujeres aquestos. —
 Alborotáronse algunos,
 Y el Rey, corrido y suspenso,
 Determinó de morir
 O libertar á su reino.
 Juntó su gente de guerra,
 Y prestádoles su esfuerzo
 El glorioso Santiago,
 Dió la batalla y vencieron.
 Quedó medroso Almanzor,
 Y el Rey con aqueste hecho
 Dió libertad á Castilla,
 Y á sí mesmo honroso premio.

(Romancero general.)

618.

AL MISMO ASUNTO.

(De Lorenzo de Sepúlveda.)

De Leon y las Asturias
 Ramiro tiene el reinado.
 Esos moros de Bardulia
 Le enviaron su mandado,
 Que si paz quiere con ellos
 El tributo les sea dado
 Que les daba aqueise rey,
 Mauregato era llamado.
 Cada año son cien doncellas,
 Las cincuenta hijas-dalgo,
 Para se casar con ellas
 Y tenellas á su mando.
 Gran pesar cobraba el Rey
 En oír el tal recado :
 Entró en tierra de los moros,
 Mucho los habia estragado.
 En Albella, ese lugar,
 Muy gran lid habian trabado ;
 Despartiéralos la noche
 En Clavijo, ese collado.
 Los cristianos con fatiga
 A Dios estaban llamado,
 Llorando de los sus ojos,
 Muy grandes suspiros dando.
 Lo que le pedian era
 Que no los haya olvidado,

T. X.

Ni consienta que de moros
 Queden muertos en el campo ;
 Ruégale que los acorra
 Pues es su Dios soberano.
 Adurmióse el rey Ramiro,
 Santiago le ha hablado :
 Dijole : — Rey, sabe cierto
 Que cuando Dios por su mano
 Nos repartiera las tierras
 Do fuésemos predicando,
 Solo España á mi la dió
 Que le tuviese á mi cargo.
 Defendella he de los moros,
 Favor soy de los cristianos :
 Despierta tú, Rey, no duermas,
 No dudes lo que te hablo,
 Que yo te vengo á ayudar
 Contra los moros paganos.
 Con una cruz colorada,
 Rey, me verás peleando,
 Señal blanca sobre mi
 Y tambien sobre el caballo.
 Contiéstate tú, el Rey,
 Y tambien los tus vasallos,
 Herid recio, que los moros
 Muertos quedarán en campo :
 Llamad el nombre de Dios
 Con el mio apellidando. —
 Despierto que fué el buen Rey,
 El sueño habia revelado ;
 Hizo lo que le mandó
 Santiago, el apóstol santo.
 Hirieron fuerte, en los moros,
 Del campo los han lanzado,
 Y tantos murieron d'ellos,
 Que no pueden ser contados.
 De allí quedara en Castilla
 El invocar á Santiago
 Al tiempo de las batallas
 Que han habido los cristianos.

(SEPÚLVEDA, Romances nuevamente sacados, etc.)

ROMANCES SOBRE BERNARDO DEL CARPIO.

619.

NACIMIENTO DE BERNARDO DEL CARPIO.

(Anónimo¹.)

En los reinos de Leon
 El Casto Alfonso reinaba :
 Hermosa hermana tenia,
 Doña Jimena se llama.
 Enamorárase de ella
 Ese conde de Saldaña,
 Mas no vivia engañado,
 Porque la Infanta lo amaba.
 Muchas veces fuéron juntos,
 Que nadie lo sospechaba ;
 De las veces que se vieron
 La Infanta quedó preñada.
 La Infanta parió á Bernardo,
 Y luego monja se entraba ;
 Mandó el Rey prender al Conde
 Y ponerle muy gran guarda.

(Cancionero de romances.)

¹ Con este romance empieza la serie de los del famoso Bernardo del Carpio, que es, por decirlo así, la personificación del caballerismo feudal, ó de aquella semejanza suya que se introdujo en una parte de las provincias de España fronterizas del Norte. Bernardo del Carpio es nuestro Roldán, y rival al mismo tiempo del francés. Semejantes en su nacimiento clandestino, en la persecucion que sus nobles padres experimentaron por tener amores con hermanas de sus soberanos, quizá Bernardo excede, por ser español, á Roldán en arrogancia y á la vez en cordura. Los desmanes que cometió contra su Rey fueron hijos, no de causas fútiles y de un amor propio herido, sino del sentimiento íntimo que se rebela contra la injusticia y el abuso del poder. Roldán se enfada é insulta á Cario-Magno

por un nonada, y solo le cede despues de haberle humillado con servicios, que mas se asemejan á insultos, que no á consideracion ni respeto, mientras Bernardo, solo en su propia defensa, y despues de haber agotado todos los medios de obtener justicia de la bondad del Rey, apela á medios violentos. Observando los hechos y conducta de ambos héroes, ¿quién no ve en ellos la diferencia de caracteres y costumbres de las dos naciones que los aceptaron, por mas que el tipo frances haya influido en la imitacion española? Asi como el Cid, verdadera representacion de nuestro caballerismo, se inoculó con algunas formas extrañas, así Bernardo, de introduccion extranjera, participó un tanto y se acomodó á nuestras costumbres.

620.

AL MISMO ASUNTO.

(De Lorenzo de Sepúlveda.)

El conde Don Sancho Diaz
De Saldaña era llamado,
Casó con Doña Jimena,
Hermana de Alonso el Casto;
Y no lo sabiendo el Rey
Ambos se habian desposado,
Y de su ayuntamiento
Nació Bernardo del Carpio.
Mucho pesó al rey Alfonso;
Por el Conde habia enviado
A Saldaña, donde estaba,
Para dél se hacer vengado.
El Conde vino á Leon,
Do está el Rey aposentado.
Venido que fué á Leon
De venir le habia pesado,
Porque no saliera el Rey
A recibirlo y honrarlo.
A mala señal lo tuvo,
De si se habia querellado
En no traer de su gente,
Aunque el Rey lo habia vedado.
Cuando el Rey supo qu'el Conde
A Leon habia llegado,
Mandó á sus caballeros
Que lo prendan en entrando.
Venido que fuera el Conde
A besar al Rey la mano,
Luego fuera el Conde preso,
Al Rey habia preguntado:
— Señor, ¿en qué os ofendi?
¿Por qué soy tan mal tratado?
— ¡Asaz hecistes, el Conde,
Que bien sé lo que ha pasado
Entre Jimena mi hermana,
Y vos, Conde, mal mirado!
Pero yo os prometo y juro
Que vos seréis castigado,
Que en toda vuestra vida
De prision no seréis librado:
Moriréis dentro de ella
En Luna aherrojado.
— Mi señor sois, vos el Rey,
Respondió el Conde llorando,
Haréis vos vuestro querer
Contra mi vuestro vasallo.
Por merced, señor, os pido
Que tomedes á Bernardo,
Que se cria en las Astúrias,
Qu'es hijo de vuestro hermano.
De mi pecado no ha culpa,
Que yo soy el que he errado.

(SEPÚLVEDA, Romances nuevamente sacados, etc.)

621.

DE CÓMO EL REY ALFONSO, BAJO SEGURO, LLAMÓ Á CORTES
AL CONDE DE SALDAÑA, Y LUEGO LE ARRESTÓ PARA VEN-
GARSE DE QUE SE CASÓ FURTIVAMENTE CON SU HERMANA
DOÑA JIMENA.

(Anónimo 1.)

Reinando el rey Don Alfonso,
El que Casto se decia,

Andados diez y siete años
Del reinado que tenia,
Cuéntase d'él en su historia,
Que este noble Rey habia
Una muy hermosa hermana,
Que como á si la queria,
Llamada Doña Jimena,
La cual, mientras él hacia
Mil bienes y santas obras
Con que mucho á Dios servia,
Dicen que se casó á hurto
Con el conde Sancho Diaz,
Que era conde de Saldaña,
De gran linaje y valia.
Hubieron ambos un hijo
Que Bernaldo se decia;
Mas como lo supo el Rey,
Pesóle en gran demasia.
No pudiendo haber al Conde,
Para un señalado dia
Llamó á Cortes á Leon²:
Al Conde á llamar envia
Con dos valerosos condes,
De quien no poco se fia.
— Diréis al Conde que venga
Sobre fe y palabra mia. —
Pártense los mensajeros;
Cuentan su mensajería.
Ya despues de haber bolgado
De Saldaña en compañía,
Los tres parten juntamente
Con la gente que servia.
A Leon han allegado,
Donde el Rey los atendia.
Vió el Conde mala señal
En que no lo recibia,
Porque lo solia hacer,
Cuando á su corte venia.
D'esto pesó mucho al Conde,
Y mas ver que anochezia,
Y sin hachas encender
En palacio lo metian.
Alli estuvo aposentado,
Servido cual convenia,
Y con muy secretas guardas
Que huir no se podia.

*(TIMONEDA, Rosa española. — H. WOLF, Rosa de romances.)*¹ Parece ser de Timoneda.² Fuero de Castilla era que los grandes señores citados á Cortes por el rey hubiesen de presentarse en ellas, so pena de que no haciéndolo fuesen tenidos por traidores. Algunas veces los reyes se valieron de semejanse medio para tener bajo su mano á los vasallos poderosos, que les causaban temor, y no pocas violaron el seguro que les dieron. Esta clase de felonía ha sido siempre muy comun, y á duras penas se libró de ella el famoso hereje Lutero, aunque no Jerónimo de Praga su antecesor, ni Juan de Hus.

622.

DE CÓMO EL DE SALDAÑA FUE APRISIONADO EN EL CASTILLO
DE LUNA, Y DOÑA JIMENA ENCERRADA EN UN MONASTERIO.

(Anónimo 1.)

Sabiendo el Rey cómo el Conde
En su palacio asistia,
Mandó armar sus caballeros;
A todos apercibia
Que estuviesen bien á punto,
Y á la guardia que tenia,
Porque en ser en su presencia
El buen conde Sancho Diaz
Echen mano todos dél,
Le prendan sin cobardia,
De tal suerte que no pueda
Irse por ninguna via.
A punto y apercibidos,
El Conde venido habia:

No hay ninguno que tuviese
Para prenderle osadia,
Cuando vió el Rey que dudaban,
A grandes voces decía :
— Varones, ¿ por qué dudais,
Que no le prendeis aína? —
Cuando al Rey vieron airado
Cada cual arremetia.
Desde el Conde se vió preso
Dijo con cuita que habia :
— ¿ En qué erré, Rey y señor,
O qué culpa fué la mia?
¿ Por qué me mandais prender? —
Á lo cual le respondia :
— Asaz hecistes, el Conde,
Que ya el hecho se sabia
De vos y Doña Jimena,
Que encobrir no se podia :
Por do vos prometo y juro
Que en dias de vuestra vida
De aquesas torres de Luna
No salgais tan solo un dia. —
El Conde le dijo luego,
Con gran cuita que sentia :
— Mi señor sois, y harédes
Lo que justicia seria ;
Y pídoos por merced,
Pues es tal la dicha mia,
Mandéis criar á Bernardo,
Que en las Esturias yacia. —
Luego le meten en fierros,
Qu'el Rey asi lo queria,
Y en el castillo de Luna
El Conde preso asistia,
Y á Doña Jimena el Rey
Luego en órden la ponía.

(TIMONEDA, *Rosa española*. — It. WOLF, *Rosa de romances*.)

† Parece de Timoneda reformando el anterior, número 620.

623.

RETRATO Y CALIDADES DE BERNARDO DEL CARPIO.

(Anónimo¹.)

A cabo de mucho tiempo
Que el Conde preso tenia,
Y á Jimena en órden sacra,
El Rey por Bernardo envía.
De ver tan lindo mancebo,
En sus palacios lo cria ;
Al cual tanto el Rey amaba,
Y tan grande amor habia,
Como si fuera su hijo,
Porque ninguno tenia,
El cual desde fué de edad,
Muy esforzado salia,
De gran corazón y seso,
Y de ingenio á maravilla ;
De hermoso cuerpo y cara,
Que nada le fallecia.
Daba muy buenos consejos
A quien menester lo habia :
Hombre de buena palabra,
Humilde sin fantasia.
Pagábanse muchos d'él,
Amábanle en demasia ;
Todos los hombres del mundo
Le acataban cortesía.
Sobre estas buenas costumbres
Otras dos gracias tenia :
Muy buen hombre de á caballo,
Si en todo el reino le habia ;
Gran lanzador de tablados
Con esfuerzo y gallardía.
Tenia muy buenas armas ;
Obraba caballería

Tan altamente con ellas,
Que cada cual le temia.
Por jamas se vió en batalla
Que d'ella bien no salia :
En todo fué muy dichoso,
Solo tuvo por desdicha
La larga prision del padre,
Que d'ella nada sabia.

(TIMONEDA, *Rosa española*. — It. WOLF, *Rosa de romances*.)

† Quizá es uno de los romances de la colección de Timoneda, que pertenece á la época de tradicion oral.

624.

CUENTAN Á BERNARDO EL SECRETO DE SU NACIMIENTO.

(Anónimo¹.)

Contándole estaba un dia,
Al valeroso Bernardo,
Elvira Sanchez, su aya,
Que de niño le ha criado :
— Sabrédes, fijo, sabrédes
Por lo que habeis preguntado,
Que non sois bastardo, non,
Como dijo Alfonso el Casto. —
Bernardo replica : — Pues
Algun padre me ha engendrado.
— Padre fidalgo habeis, fijo,
Fidalgo, que non villano.
El conde Don Sancho Diaz,
Que en Saldaña es su condado,
Os hovo en Doña Jimena,
En casa del Rey estando ;
Y como su hermana era,
Por vengarse del agravio,
En el castillo de Luna
Puso al Conde aprisionado,
Y á vuestra madre tambien
Reclusa y á buen recaudo,
Porque aunque público, non
Fué el matrimonio aclarado.
Casáronse los dos solos,
Por lo que non sois bastardo,
Y para mas se vengar
Y faceros mayor daño,
Da sus reinos al frances,
Faciéndós desheredado ;
Por lo cual parece mal,
Fijo, al mundo que tu brazo
Consienta que esté el buen Conde
Afligido, preso y cano.
— La culpa tenéis vos, madre,
En habermelo callado,
Pues si lo hobiera sabido
Ya le hobiera libertado.
— Si todo este largo tiempo
Que conmigo habeis estado,
Hemos callado el secreto,
Fué por temor del tirano.
Fincad en esto, vos digo,
Y notad que abaldonado
Estáis del vulgo parlero,
Que ha entendido y sabe el caso. —
Bernardo le dice : — Basta,
Mi madre, ya lo fablado,
Para servir de acicate
Al fijo del padre honrado. —
Al cielo vuelve los ojos,
Y en mil lágrimas bañando
Su hermosa afrentada faz,
Dice, mordiendo los labios :
— No se honren mis amigos
De me llevar á su lado,
Y quede entre fieros moros
Preso, muerto ó mal llagado,
Y arrástreme mi troton

Fasta me facer pedazos,
Y cuando esté en mas aprieto
Se me canse el diestro brazo,
Que si por bien no me da
Alfonso á mi padre amado,
Que le tengo de seguir
Como á cruel y tirano.

(Romancero general.)

¹ Este romance, aunque afectando mas antigüedad, parece que no excede en ella á la quinta década del siglo XVI, á diferencia de otros del *Cancionero de Romances*, cuya primitiva formación se trasluce, á pesar de sus reformas.

625.

QUEJAS DEL CONDE DE SALDAÑA, PORQUE SU HIJO BERNARDO
NO CONSIGUE SU LIBERTAD.

(Anónimo.)

Bañando está las prisiones
Con lágrimas que derrama
El conde Don Sancho Díaz,
Ese señor de Saldaña.
Y entre el llanto y soledad,
D'esta suerte se quejaba
De Don Bernardo su hijo,
Del rey Alfonso y su hermana:
— Los años de mi prision
Tan aborrecida y larga,
Por momentos me lo dicen
Aquestas mis tristes canas.
Cuando entré en este castillo
Apénas entré con barbas,
Y agora por mis pecados
La veo crecida y blanca.
¿Qué descuido es este, hijo?
¿Cómo á voces no te llama
La sangre que tienes mia
A socorrer donde falta?
Sin duda que te detiene
La que de tu madre alcanzas,
Que por ser de la del Rey
Juzgarás mal de mi causa.
Todos tres sois mis contrarios,
Que á un desdichado no basta
Que sus contrarios lo sean,
Sino sus propias entrañas.
Todos los que aqui me tienen
Me cuentan de tus hazañas:
Si para tu padre no,
Dime, ¿para quién las guardas?
Aqui estoy en estos hierros,
Y pues d'ellos no me sacas,
Mal padre debo de ser,
O tú, mal hijo, me faltas.
Perdóname si te ofendo,
Que descanso en las palabras,
Que yo como viejo lloro,
Y tú como ausente callas.

(Romancero general.)

626.

BERNARDO PIDE AL REY LA LIBERTAD DE SU PADRE, QUE
LE ES NEGADA.

(Anónimo.)

En corte del casto Alfonso
Bernardo á placer vivía,
Sin saber de la prision
En que su padre yacia.
A muchos pesaba d'ella,
Mas nadie se lo decia,
Ca no osaba ninguno,
Que el Rey se lo defendia,
Y sobre todos pesaba
A dos deudos que tenia.

Uno era Vasco Melendez,
A quien la prision dolia,
Y el otro Suero Velazquez,
Que en el alma lo sentia.
Para descubrir el caso
En su puridad metian
A dos dueñas hijas-dalgo,
Que eran de muy gran valia;
Una era Urraca Sanchez,
La otra dicen Maria,
Melendez era el renombre
Que sobre nombre tenia.
Con estas dueñas hablaron
En gran puridad un dia,
Diciendo: — Nos os rogamos,
Señoras, por cortesía,
Que le digais á Bernardo,
Por cualquier manera ó via,
Como yace preso el Conde
Su padre Don Sancho Díaz;
Que trabaje de sacarlo,
Si pudiera, en cualquier guisa,
Que nos al Rey le juramos
Que de nos no lo sabria. —
Las dueñas, cuando lo vieron,
A Bernardo lo decian.
Cuando Bernardo lo supo
Pesóle á gran demasia,
Tanto que dentro en el cuerpo
La sangre se le volvia.
Yendo para su posada
Muy grande llanto hacia;
Vistióse paños de luto,
Y delante el Rey se iba.
El Rey cuando así lo vió,
D'esta suerte le decia:
— Bernardo, ¿por aventura
Cobdicias la muerte mia? —
Bernardo dijo: — Señor,
Vuestra muerte no queria,
Mas dúeleme que está preso
Mi padre gran tiempo habia.
Señor, pidoos por merced,
Pues que yo os lo merecia,
Que me lo mandedes dar. —
Empero el Rey, con gran ira,
Le dijo: — Partios de mi,
Y no tengais osadia
De mas esto me decir,
Ca sabed que os pesaria:
Et yo juro y os prometo
Que en cuantos dias yo viva
Que de la prision no veades
Fuera vuestro padre un dia. —
Bernardo, con gran tristeza,
Aquesto al Rey respondia:
— Señor, Rey sois, y harédes
A vuestro querer y guisa;
Empero yo ruego á Dios,
Tambien á Santa Maria,
Que él os meta en corazon
Que lo soltedes aina,
Ca yo nunca dejaré
De serviros todavia. —
Mas el Rey con todo esto
Amábale en demasia,
Y así se pagaba dél
Tanto cuanto mas le via,
Por lo cual siempre Bernardo
Ser hijo del Rey creia.

(Cancionero de Romances.)

627.

AL MISMO ASUNTO.

(De Lorenzo de Sepúlveda¹.)

En Luna está preso el Conde
Muy grandes dias habia;

Bernardo, que era su hijo,
De su prision no sabia.
Hálo defendido el Rey
Que ninguno se lo diga;
Súpolo de dos doncellas,
Y fuera con maestría,
Mucho le pesó á Bernardo,
El corazon le dolía,
Revolvióse la sangre
Con mucha malenconía;
Fuérase á su posada,
Gran duelo es el que hacia;
Las lágrimas de sus ojos
Muchas van por sus mejillas;
Palabras de gran dolor
Son aquestas que decia:
— ¡Ay, conde Don Sancho Díaz,
Grande fué vuestra desdicha!
Muy mayor es mi pesar,
Padeceis por causa mia.
Si de prision no vos quito,
¿Para qué quiero la vida?
Morir quiero, y no ser vivo
Si no os veo y conocia;
No la sabia yo, el Conde,
La vuestra prision esquiva;
No os tenia yo por padre,
Agora yo lo sabia;
Mi padre cuidaba yo
El rey Alfonso seria. —
Con muy crecido dolor
Luto sobre sí cubria;
Fuése para el Casto Alfonso,
De rodillas se ponía:
El Rey, que vido á Bernardo,
Estas palabras decia:
— ¿Cobdiciades por ventura,
Bernardo, la muerte mia?
— Don Sancho Díaz de Saldaña
En vuestra prision yacia,
Siendo mi padre y señor
Que tanto servido habia.
Por merced vos pido, Rey,
Me lo deis en este dia:
A mi poned en prision,
Libraldo por causa mia. —
Gran enojo cobró Alfonso
De lo que le respondia;
Dijole: — Partios, Bernardo,
De aquesta presencia mia;
No seais jamas osado
De volver á tal porfia;
Yo os juro que no veais
Que vuestro padre se libra
De la prision en que está,
En los dias que yo viva.
— Buen Rey, respondió Bernardo,
Mal pagais quien os servia;
Póngavos Dios corazon
De hacer lo que os pedia;
Que es de sacar á mi padre
De la prision que tenia.
De servir no os dejaré
Mientras que tenga la vida,
Y hasta que esté libertado
Este luto yo traeria.

(SEPÚLVEDA, *Romances nuevamente sacados*. etc.)

¹ Vese aquí cómo Bernardo, con sencilla y sumisa ternura, empieza á solicitar la libertad de su padre. Podrá el romance no ser muy poético; pero está lleno de sensibilidad noble y decorosa. Compuesto por Lorenzo de Sepúlveda, ó refundido por él, del otro mas viejo, número 626, ó inspirado por la narracion de alguna crónica, tiene todo el aire de las viejas costumbres de nuestra edad media, sin mezcla de las extrañas.

628.

VENCE BERNARDO AL REY ORES DE MÉRIDA, Y LIBERTA Á ALFONSO EL CASTO DE SER DERROTADO Y PRISIONERO.

(Anónimo¹.)

Hueste saca el rey Ores,
Rey de Mérida llamado:
Con la gran gente que lleva
Va muy soberbio el pagano.
Entrando va por la tierra
Del rey Don Alfonso el Casto;
En llegando á Benavente
Cercó á la villa ha asentado.
El casto Rey, que lo supo,
Muy buena gente ha juntado,
Y luego fué sobre el moro
Donde con él ha lidiado.
La batalla fué muy cruda,
Sangrienta de cabo á cabo:
Por donde Bernardo andaba
Los suyos ganaban campo;
Mas los moros, que eran muchos,
Al Rey tenían cercado:
Si Bernardo no llegara
Allí fuera capturado²;
Empero como llegó
Luego al Rey ha descercado.
Entonces le dijo el Rey
Que le demandase algo,
Que su palabra le daba
De dárselo de buen grado.
Pidió Bernardo á su padre,
El buen Rey se lo ha otorgado.
Bernardo con el placer
Por los moros se ha lanzado,
Y tantos mataba d'ellos,
Qu'era espanto de mirarlo.
Aquí fué el rey Ores muerto,
Todo su campo robado,
Muchos moros le mataran
Y muchos le han capturado:
Cogiendo el Rey el despojo,
Se volvió rico y honrado.

(TIMONEDA, *Rosa española*. — It. WOLF, *Rosa de romances*.)

¹ Parece de Timoneda, que procura imitar ó reformar otro mas antiguo.

² La situacion del Rey en este caso, y el hecho de Bernardo, recuerdan muchas de aquellas en que se vió Carlo-Magno, y lo que por él hicieron unas veces Roldan, otras Reinaldos, y otras varios paladines, con la diferencia de que aquí el héroe español no es la causa del mal que experimenta su rey, y allí casi siempre los paladines expreso ponen al suyo en el riesgo para mostrar con él una generosidad humillante.

629.

VENCE BERNARDO AL REY DE BADAJOZ ALMAZA, Y LIBRA Á ALFONSO EL CASTO DE SER CAUTIVO.

(Anónimo¹.)

Ya pasados pocos dias
Un moro se ha levantado,
Que era rey de Badajoz,
Por nombre Almaza llamado².
Aqueste cercó á Zamora,
Mas, empero, por su daño;
Que habiéndolo el Rey sabido,
Muy bien se hubo apoderado,
Y viniendo contra él,
Brava lid han comenzado.
Los moros, que muchos eran,
Mantenian bien el campo,
Tanto, que una parte d'ellos
Al Rey han mal afrentado;
Que aunque bien se defendia,
Con el espada en la mano,
Segun los que le herian

Pudiera haber peligrado,
 Si por Bernardo no fuera,
 Que llegó por aquel lado,
 Que haciendo maravillas
 Desbarató los paganos.
 Sacara al Rey del peligro,
 Y le puso presto en salvo,
 Siendo hartos los moros muertos
 Y el campo desbaratado.
 Y muerto ya el rey Almaza,
 Despues del trance pasado,
 Fuéron siguiendo el alcance
 De los qu'el campo han dejado,
 Do mataron tantos d'ellos,
 Que pocos han escapado.
 Aquí tambien quedó el Rey
 De dar su padre á Bernardo;
 Pero nunca se lo dió,
 Que no era al su hado.

(TIMONEDA, *Rosa Española*. — II. WOLF, *Rosa de romances*.)

¹ Este romance es una repeticion del asunto del anterior, sin mas que haber cambiado los nombres de algunos y las localidades. Puede creerse que es de Timoneda.

² Alzaman llaman á este rey en otras partes.

630.

BERNARDO, VENCEDOR DEL FRANCES DON BUESO, FIDE AL REY LA LIBERTAD DE SU PADRE.

(Anónimo¹.)

Estando en paz y sosiego
 El buen rey Alfonso el Casto,
 Que de lidiar con los moros
 Estaba muy fatigado,
 Nuevas le fuéron venidas
 Que por la tierrale ha entrado
 Un alto hombre de Francia,
 Que Don Bueso era llamado,
 Con gran hueste de franceses,
 Que la tierra le han entrado.
 El Rey fué luego sobr'él
 Con su sobrino Bernardo;
 Su batalla han en Osejo,
 Que es un lugar castellano;
 Muchas gentes ademas
 Murieron de cada cabo,
 Y estando unos con otros
 Crudamente peleando,
 Bernardo y Don Bueso á dicha
 En uno se habian hallado:
 Bernardo mató á Don Bueso,
 Aunque era muy esforzado.
 Los franceses, viendo esto,
 Desampararon el campo.
 Pues, la batalla vencida
 Y el campo todo robado,
 Bernardo suplicó al Rey,
 Pues se lo tenia mandado,
 Que le soltase á su padre,
 Ca despues que fué avisado
 De como yacia en prision,
 Era siempre acostumbrado
 De en cada lid que venciese
 Al Rey le haber demandado.
 Y el Rey se lo prometia
 Siempre que andaba lidiando,
 Mas despues no se lo daba
 Cuando en paz y sosiego:
 Como otras veces hacia
 Aquesta se le ha negado.
 Bernardo, con gran pesar,
 No quiso ir mas á palacio,
 Antes sin servir al Rey
 Gran tiempo estuvo encerrado,
 Que á ningun cabo salia

Ni cabalgaba á caballo,
 Ni mas de cosa del mundo
 Mostraba tener cuidado.
 Pena le daba el placer,
 De lo triste era pagado,
 Ya no curaba de fiestas,
 A que él era aficionado;
 Todo pesar y tristeza
 Le era á él muy gran descanso.
 De aquesto pesaba mucho
 A todos los hijos-dalgo,
 Que bien quisieran que el Rey
 Le hubiera á su padre dado,
 Pues tantas veces por él
 Era de muerte escapado,
 Sin perder jamas batalla
 Do con él hubiese entrado.

(Cancionero de Romances.)

¹ Aunque este romance es del *Cancionero de Romances*, parece composicion poco anterior á la publicacion del libro.

631.

BERNARDO SACA AL REY VENCEDOR EN LA REFRIEGA DE POLVOREDA.

(Anónimo.)

No cesando el Casto Alfonso
 De con los moros lidiar,
 Una muy gran hueste de ellos
 La tierra le van á entrar.
 Tantos eran de los moros
 Que era cosa de espantar;
 Los cuales muy esforzados,
 En ser tantos ademas,
 Hicieron de sí dos partes,
 Y fuéronse así á ordenar.
 La una fué á Polvoreda,
 La otra fué á aquel lugar
 Do el rey Don Alfonso estaba;
 El cual sin lo recelar,
 Fué muy esforzadamente
 Contra ellos sin tardar.
 Dos partes de la su gente
 El Rey luego hecho ha:
 Con la una va Bernardo,
 Con la otra el Rey se va.
 Bernardo va contra aquellos
 Que á Polvoreda se van,
 Y con ellos fué á hallarse
 Donde su batalla han:
 Tantos en el Val de moro,
 Frontero de Portugal,
 Venció Bernardo, y mató
 Tantos d'ellos ademas,
 Que querer hombre decillo
 Seria nunca acabar.
 El rey Alfonso atrosí
 Con los otros fuera á dar
 Cerca del rio de Duero:
 Allí fuéron á lidiar.
 Tan bien se hubo el Rey con ellos,
 Tanto se fuera á esforzar,
 Que mató doce mil moros,
 Y fué tal la mortandad,
 Que los pocos que escaparon
 Llevaron bien qué contar,
 Y muy rico y muy honrado
 El Rey se fué á tornar
 A su ciudad de Oviedo,
 Donde fuera á descansar.

(Cancionero de Romances.)

652.

BERNARDO LIBERTA DE LOS MOROS Á SU AMADA ESTELA
Y AL CARPIO, QUE TENIAN CERCADO.*(De Lucas Rodriguez 1.)*

Con ansia extrema y lloroso,
Triste, ansioso y afligido,
Se parte Bernardo al Carpio
De grave dolor vencido,
Porque habiendo estado ausente
Del Carpio su patria, huido,
Supo que estaba de moros
Muy cercado y abatido,
Y que su hermosa Estela,
A quien el alma ha rendido,
Habiéndose de temor
En una torre subido,
Le tiraron una flecha,
Y, el tierno pecho partido,
Rindió al mismo punto el alma,
El cuerpo amado y querido.
Baja el lagrimoso jóven,
De negras armas vestido:
Ya el rostro baja en el suelo,
Ya en el cielo lo ha subido.
Del ronco y funeral pecho
Saca un ¡ay! tan dolorido,
Que si el infernal rigor
Asistiera á su gemido,
Templara sus penas graves
De su pena condolido.
Dice: — Hermosa Estela mia,
¿Cómo el cielo ha permitido
Que me haya la cruda muerte
De tu beldad dividido?
¡Oh cruda muerte envidiosa!
¡Duro hierro encrudecido!
¿Cómo en ver la luz del mundo,
No volviste enternecido
A sepultarte en el fiero
Brazo de do habias salido?
Mas ¡ay venturoso hierro!
¿Cuán sin razon te he ofendido,
Pues era imposible verla
Sin que de su amor herido
Muriera, por no quedar
En tal pecho enriquecido! —
Aun no habia la blanca aurora
Su clara luz esparcido,
Cuando á sombras del real
Por todo el campo extendido,
El caballo de Bernardo
Alza el recatado oido,
Y enriscando el corvo cuello
Con braveza sacudido,
Descubre sobre un caballo
Un caballero lucido.
Los belicosos caballos,
Cada cual embravecido,
Ya se vienen encarando
Con relinchoso ruido:
Ya Bernardo se apercibe,
Y el contrario apercebido,
Se embisten; pero en llegando
Fué Bernardo conocido
De su caro amigo Ascanio,
El cual con gozo crecido
Le dijo: — ¡Oh, caro Bernardo,
Y cuanto, amigo, ha sentido
El Carpio tu grave ausencia,
Casi roto y constreñido,
Que se rinde ya al poder
Que el gran Morlante ha traído!
Mas yo voy á ver si hay
Orden de ser socorrido.
Tú, Bernardo, ¿cómo vienes
Solo y desapercibido,
Para pasar por un paso

Tan guardado y defendido? —
Dijo Bernardo: — ¿Qué dices?
¿Cómo quies que haya venido,
Si ya de mi Estela el cielo
Anda pisado y medido?
¿Dónde he de ir sino á morir
Con la que siempre he vivido?
— ¡Oh Bernardo, dijo Ascanio,
Cuán siervo eres de Cupido!
Tu Estela está libre y sana;
Y aunque se tuvo entendido
Que peligrara, ya el cielo
De libralta fué servido.
— ¡Oh cielo! — dijo Bernardo,
Y estrechamente ceñido
Del cuello del caro Ascanio,
Fué su gozo tan subido,
Que sin mas hablar se parte
Al campo á paso tendido:
Si da un paso con los piés,
Mil con el alma y sentido;
Y cual va el hambriento lobo
Al gauadillo rendido,
Entra friendo y matando
Por el real adormecido.
Retumba ya el alboroto,
Sube al cielo el gran sonido;
Tocan trompetas al arma,
Suena el clamor y alarido.
Ya viene sobre Bernardo
Todo el campo concurrido:
Llueven sobre él mas espesos
Qu'el granizo mas crecido.
Ya los cristianos de dentro,
Que á Bernardo han conocido,
Recobran esfuerzo, y salen
Con victorioso gemido.
Hallan al fuerte Bernardo
En grande aprieto metido
Entre la brava morisma
Acosado y perseguido,
Cual anda entre ardientes perros
El gran jabali herido.
Cércanle de léjos todos,
Sin ser ninguno atrevido
A llegar, por no quedar
De su esfuerzo arrepentido.
Así sacan á Bernardo
Golpeado y oprimido
De entre los moros, los suyos,
De sangre y sudor teñido.
Llega luego el gran rey moro
En un caballo subido,
Gallardo, bravo y valiente,
Membrudo, grande y fornido,
Derriba y mata cristianos
De gran coraje encendido,
Brama, gime, sube al cielo
El espumoso bramido.
El magnánimo Bernardo,
Gozoso, cuando lo vido,
Rompe por medio del campo,
Y sin serle defendido
Le deja del primer golpe
En el hombro diestro herido,
Dando allí el alma á Pluton,
Y el cuerpo al campo teñido.
Huyen los cobardes moros
En viendo á su Rey tendido,
Y Bernardo con su Estela
Quedó alegre y complacido.

(RODRIGUEZ, Romancero historiado.)

1 Los amores de Bernardo y Estela son una fábula inventada por el poeta, pues no existe tradicion alguna que los conserve, á lo ménos que nos sea conocida.

653.

BERNARDO REITERA SU PETICION SOBRE LA LIBERTAD DE SU PADRE.

(Anónimo¹.)

Al casto rey Don Alfonso
 Está Bernardo pidiendo
 Con muy sentidas palabras
 Lo que no basta por ruego.
 —En el castillo de Luna
 Teneis á mi padre preso,
 Solo á vuestros ojos malo,
 Aunque á los de todos bueno.
 Cansadas son las paredes
 De guardar en tanto tiempo
 A un hombre que vieren mozo,
 Y ya le ven cano y viejo.
 Si ya sus culpas merecen
 Que sangre sea en descuento,
 ¡Harta suya he derramado,
 Y toda en servicio vuestro!
 Acordáos, señor, de cuando
 A Carlos distes el reino,
 Y vuestra real palabra
 Mis hidalgos la cumplieron,
 Pues saliendo á la demanda
 Como buenos caballeros,
 La respuesta que dió Francia
 Vino escrita en nuestros pechos.
 Cuando las guerras civiles
 Que hubistes con los gallegos,
 Trujimos nuestras espadas
 Manchadas en sangre d'ellos:
 Y cuando con castellanos
 Tuvimos tambien reencuentros,
 Segun vinieron las almas,
 Fué mucho venir los cuerpos.
 Hijo soy de vuestra hermana,
 Mirad, Rey, si os viene á cuento
 Darme legitimo padre,
 Y no natural soltero.
 No quiero enojaros, Rey,
 Sino decir solo questo:
 Que mi padre está en prision.
 Y yo en la guerra sirviéndoos. —

(Romancero general.)

¹ Ya aquí, cargado de razon, se atreve Bernardo á pedir la libertad de su padre, alegando servicios propios en favor de la patria y de su Rey, como se expresa con decorosa enerjia en el final de la composicion.

654.

OFRECE LA REINA Á BERNARDO OBTENER LA LIBERTAD DE SU PADRE, SI SALE Á UN TORNEO; MAS DESPUES EL REY SE NIEGA Á DESEMPEÑAR LA PALABRA DE SU ESPOSA.

(Anónimo¹.)

Andados treinta y seis años
 Del rey Don Alfonso el Casto,
 En la era de ochocientos
 Y cincuenta y tres ha entrado
 El número de esta cuenta,
 Y el Rey ya mas reposado,
 Haciendo en Leon sus cortes,
 Habiendo á ellas allegado
 Los altos hombres del reino
 Y los de mediano estado,
 Mientras las cortes se hacen
 El Rey hacer ha mandado
 Generales alegrías,
 Con que á la corte ha alegrado,
 Corriendo cada dia toros
 Y bohordando tablados.
 Don Arias y Don Tibalte,
 Dos Condes de grande estado,
 Eran tristes ademas

Cuando vieron que Bernardo
 No entraba en aquellas fiestas,
 De lo cual les ha pesado,
 Porque no entrando él en ellas
 Les era gran menoscabo,
 Y eran menguadas las cortes
 No habiendo á ellas andado.
 Despues de haberse entre si
 Ambos á dos acordado,
 Suplicaron á la Reina
 Que le dijese á Bernardo,
 Que por su amor cabalgase,
 Y que lanzase al tablado.
 Holgando la Reina d'ello,
 A Bernardo lo ha rogado,
 Diciéndole: — Yo os prometo
 Desque al Rey haya hablado,
 Yo le pida á vuestro padre,
 Ca non me lo habrá negado. —
 Bernardo cabalgó entónces,
 Y fué á cumplir su mandato:
 Llegando delante el Rey,
 Con tanta furia ha tirado,
 Que forzándose en sus fuerzas,
 El tablado ha quebrantado.
 El Rey de qu'esto fué fecho
 Fuése á yantar al palacio.
 Don Tibalte y Arias, godos,
 A la Reina han acordado
 Que cumpliese la merced
 Que á Bernardo le ha mandado.
 La Reina fué luego al Rey,
 La cual asi le ha hablado:
 — Yo os ruego mucho, señor,
 Que me deis, si os tiene en grado,
 Al conde Don Sancho Diaz,
 Que teneis aprisionado;
 Porque este es el primer don
 Que yo á vos he demandado. —
 El Rey cuando aquesto oyó
 Gran pesar hubo tomado,
 Y mostrando grande enojo,
 Esta respuesta ha dado:
 — Reina, yo no lo haré,
 No tomeis trabajo en vano,
 Ca no quiero quebrantar
 La jura que hube jurado. —
 La Reina quedó muy triste
 Cuando el Rey no se lo ha dado,
 Mas Bernardo en gran manera
 Fué d'esto mal enojado;
 Acordando de irse al Rey
 A suplicarle de cabo
 Le diese á su padre el Conde,
 Y si no desafiálo.

(Cancionero de Romances.)

¹ Esta composicion parece de las populares primitivas; pero alteradas. Presenta ya una escena de noble caballeria, interviniendo en ella la Reina, que como dama y señora se interesa por Bernardo. La severidad del Rey hace vanas todas las esperanzas, pues se preciaba mucho de casto, y era demasiado agreste para ceder á ruegos de mujeres. El romance vale poco como poesia, pero bastante como característico.

655.

AL MISMO ASUNTO.

(De Lorenzo de Sepúlveda¹.)

El casto Alfonso hizo cortes
 En Leon, que es su reinado:
 Mientras que las cortes duran
 Grandes fiestas se han armado:
 Corren toros y bohordan
 Caballeros estimados:
 Bernardo no vino á ellas,
 Que estaba muy congojado,
 Que el rey Alfonso su tio

Su padre no había librado
De la prision en que estaba
Tanto tiempo encarcelado.
Gran pesar tienen los grandes
Que á las fiestas se han juntado,
Porque no saliera á ellas
Bernardo tan afamado:
Todos juntos á la Reina
Le habían suplicado
Que á Don Bernardo mandase
Que á tirar vaya al tablado,
Que si él no sale á las fiestas
Todos están amenguados.
A la Reina d'ello plugo,
Y lo hizo de buen grado:
Bernardo ante ella vino
Con semblante apasionado;
Las manos luego le besa;
Preguntó á qué fué llamado.
La Reina mucho le ruega
Vaya á lanzar á el tablado,
Que venido el Rey de fuera
Ella lo hará consolado,
Porque ella le pedirá
Haga á su padre librado.
Bernardo cabalga luego;
Bohordo lanzó al tablado;
Tan gran golpe en él dió,
Que el tablado había quebrado.
Muy gran placer recibíó
La Reina con sus vasallos;
Por lo que Bernardo hizo
Es de todos muy loado.
Venido el Rey á comer,
La Reina le ha suplicado,
Que ese conde de Saldaña
De prision fuese sacado,
Porque ella lo prometió
A su hijo Don Bernardo.
Al buen Rey mucho pesó
De lo que le es demandado,
Y con airado rostro
Tal respuesta había dado:
Que por no quebrar su jura
No quiere hacer su grado.
Cuando Bernardo lo oyó,
Ante el Rey se ha presentado,
Las rodillas por el suelo,
Muchas lágrimas llorando:
Dijo al Rey estas palabras
Con el rostro apasionado:
— Por merced os pido, Rey,
El mi padre me sea dado;
Libradlo de la prision
Donde está por vuestro mando,
Tantos años, cuantos yo
Fui nacido y soy criado.
No me lo neguéis, buen Rey,
Que su pecado ha purgado:
Acordáos de mis servicios,
Que os he hecho señalados,
Uno teniéndos los moros
En Benavente cercado
Con su rey nombrado Ores,
Non creyestes ser librado:
Acordáos cuando en Zamora
Os acorri muy de grado
En la batalla que bobisteis
Con el rey moro afamado:
Tambien, Rey, os acordado
Cuando os tuvieron cercado
Los moros junto á aquel rio
Que á Oruega es hoy llamado,
Donde tuvisteis por cierto
De muerte non ser librado.
De todos estos peligros
Yo, señor, os saqué en salvo,
Do hice por mi persona
Hechos de hombre estimado.

Todas las veces que digo,
Mi padre me fué mandado,
Y si agora me lo dais
Yo os serviré de grado
Con mi persona y la gente,
Que yo tengo á mi mandado.—
Luego el Rey le respondió
Que no hará lo suplicado,
Y á Bernardo luego manda
Que salga de su reinado
Dentro de los nueve días,
Que no mas le dió de plazo;
Y si pasados lo hallaban,
En prision seria echado.
Bernardo, con grau enojo,
Esta respuesta le ha dado:
— Quitome de vos, el Rey,
Y de ser vuestro vasallo,
Y reto á todos aquellos
Que son á vuestro mandado.
Si yo me hallo con ellos,
Yo me haré bien vengado,
Pues tan ingrato os mostrais
Con quien habeis vos criado,
Mal mirando los servicios,
Mal paga por ellos dando.—
Con coraje muy crecido
A Saldaña se ha tornado,
Do hizo muchas batallas
Contra el Rey y su reinado.

(SEPÚLVEDA, *Romances nuevamente sacados*, etc.)

† Este romance tiene todo el carácter de ser uno de los viejos, reformados. Quizá los de los números 654 y 657 sirvieran de texto á Sepúlveda para componer este.

636.

OTRA VEZ PIDE EN VANO BERNARDO LA LIBERTAD DE SU PADRE.

(Anónimo¹.)

A los piés arrodillado
Del casto rey Don Alfonso,
Pide Bernardo á su padre,
Muy humilde y muy quejoso.
— Poderoso Rey, le dice,
Yo te confieso y conozco
Que la ofensa de mi padre
Te ha causado justo enojo;
Pero advierte, casto Rey,
Que te ofendió siendo mozo,
Y que en la dura prision
Cubren ya canas su rostro.
Ya es tiempo que le perdones,
Pues con ser un yerro solo,
Yo le he lavado con sangre
Y él con agua de sus ojos;
Y si la que tengo suya
No te mueve, rey Alfonso,
La mitad es de tu hermana
A pesar del mundo todo.
Considera mis servicios,
Señor, que no son tan pocos
Que medidos con la ofensa
No estés ménos riguroso.
Tu real palabra cumple,
Y sino á Dios hago voto
De tomar tanta venganza
Que cause en tu reino asombro.

(MADRIGAL, *Segunda parte del Romancero general*, etc.)

† Romance de la última década del siglo xvi, bien sentido y pensado, y no mal escrito. Las razones en que Bernardo apoya la defensa de su padre, están llenas de razón, de sensibilidad y de respeto hácia la persona cuya indulgencia se demanda.



657.

BERNARDO DESTERRADO POR EL REY.

(Anónimo 1.)

En gran pesar y tristeza
Era el valiente Bernardo,
Por ver á su padre preso,
Y no poder libertallo.
Vestidos paños de luto,
Y de sus ojos llorando,
Se lo pidió de merced
Al rey Don Alfonso el Casto,
El cual dar no se lo quiso,
Mas por respuesta le ha dado :
—Que de decirlo otra vez
No fuese jamas osado,
Ca si lo osase á hacer
Con su padre haria echarlo.—
Bernardo cuando esto vido
Al Rey asi ha hablado :
—Señor, por cuanto os servi
Ya debieras de soltallo :
Bien acordárseos debía,
Si no se os ha olvidado,
De cómo yo os acorri
Cuando os tenian cercado
Los moros en Benavente,
Andando en la lid lidiando,
En la cual sabeis que os viste
En muy peligroso estado
Con la gente del rey Ores
Que la tierra os habia entrado,
Y vos dijisteme entónces
Que os pidiese yo á mi agrado
Un don cualquiera que fuese
Que de vos me seria dado :
Yo pedios á mi padre,
Y por vos me fué otorgado.
Otroși cuando lidiásteis
Con Alzaman el pagano,
Que yacia sobre Zamora
Teniendo cerco asentado,
Bien sabeis lo que alli hice
Para sacaros en salvo :
Desque la lid fué vencida
Vuestra fe me hubiste dado
De darme á mi padre el Conde
Libre, suelto, vivo y sano.
Y tambien cuando os tenian
Cercado en el mismo grado
Los moros cerca del rio
Que d'Orbi era llamado,
Y os daban muy grande priesa,
Que fuera escapar milagro,
Y estando en horas de muerte
Llegué yo por aquel cabo,
Y bien sabeis lo que hice,
Y cómo os hube librado.
Agora pues que me veo
Ser de vos tan mal pagado,
Que á mi padre no me dais,
Habiéndomelo mandado,
De vos me quito, y no quiero
Ser ya mas vuestro vasallo.
Y repto á todos aquellos
Cuantos son de vuestro mando,
Para que en cualquier lugar
Que los hubiese hallado,
Si mas pudiera que ellos,
Como enemigo tratallo.—
D'esto fué el Rey mas sañudo,
Y le dijo así á Bernardo :
—Bernardo, pues asi es,
Que salgades luego os mando
Desde hoy en nueve dias
De mi tierra y mi reinado.
Procurad no os halle en ella ;
Por que cierto, si yo os hallo

Despues que fuere cumplido
El término señalado,
Cierto yo os mandaré echar
Donde vuestro padre ha estado.—
Bernardo entónces se fué
Para Saldaña enojado,
Y luego Vasco Melendez,
Que en sangre le era llegado,
Y tambien Suero Velazquez,
Que era su deudo cercano,
Y Don Nuño de Leon,
Dendo otroși de Bernardo,
Viendo que así se partia
Y que del Rey iba airado,
Despidiéronse del Rey
Y besáronle la mano.
Fuéronse para Saldaña,
Con Bernardo se han juntado.
Bernardo comenzó entónces
A hacer gran mal y daño ;
Corrió la tierra de Leon,
Hizo en ella gran estrago.
Duraron aquestas guerras,
Que hubo entre el Rey y Bernardo,
Gran tiempo, hasta que fué
Muerto Alfonso, aquel rey casto.

(Cancionero de Romances.)

4 Parece reforma de otro mas antiguo. En él se observa cómo la exasperacion que produce en Bernardo la injusticia del Rey le va separando de la sumision y respeto que le tributaba. Ya empieza á buscar medios de fuerza para obtener satisfaccion de las ofensas é ingratitudes que con él se usan. Ya, no en las causas que le mueven, sino en los medios que se propone usar, se va pareciendo á Don Roldan.

658.

ALFONSO EL CASTO OFRECE Á CARLO-MAGNO LA CORONA DE ESPAÑA, POR TAL QUE LE AYUDE Á EXPELER DE ELLA Á LOS MOROS.

(Anónimo 1.)

Andados los años treinta
Que reinaba Alfonso el Casto,
En la era de ochocientos,
Y mas cuarenta y un años,
Cuenta la historia que el Rey,
Despues que se vió cargado
De canas y grandes dias,
En poridad ha enviado
A Carlos sus mensajeros,
Con su mensaje y mandado,
Que era rey de los franceses,
Y emperador coronado,
Que si quisiese venir
Con sus huestes á ayudarlo
En las batallas que habia
Con los moros, de su grado,
Que le daria su reino,
Y en él quiere renunciarlo,
Pues que no habia ningun hijo
A quien pudiese dejarlo.
El frances le dió respuesta,
Que estaba bien acordado,
Y por estar al presente
Con los moros ocupado,
No iba á verse con él
Para cumplir su mandado.
No fué tan secreto esto
Que no fuese divulgado :
Mucho pesaba á los grandes,
Mucho mas pesa á Bernardo.

(TIMONEDA, *Rosa española*.—WOLF, *Rosa de Romances*.)

4 Parece reforma, hecha por Timoneda, de un romance de tradicion oral.

En este romance empieza á tener Bernardo conexon con los doce Pares, y á presentarse como el que ha de ser el imitador, el rival y el vencedor de Roldan.

639.

NEGANDO SERLO, RETA BERNARDO Á LOS QUE LE DECIAN
BASTARDO.(Anónimo¹.)

Por las riberas de Arlanza
Bernardo del Carpio cabalga
Con un caballo mórçillo
Enjaezado de graua,
Gruesa lanza en la mano,
Armado de todas armas.
 Toda la gente de Búrgos
Le mira como espantada,
Porque no se suele armar
Sino á cosa señalada.
Tambien lo miraba el Rey,
Que fuera vuela una garza:
Diciendo estaba á los suyos:
—Esta es una buena lanza:
Si no es Bernardo del Carpio,
Este es Muza el de Granada.—
Ellos estando en aquesto,
Bernardo que allí llegaba,
Ya sosegado el caballo
No quiso dejar la lanza:
Mas puesta encima del hombro
Al Rey d'esta suerte hablaba.
—Bastardo me llaman, Rey,
Siendo hijo de tu hermana,
Y del noble Sancho Diaz;
Ese Conde de Saldaña:
Dicen que ha sido traidor,
Y mala mujer tu hermana.
Tú y los tuyos lo habeis dicho,
Que otro ninguno no osara:
Mas quien quiera que lo ha dicho
Miente por medio la barba;
Mi padre no fué traidor,
Ni mi madre mujer mala,
Porque cuando fui engendrado
Ya mi madre era casada.
Pusiste á mi padre en hierros,
Y á mi madre en órden santa,
Y por que no herede yo
Quieres dar tu reino á Francia.
Moriran los castellanos
Antes de ver tal jornada:
Montañeses, y leoneses,
Y esa gente esturiana,
Y ese rey de Zaragoza
Me prestará su compañía
Para salir contra Francia
Y darle cruda batalla;
Y si buena me saliere,
Será el bien de toda España;
Si mala, por la república
Moriré yo en la demanda.
Mi padre mando que sueltas
Pues me diste la palabra:
Si no, en campo, como quiera
Te será bien demandada.

(TIMONEDA, *Rosa española*.—H. WOLF, *Rosa de Romances*.)

¹ Este romance es muy popular. Lope de la Vega le sigue casi todo en su comedia de las *Mocedades de Bernardo del Carpio*. Parece de tradicion oral, pero reformado un tanto por Timoneda.

640.

BERNARDO RESISTE LA CESION QUE HIZO EL REY Á CARLO-
MAGNO DE SUS ESTADOS, Y PARTE Á Oponerse AL EJÉR-
CITO FRANCÉS.(De *Grabiél Lobo Laso de la Vega*.)

El valeroso Bernardo,
Hijo de Don Sancho Diaz,
Sabiendo que el casto Alfonso

Renunciaba de Castilla
En favor de Carlo-magno
El derecho que tenia;
Dejando en el Carpio guarda,
De Leon toma la via,
Seguido de mucha gente
Agraviada y ofendida
De que una bajeza tal,
Habiendo godos, se diga,
A Bernardo acuden todos:
Que no lo consienta gritan;
Y que al Rey vaya con ellos
Por cabeza, le suplican,
A contradecir con fuerza
Cosa tan mal entendida.
Armado viene Bernardo
Como el caso lo pedia,
Cuyo fuerte y negro arnes
Un largo manto cubria.
Armada viene la gente
Aunque en partes dividida.
Entró Bernardo en Leon,
Do su llegada sabida
Deja cada cual su casa,
Y á pedirle amparo iba
Llamándole defensor
De la agraviada Castilla,
Y hasta llegar á palacio
Con instancia le seguian;
Donde un portero le dijo
Que hablar al Rey no podria,
Que está en consejo de guerra,
Si órden de allí no salia.
Bernardo, sin responderle,
Por la sala adentro tira;
Entró donde estaba el Rey,
A quien el sombrero quita,
Diciendo:—El Rey y no otro
Reciba esta cortesía,
Que no se le debe á quien
Por el bien comun no mira,
Ni á quien siendo godo, si hay
Aqui quien godo se diga,
Consiente que la obediencia
Dé á los franceses Castilla,
Que con mas justa razón
Del frances nos es debida.
¿Tanta flaqueza sentis?
¿Tanta es vuestra cobardia
Que del honor olvidados,
Haceis caso de la vida?
¿Es bien que de castellanos,
Y de godos tal se diga?
No se dirá, y si dijere,
No mientras Bernardo viva,
Ni en tanto que de este brazo
Fuere esta espada regida,
Que yo sé para impedirlo
No faltará quien me siga.—
Fuése con esto Bernardo
Haciendo al Rey cortesía,
Y con gran copia de gente
A Zaragoza camina.
El Rey y sus consejeros,
Visto que razon tenia,
Mudan el dañoso acuerdo
Y á Carlo-Magno escribian
Que no salga de su tierra,
Ni los piés ponga en Castilla,
Porque el contrato empezado
Contradicho el reino habia;
De que indignado el frances
Copia de gente hacia
Para por fuerza tomar
Lo que ofrecido le habian.

(LOBO LASO DE LA VEGA, *Romancero y tragedias*, etc.)

641.

AL MISMO ASUNTO.

(De Lorenzo de Sepúlveda.)

No tiene heredero alguno
 Alfonso, el Casto llamado;
 A Carlo-Magno el de Francia
 Mensajeros le ha enviado
 En secreto, que viniese
 Contra moros á ayudarlo,
 Y que le daría á Leon.
 Que de Alfonso era reinado.
 Carlos que oyera al mensaje
 Luego se habia aparejado:
 Mucha gente trae consigo,
 Roldan qu'es muy estimado,
 Y otros muchos caballeros
 Que los pares han llamado.
 Los ricos hombres del reino
 De Alfonso se han querellado;
 Pidiéronle que revoque
 La palabra que habia dado;
 Si no, echarlo han del reino,
 Y pondrán otro en su cabo,
 Que mas quieren morir libres
 Que mal andantes llamados.—
 No quieren ser de franceses
 Sujetos los castellanos:
 El que mas enojo tiene
 Era Bernardo del Carpio,
 Que era sobrino del Rey,
 Caballero aventajado.
 Revocó Alfonso la manda,
 Aunque no fué de su grado.
 A Carlos mucho le pesa;
 Del rey casto es enojado,
 Porque mintió su palabra
 Mucho lo ha amenazado
 Que le quitará á Leon
 Y aun á todo su reinado.
 Bernardo está muy sañudo
 De lo que Carlos ha hablado.
 Apercibense los reyes
 Con las gentes de su estado:
 Halláronse en Roncesvalles,
 Do muy recio han batallado:
 Mueren allí muchas gentes
 Franceses y castellanos.
 Venció el rey Don Alfonso
 Por el esfuerzo sobrado
 De Bernardo su sobrino,
 Que era el mas señalado.
 Mató Bernardo por sí
 A Roldan el esforzado,
 Y á otros muchos capitanes
 De Francia muy estimados.

(SEPÚLVEDA, Romances nuevamente sacados, etc.)

642.

AL MISMO ASUNTO.

(Anónimo 1.)

Retirado en su palacio
 Está con sus ricos-homes
 Alfonso rey de Castilla
 En Leon do está su corte;
 Y despues de haber propuesto
 Su intento y sus pretensiones
 A los de guerra y estado,
 Que atentos le escuchan y oyen,
 En confuso conferir
 Se oye un susurro discordo,
 Que sala y palacio asorda
 La diversidad de voces.
 Unos dicen: — Libertad
 Es bien que Castilla goce,
 Que harto tiempo ha sido esclava

Del profeta falso, torpe,
 Sino es que nuestras miserias,
 Nuestras culpas y errores
 Nos tengan ya condenados
 A extranjerias sumisiones.
 Gobiérne el galo su tierra,
 No nos fatigue y enoje,
 Y extienda por otra parte
 Sus límites y mojonos.—
 Otros dicen: — No es afrenta,
 Ni es bien que por tal se tome,
 Ampararse un reino de otro
 Con honradas condiciones.—
 En estas dudas estaban,
 Cuando en confusos montones
 Por el inquieto palacio
 Cantidad de gente rompe,
 Gritando: — ¡Viva Castilla
 Y sus temidos leones!
 ¡Viva el casto rey Alfonso,
 Con tal que esta voz no estorbe!
 ¡Viva quien la reforzare,
 Y si no en nuestros estoques
 Ha de dejar hoy la vida
 Desde el pechero hasta el noble!
 ¡Viva el famoso Bernardo,
 Libertador de los hombres,
 Que el infame yugo abate
 Y extranjerias opresiones!—
 Bernardo en la delantera
 A todos silencio pone,
 Eligiendo de los suyos
 De los mas á cuento doce.
 Entra donde estaba el Rey,
 Y dice: — Si el miedo torpe
 Hace tan bajos efectos,
 Como es bien que el mundo note,
 En la sangre ilustre y clara,
 Si'es bien que sangre se nombre,
 De aquellos famosos godos
 De quien tembló todo el orbe,
 ¿Cómo á la parlera fama
 Quereis obligar pregone
 Vuestros valerosos hechos
 Sujetos á otras naciones?
 Primero el rigor del cielo
 Ardientes rayos arroje
 Sobre la afflicta Castilla,
 Que nombre de esclava tome.
 Eso no consentiré,
 Que aunque el mundo se trastorne,
 No ha de ser, ó han de morir
 A mis manos sus autores,
 Que muchas hay sin las mias
 Para este efecto concordos,
 Que es dulce la libertad,
 Y la esclavitud enorme.—
 Con esto dejó la sala
 Y del palacio salióse,
 Poniendo en órden sus gentes,
 Y dando en sus cosas órden.
 Visto por el Rey el caso
 Manda de nuevo se vote,
 De á do salió que Castilla
 Su libertad tenga y goce.

(Romancero general.)

4 Obsérvase bien marcadamente en esta composicion, no muy antigua en verdad, pero muy española, la rivalidad contra los franceses y el deseo de sacudir su influjo. Anacronismo es proclamar las libertades de Castilla cuando solo existian los fueros de Asturias y Leon; pero es muy verdadero el sentimiento de independencia y libertad que los españoles, aun en el recinto, estrecho de sus montañas, conservaban, y que luego sirvió de base á una constitucion politica que brotaba de las costumbres y de los hábitos. Ya en este romance no aparece Bernardo como suplicante, sino como héroe, como salvador de la patria que ve perdida por la debilidad de un rey. Escrito á fines del siglo xvi, y en tiempo en que con cruda guerra disputábamos á los franceses toda clase de supremacia, y en to-

das circunstancias éramos vencedores, no es extraño que revele con verdad los sentimientos que nos animaban, que no eran otros ciertamente que aquellos que nos obligaron á producir á Bernardo del Carpio, y á personificar en él la rivalidad que siempre existió entre ambas naciones. El romance, sea de cualquier época, contiene una verdad que lo es en todas las de nuestra historia.

645.

DESTERRADO BERNARDO POR Oponerse á LA CESION DE LA CORONA EN CARLO-MAGNO, PARTE á GRANADA, DONDE HACE AMISTAD CON MUZA.

(Anónimo 1.)

Desterró el rey Alfonso
A su sobrino Bernardo,
Por poder cumplir la manda
Que habia hecho á Carlo-Magno;
Y porque si está en el reino
Pudieran seguir su bando
Aquellos que mas podian,
Y mas antiguos hidalgos,
Sale á cumplir su destierro
Solo con un hijo-dalgo,
Y antes del Carpio salir
Le dió una carta á un criado,
Diciendo: — Dácela al Rey,
Y dile que es de Bernardo,
Y que no pienso volver
Hasta que me haya probado
Con aquel fuerte frances
A quien él llamaba Orlando,
Al cual no le ha de valer
Traer el yelmo encantado,
Que le quitó al buen Cervino
Hallándole desarmado,
Y le dió la muerte cruda,
Diciendo le venció en campo. —
Y por no pasar los puertos
Hasta que fuese verano,
Caminó hacia Granada,
Tambien porque han pregonado
Que hay unas reales justas
Donde el premio será dado
Al que mejor lo hiciere,
Sea moro, ó sea cristiano,
Y por estar allí Muza,
De quien ha sido informado
Que tiene la mejor lanza
Que hay en el pagano bando,
Y el que ha puesteo en mas aprieto
A todo el bando cristiano.
Al fin allegó á Granada
Aquel leones honrado,
Donde vió que iba á la plaza
Muza, el fuerte enamorado.
Por las calles donde iba
Va estos papeles echando:
«Celos son los que me matan,
»Que amor no estará en su mano.»
Así entró en la plaza Muza,
Y todos en él miraban,
No hay nadie que lo conozca
Como viene disfrazado.
Bernardo con gran deseo
Por saber d'este pagano
Quién es, ó cómo se llama,
Lo preguntó á un su criado.
El moro sin curar del
Pasó adelante de largo,
Y allegándose á Muza
Le dijo: — Aquel cristiano
Me ha preguntado quién eres,
Y yo le he disimulado. —
A Bernardo llegó Muza,
Y muy pasito hablando,
Le dijo: — ¿Quién eres tú
Que por mí vas preguntando?
Dime, si gustas, tu nombre,

Y diréte el mio de grado,
Y si batalla quisieres
Salgamos los dos al campo. —
Bernardo que vió del moro
Aquel pecho tan gallardo,
Le dijo: — Bernardo soy,
Y el que nunca ha rehusado
Batalla con ningún hombre,
Que ocasion le hubiese dado. —
Muza le abraza y le dice,
Casi de placer llorando: —
— Has de saber que yo soy
El que mas ha procurado
De tenerte por amigo,
Aunque en las leyes contrarios;
Y pues el cielo lo quiere
Abrázame, amigo caro,
Y de mí quiero te sirvas
Como del menor criado.
Y si d'esto en algun tiempo
Me hallares en nada falto,
Quiero que el cielo me falte
Y cuanto Dios ha criado. —
Así se volvieron juntos,
Grande amistad profesando,
Para que Bernardo tenga
Lo que le es necesario.

(Romancero general.)

1 Este romance, sin duda de los últimos años del siglo XVI, disloca toda la historia de Bernardo respecto al asunto del anterior, en que parece Alfonso resuelto á recoger la palabra dada á Carlo-Magno. ¿Existía por ventura en aquel tiempo constituido el reino de Granada tal como estaba en siglos posteriores? No de modo alguno. Sin duda el autor del romance lo hizo de capricho é imitando los moriscos que en su tiempo estaban en boga. Para salvar esta incongruencia, pudiera decirse que Bernardo fué á Granada con ánimo de ganar la amistad de los moros andaluces, é interesarlos contra Carlo-Magno, como lo hizo despues con los de Sansueña ó Zaragoza, que ayudaron á los cristianos á ganar la batalla de Roncesvalles.

644.

BERNARDO, POR VENGAR UNAS DONCELLAS, MATA EN DUELO á LEPOLEMO.

(De Lucas Rodriguez 1.)

Cuando el padre Facton
Sus caballos enfrenaba,
Y la esposa de Titon
Del tálamo se levanta,
Por una floresta umbrosa
De arboleda, bien poblada
Llorando van tres doncellas
Hermosas y desdichadas,
En morcillos palafrenes,
Y en negras sillas sentadas.
Tan cubiertas van de luto,
Que por el suelo arrastraba:
Cuatro escuderos delante,
Que negras hachas llevaban
Con capuces hasta el suelo,
Gran tristeza demostraban.
En medio va un atahud,
Y dentro un cuerpo sin alma,
De todas armas armado,
Si no sola la celada.
Heridas lleva de muerte,
Y la cara ensangrentada:
Cubierto de un paño negro,
Y descubierta la cara,
Y en los extremos del paño
Va una muerte figurada,
Con letras que solo dicen:
«Tan injusta, cual temprana.»
Y en medio d'él un lefrero
Que decia estas palabras:
«Ninguno quiera saber
»Aventura tan extraña;
»Si no fuera caballero

»Que pueda hacer venganza
 »De una muerte tan injusta
 »Cuan cruel y desastrada.»
 Las doncellas daban gritos,
 Los escuderos lloraban;
 Con las voces y alarido
 La floresta retumbaba.
 Alteróse un caballero
 Que junto al camino estaba
 Recostado al pié de un roble;
 Poco habia que descansaba
 Del trabajoso camino,
 Y al punto en pié se levanta.
 Ricas armas tiene puestas,
 La visera levantada,
 Y como vió la aventura,
 Su caballo aderezaba.
 En un instante le enfrena,
 Y las cinchas le apretaba;
 Del arzon colgó el escudo;
 Tomó en su mano la lanza;
 Sin poner pié en el estribo
 Sobre la silla saltaba;
 Arrimóle las espuelas
 Y la rienda le alfojaba.
 Llegó y hizo acatamiento;
 Mas ninguno no le habla,
 Antes, viéndole delante
 Mayores voces alzaban.
 Desea saber Bernardo
 Aventura tan extraña,
 Que este es Bernardo del Carpio,
 Sobrino del rey de España,
 Que anda buscando á Roldan,
 El conde y señor de Brava.
 Lee lo que dice el letrado,
 Y ofrécese á la venganza.
 Luego le cuentan el caso
 De todo lo que pasaba:
 Las damas piden favor
 Contra quien las agraviara,
 Qu'es el fuerte Lepolemo,
 Que un hermano les matara,
 Por tomarles el castillo,
 Y una de las tres hermanas,
 Y cuando le hubo muerto
 D'esta manera les habla:
 «Que si dentro de ocho dias
 »Hallan quien haga batalla
 »Con él, volverá el castillo
 »Sin hablarles mas palabra,
 »Y que si en todo este tiempo,
 »Quien se lo pida no hallan,
 »Que él escoja entre las tres
 »Aquella que mas le agrada
 »Para hacer d'ella á su gusto
 »Como si fuese su esclava.»
 Al castillo vuelven todos,
 Donde Lepolemo estaba:
 Bernardo le desafia,
 Y en el campo le esperaba.
 Lepolemo oyó las voces,
 Y asomóse á una ventana:
 Viendo solo un caballero
 En un momento se armaba.
 Apriesa pide un caballo;
 Tomó de presto la lanza,
 Y apenas hubo salido
 Cuando los dos se encontraban,
 Y tan feroz fué el encuentro
 Que el bravo español le daba,
 Que le pasó á la otra parte
 Mas de un gran palmo de lanza,
 Con que libertó al castillo
 Y dió venganza á las damas.

(RODRIGUEZ, *Romancero historiado*.)

* El romance es puramente caballeresco, y una imitación exacta de los de su clase, escritos por el autor y otros poetas entusiastas de los libros de los Amadises.

del Carpio. 645.

BERNARDO HACE LIGA CON LOS MOROS DE ARAGON, CONTRA
 LOS FRANCESES DE CARLO-MAGNO.

(De Gabriel Lobo Laso de la Vega¹.)

Las varias flores despoja
 Del rocío aljofarado,
 Que con visos cristalinos
 La vista alegran y el campo,
 El veloz tropel fogoso
 De un caballo rabicano,
 Cuyos hijares batian
 Los nobles piés de Bernardo.
 Venia curiosamente
 El gallardo castellano
 A la morisca vestido,
 Con el brazo arremangado,
 Para no ser conocido
 Del frances campo contrario.
 Un asta de enjuto fresno
 Fija en la derecha mano,
 Y en la siniestra una adarga
 En cuyo campo dorado
 Trae pintado un leon sangriento,
 Sobre los piés levantado,
 Que con las uñas hacia
 Una flor de lis pedazos,
 Y encima un letrado verde
 Que decia: «Nada ó algo.»
 Reparó de la carrera,
 Y media rienda soltando,
 A un galope dió principio
 Por el espacioso llano,
 A vista de Zaragoza
 De adonde estaba mirando
 El poderoso Marsilio
 La destreza de Bernardo,
 Cuyo valor esparcia
 Con razon la fama tanto:
 Mas el fuerte Bravonel,
 Del aragones amparo,
 A quien tampoco hacia
 En nada la fama agravio,
 Con Bernardo sale á verse
 En un tordillo caballo,
 Que entre doce que envió
 A Marsilio presentados
 Un moro rey de Granada,
 Como deudos que eran ambos,
 Vino para Bravonel
 El tordillo señalado;
 Que de hombres tales, es bien
 Haga el mundo, y Reyes caso.
 Era Bravonel, de Acoyza,
 Mora bella, aficionado,
 Enamorado y valiente,
 Valiente y enamorado.
 Lo uno y otro tenia;
 En uno y otro extremado:
 Rica marlota llevaba
 De azul y verde damasco;
 Por rapacejos, pendientes
 Lágrimas de cristal claro,
 De lisas hebras de plata,
 Por todas partes colgando,
 Y unas letras que decian:
 «Tanto temo cuanto aguardo;
 »Que si esperanza me anima,
 »Celos me fuerzan á llanto.»
 Azul y verde es la lanza,
 Y del ancha adarga el campo,
 Y de azul y verde trae
 Atada una banda al brazo.
 Bate el moro entrambos piés,
 Un alto alarido alzando;
 Parte el revuelto tordillo
 Derecho para Bernardo,
 El cual al moro se viene,
 Y el uno al otro llegando,

Bajan lanzas y cabezas
 Con comedimiento largo,
 Y á Zaragoza se van,
 Porque con sus gruesos campos
 Han de partir otro día
 A Roncesvalles ufanos.

(Lobo LASO DE LA VEGA, *Romancero y tragedias*, etc.
 — It. *Seis romances famosos de la historia de
 Bernardo*, etc., Pliego suelto.)

1 Imitacion de los romances moriscos.

2 En este pliego suelto impreso á fines del siglo xvii, se atribuye á sí propia este romance y los demas un tal Diego Cosío.

646.

AL MISMO ASUNTO.

(Anónimo 1.)

Con tres mil y mas leoneses
 Deja la ciudad Bernardo,
 Que de la perdida Iberia
 Fué milagroso restauro;
 Aquella cuya muralla
 Guarda y dilata en dos campos
 El nombre y altas victorias
 De aquel famoso Pelayo.
 Los labradores arrojan
 De las manos los arados,
 Las hoces, los azadones;
 Los pastores los cayados;
 Los jóvenes se alborozan,
 Alientanse los ancianos,
 Los inútiles se animan,
 Fingense fuertes los flacos,
 Todos á Bernardo acuden,
 Libertad apellidando,
 Que el infame yugo temen
 Con que los amaga el galo.
 — Libres, gritaban, nacimos,
 Y á nuestro Rey soberano
 Pagamos lo que debemos
 Por el divino mandato.
 No permita Dios, ni ordene
 Que á los decretos de extraños
 Obliguemos nuestros hijos,
 Gloria de nuestros pasados:
 No están tan flacos los pechos,
 Ni tan sin vigor los brazos,
 Ni tan sin sangre las venas,
 Que consientan tal agravio.
 ¿El frances ha por ventura
 Esta tierra conquistado?
 ¿Victoria sin sangre quiere?
 No, miétras tengamos manos.
 Podrá decir de leoneses,
 Que murieron peleando;
 Pero no que se rindieron,
 Que son al fin castellanos.
 Si á la potencia romana
 Catorce años conquistaron
 Los valientes numantinos
 Con tan sangrientos estragos,
 ¿Por qué un reino, y de leones,
 Que en sangre libia bañaron
 Sus encarnizadas uñas,
 Escucha medios tan bajos?
 Déles el Rey sus haberes,
 Mas no les dé sus vasallos;
 Que en someter voluntades
 No tienen los reyes mando.—
 Con esto Bernardo ordena
 Sus escuadrones bizarros,
 A quien desde una ventana
 Mira Don Alfonso el Casto.
 Como á su sangre le mira,
 Que le es como sangre grato.
 Su gallarda compostura

Y valor considerando,
 Crece por puntos la gente,
 De suerte que forma campo;
 Despuéblase la ciudad,
 Y los pueblos comarcanos.
 Marcha á la ciudad augusta,
 Cuyos muros baña ufano
 El caudal famoso Ebro
 Del mundo tan celebrado,
 Do el hijo del Zebedeo
 Fundó el edificio raro
 Que ciñe el Santo Pilar,
 Estribo de nuestro amparo.
 Allí Bravonel le aguarda
 Con el sarraceno bando,
 Que al rey Marsilio obedece,
 Contra el frances declarado.

(*Romancero general*.)

1 Véase la nota del romance número 642, que es tambien aplicable á este.

647.

INCREPA Y AMENAZA BERNARDO Á LOS QUE PRETENDIAN
 ENTREGAR EL REINO Á LOS FRANCESES.

(Anónimo 1.)

— No os llamo canalla vil
 Solo porque os llaman godos,
 Y no ofender á Pelayo,
 Por agraviar á vosotros.
 Afeminados varones,
 Hijos del inútil ocio;
 Usurpadores de nombre
 Tan ilustre y tan honroso;
 Bastardos de la nobleza
 Que codicia el mundo todo,
 Dalda lo que la debeis
 O echalda de vuestros hombros.
 Si quereis tan grave carga
 Facilitar por mil modos,
 A vuestros nobles pasados
 Volved la mente y el rostro,
 Que no ménos conquistaron
 Que cuanto vieron sus ojos,
 Infame yugo poniendo
 A los reinos mas remotos.
 ¿Tan duro es de conquistar
 Este rincencillo solo
 Donde estáis aniquilados
 Y oprimidos de los moros,
 Que le ofreceis al frances
 Con medios tan afrentosos?
 ¿Tan flacos están los pechos,
 Y los brazos ya tan flojos?
 ¿Mucho os debe vuestra patria,
 Imitadores de Codro,
 Pues su nombre eternizais
 Con hacera sierva de otros!
 Si razones halagüeñas
 Os mueven del rey Alfonso,
 Obedecedle en lo justo,
 Y advertidle en lo dañoso;
 Que el consejero que es fiel,
 Libre de intereses propios,
 Debe aconsejar su rey,
 Y andará cual debe en todo.
 Que mudeis acuerdo pido,
 ¿Si no... Por el Dios que adoro
 Que he de barajar la suerte,
 De suerte que os pese á todos!—
 Esto diciendo el del Carpio,
 Con fiero semblante y rostro,
 Y con gran copia de gente
 Sale de Leon furioso
 Blasfemando de franceses
 Y su yugo ignominioso,

Blandiendo una gruesa lanza
Y batiendo los pies corvos.

(Seis romances famosos, de la historia de Bernardo, etc., Pliego suelto.)

¹ Se ha copiado el romance, de un pliego suelto impreso en el siglo XVIII; pero así este como los demás que contiene son composiciones de los fines del XVI.

648.

BERNARDO Y LOS SUYOS SALEN Á CAMPAÑA CONTRA
LOS FRANCSES.

(Anónimo.)

Aguardando que amanezca,
Para conocer la entrada,
Estaba el fuerte Bernardo
En los mojonés de Francia,
Con trescientos compañeros,
Que es la costumbre que usaba
Que diz bastan para mil
Cuando son hijos de España;
Y ántes que ponga en efecto
El deseo que llevaba,
A todos juntos les dice
De palabra estas palabras:
— Bien veis, leales amigos,
Los que sois de sangre hidalga,
Que esta empresa á que venimos
Es digna de buenas lanzas;
Si hay alguno entre vosotros
Que entienda allanar su lanza,
Vuélvase de este mojon
Antes que pise la raya,
Porque el que entrare una vez
La suya ha de ser muy cara;
Que cara ha de ser la cosa
Donde la honra se gana.
Bien sabeis que á un español
Le viene de herencia y casta
Hacer espaldas los pechos,
Y no pechos las espaldas;
Y sino guardad las mias,
Que solo aquesto me basta,
Porque mi lanza no teme
Toda Francia cara á cara;
Y aquel que no se atreviere
A mantener su palabra,
Mas vale faltarme aquí,
Que no conozcan sus faltas.—
Todos juntos le responden
Que no tema la batalla,
Que cada cual es Bernardo
Los que á Bernardo acompañan.
Cuando ya el sol por las cumbres
Dora las humildes plantas,
De la sarracena gente
Oyen grita y algazara:
Aperciben sus caballos,
Que ya lo estaban de armas,
Y en buena guisa de hidalgos
Para sus contrarios marchan.

(Romancero general.)

649.

AL MISMO ASUNTO.

(Anónimo¹.)

Con los mejores de Asturias
Sale de Leon Bernardo,
Puestos á punto de guerra
A impedir á Francia el paso,
Que viene á usurpar el reino
A instancia de Alfonso el Casto,
Como si no hubiera en él
Quien mejor pueda heredallo,

Y á dos leguas de Leon
Se paró en medio de un llano,
Y levantando la voz
Volvió de esta suerte á hablallos:
— Escuchadme, leoneses,
Los que os preciais de hijos-dalgo,
Y de ninguno se espera
Hacer hecho de viliano;
A defender vuestro rey
Vais como buenos vasallos,
Vuestra tierra y vuestras vidas,
Y las de vuestros hermanos.
No consintais que extranjeros
Hoy vengan á sujetaros,
Y mañana vuestros hijos
Sean de Francia un pedazo,
Y vuestras armas antiguas
El rico blason trocando,
Veais de lises sembradas,
En lugar de leones bravos,
Y el reino que ha tanto tiempo
Vuestros abuelos ganaron,
Por solo el temor de un dia
Vengan á mandallo extranjos.
Aquel que con tres franceses
No combatiere en el campo,
Quédese, y seamos ménos,
Aunque habemos de igualallos;
Que yo y los que me siguieren
Uno serémos á cuatro,
Y cuando mas nos cupieren
Para toda Francia vamos.—
Esto acabando, arremete
Con la furia del caballo,
Diciendo: — Sigame todos
Los que fueren hijos-dalgo.

(Romancero general.)

¹ Mucha verdad de sentimientos nobles, generosos y característicos de verdadero españolismo contiene este romance.

650.

LOS FRANCSES SE PREPARAN CONFIADOS Á LA BATALLA
DE RONCESVALLES.

(Anónimo.)

Blasonando está el frances
Contra el ejército hispano,
Por ver que cubre su gente,
Sierra, monte, campo y llano.
Dice Roldan que ha de ver
Si es tan valiente Bernardo
Como lo pinta su España,
Por leon feroz y bravo.
Van estampando la arena
Las tropas de los caballos,
Con tanto ser y destreza,
Que apenas huelan el campo;
«Y contra el gran Bernardo
»A son de trompas y cajas
»En buen orden van marchando.»
Van los doce de la fama
Con el viejo Carlo-Magno,
Haciendo alarde de reinos
Que en poco tiempo han ganado.
Los estandartes despliegan
De flores de lis bordados,
Diciendo que han de añadir
Un castillo y un leon bravo:
No piensan que hay en la tierra
Quien las iguale en el campo,
Y esperan que en Roncesvalles
Darán fin á sus cuidados.

(MADRIGAL, Segunda parte del Romancero general, etc.)

651.

BERNARDO, VENCEDOR EN RONCESVALLES, CON LA MUERTE DE
ROLDAN Y DE LOS DOCE PARES DE FRANCIA.

(De Gabriel Lobo Laso de la Vega¹.)

Con crespas y dorada crin
Del hondo mar se levantan,
Sembrando por todo el mundo
Luz por las narices altas
Del sol los rojos caballos
Coloreando las aguas,
Cuando el frances Carlo asoma
Con sus copiosas escuadras
Por las pedregosas vias
De Roncesvalles mas agras;
Que á tomar va posesion
De la belicosa España.
Sus doce pares traia
Qu'el hecho le aseguraban,
De quien con justa razon
El mundo todo temblaba;
Mas como á los confiados
La fortuna mas agravia,
Y por ser su curso vario,
Varia á fortuna la llaman,
Quiso que no le quedase
El frances á deber nada,
Cuyas cosas hasta alli
Favoreció con faz grata,
Y que de Bernardo quede
En el mundo eterna fama;
El cual con campo copioso
El paso al frances tomaba,
Do el poderoso Marsilio,
Rey de Aragon, aguardaba,
Y el casto rey Don Alfonso
Con la gente castellana,
A quien gran copia de godos
En esta junta acompañan;
Y por principal caudillo,
De acuerdo todos, nombraban
Al valeroso Bernardo,
La honra y la prez de España,
Y al valiente Bravonel
El segundo lugar daban.
Mueven sus copiosas haces,
Visto que el frances llegaba,
Y las francesas embisten
De ira rabiosa llevadas.
Mézclanse con tal furor,
Que las vecinas montañas
Por todas partes tremieron
De tantas plantas holladas,
Y en sus tortuosos senos
Hace eco el son de las armas.
La confusa voceria
Del aire las aves baja,
Y de polvo espesas nubes
La vista ofuscan y atajan,
Y del sol el paso impiden
Montones de gruesas astas.
Todos con valor pelean,
No se conoce ventaja;
Si el uno al otro retira,
Su dueño en breve restaura:
Bien como cuando en el campo
Dos contrarios vientos andan,
A quien las inhiestas mieses
Siguen con cabezas varias,
Que en aflojando algun tanto
El uno al otro, se abajan;
Así el feroz español,
Y el frances valiente andaban:
Mas tanto Bernardo hizo,
Y Bravonel, por las lauzas,
Que en breve espacio cantaron
Victoria, victoria, España;
Vivan Alfonso y Marsilio,
Por todo el campo volaba.

T. X.

Murió Roldan y Oliveros
Con toda la flor de Francia,
Y Carlo-Magno lloroso
Huye, y deja la campaña,
Con la pérdida mayor
Que jamas tuvo en batalla.

(LOBO LASO DE LA VEGA, *Romancero y tragedias*, etc.)

¹ Se halla este romance corregido en el número 652.

652.

AL MISMO ASUNTO.

(Anónimo¹.)

Con crespas y dorada crin,
De las undosas campañas
Tascando rojos bocados,
Presurosos se levantan
Ya los caballos del sol
Haciendo las nubes grana,
Cuando el galo altivo asoma
Con sus copiosas escuadras
Por las pedregosas sendas
De Roncesvalles mas agras;
Que á tomar va posesion
De la corona de España.
Mas como á los confiados
Es cosa tan ordinaria
Mostrar la varia fortuna
Su vaiven y vueltas varias,
No quiso que le quedase
El frances á deber nada,
Cuyas cosas hasta alli
Favoreció con faz grata,
Y que de Bernardo quede
En el mundo eterna fama;
Que ya con haces copiosas
El paso al frances ataja,
Ayudado de Marsilio
Y de la goda pujanza.
Muévense los gruesos campos
Con marciales consonancias,
Y con tal furia se mezclan,
Que las vecinas montañas
Temblaron por todas partes
Batidas con tantas plantas,
Y en sus tortuosos senos
Hace eco el son de las armas.
La confusa voceria
Del aire las nubes baja,
Y del polvo espesas nubes
La vista ofuscan y atajan,
Y del sol el paso impiden
Montones de gruesas astas.
El clamor de los heridos
Mueve á compasion las plantas,
Y el grito de los caidos
Hiere al cielo en quejas altas.
Búscanse los corazones
En las ocultas entrañas,
Con las aceradas puntas
A dar muerte encaminadas:
No hay golpe que no prometa
Victoriosas esperanzas,
Ni soldado que no entienda
Que aquella difícil causa
Tiene el cielo prometida
Para entregarle á la fama
El efecto de su diestra
Con el de otras muy mas arduas.
Todos con valor pelean,
No se conoce ventaja;
Si el uno al otro retira:
Su daño en breve restaura.
Bien como cuando en el campo
Dos contrarios vientos andan,
A quien las inhiestas mieses

28

Siguen con cabezas varias,
Que en alojando algun tanto
El uno al otro, se bajan:
Así el valeroso iberio
Y el valiente galo andaban;
Mas tanto Bernardo hizo,
Y Bravonel por las lanzas,
Que con victoriosa trompa
El iberio el aire rasga.
Oyese del sarraceno
Una orgullosa algazara,
Y entre varios instrumentos
Suenan acordes dulzainas,
Con que las varias reliquias
De la francesa arrogancia,
Las flores de lis marchitas
Con que el campo desamparan.

(Seis romances famosos de la historia de Bernardo,
do, etc. Pliego suelto.)

⁴ Este romance, repetición del anterior, aunque copiado de un pliego suelto modernamente impreso, pertenece á fines del siglo XVI, así como los demás que en él se hallan.

653.

BERNARDO VENCE Y MATA Á ROLDAN.

(Anónimo ⁴.)

El invencible frances,
Fuerte senador romano,
Aquel que al bravo Agrican
Le venció y tornó cristiano,
Y ganó del fiero Almonte
El rico cuerno preciado,
Con que hizo desafíos
Que al mundo dieron espanto;
Aquel que en Abraca solo
Venció todo un campo armado,
Y nunca siendo vencido
Venció las badas y el hado,
Cual suele mostrar mas luz
La luz que se está acabando,
Está en la guerra postrera,
Postrera fuerza mostrando.
Y no le basta el orgullo,
La buena espada y caballo;
Que lo ha el señor de Brava
Con el que nació en el Carpio:
Porque despues de haber muerto
A Dudon, aquel dudado,
Con el marques Oliveros,
Y sus hijos negro y blanco,
Viendo por sus manos hecho
De sangre francesa un lago,
Y que al fin de aquella empresa
Estaba el Roldan gallardo,
El gran sobrino de Alfonso
Furioso busca al de Cárlos;
Hállale en sangre teñido,
Y él viene en ella bañado.
Los mas bravos corazones
Que humano pecho ha encerrado
Juntos á batalla vienen
Con fuerza y ánimo osado.
Para verla se suspende
La del uno y otro campo,
Entre la esperanza y miedo
Los corazones temblando.
El cielo que á Orlando espera,
Fortuna que se ha cansado,
Dan y quitan la victoria
De un frances á un castellano.

(Romancero general.)

⁴ Tambien tiene relacion con los romances de Carlo-Magno y los doce pares, y se descubre cuán comun era la lectura de los poemas caballerescos italianos, cuando se compusieron estos romances que hablan de los episodios del *Orlando enamorado*, y del *furioso*.

654.

QUIERE EL REY POR SORPRESA PRENDER Á BERNARDO, MAS ESTE PREVENIDO, LO EVITA, HACIÉNDOSE TEMER.

(Anónimo ⁴.)

Con cartas sus mensajeros
El Rey al Carpio envió;
Bernardo, como es discreto,
De traicion se receló:
Las cartas echa en el suelo
Y al mensajero así habló:
— Mensajero eres amigo,
Non merecéis culpa, non ²;
Mas al Rey que acá te envía
Digasle tú esta razon:
Que no le estimo yo á él,
Ni aun á cuantos con él son;
Mas, por ver lo que me quiere,
Todavía allá iré yo. —
Y mandó juntar los suyos:
D'esta suerte les habló:
— Cuatrocientos sois los míos,
Los que comedes mi pan:
Los ciento irán al Carpio,
Para el Carpio guardar;
Los ciento por los caminos,
Que á nadie dejen pasar;
Doscientos iréis conmigo
Para con el Rey hablar;
Y si malo me aviniere
Lo peor será tornar. —
Por sus jornadas contadas
A la corte fué á llegar.
— Dios os mantenga, buen Rey,
Y á cuantos con vos están.
— Mal vengades vos, Bernardo,
Traidor, hijo de mal padre:
Dite yo el Carpio en tenencia,
Tú tómaslo de heredad.
— Engañaís vos, el Rey,
Et non decidés verdad;
Que si yo fuese traidor,
Á vos os cabia en parte.
Acordárseos debia
De aquella del Encinal,
Cuando gentes extranjeras
Allí os trataron tan mal,
Que os mataron el caballo,
Y aun á vos querían matar.
Bernardo, como traidor,
D'entre ellos vos fué á sacar:
Allí me distes el Carpio
De juro y de heredad:
Prometístesme á mi padre,
Non me guardastes verdad.
— Prendedlo, mis caballeros,
Que igualado se me ha.
— Aquí, aquí, mis doscientos,
Los que comedes mi pan,
Que hoy era venido el dia
Que honra debemos ganar. —
El Rey, de que aquesto viera,
D'esta suerte fué á hablar:
— ¿Qué ha sido aquesto, Bernardo,
Que así enojado te has?
¿Lo que hombre dice de burla
De veras lo vas tomar?
Yo te dó el Carpio, Bernardo,
De juro y de heredad.
— Aquestas burlas, el Rey,
No son burlas de burlar;
Llemáste me de traidor,
Traidor, hijo de mal padre:
El Carpio yo no le quiero,
Bien lo podeis vos guardar,
Que cuando yo lo quisiere,
Muy bien lo sabré ganar.

(Cancionero de romances.)

¹ Hé aquí á Bernardo, á fuerza de injusticias, hecho irre-

varente y atrevido con un rey que le provoca. El romance es de los primitivos y poco alterados por la tradición oral. Quizá sea uno de los que tienen un tipo anterior al siglo xv.

² Este verso y el que sigue se citan en la parte 2, cap. x, del *Quijote*.

655.

AL MISMO ASUNTO.

(Anónimo ¹.)

Con solos diez de los suyos
Ante el Rey, Bernardo llega,
Con el sombrero en la mano
Y acatada reverencia:
Los demas, hasta trescientos,
Hacia palacio enderezan
De dos en dos divididos,
Porque el caso no se entienda.
— Mal venido seais, le dice,
Alevoso, á mi presencia,
Hijo de padres traidores,
Y engendrado entre cautelas,
Que con el Carpio os alzastes
Que dado os habia en tenencia;
Mas fiad de mi palabra,
Que de vos tomaré enmienda;
Aunque no haya que admirarse,
Si el traidor traidor engendra.
No hay que procurar disculpa,
Pues ninguna tienes buena.—
Bernardo, que atento estaba,
Respondió con faz siniestra:
— Mal os informaron, Rey,
Y con relacion mal hecha;
Que mi padre fué tan bueno,
Que á la antigua estirpe vuestra
En bondad no debia nada,
Y esto es cosa manifiesta.
Y en decir que fué traidor,
Miente quien lo dice ó piensa,
De vuestra persona abajo,
Que como á Rey se os reserva.
¡Muy bien mis grandes servicios
Con este nombre se premian!
De los cuales fuera justo
Que noticia se tuviera:
Mas es propio del ingrato;
Su propiedad, Rey, es esta,
Olvidar el beneficio,
Por negar la recompensa.—
Una os debiera obligar,
Si de otra no se os acuerda,
Cuando en la del Romeral,
En la dudosa contienda
Os mataron el caballo,
Quedando en notable afrenta:
Y yo, como soy traidor,
Os di el mio con presteza,
Sacándoos, como sabeis,
De aquella mortal friega.
Por ello me prometistes
Con razones halagüeñas
De darme á mi padre libre,
Sin lesion y sin ofensa.
Pero mal vuestra palabra
Cumplistes y real promesa;
Que para ser rey, por cierto,
Teneis muy poca firmeza,
Pues que murió en la prision,
Cual sabeis, con pasion vuestra.
Mas si yo fuera el que debo,
Si el hijo que debo fuera,
Su muerte hubiera vengado
En cosas que os ofendiera.
Pero yo la vengaré,
En algunas donde entienda,
Para mas os deservir,
Que notable daño os venga.

— Prendedle, prendedle, dice,
Mis caballeros, y muera
El loco desacatado
Que mi deshonra desea.—
Prendedle, gritaba el Rey;
Pero ninguno lo intenta,
Porque vieron que Bernardo
El manto al brazo rodea,
Poniendo mano á la espada,
Diciendo: — Nadie se mueva,
Que soy Bernardo, y mi espada
A ninguno se sujeta,
Y sabeis muy bien que corta,
De que teneis experiencia.—
Los diez, visto el duro trance,
A la contienda se aprestan:
Meten mano á los estoques;
Del hombro los mantos sueltan,
Y á los lados de Bernardo
Con feroz saña se aprietan,
Avisando á los demas
Con una acordada seña;
Los cuales del fuerte alcázar
Toman las herradas puertas,
Diciendo: — ¡Viva Bernardo,
Y quien le ofendiere muera! —
Vista la resolucion,
Dijo el Rey con faz serena:
— Lo que de burlas os dije,
¿Tomado lo habeis de veras?
— Burlando lo tomo, Rey,—
Bernardo le respondiera;
Y de la sala se sale,
Haciéndole reverencia.
Con él vuelven los trescientos,
Con bella y gallarda muestra,
Y derribando los mantos,
Ricas armas manifiestan,
De que el Rey quedó espantado
Y su injuria con enmienda.

(Romancero general. — It. Seis romances de la historia de Bernardo, etc. Pliego suelto.)

¹ En este pliego pone el romance como suyo Diego Cosío, poeta de fines del siglo xvii, pero es un plagio sin duda. El romance es, como se ve, al asunto mismo que el anterior; pero animado con un buen diálogo y reformado á la manera de los de fines del siglo xvi.

656.

LOGRA BERNARDO QUE LE ENTREGUEN SU PADRE, MAS CUANDO YA ERA CADÁVER.

(Anónimo.)

— Antes que barbas tuviese,
Rey Alfonso, me juraste
De darme á mi padre vivo,
Y nunca me das mi padre.
Cuando nací de tu hermana,
Que nunca fuera mi madre,
Le metiste en la prision,
Y aun dicen que meses ántes.
Acuérdate, Alfonso rey,
Ya que no dél, por mi parte,
Que es tu hermana sangre tuya,
Y que es mi padre mi sangre.
Si yerros fuéron los suyos,
Bien de hierros le cargaste;
Que los que son por amor
Alcanzan perdon de balde.
Prometido me lo tienes,
No de tu palabra faltes,
Que no es oficio de reyes,
Que de lo dicho se extrañen.
A tu cargo es la justicia,
Y á mi cargo el libertarle;
Pero si yo soy mal hijo
No debo, Rey, de culparte.
Todos mis amigos dicen

Que soy guerrero cobarde,
Sabiendo que padre tengo,
Y que no conozco padre.
Después que espada me ciño
La he puesto por ti en mil lances,
Y cuanto mas la ejercito,
Ménos mercedes me haces.
Si de mi padre te extrañas,
No es justo d'ella te extrañes;
Que algun galardón merece
Quien buenos servicios hace.
Si en premio d'ello merezco
El premio que el mundo sabe,
Tiempo es ya que me le des,
Buen Rey, ó me desengañes.
— Calledes vos, Don Bernardo,
No temais que yo vos falte,
Que la merced de los reyes,
Si se cumple, nunca es tarde;
Que ántes que mañana oiga
Misa en San Juan de Letrane,
Veréis vuestro padre libre
De su persona y mi cárcel.—
Cumplióle el Rey la palabra,
Mas fué con engaño grande,
Porque sin ojos y muerto
Mandó que se le entregasen.

(*Romancero general.*)

657.

AL MISMO ASUNTO.

(*Anónimo* ¹.)

Hincado está de rodillas
Ese valiente Bernardo
Delante el Conde su padre
Para besarle la mano,
Porque el casto rey Alfonso
De merced se lo ha otorgado.
Desque la mano le toma,
Frio y muerto le ha hallado,
Y con llanto doloroso
D'esta manera ha hablado:
— ¡Oh conde Don Sancho Diaz!
¡Oh buen conde desdichado!
Por tener vos tan mal hijo
Habeis venido á este estado.
No quiero vivir sin vos;
Morirme es mas acertado;
No quiero ser español,
Ni ser Bernardo llamado,
Hasta que vengue tu muerte,
Como ya estoy obligado. —
Y acabadas las razones,
Denodado va á palacio,
En busca del Rey su tío,
Que de él quiere ser vengado,
Turbado el rostro, furioso,
Y el color muy demudado.

(*Seis romances famosos de la historia de Bernardo, etc. Pliego suelto.*)

¹ Aunque moderna la impresion de que se ha copiado, el romance pertenece á fines del siglo xvi.

658.

AL MISMO ASUNTO.

(*De Lorenzo de Sepúlveda.*)

En Leon y las Astúrias,
Alfonso el Magno reinaba ¹,
El tercero d'este nombre
De los que ántes reinaban.
En su corte está Bernardo;
Por fuerte se señalaba;
Las rodillas en el suelo,

Al magno Rey suplicaba
Que á su buen padre librase
De la prision en que estaba,
Pues que se lo prometió,
Y jamas no se le daba,
No lo quiso el Rey hacer,
Lo que Bernardo demanda.
Bernardo con gran enojo
Del Rey se desaturaba:
Las tierras del rey Alfonso
Todas se las estragaba.
Prendió muchos caballeros;
Al Rey venciera en batalla;
Los grandes de los sus reinos
Al buen Rey le suplicaran
Que dé á Bernardo su padre
Don Sancho Diaz Saldaña,
Porque Bernardo los prende,
Y á muchos d'ellos mataba:
Las tierras todas les corre,
D'ello gran mal se causaba.
El Rey por bien de su reino
Lo que piden aceptaba,
Si Bernardo le da el Carpio,
Castillo que edificara.
Bernardo tuvo por bien
De dar lo que le demandan:
El Rey cobrara el castillo:
Por el buen Conde enviara
A Luna, castillo fuerte,
Donde el Conde preso estaba.
Don Tibalte y Arias, godos,
Al Conde muerto le hallaban:
En baños al Conde meten,
Su persona aderezaban;
Honradamente le traen
Donde el rey Alfonso estaba.
Salió el Rey á recibirlo
Con Bernardo, y su mesnada.
Llegando cerca del Conde,
Bernardo se adelantaba:
Llegó al Conde su padre;
Las sus manos le besaba.
Cuando las vido estar frias,
Y la color demudada,
Y que no le respondia
A lo que le preguntaba,
Entendió que el Conde es muerto:
Muy gran clamor levantaba,
A grandes voces diciendo:
— ¡Ay, buen conde de Saldaña,
En mal hora me engendrades,
Pues que vivo no os cobraba!
De vuestra larga prision
Yo, buen señor, soy la causa:
No me llamen vuestro hijo,
Pues de veros no gozaba
Sino muerto como estáis.
¡Gran dolor es á mi alma!

(*SEPÚLVEDA, Romances nuevamente sacados, etc.*)

¹ El autor de este romance se aparta de la tradicion comun, llamando Alfonso el Magno al que la historia denomina el Casto.

659.

AL MISMO ASUNTO.

(*Anónimo.*)

— ¡Mal mis servicios pagaste,
Ingrato rey Don Alfonso,
Sabiendo que tu defensa
Estaba toda en mis hombros!
Mi padre me prometiste;
Mas, como rey alevoso,
Muerto y sin ojos le entregas,
Porque le vieses mis ojos.
¡Oh, mal hayan mis servicios,
Y aqueste brazo furioso,

Que con tan hidalgas obras
 Ganó servicios tan cortos!
 De hoy adelante he de ser
 De tus contrarios socotro,
 Porque premien los extraños
 Las faltas de reyes propios.
 No de su muerte me pesa:
 Pésame que dicen otros
 Que si yo buen hijo fuera,
 No te guardara el decoro.
 Ya maldigo el diestro brazo,
 Que por servir un rey solo,
 Deja perecer su sangre,
 Porque le aborrezcan todos.
 Por mi se podrá decir
 Que han sido tiempos ociosos
 Pues con honrosas hazañas
 Mi propio padre deshonoró.
 Bien puede decir que tiene
 Hijo descuidado y mozo,
 Si cautivo le he dejado,
 Por ser esclavo forzoso.
 Cuando obligacion tuviste,
 Con ser mi madre tu tronco,
 Me trocaste la palabra,
 ¿Qué harás agora, Alfonso?
 Nunca ella mi madre fuera,
 Ni yo Bernardo, pues gozo
 De sus yerros y mi agravio,
 Que fueron dos malos gozos.
 Si tus ofensas vengaste,
 Desde agora, Rey, te informo
 Que he de vengar mis ofensas,
 Que no con reyes me ahorro. —
 Esto lo dice Bernardo
 Al Rey su tío, y dejólo
 Con la palabra en la boca,
 Y él se fué hecho un demonio,
 Para buscar su venganza
 Entre cristianos y moros,
 Que tiene muchos amigos,
 Porque es amigo de todos.

(Romancero general.)

660.

.. JURA BERNARDO VENGAR LA MUERTE DE SU PADRE.

(Anónimo.)

Retraido en su aposento,
 Bernardo se estaba armando:
 Suspiros daba del alma,
 Y de coraje llorando,
 Dice: — ¡Dulce padre mio,
 Perdona al frágil Bernardo,
 Que si yo buen hijo fuera,
 Ya debiéradas ser salvo!
 Pero pues triunfó la muerte,
 Y en prison has acabado,
 Aquesta cobarde vida
 Fenecerá peleando,
 Hasta que conozca el Rey
 Qué es perder un buen hidalgo,
 Y matarle así en prison,
 Como si fuera villano.
 Mas aquesto eternamente
 Traeré en el alma fijado,
 Hasta fenecer la vida,
 Por tu libertad llorando.
 Y ya que matar no pueda
 Al Rey, por ser su vasallo,
 En cosas que él mas estima
 Procuraré ser vengado.
 Mas ya que vengado seas,
 ¿Qué te aprovecha, Bernardo?
 Que morirás con dolor
 Por no habello libertado:
 Pero de vengar su muerte

Juramento á mi Dios hago. —
 Y sobre las blancas armas
 Luto se puso el del Carpio.
 (Códice del siglo xvii, Biblioteca nacional.)

661.

BERNARDO INCREPA AL REY POR SU INGRATITUD.

(Anónimo.)

— ¡Inhumano rey Alfonso!
 De tus tierras me despido,
 Porque no es rey natural
 Rey ingrato á los servicios.
 A Francia quiero pasarme,
 Donde tienen cierto aviso,
 Que quien honró tu leon
 Honrará tambien sus lirios.
 Ya parece veo á Carlos
 Piadoso, aunque mi enemigo,
 Porque lo que te amparé
 No puedas gozar conmigo.
 Menospreciaste mi espada;
 Mas cuando en ella ó en pino
 Tremolen lunas de plata
 Echarás de ver sus filos.
 Saldrá de mi tu leon
 Méno soberbio y altivo,
 Las cuatro garras sin uñas,
 Y la boca sin colmillos:
 No tan altiva la frente,
 Méno bravo el cuerpo erizo,
 Y la cabeza doliente
 Con la fiebre de mi olvido.
 Y si, lo que Dios no quiera,
 Lidiando entre sarracinos,
 Te mataren el caballo,
 Acuérdate d'este mio,
 Que un día en el Romeral
 Te libró de gran peligro,
 Y en dar la muerte á mi padre
 Pagaste este beneficio.
 De peon te hice rey¹,
 Y tú, desagradecido,
 Como si fueras peon
 Cumpliste lo prometido.
 Mi noble padre mataste,
 Sin pensar que su delito
 Te dió el cetro y la corona
 Con hacerme tu sobrino.
 Mas te valió en Roncesvalles
 Contra tantos paladinos
 El retrato de mi padre,
 Que te valieras tu mismo. —
 Esto le dijo Bernardo
 Al rey de Leon, su tío;
 Valiente siempre de manos,
 Y esta vez sólo de pico.

(MADRIGAL, Segunda parte del Romancero general.)

¹ Aludiendo al juego del ajedrez, donde el peon es la pieza mas ínfima, como el soldado de á pié lo era en las guerras de aquel tiempo.

662.

SALE BERNARDO Á VENGAR LA MUERTE DE SU PADRE.

(De Gabriel Lobo Laso de la Vega.)

Aspero llanto hacía,
 En el Carpio retirado
 Por la muerte de su padre,
 El valeroso Bernardo.
 En el pecho no le cabe
 El corazón fatigado;
 Esparce ardientes suspiros,
 Culpando su hado avaro,
 Junto con el proceder

Del rey Don Alonso el Casto.
 De nadie consuelo admite,
 Ni quiere ser visitado:
 Por una parte pretende
 Venganza del duro caso;
 Por otra ve que le falta
 Aun tiempo para llorarlo.
 Mas venciendo al sentimiento
 El valor del pecho osado,
 Discurriendo por la casa
 Fué á un aposento apartado,
 Do estaba un antiguo arnes
 Entre otras armas colgado,
 Que era de su viejo padre,
 Un tiempo del bien usado,
 De polvo y orin cubierto,
 El cual tomando en la mano,
 Los ojos altos al cielo,
 Dice con semblante airado:
 — En tanto que tú cubriste
 Pecho que tanto valió,
 Ninguno se le atrevió,
 Ni corto en nada le viste;
 Pero despues que á la espada
 Inhábil el brazo vieron,
 El respeto le perdieron,
 Como cosa ya pasada.
 Mas no se le juzgue ausente
 El que agraviado le ha,
 Que el agravio vivo está,
 Y quien le venga presente.
 Y si el Rey le quiso hacer
 Traidor por solo su gusto,
 No habló como rey justo,
 Y él oirá mi parecer:
 Que si presente se hallara
 Bernardo á la brega fiera,
 Bien fuera posible oyera
 Cosa el Rey, que le pesara.
 Mas yo haré con mi ida
 Que tenga el callar por bueno,
 No con la mano en el seno,
 Antes á la espada asida.
 Y esté de una cosa cierto;
 Que cuando le entrare á ver
 Tengo el pecho de meter
 De ti amparado y cubierto;
 No para en el Rey tocar,
 Que soy su vasallo al fin,
 Sino por si algun ruin
 Se quisiere adelantar.
 Publica el Rey soy bastardo,
 Siendo su hermana mi madre:
 Soy su hijo, y de tal padre,
 Que al fin me dejó Bernardo.
 Mi padre fué tan honrado,
 Que muy poco aventajara
 Cuando adelante pasara
 El matrimonio empezado.
 Que bien se sabe en España,
 Y el Rey lo sabe tambien,
 De dónde vienen y quién
 Son los condes de Saldaña. —
 Cesó su habla con esto,
 Y del viejo arnes armado,
 Hizo que con gran presteza
 Le trajesen un caballo
 Bien trabado de buen hierro,
 De color castaño claro:
 Caparazon negro, y negro
 De la lanza el hierro largo;
 Negro el campo de la adarga,
 Y en mitad del estampado
 Un latiente corazon
 Puesto en un puño cerrado,
 Por toda parte oprimido,
 Roja sangre destilando,
 Y un letrado que decia:
 « Romper tengo de apretado ».

Salta en un bello andaluz,
 Un asta gruesa bibrando.
 Diciendo: — Nadie me siga
 Que no sea fijodalgo,
 Y que no sepa de sí
 A lo que vive obligado. —
 Juntó con estas palabras
 Trescientos hombres Bernardo,
 Gente granada y apuesta,
 Bien armados á caballo,
 Con quien, al caer el sol,
 Bernardo partió del Carpio.

(LOBO LASO DE LA VEGA, *Romancero y tragedias de.* —
 It. *Seis romances de la historia de Bernardo*, etc.
 Pliego suelto.)

665.

BERNARDO LLORA Á SU PADRE Y CELEBRA SUS OBSEQUIAS.

(Anónimo.)

Las obsequias funerales
 Sobre el ya difunto cuerpo
 Celebra del padre suyo
 Bernardo con ojos tiernos.
 Hilo á hilo van bajando
 Las lágrimas hasta el centro,
 Que da temor el mirallo,
 Y pone temor el vello.
 — ¡ Oh padre amado! le dice,
 ¿Cómo es posible que tengo
 Alma que os dé, y no la doy,
 Si es deuda de un hijo bueno?
 ¿Quién os pudo privar d'ella,
 Y á mí la dejó en el pecho,
 Pues para ver tanta pena
 Tan solamente la siento?
 Ya lloro vuestra prision,
 Ya la libertad condeno
 Que en prendas dejó la vida
 Por gloria de mis deseos.
 Si ya se vieron cumplidos,
 ¿Por qué con tanto tormento,
 Que diera por no gozallas
 La duda de merecellos?
 Prision de tan largos años,
 Libertad con tal exceso,
 ¿Cómo no la teme un rey,
 Si está amenazando un reino?
 Mas no es posible que tenga
 Libre de temor el pecho,
 Quien da ocasion á Bernardo
 Que llora su padre muerto.
 Pero en efecto es dolor,
 Cualquiera golpe en el cuerpo,
 Que en cualquiera parte tiene
 El alma su sentimiento.
 No sé qué lágrimas vierta
 En tanto desasosiego,
 Padre, que á vos den la vida,
 O á mí me la acaben presto.
 O estoy mas muerto que vivo,
 O de quien soy no me acuerdo,
 O huye de mí la sangre,
 Que por vos me ha honrado un tiempo.
 ¡ Oh casto rey Don Alfonso,
 Cómo publica este hecho
 Que no conoces de padre
 El dulce nombre que pierdo! —
 No pudo pasar de aquí,
 Que se le puso en el pecho
 Un lazo estrecho de amor,
 Y de padre un lazo estrecho.

(MADRIGAL, *Segunda parte del Romancero general.*)

664.

AL MISMO ASUNTO.

(Anónimo.)

Al pié de un túmulo negro
 Está Bernardo del Carpio
 Hincadas ambas rodillas
 En medio de un templo santo.
 Acompañaule parientes,
 Caballeros é hijosdalgo;
 Por amistad ó por deudo
 Todos están enlutados.
 Vienen á hacer las obsequias
 Del muerto conde Don Sancho,
 Vertiendo lágrimas tiernas
 Del fuerte pecho acerado.
 Cubierto de triste luto,
 Y el corazón enlutado;
 Pero tan fuerte y robusto
 Como cuando sale armado.
 Un rato entre dientes habla,
 Y otro rato habla claro,
 Formando quejas al cielo
 Del rey Don Alfonso el Casto,
 Que muerto le dió á su padre,
 Y vivo se le ha mandado.
 — Si el Rey falta en su palabra,
 Dice, ¿qué hará un villano?
 Con tal sinrazon, Alfonso,
 ;Buen nombre á tu hermana has dado!
 ;Buen título á tu sobrino!
 ;Y buen pago á tu criado!

Pero no pende mi honra
 De tí, ni de aqueste agravio,
 Que este brazo y esta espada
 Me harán temido y honrado. —
 Y volviendo al padre muerto
 El valeroso Bernardo,
 Con varoniles suspiros,
 Colérico y demudado,
 Abriendo el negro capuz
 Hasta la punta de abajo,
 Sin advertir que le escuchan,
 Ni que está en lugar sagrado,
 Con una mano en la barba
 Y en la espada la otra mano,
 Dice furioso, impaciente,
 Con su rey y padre hablando:
 — Seguro puedes ir de la venganza,
 Amado padre, al espacioso cielo,
 Que al acerado hierro de mi lanza,
 Que de sangre francesa tiñó el suelo,
 Y levantó de Alfonso la esperanza
 Hasta el celeste y estrellado velo,
 Ha de mostrar que no hay seguro estado,
 Siendo Bernardo vivo y tú agraviado.
 Uno soy solo, Alfonso, y castellano,
 Uno soy solo, y el que puede tanto,
 Que deshizo el poder de Carlo-Magno,
 Dejando á toda Francia en luto y llanto.
 Esta es la misma vencedora mano
 Que á tí te dió victoria, al mundo espanto;
 Y esta misma te hará, padre, vengado,
 Que Bernardo está vivo y tú agraviado.

(Romancero general.)

EPOCA DE BERMUDO II, DE LEON, CON LOS ROMANCES DE LOS INFANTES DE LARA, Y LOS DE LOS CONDES DE CASTILLA, FERNAN GONZALEZ, GARCI FERNANDEZ, DON GARCÍA Y DON SANCHO GARCÍA.

ROMANCES SOBRE LOS INFANTES DE LARA Y DEL BASTARDO MUDARRA.

665.

BODAS DE RUY VELAZQUEZ CON DOÑA LAMBRA, Y ODIOS CONTRA LOS LARAS.

(Anónimo.)

A Calatrava la Vieja
 La combaten castellanos;
 Por cima de Guadiana
 Derribaron tres pedazos;
 Por los dos salen los moros,
 Por el uno entran cristianos.
 Allá dentro de la plaza
 Fuéron á armar un tablado,
 Que aquel que lo derribara
 Ganará de oro un escaño.
 Ese Don Rodrigo Lara,
 Que es quien lo había ganado,
 De Garci Hernandez sobrino
 Y de Doña Sancha hermano,
 Al conde Don Garci Hernandez
 Se lo llevó presentado.
 Que le trate casamiento,
 Pretende con Doña Lambra.
 Ya se trata el casamiento,
 ;Hecho fué en hora menguada!
 Con Doña Lambra Burueva
 Y Don Rodrigo de Lara.

Las bodas fuéron en Búrgos,
 Las tornabodas en Salas:
 En bodas y tornabodas
 Pasaron siete semanas.
 Tantas vienen de las gentes,
 Que no caben por las plazas,
 Y aun faltaban por venir
 Los siete Infantes de Lara.
 Hélos, hélos por do vienen
 Con toda la su compañía:
 Saliólos á recibir
 La su madre Doña Sancha.
 — Bien vengades, los mis hijos,
 Buena sea vuestra llegada:
 Allá irédes á posar
 A esa cal de Canta-ranas;
 Hallaréis las mesas puestas;
 Viandas aparejadas.
 Desque háyades comido, hijos,
 No salgades á las plazas,
 Porque las gentes son muchas,
 Trábasen muchas barajas.—
 Desque todos han comido
 Van á bohordar á la plaza:
 No salen los siete Infantes,
 Que su madre lo mandara;
 Mas desque hubieron comido
 Siéntanse á jugar las tablas.
 Tiran unos, tiran otros,
 Ninguno bien bohordaba.
 Allí salió un caballero
 De los de Córdoba la llana,

Bohordó hácia el tablado
 Y una vara bien tirara.
 Allí hablara la novia,
 D'esta manera hablara :
 —Amad, señoras, amad
 Cada una en su lugar,
 Que mas vale un caballero
 De los de Córdoba la llana,
 Que no veinte ni treinta
 De los de casa de Lara ².—
 Oídolo habia Doña Sancha,
 D'esta manera hablara :
 —No digais eso, señora,
 No digades tal palabra,
 Porque hoy os desposaron
 Con Don Rodrigo de Lara.
 —Callad, Doña Sancha : vos
 No debeis ser escuchada,
 Que siete hijos paristes
 Como puerca encenagada.—
 Oídolo habia el ayo
 Que á los Infantes criaba :
 De allí se habia salido,
 Triste se fué á su posada :
 Halló que estaban jugando
 Los Infantes á las tablas,
 Si no era el menor d'ellos,
 Gonzalo Gonzalez se llama ;
 Recostado lo halló
 De pechos á una baranda.
 —¿Cómo venis triste, ayo ?
 Decí, ¿quién os enojara ?—
 Tanto le rogó Gonzalo,
 Que el ayo se lo contara :
 —Mas mucho os ruego, mi hijo,
 Que no salgais á la plaza.—
 No lo quiso hacer Gonzalo ;
 Mas ántes tomó una lanza.
 Caballero en un caballo
 Vase derecho á la plaza :
 Vido estar allí el tablado
 Que nadie lo derribara ;
 Enderezóse en la silla,
 Con él en el suelo daba.
 De que lo hubo derribado
 D'esta manera hablara :
 —Amade, putas, amad,
 Cada una en su lugar,
 Que mas vale un caballero
 De los de casa de Lara,
 Que cuarenta ni cincuenta
 De los de Córdoba la llana.—
 Doña Lambra que esto oyera
 Bajóse muy enojada ;
 Fuése á aguardar á los suyos,
 Fuése para su posada,
 Halló en ella á Don Rodrigo,
 D'esta manera le habla :
 —Yo me estaba en Barbadillo ³,
 En esa mi heredad ;
 Mal me quieren en Castilla
 Los que me habian de guardar.
 Los hijos de Doña Sancha
 Mal amenazado me han
 Que me cortarian las haldas
 Por vergonzoso lugar ⁴,
 Y cebarian sus halcones
 Dentro de mi palomar,
 Y me forzarian mis damas
 Casadas y por casar.
 Matáronme mi cocinero
 So faldas de mi Bríal.
 Si d'esto no me vengais,
 Yo mora me iré á tornar.—
 Allí habló Don Rodrigo,
 Bien oiréis lo que dirá :
 —Calledes, la mi señora,
 Vos no digades lo tal ;
 De los Infantes de Lara

Yo os pienso á vos de vengar.
 Tretilla les tengo ordida,
 Bien se la cuidó tramar,
 Que nacidos y por nacer
 D'ello tengan que contar.

(Cancionero de Romances.)

¹ Esta tradicion se refiere á los tiempos en que era rey de Leon Bermudo II, el Gotoso, y conde de Castilla Garci Fernandez. Todo demuestra en esta composicion ser de muy remota antigüedad y de las primitivas. Su lenguaje rudo, su sintaxis desordenada, las costumbres que en él se describen y que parecen poco distantes, y aun conservadas en tiempo del poeta, todo, todo presta al romance un interes tanto histórico como filológico. Su asunto fué tratado en dramas por Juan de la Cueva, Lope de Vega, Matos Frágoso, y otros poetas de los años últimos del siglo xvi, y de hasta mediados del xvii.

² Con estas palabras, insultantes contra los Laras, daba desprecio Doña Lambra á los caballeros forasteros.

³ Todo el trozo que sigue es proverbial : es decir, que se citaba mucho y se cantaba de continuo, sirviendo de tema para otros romances. Entre ellos se nota el de la primera parte de los del Cid, que dice : *Día era de los Reyes.*

⁴ Ya en siglos anteriores al xii y xiv se castigaba á las ramerías cortándolas las faldas y echándolas publicamente de los pueblos. Así Doña Sancha se queja á su desposado de que la dijese una cosa tan ofensiva, para incitarle á la venganza.

666.

AL MISMO ASUNTO.

(Anónimo¹.)

¡Ay Dios, qué buen caballero
 Fué Don Rodrigo de Lara,
 Que mató cinco mil moros
 Con trescientos que llevaba !
 Si aqueste muriera entónces,
 ¡Qué gran fama que dejara !
 No matara sus sobrinos
 Los siete Infantes de Lara,
 Ni vendiera sus cabezas
 Al moro que las llevara.
 Ya se trataban las bodas
 Con la linda Doña Lambra :
 Las bodas se hacen en Búrgos,
 Las tornabodas en Salas :
 Las bodas y tornabodas
 Duraron siete semanas ;
 Las bodas fuéron muy buenas,
 Las tornabodas muy malas.
 Ya convidan por Castilla,
 Por Castilla y por Navarra :
 Tanta viene de la gente
 Que no hallaban posadas,
 Y aun faltaban por venir
 Los siete Infantes de Lara.
 —Hélos, hélos por dó vienen
 Por aquella vega llana.
 Sáuelos á recibir
 La su madre Doña Sancha.
 —Bien vengades, los mis fijos,
 Buena sea vuesa llegada.
 —Norabuena estéis, señora,
 Nueva madre Doña Sancha.—
 Ellos le besan las manos,
 Y ella á ellos en la cara.
 —Huelgo de veros á todos,
 Que ninguno no faltara,
 Porque á vos, mi Gonzalvico,
 Y á todos mucho os amaba.
 Tornad á cabalgar, hijos,
 Y tomad las vuestras armas,
 Y allá os iréis á posar
 Al barrio de Cantarranas.
 Por Dios os ruego, mis hijos,
 No salgais de las posadas,
 Porque en semejantes fiestas
 Se urden buenas lanzadas.—
 Ya cabalgan los Infantes
 Y se van á sus posadas ;

Hallaron las mesas puestas,
Viandas aparejadas.
Después que hubieron comido
Pidieron juegos de tablas,
Si no fuera Gonzalvico
Que su caballo demanda,
Y muy bien puesto en la silla
Se sale para la plaza,
En donde halló á Don Rodrigo
Que á una torre tira varas,
Y con fuerza muy crecida
A la otra parte pasaban.
Gonzalvico que esto viera,
Las suyas también tiraba:
Las suyas que pesan mucho
A lo alto no llegaban.
Doña Lambra qu'esto vido,
D'esta manera le hablaba:
—Amad, ó dueñas, amad
Cada cual en su lugar;
Mas vale mi caballero
Que cuatro de los de Salas.—
Cuando Sancha aquesto oyó
Respondió muy enojada:
—Callede, Lambra, callede,
Non digais la tal palabra,
Que si mis hijos lo saben
Ante ti te lo mataran.
—Callede vos, Doña Sancha,
Que teneis por qué callar,
Pues paristes siete hijos,
Como puerca en muladar.—
Gonzalvico qu'esto oyera
Esta respuesta le da:
—Yo te cortaré las faldas
Por vergonzoso lugar,
Por cima de las rodillas
Un palmo y mucho mas.—
Al llanto de Doña Lambra
Don Rodrigo fué á llegar:
—¿Qu'es aquesto, Doña Lambra?
¿Quién os pretendió enojar?
Si me lo dices, yo entiendo
Que te lo he de bien vengar,
Porque á dueña tal que vos
Todos la deben honrar.

(Silva de varios romances.)

¹ Aunque este romance es algo ménos antiguo que el anterior, ofrece mucho interés, pues conserva las formas de los primitivos, é indica el camino por donde progresaba la poesía y el lenguaje. Los versos que hemos puesto en letra *italica* son tomados del anterior. Comparado con este puede dar una idea de cómo se iban mudando los antiguos en otros más modernos, pasando de boca en boca.

667.

AL MISMO ASUNTO.

(De Lorenzo de Sepúlveda ¹.)

De los reinos de Leon
Bermudo tiene el reinado:
En esa ciudad de Búrgos
Bodas se habían concertado;
Ruy Velazquez es de Lara,
El que ha de ser desposado;
Casarase con Doña Lambra;
Mujer es de gran estado.
Gonzalo Gustios el Bueno
A las bodas es llegado:
Cuñado es de Ruy Velazquez,
Con la su hermana casado.
Trae consigo siete infantes,
Que de Lara se han nombrado,
Hijos de Gonzalo Gustios,
Sobrinos del desposado.
Criólos Nuño Salido,
Caballero muy honrado:
Mostróles buenas costumbres,

Como á nobles hijosdalgo.
A todos siete en un día
Caballeros han armado;
Armóles Garci Fernandez
Ese conde castellano:
Caballeros son muy buenos,
En armas bien se han probado:
Muchos vienen á las bodas,
Caballeros de alto estado.
Duraron cinco semanas
Las fiestas que han comenzado,
Lo celebran grandes fiestas
De placer muy sublimado.
La postrer semana d'ellas,
Don Rodrigo alzó un tablado
Muy junto de una ribera,
Que de Búrgos es cercano.
Al tablado tiran muchos,
Pero no hay tan esforzado
Que llegase á dar en él,
Aunque muchos lo han probado.
Un primo de Doña Lambra,
Que Alvar Sanchez es llamado,
Vió que caballero alguno
No alcanzaba en el tablado.
Lanzó á él un gran bohordo;
Gran ferida en él ha dado.
Quebrantóle algunas tablas;
Doña Lambra se ha gozado;
D'ello hobo gran placer,
Con su cuñada ha hablado.
Dijole: —¿Veis, Doña Sancha,
Qué caballero esforzado
Que es mi buen primo Alvar Sanchez,
Y tan bien encabalgado,
Que ninguno ha dado golpe
Adonde él lo había dado?—
Doña Sancha y los sus hijos
Riendo d'ello han estado;
Ninguno dió miente á ello,
Que están las tablas jugando,
Solo Gonzalo Gonzalvez,
El menor de los hermanos,
Que á furto de todos ellos
Cabalgaba en su caballo.
Con él iba un escudero
Que un azor lleva en la mano.
Gonzalo tomó un bohordo,
Fué donde estaba el tablado;
Tan gran golpe dió en él
Que por medio lo ha quebrado.
Doña Sancha y los sus hijos
Gran placer d'ello han tomado:
No placía á Doña Lambra,
Que mucho le había pesado.
Los infantes que lo vieron
Todos luego han cabalgado,
Temieron que vernía mal
A Don Gonzalo su hermano.
Alvar Sanchez con pesar,
Al Infante ha denostado;
El respondió á sus palabras,
A las manos han llegado.
Gran ferida dió el Infante
A Alvar Sanchez su contrario:
Dióle en medio del rostro
La mano, el puño cerrado,
Quebrantóle las quijadas,
Los dientes le ha derribado:
Muerto cayó luego en tierra
De encima de su caballo.
Doña Lambra que lo vido,
Grandes voces está dando.
Feriase en el su rostro
Con las manos arañando,
Diciendo: Que dueña alguna
Así se había deshonrado
En bodas que fuesen hechas,
Sino á ella sola en su cabo.

Ruy Velazquez que lo oyó,
 Luego había cabalgado :
 Tomó un ástil de lanza,
 Fué donde está Don Gonzalo
 Firiéralo en la cabeza,
 Gran herida le había dado.
 Cuando Gonzalo Gonzalez
 Se vido tan lastimado,
 Dijo á Don Rodrigo : — Tío,
 Nunca os hice desguisado
 Para recibir herida
 Como vos me la habeis dado ;
 Yo cuido d'ella morir ;
 Pero ruego á mis hermanos
 Que si d'ella yo muriere,
 A vos non hayan rogado :
 Y á vos, Ruy Velazquez, ruego
 Que seais bien mesurado,
 Non me firais otra vez,
 Que vos será demandado,
 Y yo no podría sufrir
 Hombre tan desmesurado.—
 Ruy Velazquez con enojo
 Otro golpe le ha tirado,
 No le acertó en la cabeza,
 En el hombro le había dado ;
 El ástil quebró por medio ;
 El Infante de enojado
 Tomó el azor que traía
 En la mano á su criado,
 Pues no traía arma alguna ;
 Con él á su tío ha dado ;
 Juntamente con el puño
 Todo lo ha desmenzado ;
 Por la boca y las narices
 Sangre mucha ha derramado.
 Mal trecho era Ruy Velazquez,
 Armas está demandando
 Llamando á sus caballeros,
 Y á todos los de su bando.
 Docientos hombres de estima
 Están juntos á su lado :
 Los Infantes y parientes
 Tambien se habían juntado.
 Garci Fernandez, el conde
 De Castilla, ese conrado,
 Y el bueno Gonzalo Gustios
 Todo lo han apaciguado.
 Hiciéronlos luego amigos,
 La saña habían quebrantado.
 Entónces Gonzalo Gustios
 A Ruy Velazquez ha hablado,
 Díjole : — Vos, Don Rodrigo,
 Sois caballero estimado,
 Y habeis muy gran prez en armas,
 Mas que todos los cristianos ;
 No hay ninguno que no tema
 De teneros por contrario,
 Y que no vos tenga envidia,
 Porque sois tan afamado,
 Yo tengo por bien mis hijos
 Os sirvan de muy buen grado,
 Y guarden vuestra persona,
 Vos les haréis buen amparo
 De guisa que valgan mas
 Por estar á vuestro lado.—
 Don Rodrigo respondió :
 — Soy contento y muy pagado :
 Gran placer d'ello recibo,
 Con ello, cuñado honrado.
 Haréles yo toda honra,
 De mí serán muy amados,
 Por ser todos mis sobrinos
 Serán ellos bien tratados,
 Mayormente siendo hijos
 De hermana que tanto amo.

(SEPÚLVEDA, *Romances nuevamente sacados*, etc.)

brá la manera como Sepúlveda, Alonso de Fuentes, y otros poetas de la última mitad del siglo xvi, desempeñaron la idea de imitar los primitivos, sacando los asuntos, ó bien de sus modelos, ó bien de las crónicas. Sin duda Sepúlveda y Timoneda, son los que en esta clase de composiciones han conservado mas sabor á la antigüedad.

668.

AL MISMO ASUNTO.

(Anónimo ¹.)

Ricas bodas, ricas danzas,
 Grande sarao se hacia
 En esa ciudad de Búrgos,
 Que yerbo fué maravilla.
 Ruy Velazquez es de Lara
 El que casado se había
 Con la hermosa Doña Lambra,
 Señora de gran estima.
 El viejo Gonzalo Gustos,
 Hombre de gran valentia,
 Cuñado de Ruy Velazquez,
 A las bodas acudia,
 Con su mujer Doña Sancha,
 Sus hijos en compañía :
 Los siete Infantes de Lara
 Tenian por nombradía.
 Siete semanas las bodas
 Duraron, y el postrer día
 Velazquez armó un tablado,
 Por ver quién le asolaria.
 Muchos se prueban en él,
 Pero nadie le derriba ;
 Si no fuera Alvar Sanchez,
 Caballero de valia,
 Pariente de Doña Lambra,
 Que cuatro tablas hendia.
 Doña Lambra muy gozosa
 A su cuñada decia :
 — Doña Sancha, ¿ habeis mirado
 Cuál lleva la mejoría
 El mi primo Alvar Sanchez
 De cuantos en corte había ? —
 Gonzalo, el menor infante,
 Luego en saberlo, subía
 Encima de su caballo,
 Y al tablado se venia
 Con un lacayo tras él
 Que en la mano halcon traía.
 Toma un bohordo en su mano,
 Y de tal fuerza le envia,
 Que la mitad del tablado
 Al suelo junto venia.
 Doña Lambra que lo vido,
 Extraño pesar sentia.
 Los Infantes cabalaron
 Por si menester sería,
 Favorecer á su hermano,
 Si algun caso sucedia.
 Alvar Sanchez, conmovido
 De soberbia y muy gran ira,
 Al infante ha denostado :
 El infante arremetia,
 Y dióle á puño cerrado,
 En el rostro le heria ;
 Quebrantóle las quijadas ;
 En tierra muerto caia.
 Doña Lambra que lo vido,
 Lástima es ver qué hacia :
 El rostro se está arañando,
 D'esta suerte proseguia :
 — ¿ Cuál dama se ha visto en bodas
 Deshonrada cual me via ? —
 Ruy Velazquez que lo oyera
 Al campo presto salia ;
 Con un ástil en la mano
 Al infante sacudia :
 Dióle encima la cabeza ;

¹ Compárese este con los dos anteriores romances, y se sa-

Del golpe sangre vertía.
 El infante cortesmente,
 A su tío resistía
 Diciendo: — Sed mesurado,
 Usad ya de cortesía.—
 Ruy Velázquez con enojo
 Con otro golpe acudia;
 Dióle en el hombro al infante,
 El ástil quebrado había.
 El infante muy de presto
 Tomó el azor que traía
 En la mano su criado;
 Con él al tío embestia:
 Por las narices y boca
 Su rostro en sangre teñía.
 Ruy Velázquez de afrentado,
 Sus armas presto pedía.
 Luego fueron de su bando
 Muchos hidalgos de estima;
 En favor de los infantes
 Notable caballería.
 Garcí Fernández el conde,
 Para apaciguar la riña,
 Y el viejo Gonzalo Gustos
 Estos dos en compañía,
 Se pusieron de por medio;
 Fue la paz hecha, cumplida.

(TIMONEDA, *Rosa española*. — IL. WOLF, *Rosa de romances*.)

¹ Composición reimpressa por el señor Wolf, y una de las que pueden atribuirse á Timoneda entre las que hizo reformando los romances viejos. Esta parece una reforma del romance número 667.

669.

DOÑA LAMBRA INJURIA Á LOS LARAS.

(De Lorenzo de Sepúlveda ¹.)

Acabadas son las bodas
 Que allá en Búrgos se hacían
 De Ruy Velázquez de Lara
 Con la que Lambra decían.
 Doña Lambra y su cuñada
 De Búrgos ambas partían:
 Con ellas van los infantes,
 Que de Lara se apellidan,
 Hijos de Gonzalo Gustos,
 Caballeros de valía:
 También va Nuño Salido
 Que los infantes regía.
 Llegaron á Barbadiño,
 Que Ruy Velázquez tenía.
 Los siete infantes hermanos
 Por her placer á su tía
 Por aquese río Arlanza
 Cazando con aves iban.
 Despues que hobieron cazado,
 A Barbadiño volvian;
 Entraron en una huerta
 Que de placer ende había.
 Á sombra del arboleda
 Los infantes se ponían:
 El menor de los hermanos,
 Que Don Gonzalo decían,
 Un azor tomó en su mano,
 En el agua lo ponía;
 Con sabor de lo alegrar
 Mucho regalo le hacía.
 Doña Lambra que lo vido,
 Como muy mal lo quería,
 Llamado había un criado,
 D'esta suerte le decía:
 — Toma agora tú un cohombro,
 Finchelo de sangre viva,
 Y arrójaselo á Gonzalo,
 Aquel que el azor tenía:
 Vente luego para mí,

Que yo te mampararía.—
 El hombre tomó un cohombro
 Y de sangre lo teñía,
 Dió con él á Don Gonzalo;
 En sangre untado lo había.
 Sus hermanos que lo vieron
 Muy gran pesar recebian,
 Duéles el corazón,
 Vengarlo mucho querian,
 Y con crecido pesar
 D'esta manera decían:
 — Ciñamos nuestras espadas,
 Que nadie nos las vería
 Debajo de nuestros mantos,
 Y vayamos por la vía
 Contra de aquel peon
 Que hizo tal villanía,
 Y si viéremos que atiende
 Y no muestra cobardía,
 Tendrémos que con locura
 Lo hizo y albardonia;
 Mas si fuere á Doña Lambra,
 Y ella en sí lo recebia,
 Por su consejo lo hizo,
 No se nos escape á vida.—
 Fuéronse para el palacio;
 El hombre cuando los vía
 Acogióse á Doña Lambra,
 So su brial se metía:
 Los infantes que lo vieron
 A Doña Lambra decían:
 — Cuñada, quitáos afuera,
 No ampareis quien mal hacía.
 — Mi vasallo es este hombre,
 Doña Lambra respondía,
 Si algo contra vos hizo
 Yo vos lo castigaria:
 Mientras yazca en mi poder
 Ninguno lo feriria.—
 Los infantes con braveza,
 Sin hacer lo que decía,
 Mataron el hombre allí
 Ante ella que lo veía,
 Y con la sangre del hombre
 Sus tocas se las teñían.
 Los infantes cabalgaban;
 Para Salas se volvian:
 Llevaron á Doña Sancha
 Su madre en su compañía.

(SEPÚLVEDA, *Romances nuevamente sacados*, etc.)

¹ Este romance, aunque reformado, conserva todavía el carácter de su origen primitivo.

670.

AL MISMO ASUNTO.

(Anónimo ¹.)

Fenecidas ya las bodas
 Que en Búrgos se han festejado,
 Doña Lambra y Ruy Velázquez
 Y Gonzalo su cuñado,
 Doña Sancha y los infantes
 Juntamente han caminado.
 Llegaron á Barbadiño,
 Lugar muy regocijado,
 Que de Ruy Velázquez era:
 Allí se han aposentado.
 Los infantes por holgarse
 De ir á caza han concertado;
 Por ese río de Arlanza
 Mil aves han levantado.
 A Barbadiño volvieron
 Despues que hubieron cazado:
 Entráronse en una huerta;
 Allí han todos apeado
 Debajo de unos olivos.
 Ya que hubieron refrescado,

El menor de los Infantes,
Que Don Gonzalo es llamado,
Tomó su azor, y en el agua
Muchas veces lo ha mojado
Por regalarlo, y tambien
Porque estaba acolorado.
Doña Lambra que lo viera
A un lacayo ha aconsejado
Diciendo : — Toma un pepino²;
Que esté con sangre tiznado,
Y da con él al Infante,
Al menor, dicho Gonzalo,
Y vernáste para mí,
Que ninguno te hará daño.—
El lacayo, mal discreto
Obedeció su mandado :
Dió al Infante, y á los otros
Que le estaban á su lado.
En ver esto los Infantes,
Muy grande enojo han tomado.
No sabiendo qué hacerse,
A la fin han acordado³
Diciendo : — Vamos los siete
Con las espadas al lado
Hácia el lacayo atrevido,
Y si él se está parado,
Reputársele h'a locura,
Lo que contra nos ha usado :
Si se fuere á Doña Lambra
Porque d'ella sea amparado,
Obra fué de su consejo ;
Muera el villano atreguado.—
Con este acuerdo los siete
Arremeten al lacayo :
Acogióse á Doña Lambra,
So su brial se ha escudado.
Los Infantes cortesmente
A Doña Lambra han hablado :
— Quitáos afuera, señora,
No ampareis un mal criado.—
— Mi vasallo es, dijo ella,
Y si acaso os ha enojado,
Yo os prometo castigalle,
Pues está bajo mi mando.—
Los Infantes con enojo
De su dicho no han curado :
Diéronle tales heridas,
Que allí muerto le han dejado,
Y con la sobrada sangre
Las tocas se le han mojado.
Cabalgaron los Infantes,
Para Salas se han tornado :
A Doña Sancha y su padre
Juntamente se han llevado.

(TIMONEDA, *Rosa española*. — H. WOLF, *Rosa de romances*.)

¹ Es refundición del anterior, número 669, de Sepúlveda, hecha por Timoneda.

² El dar en el rostro á un caballero con un cohombro ó pepino ensangrentado, era la mayor injuria é insulto que pudiera hacersele, por ser una increpación emblemática de un acto impuro.

³ Solo pasando por loco el que la irrogó, pudiera quedar impune la afrenta hecha á los de Lara.

674.

TRAICION QUE URDE RUY VELAZQUEZ CONTRA LOS DE LARA.—
ENTREGA GONZALO GUSTIOS A ALMANZOR, PARA QUE LO MATE.

(De Lorenzo de Sepúlveda¹)

Muy grande era el lamentar
Que Doña Lambra hacia
Sobre aquel, que los de Lara
Delante muerto le habían :
En medio de un gran corral
Un lecho armado tenia,
Cubierto de paños negros ;

De hombre muerto parecia.
Doña Lambra y las sus dueñas
Gran lloro sobre él hacian,
Y con muy crecidos gritos
Viuda triste se decia,
De marido ya olvidada,
Y que ya no lo tenia.
Ruy Velazquez ha llegado
Que lo pasado sabia :
Doña Lambra se fué ante él,
Estas palabras decia :
— Mucho os pese, Ruy Velazquez,
De la gran deshonra mia ;
Que me han hecho los Infantes
Una grande alevosia,
Que si vos no me vengais
Yo misma me mataria.
— No vos cuitedes, señora,
Ruy Velazquez respondia,
Que yo os daré tal derecho
Qu'el mundo se espantaria.—
Luego á Don Gonzalo Gustios
Sus mensajeros envia,
Rogándole venga á él,
Porque hablarle queria.
Luego vino Don Gonzalo,
Sus hijos en compañía.
Recibiélos Don Rodrigo
Encubriendo la enemiga.
Halagólos con palabras
Como quien bien los queria ;
Porque no se recatasen
Segurado los habia.
Hablando está con su padre,
D'esta manera decia :
— Cuñado, Gonzalo Gustios,
Las bodas que he hecho hoy dia
Costáronme grande haber ;
Nadie me favorecia.
Aquese rey Almanzor,
Que en Córdoba residia,
Gran ayuda me mandó
Para el gasto que hacia.
Ruégovos por bien hayais
Llevar mi mensajería ;
Saludadlo de mi parte,
Pedir heis lo que decia.—
Gonzalo Gustios le dijo
Que muy bien lo cumpliria.
Ruy Velazquez con enojo
Gran traicion obrado habia :
Apartóse con un moro,
Que bien sabe el aljama,
Y escribióle al Almanzor
Una carta d'esta guisa :
« Salud á vos, Almanzor,
» Ruy Velazquez os envia :
» Los hijos de Gonzalo Gustios,
» Que con esta carta iban,
» Deshonraron mi mujer,
» Y á mi gran enojo hacian :
» Yo en tierra de los cristianos
» Vengarme no me podria :
» Envíeos allá al su padre,
» Quitalde luego la vida.
» Yo sacaré las mis huestes
» Para Córdoba esa villa,
» Llevaré sus siete hijos,
» Y irán en mi compañía :
» A Almenar iré con ellos,
» Y yo los entregaria
» A los vuestros caballeros
» De manera que no vivan.
» Cortaréisles las cabezas,
» D'ello gran bien os vernia,
» Que si los Infantes mueren
» Luego habréis toda Castilla ;
» Que estos son los mas contrarios
» Que en toda Castilla habia,

» En quien tiene su esperanza
 » Ese conde Don García ? »
 La carta se cerró, y luego
 Al moro matar hacia.
 Dió la carta á su cuñado,
 El cual luego se partía.
 A Córdoba habia llegado
 Donde Almanzor residia ;
 Dióle la carta en su mano
 D'esta suerte le decia :
 — Ruy Velazquez el de Lara
 Saludes muchas te envia ;
 Ruégate luego le envíes
 Lo que ahí te escribia. —
 Almanzor leyó la carta,
 Y luego allí la rompia.
 Dijole : — ; Gonzalo Gustios,
 A qué fué la tu venida !
 Tú sepas que Ruy Velazquez
 A rogar me mucho envia
 Que te corte la cabeza ;
 Yo no haré tal villanía. —
 Mandólo poner en cárcel,
 En prisiones lo ponian.
 Encomendólo á una mora
 Que por hermana tenia,
 Para que mucho lo houere,
 Que lo honre y que le sirva.

(SEPÚLVEDA, *Romances nuevamente sacados*, etc.)

¹ Hé aquí cómo Sepúlveda rimaba los hechos de las crónicas. Todo es prosa en este romance; pero tal vez se ve en él un buen cuadro de costumbres semi-bárbaras, que no carece de mérito.

² El conde Garci Fernández.

672.

AL MISMO ASUNTO.

(Anónimo ¹.)

Llorando está Doña Lambra
 Sin podella aconsolar :
 Tocas de luto se puso,
 Viuda se manda llamar.
 Ruy Velazquez es llegado,
 Empezóle á preguntar
 Que le dijese la causa
 De su triste lamentar.
 Con lágrimas y sollozos
 Comenzósele á contar,
 Diciendo : — Señor marido,
 Tus sobrinos á la par,
 Por matarte tu lacayo
 Me han querido á mi matar.
 Si esta tan gran deshonra
 No pretendes de vengar,
 Yo mesma me daré muerte,
 O mora me irá á tornar. —
 Ruy Velazquez con palabras
 La empezó de apaciguar,
 Diciendo : — Señora mia,
 Dejad ahora el llorar,
 Que yo ordenaré un tal hecho
 Cual nadie pudo ordenar. —
 Luego visto lo presente
 Mensajero fué á enviar
 Al padre de los Infantes,
 Porque le queria hablar.
 Sus hijos con él vinieron
 Por mejor le acompañar.
 Encubriendo la enemiga
 Al buen viejo fué á abrazar.
 Rogándole está, rogando
 Que se quisiese allegar
 A ese rey Almanzor,
 Que en Córdoba suele estar,
 Porque le habia ofrecido
 Cierta dinero prestar,

Y no hallaba otro que fuese
 Para mejor se fiar.
 Gonzalo Gustios creyendo
 Tal mensaje, fué á aceptar.
 Ruy Velazquez el traidor
 Un moro mandó llamar
 Que en arábigo escribiese ;
 Una carta fué á notar
 Diciendo : « Rey Almanzor,
 » Alá te quiera guardar.
 » Al que la presente lleva
 » Mandarás descabezar,
 » Que es padre de los Infantes,
 » Los cuales por me vengar
 » De un agravio que me hicieron
 » Yo te los haré sacar
 » Hacia Córdoba, en mi gente,
 » Y allí los podrás tomar.
 » No dejes ninguno á vida,
 » Crueldad quieras usar,
 » Que si los Infantes mueren
 » Castilla podrás ganar. »
 Escrita que hubo la carta,
 Al moro mandó matar.
 Dió la carta á su cuñado,
 A Córdoba fué á llegar :
 El rey moro lo recibe,
 Cabe si lo hace asentar.
 Leído que hubo la carta
 Empezádola ha á rasgar.
 Mirándole está mirando,
 Ya causado de mirar,
 Con una voz amorosa
 D'esta suerte le fué á hablar.
 Dijole : — Gonzalo Gustios,
 No os puede sino pesar
 Lo que la carta decia,
 Qu'es de la vida os privar.
 Yo no haré tal villanía :
 Mas por piedad usar,
 En cárcel quiero que estéis,
 No comun, mas de estimar,
 Adonde seréis servido,
 Por muy mejor os honrar,
 De una hermana que yo tengo,
 De quien os podeis fiar. —
 Gonzalo Gustios de oirlo
 Fuese en tierra á arrodillar
 Para besarle las manos :
 El Rey le fué á levantar.

(TIMONEDA, *Rosa española*. — II. WOLF, *Rosa de Romances*.)

¹ Refundición del anterior hecha por Timoneda; pero á pesar de que es mas correcto, no es tan dramático ni conserva tanto su aire de antigüedad.

673.

TRAICION CON QUE RUY VELAZQUEZ ENTREGA SUS
 SOBRINOS Á LOS MOROS.

(De Lorenzo de Sepúlveda.)

Ruy Velazquez el de Lara
 Gran maldad obrado habia,
 Que al bueno Gonzalo Gustios
 Para Córdoba lo envia
 Para que luego lo mate
 Almanzor, que ahí residia.
 A los Infantes de Lara,
 Hijos dél, que no debía,
 Con palabras engañosas
 Gran engaño les hacia.
 Dijoles : — Los mis sobrinos,
 Mientras mi hermano volvia,
 Quiero hacer una entrada
 Hasta Almenar, esa villa.
 Si vos habedes por bien
 De ir en mi compañía

Habré gran placer con vusco;
 Y si en placer no os venia,
 Quedad á guardar la tierra,
 Que solo por mi lo haria. —
 Los Infantes respondieron
 Que todos con él irian,
 Y que yendo él contra moros
 Bien guisado non seria
 Quedar ellos en la tierra
 Y él aventurar su vida.
 Ruy Velazquez les mandó
 Aderecen su partida,
 Y que en Febros, esa vega,
 Allí los atenderia.
 Salióse de Barbadillo
 Con la gente que tenia;
 Los Infantes van tras él,
 Su ayo con ellos iba.
 Llegados á un pinar
 Que en la carrera se hacia,
 Catado se han que agüeros
 Malos mostrado se habian.
 Ese buen Nuño Salido
 Gran pesar d'ello tenia:
 Dijoles: — Tornáos, Infantes,
 A Salas la vuestra villa,
 No pasemos adelante,
 Malos agüeros habia.
 Un buho da grandes gritos,
 Un águila se carpia,
 Cuervos muy mal la aquejaban,
 Yo de aquí no pasaria. —
 El menor de los Infantes,
 Don Gonzalo se decia,
 Dijole: — Nuño Salido,
 No hablasteis á mi guisa,
 Que el agüero que decis
 A nos nada empesceria,
 Sino al que hace la hueste
 Y por mayor la regia;
 Mas vos que sois ya muy viejo
 Y de muy gran anciania,
 Y no para las batallas,
 Volvéos por esa via,
 Ca nos adelante irémos,
 Que volver no nos cumplia.
 — Hijos, respondió Don Nuño,
 El corazon me dolia
 Porque vais esa carrera,
 Que llevais muy mala guia,
 Ca tales agüeros vide
 Non volveréis á Castilla,
 Y pues á mí non creis
 De vos yo me despedia.

(SEPÚLVEDA, *Romances nuevamente sacados, etc.*)

674.

DE CÓMO RUY VELAZQUEZ ENVIÓ Á SUS SOBRINOS Á COMBATIR
 LOS MOROS, PARA QUE MURIESEN.

(Anónimo ¹.)

Ruy Velazquez muy contento
 Pensando que muerto estaba
 Gonzalo Gustios su deudo,
 Con los Infantes hablaba:
 — Sobrinos míos queridos,
 Yo quiero hacer una entrada
 Hasta Almenara, esa villa,
 Por verme en gente pagana.
 Si habeis por bien ir conmigo,
 Hijos, yo no os lo negaba:
 Si no lo habeis en placer
 Quedaréis en la posada. —
 Los Infantes respondieron:
 — Seria cosa amenguada
 Que yendo vos contra moros
 No probásemos la espada. —

Contentos ya los Infantes
 Para hacer esta jornada,
 Su ayo Nuño Salido
 A adrezallos ayudaba.
 Salen con Ruy Velazquez,
 Que vendidos los llevaba.
 Llegados al lugar cierto
 Do los moros aguardaban,
 Vieron muy gran hueste d'ellos:
 Don Gonzalo preguntaba:
 — ¡Qué gente es aquella, tío? —
 Velazquez respuesta daba:
 — Moros son, demos con ellos,
 Astrosos, no valen nada. —
 Los Infantes como buenos,
 Pusieron en la vanguardia,
 Cada cual varonilmente
 Jugando bien de la lanza.
 El ayo, Nuño Salido,
 Viendo qu'el tío alojaba,
 Y que de traves salia
 De moros una emboscada,
 Muy grandes voces y quejas
 Que subian al cielo daba,
 Diciendo: — ¡Traidor Velazquez,
 Esto de ti se esperaba! —
 Por socorrer los Infantes,
 Embrázose con la adarga;
 Mató muchos de los moros:
 Uno le dió una lanzada
 De la cual cayó en el suelo:
 A su Criador dió el alma.
 Mucho pesó á los Infantes
 De su muerte desastrada.
 Métese como leones
 Para bien vengar su saña:
 Mas siendo diez mil los moros,
 Poco les aprovechaba,
 Pues quedando sin caballos,
 Ni lanza, adarga ni espada,
 Degolláronlos á todos:
 Ruy Velazquez se tornara
 A Burbena su lugar,
 Viendo que vengado estaba.

(TIMONEDA, *Rosa española*. — H. WOLF, *Rosa de Romances*.)

¹ Parece refundición de otro mas antiguo, hecha por Timoneda.

675.

LOS DE LARA CAEN EN LA EMBOSCADA DE MOROS QUE
 VELAZQUEZ LES PREPARÓ.

(De Lorenzo de Sepúlveda.)

Llegados son los Infantes,
 Que de Lara se decian,
 En esa vega de Febros
 Do Velazquez atienda.
 Saliólos á recibir
 Con muy fingida alegría;
 Preguntóles por Don Nuño,
 Que ellos por ayo tenían.
 Los Infantes respondieron
 Que á Salas vuelto se habia
 Porque vió malos agüeros
 Por la via que venian.
 Don Rodrigo respondió,
 D'esta manera decia:
 — Sobrinos, esos agüeros
 Para nos gran bien serian,
 Porque nos dan á entender
 Que bien nos sucederia.
 Ganarémos gran victoria;
 Nada no se perderia:
 Don Nuño lo hizo muy mal,
 Que con vusco no venia;
 Mande Dios que se arrepienta
 Y me lo pague algun dia. —

Estando en estas razones
 Dou Nuño llegado habia,
 Los Infantes lo abrazaron,
 Grande placer recebían.
 Ruy Velazquez con enojo
 Contra Don Nuño decia :
 — Siempre fuistes mi contrario
 Hasta hoy en este día,
 Si derecho no he de vos
 Mucho á mí me pesaria. —
 Respondió Nuño Salido :
 — Don Rodrigo, yo falsa
 Nunca la tuve con vos,
 Ni ménos tuve enemiga :
 Siempre dije yo verdad,
 Y por tanto yo decia,
 Quien dijere estos agüeros
 Ser buenos, muy mal mentia,
 Y que trae gran traicion
 Contra los que aquí yacían. —
 Por deshonrado se tuvo
 Ruy Velazquez que lo oía.
 Dijoles á sus vasallos :
 — Soldados, oid en mal día,
 Que me vedes deshonrar
 Y por mí nadie volvía :
 Dadme ya derecho déi,
 A grandes voces pedia. —
 Levantóse un caballero,
 Manó á su espada ponía;
 Fué contra Nuño Salido,
 Con ella darle queria.
 El menor de los Infantes
 Delante se le ponía;
 Dióle tan grande puñada
 Que en la tierra lo ponía;
 A los piés de Ruy Velazquez
 Muerto lo dejó sin vida.
 Ruy Velazquez pidió armas
 Porque vengarse queria
 De los su siete sobrinos,
 Su muerte mucho cobdicia.
 Las faces tienen paradas,
 Pelear todos querían :
 Gonzalo Gonzalez el bueno
 A Ruy Velazquez decia :
 — Sacástenos de la tierra
 Contra aquesta moreria,
 Y ora querernos matar
 Mal contado vos seria.
 Si querella habeis de nos,
 Aquí se os enmendaria. —
 Ruy Velazquez respondió,
 Que era bien lo que decia;
 Porque no podía vengarse,
 Disimulado lo habia.

(SEPÚLVEDA, *Romances nuevamente sacados.*)

676.

PELEAN LOS DE LARA CONTRA LOS MOROS : MUERE NUÑO SALTADO, SU AYO, Y FERNAN GONZALEZ, EL MAYOR DE ELLOS.

(Anónimo 4.)

¿ Quién es aquel caballero
 Que tan gran traicion hacia?
 Ruy Velazquez es de Lara,
 Que á sus sobrinos vendia.
 En el campo de Almenar
 A los Infantes decia
 Que fuesen á correr moros,
 Que él los acorreria,
 Que habrían muy gran ganancia,
 Muchos captivos traeria.
 Ellos en aquesto estando
 Grandes gentes parecían;
 Mas de diez mil son los moros,
 Las enseñas traen tendidas.

Los Infantes le preguntan
 Qué gente es la que venia.
 — No hayais miedo, mis sobrinos,
 Ruy Velazquez respondia,
 Todos son moros astrosos,
 Moros de poca valia,
 Que viendo que vais á ellos
 A huir luego echarian;
 Y si ellos vos aguardan
 Yo en vuestro socorro iria :
 Corrilos yo muchas veces,
 Ninguno lo defendia.
 A ellos id, mis sobrinos,
 No mostredes cobardia. —
 ¡ Palabras son engañosas
 Y de muy grande falsia!
 Los Infantes como buenos
 Con moros arremetían ;
 Caballeros son doscientos
 Los que su guarda seguían.
 El á furto de cristianos
 A los moros se venia.
 Dijoles que sus sobrinos
 No escape ninguno á vida,
 Que les corten las cabezas
 Qu'él no los defenderia.
 Docientos hombres no mas
 Llevaban en compañía.
 Don Nuño que ir los vido
 Ido habia por su espia,
 Y cuando oyó las palabras
 Que á los moros les decia,
 Daba muy grandes las voces
 Que en el cielo las ponía.
 — ¡ Don Ruy Velazquez traidor,
 El mayor que ser podria!
 ¿ A tus sobrinos infantes
 A la muerte los traías?
 Mientras el mundo durare
 Durará tu alevosia,
 Y la falsedad que has hecho
 Contra la tu sangre misma. —
 Despues que aquesto hobo dicho,
 A los Infantes volvía,
 Dijoles : — Armáos, mis hijos,
 Que vuestro tío os vendia :
 De consuno es con los moros,
 Ya concertado tenían
 Que os maten á todos juntos. —
 Ellos armáronse aina :
 Las quince buestes de moros
 A todos cerco ponían ;
 Don Nuño que era su ayo
 Gran esfuerzo les ponía :
 — Esforzáos, non temades,
 Haced lo que yo hacia :
 A Dios yo vos encomiendo,
 Mostrad vuestra valentia. —
 En la delantera haz
 Don Nuño herido habia
 Y muerto muchos de moros,
 Mas á él muerto lo habian.
 Los Infantes arremeten
 Con la su caballeria :
 Mezcláronse con los moros,
 A muchos quitan la vida.
 Los cristianos eran pocos,
 Veinte moros á uno habia ;
 Mataron á los cristianos,
 Que á vida ninguno finca ;
 Solos quedan los hermanos,
 Que ninguna ayuda habian.
 Encomendáronse á Dios,
Santiago, valme, decían :
 Hirieron recio en los moros,
 Gran matanza les hacían,
 No osan estar delante
 Que gran braveza traían.
 Fernan Gonzalez menor

A sus hermanos decía :
 — Esforzáos, mis hermanos,
 Lidiemos con valentía,
 Mostremos gran corazon
 Contra aquesta moreria.
 Ya no habemos ayuda,
 Solo Dios darla podia ;
 Ya murió Nuño Salido,
 Y nuestra caballería :
 Venguémoslos ó muramos,
 Nadie nuestro cobardia.
 Que desque estemos cansados
 Esta sierra nos valdria. —
 Volvieron á pelear,
 ¡Oh qué reciamente lidian !
 Muchos matan de los moros,
 A otros muchos herian ;
 Muerto han á Fernan Gonzalez,
 Seis solos quedado habian.
 Cansados ya de lidiar
 A la sierra se subian ;
 Limpiáronse los sus rostros
 Que sangre y polvo tenían.

(SEPÚLVEDA, *Romances nuevamente sacados*, etc.)

Este romance es uno de los viejos que intercaló SEPÚLVEDA en su colección; pero ciertamente no es suyo, aunque tal vez le haya alterado en algo. Hay en él un vigor y una espontaneidad que demuestra haberse hecho sin sujetarse á la pauta de una crónica. Por otra parte su lenguaje y construcción parecen anteriores á la primera mitad del siglo XVI. Es muy dramático, natural y oportunamente dialogado.

677.

PROSIGUE LA BATALLA : LOS DE LARA OBTIENEN TREGUA DE LOS MOROS, MAS RUY VELAZQUEZ SE LES OPONE Y LES NEGA EL SOCORRO QUE LE PEDIAN.

(De Lorenzo de Sepúlveda.)

Cercados son los Infantes,
 De los moros de Almenara ;
 Cansados de pelear
 La muerte tienen cercana.
 Treguas envían á pedir
 A Galve y á Don Vígara
 Capitanes de Almanzor
 El que allí los enviara,
 Hasta que su tío lo sepa
 Ruy Velazquez el de Lara,
 Ese malo fementido
 Que la muerte les buscara.
 Los moros les dan las treguas
 Que los hermanos demandan :
 Don Diego Gonzalez fué
 El que llevó la embajada.
 Ruy Velazquez que lo oyó
 Dijo : — ¡ No sé que demandan ! —
 Respondió Diego Gonzalez,
 Otra vez le replicara :
 — N'os olvidéis, Don Rodrigo,
 De cumplir vuestra palabra :
 Sea la vuestra mesura,
 Que ayuda nos sea dada,
 Que estamos en muy gran queja,
 La muerte habemos cercana.
 Mi hermano Fernan Gonzalez
 Muerto en el campo quedaba,
 Y doscientos caballeros
 Que vienen en nuestra guarda.
 Hacedlo por Dios del cielo,
 Y por su Madre sagrada,
 Catad que somos cristianos
 Y hijos de vuestra hermana,
 Naturales de Castilla,
 Y que hacerlo os obligaba. —
 Ruy Velazquez, como malo,
 Esta respuesta le daba :
 — A buena ventura os id,

Que yo no iré en vuestra guarda ;
 Acordaos de mi deshonra,
 De que en Búrgos fuistes causa,
 Al celebrar de mis bodas
 Do mi cuñado mataras,
 Y tambien de la que hecisteis
 A mi mujer Doña Lambra,
 Que le matastes delante
 Un hombre que ella amparara,
 Y el que en la vega de Febros
 Matastes de la puñada.
 Buenos caballeros sois,
 De la alta alcuña de Lara ;
 Pelead como valientes ;
 Mi ayuda no os será dada :
 No tengais fiducia en mí,
 Todos moriréis á espada. —
 Tornado se habia Don Diego
 Donde los cinco quedaran ;
 Contóles la mala ayuda
 Que en el su tío se hallaba.
 Mil cristianos, á escondidas,
 De Ruy Velazquez se apartan
 A ayudar a los Infantes
 Que muy cuitados estaban.
 Los hermanos que los vieron
 A ellos enderezaban
 Creyendo que su mal tío
 A matarlos se lanzaba.
 Los caballeros les dicen :
 — Quedos estad, los de Lara,
 Que venimos á ayudaros
 Y vamos en vuestra guarda :
 Con vusco aquí moriremos ;
 El vuestro tío, mal haya,
 Que vuestra muerte procura,
 Y en sabor tanto la haya ;
 Y si nos fincamos vivos
 No queremos otra paga
 Sino que del nos libreis
 Si él á Castilla tornaba. —
 Ellos se lo prometieron,
 Y la fe d'ello les daban.
 Fuéron á ferir los moros,
 Muy esquiva es la batalla,
 Tan cruda que otra mayor
 De tan pocos no se halla.
 Mil han muerto de los moros,
 Ningun cristiano quedaba :
 Los Infantes de cansados
 No pueden mover la espada.

(SEPÚLVEDA, *Romances nuevamente sacados*, etc.)

678.

AL MISMO ASUNTO.

(Anónimo 4.)

Cansados de pelear
 Los seis hermanos yacian ;
 Infantes todos los llaman,
 Que de Lara se decian.
 No pueden alzar los brazos,
 ¡ Tan cansados los tenían !
 El dolor era crecido
 Que Viara y Galve habian,
 Capitanes de Almanzor :
 A su tío maldecian
 En dejar morir hidalgos

De tan alta valentía,
 Mayormente siendo hijos
 De una hermana que había.
 Sácanlos de entre los moros,
 Que matarlos no querían:
 Lleváronlos á sus tiendas;
 Desarmado los habían:
 Mandáronlos dar del pan
 Y también de la bebida.
 Ruy Velazquez que lo vido
 A Viara y Galve decía:
 — ¡Muy mal lo haceis vosotros
 Dejar á aquestos á vida!
 Porque si ellos escapan,
 A Castilla no tornaría,
 Ca ellos me mataran:
 Defender no me podría. —
 Los moros han gran pesar
 D'esto que decir le oían.
 El menor de los Infantes
 Con enojo le decía:
 — ¡Oh traidor, falso, malvado,
 Grande es tu alevosía!
 ¡Trujistenos con tu hueste
 A quebrantar la morisma
 Enemiga de la fe,
 Y á ellos tú nos vendias,
 Y dices que aquí nos maten
 De Dios perdon no recibas,
 Ni perdone él tu pecado
 Tan perverso que hoy hacias. —
 Los moros á los Infantes
 Aquesto les respondían.
 — No sabemos qué os hacer,
 Infantes de gran valía,
 Que si vivos os dejamos
 Ruy Velazquez él se iría
 A Córdoba al Almanzor
 Y moro se tornaría:
 Darle ha muy gran poder,
 Y si contra nos lo envía,
 A nos buscará gran mal,
 Qu'es hombre de gran falsía.
 Vivos tornar vos queremos
 Do la batalla se hacía:
 Procurad de os defender;
 Vuestro mal á nos dolía. —
 Los Infantes se han armado;
 Y al campo tornado habían,
 Y encomendándose á Dios
 A los moros atendían.
 Los moros cuando los vieron
 A ellos van con gran grita.
 ¡Muy cruda es la batalla!
 ¡Ellos bien se defendían!
 Como los moros son muchos,
 Poca mella les hacían.
 Dos mil y sesenta han muerto,
 Sin los que han dado heridas.
 Don Gonzalo, el menor d'ellos,
 Es el que mas mal hacía:
 ¡Gran matanza hizo en los moros!
 ¡La su vida bien vendía!
 Cansados son de lidiar;
 Moverse ya no podían;
 Matáronles los caballos,
 Lanza ni espada tenían,
 Ni otras armas algunas,
 Que quebrado las habían.
 Los moros presos los tienen;
 Desnudaron sus lorigas;
 Descabezado los han;
 Ruy Velazquez que lo via.
 Don Gonzalo el mas pequeño
 Grande cuita en si tenía;
 Cuando vió descabezados
 Hermanos que bien quería,
 Cobró muy gran corazon;
 Quitóse del que lo asía:

T. X.

Arremetió con el moro
 Que la crueldad hacía.
 Dióle tan recia puñada,
 Muerto en tierra lo ponía.
 De presto tomó la espada,
 Veinte moros muerto había.
 Volvieron luego á prenderlo,
 Descabezado lo habían.
 Quedan los Infantes muertos,
 Ruy Velazquez se volvía
 A Burueva su lugar;
 Por vengado se tenía,
 Habiendo hecho traicion
 La mayor que ser podía.

(SEVILVEDA, *Romances nuevamente sacados*, etc.)

¹ La misma nota que al del número 676 le conviene á este, que forma un bellísimo y animado cuadro de una interesantísima situación. El odio, la venganza y la traicion de Ruy Velazquez, contrasta enérgicamente con la caballerosa y generosa compasion que usan los moros con los de Lara. La valerosa y desesperada defensa que estos hacen, en presencia de una muerte inevitable, presenta una escena llena de interes, á la cual engrandece la situación de Gonzalo, que ve caer las cabezas de sus hermanos, y es el último en morir, para mayor tormento suyo, pero sin decaer de ánimo ni rendirse al dolor. No puede hallarse una situación mas eminentemente trágica, ni es posible explicar las impresiones que produciría en el público escuchar este romance, á pesar de sus versos rudos y prosáicos, y de la inverosímil generosidad de que los moros, resueltos á matar á los Infantes, los permitiesen tan obstinada y mortífera defensa.

679.

AL MISMO ASUNTO.

(Anónimo ¹.)

Cansados de combatir
 En la sangrienta batalla,
 Que tuvieron con los moros
 En campos de Arabiana,
 Los valerosos infantes
 Siete del nombre de Lara,
 Porque el traidor de su tío
 Les tuvo traicion armada,
 Dos capitanes contrarios,
 Llamados Galva y Viara,
 Los recogen en su tienda
 Mientras la tregua está dada.
 Movidos de compasion
 De ver que mueren sin causa
 Los mas famosos guerreros
 Que tuvo ni tenía España,
 Cúranles de las heridas
 Y aderezánles las armas,
 Regálánlos con comida
 En blandas y apuestas camas,
 Diciéndoles: — Aunque somos
 De ley y nacion extraña,
 Vuestro valor nos obliga
 A que aquesto y mas se haga. —
 El traidor de Ruy Velazquez
 Al rey Almanzor contaba
 Como le hacen traicion
 Los moros Galva y Viara.
 El Rey los manda llamar
 Y les pregunta la causa
 De celebrar amistad
 Con los infantes de Lara.
 Ambos responden: — Señor,
 Es razon en guerra usada
 Que al enemigo vencido
 No se ha de tirar la lanza;
 Mas cuando la traicion
 Es de su daño la causa,
 Al mas riguroso pecho
 Le vuelve de cera blanda:
 Y si tú, Rey, permitieras
 Que acabaran la batalla
 Otros nuevos capitanes,

29

Nos hicieras merced alta,
Porque la gran sinrazon
A grandes voces nos llama
Diciendo: si es con traicion,
Nunca es justa la demanda,
Ni al vencedor con justicia
Se le debe dar la palma.

(Romancero general.)

† Resumen de los tres anteriores romances.

680.

MUERTE DE LOS DE LARA.

(Anónimo.)

Saliendo de Canicosa
Por el val de Arabiana
Donde Don Rodrigo espera
A los hijos de su hermana,
Por campo de Palomares
Vió venir con gran compaña
Muchos yelmos reluciendo
Mucha adarga bien labrada,
Mucho caballo lijero,
Muchas lanzas aceradas.
La seña que viene en ellas
Es media luna cortada;
Alá traen por apellido,
A Mahoma á voces llaman.
Tan altos daban los gritos
Que los campos atronaban;
Lo que las voces decian
Grande mal significaban:
— ¡Mueran, mueran, van diciendo,
Los siete infantes de Lara!
¡Vengamos á Don Rodrigo
Pues tiene con ellos saña! —
Allí está Nuño Salido,
El ayo que los criara;
Como ve la gran morisma
D'esta manera los habla:
— ¡Oh los mis amados hijos!
¡Quién vivo no se hallara
Por no ver tan gran dolor
Como agora se esperaba!
Si no os hubiera criado
No sintiera tanta rabia;
Mas quiéroos tanto, mis hijos,
Que ya se me arranca el alma.
¡Ciertamente nuestra muerte
Está bien aparejada!
No podemos escapar
De tanta gente pagana;
Vengamos bien nuestros cuerpos,
Y miremos por las almas;
Peleemos como buenos,
Las muertes queden vengadas;
Ya que lleven nuestras vidas,
Que las dejen bien pagadas.
No nos pese de la muerte
Pues va tan bien empleada,
Y morimos todos juntos
Como buenos, en batalla. —
Como los moros se acercan,
A cada uno por si abraza,
Cuando llega á Gonzalvico
En la cara lo besara:
— ¡Hijo de Gonzalo Gonzalez;
De lo que mas me pesara
Es de lo que lo sentiría
Vuestra madre Doña Sancha!
Erades su claro espejo;
Mas que á todos os amaba,
Y agora perderos tiene
Sin tener mas esperanza. —
En esto los moros llegan,
Traban con ellos batalla,

Los Infantes los reciben
Con sus adargas y lanzas:
« Santiago, Santiago, cierra »,
A grandes voces clamaban:
Muy muchos moros mataron,
Mas ellos allí quedarán.

(Silva de varios Romances.)

681.

PRESENTA ALMANZOR Á GUSTIOS LAS CABEZAS DE SUS HIJOS.

(Anónimo †.)

Yantando con Almanzor
Está Don Bustos de Lara,
Que bien puede con los reyes
Comer el señor de Salas.
En Córdoba tiene el cuerpo
Preso, y en Búrgos el alma,
Do fiñcan sus siete hijos
Y su mujer Doña Sancha:
Y despues de haber servido
Mil manjares á su usanza,
Dice el Rey: — Gonzalo amigo,
Un costoso plato falta. —
Respóndele el noble hidalgo,
Descubriendo honradas canas:
— En la tu mesa, señor,
Non puede haber mengua en nada. —
En esto vino una fuente,
Que cubria una toballa,
Y en ella siete cabezas,
De aquel tronco muertas ramas.
Mira la fuente Gonzalo,
Y dice: — ¡Ay fruta temprana!
¡Quién vos trasportó de Búrgos
A los campos de Arabiana?
Mas ¡ay mis hijos! que son
Mis preguntas excusadas,
Que con sangre viene escrito
Que es Rodrigo y Doña Lambra.
¡Quién d'este plato pudiera
Dar la mitad á mi Sancha;
Que los mis ojos no pueden
Cumplir con desdichas tantas!
Si Narciso en uha fuente
Se arrojó viendo su cara,
Yo que en tí veo siete, y tales,
¡Cómo no me arrojó? aguarda.
Ya, fuente, perdiste el nombre
En el mar de mis desgracias:
Huye, Almanzor, no te anegue,
Que sale de padre el agua.
A todos lloro igualmente
Con sangre, aunque sale blanca,
Que lágrimas de mis ojos
Es sangre que vierte el alma.
Leon seré, yo os prometo,
Mis fijos, en la venganza.
Mas ¡ay! que aunque soy leon
Mi cautiverio es cuartana.
¡Ay ovejas sin pastor!
Que tambien murió la guarda;
Y porque los perros se harten
En Córdoba el perro guardan.
Guárdate, Almanzor, que suele
A veces morder con rabia
En la carne del señor,
Cuanto y mas si es quien le agravia.

(MADRIGAL, Segunda parte del Romancero general.)

† El autor imita á veces el lenguaje antiguo; pero el romance es de fines del siglo XVI.

682.

AL MISMO ASUNTO.

(De Lorenzo de Sepúlveda.)

Los siete infantes de Lara,
Y su ayo Nuño Salido,
En el campo de Almenara
Muertos quedaban tendidos,
Que su tío Ruy Velazquez
Gran traicion habia urdido;
Aunque ántes que los maten,
Bien sus vidas han vendido.
Cortáronles las cabezas,
A Córdoba se han traído:
Presentáronse á Almanzor,
Almanzor cuando las vido,
Mucho d'ello le pesaba
Porque las ha conocido.
Untadas están en sangre,
Laváronlas con el vino;
Tendiéronlas en el suelo,
Sobre un paño de lino.
Almanzor se fué á la cárcel
Do está Don Gustios metido;
Padre es de los Infantes,
D'este mal nada ha sabido.
—¿Como va Gonzalo Gustios?—
Almanzor así le ha dicho.
—Muy bien, responderia él,
Señor, al vuestro servicio.
Bien sé que me sacarédes
Hoy de donde estoy captivo;
Que así es vuestra costumbre:
Buen Rey, cumplida conmigo.
Por haberme visitado,
Libre soy por lo que digo.
Almanzor dijo: Don Gustios,
De Castilla habian venido
Mis gentes de pelear;
Con cristianos se habian visto:
Cristianos pierden el campo,
Cabe Almenar el castillo:
Ocho cabezas trujeron,
Una de hombre encanecido,
Las siete son de mancebos,
Conocellas no he podido;
Quiérote sacar de aqui
Para que las hayas visto,
Que mis adalides dicen
Que de Lara es su apellido.
De Salas son naturales,
Sus nombres no me habian dicho.
—Si yo, Almanzor, las veo,
Don Gonzalo ha respondido,
Decirte he de dónde son
Y de dónde han descendido:
No hay caballero en Castilla,
Que yo no lo hobiesse visto,
Y conozca de dónde es,
Y el linaje do ha venido.—
Sacólo de la prision,
A ver las cabezas vino;
Conocido las habia:
En tierra cayó tendido
Con el gran pesar que habia:
Por muerto lo habian tenido.
Después que volviera en sí,
Comenzó gran alarido.
Dijo:— Rey, estas cabezas
Muy bien las he conocido;
Los siete de los Infantes
Los mis hijos tan queridos:
Esta sola del su ayo,
Ese buen Nuño Salido,
Que á los Infantes crió:
¡Mucho los hubo querido!—
El llanto hacia muy grande,
Muy grande y muy dolorido.
No hay ninguno que lo oyese

Que á pasion no sea movido,
Y por no ver el su llanto,
Compañía no le han tenido.
Una á una las cabezas
Las tomaba con gemido;
Razonaba los sus hechos,
Y su esfuerzo tan cumplido:
Y con gran cuita que tiene
Un espada habia cogido,
Y delante de Almanzor,
Siete moros ha herido;
No le dieron mas vagar
Que luego lo habian prendido.
Mucho rogaba á Almanzor,
Lo degüellen con sus hijos,
Que ya no quiere vivir,
Pues tan gran mal le ha venido.
Consolábalo Almanzor,
Libráralo de captivo,
Y dióle de sus haberes,
Que muy bien lo ha proveido.
Enviáralo á Castilla;
Del Rey se ha despedido:
Las mercedes que le ha hecho,
Mucho las ha agradecido.

(SEPÚLVEDA, Romances nuevamente sacados, etc.)

683.

AL MISMO ASUNTO.

(Anónimo¹.)

Siete cabezas los moros
Traian con alarido
De los infantes de Lara,
Y la de Nuño Salido.
Presentáronse á Almanzor;
Almanzor, como las vido,
Mandó en el suelo tendellas,
Y en el punto ha proveido
Qu'el padre de los Infantes
Ante d'él fuese traído.
Como ya el buen viejo fuese
En su presencia venido,
Dijo Almanzor.—Padre honrado,
Mis vasallos han vencido
Una hueste de cristianos:
No les arriendo el partido.
Ocho cabezas trujeron,
Una de hombre encanecido;
Mira tú si las conoces,
Y de dónde han descendido.—
En verlas, Gonzalo Gustos
En tierra muerto ha caído²:
Después que volviera en sí
Dijo al Rey muy afligido:
—Estas de mis hijos son,
Que bien las he conocido:
Esta sola es de su ayo,
Ese buen Nuño Salido,
Que los Infantes criara;
¡Mucho los hubo querido!—
Una á una las cabezas
Las tomaba con gemido;
Razonaba de sus hechos
Y de su esfuerzo crecido:
El llanto que en esto hacia
Era grande y dolorido,
Tal que á compasion no habia
Quien no fuese conmovido.
Consolábalo Almanzor;
Libertad le ha prometido,
Y allí vista la presente,
De haberes le ha proveido.

*(TIMONEDA, Rosa española. — H. WOLF, Rosa de Romances.)*¹ Parece refundicion del anterior, hecha por Timoneda.² Debiera decir: *Cayó en tierra amortecido.*

684.

LAMENTA GUSTIOS LA MUERTE DE SUS HIJOS.

(Anónimo ¹.)

Besando siete cabezas
De siete muertos infantes,
Agua les da de sus ojos,
Y recibe en cambio sangre,
El viejo Gonzalo Bustos
Con las ansias mas notables
Que han causado sentimientos,
Ni han engendrado desastres.
No habla palabra alguna,
Que no es bien embarazarse
En puerta do salen muchos
De suerte que nadie sale.
A Dios pide mil venganzas
Con mas de dos mil señales;
Con mas pausas que palabras
Les dice razones tales:
—Bien parece que es un Rey
El que á su mesa me trae,
Pues que las frutas de postre
Tan grande interese valen.
Porque los extremos cuente,
Y los medios deje aparte,
Es el *post* siete hijos muertos,
Y una gran traicion el *ante*.
¡Mucho se ha alargado el Rey!
¡Mas qué mucho que se alargue,
Pues quiere mi desventura
Que él convide, y que yo gaste!
No me espanta, amados hijos,
Veros y verme en tal trance,
Porque un traidor encubierto
Es señor de mil leales.
Si el ver muerto á un hijo solo
La paciencia acaba á un padre,
Ver siete, y á traicion muertos,
La vida es razon que acabe.
Y pues el número siete
Tiene excelencias tan grades,
No hay trabajo como el mio,
Pues de siete causas nace.
¡Pudieras, traidor injusto,
Homicida, aleve, infame,
Dejarme de siete el uno
Para dejar de acabarme!
Mas quisiste temeroso,
Que un traidor siempre es cobarde,
Porque vengador no quede,
Acabar todo un linaje.
Pues malogras juventudes
Dignas de dos mil edades,
Llámamente Velazquez ruin,
No te llamen Ruy Velazquez.

(Romancero general.)

¹ Fria, insulsa y pedantesca narracion de un hecho muy tierno y patético.

685.

AL MISMO ASUNTO.

(Anónimo.)

Llorando atiende ¹ Gonzalo
Las ocho amadas cabezas
De sus hijos y del ayo,
Que yacen sobre una mesa,
El noble cuerpo fidalgo
Casi fincado por tierra,
Que esta sola causa pudo
Fallecer su fortaleza:
Y como padre robusto
Fallando prestadas fuerzas,
Las muertas faces bañando,
Las habla d'esta manera:
—; De tal suerte demule las

Estades, reliquias tiernas,
Que no sé si estáis hablando,
O si estais del todo muertas!
¡Oh qué pálidas estades
De verter sangre las venas
En las lides do lidiastes
Fasta quedaros sin ella!
Y en la poca que quedo
En las faces fria y seca,
Un Fénix para vengarme
Ha de renacer en ellas.
Si ende no lo vengare,
En cárcel, ó fuera d'ella,
El honor de mis fazañas
Con las vuestras vidas muera.
Atended, infantes mios,
A vuestra cuita y mi mengua,
Y non culpedes mi falta
Pues finasteis sin afrenta.—
Dijo, y erguiéndose en pié,
Como el que vida no precia;
Al primero que falló
Desarmó con hijereza.
Prenderle manda Almanzor,
Los alcades gritan «muera»,
Y antes que fuese á prison
A cinco dejó por tierra.

(MADRIGAL, Segunda parte del Romancero general.)

¹ Aquí la palabra *atiende* equivale á la de *mira*. El romance es de fines del siglo xvi, aunque el poeta imita el de tiempos mucho mas antiguos.

686.

QUERELLAS DE GUSTIOS CONTRA ALMANZOR : ESTE LE DA LIBERTAD.

(Anónimo ¹.)

—; No se puede llamar Rey
Quien usa tal villanía!
Le dice Gonzalo Bustos
Al rey Almanzor un día,
Que habiéndome convidado
Y héchome gran cortesía,
Como mi sangre merece,
Me des por sobrecomida
La cosa mas dolorosa
Que jamas dado se habia,
Mostrándome las cabezas
De siete hijos que tenia,
Mas obedientes á un padre
Que jamas visto se habian,
Defensa de los cristianos,
Destruicion de la morisma.
Por traicion, rey Almanzor,
Debió de ser tal desdicha;
Que tú no fueras bastante,
Ni toda tu compañía,
Si vinieran aplazados
A batalla conocida,
A traerlos d'este modo
Que ante mis ojos los via,
Pues de este, menor de todos,
En una batalla un día
Te vi yo, rey Almanzor,
Alejarte á mas porfia
Que quisiera tu caballo,
Que volara aunque corria,
Y llevar armas mas dobles,
Mil moros en compañía.
El no habia veinte y un años,
Y las armas las traia
Por mil partes hechas piezas
Desmallada la loriga,
El yelmo todo abollado
De golpes que en él tenia,
Deseoso de alcanzarte
Por probar tu valentía;

Tu caballo era mejor
 Que el que el infante traía,
 Y por eso te libraste
 De no morir aquel día.
 Contarte quiero un ejemplo
 Que á propósito venia,
 Y es que convidado á Dario²,
 Pompeo, con quien tenia
 Muy antigua enemistad
 Y batallas cada día,
 Para mas solemnizar
 Su banquete y gran comida,
 Le dió libres los cautivos
 Que en su poder le tenia,
 Que pasaban de diez mil;
 Presentóle la vajilla
 Con que aquel día sirvieron,
 Y otras cosas de valía:
 Y en esto mostró Pompeo
 Su valor y valentía.
 Tú, teniéndome cautivo,
 Convidándome este día
 En vez de mi libertad
 Acortas la vida mía.—
 Acabada esta razon
 A sus hijos se volvía,
 Sin poder disimular
 El gran dolor que sentia.
 Limpia las siete cabezas
 Que á la mesa le servian,
 Las limpia y besa mil veces,
 Y besándolas decia:
 —No lloro yo vuestra muerte,
 Pues se puede llamar vida,
 Entendiendo la vengastes
 Como el caso lo pedia;
 Pero siempre queda pena,
 Que la congoja la aviva,
 En ver que fuese á traicion
 Y usando de villanía:
 Hijos míos!; quién se hallara
 En batalla tan esquivá,
 Siquiera para poder
 Socorrer la mayor prisa!
 Muriera donde vosotros,
 Y si quedara con vida
 Fuera por mal de Almanzor,
 Como otras veces solia.—
 Estas palabras diciendo
 Para un moro arremetia,
 Y quitándole un alfanje,
 A él, y á otros que alli habia,
 Les dió tan pesados golpes,
 Que nadie se defendia
 Que no quedase á sus piés,
 Y el que se libraba huía;
 Y de los que le guardaron,
 Con sus hijos trece envia.
 Almanzor le está mirando
 Y con ruegos le decia:
 —Aplaca, Gonzalo Bustos,
 Aplaca tu grande ira,
 Que me pesa haberte dado
 Tal postre en esta comida,
 Que aunque los Infantes eran
 Destrucción de mi morisma,
 Si los pudiera tornar
 De muertos á dar la vida,
 Por ver su florida edad
 Y su esfuerzo en demasia,
 Lo hiciera, Gonzalo Bustos,
 Aunque es cosa conocida
 Que si tuvieran vida ellos
 Presto quitaran la mía:
 Pero por satisfaccion
 De tu razon conocida
 Yo te concedo licencia
 Para que hoy en este día,
 O cada y cuando que quieras

Te puedas ir á Castilla,
 Y llevar estas cabezas,
 Si te place, en compañía.

(*Romancero general.* — It. *Flor de varios y nuevos romances*, 5.^a parte.)

¹ Bien se conoce en este romance la época de corrupcion que empezó á desfigurar nuestra buena poesia á fines del siglo xvi. No es mas antiguo que ella, pues procede de una de las primeras ediciones que precedieron, y luego formaron parte de la del *Romancero general*.

² Solo á un poeta de los fines del siglo xvi se le pudo ocurrir juntar en una cena á Dario y á Pompeyo.

687.

GUSTIOS PARTE DE CÓRDOBA PARA SALAS, DEJANDO PREÑADA Á AXA, HERMANA DE ALMANZOR.

(*De Lorenzo de Sepúlveda.*)

Ese buen Gonzalo Gustios
 De Córdoba se partia
 Para Salas su heredad;
 ¡Pasión es de ver cuál iba!
 Las cabezas de sus hijos
 A gran recaudo ponía,
 Y la de Nuño Salido
 Su ayo que los regia.
 Despidióse de Almanzor:
 Su hermana así le decia:
 —Don Gonzalo, soy preñada
 De la vuestra compañía;
 Decíme lo que haré
 Que yo bien lo cumpliria.
 —Que si fuere hijo, digo,
 Don Rodrigo respondia,
 Que lo hagades bien criar
 Como manda la hidalguía,
 Y despues que sea criado
 Para Salas me lo envia.—
 Del dedo se habia sacado
 Un anillo que tenia;
 Por medio lo habia partido;
 La mitad dado le habia.
 Díjole: —Tomad señal,
 Qu'el moro así llevaria,
 Para que yo lo conozca
 Si para mí se venia.—
 El se partió para Salas
 Que en gran favor lo habia.

(*SEPÚLVEDA, Romances nuevamente sacados, etc.*)

688.

MUDARRA, HIJO BASTARDO DE GUSTIOS Y DE AXA, HERMANA DE ALMANZOR, INGREPADO DE SU BASTARDÍA, ARBANCA Á SU MADRE EL SECRETO DE SU NACIMIENTO, Y SABIDO, SE PROPONE VENGAR Á SU PADRE Y HERMANOS.

(*Anónimo* ¹.)

Sentados á un ajedrez,
 Espacio su juego entablan
 Aliatar, rey de Segura,
 Y el gran bastardo Mudarra,
 Delante el rey Almanzor
 Y en la presencia de Axa,
 Mora, que sirve Aliatar,
 De mucho douaire y gracia.
 Discurriendo van por lances,
 Juegan con destreza y maña,
 Que pierde mucho el que pierde
 Y gana mucho el que gana.
 El rey moro, que los ojos
 Tiene puestos en quien ama,
 Tocó una pieza por otra
 Jugando una treta falsa;
 Mudarra, que no conoce

Del Rey la mano turbada,
Ni si por ver á su mora
Vino á jugar ó jugaba,
A una parte echó la silla;
Las piezas todas baraja,
Y dando mano al tablero
En pié se pone y levanta,
Diciendo:—Tráteme bien
Quien á su juego me llama;
Que aunque no soy rey, la injuria,
Con quien me enoja, me iguala.—
Aliatar se espantó de esto,
Y de Mudarra se agravia:
Llámale bajo y espurio,
Hijo de ninguno, y nada.
A sus razones replica
Mudarra, no con palabras,
Mas levantó para el Rey
Juntos ajedrez y tabla,
Con que sin reparo alguno
De muerte le descalabra,
Y con presteza no vista
De allí se parte á otra sala,
Dó está la mora su madre
Ya del ruido alborotada.
La espada en la mano pone
Y d'esta suerte la habla:
—Importa, enemiga madre,
Al enojo con que vengo
Decirme el padre que tengo,
Porque importa tener padre;
Que yo por muy claro siento
Que tengo padre, y buen padre,
Por tener tan buena madre,
O por mi buen pensamiento.
No quiero á mis ojos ver
Quien me diga en tiempo alguno
Que soy hijo de ninguno,
Pues alguno me dió sér;
Y si tú, fortuna, sobras
En darme mal importuno,
Cuando no sea de ninguno
Seré hijo de mis obras.—
Afligida está la mora
Por verse del hijo que ama
Ultrajada por un cabo,
Y por otro amenazada:
Hablarle quiere y no osa,
Que la lengua se le traba
Del yerro pasado hecho,
Que al hijo decir no osaba;
Mas en el valor del padre
Algun tanto confiada,
Le descubre todo el hecho
Del de Bustos y el de Lara;
Y otras razones le dijo
Salidas de allá del alma,
Por lo cual vino á tomar
De sus hermanos venganza.

(Romancero general.—It. Flor de varios y nuevos romances, 3.ª parte.—It. Merce, Tesoro escondido, etc.)

¹ Lope de Vega, con el de *El Bastardo Mudarra*, y otros poetas, con diversos títulos, han escrito dramas sobre el asunto de este romance y los siguientes, que tratan de la venganza que tomó Mudarra de su tío Ruy Velazquez, por la alevosía con que hizo matar por los moros á los siete infantes de Lara. Aunque es mas moderno que los dos que le siguen, conserva mejor que ellos el carácter del tipo español del tiempo á que se refiere, por la fiereza de los sentimientos que expresa, y por el medio que usa Mudarra para arrancar á su madre el secreto de su nacimiento. Mudarra, así como Bernardo del Carpio, no pueden sufrir el nombre de bastardo. Aquel tiene una duda mas que averiguar, atormentándole la idea de si es hijo de padre vil ó villano; Bernardo aspiraba á una corona, Mudarra á tener un buen padre, porque en Castilla los nobles bastardos eran caballeros, y aun llegaban á ocupar el trono. Casi toda la grandeza española descendiendo de reyes, y esto llegó á ser una calamidad para el país, y causa del empobrecimiento de la corona, de donde salían las dotaciones para los

dichos bastardos. Así se formó y se forman las aristocracias, que absorben, y luego amortizan los bienes y los derechos en manos de los hijos de los monarcas. Por el fundado temor de que se reproduzcan lentamente y á escondidas semejantes males, es por lo que los pueblos repugnan ahora tanto esta clase de dotaciones, aun aplicadas á los hijos legítimos de sus monarcas.

689.

AL MISMO ASUNTO.

(Anónimo ¹.)

Gonzalo Gustos sacado
De captiverio y prision,
Para volver á su tierra,
Con toda moderacion
Licencia le pidió al moro:
Dióla sin contradiccion.
La hermana de Almazor
Sintió d'ello turbacion:
Llamáralo, en puridad
Descubrió su corazon,
Diciendo:—;Gonzalo Gustos,
Habed de mi compasion!
;Mirad que quedo preñada
Por seguir vuestra opinion!
Respondióle:—Mi señora,
D'ello no tengais pasion;
Pariréis secretamente,
Y mirad que si es varon
Le daréis buenas costumbres;
Y en llegar á discrecion
Enviármelo heis á Salas,
Donde está mi habitacion;
Y para que le conozca
Por mas certificacion.
Veis este anillo partido,
El medio os dó en posesion,
Para que vos se lo déis
A su tiempo y con sazón.—
Pátese Gonzalo Gustos
Con tal deliberacion.
Al cabo de pocos dias
Parió un niño en perfeccion;
Almazor se holgara d'ello;
Mostró gran contentacion
Por haber nacido hijo,
Y de tal generacion:
Mudarra mandó llamarle,
Y por mas satisfaccion
Gonzalo de sobrenombre,
Cual el padre, y con razón.
Mudarra ya de diez años,
Por su esfuerzo y condicion
Armóle el Rey caballero;
Dióle para defension,
De su persona, cien mōros,
Que todos hidalgos son.
Siendo ya de mas edad,
De linda disposicion.
La madre le contó el caso
De la perversa traicion,
Que Ruy Velazquez hiciera,
Y de su padre y prision.
Entrególe el medio anillo,
Tomóle con intencion
De ir á verse con su padre,
Y yengar tan gran baldon.
Pidió licencia á su tío
Diciendo qu'era razón
De buscar tierras extrañas:
Dióle el Rey su bendicion.

(TIMONEDA, *Rosa española*.—It. WOLF, *Rosa de romances*.)

¹ Parece refundicion hecha por Timoneda.

690.

PARTE MUDARRA Á VENGAR Á SU PADRE Y HERMANOS,
DEL TRAIÐOR RUY VELAZQUEZ.

(De Lorenzo de Sepúlveda.)

Una hermana de Almanzor
 Rey de Córdoba llamado,
 Del bueno Gonzalo Bustos
 Preñada se había quedado,
 Al tiempo que él se partió
 De la prision donde ha estado.
 Dende á muy pocos dias
 Pariera del su preñado.
 Un hijo había nacido;
 Mudarra le habían llamado,
 Gonzalez por sobrenombre,
 Como á su padre el honrado.
 Almanzor holgó con él;
 A dos amas lo había dado
 Para que muy bien lo crien,
 Y con muy grande recado.
 Diez años había Mudarra,
 Caballero lo han armado;
 Valiente es, de la persona
 Muestra de ser esforzado.
 A doscientos caballeros
 Almanzor le había dado,
 Porque los haya por suyos,
 Y cumplan el su mandado.
 Mudarra era muy valiente,
 De Almanzor es muy amado;
 Es tal que solo Almanzor
 No lo hay mas aventajado.
 Su madre contó á Mudarra
 Todo el fecho que es pasado
 De Don Gonzalo su padre,
 Y sus hijos sus hermanos,
 Y de la media sortija
 Que ella tiene á gran recado,
 Y de la traicion que hiciera
 Ruy Velazquez el malvado:
 Todo se lo declaró,
 Que nada no le ha encelado.
 Mudarra cuando lo oyó
 Quedó muy maravillado;
 Volvióse á sus caballeros,
 Estas razones hablando:
 —Amigos, muy bien sabedes
 Qu'el mi padre Don Gonzalo
 Sufriera muy gran lacina
 En la prision tantos años,
 A tuerto y sin derecho,
 Sin jamas haber pecado
 Contra nadie, por do fuese
 En la tal prision echado,
 Y tambien cómo mataran
 Siete infantes esforzados.
 Mis hermanos eran todos,
 Yo quiero ir á vengallos
 De aquel que tal mal causó,
 Allá en tierra de cristianos.
 Decidme, los mis amigos,
 Si quereis ir ó quedaros.—
 Respondieron todos juntos
 Que irian con él á ayudarle,
 Porque eran criados suyos,
 Que Almanzor se los ha dado.
 Despidióse de su madre,
 Su camino le ha contado.
 Fué donde estaba Almanzor,
 Las manos le había besado
 Pidiéndole en gran merced,
 Que licencia le haya dado
 Para ir á ver á su padre
 A Castilla, ese condado.
 Almanzor lo hubo por bien,
 Caballeros le había dado;

Tambien le dió gran haber,
 Y á Dios lo había encomendado.
 (Sepúlveda, *Romances nuevamente sacados*, etc.)

691.

MATA MUDARRA Á RUY VELAZQUEZ.

(Anónimo.)

A cazar va Don Rodrigo,
 Y aun Don Rodrigo de Lara:
 Con la gran siesta que hace
 Arrimádose ha á una haya,
 Maldiciendo á Mudarrillo,
 Hijo de la renegada,
 Que si á las manos le hubiese,
 Jura de sacarle el alma.
 El señor estando en esto
 Mudarrillo que asomaba:
 —Dios te salvé, caballero;
 Debajo la verde haya.
 —Asi haga á tí, escudero;
 Buena sea tu llegada.
 —Digasme tú, el caballero,
 ¿Cómo era la tu gracia?
 —A mí dicen Don Rodrigo,
 Y aun Don Rodrigo de Lara,
 Cuñado de Gonzalo Bustos,
 Hermano de Doña Sancha;
 Por sobrinos me los hube
 Los siete infantes de Lara.
 Espero aquí á Mudarrillo
 Hijo de la renegada;
 Si delante lo tuviese
 Yo le sacaria el alma.
 —Si á tí dicen Don Rodrigo,
 Y aun Don Rodrigo de Lara,
 A mí Mudarra Gonzalez,
 Hijo de la renegada,
 De Gonzalo Bustos hijo,
 Y ahnado de Doña Sancha:
 Por hermanos me los hube
 Los siete infantes de Lara:
 Tú los vendistes, traidor,
 En el val de Arabiana;
 Mas si Dios á mí me ayuda
 Aquí dejarás el alma.
 —Espérame, Don Gonzalo,
 Iré á tomar las mis armas.
 —El espera que tú diste
 A los infantes de Lara:
 «Aquí morirás, traidor,
 »Enemigo de Doña Sancha.»

(Cancionero de Romances.)

¹ Tiene todos los caractéres de una época muy remota, y es uno de aquellos romances que pueden considerarse que de orales pasaron á ser impresos con ménos alteraciones. La sencillez que le distingue, la espontaneidad que descubre, no pueden ménos de ser hijas de una inspiracion y de un pensamiento libre. Su diálogo está lleno de rapidez y verdad, y la situacion que desarrolla sorprende y encanta.

² Estos dos versos últimos los repite Cervantes en el *Quijote*.

692.

AL MISMO ASUNTO.

(Anónimo.)

Despues que Gonzalo Bustos
 Dejó el cordobes palacio,
 Y en Salas guardaba el suyo;
 Entre duros simulacros
 Fatigaba su memoria,
 Culpaba su inútil brazo
 Por los efectos del tiempo,
 Archivo de sus agravios.
 —¡Oh tronco, dice, sin fruto!

Solo has quedado en el campo
 Do el villano codicioso
 Podó tus pimpollos caros :
 ; Yo te conocí con siete
 Con que fuiste un tiempo ufano,
 Y ahora te contentaras
 Con el mas endeble y flaco !
 Cada momento, mis hijos,
 De nuevo os pierdo, y os hallo,
 Para gozaros ausentes,
 En mi mente degollados.
 Fresca está la sangre en ella,
 Que el traidor, que hizo el daño,
 Con su presencia atormenta
 La poca que en mí ha quedado.
 De merced vivo con él,
 Y por momentos aguardo
 Cuando querrá derramarla
 Si no es, por vengarse, humano.
 ; Ay miserable del solo,
 Y mas cuando el hado avaro
 Viene a hacer de sus causas
 Juez á su cruel contrario !
 ; Mejor estaba entre moros
 Fijos, que en el suelo patrio,
 Que entre ellos hallé piedad
 Y quien se movió á mi llanto ! —
 Estas quejas esparcía
 Desde un mirador Gonzalo,
 Regando sus blancas canas,
 Recostado en un escaño,
 Cuando tendiendo la vista
 Por el espacioso campo
 Vió en un caballo andaluz
 Venir un moro gallardo,
 Jóven, hermoso y dispuesto,
 De rostro agradable, manso,
 Grave, compuesto, gracioso,
 Apacible y despejado.
 En la adarga media luna
 Trae puesta en un cielo claro ;
 Y una roja F en medio
 Con un letrero dorado,
 Que dice : « A buscarte voy :
 » ; Venturoso si te alcanzo ! »
 En la lanza un pendoncillo
 Con cruz verde en campo blanco,
 Y una cabeza pendiente
 En el pretal del caballo,
 Destilando fresca sangre
 Entre el cabello erizado.
 Llegó, y bajando la suya,
 El arzou casi besando,
 Con el cuento de la lanza
 Sobre la yerba afirmado,
 Dijo : — Tú debes ser,
 Según las señas que traigo,
 El noble señor de Salas,
 Que el sér que tengo me ha dado.
 Recibe de Ruy Velazquez,
 Vendedor de mis hermanos,
 Esta prenda, que el traidor
 Nunca reposa á su salvo.
 Yo soy Mudarra, señor,
 Y ha mucho tiempo que a fano
 Por hacer esta sangria
 En tu tronco antiguo y claro. —
 Grandes voces daba el viejo :
 — Sube, hijo, y da á mis brazos
 Lo que tanto ha deseaban,
 Que hoy se acaban mis trabajos.

(Romancero general.)

695.

AL MISMO ASUNTO.

(De Lorenzo de Sepúlveda.)

De Córdoba la nombrada

Mudarra partido había
 En busca Gonzalo Gustíos,
 Que por padre lo tenía.
 ; Gran gente consigo lleva !
 ; Lucida es á maravilla !
 Todos van de una color,
 ; Oh qué bien que parecen !
 Mudarra era el señor d'ellos,
 ; Oh qué bien que los regia !
 A Salas habian llegado
 Donde su padre vivía.
 Preguntó por Don Gonzalo ;
 El su padre respondía
 Qu'el era aquel que buscaba,
 Que dijese qué quería.
 — A vos busco, Don Gonzalo,
 Mudarra le respondía :
 Que yo soy el hijo vuestro ;
 Veis aquí vuestra sortija,
 Que dejastes á mi madre
 Cuando fué vuestra partida. —
 Gran placer tomaba el padre,
 Que otro hijo ya no habia,
 Que en el campo de Almenara
 Por traicion allí morian.
 Algunos dias pasados
 Mudarra, — Padre, decia :
 Por ver la vuestra hacienda
 Aquí fué la mi venida,
 Y por vengar mis hermanos
 Del traidor que los vendia.
 No es menester prolongarlo,
 Pues que buen pleito tenia. —
 Cabalgó Gonzalo Gustíos,
 Mudarra en su compañía ;
 Con ellos los caballeros
 Los que á Mudarra servian.
 Llegados que eran á Búrgos
 Do está el conde de Castilla
 Nombrado Garci-Fernandez ;
 Ruy Velazquez ahí yacia.
 Mudarra habló primero
 A Ruy Velazquez decia :
 — Traidor sois, gran alevoso,
 Yo vos lo combatiría :
 Repto vos por gran traidor,
 Mayor que hallarse podía,
 Que metistes en prison
 En Córdoba, aquella villa,
 A mi padre Don Gonzalo
 Que ninguna causa habia.
 Vendistes los mis hermanos,
 Mucho mas que vos valiañ,
 A los moros de Almenara
 Do como buenos morian,
 Llevándolos engañados :
 Las manos yo vos pondria,
 Cortaré vuestra cabeza,
 Que tan gran traicion hacia. —
 Ruy Velazquez respondió :
 Que el reto en nada tenia.
 Mudarra cobró pesar,
 Mano á la espada ponía,
 Fué contra do está el traidor ;
 El Conde lo defendía :
 Puso treguas entre ellos,
 Treguas puso por tres dias,
 Que Mudarra nunca quiso
 Alargar la pleitesia.
 Ruy Velazquez quedó en Búrgos,
 Que de muerte se temía.
 Salió de noche encubierto,
 No osando salir de dia,
 Para ir á Barbadillo,
 Que por heredad tenia.
 Mudarra saliera á él,
 Que le tuvo puesta espía.
 Un dia muy de mañana
 Ruy Velazquez ya venia :

Llegó donde está Mudarra,
 El cual á voces decia :
 — Morirás, falso, alevoso,
 Que nadie non te valdria.—
 Arremetió para él,
 Gran golpe dado le habia ;
 En tierra cayera muerto;
 Con treinta que lo seguian
 Tornáronse para Salas.
 A dias ⁴ prendido habia,
 A la falsa Doña Lambra,
 Y quemar viva la habia,
 Que en vida de Garci Fernandez
 Ése conde de Castilla,
 No pudo, que es su pariente,
 Y muy deudo en cercania.
 De todos es muy loado,
 Grande era su valentia.
 Doña Sancha su madrastra,
 Muy grande amor le tenia,
 Porque parecia mucho
 En mañas y en valentia
 A Don Gonzalo Gonzalez,
 Que el menor se le decia.
 Mudarra se baptizó,
 Cristiano tornado habia.
 ¡Muy bien vengó á sus hermanos
 Como aqui se referia!
 Que Dios, como es justiciero,
 Al malo bien lo castiga.

(SEPÚLVEDA, *Romances nuevamente sacados*, etc.)

⁴ Es decir, que la prendió despues de haber pasado algun tiempo de la muerte de Velazquez, y cuando ya habia fallecido el conde Garci Fernandez, pariente y protector de Doña Lambra.

694.

AL MISMO ASUNTO.

(Anónimo ⁴.)

Sale Mudarra Gonzalez,
 El valiente vengador ;
 De los infantes de Lara
 El hermano mas menor,
 De la corte de su tio
 Llamado el rey Almanzor.
 A buscar va á Ruy Velazquez
 De maldades inventor :
 Cien moros lleva de guarda
 Vestidos de una color.
 ¡Oh cuán bien que parecian!
 ¡Y Mudarra muy mejor!
 Porque ellos eran vasallos,
 Y él de todos regidor.
 A Salas hubo llegado
 Día de San Salvador ;
 Encontrára con su padre ;
 Preguntóle con honor
 Do estaba Gonzalo Gustios.
 Respondió :— Yo soy, mi amor,
 Que vos debéis ser mi hijo.
 —Sóylo, dijo, y por mejor
 Certificacion de aquesto
 Medio anillo os doy, señor.—
 Gran placer tomara el padre,
 El hijo mucho mayor.
 Pasados algunos dias
 Hizo al padre sabidor.
 Que para vengar venia
 Con gran esfuerso y vigor
 La muerte de sus hermanos,
 Su prision y deshonor.
 A Burgos los dos se parten
 Sin mostrar ningun temor :
 A Ruy Velazquez hallaron,
 El perverso matador :
 Con el Conde estaba hablando

De Castilla el sucesor.
 Mudarra á Velazquez dijo :
 —Riéptote por malhechor,
 Pues vendiste á mis hermanos
 Que d'España eran la flor.—
 Ruy Velazquez le responde :
 —Tu riépto no es valedor.—
 Echara mano Mudarra
 A un venablo cortador ;
 El Conde lo defendia,
 Treguas puso en su favor ;
 Mudarra no las acepta :
 Velazquez con gran pavor
 De Búrgos sale escondido :
 Mudarra acometedor
 Puso tales acechanzas,
 Que encontró con el traidor.
 Diciéndole está : — De muerte
 Eres hoy merecedor.—
 En fin dióle de lanzadas ;
 Pagó allí como deudor,
 Y vino para Salas
 Do hizo con gran rigor
 Que á Doña Lambra quemasen
 Sin hallar contradictor.
 Doña Sancha su madrastra
 Le amaba en lo exterior
 Por semejar á Gonzalo,
 En fuerza, virtud, grandor ;
 Y como de ser cristiano
 Siempre tuvo en lo interior,
 Luego se hizo baptizar
 Amando á su Criador.
 Hizo hechos muy notables
 De incomparable valor.

(TIMONEDA, *Rosa española*.—It. WOLF, *Rosa de romances*.)

⁴ Por su tono y estilo parece ser de la clase de los romances viejos, pero por su versificación puede creerse mas moderno, y hecho por Timoneda, imitando el del número 693 de Lorenzo de Sepúlveda.

ROMANCES SOBRE LOS CONDES DE CASTILLA,
 FERNAN GONZALEZ, GARCI-FERNANDEZ, SANC
 HO GARCIA, Y GARCIA I, LLAMADO REY DE
 CASTILLA.

695.

PROFETIZA UN MONJE Á FERNAN GONZALEZ SU SUERTE Y
 SUS VICTORIAS, Y EL CONDE HACE VOTO DE FUNDAR EL
 MONASTERIO DE SAN PEDRO DE ARLANZA.

(Anónimo.)

De Salas salió el buen conde
 Fernan Gonzalez nombrado :
 Señor era de Castilla
 Y d'ella conde llamado.
 Solo iba á montar,
 Ninguno lo ha acompañado,
 En tanto que llega el día
 De la lid, que ha aplazado
 Para lidiar con el moro
 Almanzor, el rey pagano.
 El Conde va por un monte
 Muy espeso y enramado ;
 Un puerco saliera dél,
 El lo sigue apresurado.
 El puerco huyó corriendo,
 En una ermita se ha entrado :
 De yedra estaba cubierta,
 Cosa d'ella es devisado.
 En la ermita habia tres monjes,
 Que la pobreza han buscado :
 Por ser la montaña espesa,
 El Conde se habia apeado ;
 El caballo ató á una rama,
 En la ermita se ha entrado,

Do vido yacer el puerco,
Y al altar está llegado.
No lo quiso el Conde herir,
Por ser en lugar sagrado.
Llorando está de sus ojos,
De aquesta manera hablando:
— ¡Oh Señor, Dios poderoso,
A quien teme lo criado,
Si contra vos yo erré,
Sea de vos perdonado:
Hicelo por no saber
Fuésedes aquí honrado,
Que si yo lo tal supiera,
Aquí no fuera llegado;
Ni entrara en la ermita,
Ni en este lugar sagrado,
A matar aqueste puerco
Que en ella se había entrado.
Viniera yo en romería
Y ofrendas hubiera dado.
Esfuerzo me dad, Señor,
Contra aqueste renegado,
Que viene por destruir
A Castilla, mi condado.
Si de vos no es amparada,
Almanzor la habrá ganado:
Non querades que se pierda
Tal tierra y tanto cristiano. —
Estando en la su oracion,
A él un monje ha llegado:
Fray Pelayo se llamaba,
El que al Conde ha preguntado
Quién era ó á quién buscaba
En lugar tan apartado.
Todo se lo dijo el Conde.
— Hoy seréis mi convidado;
Hacedlo por Dios del cielo;
Pues que sois tan mesurado,
Comeréis del pan de hordio,
Que otro no es hallado. —
El Conde tuvo por bien
Lo que el monje le ha rogado.
Allí estuvo aquella noche;
Otro día es levantado.
Dijo el monje: — Fernan Gonzalez,
Verdad será lo que os hablo;
Guiará Dios vuestra hacienda,
Porque sois bueno y honrado.
A Almanzor lo venerás,
Y á los moros de su estado:
Gran batalla habrás con él,
D'ellos serás bien vengado.
Tantos d'ellos matarás
Que no podrán ser contados:
De la tierra qu'es perdida
Grande parte habrás cobrado;
Verterás sangre de reyes,
Y de hombres de alto estado:
Muy buena será tu andanza;
Serás del mundo loado,
Por ser tu caballería
Encumbrada en alto grado:
Tú serás preso dos veces,
Y presto puesto en cuidado,
Por el signo que verás,
Que á tu gente habrá espantado.
D'ellos no habrá ninguno
Que no quede desmayado:
Conhortarlos has tú, Conde,
Con palabras de esforzado.
Declararles has el signo
Que los tiene amedrentados;
El miedo perderán luego
Que del signo habrán cobrado.
Vete á tu buena ventura,
Que tu gente está en cuidado;
Tú los hallarás muy tristes,
Por ti haciendo gran llanto:
Todos temen qu'eres muerto,

O de moros captivado,
O que fincan sin señor,
De guarda desamparados.
Yo te ruego que te acuerdes
D'esta ermita do has entrado:
Despues que venzas los moros
Algun bien nos habrás dado
Para mi y estos dos monjes,
Que estamos todos lacerando.
— Pelayo, respondió el Conde,
Creedme lo que vos hablo,
Que el servicio que á mi hicistes
Vos será muy bien pagado.
Si Dios me deja vencer
La lid que tengo aplazado,
Todo cuanto yo ganare
Aquí, será ello dado;
Y cuando yo me muriere
Seré en ella sepultado,
Y aqueste santo lugar
Por mi será mejorado.
En él haré gran iglesia,
Do habrá convento honrado:
Darles he yo con que vivan;
De bienes será dotado,
Llamarémosle San Pedro
De Arlanza, el muy nombrado!

(SEPÚLVEDA, *Romances nuevamente sacados*, etc.)

696.

GARCÍA II DE NAVARRA, RAMIRO II DE LEÓN Y FERNAN GONZALEZ, VENÇEN Á ABDERRAMEN Y VOTAN EN TRIBUTO DE SUS REINOS, DONES Á SANTIAGO Y SAN MILLAN.

(*Anónimo* 1.)

En Córdoba está Abderrámen
Próspero y con ufania;
Esperando está las parias
Que los cristianos le envían;
Ciento y ochenta doncellas
Hermosas en demasia,
Las noventa fijasdalgo,
Y esotras gente de villa,
Las cuales entre sus moros
Cada año repartía,
Cuando le vino la nueva
En que cierto le decía
De como el rey Don Ramiro,
También el rey Don García,
Lo mismo Fernan Gonzalez,
Que era conde de Castilla,
Matando sus mensajeros,
Grande escarnio le hacían,
Y no les quisieron dar
Las parias que les pedían.
Abderrámen muy sentido,
Gran gente juntado había:
D'ella de pié y de á caballo,
Que en los campos no cabía;
Y así con muy gran poder
Entró luego por Castilla,
Y en las gentes que tomaba
Grandes cruexas hacia,
Matando todos los hombres
Que renegar no querían;
Y arrancábales las tetas
A las mujeres que había.
Sabido por Don Ramiro
Cómo los moros venían,
Como rey muy esforzado
Al encuentro les salía,
Porque no pudo creer
Ser tantos cuantos decían.
Sus batallas ordenadas,
En un monte se ponía,
Do vió venir tantos moros,
Que todo el campo cubrían,
Y que la vista cansaban,

Y el cabo no parecia.
 Temiendo su perdicion,
 En Simancas se metia,
 Y luego con prisa grande
 Unas cartas escribia
 Al conde Fernan Gonzalez,
 Que era señor de Castilla;
 Tambien al rey de Navarra,
 Que llamaban Don Garcia,
 En las que la cuita grave
 En que estaba, les decia;
 Y ellos con gran presteza
 A Simancas se venian.
 Pero informados del caso,
 Grande temor les ponía
 De ver que para un cristiano
 Doscientos moros habia.
 Sabiendo ya que los moros
 En contra d'ellos venian,
 Temiendo su gran poder,
 El rey Ramiro decia:
 — En verdad, ningun consejo
 Para valernos tenia;
 Pero encomiéndome á Dios,
 Que á los afligidos guia,
 Y á un cuerpo glorioso,
 Que allá en mi tierra yacia,
 Que es el señor Santiago,
 Que está enterrado en Galicia,
 Que convirtió aquella gente,
 Que era tambien descreida,
 Y por él, nuestro Señor
 Grandes milagros hacia;
 Al cual doy y hago rey
 De toda la tierra mia,
 Y encomiéndole mis gentes,
 Y mi hacienda y mi vida. —
 Y el conde Fernan Gonzalez,
 Tambien el rey Don Garcia,
 Respondieron: — Otro santo,
 Muy devoto á maravilla,
 Hay, que yace en nuestra tierra,
 Que San Millan se decia,
 Al cual damos nuestro estado,
 Porque él nos ampararia. —
 Otro dia de mañana
 A la batalla salian,
 Y queriendo pelear,
 Grandes promesas hacian
 A Dios, y aquellos dos santos,
 Que por patrones tenian;
 Que para siempre jamas
 Tributo les pagarían,
 Encomendándose á ellos,
 Todos puestos de rodillas.
 Los moros, que así los vieron,
 Creyendo que se rendian,
 Vinieron luego á tomallos;
 Pero mal les sucedia,
 Porque fuéron rechazados
 Con dalles grandes heridas;
 Y en esto visiblemente
 Dos caballeros venian
 En unos caballos blancos,
 Hermosos en demasia,
 E juntos con los cristianos,
 A los moros perseguian,
 Los cuales con grande espanto
 Se pusieron en huida,
 Matándose unos á otros,
 Por huir quien mas podia;
 Porque afirmaban los moros
 Que á todos les parecia
 Que para cada uno de ellos
 Mil caballeros habia
 De aquellos caballos blancos,
 Que muy recio los herian.
 Tras ellos van los cristianos;
 Grande matanza hacian:

De Simancas hasta Aza
 Aqueste alcance seguian.
 Habida ya la victoria,
 La gente ya recogida,
 Robado ya todo el campo,
 Do grande riqueza habia,
 Hacen reconocimiento
 Que á aquestos santos debian,
 Imponiéndoles tributo
 En las tierras que tenian,
 Y aquestos tributos pagan
 Los castellanos hoy dia.

(FUENTES, libro de los cuarenta cantos, etc.)

⁴ El asunto de este romance no consta en crónica ni historia alguna; pero se ha sacado ó inferido de un privilegio que se supone concedido á San Millan, para gozar los tributos que se le ofrecieron por los caudillos cristianos que ganaron esta batalla. En tales documentos como este, y en otros muchos semejantes, está fundada gran parte de las enormes riquezas que el clero regular y secular poseyó en España; pero sin embargo, es preciso confesar que estos fraudes piadosos encendian la fe de los cristianos, y sostenian su valor para pelear contra los moros. El fanatismo á veces inspira un noble entusiasmo, y el fanatismo se alimenta con la supersticion.

697.

FERNAN GONZALEZ MATA EN BATALLA AL REY DE NAVARRA
 SANCHO ABARCA.

(De Lorenzo de Sepúlveda.)

El buen conde Fernan Gonzalez
 Querella grande tenia
 Del buen rey Don Sancho Abarca,
 Que de Navarra decian.
 Envióle su mensaje,
 Y el mensajero decia:
 — El conde Fernan Gonzalez
 Para ti buen Rey me envia,
 Porque le enmiendes los daños
 Que le has hecho en Castilla,
 Que dos veces cada un año
 Su tierra tú le corrias,
 Y por este mal crecido,
 Amistad tú, Rey, ponias
 Con los moros renegados,
 Y gran mal á él se seguia.
 Si estas querellas, buen Rey,
 Enmendárselas querias,
 Haréis vos vuestro deber,
 Y él d'ello placer habria;
 Y si hacer no lo quereis,
 Por mi el Conde os desafia. —
 El Rey, cuando aquesto oyó,
 Esta respuesta le envia:
 — Que se espantaba del Conde,
 De pedir lo que pedia,
 Ni aun osar pensar en ello,
 Que por loco lo tenia.
 Fué muy mal aconsejado,
 Y hácelo con lozania,
 Por haber vencido á moros,
 Moros de poca valia.
 Yo iré á buscar al Conde,
 Y castigarlo á mi guisa,
 Porque otra vez no se atreva,
 Como atrevido se habia. —
 Vuelto es el mensajero,
 Y al Conde luego decia
 Todo lo que el Rey le dijo,
 Que nada no le encubria.
 D'ello recibió pesar,
 Mucho sentido se habia:
 Apercebido de gentes,
 Para Navarra venia.
 Tambien se apercebíó el Rey
 Contra do el Conde yacia.
 En la era de Gollandia
 Comienzan lid muy herida

De navarros y castellanos
 Muertos, el campo cubria.
 El Conde llamaba al Rey,
 Y á grandes voces decia :
 — Rey Don Sancho, venite á mi,
 Acabarse ha la enemiga. —
 El Rey, cuando oyera al Conde,
 Al encuentro le salia :
 Hirieron de las lanzas,
 El Rey muerto allí caia ;
 El Conde, muy mal herido,
 Tambien en tierra yacia.
 Los castellanos lo han visto ;
 Gran dolor en sí tenían
 En ver morir su señor,
 A quien tanto ellos querian.
 Cobraron gran corazon ;
 En los navarros herian ;
 Matan y fieren en ellos
 Con muy grande valentia.
 Llegaron do estaba el Conde,
 Que por muerto se tenia ;
 Alimpiáronle la cara,
 Que sangre y polvo tenía :
 Subiéronlo en un caballo,
 Creyendo que muerto iba.
 Esforzándose ha el buen Conde,
 Que gran corazon habia.
 Dijoles : — Mis caballeros,
 Esforzad con valentia,
 Lidia y venced el campo,
 Nadie muestre cobardia,
 Qu'el rey Don Sancho es ya muerto,
 Que yo le quité la vida. —
 Esos buenos castellanos
 A los navarros herian,
 Que huyeron, dejando el campo,
 Y á su tierra se volvian.
 El cuerpo del rey Don Sancho
 El Conde buscar hacia :
 Lleváronlo muy honrado
 A la su primera villa.

(SEPÚLVEDA, *Romances nuevamente sacados, etc.*)

698.

FERNAN GONZALEZ, PRESO CON ENGAÑO POR EL REY
 DE NAVARRA, GARCÍA EL TEMBLOSO.

(Anónimo.)

Haciendo estaba unas ferias
 El rey de Leon Don Sancho
 Al conde Fernan Gonzalez,
 De un caballo muy preciado,
 Y de un azor muy hermoso,
 Perdiguero, ya mudado.
 La reina Doña Teresa,
 Viéndolos ya concertados,
 Que era hermana d'este rey
 Y hija del rey Don Sancho,
 El que fué rey de Navarra,
 Despues Abarca llamado,
 Tomó por la mano al Conde,
 Y en secreto lo ha apartado,
 Mostrando quererlo mucho
 Por ser noble y esforzado,
 Y que quería que fuese
 Por mano suya casado
 Con la infanta Doña Sancha,
 La hija del rey su hermano,
 Don Garcia de Navarra,
 Que el Temblosó fué nombrado,
 Y que luego escribiría
 Para que fuese ordenado.
 El Conde lo tuvo en mucho,
 Aceptándolo de grado :
 La Reina con alegría
 Esta carta hubo ordenado :

« A mi hermano Don Garcia
 » De Navarra, muy honrado ;
 » Yo triste Doña Teresa,
 » Reina vieja y de mal hado,
 » Saludes muchas envío,
 » Como á quien yo mucho amo :
 » Bien se os debe de acordar
 » La muerte del rey Don Sancho,
 » Que el conde Fernan Gonzalez
 » Nos mató con grande engaño,
 » Que fué vuestro padre y mio,
 » Rey verdadero y honrado,
 » Muy noble, muy virtuoso,
 » Derechero y bien guisado,
 » El cual en mi corazon
 » Sobre todos era amado.
 » Digovos que si yo fuera,
 » Como vos, rey coronado,
 » Que vengara bien su muerte,
 » Muy de presto y á mi salvo ;
 » Y agora vos teneis tiempo
 » De vos hacer bien vengado,
 » Porque ya con el mal Conde
 » Tengo puesto y concertado
 » Casarlo con vuestra hija,
 » Y me lo tiene otorgado.
 » El cual luego ha de ir á vos
 » Muy saguro y sin cuidado,
 » Y despues que lo tuviéredes
 » Podréis muy bien matarlo.
 » Y así habrémos buen derecho
 » En cambio de nuestro daño. »
 Vista por el Rey la carta,
 Mucho se hubo alegrado,
 Esperando cada dia
 Lo que estaba concertado.
 El Conde, seguro de esto,
 Un recaudo le ha enviado ;
 Si mandaba que se viesen,
 Fuese por él señalado
 En qué lugar, y en qué dia,
 Que él haria su mandado.
 El Rey, con rostro engañoso,
 Muy gran contento mostrando,
 Le respondió que en Cirueña
 Fuesen las vistas de entrambos,
 Y cada uno con cinco
 Caballeros desarmados.
 Luego el Conde se partió,
 Habido aqueste recaudo ;
 Pero llegado á Cirueña,
 Hallóse muy engañado,
 Porque vió venir al Rey
 Con cuarenta de á caballo,
 Más para romper batalla,
 Que para bodas llamado.
 Sintiendo el engaño el Conde,
 En una ermita se ha entrado,
 Diciendo con grandes voces
 Ser con traicion engañado,
 Y por cumplir su palabra
 Padecia aquel engaño.
 El Rey combatió la ermita
 Todo el dia, denodado ;
 Mas no pudo entrar en ella,
 Por lo cual muy enojado,
 Dijo al Conde que se diese,
 Sobre su fe asegurado ;
 Y si no lo hiciese así,
 Que allí haria quemarlo.
 Visto el Conde este peligro,
 Escogiendo el menor dano,
 Se dió al Rey sobre su fe ;
 Y así fué luego tomado,
 Y con muy graudes prisiones
 En Castroviejo fué echado.

(FUENTES, *libro de los cuarenta cantos, etc.*)

699.

JURAMENTADOS LOS CASTELLANOS, SALEN Á LIBERTAR Á SU CONDE, AL CUAL HALLAN EN EL CAMINO, YA LIBRE, POR UNA HERÓICA TRAZA DE SU DESPOSADA DOÑA SANCHA.

(Anónimo.)

Juramento llevan hecho ¹,
 Todos juntos á una voz,
 De no volver á Castilla
 Sin el Conde, su señor.
 La imágen suya de piedra
 Llevan en un carretón,
 Resueltos, si atrás no vuelve,
 De no volver ellos, non,
 Y el que paso atrás volviere
 Que quedase por traidor.
 Alzaron todos las manos,
 En señal que se juró.
 Acabado el homenaje,
 Pusieronle su pendón,
 Y besáronle la mano
 Desde el chico hasta el mayor,
 Y como buenos vasallos,
 Caminan para Arlanzon
 Al paso que andan los bueyes
 Y á las vueltas que da el sol.
 Desierta dejan á Búrgos
 Y pueblos al rededor,
 Solas quedan las mujeres
 Y aquellos que niños son :
 Tratando van del concierto
 Del caballo y del azor,
 Si ha de hacer libre á Castilla
 Del feudo que da á Leon;
 Y ántes de entrar en Navarra,
 Toparon junto al mojon
 Al conde Fernán Gonzalez,
 En cuya demanda son,
 Con su esposa Doña Sancha,
 Que con astucia y valor
 Le sacó de Castroviejo
 Con el engaño que usó.
 Con sus hierros y prisiones
 Venían juntos los dos
 En la mula que tomaron
 A aquel preste cazador.
 Al estruendo de las armas
 El Conde se alborotó;
 Mas conociendo á los suyos,
 D'esta manera habló :
 — ¿Dó venis, mis castellanos ?
 Digádesmelo, por Dios :
 ¿Cómo dejais mis castillos
 A peligro de Almanzor ? —
 Allí habló Nuño Lainez :
 — Ibamos, señor, por vos,
 A quedar presos ó muertos,
 O sacaros de prision.

(Romancero general.)

¹ Ann en este romance se conserva la tradición de la costumbre caballeresca que habia, de juramentarse los caballeros para dar cima y cabo á una empresa determinada. Pertenece á la última década del siglo xvi, aunque está reformado según lo hacian Sepúlveda y Timonedá.

700.

AL MISMO ASUNTO.

(Anónimo¹.)

Preso está Fernán Gonzalez,
 El gran conde de Castilla;
 Tiene el rey de Navarra
 Maltratado á maravilla.
 Vino allí un conde normando
 Que pasaba en romería;
 Supo que este hombre famoso
 En cárceles padecía.
 Fué para Castroviejo,

Donde el Conde residia;
 Dádivas daba al alcaide
 Si dejarle ver queria :
 El Alcaide fué contento
 Y las prisiones le abria.
 Mucho los condes hablaron;
 El normando se salia :
 Fué donde estaba el Rey
 Con lo que pensado habia.
 Procuró ver á la Infanta,
 Pues era hermosa y cumplida,
 Animosa y muy discreta,
 De persona muy crecida.
 Tanto procura de verla,
 Que esto le hablara un dia :
 — Dios os lo perdone, Infanta,
 Dios, también Santa Maria,
 Pues por vos se pierde un hombre,
 El mejor que se sabia :
 Por vos se causa gran daño,
 Por vos se pierde Castilla,
 Los moros eñtran en ella
 Por no ver quien la regia,
 Que por veros muere preso;
 Por amor de vos moria ;
 ¡ Mal pagais amor, Infanta,
 A quien tanto en vos confia !
 Si no remediais al Conde
 Seréis muy aborrecida,
 Y si por vos él saliese
 Seréis reina de Castilla. —
 Tan bien le habla el normando,
 Que la Infanta enternecida
 Determina de librallo
 Si por mujer la queria.
 El Conde se lo promete,
 Y á vello la Infanta iba.
 — No temais, dijo, señor,
 Que y'os daré la salida. —
 Y engañando á aquel alcaide,
 Salen los dos de la villa.
 Toda la noche anduvieron
 Hasta que el alba reia.
 Escondidos en un bosque,
 Un arcipreste los via,
 Que venia andando á caza
 Con un azor que traia.
 Amenázalos con muerte,
 Si la Infanta no ofrecia
 De folgar allí con él,
 Sino que al Rey los traeria.
 El Conde, mas cruda muerte
 Quisiera, que lo que oia ;
 Pero la disereta Infanta,
 Dándole esfuerzo, decia :
 — Por vuestra vida, señor,
 Más que esto hacer debria,
 Que no se sabrá esta afrenta
 Ni se dirá en esta vida. —
 Priesa daba el cazador,
 Y amenaza todavía :
 Con grillos estaba el Conde
 Y sin armas se veia ;
 Mas viendo que era forzado,
 Como puede se desvia.
 Apártala el cazador;
 De la mano la traia,
 Y cuando abrazalla quiso
 Ella de él muy fuerte huia :
 Los brazos le ha embarazado,
 Socorro al Conde pedia,
 El cual vino apesurado,
 Aunque correr no podia :
 Quitádole ha al cazador
 Un cuchillo que traia,
 Y con él le diera el pago
 Que su aleve merecia.
 Ayudándole la Infanta,
 Camina todo aquel dia,

Y á la bajada de un puente
Ven muy gran caballería:
Gran miedo tienen en vella,
Porque creen que el Rey la envía.
La Infanta tiembla y se muere,
En el monte se escondía;
Mas el Conde, más mirando,
Daba voces de alegría:
— Salid, salid, Doña Sancha,
Ved el pendon de Castilla,
Mios son los caballeros
Que á mi socorro venían. —
La Infanta con gran placer
A vellos luego salía.
Conocidos de los suyos,
Con alarido venían:
— Castilla, vienen diciendo,
Cumplida es la jura hoy día. —
A los dos besan las manos,
A caballo los subían,
Y así los llevan en salvo
Al condado de Castilla.

(Cancionero de romances.)

† Puede el romance considerarse como de tradición oral, pero reformado en la primera década del siglo XVI.

701.

AL MISMO ASUNTO.

(Anónimo †.)

El buen conde Fernán González
En cruel prisión estaba:
Prendiéralo Don García,
El que en Navarra reinaba.
Prendiólo sobre seguro
En una ermita sagrada,
Y movióse el Rey á hacerlo
Con voluntad muy dañada.
Que le tiene el Rey al Conde
Por las guerras que le daba,
Y porque mató á su padre,
Aquese Don Sancho Abarca.
En un castillo le puso
Con gente que le guardaba,
Donde estuvo muchos días
Con vida muy angustiada.
El Rey tenía una hija,
Doña Sancha se llamaba:
Cuando ella supo que el Conde
Tan triste vida pasaba,
Determinó de irlo á ver,
Pues de su prisión fué causa,
Que el Conde la vino á ver,
Y por mujer la tomara,
Y debajo de este engaño
El Rey en prisión lo echaba.
Fuérase á la fortaleza,
Que nadie la acompañaba,
Do halló muy triste al Conde;
La Infanta lo consolaba,
Diciéndole: — Buen señor,
Aquí estais vos por mi causa:
Mi padre el Rey vos prendió
Sin que vos le debais nada;
Porque teme vuestras guerras,
Con esto se aseguraba.
Mas si vos, Conde, quereis
Darme la vuestra palabra
De me tomar por mujer,
La prisión os será alzada
Sin saberlo el Rey mi padre;
Vuestra persona librada,
Írme he con vos á Castilla,
Do vuestro condado estaba,
Y si esto non faceis,
Aquí será vuestra estada. —
Cuando esto oyera el Conde,

Lo que pidió le otorgaba.
La Infanta sacara al Conde
De la prisión en que estaba,
Sin que persona lo viese,
Porque era muy avisada.
La Infanta toma al buen Conde;
Sobre sus hombros lo echaba,
Porque él no podía andar
Por los hierros que llevaba.
Entraron por un gran monte
Que no lejos de allí estaba,
Entrambos muy fatigados
Del cansancio que llevaban.
Un arcipreste encontraron
Que por allí á caza andaba.
Conocidosos había,
Para ellos se alegaba.
Mucho le rogaba el Conde
A descubrir no los vaya,
Y que le daría en Castilla
La villa que demandara.
El clérigo respondió
Con voluntad muy dañada:
Que si consentía el Conde,
Que durmiese con la Infanta,
Que él les tenía secreto,
Y jamás lo publicara.
Gran enojo cobró el Conde
De aquel que tan mal hablaba,
Y por no poder vengarse
De persona tan malvada.
La Infanta, como discreta,
Muy bien lo disimulaba:
Rogó al Conde haya por bien
De hacer lo que demandaba,
Porque si hacerlo no quiere,
Y al Rey lo manifestaba,
Entrambos recibirían
Muerte mucho deshonrada.
La Infanta partió del Conde;
Dentro en el bosque se entraba;
Con ella va el arcipreste,
Que nada se reclinaba.
Estando juntos los dos,
La Infanta, como esforzada,
Arremetiera con él,
Con los brazos le apretaba.
Dió grandes voces al Conde,
El cual muy presto llegara,
Y con su mismo cuchillo
El Conde allí le mataba,
Y en la mula que él traía
La buena Infanta cabalga:
A las ancas tomó al Conde,
Y á Castilla caminaban.
Siguiendo por su camino,
Muchas gentes divisaban:
Entre ellas viene un gran carro
Que caballos lo tiraban:
Dentro de él no viene gente,
Sino una imagen sagrada,
A semejanza del Conde,
De que él mucho se admiraba.
Conoció el Conde su seña,
De ello gran placer tomaba.
Llegados que fuéron junto,
De esta manera hablaba:
— ¡Bien vengais, mis caballeros!
¡Buena sea vuestra llegada!
Decídmelo, amigos míos,
¿Para qué fué aquesta armada?
Y esta imagen que traeis,
¿Para qué fué edificada? —
Dijeron: — Señor, sabréis
Que con voluntad sobrada
Todos los que aquí venimos,
Nos juntamos en batalla
Debajo de presupuesto,
Tu persona hacer librada,

Y non volver á Castilla,
 O morir en la demanda.
 Y para tomar favor,
 Esta imagen fué ordenada
 Semejante á tu persona,
 Que viva representaba. —
 En mucho lo tuvo el Conde,
 Muy grandes gracias les daba,
 Y con sobrado placer
 D'esta manera hablaba :
 — Veisme aquí do vengo suelto ;
 Veis aquí quien me soltara :
 Sabréis que esta es mi mujer,
 Y por tal yo la tomaba.
 Recebida por señora ;
 Hija es del rey de Navarra. —
 Todos las manos la besan,
 Cumplen lo que el Conde manda,
 Quitáronle las prisiones,
 A Castilla se tornaban,
 Y al celebrar de sus bodas,
 Muchas fiestas ordenaban,
 Do quedaron muy alegres
 El buen Conde y su mesnada.

(SEPÚLVEDA, *Romances nuevamente sacados*, etc.)

¹ Es una de las composiciones anónimas que Sepúlveda admitió en su *Romancero*; pero debe ser casi contemporánea á dicho autor, como puede percibirse por su estilo, y porque parece estar sacada y calcada sobre la crónica.

702.

AL MISMO ASUNTO.

(Anónimo.)

En prision estaba el Conde ;
 Había una noche pasado ;
 Caballeros de Castilla
 En gran consejo han estado,
 Cómo podrian vellelo,
 Pues el rescate es negado.
 Estando confusos todos,
 Un caballero ha hablado,
 Nuño Lainez se llama,
 Bueno es, noble y esforzado.
 — Señores, este decia,
 Un buen caso he yo acordado,
 Que hagamos de una piedra
 De nuestro Conde un retrato :
 Hagámosle juramento,
 Solemnemente tomado,
 Que hasta que por sí huya
 La piedra, puesta en un carro,
 Que no huirá ninguno
 Por las villas ni el campo,
 Ni en manteles comerémos,
 Ni estarémos en poblado,
 Ni vestirémos camisas,
 Sino solo arnes tranzado,
 Hasta ver al Conde libre,
 O morir así en el campo.
 Todos conforman en esto,
 Muchos se han juramentado.
 Hacen la imagen del Conde ;
 Entre todos la han tomado ;
 Todos la acatan y honran
 Como al Conde han respetado.
 Camino van de Navarra,
 Arlanzon luego han pasado ;
 Otro dia á Montes d'Oca,
 Y otro dia á Belforado ;
 Otro dia de mañana
 Al pié de un monte han llegado ;
 Ven en él un caballero
 De los piés aherrojado,
 Y una doncella hermosa
 Que lo traia del brazo ;
 Como cerca d'ellos llegan,

Fué su gozo muy sobrado :
 Conocieron que era el Conde,
 Que la Infanta lo ha librado :
 Aquella que allí venia
 Hija es del rey Don Sancho.
 Con gran fiesta los recogen
 Y á Castilla se han tornado.

(SEPÚLVEDA, *Romances nuevamente sacados*, etc.)

¹ Tambien este romance es anónimo, y está incluído en el *Romancero* de Sepúlveda ; pero su confeccion parece mas antigua que la del anterior.

703.

QUERELLAS ENTRE FERNAN GONZALEZ Y EL REY DE LEON,
 SANCHE I, LLAMADO EL GORDO.

(Anónimo.)

Castellanos y leoneses
 Tienen grandes divisiones.
 El conde Fernan Gonzalez
 Y el buen Rey Don Sancho Ordoñez,
 Sobre el partir de las tierras
 Ahí pasan malas razones :
 Llamábanse hi-de-putas,
 Hijos de padres traidores ;
 Echan mano á las espadas,
 Derriban ricos mantones :
 No les pueden poner treguas
 Cuantos en la corte sone,
 Y pónenselas dos frailes,
 Aquesos benditos monjes,
 Qu'el uno es tio del Rey,
 El otro hermano del Conde.
 Pónenlas por quince dias,
 Que non pueden por mas, no,
 Que se vayan á los prados
 Que dicen de Carrion.
 Si mucho madruga el Rey,
 El Conde non dormia, non ;
 El Conde partió de Búrgos,
 Y el Rey partió de Leon.
 Venido se han á juntar
 Al vado de Carrion,
 Y á la pasada del rio
 Movieron una cuestion :
 Los del Rey que pasarian,
 Y los del Conde que non.
 El Rey, como era risueño,
 La su mula revolvió ;
 El Conde con lozania
 Su caballo arremetió ;
 Con el agua y el arena
 Al buen Rey le salpicó.
 Allí hablara el buen Rey,
 Su gesto muy demudado :
 — Buen conde Fernan Gonzalez,
 Mucho sois desmesurado :
 Si no fuera por las treguas
 Que los monjes nos han dado,
 La cabeza de los hombros
 Ya yo os la hubiera quitado,
 Y con la sangre vertida
 Yo tuñera aqieste vado. —
 El Conde le respondiera,
 Como aquel que era osado :
 — Eso que decis, buen Rey,
 Véolo mal aliñado ;
 Vos venis en gruesa mula,
 Yo en un ligero caballo ;
 Vos traéis sayo de seda,
 Yo traigo un arnes tranzado ;
 Vos traéis alfanje de oro,
 Yo traigo lanza en mi mano ;
 Vos traéis cetro de rey,
 Y yo un venabolo acerado ;
 Vos con guantes olorosos,
 Yo con los de acero claro ;

Vos con la gorra de fiesta,
Yo con un casco afinado;
Vos traéis ciento de mula,
Yo trescientos de á caballo. —
Ellos en aquesto estando,
Los frailes que han allegado:
— ¡Tate, tate, caballeros!
¡Tate, tate, fijosdalgo!
¡Cuán mal cumplistes las treguas
Que nos habiades mandado! —
Allí hablara el buen Rey:
— Yo las cumpliré de grado. —
Pero respondiera el Conde:
— Yo de piés puesto en el campo. —
Cuando vido aquesto el Rey,
No quiso pasar el vado;
Vuélvese para sus tierras;
Malamente va enojado.
Grandes bascas va haciendo,
Reciamente va jurando
Que habia de matar al Conde
Y destruir su condado.
Mandó pues llamar á cortes;
Por los grandes ha enviado:
Todos ellos son venidos,
Y solo el Conde ha faltado.
Mensajero se le hace
A que cumpla su mandado:
El mensajero que fué
D'esta suerte le ha hablado.

(Cancionero de romances.)

¹ El vigoroso y conciso estilo de este romance manifiesta un pensamiento espontáneo, expresado sin pauta ni traba de otro texto. Su rudeza y falta de arte, así como también su ejecución, indican que pertenece primitivamente á una época remota, si bien ha llegado á nosotros con algunas, pero pocas, reformas de lenguaje hechas con posterioridad á su primera redacción.

704.

SANCHO I DE LEON REQUIERE Á FERNAN GONZALEZ,
QUE COMO FEUDATARIO ASISTA Á LAS CORTES.

(Anónimo¹.)

— Buen conde Fernan Gonzalez,
El Rey envía por vos,
Que vayades á las cortes
Que se hacían en Leon;
Que si vos allá vais, Conde,
Daros han buen galardón,
Daros ha á Palenzuela
Y á Palencia la mayor;
Daros ha á las nueve villas,
Con ellas á Carrion;
Daros ha á Torquemada,
La torre de Mormojón;
Daros ha á Tordesillas,
Y á Torre de Labatón,
Y si mas quisierdes, Conde,
Daros han á Carrion.
Buen Conde, si allá non ides,
Daros os han por traidor. —
Allí respondiera el Conde
Y dijera esta razon:
— Mensajero eres, amigo²,
Non mereces culpa, non,
Que yo no he miedo al Rey,
Ni á cuantos con él son.
Villas y castillos tengo,
Todos á mi mandar son,
D'ellos me dejó mi padre,
D'ellos me ganara yo:
Los que me dejó mi padre
Poblélos de ricos hombres,
Los que yo me heube ganado
Poblélos de labradores;
Quien no tenia mas que un bucy,
Dábale otro, que eran dos;

Al que casaba su hija
Dóile yo muy rico don;
Al que faltaban dineros
También se los presto yo:
Cada día que amanece,
Por mi hacen oración;
No la hacían por el Rey,
Que no la merece, non;
El les puso muchos pechos,
Y quitáraselos yo.

(Cancionero de Romances.)

¹ Pueden aplicarse á este romance, continuación del que precede, las observaciones allí hechas. La nota que en el *Romancero Castellano* del señor Depping se le pone, debió hacerse para otro, pues la composición no es de Sepúlveda, ni á ella le convienen sus observaciones. Sin duda este error procede de un descuido en la colocación de la nota, que debió quizá ponerse en el que en dicho Romancero le sigue, y empieza: *El rey Don Sancho Ordoñez*.

² Estos dos versos son todavía proverbiales.

705.

PRESO FERNAN GONZALEZ POR SANCHO I DE LEON, SU ESPOSA DOÑA SANCHA LE LIBERTA, QUEDANDO ELLA EN LA PRISION.

(De Lorenzo de Sepúlveda.)

El rey Don Sancho Ordoñez,
Que en Leon tiene el reinado,
Preso ha á Fernan Gonzalez¹,
El buen conde castellano.
En una torre fué puesto
Con cadenas, á recado,
Que con el Rey no aprovecha
Cosa que le han suplicado
Para que suelten al Conde
De donde está encarcelado.
La Condesa que lo supo
A Leon habia llegado,
Besó las manos al Rey,
Con él está razonando:
— Suplicoos, el Rey mi tío,
Que pues non habeis soltado
A ese Conde mi marido,
Que sea de mi visitado,
Que yo voy en romería
A la casa de Santiago,
Y quiero hablar con él
Para lo hacer consolado:
Serále muy gran consuelo,
Segun está fatigado. —
El Rey con alegre cara
Lo que pidió le ha otorgado.
La Condesa entrara dentro
Do está el Conde prisionado,
Sin que ninguna persona
Consigo hobiese llevado.
Vuelven á cerrar la puerta,
Porque así estaba mandado.
El Conde cuando la vido
Gran consuelo habia cobrado;
Ambos hablan en secreto
Y conciertan en celado.
Parecióle bien al Conde
Lo que su mujer ha hablado;
Y aqueso concierto hecho
Al portero habian llamado,
El cual vino prestamente
A escuras y sin cuidado.
La Condesa le habló,
El Conde estuvo callado,
Con palabras que le dijo
Al portero habia engañado:
La puerta le abriera luego,
El Conde se ha trastocado.
Tornó á cerrar la puerta,
Como le estaba mandado.
La condesa Doña Sancha

En la prision ha quedado,
 El Conde se fué á su gente,
 Como le fuera avisado.
 Los suyos cuando lo vieron
 Gran placer habian tomado;
 Volvieron para Castilla,
 Do el Conde tiene su estado.
 El Rey, cuando hubo sabido
 Aquesto que ya es contado,
 Gran enojo ha recibido
 Porque así fuera engañado.
 La manera que se tuvo
 Para poder ser librado,
 Pues con el Rey no aprovecha
 Lo que tanto le han rogado,
 Fué que con varonil esfuerzo
 La Condesa habia hablado:
 — Quitáos, Conde, esas ropas,
 Las mías habréis tomado,
 Y allá á la media noche
 Estará mas descuidado
 Este portero que os guarda,
 Y en ello no habrá mirado:
 Abiertas que sean las puertas,
 Saldréis muy disimulado;
 Vos le haréis entender
 Que el viaje comenzado
 Que lo quereis acabar
 Y llegar á Santiago,
 Y encaminándolo Dios,
 Buen Conde, seréis librado:
 Iréis para vuestra gente,
 Que fuera os está aguardando.
 Volveros heis á Castilla,
 Do teneis vuestro condado;
 Yo quedaré en la prision,
 D'ella seréis vos librado.
 De qu'aquesto supo el Rey,
 Mostróse muy aplacado;
 Fué donde está la Condesa,
 D'esta manera le ha hablado:
 — Condesa, vos me engañastes,
 De vos he sido burlado;
 Mas tuvisteis gran razon,
 Como mujer de alto estado,
 En librar vuestro marido
 Como vos lo habeis librado.
 Mientras que duraré el mundo
 En vos tomarán dechado
 Las mujeres que vivieren
 De pequeño y grande grado. —
 Respondióle la Condesa:
 — Señor, n'os haya pesado
 De librar á mi marido,
 Que yo lo hube ordenado,
 Que por librar tal persona
 A mas qu'esto era obligado. —
 El Rey la recibió bien,
 De la prision la ha sacado,
 Envióla honradamente:
 A Castilla la ha enviado;
 Muy honradamente va,
 Como conviene á su estado.
 Halló allá á su marido,
 Por ella muy deseado;
 Con gran placer se reciben,
 Que ambos se han mucho amado.

(SEPÉLVEDA, *Romances nuevamente sacados*, etc.)

¹ Era la suerte de este Conde el ser preso siempre por sorpresa, y libertado por su esposa. Hé aquí la segunda vez en que se repite lo mismo. (Véase la nota del número 706.)

706.

AL MISMO ASUNTO.

(Anónimo¹.)

Preso está Fernan Gonzalez,
 El buen conde castellano;

T. X.

Prendióle Don Sancho Ordoñez,
 Porque está dél airado.
 En una torre en Leon
 Lo tiene á muy buen recaudo.
 Rogaban al Rey por él
 Muchas personas de estado,
 Y tambien por él rogaba
 Ese monje Don Pelayo:
 Mas el Rey, con grande enojo,
 Nunca ha querido soltallo.
 Sabiéndolo la Condesa,
 Determina de librallo:
 Cabalgando en una mula,
 Como siempre lo habia usado,
 Consigo lleva dos dueñas,
 Dos escuderos ancianos.
 Y llevan en su reguarda
 Los trescientos hijosdalgo
 Armados de todas armas,
 Cada cual en buen caballo.
 Todos llevan hecho voto
 De morir en demandallo,
 Y de no volver á Búrgos
 Hasta morir ó librallo.
 Caminan para Leon
 Contino por despoblado:
 Muy cerca de la ciudad
 En un monte se han entrado.
 La Condesa, como sabia,
 Mandó ensillar un caballo,
 Y mandóle á un escudero
 Que al Conde quede aguardando,
 Para que en siendo salido,
 Se lo dé, y se ponga en salvo.
 La Condesa con las dueñas
 En la ciudad se ha entrado:
 Tal como viene de camino
 Vase derecho á palacio.
 Así como el Rey la vido,
 A ella se ha levantado.
 — ¿Adónde bueno, Condesa?
 — Señor, voy á Santiago,
 Y vineme por aquí
 Para besaros la mano.
 Suplicoos me deis licencia
 Que pueda al Conde hablallo.
 — Pláceme, dijera el Rey,
 Pláceme de muy buen grado. —
 Lévanla luego á la torre
 Do está el Conde aprisionado:
 Por amor de la Condesa
 Las prisiones le han quitado.
 Pasada la media noche,
 La Condesa le ha hablado:
 Levantáos luego, señor,
 No es tiempo de estar echado:
 Vestios estas mis ropas,
 Tocaros heis mi tocado,
 Y junto con esas dueñas
 Os salid acompañado,
 Y en saliendo, que salgais,
 Hallaréis vuestro caballo,
 Y iros heis para el monte,
 Do está la gente aguardando,
 Que yo me quedaré aquí
 Hasta ver vuestro mandado. —
 Al Conde le pareció
 Qu'era bien aconsejado.
 Vistese las ropas d'ella;
 Largas tocas se ha tocado.
 Las dueñas son avisadas,
 A las guardas han llamado;
 Las guardas están prestas,
 Quitan de presto el candado;
 Salen las dueñas, y el Conde;
 Nadie no las ha mirado.
 Dijo una dueña, á las guardas
 Que la andaban rodeando:
 — Por tener larga jornada

Hemos madrugado tanto.—
 Y así se partieron d'ellas
 Sin sospecha ni cuidado.
 Luego que fuera salieron,
 Halló el Conde su caballo,
 El cual tomó su camino
 Para el monte señalado.
 Las dueñas y el escudero
 Hasta el día han aguardado :
 Subídose han á la torre
 Do la Condesa ha quedado.
 Los guardas, como las vieron,
 Mucho se han maravillado.
 — Decí, ¿ á qué volveis, señoras ?
 ¿ Háse acá algo olvidado ?
 — Abri, veréis lo que queda,
 Porque llevemos recaudo. —
 Como los guardas abrieron,
 A la Condesa han hallado.
 — Id, decid al señor Rey,
 Que aquí estoy á su mandado,
 Que haga en mí la injuria,
 Que el Conde está ya librado.
 Como aquesto supo el Rey,
 Hallóse muy espantado :
 Tuvo en mucho á la Condesa
 Saber hacer tal engaño ;
 Luego la mandó sacar,
 Y dalle todo recaudo,
 Enviándosela al Conde :
 Muchos la han acompañado.
 El Conde, desque la vido,
 Holgóse en extremo grado,
 Y envió á decir al Rey,
 Que pues tan mal lo ha mirado ²,
 Que le mandase pagar
 Lo del azor y el caballo,
 Si no que lo pediría
 Con el espada en la mano.
 Todo por el Rey sabido,
 Y su consejo tomado,
 Sumaba tanto la paga,
 Que no pudo numerallo.
 Así que, todo bien visto,
 Fué por el Rey acordado
 De le soltar el tributo
 Qu'el Conde le era obligado
 Lo cual, por el Conde oído,
 Con gran plácer lo ha otorgado ;
 Y así, de aquesta manera
 A Castilla ha libertado.

(*Cancionero de romances*, edición de 1370.— It. TIMONEDA, *Rosa española*.— It. WOLF, *Rosa de romances*.)

¹ Este romance es uno de los reimpressos por el señor Wolf, de la *Rosa española* de Timoneda, cuyo texto adopta, sacando empero las variantes que tiene el del *Cancionero de romances* de 1370. No insertando nosotros estas, hemos preferido la lección del segundo texto por parecernos mas genuina respecto al romance popular, el cual sin duda trató de enmendar Timoneda, resultando de esto las variantes que se notan. Debe ademas advertirse que la prision de que habla este romance no es la misma que aquella de que trata el del número 700. En el número 700 se trata de la que sufrió en Navarra, por orden del rey Don García; y en el que ahora insertamos, y el que le precede, es Don Sancho I de Leon el que le tiene apisionado.

² Aquí la expresion de haberlo *mal mirado*, no se refiere al hecho de haber devuelto el Rey la Condesa á su esposo el Conde, sino al atropello que este cometió, prendiéndole contra el seguro que le habia dado para que se presentase en la corte.

Nombrado Fernan Gonzalez,
 Con Almanzor, rey pagano.
 Tres dias ha que pelean
 Con sus gentes en el campo ;
 Muchos matan de los moros
 Aquesos pocos cristianos.
 Los moros, como son muchos,
 Al Conde tienen cercado ;
 El Conde con gran dolor
 A Dios estaba llamando,
 Los ojos altos al cielo,
 Estas palabras hablando :
 — ; Oh Señor de cielo y tierra !
 A vos estoy yo clamando,
 Ruégovos no consintais
 Que se pierda este condado,
 Que vos me disteis en guarda
 Libraldo con vuestra mano,
 Que si Castilla se pierde
 Morir quiero, y no ser salvo.
 Entraré por la batalla,
 Moriré como esforzado,
 Que non quiero yo vivir
 Por ser tan crecido el daño.
 Si los moros no me matan,
 Matarme he yo con mi mano ;
 Dadme vos, Señor, ventura
 De vencer la lid, entrando.
 Pues que vos me prometisteis
 Que de vos seria ayudado,
 Cumplidme vuestra promesa,
 Cual yo cumpli el vuestro mando.
 ; Oh Señor ! non fallezcáis
 A aqueste vuestro vasallo,
 Que si pecados yo hice,
 Y de mi sois despagado,
 Librad esta tierra vos,
 Y de mí os haced vengado,
 Que yo quiero ser el muerto,
 No muera tanto cristiano. —
 Diciendo aquestas razones,
 Firiendo iba y matando ;
 El campo deja cubierto
 De los moros que ha matado.
 Una voz oyó del cielo :
 Por su nombre lo ha llamado ;
 Dijole : — Fernan Gonzalez,
 Gran ayuda es de tu bando ;
 Acorro te viene grande,
 Dios del cielo lo ha enviado.
 Alzara el Conde los ojos
 Por ver quien lo habia llamado ;
 Vido á Santiago, el Apóstol,
 Que junto á él ha llegado ;
 Gran gente de caballeros
 Lo vienen acompañando,
 Ricas armas traen vestidas,
 Cruces grandes en su lado.
 Las haces tienen paradas
 Contra Almanzor y su bando.
 Almanzor con los sus moros
 De lo ver se han espantado ;
 Dijeron : — ; Dó vino al Conde
 Esta gente que ha llegado,
 Cuando ya estaban vencidos
 El, y todos los cristianos ? —
 El Conde y sus caballeros
 Gran esfuerzo habian tomado :
 Fieren de recio en los moros,
 Del campo los han lanzado ;
 Tantos quedan d'ellos muertos,
 Que queda cubierto el campo :
 Siguiéronlos hasta Almansa,
 Donde se acabó el estrago.

(SEPÚLVEDA, *Romances nuevamente sacados, etc.*)

707.

FERNAN GONZALEZ, CON AYUDA DEL APÓSTOL SANTIAGO,
 VENCE EN BATALLA Á LOS MOROS.

(De Lorenzo de Sepúlveda.)

En muy sangrienta batalla
 Anda el conde castellano

708.

CASO PRODIGIOSO ACAECIDO AL PRINCIPIAR LA BATALLA DE ARLANZA, QUE FERNAN GONZALEZ GANÓ Á LOS MOROS.

(Anónimo¹.)

El Conde Fernan Gonzalez,
 Qué tiene en Búrgos su campo,
 Con los nobles de Castilla
 Va contra Almanzor marchando,
 Y en las riberas de Arlanza,
 A vista de los contrarios,
 Ordenó el Conde los suyos,
 Ménos, y mas esforzados;
 Mas la fuerza del vencer,
 Recibe maduros casos,
 Del gobierno el capitan,
 Del capitan los soldados.
 Antes de la escaramuza
 Contra el sarraceno bando,
 Solo un castellano, solo,
 Picó atrevido un caballo,
 Y apénas de las dos huestes
 Al medio llegaba, cuando
 Súbito se abrió la tierra
 Hasta su centro mas bajo,
 Y en sus entrañas envuelto
 El misero, y sepultado
 Cerró la tierra, y dejó
 Nuevo cuento al mundo vario.
 Del nunca visto suceso
 Temerosos y espantados,
 Dejaban el campo libre
 Y vitorioso al pagano;
 Mas el valeroso Conde,
 Con grave y feroz aplauso,
 Levantó en medio de todos
 La espada, la voz y el brazo:
 — ¡Oh mis fidalgos de Búrgos!
 Arredráos, castellanos,
 Non volvades las espaldas,
 Que non serédes fidalgos,
 Ni enlodeis en solo un día,
 Por un pavorido espanto,
 Las fazañas que conmigo
 Hobistes en luengos años.
 Parad mientes en mis voces,
 Dejad solaces humanos,
 Que asaz en breve fallecen,
 La fama non, non, notaldo.
 Yo no me muestro afligido,
 ¿Para qué temedes tanto?
 Que aunque non venides muchos,
 Sois pocos, y bien guisados.
 Si uno se tragó la tierra
 En su asiento firme y ancho,
 Solo un home de nosotros
 Mal podrá sustentar tantos.
 Aquel estaba de mas,
 Nosotros asaz sobramos:
 Acometed de consuno,
 Non estedes empachados,
 Que vos afirmo que basta,
 Y por mi sentido fablo,
 Contra mil forzados moros
 Un corazon castellano.
 Pinchad, pinchad los trotones
 Non fuyades, mis fidalgos,
 Que facer alevosia
 Non es de buenos vasallos.—
 Esto dice, y arremeten
 Con tal furia á los contrarios,
 Que de innumerables moros
 Vencieron la hueste y campo.

(Romancero general.)

709.

AL MISMO ASUNTO.

(De Juan de la Cueva¹.)

Jurado tiene á Mahoma
 El fiero moro Almanzor,
 Que ha de entrarse por Castilla
 Y verse d'ella señor
 A pesar de los cristianos,
 Y de su gran defensor
 El conde Fernan Gonzalez,
 Vitorioso guerreador.
 Para esto se apercibe,
 Y viene lleno de ardor,
 Y entra en Castilla mostrando
 Su potencia y su valor,
 El soberbio y fiero intento
 De su bárbaro furor,
 Destruyendo á fuego y sangre,
 Sin respeto ni temor,
 Cuanto cogia delante,
 Juzgándose vencedor,
 Dando con horribles muertes,
 A todos, crudo terror.
 Al conde Fernan Gonzalez,
 Llegó el misero clamor
 De los tristes oprimidos;
 Y movido á ira y dolor
 Se pone luego en camino,
 Y á resistirlo salió
 Con la mas gente que pudo,
 Y aderezada mejor.
 Pónese á vista del moro,
 Y el moro lo recibió
 Con levantada algazara,
 Con gran grita y gran rumor.
 Présentale la batalla,
 Y el Conde se la acetó:
 Pone su gente en concierto,
 Y adereza su escuadron,
 Y estándolo aderezando
 Un caso le sucedió,
 Que visto de entrambos campos,
 A todos puso temor;
 Y fué, que estando en el punto
 De arremeter á Almanzor,
 Un caballero del Conde,
 Entendiendo ser razon,
 Arremetió su caballo,
 Y al punto que arremetió
 Dividiéndose la tierra
 En su seno le escondió,
 Sin que pareciese mas;
 Luego á juntarse volvió.
 Viendo aquesto unos y otros
 Les alteró y causó horror,
 Y mas á los castellanos;
 Mas el Conde que los vió
 Que á desmayar comenzaban,
 Así en alta voz habló:
 — ¡Amigos míos, qué es esto?
 ¿Qué os quita vuestro valor?
 ¿De ver que á Pero Gonzalez
 La tierra así lo tragó
 Os acobarda á vosotros!
 ¿En qué fundais tal error?
 ¿No entendeis qu'este es prodigio
 Que nuestro Dios envió
 Para darnos á entender
 Que el moro competidor
 No nos podrá resistir
 Ni aguardar nuestro furor?
 Pues non nos sufre la tierra,
 Ménos lo hará Almanzor;
 Aunque trae para un cristiano
 Cien moros, así es mejor;
 Que á mas moros mas ganancia,
 Para el campo vencedor.

¹ El autor ó inventor de esta tradicion tendria presente la historia romana, para atribuir á la nuestra sucesos milagrosos muy semejantes.

¡Ea, leones de España,
 En quien no cupo temor!
 Seguidme todos : á ellos,
 A ellos, que pocos son.
 ¡Ea, hijos, ea, amigos,
 Invocad vuestro patron!
 ¡Santiago, Santiago, á ellos!
 ¡Santiago, ayudadnos!—
 Esto diciendo, se arroja
 En el contrario escuadron :
 Siguenle los caballeros
 Con no ménos corazon ;
 Trábase de entrambas partes
 Una sangrienta quistion,
 Mezclados unos y otros
 En saña, en ira y ardor.
 Los cristianos animosos
 Usando de su valor,
 Deshacian la potencia
 Del bárbaro guerrador,
 Matándole tantos moros,
 Que como apocar los vió,
 Se comenzó á retirar,
 Y el Conde, que lo entendió,
 Apretóle con mas fuerza,
 Con mas coraje y furor,
 Que le forzó á que volviese
 Huyendo, el rey Almanzor,
 Dejando cubierto el campo
 De muertos, y rojo humor,
 De los suyos, y esto hecho,
 El valeroso español,
 Volvió rico y vitorioso
 Del bárbaro, vencedor.

(CUEVA, *Coro Febo*, etc.)

⁴ En este romance, y el que le sigue, puede verse cómo se desviaban los poetas de las últimas décadas del siglo XVI, del tono sencillo, aunque rudo, de los romances viejos, desfigurándolos con estilo hinchado, aunque coordinando mejor las ideas y pensamientos.

710.

AL MISMO ASUNTO.

(De *Grabiél Lobo Laso de la Vega* ⁴.)

Contra las copiosas haces,
 Que las banderas moriscas
 Siguen del rey Almanzor,
 Fernan Gonzalez camina,
 A quien hizo su valor
 Conde y señor de Castilla.
 Limitadas fuerzas trae
 Con las que Almanzor traia,
 Con que á darle la batalla
 El Conde se determina,
 Fiado en lo que le dijo
 El santo monje en la ermita ²,
 Aunque esta resolucion
 Fué de algunos defendida,
 Contra lo cual el buen Conde
 Su gente exhorta y anima.
 Mas haciendo un caballero
 Tanto caso de la vida,
 Del cual, por ser español,
 El nombre no es bien se diga ;
 Que olvidado del honor,
 Y pensando conseguirla,
 Teniendo de los cristianos
 Aquel por último dia ;
 Cuyo moderado campo,
 No otra cosa prometia :
 Guiando al de los contrarios,
 Del cristiano se salia,
 El caballo fatigando
 Porque nadie se lo impida,
 Que con presurosos piés,
 El hijo suelo batia,
 En el qual se abrió una boca,

Y de ambos campos á vista
 Hombre y caballo abscondido,
 De admiracion cosa digna ;
 Que el fogoso boqueron
 De Roma, con tanta prisa,
 No trágó al armado Curcio,
 Ni se cerró mas aina.
 Los castellanos al verlo
 Un tanto se atemorizan,
 Y con ánimos suspensos
 De nuevo se comunican
 Si el dar á Almanzor batalla
 Era cosa que cumpliera.
 Mas el valeroso Conde
 Viendo la gente remisa,
 Y que el temor de uno en otro
 Por puntos se multiplica,
 Antes que el campo cundiese
 Aquella peste nociva,
 Salta en un rucio caballo,
 Y por todo discurria,
 Diciendo :— Quien dar quisiere
 A la fama que del diga
 Mientras el mundo durare,
 Su suerte y mis pasos siga ;
 Y el que á aquesto no aspirare
 Póngase luego en huida,
 Que quiero saber de quién
 Se puede fiar Castilla,
 Y entre pocos y animosos
 Partir esta presa rica,
 Que aquestos hacen la guerra,
 No la canalla infinita.
 Lévense solos la gloria
 De la victoria adquirida :
 No entre á la parte el cobarde
 Pues ninguna le es debida.—
 Calóse de la celada
 Con esto el Conde la vista,
 Y al caballo pone piernas
 Blandiendo una lanza lisa,
 A cuya voz, y á la seña
 De la última arremetida,
 Parte la gente exhortada,
 Y tal fué la arremetida
 Que con victoriosas diestras
 Triunfó de Almanzor Castilla.

(LOBO LASO DE LA VEGA, *Romancero y tragedias de*.)

¹ Véase la nota del anterior, advirtiendo que el autor de este romance es mas correcto y ménos pedante que Juan de la Cueva.

² Véase el romance núm 695.

711.

MIENTRAS FERNAN ANTOLINEZ ESTÁ OYENDO MISAS, UN ÁNGEL TOMANDO SU FIGURA PELEA EN LA BATALLA, SALVANDO ASÍ EL HONOR DEL DEVOTO CABALLERO.

(De *Lorenzo de Sepúlveda*.)

Sant Estévan de Gormaz,
 Fuerte eres y torreado,
 Ganarate de los moros
 El buen conde castellano
 Nombrado Garcí Fernandez,
 El valiente y esforzado.
 Batalla tiene aplazada
 Con esos moros paganos :
 Antes de salir á ella
 Oyen misa los cristianos.
 En la compañía del Conde
 Estaba un hidalgo bonrado,
 Fernan Antolínez le llaman,
 De Dios es muy abogado,
 El cual tiene por costumbre,
 En devocion inflamado,
 De oír todas las misas
 Que se dicen en sagrado,
 Y no salir de la iglesia

Hasta se haber acabado.
 El Conde, que oyó una misa,
 Luego se saliera al campo :
 Al vado del Cascajal
 Los moros pierden el campo.
 Su escudero de Antolínez
 De su amo ha murmurado,
 Diciendo qu'él con cobardía
 No osa salir al campo,
 Y que no era devoción
 La que muestra y ha mostrado.
 Mas viendo su corazón,
 Dios por él hizo milagro :
 Por quitarlo de vergüenza,
 Nunca ménos fuera echado.
 Peleó valientemente.
 En los moros hizo estrago
 Un hombre, que á él parecia
 En las armas y caballo,
 Y al moro, que trae la seña,
 Muerto le habie y derribado.
 En todos los caballeros
 Ninguno es mas señalado ;
 De su bondad hablan todos,
 De todos era estimado ;
 Con la sangre de los moros
 El campo deja bañado.
 Acabadas son las misas,
 Vencidos son los paganos ;
 Metidose está en la iglesia
 Antolin, de avergonzado,
 Porque todos le tendrían
 Por cobarde acobardado.
 Dios, que vió su voluntad,
 De vergüenza lo ha librado.
 En su respunte y loriga,
 De que su cuerpo era armado,
 Y el caballo en que cabalga
 Las heridas se han mostrado,
 Que dieran al que por él
 Ha andado peleando.
 Por él preguntaba el Conde,
 Todos lo andan buscando ;
 En el campo no parece,
 En la iglesia fuera hallado.
 El Conde que hobo sabido,
 Todo lo que ha pasado,
 Alabara á Dios del cielo,
 Loores le estaba dando :
 Porque enviara su ángel
 A lidiar por su abogado.

(SÉPÚLYEDA, Romances nuevamente sacados etc.)

712.

EL CABALLO Y EL AZOR, Y LIBERTAD DEL FEUDO
 DE CASTILLA, POR FERNAN GONZALEZ.

(Anónimo.)

En los reinos de Leon
 Don Sancho el Gordo reinaba :
 Al conde Fernan Gonzalez
 Mensajeros le enviaba
 Que luego venga á sus cortes,
 Que en Leon las celebraba.
 El Conde cumpliera luego
 Lo que el Rey así mandaba,
 Diciendo : — Gran Rey del cielo,
 Gran Señor, á ti rogaba
 Que me quieras ayudar,
 Y el favor te demandaba
 De que saques á Castilla
 De la gran premia en que estaba,
 Y que en ella otro no mande,
 Sino yo, que la amparaba.—
 El Rey que supo que el Conde
 A sus cortes ya llegaba,
 Salieralo á recibir

Como á persona estimada.
 Un azor el Conde lleva
 Que de muda lo sacaba,
 Y un caballo muy hermoso,
 Que al moro Almanzor ganara.
 D'ello se pagaba el Rey,
 Al Conde lo demandaba ;
 El Conde lo da de balde,
 No el Rey lo quiere sin paga.
 Gran haber por ello ofrece
 Si el Conde se lo fiaba :
 Pusieron entre sí el plazo
 En que el Rey haría la paga,
 Y si al plazo no pagase
 La moneda se doblaba.
 Acabadas ya las cortes,
 El buen Conde se tornaba.
 Siete años son pasados
 Que el rey Don Sancho reinaba ;
 Cartas enviara al Conde
 En que en ellas le mandaba
 Que ¿ por qué venir á cortes
 Tanto tiempo dilataba ?
 Que si venir no queria
 Y á obedescer se negaba,
 Que dejase su condado,
 Y que luego dél se salga.
 El Conde que oyó el mensaje
 Cumplió luego la embajada.
 Llegado era va á Leon,
 Adonde Don Sancho estaba ;
 Ante el Rey se hincó de hinojos,
 Las manos le demandaba ;
 El Rey no las quiso dar,
 Léjos de sí lo arretraba,
 Diciendo : — Quitádvos, Conde,
 Que no quiero vuestra fábla,
 Porque estais vos muy lozano
 Por vencer tantas batallas.
 Dos años ha que á mis cortes
 No vais, aunque os llamaba :
 Con mi condado os alzasteis,
 Que yo á vos lo diera en guarda,
 Otros tuertos me fecisteis
 De que yo agora habré paga.—
 El Conde dijo : — Señor,
 Con la tierra no me alzaba,
 Ni vengo de tal lugar,
 Ni linaje que lo obrara,
 Que en lealtad y mañas buenas
 Por muy bueno me contaba,
 Y por tan buen caballero
 Como el mejor que se halla.
 Otra vez vine á Leon
 Do la vuestra corte estaba,
 Y de vuestros leoneses
 Gran deshonra yo cobraba,
 Y esta fué la causa, el Rey,
 Que á ellas no continuaba ;
 Y si me alzo con la tierra
 Yo tengo razon y causa,
 Ca me tenedes robado
 Gran haber y gran ganancia.
 Tres años ha lo debeis,
 Y á mí no se me pagaba :
 Dadme, Rey, vos, liadores
 Que á mí me será pagada ;
 Yo dárvoslos he tambien
 De pagar si en algo erraba.—
 El Rey recibiera enojo
 D'esto qu'el Conde hablaba ;
 Echóle en fuertes prisiones,
 Mas su mujer lo sacaba.
 El Conde sacó sus gentes,
 La tierra del Rey estraga,
 Prendiérale muchos hombres
 Muchos ganados llevaba :
 Hasta que le dé su haber
 Mal al Rey amenazaba.

El Rey dió de sus haberes,
Y á un hombre le mandaba
Que luego le pague al Conde
Lo que á pagar se obligara:
El hombre fué para el Conde,
Y el haber luego le daba;
Pero no basta á pagallo
Porque muy mucho sumaba.
El Rey de muy congojado
Con los suyos acordaba
Que libre le dé el condado
Si el haber le perdonaba.
El Conde lo hubo por bien
Porque mucho le pesaba
De besar mano á ninguno,
Y á Dios muchas gracias daba
Por sacar de subjeccion
De Leon, á Castilla honrada.

(SEPÚLVEDA, *Romances nuevamente sacados*, etc.)

715.

GARCÍ-FERNÁNDEZ VENGA EL ADULTERIO DE SU PRIMERA
MUJER.

(Anónimo 1.)

Castilla estaba muy triste,
Crecidos llantos hacia
Porque es muerto Hernán González
El que bien la defendía.
Su hijo hobo su estado,
Ese conde Don García,
Fernández por sobrenombre,
¡Bien al padre parecía!
Gran caballero es de cuerpo,
Cuerto, apuesto á maravilla,
Las manos ha como nieve
Cuando del cielo caía;
Cubiertas las trae con luas
Porque amor nadie le pida.
En Francia casó el buen Conde
Con esa Doña Argentina,
Que pasaba por su tierra
A Santiago en romería.
Seis años vivió con ella,
No hubieron hijo ni hija:
El Conde está muy doliente,
Temió de perder la vida.
La Condesa como mala
Muy gran traicion le hacia:
Fuése á Francia con un conde
Que á visitarla venía.
El conde Garcí Fernández
Gran enojo recebia,
Y sano de su dolencia
A los suyos les decia
Que por cumplir la promesa
Que por su salud hacia,
Se iba á Rocamador
Con dones en romería.
Metióse por el camino,
Un escudero en su guía;
Ambos van desconocidos,
Pobres vestidos vestían:
Llegados son donde estaban
Los que han hecho alevostá.
El Conde Garcí Fernández
Con gran prudencia inquiría
Toda la vida del Conde,
Y supo que había una hija,
Que se nombra Doña Sancha,
Muy hermosa en demasía.
Garcí Fernández, discreto,
Cuidó que le convenia
Conversar luego con ella
De cualquier manera ó guisa.
Muy mal quiere Doña Sancha
A aquesto Doña Argentina;

Con su padre la revuelve,
No puede sufrir tal vida.
Buscando andaba algun modo
Cómo huya tal fatiga.
Habló con una doncella,
Y en secreto la decia:
—Amiga, sepas que yo
Sufrir esto no podía:
¡Has visto tú ya los pobres,
Que dan racion cada día
A la puerta de mi padre?
Pues mira con maestria
Si hay en ellos hijodalgo,
Que allí la limosna pida,
Que sea fermoso, apuesto,
Y á mi lo trae; que cumplia,
Porque quiero hablar con él,
Que mucho á mi convenia.—
La doncella, qu'es discreta,
Por la obra lo ponía:
Fuése un día do los pobres
Recebían la comida,
Y entre ellos vió estar al Conde,
Al buen conde de Castilla,
Que está pobre y mal vestido;
Mas muy bien le parecia.
Vido que era muy hermoso,
Grande, apuesto en demasía,
Vió las manos hermosas,
Qu'el buen Conde descubria.
Cuidaba en su corazon,
Qu'era hombre de valia:
Apartáralo de todos,
Y conjurádolo habia
Que dijese si era hidalgo,
Que d'ello gran bien ternia.
Dijo el Conde que lo era,
Mas que el señor que tenia.
La doncella paró mientes
A esto que respondia:
—Aguárdame aquí, señor,
Yo verné por vos aina.—
Fuése para su señora;
Lo pasado le decia.
Por mando de Doña Sancha
Vino antella Don García;
Ella le dijera al Conde:
—Yo os ruego por cortesia
Me digais por cual razon
Vos sois de mas hidalgia,
Que no el señor d'esta tierra,
Que yo por padre tenia.—
Respondió el Conde diciendo:
—En vuestro poder yacia,
En vuestra mano es mi muerte,
Dármela podeis, ó vida.
Si quereis saber de mí,
A vos me descubriria;
Prometedme en puridad
Que de vos no se sabria.—
Jurábale Doña Sancha,
Que no lo descubriria.
El Conde dijo:—Señora,
Verdad digo y no mentira,
Yo soy Don Garcí Fernández,
Ese conde de Castilla:
Vuestro padre que aquí está
A mi gran maldad hacia:
Trujérame mi mujer
Con quien casado yo habia:
Aqui la tiene consigo,
Gran pesar á mi venia,
Y con crecida vergüenza
Prometido yo tenia
De no volver á mi tierra
Hasta quitarles la vida;
Y por cumplir mi promesa
Este mal traje traia,
Porque á mi nadie conozca

Ni mi venganza se impida.—

A Doña Sancha le plugo
De lo qu'el Conde decia,
Porque hallaba camino
Que gran bien se le seguia.
Dijole al Conde :—Señor,
Quien á vos os diese hoy dia
Carrera para hacer
Lo que á mi dicho se habia,
¿Qué le daréis vos por ello,
O qué galardón habria?—
Luego el Conde respondió :
—Con vos yo me casaria,
Llevariaos yo conmigo
A mi estado de Castilla :
Seréis condesa y señora
De la tierra que tenia.
Ella le dijo que cedo
Gran venganza tomaria.
Escondiéralo en secreto
Adonde entrambos dormian.
Desde á la tercera noche
Doña Sancha usó maestría ;
Al conde Garcí Fernandez
Un lorigon le ponía,
Y un cuchillo en la su mano
Bajo el lecho lo metía
Do su padre y su mujer
Tenian la su dormida.
Mandóle que esté seguro,
Y una cuerda al pié le asia
Porque cuando se durmiesen
Los que tan mal le ofendian,
Doña Sancha le tirase,
Y saliendo Don García,
A mansalva y de seguro
A entrambos los mataria.
Aqueste concierto fecho,
El Conde con la su amiga
Echados son en la cama,
Y debajo Don García.
Luego se habían dormido ;
Doña Sancha que lo via
Tira luego de la cuerda,
El Conde presto salía :
Degollólos á ambos juntos ;
Ambas cabezas les quita.
Con ellas y su mujer
Para Castilla volvia.
Despues que fuera llegado
Sus gentes juntar hacia ;
Contóles lo acaecido,
Que cosa non fallecia.
Dijo el Conde á sus vasallos :
—Amigos, de aqueste dia
Soy yo el vuestro señor,
Pues que vengado me habia,
Que estando tan deshonrado
Vasallos no merecia.—
Casóse con Doña Sancha²,
Alegre vida hacian ;
Naciera d'ellos Don Sancho
Que sucediera en Castilla.

(SEPÚLVEDA, *Romances nuevamente sacados*, etc.)

¹ El héroe del romance es el hijo de Fernán González. Si examinamos detenidamente la composición, se verá cuánto dista en sus formas y pensamientos de los verdaderos romances de origen castellano. Podría pues creerse que la tradición que le sirvió de asunto es puramente caballeresca, nacida en Francia, y luego adoptada por nosotros para aplicarla á un héroe castellano. Si además examinamos el lenguaje, el giro y la manera con que está hecha y contada esta historieta, creemos poderla atribuir á mediados del siglo xv; y si así fuese, Sepúlveda no hizo otra cosa que imprimirla y acaso reformarla un tanto.

² El hecho inmoral, y el parricidio provocado por esta Doña Sancha, hace muy verosímil el papel que representa en el romance que sigue, donde se la ve que no escrupuliza envenenar á su propio hijo Don Sancho, por entregarse á los amores de un moro.

714.

LA CONDESA DE CASTILLA INTENTA ENVENENAR Á SU HIJO
SANCHO GARCÍA.

(Anónimo¹.)

Conde era de Castilla
Don Sancho el muy esforzado :
Hijo es de Garcí Fernandez,
Que ántes dél tuvó el condado :
Nieto es de Fernán Gonzalez,
Que á Castilla ha libertado
De los reyes de Leon,
De quien solia ser mandado.
Viuda estaba la Condesa
Madre del conde Don Sancho,
Quien por casar con un moro,
Gran traición habia pensado :
Matar al Conde su hijo,
Con yerbas, tiene acordado.
Y despues de muerto el Conde,
Luego ella habria el condado ;
Y siendo señora dél
Al moro sería entregado,
Y el moro sería señor
De condado tan honrado.
Tomó yerbas la Condesa ;
Ya las está destemplando,
Para darlas á beber
A aqueste conde Don Sancho.
De las yerbas no podia
Hacerse el Conde librado :
No quiso Dios se cumpliese
Lo que ella tiene acordado,
Que una criada suya
A quien le fué revelado,
Descubrió todo el secreto,
Y al Conde hizo avisado.
Cuando vino la Condesa
A obrar tan gran pecado,
Dió las yerbas á su hijo
En el vino destemplado.
Rogaba al Conde bebiese
Del vino, que es afamado ;
Mas él no lo quiso haçer,
Y á su madre habia rogado
Que d'ello primero beba,
Y el hará luego su mando.
Rehúsalo la Condesa ;
Su traición disimulando,
Respondió no tener gana,
Que la sed se le ha quitado.
Mucho la importunó el Conde
En ello haga su grado,
Y que del vino bebiese
La estaba importunando ;
Pero no aprovecha cosa,
Que siempre lo habia excusado.
El Conde le hizo por fuerza
Beber el vino herbolado :
Luego que le hubo bebido
Muerta en el suelo ha quedado.
De allí quedó en Castilla,
Y se habia acostumbrado,
Beber mujeres primero,
Y luego los allegados.

(SEPÚLVEDA, *Romances nuevamente sacados*, etc.)

¹ Del asunto hizo Cienfuegos su tragedia de *Doña Sancha de Castilla*, en la cual respira el mas noble patriotismo, y está llena de lances y escenas muy interesantes y sublimes, que retratan el noble y altivo carácter castellano.
(Véase la nota 2 del romance anterior.)

715.

AL MISMO ASUNTO.

(De Juan de la Cueva.)

Al conde Sancho Fernandez
Su madre le arma traición,

Y le procura la muerte,
 Contra fe, ley y razon,
 Por casarse con un moro,
 A quien le tomó aficion,
 De cuyo amor ciega y presa,
 Sujeta á su indiscrecion
 A su immoderada furia,
 A su sensual pasion,
 Sin poner nada delante
 Y por cumplir su intencion,
 Le mandó á Castilla en dote,
 Y el condado de Aragon.
 Resoluto en este intento
 Su obstinado corazon,
 Andaba inquiriendo medios,
 Solicitando ocasion
 De dar la muerte á su hijo,
 Y alcanzar su pretension:
 Y para que venga á efecto,
 Tal remedio apercibió:
 Que al vino mezclen veneno,
 Y aquesto comunicó
 Con una criada suya,
 Que para el hecho eligió,
 Por mas sagaz y fiel
 Para tal conjuracion.
 La criada, habiendo oido
 Tan gran determinacion,
 Tan horrible y fiero intento,
 Temió la administracion;
 Y así, temiendo y dudando,
 Puesta en grave confusion,
 Andaba fuera de sí
 En esta imaginacion,
 Confiando y revolviendo
 Mil cosas, en tal sazón,
 Que todas le traen cuidosa
 Temiendo su perdicion.
 Viéndose en aquesta duda,
 Y puesta ya en la ocasion,
 Presente el horrible dia
 Que para el hecho asignó
 La cruel madre, contra el hijo,
 Contra humana condicion;
 Fuése adonde estaba el Conde
 Seguro de tal traicion,
 Y llamándole en secreto,
 De este modo le habló:
 — Señor, en tí confiada,
 Y en tu grande discrecion,
 Que tomarás mis razones
 Cual es mi pura intencion,
 Vengo á hacerte saber
 Tu cercana perdicion,
 Para que proveas remedio,
 Antes que agrave el dolor;
 Y es, que tu madre procura,
 Movida de un ciego error,
 De un vago y loco deseo,
 De una indiscreta pasion,
 Por casarse con un moro
 A quien sin seguir razon
 Ama disolutamente,
 Sin tener moderacion,
 Ni mirar á su nobleza
 Ni á tu nombre, ni á su honor,
 Que no emprenda tal hazaña,
 Contra sí, y nuestra nacion;
 Porque el corazon que ama
 Mal admite correccion,
 Y á mujer determinada,
 Nada mueve su opinion:
 Así cual á esta tu madre,
 Que sin mas contradicion,
 Sin que la mueva consejo,
 Ni la atraiga persuasion,
 Que deje tan fiero intento
 Y se someta á razon,
 La cual ni sigue ni admite

Contra tal disolucion
 En la furia de su fuego,
 Y en querer su destruicion;
 Para lo cual ha ordenado
 El tiempo y disposicion,
 Y hame dado el cargo á mi
 De administrar su traicion,
 Mezclándose con el vino
 Una mortal confeccion,
 Y hoy te la da en la comida,
 Y esto es lo que ordenó:
 Por eso, busca remedio
 Sin decir quien te avisó.—
 Dijo el ama: El Conde queda
 Alterado, sin color;
 Por una parte dudoso,
 Y por otra con temor;
 Entre miedo y entre duda,
 Aquesto le respondió.
 — Ya que has querido avisarme
 Movida de compasion,
 De la crueldad de mi madre,
 Y su injusta indignacion,
 Por lo cual, yo te prometo
 El debido galardón,
 Que corresponda á tal hecho,
 Con tal remuneracion:
 Mas quiero que en este caso
 En que el cielo te inspiró,
 Sigas con el órden mio,
 El que mi madre te dió,
 Y así mezcles el veneno
 Del modo que te mandó,
 Y me lo des que lo beba
 En su mortal confeccion.—
 Parte la criada al punto
 En esta resolucion;
 Queda el Conde confiando
 Solo, en su imaginacion,
 Qué modo seguirá en esto
 Que sea de mas honor:
 Si dará muerte á su madre,
 Sin descubrir la traicion;
 Si dará noticia d'ella
 Pidiendo satisfaccion.
 Determinábase á uno;
 Volvia, y decia no,
 Quizá me engaña esta dueña,
 Y tal maldad levantó
 Por estar mal con mi madre,
 Para que la venga yo.
 En esto estaba ocupado,
 En tal duda y confusion,
 Cuando se llegó la hora
 Que la madre señaló,
 Que era cuando subia Febo
 Adonde cayó Faeton.
 Llamán al Conde á comer,
 Cual solia á tal sazón;
 Siéntase luego á la mesa,
 Y su madre se asentó;
 Sirvenles varios manjares
 De toda recreacion;
 Alzan unos, tráenles otros
 Diferentes en sabor:
 Gustan, aplacan la hambre,
 Arde el natural calor;
 Pide el Conde de beber,
 Y la dueña que lo oyó,
 Trae el venenoso vaso,
 Y dándosele, tosió,
 Acordándole que estaba
 Allí la mortal pocion:
 Tomó el Conde en la mano,
 Y á su madre así habló:
 — Beba vuestra Señoría,
 Gustará el mejor sabor,
 Que jamas ha visto en vino,
 Desde el dia en que nació.—

Oyendo la madre al hijo,
 Riéndose respondió :
 — No quiero beber agora
 Hijo mio, bebed vos,
 Que cuando yo tenga gana
 Beberé, aunque vino, no.—
 — Será muy mala crianza,
 El Conde le replicó,
 Que beba primero el hijo,
 Que su madre, y no es razon :
 Y así la trabó del brazo
 Y el vaso en poder le dió,
 Diciéndole, que bebiese
 Luego, sin mas dilacion :
 Y empuñándose á una daga,
 Con ella le amenazó.
 Temiendo al hijo, la madre
 El mortal vaso bebió.
 Con que se entregó á la muerte,
 Que dar al hijo pensó.
 Dúdase en aqueste hecho
 Si fué justo, ó sin razon ;
 Unos afirman que sí,
 Otros defienden que no.
 Dan diversos pareceres,
 Y concluyen su quistion,
 Que remitan la sentencia
 Al juicio del lector.

(CUEVA, *Coro febeo.*)

716.

GARCÍA I DE CASTILLA, MUERTO Á TRAICION POR LOS VELAS ¹.

(Anónimo.)

Reinado era Castilla,
 Reinado, que no Condado :
 Don García fué el primero
 Que por rey se ha coronado.
 Á Bermudo de Leon
 Su mensaje habia enviado,
 Demandándole su hermana,
 Por con ella ser casado.
 Don Bermudo hubo por bien
 De hacer lo que le es rogado.
 Concertaron que se hiciesen,
 Las bodas que han concertado
 En Leon, esa ciudad
 Cabeza que es del reinado.
 Llegados son á Leon
 Don García y su cuñado,
 Con Don Sancho de Navarra,
 Que lo iba acompañando.
 Don Garcia entra dentro,
 Los suyos deja en el campo.
 Los hijos del conde Vela,
 Que de Castilla hobo echado
 Su padre de Don Garcia,
 Por maldad que habian obrado,
 Por vengar la su deshonra,
 La gran traicion han trazado
 De matar á Don Garcia,
 Aunque eran sus vasallos.
 Disimulan la enemiga,
 Al Rey besaban la mano ;
 El Rey los recibe bien,
 Recibiólos como á hermanos ;
 Tórnales toda la tierra,
 Que su padre habia tomado.
 Fué á ver á Doña Sancha,
 Que lo habia mucho en grado ;
 Cobráranse gran amor.
 Ambos de si se han pagado.
 Doña Sancha dijo : — Infante,
 No fuisteis bien aconsejado
 En no traer vuestras armas,
 Y venir bien á recado ;
 No sabeis quién mal os quiere,

D'ello mucho á mí ha pesado.
 — Nunca hice mal ninguno,
 Señora, Dios sea loado,
 Le respondió Don Garcia,
 Y armas me fuera excusado.—
 Los malos ponen por obra
 La traicion que han acordado,
 Fuéronse para la plaza,
 En ella arman un tablado ;
 Debajo llevan las armas ;
 Gran revuelta habian trabado
 Con los vasallos del Rey,
 Sobre tirar al tablado ;
 Cerraron todas las puertas,
 Que ninguna habian dejado ;
 Matan muchos caballeros
 De los buenos castellaños.
 El infante que lo supo,
 A la gran grita ha llegado :
 — Quedos estad, los traidores,
 No matedes mis criados.—
 Los condes fuéron á él
 Con los venablos alzados :
 Quisieronlo allí matar,
 El infante entró en sagrado
 En Santa Maria de Regla,
 Mas allí lo habian cercado.
 Prendieronlo dentro d'ella,
 Llévanlo muy deshonrado
 Ante el conde Don Rodrigo,
 Pariente de los malvados.
 — No me matedes vosotros,
 El infante habia hablado.
 Darvos he muy grandes bienes
 En Castilla mi reinado.—
 Gran duelo hobo del Don Nuño,
 A los condes ha rogado
 Que no maten al Infante,
 Mas ellos no lo han en grado,
 Y la infanta Doña Sancha,
 Que supo lo que es contado,
 Fuése para allá corriendo ;
 Grandes voces iba dando :
 — Al infante no matedes
 Que vos será demandado.
 Pues que sois vasallos suyos
 Y obligados á amparallo.
 A mí matad, que no á él,
 Y en él no pongais la mano,
 Pues contra vosotros, condes,
 En nada no es él culpado.—
 El conde Fernan Flayno
 A la infanta habia llegado ;
 Dióle muy gran bofetada,
 En sangre la habia bañado.
 Gran pesar tomó el infante ;
 De traidor lo está llamando ;
 Los condes como alevosos
 Grandes feridas le han dado ;
 Muerto cayera en el suelo.
 El primer que le hobo dado
 Fué Ruy Vela, su padrino
 Cuando fuera baptizado.
 La infanta desde lo vido,
 Sobre el infante se ha echado :
 Tomóla Fernan Flayno .
 Como muy desmesurado ;
 Dió con ella por el suelo
 Y por una escala abajo.
 Los malos con crueldad,
 Al infante habian tomado,
 Dieron con él por el muro,
 Cayó do está su cuñado
 Don Sancho, rey de Navarra,
 El cual muy bien lo ha vengado.

(SEPÚLVEDA, *Romances nuevamente sacados*, etc.)¹ Este Garcia era hijo del conde de Castilla Sancho Garcia.

717.

MUERTE DE LOS TRAIADORES VELAS.

(Anónimo †.)

Los hijos del conde Vela
De traiciones han usado :
Mataron con gran alevé
Al primer rey castellano.
Don García había por nombre,
Postrer conde muy lozano :
Matáronlo allí en Leon
Donde estuvo desposado
Con la infanta Doña Sancha.
Don Ramiro, qu'es su hermano,
De Leon había salido
Muy armado y á recado,
Y puso cerco á Monzon,
Que de Castilla es reinado.
El alcaide que lo tiene,
Fernan Gutierrez llamado,
Dentro los ha recibido,
A su pesar, mal su grado.
Cuando supo la traicion,
Mucho se les humillando,
Convidólos á comer;
Muy bien los había engañado.
Escribió luego secreto
A ese buen rey Don Sancho
Que viniese á socorrerlo
Que lo tenían cercado
Los hijos del conde Vela,
Esos traidores malvados.
Luego el buen rey de Navarra
Con sus dos hijos hermanos,
Y mucha gente consigo,
En Monzon los han cercado.
Prendieron á todos tres,
Vivos los habían quemado.
Hernan Flayno, ese traidor,
Se les había escapado :
Mudárase los vestidos,
Cabalgó sobre un caballo
Sin llevar silla ni freno,
Un capote cobijado,
La capilla en la cabeza,
En piernas iba el malvado.
Entróse dentro en los monjes ;
No se halla aunque es buscado.
El rey bueno de Navarra,
Su hijo, había casado
Con la infanta Doña Sancha,
Con la cual fué desposado
El otro infante García,
Que á traicion habían matado,
Y la infanta Doña Sancha
A su suegro así ha hablado :
— Buen Rey, si no me vengais
Del traidor Fernan Flayno,
Que fué en matar al infante,
Que mucho á mi ha lastimado,
Don García vuestro hijo
Jamás me verá á su lado.—
El rey Don Sancho mandó
Que el monte sea cercado :
Prendido lo había en él
Al alevoso malvado.
Trujéronlo do es la Infanta,
A ella lo han entregado,
Y fizo en él tal justicia
Que lo mató por su mano.

(SEPÚLVEDA, Romances nuevamente sacados, etc.)

† Es de la misma clase y época de los de Sepúlveda.

SIGÜE LA EPOCA DE BERMUDO II, DE LEON.

718.

ATAULFO, ARZOBISPO DE LEON, CALUMNIADO Y EXPUESTO Á UN TORO POR ÓRDEN DE BERMUDO II, SE LIBRA DE ÉL HACIENDO UN MILAGRO †.

(De Lorenzo de Sepúlveda.)

En Leon reina Bermudo ;
Hijo fué del rey Don Sanho ;
A Ataulfo, su arzobispo,
Con el Rey lo habían mezclado.
Dijeron al Rey qu'es moro,
Y que tiene concertado
De entregarles á Galicia
Do él tiene el obispado ;
Creyó el Rey que era verdad,
Aquesto que le han contado.
Juéves era de la cena,
Quando el Rey le había mandado
Que se venga para Oviedo,
Do el Rey lo está aguardando.
El Arzobispo que supo
El mensaje que le es dado,
Adereza su persona,
Y á Oviedo había llegado.
Fuérase á San Salvador,
Que es templo á Dios dedicado,
Por hacer la su oracion
Y decir misa en sagrado.
Esos alcaldes del Rey,
Mucho lo han denostado,
Diciendo que antes debiera
Ir al Rey, besar la mano,
Que no entrar en la iglesia,
Como había entrado.
Respondió el Arzobispo
Que no habían bien hablado,
Que muy mas guiado era
Él, y todo buen cristiano,
Ver al que era Rey de todos,
Que no al rey que era mundano.
Mandó el Rey traer un toro ;
Esquivo era y muy bravo ;
Metiérarlo en la plaza,
Que estaba ante el palacio :
Acosáronle muy recio ;
Ensañado, está bramando,
Y que mate al Arzobispo
Tenia determinado.
Ya había dicho misa
Aquese Arzobispo honrado ;
Saliérase de la iglesia,
Do el toro está allegado.
El toro cuando lo vido,
Arremetió denodado ;
Llegándose cerca del
Muy manso había quedado.
El le trabó de ambos cuernos ;
En las manos le han quedado.
El toro arremetió á aquellos
Que dél habían mal hablado ;
Muchos d'ellos dejó muertos,
Huyéndo se es ido al campo.
El Arzobispo bendito,
A la iglesia se ha tornado ;
En ella puso los cuernos
En memoria de lo pasado ;
Loando está á Dios del cielo
Por el milagro contado.

(SEPÚLVEDA, Romances nuevamente sacados, etc.)

† En este tiempo se suponen acaecidos los sucesos de los Infantes de Lara.

719.

AL MISMO ASUNTO.

(De Juan de la Cueva.)

Del obispo Don Astolfo,
 Obispo de Santiago,
 Estaba el rey Don Bermudez,
 Sin por qué, mal enojado,
 Movido de lisonjeros
 Que al Obispo han levantado
 Mil criminosos insultos,
 Estándo de todos salvo;
 Por lo cual, el Rey se aira
 Y manda determinado
 Que para Oviedo lo citen,
 Donde tenia aparejado
 En medio de una gran plaza,
 Un toro, el mas fiero y bravo,
 Que para el horrible hecho,
 Habia sido hallado.
 Diéronle al Obispo aviso
 Luego que á Oviedo ha llegado,
 De lo qu'el Rey ordenaba,
 Que vaya á dar su descargo,
 Quizá mudará opinion
 De la sentencia que ha dado.
 Don Astolfo, oyendo aquesto,
 Respondió muy esforzado:
 —Iré á ver el Rey del cielo,
 Primero que al rey humano;
 Qu'es á quien debo servir,
 Y quien d'el me hará salvo,
 Y me guardará justicia,
 Aunque él me tiene citado.—
 Esto diciendo el Obispo
 En la iglesia entró, y alzando
 Las manos á un Crucifijo
 Dijo, ante él arrodillado:
 —Señor, que en aquesta cruz
 Por mi culpa esteis clavado,
 Las sacras carnes abiertas,
 Clavado de piés y manos,
 Púes vos sabeis mi inocencia,
 Y que en nada soy en cargo
 De lo que me culpa el Rey,
 Dios mio, haced un milagro
 De suerte que se conozca,
 Y el mundo todo vea claro,
 Cuán fuera estoy de tal culpa,
 Y el Rey cuán ciego en su engaño.—
 Luego se fué, y revistió;
 Dijo misa el varon santo,
 Y en acabándola sale,
 Do está el toro, denodado,
 Y sin turbacion ni miedo,
 Sin pena ni sobresalto,
 Aunque los que lo miraban
 Sentian el duro caso,
 La muerte cercana y fiera
 A que iba condenado.
 El toro viendo al Obispo
 A él se vino paso á paso,
 No con el feroz denuedo
 Que solia, mas tan manso,
 Que ante el Obispo se inclina,
 De su braveza olvidado,
 Y entrambos cuernos le puso
 Al santo Obispo en las manos,
 Que al punto que los tocó
 En ellas se le quedaron,
 Volviéndose luego al monte
 Tan manso cual ántes bravo.
 El Obispo entró en la iglesia,
 Y al altar los ha llevado,
 Donde los puso en su nombre,
 Y en memoria del milagro,
 Y sin querer ver al Rey
 Se fué alegre á su obispado.

(CUEVA, Coro febeo, etc.)

720.

AL MISMO ASUNTO.

(Anónimo¹.)

Rey que á malsines escucha,
 Que juzgue derecho dudo,
 Ca forzoso es faga fuerza,
 Quien no es en oír sesudo.
 A los prestes de Santiago,
 Oidos dió el rey Bermudo,
 Magüer tenian enemiga
 Con su arzobispo Ataulfo.
 Cuatro d'ellos le profazan,
 En puridad por perjurio,
 Y le demuestran que quiebra
 Lo que á Dios y á él es tenudo.
 Dicen que escarnir pretenden
 Su creencia y sacro culto,
 Y dar, culto moro, á moros,
 A Galicia, reino suyo.
 Tan afincado lo dicen,
 Que creyéndolos Bermudo,
 Un gran homecillo toma
 Al varon santo y seguro.
 Fizole encartar á Oviedo,
 Y él vino como al Rey plugo,
 Ca non recela presencia
 De injusto Rey pecho justo.
 Juéves era de la cena
 Cuando llegando Ataulfo,
 Despues de haber celebrado
 Ante el sagrado sepulcro,
 Se fué al palacio del Rey
 Que con ser disanto tuvo
 Un toro feroz, que fizo
 Lidiar á canes, y al vulgo.
 Al toro le manda echar
 Cuando estaba mas sañudo,
 Que es el poder provocado
 Fuego que no se va en humo.
 Mas la fiera mas piadosa
 Que el que comete el insulto,
 Se viene á él mas humilde,
 Que el manso buey viene á el yugo.
 Échole su bendicion
 Y luego las manos puso
 Sobre los cuernos, y en ellas
 Se le quedaron al punto.
 Viendo el Rey este milagro,
 Arrepentido y confuso,
 Se fué donde el Santo estaba,
 Con sus homes de consuno;
 Y fincando los finojos
 Dijo al absuelto Ataulfo:
 —De facer desaguisado
 Por mal fadado me culpo;
 Perdon te pido, home bueno,
 Ca si yo fuera sesudo,
 Ver debiera ser alevés
 Las palabras de los tuyos;
 Mas pues Dios ha descubierta
 Su maldad y el celo tuyo,
 Para qu'este tuerto emniende
 Pracete quedar con nusco.—
 El buen pastor que oyó esto,
 Le responde: — Rey Bermudo,
 Mi injuria yo te la suelto,
 Mas con Dios non te la excuso,
 Ca punir homes de órden,
 Por ley y sacro estatuto
 Solo es dado al Padre santo,
 O al que en su lugar él puso.
 El punir suyo es derecho,
 Y el retraer tuyo, insulto,
 Ca toller juzgado ajeno
 Tirania es, non es furto.
 Si hay mancilla, á ti se tenga
 Que si yo una fiera lucho,
 A ti te lidian y vencen

Mil fieras con piel de gustos.
 Descubre su faz, señor,
 Faras tu pro, y de los tuyos :
 El facer falsos consejos
 Siempre es daño, y daño mucho.
 Asaz enmendado me has fecho,
 Toda la demás te mudo.
 Que el yerro que bueno face
 Siempre al alma es fierro agudo.
 Y no te espantes tampoco
 Si el morar aquí rehuso,
 Ca sandio es quien espera
 Tras un peligro el segundo.
 Huir quiero á los desiertos,
 Ca para vivir seguro
 Mejor es paz en el yermo,
 Que honor dentro de los muros,
 Pues me han fecho sabidor,
 Que contra el natural uso
 A las fieras dan razon,
 Y á los hombres hacen brutos.

(Romancero general.)

¹ Romance que remeda el viejo lenguaje, pero que es del siglo xvi, en su última década.

EPOCA DE ALFONSO V DE LEON.

721.

ALFONSO V CASA Á SU HERMANA TEREA CON AUDALLA, REY MORO DE TOLEDO, QUIEN CASTIGADO DE UN ÁNGEL POR HABERLA GOZADO, LA DEVUELVE Á SU HERMANO.

(Anónimo ¹.)

En los reinos de Leon
 El Quinto Alfonso reinaba :
 Una hermana tiene el Rey ;
 Doña Terea se llama.
 Audalla, rey de Toledo,
 Por mujer se la demanda,
 Y el Rey con muy mal consejo
 Lo que le pide otorgaba.
 Movióse el Rey á hacerlo
 Porque el moro le ayudaba
 Contra otros reyes moros
 De quien él se recelaba.
 Mucho á la Infanta le pesa
 En se ver tan denostada,
 De la casar con un moro,
 Siendo la Infanta cristiana.
 No aprovechan con el Rey
 Las lágrimas que lloraba,
 Ni los ruegos que le ruegan
 Para revocar la manda.
 El Rey la envió á Toledo
 Adonde Audalla estaba :
 Recibióla bien el moro ;
 En la ver mucho se holgaba.
 Procuró de haber su amor :
 Quiere gozar de la Infanta :
 Ella con crecido enojo
 Aquesta razon hablaba :
 —Yo te digo que no llegues
 A mí, porque soy cristiana,
 Y tú, moro, de otra ley
 De la mia muy lejana.
 No quiero tu compañía,
 Tu vista no me agradaba ;
 Si pones manos en mí,
 Y de tí soy deshonrada,
 El ángel de Jesucristo,
 A quien él me ha dado en guarda.
 Herirá ese tu cuerpo,
 Con su muy tajante espada. —
 No se le dió nada al moro
 De lo que la Infanta hablaba :
 Cumplió en ella su querer,

Dueña el moro la tornaba.
 Dende á muy poco rato
 El ángel de Dios lo llega :
 Dióle grande enfermedad,
 Sobre el moro cae gran plaga.
 Cuidó el Rey ser d'ella muerto,
 Y que de tal mal no escapa :
 Llamó á sus ricos-hombres,
 Con la Infanta los enviaba
 A Leon, donde está Alfonso :
 Gran presente le llevaban
 De oro y piedras preciosas,
 Que en gran valor estimaban.
 Llegados son á Leon,
 La Infanta monja se entraba,
 Do vivió sirviendo á Dios
 Honesta vida, muy santa,
 En aquese monasterio,
 El que de las Huelgas llaman ².

(SEPÚLVEDA, *Romances nuevamente sacados*, etc.)

¹ La tradición que se narra en este romance es duplicada, pues hay otra en que se atribuye el mismo hecho á la infanta Doña Elvira, hija del rey Don Ordoño, á quien casaron con el rey moro de Valencia.

² ; Enorme anacronismo !

722.

AL MISMO ASUNTO.

(De Juan de la Cueva.)

Forzado el rey Don Alonso
 Del daño que le hacia
 Desde Córdoba el rey moro,
 Que sus tierras le corria,
 Haciendo en ellas entradas,
 Robándolas cada dia ;
 Vino á verse en tanto aprieto,
 Que la fuerza d'él le obliga
 A hacer un fiero hecho
 Contra razon y justicia :
 Y era dalle al rey Abdalla,
 Que en Toledo residia,
 En casamiento á su hermana,
 A quien él en tanto estima,
 Porque le ayude y defienda
 Del estrecho en que se via,
 Con que entiendo reprimir
 Del moro andaluz la ira.
 Resoluto en este acuerdo,
 Sin mas acuerdo le envia
 Sus mensajeros á Abdalla,
 Y de su intento le avisa.
 El moro aceptó el recaudo,
 Y las alianzas firma,
 Cual pidió el rey Don Alonso,
 Sin que cosa contradiga :
 Antes le envió á dar gracias
 Por merced tan escogida ;
 Y en señal de aquella gloria,
 Por él tan encarecida,
 Mandó que á todo su reino
 Se le avise y aperciba.
 Que la celebren con zambras
 Y con lellas su alegría.
 En lo mismo ocupa el tiempo
 Don Alonso, y ejercita
 Alegres fiestas, y juegos
 De cañas, toros, sortija.
 Llegó el dia de las bodas,
 Alegre en toda Castilla,
 Y sola Doña Teresa,
 La novia, gime y suspira,
 Y con encendido llanto,
 Ante un Cristo de rodillas,
 Dice : — ; Oh Salvador del mundo !
 Que las altas jerarquias,

Hiciste, y el trono eterno
De tu trina esencia habitas,
Y las celestiales formas,
Que ilustran el mundo, pisas:
Tú, que ensalzas la humildad,
Y la soberbia derribas,
Por la que el soberbio ángel
Derribaste de su silla:
Tú, que al pueblo de Israel
Libraste de su fatiga,
Y para poder librallo,
Tu favor le diste y guía,
Y era solo un rey no mas,
El que á tu pueblo seguía:
Pues, Dios mio de Sion,
Que obras estas maravillas,
¿Qué hará una mujer sola,
De dos reyes combatida?
Si para uno tu ayuda
Fué visiblemente vista,
Esa te pido, Dios mio,
Y suplico no permitas
Que sea mujer de un pagano
Quien tiene puesta tu crisma. —
En esto estaba ocupada
La triste Infanta afligida,
Cuando los febeos caballos
Al Océano se inclinan:
Ciérrase con noche el mundo,
Con el mar se envuelve el día,
Tiende sus alas el sueño,
Con que al reposo convida:
Ya con prisa alzan las mesas,
Cesan los saraos que habia.
Levántase el rey Abdalla,
Y á dormir se va, y envía
Luego por la desposada,
Que ante él puesta, él se le humilla,
Y como quedaron solos,
El moro mil niñerías
Le dice, y con mil regalos
La regala y acaricia.
Pídele las bellas manos
Para besar, y ella esquiva
Las huye, y vuelve ceñosa,
Y al moro, que se arde, mira.
El vuelve, y dicele amores,
Ella lo aparta y desvia,
Pidiéndole que la deje,
Y tal intento no siga,
Porque morirá primero
Que tal yerro hacer permita.
Viendo el moro su esquivanza,
Le dice: — Señora mia,
¿Porqué con ese rigor
Me tratais, pues sois mi vida,
Mi bien, regalo y contento,
Y en dulce amor recebida
Por mi señora y mujer,
Por mi gloria y compañía?
Si os causa ese descontento,
Juzgar qu'es mi suerte indina
De tal premio, ved, señora,
Que soy rey de tanta estima,
Cual es el Rey vuestro hermano,
Pues en toda Berbería
Es estimado mi nombre;
Como temido en Castilla. —
Esto le decia el moro,
Y ella llorando le oía,
Apartando d'él los ojos,
Que aun su vista le ofendía.
Viendo Abdalla, que ya él ruego
Ningun efecto hacia,
Quiere que haga la fuerza
Lo que no la cortesía.
Y así dejando el respeto,
Asió d'ella, y dijo: — ¡Mira,
Infanta Doña Teresa,

Que es mucha tu demasia!
No huigas de mi querer,
Pues eres ya mujer mia. —
Esto dijo airado el moro,
Y con fuerza d'ella tira;
Ella se defiende d'él,
Y al cielo su alma envía,
Rogándole que la ayude,
Porque ya se debilita.
Y forcejando con él,
Dijo, en el cielo la vista:
— Señor, no me desampares,
Y en este aprieto me anima,
Y permite antes mi muerte,
Que en tal cosa te desirva. —
Las plegarias de la Infanta
Del justo Dios siendo oídas,
Estando en su mayor fuerza
En su orgullo y su porfia,
El moro cae sin sentido,
Sin habla, y casi sin vida:
Echaba en blanco los ojos,
Lanzaba negra saliva,
Daba voces mal formadas,
Que oillas causaba grima.
A los gemidos y estruendo
Que basqueando hacia,
Acudió su guardia, y viendo
A su rey en tal fatiga,
Dan voces, acude el rey
Don Alonso, y con la grita
Que daban, volvió en su acuerdo
El moro, y dice: — Ya es vista
La voluntad que tu Dios,
Cristiana, quiere que siga,
De cuya mano me viene
Este castigo, y me priva
Casarme yo con cristiana
Siendo moro; y pues me obliga
Su poder á que lo haga,
Yo dejo tu compañía,
Que no quiero contender
Con quien así me derriba.
En diciendo estas razones
Abdalla sigue su via
Para Toledo, y la Infanta
Luego desde á pocos dias
Se fué á Oviedo, á un monesterio,
Do monja acabó su vida.

(CUEVA, *Coro febeo*, etc.)

EPOCA DE FERNANDO I, EL MAGNO, REY DE LEON
Y DE CASTILLA, CON LA PRIMERA PARTE DE
LOS ROMANCES DEL CID CAMPEADOR, RODRIGO
DÍAZ DE VIVAR.

725.

TRASLACION DEL CUERPO DE SAN ISIDRO DESDE SEVILLA
Á LEON.

(De Lorenzo de Sepúlveda.)

Almucamuz de Sevilla
Vasallo es del rey Fernando;
El Rey tiene gran deseo,
Como es tan buen cristiano,
De haber algun santo cuerpo
Para Leon el nombrado,
Donde ha hecho sepultura
Para sí y sus procreados.
A Almucamuz envia mensaje:
Que le dé le ha demandado
A santa Justa y Rufina,
Que en ella han martirizado.
Almucamuz lo prometió,
Y ofreciólas muy de grado:
Dos obispos enviara
Que las traigan á recado:

Don Alvaro de Leon,
 Que en él tiene el obispado;
 Y el buen obispo de Astorga,
 Don Ordoño era llamado.
 El Rey los ha proveído;
 Gran haber les habie dado.
 Llegados son á Sevilla,
 A Almucamuz habien hablado;
 Pidiéronle las dos santas
 Como las habie mandado.
 Almucamuz les respondió,
 ¿Dónde están? que lo ha ignorado.
 Los obispos como buenos
 En oracion se han echado;
 Tres dias están en ella;
 Todos los han ayunado,
 Suplicando á Dios del cielo
 En esto muestre milagro,
 Para que sepan dó están
 Los cuerpos benditos, santos.
 Al cabo de los tres dias
 Sant Esidro se ha mostrado:
 Dijoles: — Siervos de Dios,
 Nuestro Dios no lo ha en grado,
 Que de aqui lleveis las santas,
 Que este pueblo sevillano
 Cristianos lo ganarán,
 Y Dios tiene ya ordenado
 Que en ella queden sus cuerpos
 Para su ayuda y su amparo:
 Serán de ella las patronas,
 Y su guarda habrán á cargo;
 Mas por vuestra santidad,
 Y honra del rey Fernando,
 De quien recibe servicio,
 Mi cuerpo os ha otorgado,
 Que lo lleveis á Leon,
 A quien aqui os ha enviado.
 Los obispos que lo oyeron
 Sin habla habian quedado.
 Esidro los santiguó,
 Ellos en sí habian tornado:
 Preguntáronle quién era,
 Sant Esidro ha replicado:
 —Yo soy Esidro, arzobispo
 De Sevilla, que os he hablado:
 Allá en Sevilla la vieja
 Mi cuerpo habréis hallado.
 Para allá van con el Rey,
 Que lo iban acompañando.
 Cavarou do Sant Esidro
 Les habia revelado:
 Allí hallaron su cuerpo,
 Salió olor muy sublimado
 Que consolara á los moros,
 Y tambien á los cristianos.
 Tomarlo quiso Almucamuz,
 Mas la vista le ha faltado;
 Tambien el entendimiento;
 De nada se habie acordado.
 Pártense para Leon,
 Gran gente lo acompañando:
 Por el camino do vienen
 Hizo muy grandes milagros.
 Lleváronlo á la iglesia,
 Que el Rey habie edificado:
 San Esidro le llamaban
 Cuando lo han consagrado:
 Dióle grandes heredades
 Con que siempre fué honrado.

(SEPÚLYEDA, Romances nuevamente sacados, etc.)

PRIMERA PARTE DE LOS ROMANCES DEL CID.

724.

EL CID, Á LOS DIEZ AÑOS DE EDAD, EJERCE EL OFICIO
 DE JUEZ. — I.

(Anónimo¹.)

— Non me culpedes si he fecho
 Mi justicia y mi deber,
 Magüer que siendo pequeño
 Me nombraste por juez.
 Entre todos me escogistes
 Por de mas madura sien,
 Porque ficiese derecho
 De lo fecho mal y bien.
 Non fagais desaguisado
 Si al robador enforqué,
 Que en homes este delito
 No causa ninguna prez.
 Como de véras me pago,
 De las burlas non curé,
 Que el que pugna por la honra,
 Enemigo d'ella fué.
 Atended que la justicia,
 En bulas y en véras, fué
 Vara tan firme y derecha,
 Que non se pudo torcer.
 Verdad, entre burla y juego,
 Como es lija de la fe,
 Es peña que al agua y viento
 Para siempre está de un sér.
 Miémbraseme que mi abuelo,
 En buen siglo su alma esté,
 Muchas veces me decia
 Aquesto que agora oiréis:
 «El home en sus mancebías
 »Siempre debiera aprender
 »A hacer siempre derecho
 »Cuando en mas burlas esté.»
 Así fice esta vegada,
 Yo cuido que fice bien,
 Que sigo un abuelo honrado
 Que nadie se quejó dél.—
 Esto decia Rodrigo
 Afinojado ante el Rey,
 Delante los que juzgaba
 Antes de los años diez.

(Romancero general.)

¹ Así este romance como muchos concernientes al Cid, aunque escritos en lenguaje antiguo, pertenecen á los dos últimos tercios del siglo xvi, y muchos aun á sus últimas décadas. Se ha colocado esta composicion la primera entre las que tratan del Cid, porque el hecho que refiere, y del cual, fuera del romance, no hay tradicion alguna donde conste, se supone que pasó cuando el Cid apenas tenia diez años de edad. Su procedencia, del *Romancero general*, indica bastante que es un romance contrahecho en fines del citado siglo, ó poco antes, así como todos los demas contenidos en dicha autologia. Inliérese del contexto del romance, que al Cid, como por juego, le sometieron á juicio un crimen capital, y que él tomándolo á véras hizo ejecutar su sentencia de muerte contra el reo.

725.

PRUEBA DIEGO LAINEZ Á SUS HIJOS PARA SABER Á CUÁL FIA-
 RÁ LA VENGANZA DE LA AFRENTA QUE LE HIZO EL CON-
 DE LOZANO. — II.

(Anónimo¹.)

Cuidando Diego Lainez
 En la mengua de su casa,
 Fidalga, rica y antigua
 Antes que ñigo Abarca;
 Y viendo que le fallescen
 Fuerzas para la venganza,
 Porque por sus luengos dias
 Por sí no puede tomalla,

No puede dormir de noche,
 Ni gustar de las viandas,
 Ni alzar del suelo los ojos,
 Ni osar salir de su casa,
 Ni hablar con sus amigos,
 Antes les niega la fable,
 Temiendo que les ofenda
 El aliento de su infamia.
 Estando pues combatiendo
 Con estas honrosas bascas,
 Para usar d'esta experiencia,
 Que no le salió contraria,
 Mandó llamar á sus hijos,
 Y sin decilles palabra
 Les fué apretando uno á uno
 Las fidalgas tiernas palmas;
 No para mirar en ellas
 Las quirománticas rayas,
 Que este fechicero abuso
 No era nacido en España.
 Mas prestando el honor fuerzas,
 A pesar del tiempo y canas,
 A la fria sangre y venas,
 Nervios y arterias heladas,
 Les apretó de manera
 Que dijeron: — Señor, basta,
 ¿Qué intentas ó qué pretendes?
 Suéltanos ya, que nos matas.—
 Mas cuando llegó á Rodrigo,
 Casi muerta la esperanza
 Del fruto que pretendía,
 Que á do no piensan se halla,
 Eacarnizados los ojos,
 Cual furiosa tigre bircana,
 Con mucha furia y denuedo
 Le dice aquestas palabras:
 — Soltedes, padre, en mal hora,
 Soltedes, en hora mala,
 Que á no ser padre, no hiciera
 Satisfaccion de palabras,
 Antes con la mano mesma
 Vos sacara las entrañas,
 Haciendo lugar el dedo
 En vez de puñal ó daga.—
 Llorando de gozo el viejo
 Dijo: — Fijo de mi alma,
 Tu enojo me desenoja,
 Y tu indignacion me agrada.
 Esos bríos, mi Rodrigo,
 Muéstralos en la demanda
 De mi honor, que está perdido,
 Si en tí no se cobra y gana.—
 Contóle su agravio, y dióle
 Su bendicion, y la espada
 Con que dió al Conde la muerte,
 Y principio á sus fazañas.

(*Romancero general*. — It. ESCOBAR, *Romancero del Cid*.)

4 La excelente construcción de este romance, su poesía, su buen orden y arreglo, y además la continua elección de nobles frases y palabras del antiguo lenguaje, indican que no es anterior á la penúltima década del siglo xvi.

Es muy extraño que en ningún romance, de los que conocemos, se exprese la causa de la afrenta que recibió Diego Lainez del conde Lozano, tal cual la conserva la tradición en los poemas dramáticos del siglo xvii. En ellos se atribuye á que envidioso el Conde de una preferencia palacetega, dió un bofetón á Lainez. En la *Crónica general*, y en la del *Cid*, solo se habla del duelo y muerte que dió al Conde, sin expresar la causa. En el romance que sigue, número 726, se atribuye la injuria recibida por Lainez á un lance de caza, y en la crónica rimada que ha publicado Mr. Michel, á una reyerta ocurrida entre los pastores de ambos potentados. De resultados de ella se encendieron los ánimos de estos, talaron mutuamente sus posesiones, persiguiéronse sus vasallos, y terminó todo en que Rodrigo mató al Conde en la refriega.

726.

AL MISMO ASUNTO. — III.

(Anónimo 4.)

Ese buen Diego Lainez
 Despues de haber ayantado,
 Hablando está sobre mesa
 Con sus hijos todos cuatro.
 Los tres son de su mujer,
 Pero el otro era bastardo,
 Y aquel que bastardo era,
 Era el buen Cid castellano.
 Las palabras que les dice
 Son de hombre lastimado.
 — Hijos, mirad por la honra,
 Que yo vivo deshonrado.
 Porque les quité una liebre
 A unos galgos que cazando
 Hallé del Conde famoso,
 Conde Lozano llamado:
 Palabras suyas y viles
 Me ha dicho y me ha ultrajado.
 ;A vosotros toca, hijos,
 No á mí que soy viejo y cano! —
 Estas palabras diciendo,
 Al mayor habia tomado:
 Queriendo hablarle en secreto,
 Metiéndole en un apartado;
 Tomóle el dedo en la boca,
 Fuertemente le ha apretado:
 Con el gran dolor que siente
 Un grito terrible ha echado.
 El padre le echara fuera,
 Que nada le hubo hablado.
 A los dos metiera juntos,
 Que de los tres han quedado,
 La misma prueba les hizo,
 El mismo grito habian dado.
 Al Cid metiera el postrero,
 Qu'era el mas chico, y bastardo.
 Tomóle el dedo en la boca,
 Fuertemente le ha apretado:
 Con el gran dolor que siente
 Un bofetón le ha amagado.
 — Añojad, padre, le dijo,
 Si no seré mal criado.—
 El padre que aquesto vido,
 Grandes abrazos le ha dado.
 — Ven acá tú, hijo mio,
 Ven acá tú, hijo amado;
 A ti encomiendo mis armas,
 Mis armas, y aqueste cargo:
 Que tu mates ese Conde
 Si quieres vivir honrado.—
 El Cid calló y escuchólo,
 Respuesta no le ha tornado.
 A cabo de pocos dias
 El Cid al Conde ha topado:
 Hablóle d'esta manera
 Como varón esforzado:
 — Nunca lo pensara, el Conde,
 Fuérades tan mal criado,
 Que porque quitó mi padre
 Una liebre á vuestro galgo,
 De palabras ni de obras
 Fuese de vos denostado.
 ¿Cómo queredes que sea
 Que tiene de ser vengado?—
 El Conde tomólo á burlas:
 El Cid presto se ha enojado;
 Apechugó con el Conde,
 De puñaladas le ha dado.

(Cancionero, *Flor de enamorados*.)

4 Anteriores á las crónicas que tratan del Cid, debieron existir algunas tradiciones basadas en las caballerescas extrañas á nuestra historia y á nuestro carácter peculiar. Ya hemos dicho que el del Cid fué alterado y desfigurado muchas veces bajo el influjo del tipo caballeresco, Carlovingio de Roldan, del cual Bernardo del Carpio es una imitación mas o

ménos aproximada. No es extraño pues que las tradiciones del bastardo nacimiento atribuido á estos se quisiesen trasladar también y aplicar al héroe castellano por excelencia. Muy antigua debió ser la ficción de la bastardía del Cid, puesto que en su crónica peculiar, y en la *General*, se menciona para desmentirla; y sin embargo, el juglar autor de este romance número 728, la acepta y da por supuesta, como cosa cierta y comprobada. Los juglares, que no eran el pueblo poeta, sino los poetas del pueblo, le transmitían frecuentemente composiciones de asuntos extranjeros y ajenos de los hechos indígenos, aunque un tanto acomodados á las formas y costumbres nacionales. A veces también desfiguraban los tipos de nuestra historia y fábula, adornándolos con situaciones y hechos tomados de la de otros países.

727.

EL CID SE PREPARA Á VENGAR LA AFRENTA HECHA
Á SU PADRE.—IV.

(Anónimo ¹.)

Pensativo estaba el Cid
Viéndose de pocos años,
Para vengar a su padre
Matando al conde Lozano.
Miraba el bando temido
Del poderoso contrario,
Que tenía en las montañas
Mil amigos asturianos:
Miraba cómo en las Cortes
Del rey de León Fernando
Era su voto el primero,
Y en guerras mejor su brazo.
Todo le parece poco
Respecto de aquel agravio,
El primero que se ha fecho
A la sangre de Lain Calvo.
Al cielo pide justicia,
A la tierra pide campo,
Al viejo padre licencia,
Y á la honra esfuerzo y brazo.
Non cuida de su niñez;
Que en naciendo, es costumbrado
A morir por casos de honra
El valiente fidalgo.
Descolgó una espada vieja
De Mudarra el castellano,
Que estaba vieja y mohosa
Por la muerte de su amo:
Y pensando que ella sola
Bastaba para el descargo,
Antes que se la ciñese,
Así le dice turbado:
—Faz cuenta, valiente espada,
Que es de Mudarra mi brazo,
Y que con su brazo riñes,
Porque suyo es el agravio.
Bien sé que te correrás
De verte así en la mi mano;
Mas no te podrás correr
De volver atrás un paso.
Tan fuerte como tu acero
Me verás en campo armado;
Tan bueno como el primero
Segundo dueño has cobrado,
Y cuando alguno te venza,
Del torpe fecho enojado,
Fasta la cruz en mi pecho
Te esconderé muy airado.
Vamos al campo, que es hora
De dar al conde Lozano
El castigo que merece
Tan infame lengua y mano.—
Determinado va el Cid,
Y va tan determinado,
Que en espacio de una hora
Quedó del Conde vengado.

(Romancero general.—It. *Flor de varios y nuevos romances*, 5.ª parte.—It. ESCOBAR, *Romancero del Cid*.)

¹ Pertenece á la antepenúltima década del siglo XVI.

728.

RETO DEL CID AL CONDE LOZANO, Y MUERTE DE ESTE.—V.

(Anónimo ¹.)

—Non es de sesudos homes,
Ni de infanzones de pro,
Facer denuesto á un fidalgo,
Que es tenuto mas que vos:
Non los fuertes barraganes
Del vuestro ardid tan feroz
Prueban en homes ancianos
El su juvenil furor:
No son buenas fechorías,
Que los homes de León
Fieran en el rostro á un viejo,
Y no el pecho á un infanzon.
Cuidarais que era mi padre
De Lain Calvo sucesor,
Y que no sufren los tuertos
Los que han de buenos blason.
Mas ¿cómo vos atrevisteis
A un home, que solo Dios,
Siendo yo su fijo, puede
Facer aquesto, otro non?
La su noble faz ñublasteis
Con nube de deshonra,
Mas yo desfaré la niebla,
Que es mi fuerza la del sol;
Que la sangre despercude
Mancha que finca en la honra,
Y ha de ser, si bien me lembro,
Con sangre del malhechor:
La vuesa, Conde tirano,
Lo será, pues su fervor
Os movió á desagnisado
Privándovos de razon.
Mano en mi padre pusisteis
Delante el Rey con furor,
Cuida que lo denostasteis,
Y que soy su fijo yo.
Mal fecho fecisteis, Conde,
Yo vos reto de traidor,
Y catad si vos atiendo
Si me causaréis pavor.
Diego Lainex me fizo
Bien cendrado en su crisol;
Probaré en vos mi fiereza,
Y en vuesa falsa intencion.
Non vos valdrá el ardimiento
De mañero lidiador,
Pues para vos combatir
Traigo mi espada y troton.—
Aquesto al conde Lozano
Dijo el buen Cid Campeador,
Que despues por sus fazañas
Este nombre mereció.
Dióle la muerte, y vengóse,
La cabeza le cortó,
Y con ella ante su padre
Contento se afinójo.

(ESCOBAR, *Romancero del Cid*.)

¹ Conviene á este la misma nota y observaciones que á del número 725.

729.

AL MISMO ASUNTO.—VI.

(Anónimo ¹.)

Consolando al noble viejo
Está el valiente Rodrigo,
Apercibiendo venganza
Y resistiendo suspiros.
Viendo al venerable anciano
Tan sin razon desmentido,
Yantar no puede bocado,
Que nunca yantó; ofendido.
—Non vos dé pena, señor,

El tuerto que el Conde os fizo,
 Que cuando se atrevió á vos
 Non cuidaba era yo vivo :
 Las lágrimas que vertéis
 Dan en mi alma hilo á hilo,
 Y como van á su centro
 Conviértense en rayos vivos.
 ; Por el alto Dios del cielo,
 Y en fe que soy vuestro fijo,
 Que os he de hacer vengado
 Ó me mataré á mi mismo !
 Dadme, vuesa bendición
 Con la que habeis pretendido
 En piedra de vuestro honor
 Probar los quilates míos.
 Siendo vos mi ensayador
 Tanto de punto he subido
 Que presto veréis el fin
 Que á vuestro mal dió principio.—
 Tomó una espada y rodela
 Y de secreto se ha ido ;
 Vido al Conde paseando,
 Y estas palabras le ha dicho :
 — ¡ Conde, lozano estarédes
 De aqueste gran valentio,
 Porque posastes la mano
 Donde home humano ha podido !
 Si, por la divina ley
 Sabeis que fué permitido
 La ofensa que se hizo al padre
 Que la restauren los fijos.
 Aunque acá por la del duelo,
 Por ser de noventa y cinco,
 El mio no está cargado,
 Vos lo estáis y desmentido ;
 Que el que está en cuerpo de guarda,
 Ó es de la edad que he dicho,
 Ni agravia, ni es afrentado,
 Por las razones que he dicho ;
 Y ántes que muera de pena,
 O non llegue de corrido,
 Vengo por vuestra cabeza,
 Por que se la he prometido.—
 Haciendo dél menosprecio
 El Conde se ha sonreido.
 — Vete, rapaz, non te faga
 Azotar cual paje niño.—
 Poniendo mano el buen Cid,
 Con gran cólera le ha dicho :
 — La razon con la nobleza
 Mas vale que diez amigos.—
 Son tan soberbios los golpes,
 Y tan sin reparo han sido,
 Que la cabeza del cuerpo
 En un punto ha dividido :
 Por los cabellos la lleva,
 Y dándola al padre, dijo :
 — Quien os trató mal en vida
 Catalde á vuestro servicio.—

(Romancero general.)

¹ De la penúltima década del siglo XVI.

750.

PRESENTA EL CID Á SU PADRE LA CABEZA DEL CONDE
 LOZANO. — VII.

(Anónimo ¹.)

Llorando Diego Lainez
 Yace sentado á la mesa,
 Vertiendo lágrimas tristes,
 Y tratando de su afrenta,
 Y trasportándose el viejo,
 La mente siempre inquieta
 De temores muy hourados,
 Va levantando quimeras
 Cuando Rodrigo venia
 Con la cortada cabeza

T. X.

Del Conde, vertiendo sangre,
 Y asida por la melena.
 Tiró á su padre del brazo
 Y del sueño lo recuerda,
 Y con el gozo que trae
 Le dice de esta manera :
 — Veis aquí la yerba mala,
 Para que vos comais buena ;
 Abfíd, mi padre, los ojos,
 Y alzad la faz, que ya es cierta
 Vuesa honra, y ya con vida
 Os resucita de muerta.
 De su mancha esta lavada,
 A pesar de su soberbia ;
 Que hay manos que no son manos,
 Y esta lengua ya no es lengua.
 Yo os he vengado, señor,
 Que está la venganza cierta
 Cuando la razon ayuda
 A aquel que se arma con ella.—
 Piensa que lo sueña el viejo,
 Mas no es así, que no sueña,
 Sino que el llorar prolijo
 Mil caractéres le muestra ;
 Mas al fin alzó los ojos,
 Que fidalgas sombras ciegan,
 Y conoció á su enemigo,
 Aunque en la mortal librea.
 — Rodrigo, fijo del alma,
 Encubre aquesta cabeza,
 No sea otra Medusa
 Que me trueque en dura piedra,
 Y sea tal mi desventura
 Que ántes que te lo agradezca
 Se me abra el corazon
 Con alegría tan cierta.
 ; Oh conde Lozano infame !
 El cielo de tí me venga,
 Y mi razon, contra tí,
 Ha dado á Rodrigo fuerzas.
 Siéntate á yanar, nuño,
 Do estoy, á mi cabecera,
 Que quien tal cabeza trae,
 Será en mi casa cabeza.

(ESCORBAR, Romancero del Cid.)

¹ De la última década del siglo XVI.

751.

EL CID EN LA CORTE DEL REY FERNANDO. — VIII.

(Anónimo ¹.)

Cabalga Diego Lainez
 Al buen Rey besar la mano ;
 Consigo se los llevaba
 Los trescientos hijosdalgo.
 Entre ellos iba Rodrigo
 El soberbio castellano ;
 Todos caminan á mula,
 Solo Rodrigo á caballo ;
 Todos visten oro y seda,
 Rodrigo va bien armado ;
 Todos espadas ceñidas,
 Rodrigo estoque dorado ;
 Todos con sendas varicas,
 Rodrigo lanza en la mano ;
 Todos guantes olorosos,
 Rodrigo guante mallado ;
 Todos sombreros muy ricos,
 Rodrigo casco afinado,
 Y encima del casco lleva
 Un bonete colorado.
 Andando por su camino,
 Unos con otros hablando,
 Allegados son á Búrgos ;
 Con el Rey se han encontrado.
 Los que vienen con el Rey
 Entre sí van razonando :

Unos lo dicen de quedo,
 Otros lo van publicando:
 —Aquí viene entre esa gente
 Quien mató al conde Lozano.—
 Como lo oyera Rodrigo
 En hito los ha mirado:
 Con alta y soberbia voz
 D'esta manera ha hablado:
 —Si hay alguno entre vosotros
 Su pariente ó adegudado,
 A quien pese de su muerte,
 Salga luego á demandallo,
 Yo se lo defenderé
 Quiera á pié, quiera á caballo.
 Todos responden á una:
 —Demándelo su pecado.—
 Todos se aparearon juntos
 Para al Rey besar la mano
 Rodrigo solo quedó
 Encima de su caballo.
 Entónces habló su padre,
 Bien oiréis lo que ha hablado.
 —Apeaos, hijo mio,
 Besaréis al Rey la mano,
 Porqu'él es vuestro señor,
 Vos, hijo, sois su vasallo.—
 Desque Rodrigo esto oyó
 Sintióse muy agraviado:
 Las palabras que responde
 Son de hombre muy enojado.
 —Si otro me lo dijera
 Ya me lo hubiera pagado;
 Mas por mandarlos vos, padre,
 Yo lo haré de buen grado.—
 Ya se apeaba Rodrigo
 Para al Rey besar la mano;
 Al hincar de la rodilla
 El estoque se ha arrancado.
 Espantóse d'esto el Rey,
 Y dijo como turbado:
 —Quitate, Rodrigo, allá
 Quitate me allá, diablo,
 Que tienes el gesto de hombre,
 Y los hechos de leon bravo.—
 Como Rodrigo esto oyó
 Aprieta pide el caballo:
 Con una voz alterada,
 Contra el Rey así ha hablado:
 —Por besar mano de rey²
 No me tengo por honrado;
 Porque la besó mi padre
 Me tengo por afrentado.—
 En diciendo estas palabras
 Salido se ha del palacio:
 Consigo se los tornaba
 Los trescientos hijodalgo:
 Si bien vinieron vestidos,
 Volvieron mejor armados,
 Y si vinieron en mulas
 Todos vuelven en caballos.

(Cancionero de Romances.)

¹ Este romance es uno de aquellos donde el espíritu de caballerismo feudal ha falseado el carácter noblemente respetuoso, pero firme y severo, con que asimilándole á sí mismo, el plugo al pueblo adornar al Cid, su héroe predilecto. Este, en el dicho romance, no es el noble castellano, ni el adalid popular y de su rey al mismo tiempo, sino uno de los paladines francos de la corte de los débiles monarcas sucesores de Carlo-Magno. Por mas que una idea equivocada lo pretenda, el Cid ni es ni pudo ser un Roldán, ni un Reinaldos. Nuestro héroe es por eso un hombre de buenas proporciones, y no un gigante descomunal; es devoto, fiel y santificado, no encantado ni encantador; es sencillo y rudo, pero sin brillante ni prestado colorido; es severo, justo y sumiso, mas no arrogante é insolente con sus reyes despues de que por tales los ha reconocido. Ante Fernando I aparece brioso y agradecido; sesudo y leal consejero ante Don Sancho II; y en sus reyertas con Alfonso VI, siempre mas interesado en el honor y en el respeto debido á la corona, que no en su propio bienestar. Sometido á las órdenes del Monarca, ultrajado por él, destrerrado de Castilla, ¿qué hará el héroe castellano? — Obedecer, disculparse con

decorosa enerjía; partir á su destierro, conquistar el país enemigo, y deponer los despojos adquiridos, ante los pies de aquel que reconocia por su soberano, por mas que injusta y duramente le tratase. Tal á lo menos es el Cid genuino y popularmente caracterizado en el poema cuyo fragmento publicó Sanchez en su primer tomo de las poesías anteriores al siglo xv, y tal el de las mas antiguas crónicas y romances que de él tratan. ¿En qué se parece este Cid al del romance que anotamos, donde aparece, sin por qué ni para qué, insultando á un rey, que por cierto no era de los débiles de los cobardes, ni de los que tenían ménos fuerza? Sin embargo, el tipo del Cid en este romance, á no dudar juglaresco, se encuentra en una muy antigua composicion, parte en prosa, parte rimada, que se halla al fin de un códice de letra de principios del siglo xv, y que contiene ademas la crónica del Cid. Este poema, ó como quiera llamarse, debe presumirse obra de un juglar que con pretensiones de poeta artistico reduce á versos largos, de forma francesa, los redondillos de la nuestra nacional, y que ha podido aceptar, una vez siquiera, el tipo caballeresco extraño, para aplicarlo al héroe español que cantaba. Conforme casi siempre con el carácter que prestan al Cid las crónicas, los poemas y los romances, solo lo desfigura notablemente en el trozo que pudo servir de asunto á la composicion que anotamos. En él se supone que despues de haber el Cid muerto al conde Lozano de resultas de una riza ocurrida entre los pastores de ambos, Doña Jimena pide al Rey que la case con aquel héroe, para indemnizarla de la pérdida de su padre. A este fin y para tratar la boda, llama el Rey á Diego Lainez, padre del Cid, á su corte; mas este, receloso de alguna asechanza, le acompaña seguido de muchos vasallos armados. Así llegan á Zamora ante el Rey, cuya mano besó humilde Diego Lainez, mientras Rodrigo se resistia á ello. Dice así el texto del poema:

*Allegó don Diego Laynes al rey berrarle la mano.
 Quando esto vió Rodrigo voltió los ojos, todos iban derramando.
 Auien muy grant pavor del, é muy grande espanto.
 Allegó don Diego Laynes al rey berrarle la mano.
 Rodrigo fincó los ojos por le besar la mano.
 El espada traía luenga; el rey fue mal espantado.
 A grandes voces dixo: — Tratame allá esse peccado.—
 Dixo estonce Don Rodrigo: — Querria mas un clavo,
 Que vos seades mi señor, nin yo vuestro vasallo.
 Porque vos la besó mi padre, rey yo mal amansellado.—*

Se ve pues claramente que la tradicion, conservada ó inventada en este fragmento del referido poema, sirvió de asunto al romance número 731, y que los dos últimos versos de aquel pudieron motivar los de este, que dicen:

Por besar mano de rey
 No me tengo por honrado;
 Porque la besó mi padre,
 Me tengo por afrentado.

Si se compara el poema, mas próximo sin duda á los tiempos del Cid y á su tipo original, con el romance, se advierte desde luego que al autor de aquel no se le ocultaba que pervertia el carácter del héroe castellano, atribuyéndole un hecho contrario á su cordura y no desmentida fidelidad. Por eso ha tratado de paliar el brutal exabrupto con que insulta al Rey, no solo colocando la escena en una época en que el Cid era jóven y arrebatado, y en una situacion en que se atravesaba la defensa de la vida de su padre, que éria amenazada, sino que ademas, para atenuar la culpa ó hacer que por tal no se considere, insiste é inculca tenazmente la idea de que el Cid no se consideraba vasallo, y que por lo tanto no debía al Rey Fernando el respeto y la fidelidad que el vasallaje imponia. Al contrario, el juglar autor del romance, mas lejano de la época característica del Cid y de sus tradiciones, no escrupulizó tanto falsearla y revestirla francamente de las ideas feudales que predominaban en los romances caballerescos Carolingios, ya muy popularizados cuando aquel se compuso.

El códice que contiene la composicion arriba mencionada se halla en la Biblioteca Real de Paris, al número 9,988, y Mr. Michel ha hecho, publicándolo, un servicio importantísimo á la literatura y la historia.

² Este verso y los tres que le siguen se hallan tambien insertos impropia, pero mas oportunamente, en el romance que dice: *En Santa Gadea de Burgos*, donde el Cid, ántes de reconocer por rey á Don Alfonso VI, le hace jurar tres veces, que no fué cómplice en la muerte de su hermano Don Sancho.

732.

JIMENA PIDE JUSTICIA CONTRA EL CID; MATADOR DE SU PADRE
 EL CONDE LOZANO. — IX.

(Anónimo 1.)

Grande rumor se levanta
 De gritos, armas y voces
 En el palacio del Rey
 Donde son los ricos-homes:

Baja el Rey de su aposento
 Y con él toda la corte,
 Y á las puertas de palacio
 Hallan á Jimena Gomez,
 Desmelenado el cabello,
 Llorando á su padre el Conde,
 Y á Rodrigo de Vivar
 Ensangrentado el estoque.
 Vieron al soberbio mozo
 El rostro airado que pone
 De Doña Jimena oyendo
 Lo que dicen sus clamores :
 —Justicia, buen Rey, te pido,
 Y venganza de traidores,
 Así lo logren tus fijos
 Y de sus fazañas gozes,
 Que aquel que no la mantiene
 De Rey no merece el nombre,
 Nin comer pan en manteles,
 Nin que le sirvan los nobles.
 Mira, buen Rey, que decientes
 De aquellos claros varones,
 Que á Pelayo defendieron
 Con castellanos pendones;
 Y cuando no fuera así,
 Tu brazo ha de ser conforme,
 Dando venganza á los chicos,
 Con rigor, de los mayores.
 Y tú, matador rabioso,
 Tu espada sangrienta corre
 Por esta humilde garganta
 Sujeta á su duro golpe.
 Mátame, traidor, á mí,
 No por mujer me perdones,
 Mira que pide justicia
 Contra ti Jimena Gomez.
 Pues mataste un caballero
 El mejor de los mejores,
 La defensa de la fe,
 Terror de los Almanzores,
 No es mucho, rapaz villano,
 Que te afrente y te deshore.
 La muerte, traidor, te pido,
 No me la niegues ni estorbes.—
 En esto, viendo Jimena,
 Que Rodrigo no responde,
 Y que tomando las riendas
 En su caballo se pone,
 El rostro volviendo á todos,
 Por obligallos da voces,
 Y viendo que no le signen,
 Dice. «Venganza, señores.»

(ESCOBAR, *Romancero del Cid.*)

1 Parece compuesto en el último tercio del siglo xvi.

733.

AL MISMO ASUNTO.—X.

(Anónimo¹.)

Día era de los Reyes,
 Día era señalado,
 Cuando dueñas y doncellas
 Al Rey piden aguinaldo,
 Si no es Jimena Gomez,
 Hija del conde Lozano,
 Que puesta delante el Rey,
 Desta manera ha hablado :
 —Con mancilla vivo, Rey,
 Con ella vive mi madre;
 Cada día que amanece
 Veo quien mató á mi padre
 Caballero en un caballo
 Y en su mano un gavilane;
 Otras veces un halcon
 Que trae para cazare,
 Y por me hacer mas enojo
 Cebalo en mi palomare :
 Con sangre de mis palomas

Ensangrentó mi brial.
 Enviéselo á decir,
 Envióme á menazare
 Que me cortará mis haldas
 Por vergonzoso lugare²,
 Me forzará mis doncellas
 Casadas y por casare;
 Matárame un pajeico
 So haldas de mi brial.
 Rey que no hace justicia
 No debía de reinare,
 Ni cabalgar en caballo,
 Ni espuela de oro calzare,
 Ni comer pan en manteles,
 Ni con la Reina holgare,
 Ni oír misa en sagrado,
 Porque no merece mase.—
 El Rey de que aquesto oyera
 Comenzara de hablare :
 —¡Oh váleme Dios del cielo!
 Quiérame Dios consejare :
 Si yo prendo ó mato al Cid,
 Mis Cortes se volverane;
 Y si no hago justicia
 Mi alma lo pagará.
 —Tén tú las tus Cortes, Rey,
 No te las revuelva nadie,
 Y al que á mi padre mató
 Dámelo tú por igual,
 Que quien tanto mal me hizo
 Sé que algun bien me hará.—
 Entonces dijera el Rey,
 Bien oiréis lo que dirá :
 —Siempre lo oí decir,
 Y agora veo que es verdade,
 Que el seso de las mujeres
 Que non era naturale :
 Hasta aquí pidió justicia,
 Ya quiere con él casare :
 Yo lo haré de muy buen grado,
 De muy buena voluntad.
 Mandarle quiero una carta,
 Mandarle quiero llamare.—
 Las palabras no son dichas,
 La carta camino vae,
 Mensajero que la lleva
 Dado la había á su padre.
 —Malas mañas habeis, Conde,
 No os las puedo yo quitare,
 Que cartas que el Rey os manda
 No me las queráis mostrare.
 —No era nada, mi fijo,
 Sino que vades allá,
 Quedaos vos aquí, mio hijo,
 Yo iré en vuestro lugare.
 —Nunca Dios tal cosa quiera
 Ni Santa Maria lo mande,
 Sino que adonde vos fuéredes
 Que allá vaya yo delante.

(*Cancionero de romances.*)

¹ Romance es este que debiera haberse colocado ántes del del número 731, pues procede del mismo fragmento del poema que le prestó asunto, y es, por decirlo así, el que motiva la salida del Cid acompañando á su padre cuando acudió al llamamiento del Rey (véase la nota de aquel). Si el romance no es genuinamente primitivo, á lo menos parece poco alterado por la tradición oral, y los juglares que la conservaron. Su antigüedad remota no parece dudosa, y se percibe en sus formas rudas, pero sencillas y enérgicas, en su lenguaje, en su frase y en sus modos de decir.

² Desde este verso al de *Rey que no hace justicia*, etc., es un fragmento que se halla casi literalmente incluido en el primer romance de los Infantes de Lara, que empieza: *A Calatrava la vieja*, y del cual es probable que se tomase. pues allí, mas bien que en este, nace la situación que expresa del mismo asunto, cuando aquí apenas se percibe su conveniencia. En tal caso será evidente que el romance de los Infantes es mucho mas viejo que el del Cid, y que el juglar que compuso este tomó de aquel dicho fragmento, que sería proverbial y muy popular.

754.

AL MISMO ASUNTO.—XI.

(Anónimo ¹.)

En Búrgos está el buen Rey
Asentado á su yantare,
Quando la Jimena Gomez
Se le vino á querellare.
Cubierta toda de luto,
Tocas de negro cendale,
Las rodillas por el suelo
Comenzara de fablare:
—Con mancilla vivo, Rey,
Con ella murió mi madre;
Cada dia que amanece
Veo al que mató á mi padre
Caballero en un caballo,
Y en su mano un gavilane;
Por facerme mas despecho
Cébalo en mi palomare,
Mátame mis palomillas
Criadas y por criare;
La sangre que sale d'ellas
Teñido me ha mi brial: e
Enviéseto á decir,
Envióme á amenazare:
Rey que non face justicia,
Non debiera de reinare,
Ni cabalgar en caballo,
Ni con la Reina fablare,
Ni comer pan á manteles,
Ni ménos armas armare.—
El Rey quando aquesto oyera
Comenzara de pensare:
—Si yo prendo ó mato al Cid
Mis Cortes revolveráuse;
Pues si lo dejo de hacer
Dios me lo ha de demandare ².
Mandarle quiero una carta,
Mandarle quiero á llamare.—
Las palabras no son dichas,
La carta camino vae,
Mensajero que la lleva
Dado la habia á su padre.
Quando el Cid aquesto supo
Así comenzó á fablare:
—Malas mañas habeis, Conde,
Non vos las puedo quitare,
Que carta que el Rey vos manda
No me las quereis mostrare.
—Non era nada, mi fijo,
Si non que vades alláe;
Fincad vos acá, mi fijo,
Que yo iré en vuestro lugare.
—Nunca Dios lo tal quisiesé
Ni Santa Maria su madre,
Sino que donde vos fuéredes
Teñigo yo de ir adelante.

(ESCORBAR, *Romancero del Cid*.— II. TIMONEDA,
Rosa Española.)

¹ Conviene á este romance las observaciones de la nota puesta al del número 755, del cual puede ser modelo ó quizá reforma.

² En la *Rosa Española*, tercera parte de los romances de Timoneda, se suprimen los versos que siguen á éste, y se le sustituyen los siguientes:

Hablara Doña Jimena
Palabras bien de notare.
—Yo te lo diré, buen Rey.
Como lo has de remediaré:
Que me lo des por marido,
Con él me quieras casare,
Que quien tanto mal me hizo
Quizás algun bien me haráe.—
El Rey vista la presente,
El Cid envió á llamare,
Que venga sobre seguro
Que lo quiere perdonare.

755.

AL MISMO ASUNTO.—XII.

(Anónimo ¹.)

Delante el rey de Leon
Doña Jimena una tarde
Se pone á pedir justicia
De la muerte de su padre:
Para contra el Cid la pide
Don Rodrigo de Vivare,
Que huérfana la dejó,
Niña, y de muy poca edade.
— Si tengo razon ó non,
Bien, Rey, lo alcanzas y sabes,
Que los negocios de honra
No pueden disimularse:
Cada dia que amanece
Veo al lobo de mi sangre
Caballero en un caballo,
Por darme mayor pesare.
Mándale, buen Rey, pues puedes,
Que no me ronde mi calle.
Que no se venga en mujeres
El hombre que mucho vale.
Si mi padre afrentó al suyo,
Bien ha vengado á su padre,
Que si honras pagaron muerte
Para su disculpa basten.
Encomendada me tienes,
No consientas que me agravien,
Que el que á mi se me ficiera
Á tu corazon se face.
— Calledes, Doña Jimena,
Que me dades pena grande,
Que yo daré buen remedio
Para todos vuestros males.
Al Cid no le de ofender,
Que es hombre que mucho vale,
Y me defiende mis reinos,
Y quiero que me los guarde;
Pero yo faré un partido
Con él, que no os esté male,
De tomalie la palabra
Para que con vos se case.—
Contenta quedó Jimena
Con la merced que le face,
Que quien huérfana la fizo
Aqueso mesmo la ampare.

(*Romancero general*.)

¹ Es una imitacion del anterior, hecha en el último tercio del siglo XVI.

756.

AL MISMO ASUNTO.—XIII.

(Anónimo ¹.)

Sentado está el señor Rey
En su silla de respaldo,
De su gente mal regida
Desavenencias juzgando.
Dadivoso y justiciero
Premia al bueno y pena al malo;
Que castigos y mercedes
Hacen seguros vasallos.
Arrastrando luengos lutos
Entraron treinta hidalgos
Escuderos de Jimena,
Fija del conde Lozano.
Despachados los maceros
Quedó suspenso el palacio,
Y así comenzó sus quejas
Humillada en los estrados:
— Señor, hoy hace seis meses
Que murió mi padre á manos
De un muchacho, que las tuyas
Para matador criaron.

Cuatro veces he venido
A tus piés, y todas cuatro
Alcancé prometimientos,
Justicia jamas alcanzo.
Don Rodrigo de Vivar,
Rapaz orgulloso y vano,
Profana tus justas leyes,
Y tú amparas un profano:
Tú le celas, tú le encubres,
Y despues de puesto en salvo
Castigas á tus merinos,
Porque no pueden prendallo.
Si de Dios los buenos reyes
La semejanza y el cargo
Representan en la tierra
Con los humildes humanos,
Non debiera de ser rey
Bien temido y bien amado,
Quien fallestes en la justicia
Y esfuerza los desacaos.
; Mal lo miras! mal lo piensas!
Perdona si mal te fablo,
Que la injuria en la mujer
Vuelve el respeto en agravio.
—No haya mas, gentil doncella,
Respondió el primer Fernando,
Que ablandaran vuestras quejas
Un pecho de acero y mármol.
Si yo guardo á Don Rodrigo,
Para vuestro bien lo guardo;
Tiempo vendrá que por él
Convirtais en gozo el llanto.—
En esto llegó á la sala
De Doña Urraca un recado,
Asióla del brazo el Rey,
Donde está la Infanta entraron.

(Romancero general. — It. ESCOBAR, Romancero del Cid.)

¹ Parece de fines del siglo xvi.

737.

RODRIGO PRENDE CINCO REYES MOROS, QUE LE DAN EL TÍTULO DE CID, Y SE LE RECONOCEN TRIBUTARIOS. — XIV.

(Anónimo ¹.)

Reyes moros en Castilla
Entran con gran alarido;
De moros son cinco reyes,
Lo demas mucho gentío.
Pasaron por junto á Búrgos,
A Montes-d'Oca han corrido,
Y corriendo á Belforado,
Tambien á Santo Domingo,
A Nájera y á Logroño,
Todo lo habian destruido.
Lleuan presa de ganados,
Muchos cristianos cautivos,
Hombres muchos y mujeres,
Y tambien niñas y niños.
Ya se vuelven á sus tierras
Bien andantes y muy ricos,
Porque el Rey, ni otro ninguno,
A quitárselo han salido.
Rodrigo cuando lo supo
En Vivar, el su castillo,
Mozo es de pocos dias,
Los veinte años no ha cumplido,
Cabalga sobre Babieca,
Y con él los sus amigos:
Apellidara á la tierra;
Mucha gente le ha venido.
Gran salto diera en los moros:
En Montes-d'Oca, el castillo,
Venciera todos los moros
Y prendió los reyes cinco
Quitárales la gran presa

Y gentes que iban cautivos;
Repartiera las ganancias
Con los que le habian seguido,
Los Reyes trajera presos
A Vivar, el su castillo;
Entrególos á su madre,
Ella los ha recibido;
Soltólos de la prison,
Vasallaje han conocido,
Y á Rodrigo de Vivar
Todos lo han bendecido.
Loaban su valentia,
Sus parias le han prometido;
Fuéronse para sus tierras
Cumpliendo lo que habian dicho.

(SEPÚLVEDA, Romances nuevamente sacados, etc.
— It. ESCOBAR, Romancero del Cid.)

¹ Es uno de los anónimos que incluyó Sepúlveda entre los suyos, y puede considerarse como de su tiempo y de su escuela.

738.

PIDE JIMENA AL REY QUE LA DESPOSE CON EL CID, EN RESARCIMIENTO DE LA ORFANDAD EN QUE LA DEJÓ POR HABER MUERTO Á SU PADRE. — XV.

(Anónimo ¹.)

De Rodrigo de Vivar
Muy grande fama corria:
Cinco reyes ha vencido
Moros de la morería.
Soltólos de la prison
Do metidos los tenia;
Quedaron por sus vasallos,
Sus parias le prometian.
En Búrgos estaba el rey
Que Fernando se decia;
Aquesa Jimena Gomez
Ante el buen Rey parecia:
Humilládose habia ant'él
Y su razon proponia:
—Fija soy yo de Don Gomez
Que en Gormaz condado habia:
Don Rodrigo de Vivar
Le mató con valentia.
La menor soy yo de tres
Hijas que el Conde tenia,
Y vengo á os pedir merced,
Que me hagais en este dia,
Y es que aquesa Don Rodrigo
Por marido yo os pedia.
Ternéme por bien casada,
Hourada me contaria,
Que soy cierta que su hacienda
Ha de ir en mejoría,
Y él mayor en el estado
Que en la vuestra tierra habia.
Haréisme así gran merced,
Hacer á vos bien vernia,
Porqu'es servicio de Dios,
Y yo le perdonaria
La muerte que dió á mi padre,
Si él aquesto concedia.—
El Rey hobo por muy bien
Lo que Jimena pedia:
Escrebiérale sus cartas,
Que viniese, le decia,
A Plasencia donde estaba,
Qu'es cosa que le cumpla.
Rodrigo, que vió las cartas
Que el rey Fernando le envia,
Cabalgó sobre Babieca,
Muchos en su compañía:
Todos eran hijosdalgo
Los que Rodrigo traia;
Armas nuevas traian todos,
De una color se vestian;

Amigos son y parientes,
 Todos á él lo seguian.
 Trescientos eran aquellos
 Que con Rodrigo venian.
 El Rey salió á recibirlo,
 Que muy mucho lo queria:
 Dijo el Rey: — Don Rodrigo,
 Agradézcoos la venida,
 Que áquesa Jimena Gomez
 Por marido á vos pedia,
 Y la muerte del su padre
 Perdoadada os la tenia:
 Yo vos ruego que lo hagais,
 D'ello gran placer habria:
 Hacervos he gran merced,
 Muchas tierras os daria.
 —Pláceme, Rey mi señor,
 Don Rodrigo respondia.
 En esto y en todo aquello
 Que tu voluntad seria.—
 El Rey se lo agradeció;
 Desposados los habia
 El obispo de Palencia,
 Y el Rey dádole habia
 A Rodrigo de Vivar
 Mucho mas que ántes tenia,
 Y amó en su corazon,
 Que todo lo merecia.
 Despidiérase del Rey,
 Para Vivar se volvia,
 Consigo lleva su esposa,
 Su madre la recebia:
 Rodrigo se la encomienda
 Como á su persona misma;
 Prometiò como quien era
 Que á ella no llegaría
 Hasta que las cinco huestes
 De los moros no vencia².

(SEPÚLVEDA, *Romances nuevamente sacados*, etc.
 —II. ESCOBAR, *Romancero del Cid*.)

¹ Compárese esta genuina tradicion del Cid, con la del fragmento del poema que citamos en la nota del número 731, y con el romance que señala, para percibir mejor las diferencias que existen entre el Cid puramente castellano, y el que desfiguraron los juglares con caracteres propios del feudalismo caballeresco.

² En el poema citado en la nota al romance 731, hace el Cid, como por despecho, la misma promesa de no consumir su matrimonio, y conservar intacta á su esposa, hasta que haya vencido y cautivado cinco reyes moros. En los romances caballerescos de los juglares se ven con frecuencia juramentos de esta clase, donde los paladines ofrecen imponerse privaciones graves hasta obtener una venganza, ó dar cabo á una aventura.

739.

CASAMIENTO DEL CID CON JIMENA.—XVI.

(Anónimo 1.)

A Jimena y á Rodrigo
 Prendió el Rey palabra y mano
 De juntarlos para en uno
 En presencia de Lúin Calvo.
 Las enemistades viejas
 Con amor las olvidaron;
 Que donde preside amor
 Se olvidan muchos agravios.
 El Rey dió al Cid á Valduerna,
 A Saldaña y Belforado,
 Y á San Pedro de Cardaña,
 Que en su hacienda vincularon.
 Entróse á vestir de boda
 Rodrigo con sus hermanos;
 Quitóse gala y arnes
 Resplandeciente y grabado:
 Púsose un medio botarga
 Con unos vivos morados,
 Calzas, balona tudésca

De aquellos siglos dorados,
 Eran de grana de polvo,
 Y de vaca los zapatos,
 Con dos hebillas por cintas
 Que le apretaban los lados;
 Camison redondo y justo,
 Sin filetes ni recamos,
 Que entónces el almidon
 Era pan para muchachos;
 Con jubon de raso negro,
 Ancho de manga, estofado,
 Que en tres ó cuatro batallas
 Su padre lo habia sudado.
 Una acuchilada cuera
 Se puso encima del raso,
 En remembranza y memoria
 De las muchas que habia dado,
 Una gorra de Contray,
 Con una pluma de gallo;
 Llevaba puesto un tudesco
 En felpa todo forrado;
 La tizona rabitiesa,
 Del mundo terror y espanto,
 En tiros nuevos traía,
 Que costaron cuatro cuartos.
 Mas galan que Gerineldos
 Baja el Cid famoso al patio,
 Donde Rey, Obispo y Grandes
 En pié estaban aguardando.
 Tras esto bajó Jimena
 Tocada en toca de papos,
 Y no con estas quimeras
 Que agora llaman hurracos.
 De paño de Lóndres fino
 Era el vestido bordado,
 Unas garnachas muy justas
 Con un chapin colorado,
 Un collar de ocho patenas
 Con un San Miguel colgado,
 Que apreciaron una villa,
 Solamente de las manos.
 Llegaron juntos los novios,
 Y al dar la mano y abrazo,
 El Cid mirando la novia
 Le dijo todo turbado:
 —Maté á tu padre, Jimena,
 Pero no á desguisado,
 Matéle de hombre á hombre
 Para vengar cierto agravio.
 Maté hombre, y hombre doy,
 Aquí estoy á tu mandado,
 Y en lugar del muerto padre
 Cobraste marido honrado.—
 A todos pareció bien,
 Su discrecion alabaron,
 Y así se hicieron las bodas
 De Rodrigo el castellano.

(*Romancero general*. — II. ESCOBAR, *Romancero del Cid*.)

¹ Indica este romance muchas cosas interesantes sobre las costumbres viejas, y algunas contrapuestas indirectamente á los usos del último tercio del siglo xvi, donde descollaba un lujo mas refinado que en los anteriores. El modo de dotar ó galardonar los reyes á los que favorecian, á costa de los bienes de la corona, ó del Estado; el acompañamiento de una boda, los trajes de los novios, están descritos de un modo claro, sencillo, festivo y un tanto satírico y punzante. El continente turbado, y el saludo serio, severo, pero sentido y cortés, que hace el Cid á Jimena al darla la mano, retrata muy bien las costumbres de nuestros tiempos guerreros; donde era comun que la union y reconciliacion de las familias se sellase con matrimonios entre los agraviados. Esta verdad histórica no hizo Corneille, en su tragedia del *Cid*, mas que iniciarla, pues en el siglo xvii, y en la corte de Luis XIV, de Francia, se hubiera tenido por inmoral el desenlace de un drama, en el cual una hija se desposase con el matador de su padre.

740.

AL MISMO ASUNTO.—XVII.

(Anónimo ¹.)

A su palacio de Búrgos,
 Como buen padrino honrado,
 Llevaba el Rey á yantar
 A sus nobles afijados.
 Salen juntos de la Iglesia
 El Cid, el Obispo y Lain Calvo,
 Con el gentío del pueblo
 Que les iba acompañando.
 Por la calle adonde van
 A costa del Rey gastaron
 En un arco muy polido
 Mas de treinta y cuatro cuartos.
 En las ventanas alfombras,
 En el suelo juncia y ramos,
 Y de trecho á trecho habia
 Mil trovas al desposado.
 Salió Pelayo hecho toro
 Con un paño colorado,
 Y otros que le van siguiendo,
 Y una danza de lacayos.
 Tambien Antolin salió
 A la gineteta en un asno,
 Y Pelaez con vejigas
 Fuyendo de los mochachos.
 Diez y seis maravedis
 Mandó el Rey dar á un lacayo
 Porque espantaba á las fembras
 Con un vestido de diablo.
 Mas atras viene Jimena
 Trabándola el Rey la mano,
 Con la Reina su madrina,
 Y con la gente de manto.
 Por las rejas y ventanas
 Arrojabán trigo tanto,
 Que el Rey llevaba en la gorra,
 Como era ancha, un gran puñado,
 Y á la homildosa Jimena
 Se le metían mil granos,
 Por la marquesota, al cuello,
 Y el Rey se los va sacando.
 Euvioso dijo Suero,
 Que lo oyera el Rey, en alto:
 —Aunque es de estimar ser rey,
 Estimara mas ser mano.—
 Mandóle por el requiebro
 El Rey un rico penacho,
 Y á Jimena le rogó
 Que en casa le dé un abrazo.
 Fablándola iba el Rey,
 Mas siempre la fabla en vano,
 Que non dirá discrecion
 Como la que faz callando.
 Llegó á la puerta el gentío
 Y partiéndose á dos lados,
 Quedóse el Rey á comer
 Y los que eran convidados.

(Romancero general.)

¹ Lindisima descripción de las sencillas fiestas y bodas de una aldea. Falta saber si se usaban en tiempo del Cid, entre los cortesanos, las costumbres que aquí se retratan. De todas maneras el romance es un cuadro lleno de gracia y de chiste.

741.

TRAJES DEL CID Y DE JIMENA EN EL DIA
DE SUS BODAS.—XVIII.(Anónimo ¹.)

Domingo por la mañana
 Cuando el claro sol salió
 Mas alegre que otras veces
 Por gozar de la ocasion,

Don Rodrigo de Vivar,
 El que la palabra dió
 De casarse con Jimena,
 Ese dia la cumplió:
 Y para ir á la iglesia
 A tomar la bendicion,
 Por mostrar lo que valia,
 ¡Oh qué galan que salió!
 Que de raso columbino
 Llevaba un rico jubon,
 Calza colorada y justa,
 Porque su gusto ajustó,
 Bohemio de paño negro,
 De raso la guarnición,
 La manga larga y angosta
 Con capilla de buitron;
 Jaqueta lleva de raja,
 Y en ella mucho brahon,
 Y las faldetas tan cortas,
 Que se parece el jubon:
 Lleva un cinto tachonado,
 De plata los cabos son,
 Pendiente lleva del cinto
 Un doblado mocaador:
 Zapatos lleva de seda
 De un amarillo color,
 Abiertos y acuchillados
 Porque era acuchillador:
 Un collar de piedras y oro
 Que al muerto suegro sirvió,
 La gorra lleva con plumas,
 Y un labrado camison,
 Y la tizonada espada
 A quien él mucho estimó,
 De terciopelo morado
 Los tiros y vaina son.
 Todos los grandes le aguardan,
 Cuantos en la corte son:
 Sale el Cid, y hacenle campo
 Porque era Cid Campeador.
 El Rey le lleva á su lado,
 Que en hacerlo adivinó,
 Que de otros muy muchos reyes
 Rodrigo le hará señor.
 Todos le llevan en medio
 En órden y procesion,
 Y para ir á la iglesia
 Todos se mueven á un son.

(Romancero general.)

¹ Repeticion de la idea y pensamiento que se manifiesta en el romance número 739.

742.

EL CID VA EN ROMERÍA Á SANTIAGO.—MILAGRO
DEL GAFO.—XIX.(Anónimo ¹.)

Ya se parte Don Rodrigo,
 Que de Vivar se apellida,
 Para visitar Santiago,
 Adonde va en romería.
 Despidióse de Fernando,
 Aqueso rey de Castilla,
 Que le dió muchos haberes,
 Sin dones que dado habia.
 Veinte vasallos consigo
 Llevaba en su compañía;
 Mucho bien y gran limosna
 Hacia por donde iba:
 Daba á comer á los pobres,
 Y á los que pobreza habian.
 Siguiendo por su camino
 Muy grande llanto oia,
 Que en medio de un tremedal,
 Un gafo triste plañia,
 Dando voces que lo saquen

Por Dios y Santa María.
 Rodrigo cuando lo oye,
 Para el gafo se venía,
 Decendiera de la bestia,
 En tierra se decendia :
 En la silla lo subió,
 Delante sí lo ponía ;
 Llegaron á la posada
 Do albergaron aquel día.
 Sentados son á cenar,
 Comian á una escudilla.
 Gran enojo habian los suyos,
 De aquesto que el Cid hacia :
 No quieren estar presentes,
 A otra posada se iban.
 Hicieron al Cid y al Gafo
 Una cama en que dormían
 Ambos, cuando á media noche,
 Ya que Rodrigo dormía,
 Un soplo por las espaldas
 El Gafo dado le había ;
 Tan recio fué, que á los pechos
 A Don Rodrigo salía.
 Despertó muy espantado,
 Al Gafo buscado había :
 No lo hallaba en la su cama,
 A voces lumbre pedía.
 Traídole habian la lumbre,
 El Gafo no parecía ;
 Tornado se había á la cama,
 Gran cuidado en sí tenía
 De lo que le aconteciera,
 Mas vió un hombre que á él venía
 Vestido de paños blancos,
 Y que aquesto le decia :
 — ¿ Duermes ó velas, Rodrigo ?
 — No duermo, le respondía,
 Pero dime : ¿ quién tú eres
 Que tanto resplandecias ?
 — San Lázaro soy, Rodrigo,
 Yo, que á te hablar venía ;
 Yo soy el gafo á que tú
 Por Dios tanto bien hacías.
 Rodrigo, Dios bien te quiere,
 Otorgado te tenía
 Que lo que tú comenzares
 En lides, ó en otra guisa,
 Lo cumplirás á tu honra
 Y crecerá cada día.
 De todos serás temido,
 De cristianos y morisma,
 Y que los tus enemigos
 Empecerte no podrian.
 Morirás tú muerte honrada,
 No tu persona vencida,
 Tú serás el vencedor,
 Dios su bendicion te envía.—
 En diciendo estas palabras
 Luego se desaparecia :
 Levantóse Don Rodrigo
 Y de hinojos se ponía ;
 Dió gracias á Dios del cielo,
 Tambien á Santa María ;
 Así estuvo en oracion
 Hasta que fuera de día.
 Partiérase á Santiago,
 Su romería cumplía ;
 De allí se fué á Calahorra
 Adonde el buen Rey yacia.
 Muy bien lo había recebido,
 Holgóse con su venida,
 Lidió con Martín Gonzalez,
 Y en el campo lo vencía.

(SERÉLVEBA, Romances nuevamente sacados, etc.)

¹ Un pueblo que, como el castellano, peleaba por su Dios, por su independencia y por su libertad, contra los enemigos de su fe, nunca consideraba como héroes á los valientes y arrojados, si además no eran religiosos y devotos. En sus victorias ó derrotas, el hombre era el instrumento, y Dios la

causa que premiaba ó castigaba. Esta verdad sublime se hacia material y comprensible con supuestos milagros, que los monjes inventaban ó creían ver, y que espacian entre el pueblo. Y no se crea que esta fe de la ignorancia contribuyó poco á sostener el valor castellano, pues los soldados, persuadidos del favor del cielo que por medio de los santos obtenían, se arrojaban á la pelea con entusiasmo; y vencedores, se entregaban á la esperanza de otras victorias, y vencidos, tornaban á pelear en otras ocasiones con mas esfuerzo. No es extraño pues que el pueblo creyese la tradicion de la romería del Cid á Santiago, ni que aceptase el milagro del Gafo, ni aun que el mismo héroe, en circunstancias dadas, la soñase y la diese entera fe: en tal época y en casos tales lo imaginario se confunde con la realidad. Lo cierto es, que si esto fué inventado por los monjes, y creído además, también el pueblo lo creyó; y esta tradicion es tan remota, cuando ménos, como la crónica del Cid, y la general de España, de donde tomó el autor el asunto del romance.

745.

AL MISMO ASUNTO. — XX.

(Anónimo¹.)

Celebradas ya las bodas,
 A do la corte yacia
 De Rodrigo con Jimena,
 A quien tanto el Rey queria,
 El Cid pide al Rey licencia
 Para ir en romería
 Al apóstol Santiago,
 Porque así lo prometía.
 El Rey túvolo por bien,
 Muchos dones le daría ;
 Rogóle volviese presto
 Que es cosa que le cumplía.
 Despidióse de Jimena,
 A su madre le daría,
 Diciendo que la regale,
 Que en ello merced le haría
 Llevaba veinte fidalgos,
 Que van en su compañía :
 Dando va muchas limosnas,
 Por Dios y Santa María,
 Y allá en medio del camino,
 Un gafo le aparecia,
 Metido en un tremedal,
 Que salir dél no podia.
 Grandes voces está dando ;
 Por amor de Dios pedía
 Que le sacasen de allí,
 Pues d'ello se serviría.
 Cuando lo oyerá Rodrigo
 Del caballo descendía ;
 Ayudólo á levantar
 Y consigo lo subía.
 Lleváralo á su posada,
 Consigo cenado había ;
 Ficiérala una cama,
 En la cual ambos dormían.
 Hacia allá á la media noche,
 Ya que Rodrigo dormía,
 Un soplo por las espaldas
 El Gafo dado le había,
 Tan recio, que por los pechos
 A Don Rodrigo salía.
 Despertó muy espantado,
 Al Gafo buscado había ;
 No le hallaba en la cama,
 A voces lumbre pedía :
 Traídole habian lumbre,
 Y el Gafo no parecía.
 Tornándose había á la cama ;
 Gran cuidado en sí tenía
 De lo que le aconteciera,
 Mas un hombre á él venía
 Vestido de blancos paños,
 Desta manera decía.
 — ¿ Duermes, ó velas, Rodrigo ?
 — No duermo, le respondía ;
 Pero ¿ dime tú quién eres,

Que tanto resplandecias?
 — San Lázaro soy, Rodrigo,
 Que yo á hablarte venia.
 Yo soy el gafó á que tú
 Por Dios tanto bien facias.
 Rodrigo, Dios bien te quiere,
 Y otorgado te tenia,
 Que lo que tú comenzares
 En lides ó en otra vía,
 Lo cumplirás á tu honra
 Y crecerás cada día:
 De todos serás temido,
 De cristianos y morisma,
 Y que los tus enemigos
 Empecer no te podrian.
 Morirás tú muerte honrada,
 Tu persona no venciada:
 Tú serás el vencedor,
 Dios su bendicion te envía.—
 En diciendo estas palabras,
 Luego desaparecia.
 Levantóse Don Rodrigo,
 Y de hinojos se ponía:
 Dió gracias á Dios del cielo,
 Tambien á Santa Maria,
 Y así estuvo en oracion
 Hasta que fuera de día.
 Partióse para Santiago,
 Su romeria cumplía:
 De allí se fué á Calahorra,
 A donde el buen Rey yacia.
 Recibiórlo muy bien,
 Holgóse de su venida;
 Lidió con Martín Gonzalez,
 En el campo le vencia.

(Escobar, *Romancero del Cid*.)

⁴ Véase el anterior, número 742, del cual es este una reproducción modificada.

744.

REMITIDA Á DUELO SINGULAR LA POSESION DE CALAHORRA,
 EL CID, CAMPEON POR CASTILLA, VENGE Á MARTIN GON-
 ZALEZ, QUE LO ERA POR ARAGON.— XXI.

(Anónimo ¹.)

Sobre Calahorra, esa villa,
 Contienda se ha levantado,
 Entre el buen rey de Leon.
 Llamado el primer Fernando,
 Y Ramiro de Aragon
 Cuyo reino es el nombrado,
 Que ambos los reyes dicen
 Que es villa de su reinado.
 Por quitar muertes y guerras,
 Los reyes han acordado
 Que lidien dos caballeros,
 Cada uno de su bando;
 Y el que de aquestos venciere,
 Que su rey la haya á su mando.
 Fernando nombró á Rodrigo
 De Vivar, el muy nombrado;
 Ramiro á Martín Gonzalez,
 Muy valiente y esforzado.
 Armados ambos que son,
 En el campo son entrados:
 En haciendo la señal,
 Muy recio se han encontrado;
 Quebraron ambos las lanzas,
 Quedaron muy lastimados,
 Mal feridos de los fierros,
 De los encuentros pasados.
 Martín le dijo á Rodrigo,
 De esta suerte le habia hablado:
 —Mucho, Rodrigo, vos pese
 De haber sido tan osado
 De entrar conmigo en batalla
 De do saldréis mal pagado;

Que aquesa vuesa cabeza
 Aquí quedará en el campo:
 Non volveréis á Castilla,
 Ni á Vivar, el vuestro Estado,
 Ni Jimena vuestra esposa
 Jamas vos verá á su lado.
 Aunque dicen que la amais,
 Y que d'ella sois amado.—
 De las palabras que ha dicho,
 Mucho á Rodrigo ha pesado,
 Y con saña muy crecida
 Así le habia hablado:
 —Sois Martín, buen caballero,
 Notad lo por vos hablado:
 Aquesas vuestras palabras,
 No son de hombre esforzado,
 Que aquesta lid comenzada,
 Por manos se habrá librado,
 Non por razones livianas
 De que sois tan abastado.
 En la mano de Dios es
 Lo que habeis vos razonado,
 Y él dará la honra á quien
 Viere qu'es bien empleado.—
 Dijo, y con crecido enojo
 Para él se fué denodado;
 Muchas heridas le dió,
 En tierra lo ha derribado.
 Don Rodrigo se apeó,
 La cabeza le ha cortado,
 Y la sangre de su espada
 Luego la habia limpiado.
 Las rodillas por el suelo,
 Las manos puestas en alto,
 Muchas gracias daba á Dios
 Que tal victoria le ha dado;
 Y dijoles á los jueces,
 Esto les ha preguntado:
 —;Queda aquí mas por hacer
 Para que sea del reinado
 De mi señor, Calahorra,
 Sobre que se ha batallado?—
 Respondieron todos juntos:
 —No, caballero esforzado,
 Que en la batalla pasada
 El derecho le es quitado
 A Ramiro, aqueso rey,
 Que decia ser de su Estado.—
 Fernando abrazó á Rodrigo,
 Tiénelo por estimado:
 Del Rey era muy querido,
 De todo el mundo loado.

(SEPÚLVEDA, *Romances nuevamente sacados*, etc.)

¹ No es de Sepúlveda, pero sí de la misma clase que los suyos.

745.

QUÉJASE JIMENA AL CID DE QUE LA DEJA POR ACUDIR
 Á LAS BATALLAS.— XXII.

(Anónimo ¹.)

Al arma, al arma, sonaban
 Los pifaros y tambores:
 Guerra, fuego, sangre, dicen
 Sus espantosos clamores.
 El Cid apresta su gente,
 Todos se ponen en órden,
 Cuando llorosa y humilde
 Le dice Jimena Gomez:
 —«Rey de mi alma, y d'esta tierra conde,
 ;Por qué me dejas? ;Dónde vas? Adónde?»
 Que si eres Marte en la guerra,
 Eres Apolo en la corte,
 Donde matas bellas damas,
 Como allá moros feroces
 Ante tus ojos se postran
 Y de rodillas se ponen

Los reyes moros, las hijas
De Reyes cristianos nobles.
« Rey de mi alma, etc. »
Ya truecan todos las galas
Por lucidos morriones,
Por arneses de Milan
Los blandos paños de Lóndres :
Las calzas por duras grevas,
Por mallas guantes de flores;
Mas nosotros trocarémos
Las almas y corazones.

« Rey de mi alma, etc. »
Viendo las duras querellas
De su querida consorte,
No puede sufrir el Cid
Que no la consuele y lllore.
—Enjugad, señora, dice,
Los ojos hasta que torne.—
Ella mirando los suyos
Su pena publica á voces :
—« Rey de mi alma, y d'esta tierra conde,
¿ Por qué me dejas? ¿ Dónde vas? Adónde? »

(Romancero general.)

4 Buen romance de la última década del siglo xvi, lleno de ternura y sentimiento. No es tradicional, porque es toda creación del poeta, que aceptando la situación la expresa con toda la sensibilidad de su alma.

746.

QUÉJASE JIMENA DE QUE EL CID ACUDE MAS Á LAS BATALLAS
QUE NO Á ELLA.—XXIII.

(Anónimo 1.)

La noble Jimena Gomez,
Hija del conde Lozano,
Con el Cid, marido suyo,
Sobremesa estaba hablando,
Triste, quejosa y corrida
En ver que el Cid haya dado
En despreciar su compañía
Por preciarse de soldado.
Sospechaba que el enojo
Del muerto conde Lozano
Vengaba de nuevo en ella,
Aunque estaba bien vengado;
Y con este sentimiento,
Tiernamente suspirando,
Con lágrimas amorosas
Así le dijo llorando :
—¡ Desdichada la dama cortesana,
Que casa lo mejor que casar puede,
Y dichosa en extremo la aldeana,
Pues no hay quien de su bien la desherede!
Pues si amanece sola á la mañana,
No hay sueño por la tarde que la vede
De anochecer al lado de su cuido,
Segura de la ausencia y daño suyo.

No la despiertan sueños de pelea,
Sino el sediento hijuelo por el pecho;
Con dársele y mecer'e se recrea
Dejándole dormido y satisfecho :
Piensa que todo el mundo está en su aldea,
Y debajo un pajizo y pobre techo,
De dorados palacios no se cura,
Que no consiste en oro la ventura.
Viene el di-santo, múdase camisa,
Y la saya de boda alegremente,
Corales y patena por divisa
De gozo y libertad que el alma siente :
Vase al solaz, y en él con gozo y risa
A la vecina encuentra ó al pariente,
De cuyas rudas pláticas se goza
Y en años de vejez la juzgan moza.—
No quiso el Cid que Jimena
Se le aqueje y duela tanto,
Y en la cruz de su tizona,
Espada que ciñe al lado,

Le jura de no volver
Mas al fronterizo campo,
Y vivir gozando de ella
Y de su noble condado.

(Romancero general.)

4 Este romance y el que le sigue son de la misma época del anterior, que aunque no tan buenos, no carecen de interes.

747.

AL MISMO ASUNTO.—XXIV.

(Anónimo 1.)

—Espántame, mi Rodrigo,
Que teniendo ya experiencia
De la fe que hay en mi alma,
Si es fe la que amor gobierna,
Que así de mí os ausenteis,
Pues se sabe que una ausencia
Suele mudar á las veces
Una arraigada firmeza.
Yo no sé qué desengaño
Aquestas cosas os muestra,
O por qué así me tratis,
Si no es que queréis que muera,
« Pues que con larga ausencia
» A Jimena quitais vida y paciencia. »
Fíaisos en que os adoro,
Y no miráis la inelemencia
Del tiempo, que como tiempo
Cualquier tiempo atras se deja.
No os amenazo, Rodrigo,
Que no es tal vuestra Jimena,
Que os fará desaguizado
Aunque celos la hagan guerra.
Por dicha ¿ qué veis en mí
Que á dejarme así os convenza?
Diréis que os faltó el querer
Porque os sobró mi firmeza,
« Pues que con larga ausencia
» A Jimena quitais vida y paciencia. »
¡ Ay pechos de hombres ingratos!
Si las fembras conocieran
Vuestra tan cierta mudanza,
¿ Cómo ninguna os creyera
¿ Dó están, Rodrigo, los lloros,
Las palabras halagüeñas,
Los falsos ofrecimientos
Llenos de falsas promesas?
Todo el tiempo lo ha mudado,
De todo, solo me queda
Para mi triste consuelo
Tierno lloro y tierna queja,
« Pues con tan larga ausencia
» A Jimena quitais vida y paciencia. »

(Romancero general.)

4 Véase la nota del anterior.

748.

ENTRE SANT ESTEBAN DE GORMAZ Y ATIENZA, DERROTA EL
CID Á LOS MOROS, Y HACE EN ELLOS MATANZA Y RICA
PRESA.—XXV.

(Anónimo 1.)

Muy grandes huestes de moros
A Extremadura corrian :
Captivan muchos cristianos;
Acorro ninguno habian.
A Rodrigo de Vivar
Los acorra le pedian ;
Don Rodrigo, como bueno
Sus gentes luego apellida.
Amigos son y parientes
Todos los que le venian :
En busca va de los moros,
La su seña va tendida.

El fba por capitan ;
 Sobre sí buena loriga ;
 Cabalga sobre Babieca ;
 Placer es de ver cuál iba.
 Animando va los suyos ,
 —Nadie muestre cobardía ,
 Pues que todos sois hidalgos
 De los buenos de Castilla ,
 Muramos como valientes ;
 Aquí es bien perder la vida.—
 Entre Atienza y Sant Esteban ,
 Que de Gormaz se decia ,
 Alcanzado habian los moros ;
 Lid campal habian ferida.
 Don Rodrigo los venció ;
 Libra la gente captiva :
 Quitábales los ganados ,
 Siete leguas les seguía :
 Tantos mató de los moros ,
 Que contarse no podían :
 Gran haber ganara d'ellos ,
 Captivos en demasia ;
 Doscientos son los caballos
 Que á Don Rodrigo cabían ;
 Cien mil marcos el despojo ;
 El todo lo repartía
 Entre toda la su gente ,
 Comunmente , sin cobdicia.
 A Vivar se habia tornado
 Con gran honra que adquiria ;
 De todos es muy loado ,
 Y del Rey á maravilla.

(SEPÚLVEDA, *Romances nuevamente sacados*, etc.)

¹ El asunto está tomado de la crónica, y el romance es imitación de los fronterizos.

749.

GÁNASE Á COIMBRA, DE LOS MOROS, CON LA AYUDA DE SANTIAGO APÓSTOL. — EL REY ARMA CABALLERO AL CID, CALZÁNDOLE LAS ESPUELAS LA INFANTA URRACA. —XXVII.

(Anónimo ¹.)

Cercada tiene á Coimbra
 Aqese buen rey Fernando ;
 Siete años duró el cerco ,
 Que jamas lo hubo quitado ,
 Porque el lugar es muy fuerte
 De muros bien torreado.
 No hay vianda en el real ,
 Que todo lo habian gastado.
 Ya quieren alzar el cerco ,
 Al Rey monjes han llegado
 De aqese gran monasterio
 Que nombrado era Lormano ,
 Que con trabajo crecido
 Habian mucho trigo alzado ,
 Mucho mijo y aun legumbres ,
 Y al Rey todo se lo han dado
 Rogándole no alce el cerco ,
 Que darian vianda abasto.
 El Rey se lo agradeció ,
 Tomó lo que le fué dado ,
 Partiolo por sus campañas ,
 Viandas les han abonado ;
 Quebrautaron muchos muros ,
 Los moros se han amistado.
 Dádose habian al Rey
 La villa y todo su algo ;
 Solo fincan con las vidas ,
 Que el Rey se las ha otorgado.
 En tanto que dura el cerco
 Un romero habia llegado ,
 Que viene de allá de Grecia
 Al apóstol Santiago.
 Astiano habia por nombre ,
 Obispo es intitulado.
 Faciendo estaba oracion

Ante el Apóstol muy santo.
 Astianos oyó decir
 Que el apóstol Santiago
 Entraba en las grandes lides
 Armado y en un caballo
 A pelear con los moros
 En favor de los cristianos.
 El Obispo que lo oyó
 Muy mucho le habia pesado :
 —Non le digais, caballero ,
 Pescador era llamado.—
 Y con esta gran porfia
 Dormido se habia quedado.
 Santiago se le aparece
 Con llaves en la su mano ,
 Y con muy alegre rostro
 Dijo : — Tú facés escarnio
 Por llamarme caballero ,
 Y en ello tanto has cuidado ,
 Vengo yo ahora á mostrarte
 Porque no dudes en vano.
 Caballero soy de Cristo ,
 Ayudador de cristianos
 Contra el poder de los moros ,
 Y d'ellos soy abogado.—
 Estando en estas razones
 Traido le fué un caballo ;
 Blanco era y muy hermoso ,
 Santiago le ha cabalgado
 Guarnido de todas armas ,
 Limpias, blancas, relumbrando ,
 Y á guisa de caballero
 A ayudar va al rey Fernando ,
 Que yace sobre Coimbra
 Había ya siete años.
 —Y con estas llaves mismas ,
 Dijo, que llevo en mis manos ,
 Abriría yo el lugar ;
 Mañana el dia llegado
 Daréelo yo al Rey ,
 Que lo ha tenido cercado.—
 Y en aquesta propia hora
 Al Rey la habia entregado.
 Nombróse Santa Maria
 La mezquita que han hallado ,
 Consagrándola en su nombre ,
 Y en ella se habia armado
 Caballero Don Rodrigo
 De Vivar , el afamado.
 El Rey le ciño la espada ;
 Paz en la boca le ha dado ,
 No le diera pescozada
 Como á otros habia dado ,
 Y por hacerle mas honra
 La Reina le dió el caballo ,
 Y Doña Urraca la infanta ,
 Las espuelas le ha calzado.
 Novecientos caballeros
 Don Rodrigo habia armado ;
 Mucha honra le hace el Rey
 Y mucho fuera loado ,
 Porque fuera muy valiente
 En ganar lo que es cotado ,
 Y en otros muchos lugares
 Que á su Rey ha conquistado.

(SEPÚLVEDA, *Romances nuevamente sacados*, etc.—
 II. ESCOBAR, *Romancero del Cid*.)

¹ A este suceso, de haberse armado el Cid caballero, aluden las quejas que da la infanta Doña Urraca, hija del Rey, en el romance que empieza: *Afuera, afuera, Rodrigo*, número 774.

750.

EL CID PIDE EL TRIBUTO AL MORO. —XXVII.

(Anónimo ¹.)

Por el val de las Estacas
 Pasó el Cid á mediodía,

En su caballo Babieca :
 ¡Oh que bien que parecía!
 El rey moro que lo supo
 A recibirle salía :
 Dijo: — Bien vengas, el Cid :
 Buena sea tu venida,
 Que si quieres ganar sueldo,
 Muy bueno te lo daría,
 O si vienes por mujer
 Darte he una hermana mia.—
 —Que no quiero vuestro sueldo
 Ni de nadie lo querria,
 Que ni vengo por mujer,
 Que viva tengo la mia :
 Vengo á que pagues las parias
 Que tú debes á Castilla.
 —No te las daré yo, el buen Cid,
 Cid, yo no te las daría :
 Si mi padre las pagó
 Hizo lo que no debía.
 —Si por bien no me las das,
 Yo por mal las tomara.
 —No lo harás así, buen Cid,
 Que yo buena lanza habia.
 —En cuanto á eso, rey moro,
 Creo nada te debía,
 Que si buena lanza tienes,
 Por buena tengo la mia :
 Mas da sus parias al Rey,
 A ese buen rey de Castilla.
 —Por ser vos su mensajero
 De buen grado las daría.

(Códice del siglo xvi.)

¹ Se ha entresacado de la glosa que empieza así: *Entre Castilla y Leon*. Hay otro, número 752, que comienza lo mismo y tiene algunos versos de este, aunque es á diverso asunto. Pertenece á la clase de los romances viejos, y es de los pocos que se han conservado sin mucha alteracion. No le hemos visto impreso, ni la tradicion que conserva, consta en otra parte.

751.

DEFIENDE EL CID DE UNA VIOLENCIA Á AXA, DAMA DE AUDALLA, AL CUAL IBA BUSCANDO PARA COMBATIRLE.—XXVIII.

(De Lucas Rodriguez ¹.)

Cuando el rojo y claro Apolo
 El hemisferio alumbraba,
 Y cuando su hermana bella
 En el otro se mostraba,
 Por una verde espesura
 De árboles bien cercada,
 Donde dulces ruiseñores
 Muy claramente cantaban,
 Y donde el céfiro manso
 Sabrosamente soplabá,
 Con esfuerzo y gallardia
 Un caballero pasaba
 En un caballo fogoso
 Bordado el jaez de plata.
 Las armas de fino acero,
 Todo de blanco se armaba;
 Una lanza larga y gruesa,
 Y en ella veleta blanca.
 Ha salido de Castilla,
 Y entra bravo en Lusitania :
 Solo va á buscar un moro
 Que el fuerte Audalla se llama,
 Que la fama de sus hechos
 Por toda España volaba.
 En medio de su camino
 El caballo se paraba.
 Don Rodrigo es de Vivar,
 Que con la espuela le daba;
 Mas el caballo por eso
 Adelante no pasaba.
 Como esto vido Rodrigo
 En los estribos se alzaba:

Por ver qué cosa sería,
 A todas partes miraba.
 Hincando la lanza en tierra
 En ella el cuerpo afirmaba,
 Y oyó una voz que decia,
 Aunque no vió quién la daba :
 — ¡ Oh ingrata y cruel fortuna
 ¡ Di si estás de mi vengada,
 Pues me has quitado la vida:
 Y con ella el bien del alma?—
 Metióse por la espesura
 Por saber quién lamentaba;
 Cuando no lejos de sí
 Vió que un moro se quejaba
 Tendido en la fresca yerba,
 Que en sangre teñida estaba
 De las heridas que tiene,
 Que todo el cuerpo le pasan.
 Cuando lo vió Don Rodrigo,
 Movido de grande lástima,
 Apeóse del caballo;
 Mas aun no bien se apeaba
 Vió estar cuatro caballeros,
 Y con ellos una dama,
 Que de ellos se defendia,
 Aunque ya cansada estaba;
 Y como vió á Don Rodrigo
 A grandes voces le llama :
 —Ayudeisme, caballero,
 Si cortesía en vos se halla :
 Yo soy Axa, sin ventura
 Cautiva del fuerte Audalla.—
 Arremetió Don Rodrigo,
 Poniendo en ristre la lanza :
 Los cuatro vienen á él,
 Y cada cual le encontraba.
 No le mueven de la silla,
 Y él á uno derrocaba :
 Vuelve furioso á los tres,
 Poniendo mano á la espada :
 Dió al uno tan fuerte golpe,
 Que en tierra lo derribaba :
 Los dos se vuelven huyendo,
 Y él de ellos no se curaba.
 A la dama se volvía
 Por saber lo que pasaba :
 Mas la dama temerosa
 No le responde palabra,
 Antes por la espesura
 Iba buscando á su Audalla.
 No curó mas de seguirla;
 Mas en Castilla se entraba;
 Y así hizo buena obra
 A quien la pensó hacer mala.

(Rodriguez, *Romancero historiado*.)

¹ Solo en este romance hemos visto el hecho del Cid, que en él se menciona; y no es extraño, porque mas parece una aventura caballeresca inventada por el autor de él, que no un hecho propio del Cid y de sus tradiciones.

752.

EL CID COMBATE Y MATA AL MORO ABDALLA, REY DE SEVILLA.—XXIX.

(Anónimo ¹.)

Por el val de las Estacas
 El buen Cid pasado habia :
 A la mano izquierda deja
 La villa de Constantina.
 En su caballo Babieca,
 Muy gruesa lanza traía :
 Va buscando al moro Abdalla,
 Que enojado le tenia.
 Travesando un antepecho,
 Y por una cuesta arriba,
 Dábale el sol en las armas,
 ¡ Oh qué bien que parecía !

Vido ir al moro Abdalla
 Por un llano que allí había,
 Armado de fuertes armas ;
 Muy ricas ropas traía.
 Dábale voces el Cid ;
 D'esta manera decía :
 —Espérame, moro Abdalla ,
 No demuestres cobardía.—
 A las voces que el Cid daba
 El moro le respondía :
 —Muchos tiempos ha, buen Cid,
 Que esperaba yo este día,
 Porque no hay hombre nacido
 De quien yo me escondría ;
 Porque desde mi niñez
 Siempre hui cobardía.—
 —Alabarte, moro Abdalla
 Poco te aprovecharía ;
 Mas si tú eres lo que dices
 En esfuerzo y valentía,
 Sé que á tiempo eres venido
 Que menester te sería.—
 Estas palabras diciendo
 Contra el moro arremetía ;
 Encontróle con la lanza,
 En el suelo le derriba ;
 Cortárale la cabeza,
 Sin le hacer descortésia.

(TIMONEDA, *Rosa española*. — H. WOLF, *Rosa de romances*.)

† El hecho que aquí se cita, solo en este romance se conserva. Es de la clase de los que reformó Timoneda, y una trova del número 750.

755.

EL CID HACE QUE LOS REYES MOROS SUS TRIBUTARIOS PRESENTEN HOMENAJE AL REY FERNANDO Y LE ENTREGUEN LOS TRIBUTOS.—XXX.

(Anónimo 1.)

En Zamora está Rodrigo
 En corte del rey Fernando,
 Padre del rey sin ventura
 A quien llamaron Don Sancho,
 Cuando llegan mensajeros
 De los reyes tributarios
 A Rodrigo de Vivar,
 Al cual dicen humillados :
 —Buen Cid, á ti nos envían
 Cinco reyes tus vasallos,
 A te pagar el tributo,
 Que quedaron obligados,
 Y por señal de amistad
 Te envían mas cien caballos,
 Veinte blancos como armiños,
 Y veinte rucios rodados,
 Treinta te envían morcillos,
 Y otros tantos alazanos,
 Con todos sus guarnimientos
 De diferentes brocados,
 Y á mas á Doña Jimena
 Muchas joyas y tocados,
 Y á vuestras dos hijas bellas
 Dos jacinios muy preciados,
 Dos cofres de muchas sedas
 Para vestir tus fidalgos.—
 El Cid les dijera : —Amigos,
 El mensaje habeis errado,
 Porque yo no soy señor
 Adonde esta el rey Fernando :
 Todo es suyo, nada es mio,
 Yo soy su menor vasallo.—
 El Rey agradeció mucho
 La humildad del Cid honrado,
 Y dijo á los mensajeros ;
 —Decidles á vuestros amos,
 Que aunque no es rey su señor,

Con un rey está sentado,
 Y que cuanto yo poseo
 El Cid me lo ha conquistado,
 Y que yo estoy muy contento
 En tener tan buen vasallo.
 El Cid despidió á los moros
 Con dones que les ha dado,
 Siendo dende allí adelante
 El Cid, Ruiz Díaz llamado,
 Apellido, entre los moros,
 De home de valor y estado.

(*Romancero general*. — R. ESCOBAR, *Romancero del Cid*.)

† Aquí se halla el Cid perfectamente caracterizado por sus procedimientos leales hácia el Rey.

754.

AL MISMO ASUNTO.—XXXI.

(De Lorenzo de Sepúlveda.)

En Zamora estaba el Rey
 Que Fernando se decía,
 Con el está Don Rodrigo
 De Vivar en nombrada.
 Mensajeros han llegado
 Que á Don Rodrigo le envían
 Sus vasallos, reyes moros ;
 Grandes haberes traían.
 Son las parias que le dan
 Despues que á ellos vencia.
 Quiérenle besar la mano ;
 Rodrigo no consentía
 Hasta besar la del Rey,
 Y ellos luego lo cumplían.
 Despues que se la han besado
 A Rodrigo se volvían ;
 Hincados están de hinojos,
 Y las manos le pedían.
 Rodrigo se las ha dado ;
 Los mensajeros decían :
 —Cid Rui Díaz, tus vasallos,
 Como á señor que te estiman,
 Te envían este presente,
 Las parias son que debían.
 Bésante tus piés y manos ;
 Para ti gran bien querían,
 Por que tú, Cid, lo mereces,
 Y eres el mejor que había,
 Tiéñense por muy dichosos,
 Porque tú, Cid, los vencias.—
 Rodrigo tomó el presente,
 El quinto al Rey ofrecía :
 Conocéle señorío ;
 Mas el Rey no lo quería.
 Mucho se lo agradeció
 Y á los suyos les decía :
 —D'este día en adelante,
 —Cid á Rodrigo le digan ;
 Pues moros se lo llamaron,
 Mucho á el le convenía.

(SEPÚLVEDA, *Romances nuevamente sacados*, etc.)

755.

EL CID SE OPONE Á QUE EL REY SE RECONOZCA FEUDATARIO DEL IMPERIO, AUNQUE EL PAPA LO HABIA MANDADO.— VENCE AL CONDE DE SABOYA.—XXXII.

(Anónimo.)

La silla del buen Sant Pedro
 Victor Papa la tenía,
 Y el Emperador Enrique †
 Ante él se humilló y decía :
 —Ante vos, el Padre Santo,
 Mi querrela proponía
 Contra aque se rey Fernando.

Que á Castilla y Leon tenia,
 Porque todos los cristianos
 Por señor me obedecian,
 Solo él no me conoce
 Ni mi tributo me envia :
 Constreñidle, Santo Padre,
 Que me obedezca este dia.—
 El Papa envió su mandado
 En que pedido le habia
 Que le fuese tributario,
 So pena que enviaria
 Y daria su cruzada
 Porque no le obedecia.
 Muchos reyes que alli estaban
 Que en concilio presidian,
 Retaban al rey Fernando
 Si esto cumplir no queria.
 El Rey cuando vió las cartas,
 Pena recibido habia,
 Porque si esto va adelante,
 A sus reinos mal vendria,
 A los sus honrados homes
 Su consejo les pedia;
 Ellos al Rey aconsejan
 Faga lo que le pedian,
 Porque de ser obediente
 Al Papa, á él convenia,
 Y si hacerlo no quiere
 A sus reinos mal vendria,
 Porque vendrán contra él
 Reyes que lo desafian.
 No estuvo en este consejo
 El buen Cid, que ido se habia
 A ver á Jimena Gomez,
 Su esposa, que bien queria,
 Y habia muy poco tiempo
 Que el buen Cid la conocia.
 Estando hablando en esto
 Don Rodrigo entrado habia ;
 El Rey cuando vido al Cid
 Lo que ha pasado decia,
 Y rogólo le aconseje
 Lo que sobre eso haria.
 El Cid cuando tal oyó
 El corazon le dolia :
 Fabló su razon al Rey,
 Desta manera decia :
 — Rey Fernando, vos nacisteis
 En Castilla en fuerte dia,
 Si en vuestro tiempo ha de ser
 A tributos sometida,
 Lo cual nunca fué hasta aqui,
 ;Gran deshonra nos seria!
 Cuanta honra Dios nos dió,
 Si tal faceis, es perdida.
 Quien esto vos aconseja
 Vuestra honra no queria,
 Ni de vuestro señorio
 Que á vos, Rey, obedecia.
 Enviad vuestro mensaje
 Al Papa y á su valia,
 Y á todos desafiad
 De vuesa parte y la mia.
 Pues Castilla se ganó
 Por los reyes que ende habia,
 Ninguno les ayudó
 De moros á la conquista:
 Mucha sangre les costó,
 La vida me costaria
 Antes que pagar tributo,
 Pues á nadie se debia.—
 El Rey lo tuvo por bien
 Lo que el buen Cid le decia :
 Al Papa envió el mensaje,
 Y por merced le pedia
 No ayude tal sinrazon
 Sobre lo que no la habia ;
 Y al emperador Enrique
 Y á aquellos que lo seguian,

A todos desafiaba,
 Y que buscarlos queria.
 Ocho mil y novecientos
 Caballeros ya venian,
 Parte de ellos son del Rey,
 Y otros que el buen Cid tenia :
 Por Capitan general
 A Don Rodrigo tenian.
 Pasaron los puertos de Aspa,
 Y al encuentro les salia
 Ramon, conde de Saboya,
 Con muy gran caballeria.
 Con el Cid hubo batalla,
 La lid fué mucho ferida,
 Mas Rodrigo venció al Conde,
 Y en la prision lo ponía.
 Soltólo con las rebenes
 De una hija que tenia ;
 En ella hubo el buen Rey
 Un fijo que se decia
 Don Fernando, cardenal
 De ese reino de Castilla.
 Tambien Don Rodrigo Diaz
 Otra batalla vencía
 Del mayor poder de Francia,
 Que al encuentro le salía,
 Sin que el Rey se hallase en ella,
 Que atras quedádose habia.
 Los reyes y emperadores
 Con toda la su valia
 Cuando vieron el estrago,
 Que el buen Cid haciendo iba,
 Por merced piden al Papa ;
 Que al Rey Fernando le escriba
 Que á Castilla se volviese,
 Que tributo no querian ;
 Que contra el poder del Cid
 Ninguno se ampararia.
 El Rey cuando vió el mensaje
 A su tierra se volvia :
 Túvose por muy contento,
 Y al Cid se lo agradecia.

(SEPÚLVEDA, *Romances nuevamente sacados*, etc.
 — It. ESCOBAR, *Romancero del Cid*.)

¹ Dícese que esta contienda provino de que Fernando I de Castilla, viéndose dueño de la mayor parte de España, tomó el título de emperador, lo cual ofendió á Enrique III, que lo era entonces de Alemania. Aunque la contienda entre el Rey y el Papa sea histórica, parece fabuloso cuanto pertenece á las batallas singulares del Cid, por mas que se mencionan en su crónica.

756.

EL REY Y EL CID ACUDEN Á ROMA, Y ESTE DERRIBA LA SILLA DEL DE FRANCIA PARA DAR LUGAR PREFERENTE Á LA DEL DE CASTILLA.—XXXIII.

(Anónimo¹.)

A concilio dentro en Roma
 El Padre Santo ha llamado.
 Por obedecer al Papa,
 Este noble rey Fernando
 Para Roma fué derecho,
 Con el Cid acompañado.
 Por sus jornadas contadas
 En Roma se han apeado :
 El Rey con gran cortesia
 Al Papa besó la mano,
 Y el Cid y sus caballeros
 Cada cual de grado en grado.
 En la iglesia de San Pedro
 Don Rodrigo habia entrado,
 Do vido las siete sillas
 De siete reyes cristianos,
 Y vió la del rey de Francia
 Junto á la del Padre Santo,
 Y la del Rey su señor
 Un estado mas abajo.

Fuése á la del rey de Francia,
 Con el pié la ha derribado;
 La silla era de marfil,
 Hecho la ha cuatro pedazos,
 Y tomó la de su Rey
 Y subióla en lo mas alto.
 Habló allí un honrado duque
 Que dicen el Saboyano:
 —Maldito seas, Rodrigo,
 Del Papa descomulgado,
 Porque deshonraste un Rey
 El mejor y maspreciado.—
 Oyendo el Cid sus razones
 D'esta manera ha hablado:
 —Dejemos los reyes, Duque,
 Y si os sentis agraviado
 Hayámoslo entre los dos;
 De mí a vos sea demandado.—
 Allegóse cabe el Duque,
 Un gran repujon le ha dado²;
 El Duque sin responder
 Se quedó muy mesurado.
 El Papa cuando lo supo
 Al Cid ha descomulgado;
 Sabiéndolo el de Vivar
 Ante el Papa se ha postrado.
 —Absolvedme, dijo, Papa,
 Si no, seraos mal contado.—

(TIMONEDA, *Rosa española*.—It. ESCOBAR, *Romancero del Cid*.)

¹ Del asunto todo fabuloso de este romance se hace mención en la parte 1.^a, cap. xix del *Quijote*.

² En la *Rosa española*, este verso y los dos siguientes se substituyen así:

Un gran bofetón le ha dado.
 El Duque le respondió:
 —Demandetelo el diablo, etc.

757.

CARTA DE JIMENA AL REY, QUEJÁNDOSE DE QUE OCUPÁNDOLE EN GUERRAS, TIENE SIEMPRE AL CID APARTADO DE ELLA: PÍDELE SE LO SUELTE SIQUIERA PARA QUE LA ASISTA EN SU PRÓXIMO PARTO.—XXXIV.

(Anónimo¹)

En los solares de Búrgos
 A su Rodrigo aguardando,
 Tan en cinta está Jimena,
 Que muy cedo aguarda el parto.
 Cuando además dolorida,
 Una mañana en di-santo,
 Bañada en lágrimas tiernas
 Tomó la pluma en la mano,
 Y después de haberle escrito
 Mil quejas á su velado,
 Bastantes á domeñar
 Unas entrañas de mármol,
 De nuevo tomó la pluma,
 Y de nuevo tornó al llanto,
 Y d'esta guisa le escribe
 Al noble rey Don Fernando.
 « A vos, mi señor el Rey,
 » El bueno, el conqueridor,
 » El magno, el agradecido,
 » El sabio,
 » La vuesa sierva Jimena,
 » Fija del conde Lozano,
 » A quien vos marido disteis
 » Bien así como burlando,
 » Desde Búrgos os saluda
 » Donde vive lacerando:
 » Las vuestas andanzas buenas
 » Lévevoslas Dios al cabo.
 » Perdonadme, mi señor,
 » Si no os fablo muy en salvo,
 » Que si mal talante os tengo
 » Non puedo disimullalo.

» ¿Qué ley de Dios vos enseña
 » Que podais por tiempo tanto,
 » Cuando afincais en las lides,
 » Descasar á los casados?
 » ¿Qué buena razon consiente
 » Que á un garzon bien domeñado,
 » Falagüenio y homildoso
 » Le mostreis á ser leon bravo?
 » ¿Y que de noche y de dia
 » Le traigais atraillado
 » Sin soltalle para mí
 » Sino una vez en el año?
 » Y esa que me le soltais,
 » Fasta los piés del caballo
 » Tan teñido en sangre viene
 » Que pone pavor mirallo;
 » Y cuando mis brazos toca,
 » Luego se duerme en mis brazos:
 » En sueños gime y forceja,
 » Que cuida que está lidiando.
 » Apénas el alba rompe
 » Cuando lo están acuciando
 » Los esculcas y adalides
 » Para que se vuelva al campo.
 » Llorando vos lo pedi,
 » Y en mi soledad cuidando
 » De cobrar padre, y marido,
 » Ni uno tengo, ni otro alcanzo;
 » Que como otro bien no tengo,
 » Y me lo habedes quitado,
 » En guisa le llovo vivo,
 » Cual si estuviere finado.
 » Si lo faceis por honralle,
 » Mi Rodrigo es tan honrado
 » Que no tiene barba, y tiene
 » Cinco reyes por vasallos.
 » Yo finco, señor, en cinta,
 » Que en nueve meses he entrado,
 » Y me podrán empecer
 » Las lágrimas que derramo.
 » Non permitais se malogreu
 » Prendas del mejor vasallo
 » Que tiene cruces bermejas,
 » Ni á Rey ha besado mano.
 » Respondedme en puridad
 » Con letras de vuesa mano,
 » Aunque al vuestro mandadero
 » Le pague yo su aginaldo.
 » Dad este escrito á las llamas,
 » Non se faga de palacio,
 » Que á malos barruntadores
 » Non me será bien contado.»

(*Romancero general*.—It. ESCOBAR, *Romancero del Cid*.)

¹ Este romance y el que sigue, aunque no antiguos, son quizá los mejores de los del Cid. Hay en el primero tanta naturalidad, tanto hechizo mujeril, tanta ternura, que conmueve dulcemente. ¿Cómo fuera posible resistir á los ruegos de Jimena? ¿qué cuerda del corazón del hombre deja de tocar, que pueda atraerle á sus deseos? Nuevamente desposada, ya teniendo abrazado sin fruto á su marido por el cansancio de lides, ya desprendiéndose de su seno para correr presuroso á ellas, ya ausente de él, como viuda desamparada se le pide al Rey presentándose como próxima á ser primera vez madre; se le pide ensalzándole y con dulces reconveniciones, con humildes y decorosos ruegos. Parece haber adivinado y penetrado el poeta su secreto á la naturaleza, ó que esta se le reveló por un especial privilegio.

758.

RESPUESTA DEL REY Á LA CARTA DE JIMENA.—XXXV.

(Anónimo¹)

Pidiendo á las diez del dia
 Papel á su secretario,
 A la carta de Jimena
 Responde el Rey por su mano.
 Después de hacer la cruz,
 Con cuatro puntos y un rasgo,
 Aquestas palabras finca

A guisa de cortesano :

«A vos, Jimena la noble,
 »La del marido envidiado,
 »La homildosa, la discreta,
 »La que cedo espera el parto,
 »El Rey que nunca vos tuvo
 »Talante desmesurado,
 »Vos envia sus saludas
 »En fe de quereros tanto.
 »Decisme que soy mal rey
 »Y que descaso casados,
 »Y que por los mis provechos
 »Non curo de vuestros daños :
 »Que estáis de mí querellosa
 »Decís en vuestros despachos,
 »Que non vos suelto el marido
 »Sino una vez en el año,
 »Y que cuando vos le suelto
 »En lugar de falagaros,
 »En vuestros brazos se duerme
 »Como viene tan cansado.
 »Si supiérades, señora,
 »Que vos quitaba el velado
 »Por mis enamoramientos,
 »Fuera con razon quejados ;
 »Mas si solo vos lo quito
 »Para lidiar en el campo
 »Con los moros convecinos,
 »Non vos fago mucho agravio.
 »A non vos tener en cinta,
 »Señora, el vuestro velado,
 »Crejera de su dormir
 »Lo que me habedes contado ;
 »Pero si os tiene, señora,
 »Con el brial levantado...
 »No se ha dormido en el lecho
 »Si espera en vos mayorazgo :
 »Y si en el parto primero
 »Un marido os ha faltado,
 »No importa, que sobra un rey
 »Que os fara cien mil regalos.
 »Non le escribades que venga,
 »Porque aunque esté á vuestro lado,
 »En oyendo el atambor
 »Será forzoso dejaros.
 »Si non hubiera yo puesto
 »Las mis huestes á su cargo,
 »Ni vos fuerais mas que dueña,
 »Ni él fuera mas que un fidalgo.
 »Decís que vuestro Rodrigo
 »Tiene reyes por vasallos :
 »¡Ojalá como son cinco
 »Fueran cinco veces cuatro!
 »Porque teniéndolos él
 »Sujetos á su mandado,
 »Mis castillos y los vuestros
 »No hubieran tantos contrarios.
 »Decís que entregue á las llamas
 »La carta que me habeis dado :
 »A contener herejías
 »Fuera digna de tal pago ;
 »Mas si contiene razones
 »Dignas de los siete sabios,
 »Mejor es para mi archivo
 »Que non para el fuego ingrato :
 »Y porque guardéis la mia
 »Y non la fagais pedazos,
 »Por ella á lo que pariéreds
 »Prometo buen aguineldo.
 »Si hijo, prometo dalle
 »Una espada y un caballo,
 »Y dos mil maravedis
 »Para ayuda de su gasto.
 »Si hija, para su dote
 »Prometo poner en cambio
 »Desde el día que naciere,
 »De plata cuarenta marcos.
 »Con esto ceso, señora,
 »Y no de estar suplicando

»A la Virgen, vos alumbre
 »En los peligros del parto.»

(Romancero general. — It. ESCOBAR, Romancero del Cid.)

¹ Digno es este romance del anterior: bello es también é interesante. El Rey responde á las quejas de Jimena como penetrando en lo íntimo de su corazón, y adivinando la especie de artificio propio del bello sexo cuando pretende seducir para alcanzar el logro de sus deseos. El Rey con fina, delicada, cortesana y dulce ironía discute las quejas de Jimena, y con la dignidad de un monarca precisado por el bien del Estado á desoir los ruegos de una dama, la consuela de su negativa, regalándola y lisonjeándola con todo aquello que puede dulcificar sus penas, y ensalzar sus esperanzas.

759.

JIMENA SALE Á MISA DE PARIDA : DESCRÍBESE SU CORTEJO Y TRAJE. — XXXVII.

(Anónimo ¹.)

Salió á misa de parida
 A San Isidro en Leon
 La noble Jimena Gomez,
 Mujer del Cid Campeador.
 Para salir, de contray
 Sus escuderos vistió;
 Que el vestido del criado
 Dice quién es el señor.
 Un jubon de grana fina
 La bella dama sacó,
 Con fajas de terciopelo
 Picadas de dos en dos;
 De lo mismo una basquiña
 Con la mesma guarnicion,
 Donas que la diera el Rey
 El día que se casó,
 Y con los cabos de plata
 Un muy rico ceñidor,
 Que á la Condesa su madre
 El Conde en donas le dió.
 Lleva una cofia de papos
 De riquísimo valor,
 Que le dió la infanta Urraca
 El día que se veló;
 Dos patenas lleva al cuello
 Puestas con mucho primor,
 Con San Lázaro y San Pedro
 Santos de su devocion,
 Y los cabellos que al oro
 Disminuyen su color,
 A las espaldas echados,
 De todos hecho un cordón.
 Lleva un manto de contray,
 Porque las dueñas de honor,
 Mientras mas cubren su rostro,
 Mas descubren su opinion.
 Tan hermosa iba Jimena
 Que suspenso quedó el sol
 En medio de su carrera
 Por podella ver mejor,
 Y á la entrada de la Iglesia
 Al rey Fernando encontró,
 Que para metella dentro
 De la mano la tomó.
 Dijo el Rey : — Noble Jimena,
 Pues el buen Cid Campeador,
 Vuestro dichoso marido
 Y mi vasallo el mejor,
 Que por estar en las lides
 Hoy de la iglesia faltó,
 A falta del brazo suyo
 Yo vuestro bracero soy ;
 Y á aquesta hermosa Infanta
 Que el cielo divino os dió,
 Mando mil maravedis
 Y mi plumaje el mejor. —
 Non le agradece Jimena
 Al Rey tanto su favor ;

Que le ocupa la vergüenza,
Y á sus palabras la voz.
Las manos quiso Jimena
Besarle, y él las huyó:
Acompañóla en la iglesia,
Y á su casa la volvió.

(ESCOBAR, *Romancero del Cid*.)

1 Lindísimo romance, lleno de candor y sencilla cortesanía caballeresca. Es una buena descripción de las costumbres y trajes de nuestros antepasados.

760.

HACE TESTAMENTO EL REY FERNANDO, OLVIDANDO EN ÉL
Á SUS HIJAS. — URRACA LE INCREPA SOBRE ESTE OLVI-
DO. — XXXVII.

(Anónimo 1.)

Acababa el rey Fernando
De distribuir sus tierras
Cercano para la muerte
Que le amenaza de cerca,
Cuando por la triste sala,
De negro luto cubierta,
La olvidada infanta Urraca
Vertiendo lágrimas entra;
Y viendo á su padre el Rey,
Con debida reverencia
De hinojos ante la cama
La mano le pide y besa;
Y despues de haber mostrado
Con tierno llanto sus quejas,
Mostrando la voz humilde,
Así la infanta se queja:
—Entre divinas y humanas,
¿Qué ley, padre, vos enseña
Para mejorar los homes
Desheredar á las fемbras?
A Alfonso, Sancho y García,
Que están en vuesa presencia,
Dejais todos los haberes,
Y de mí non se vos lembra.
Non debo ser vuesa fija,
Que os forzara si lo fuera
A tener de mí lemranza
La vuesa naturaleza.
Si legitima non soy,
Magüer que bastarda fuera,
De alimentar los mestizos
Habedes naturaleza,
Y si ansi non es, decid:
¿Qué culpa me deshereda?
¿Qué desacato vos fice
Que tal castigo merezca?
Si tal tuerto me faceis,
Las naciones extranjeras
Y los vuestos homes buenos
¿Qué dirán cuando lo sepan?
Que non es derecho, non,
Ni tal es razon que sea,
Pudiendo ganalla en lides,
Dar á los homes hacienda.
Dejaisme desheredada,
Pero catad que soy fемbra,
Y lo que podré facer
Sin varon y sin hacienda.
Si tierras no me dejais
Irème por las ajenas,
Y por cubrir vuesto tuerto
Negaré ser fija vuesa.
En traje de peregrina
Pobre iré, mas faced cuenta
Que las romeras á veces
Suelen fincar en rameras.
Sangre noble me acompaña,
Mas cuido que mi nobleza
Como extraña olvidaré,
Pues que por tal me desechas.—
Tales palabras habló,

T. X

Y esperando la respuesta
Dió principio al tierno llanto,
Poniendo fin á sus quejas.

(*Romancero general*.—ESCOBAR, *Romancero del Cid*.)

1 Este romance presenta un ejemplo, entre muchos que contiene nuestra historia, de la idea que los reyes de España tenían de ser personalmente dueños de todas las tierras conquistadas ó adquiridas, y de que podían repartirlas y dividirlas entre sus hijos. Por tan funesta costumbre, Don Sancho el Mayor de Navarra, haciendo cuatro pedazos los Estados que reunió en su cabeza, dejó el reino de Castilla á Don Fernando I, quien adquirió luego el de Leon, representando á su esposa Doña Sancha, hermana y heredera de Don Bermudo, á quien mató Fernando en batalla dada cerca de Carrion. Siguiendo tan mala costumbre el rey Fernando, partió sus reinos entre sus hijos; y no escarmentado de lo que á él le pasó, dió lugar á la desastrosa lucha emprendida por su hijo Don Sancho contra sus hermanos, Don García rey de Galicia, Don Alfonso rey de Leon, y sus hermanas Urraca, señora de Zamora, y Doña Elvira que lo fué de Toro. El romance parece ser de los doce ó catorce últimos años del siglo xvi.

761.

RESPONDE EL REY Á LAS QUEJAS DE URRACA, Y LA DEJA
Á ZAMORA POR LEGADO. — XXXVIII.

(Anónimo 1.)

Atento escucha las quejas
De su fija Doña Urraca
El noble rey Don Fernando
Desafuciado en la cama.
De su libertad se pena,
Va á responder y no habla,
Que emudece hasta á los reyes
Una mujer libertada;
Mas por poder juntamente
Responder y remedialla,
Arrancó palabras, ántes
Que se le arrancase el alma.
—Si cual lloras por hacienda,
Por la mi muerte lloraras,
Non dudo, querida fija,
Que mi vivir se alargara.
¿Qué lloras, sandia mujer,
Por las tenencias humanas,
Pues ves que de todas ellas
Solo llevo hoy la mortaja?
A este restante de vida,
Que me queda, rindo gracias,
Pues que solo en él consiste
El-dejar tú de ser mala.
Cuando parta, iré derecho
A la celestial morada,
Pues me ha sido purgatorio
El fuego de tus palabras.
A tus hermanos envidias;
Mas non atiendes, cuitada,
Que con la renta les dejo
Obligacion de guardalla.
Ellos con mucho están pobres,
Y tú estás rica sin nada,
Porque las nobles mujeres
Entre paredes se pasan.
Que eres mi hija confieso,
Pero saliste liviana:
En liviandades pensé
Al tiempo que te engendrara.
Parióte madre honorosa,
Mas entregáronte á un ama,
Que con tus palabras muestras
Era la leche villana.
Dices que á tierras ajenas
Te irás; pero no me espanta
Que la que se va de lengua,
A ser infame se vaya.
Mas por si puedo atajar
Tu denuedo y tus palabras,
Tras de las mandas que he fecho
Quiero facer otra manda.
No quiero dejarte pobre

Porque lo dicho non fagas;
Que aunque eres noble mujer,
Eres muy determinada.
Por tuya dejo á Zamora
Bien guarnida y torreada,
Que para tus desvarios
Conviene fuertes murallas.
Homes buenos hay en ella
Para servirte y guardalla;
De sus consejos te fia
Y de mis tesoros gasta.
Si guardé tal posesion
Bien hube de tí memoranza;
Tenla tú de que semejes
A tu sangre y á tu casta.
A quien te quite á Zamora
La mi maldicion le caiga.—
Todos responden amen,
Sino Don Sancho, que calla.

(Romancero general.— H. ESCOBAR, Romancero del Cid.)

¹ A pesar de afectarse un lenguaje antiguo, no nos parece que este romance lo sea mas que el anterior.

762.

HACE EL REY TESTAMENTO, Y HABLA Á UN BASTARDO SUYO, DESEANDO Y ESPERANDO QUE SEA PAPA.—XXXIX.

(Anónimo ¹.)

Doliente se siente el Rey,
Este buen rey Don Fernando;
Los piés tiene hácia el oriente
Y la candela en la mano.
A su cabecera tiene
Arzobispos y perlados,
A su man derecha tiene
A sus hijos todos cuatro.
Los tres eran de la Reina
Y el uno era bastardo:
Ese que bastardo era
Quedaba mejor librado.
Arzobispo es de Toledo,
Maestre de Santiago,
Abad era en Zaragoza,
De las Españas primado.
—Hijo, si yo no muriera
Vos fuerades Padre Santo,
Mas con la renta que os queda
Vos bien podeis alcanzarlo.—
Ellos estando en aquesto
Entrara Urraca Fernando,
Y vuelta hácia su padre
D'esta manera ha hablado.

(Cancionero de romances.)

¹ Aun siendo fabuloso el asunto del romance, no es ménos verdad que las grandes dignidades de la Iglesia las ocuparon frecuentemente los hijos bastardos de los reyes y de los potentados. Parece composicion de los primeros años del siglo xvi.

763.

QUÉJASE URRACA PORQUE EL REY LA DESHEREDA: ESTE LA LEGA Á ZAMORA.— LO APRUEBAN TODOS, MÉNOS SANCHO, SU HERMANO.—XL.

(Anónimo ¹.)

Morir vos queredes, padre,
Sant Miguel vos haya el alma;
Mandástedes vuestras tierras
A quien bien se os antojara.
Diste á Don Sancho á Castilla,
Castilla la bien nombrada,
A Don Alonso á Leon,
Y á Don Garcia á Vizcaya.
A mi, porque soy mujer,
Dejaisme desheredada:
Irme he yo por estas tierras

Como una mujer errada,
Y este mi cuerpo daría
A quien bien se me antojara,
A los moros por dinero
Y á los cristianos de gracia:
De lo que ganar pudiere
Haré bien por vuestra alma.—
Allí preguntara el Rey:
—¿Quién es esa que así habla?
Respondiera el Arzobispo:
—Vuestra hija Doña Urraca
—Callede, hija, callede,
No digades tal palabra,
Que mujer que tal decia,
Merece de ser quemada.
Allá en Castilla la Vieja
Un rincón se me olvidaba,
Zamora habia por nombre,
Zamora la bien cercada;
De una parte la cerca el Duero,
De otra, Peña tajada;
Del otro la Moreria:
;Una cosa es muy preciada!
;Quien os la tomare, hija,
La mi maldicion le caiga!
Todos dicen amen, amen,
Sino Don Sancho, que calla.

(Cancionero de romances.— H. TIMONEDA, Rosa Española.)

¹ De lo contenido en este romance se hace mencion en el *Quijote*, parte 2.^a, cap. v.

² La construccion y lenguaje de este romance hace presumir que puede pertenecer á mediados del siglo xv.

EPOCA DE DON SANCHO II DE CASTILLA, LLAMADO EL VALIENTE.—SEGUNDA PARTE DE LOS ROMANCES DEL CID, CON EL EPISODIO DE LOS DEL CERCO Y RETO DE ZAMORA.

764.

EL REY SANCHO, PRISIONERO DE SU HERMANO GARCÍA, ES LIBERTADO POR ALVAR FAÑEZ; Y EL CID VENCE Y PRENDE Á SU CONTRARIO.—XLI.

(Anónimo.)

El rey Don Sancho reinaba ¹
En Castilla su reinado,
Y en Galicia Don Garcia,
Que de Don Sancho es hermano.
Sobre los reinos los dos
Mucho habian guerreado,
Y en batalla muy sangrienta
Ambos reyes se han hallado.
Muchos mueren de sus gentes:
Prendió Garcia á Don Sancho,
Díralo á seis caballeros
Que lo tengan á recaudo;
Va en alcance de la gente
Que tenia el Rey su hermano.
Don Sancho que se vió preso
Gran enojo habia cobrado;
Dijo á los que le guardaban
Que le dejen ir en salvo,
Faráles grandes mercedes,
Siempre les dará gran algo,
Y en el reino de su rey
Non fará desaguisado.
Respondieron todos juntos
No harian lo que ha mandado,
Fasta que vuelva su rey
Y ponga en ello recaudo.
Estando Don Sancho preso
Alvar Fañez ha llegado,
Y á los que al Rey tienen preso
D'esta manera ha hablado:
—;Traidores, dejad mi Rey,
Que teneis aprisionado!—
Y arremetiendo con ellos